
3 1761 09546022 6

JUAN DE DIOS

JUAN DE DIOS



POR D. EMILIO MORENO CEBADA.

JUAN DE DIOS

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. EMILIO MORENO CEBADA

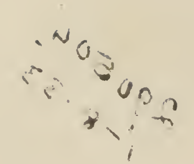
ILUSTRADA POR

D. EUSEBIO PLANAS

Bienaventurados los misericordiosos:
porque ellos alcanzarán misericordia.
S. Mat. cap. V.

TOMO PRIMERO

BARCELONA
EMPRESA EDITORIAL A. RIUDOR Y C.ª,
CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4
1877



BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS.
CALLE DE PETRITXOL, NÚMERO 10.
1877.

JUAN DE DIOS

LIBRO PRIMERO.

El espíritu del mundo.

CAPITULO PRIMERO.

Alma de ángel.

En el primer tercio del siglo XVI, época en la que se verificaron los sucesos que vamos á narrar, la siempre bella é histórica ciudad de Granada presentaba un aspecto encantador. Durante la dominacion de los reyes moros fué una de las más bellas y famosas del mundo. Ellos la cercaron de muros y altísimas torres. El genio oriental habia agotado los tesoros de las artes para dotarla de suntuosísimos edificios; y á pesar de la lamentable indiferencia con que las autoridades y habitantes de Granada han visto derruirse los soberbios monumentos erigidos por los

mahometanos, aun se admira la Alhambra, edificio que se resiste á toda descripcion, y el que con sus baños, su salon de los Abencerrajes, el de oro, el patio de los leones y sus demás maravillas, trae á la memoria aquellas fantásticas y bellas descripciones que se encuentran en las *Mil y una noches*. Alguno que otro monumento recuerda todavía la dominacion de los hijos del falso profeta de la Meca.

En la época que hemos citado, Granada presentaba aun el aspecto morisco en sus calles y edificios, pues que habian trascurrido pocos años de su conquista por los españoles, hecho verificado en 1487; esto es, cuando tocaba á su término el siglo XV.

Era una hermosa mañana de abril. Los campos se mostraban cubiertos de flores y en ellas brillaban, á la naciente luz del monarca de los astros, las últimas gotas de rocío: las aves regocijadas por la venida del nuevo dia entonaban armoniosos trinos y saltaban por las ramas de los árboles, como saludando al sabio Autor de la naturaleza.

La ciudad yacía en un profundo silencio. Tan solamente se veian transitar algunos hombres que, cargados con los instrumentos de la labranza, se dirigian al campo para entregarse á las tareas de la agricultura.

Sin embargo, en los jardines que daban espalda á una casa de morisco aspecto, se paseaba, al parecer melancólica, sobre pavimento de flores, una jóven que frisaba en los diez y seis años de edad.

La primavera de la naturaleza ofrecia embriagador y suave aroma á la primavera de la vida humana.

Aquella jóven vestia un traje modesto. Era morena, de ojos negros y rasgados: en su ovalado rostro estaban grabadas todas las gracias de la naturaleza, y de su cabeza pendian dos negras trenzas que en desórden bajaban hasta la cintura.

El mayor encanto de Victoria, pues tal era el nombre de la jóven, consistia en el candor que revelaba la pureza de su alma vírgen. Y tan discreto y hermoso era este candor, que le hacia desconocer su propia belleza. Ni por un momento se habia fijado en sus gracias.

Hollando con sus breves piés la húmeda yerba, fué á sentarse al lado de una fuente. El arrullo de la tórtola vino á aumentar la melancolía en su corazon.

¿Por qué estaba triste Victoria? ¿Habia, por ventura, entrado en el conocimiento de las cosas del mundo por la puerta del infortunio? ¿Quién habia arrancado con mano impía la tranquilidad de aquel corazon? Porque intranquila debia estar la bella jóven, que así abandonaba el lecho y se sumergia en profundas meditaciones, antes que los rayos benéficos del sol iluminasen los inmensos horizontes que abraza nuestra vista.

Es que por su mente cruzaban pensamientos de amor... Y el amor es la más horrible de las penas que puede experimentar el corazon humano.

El amor es un secreto de la naturaleza que no tratarémos de penetrar.

¿Puede comprenderse el por qué el grano depositado en el centro de la tierra se abre paso á través de la corteza que le cubre, y crece y arroja abundante fruto, multiplicándose de un modo maravilloso? A la manera que vemos flotar una lijera nubecilla bajo el cielo planetario, que al principio se presenta cual un punto en los espacios infinitos, y rápidamente crece y crece, y se extiende hasta cubrir cuanto nuestra vista alcanza de horizonte, para producir una abundante y salutífera lluvia; así el amor empieza en el corazon del sér privilegiado de la creacion, como gota de rocío que se convierte en caudaloso rio ó como pequeña nubecilla destinada á inundar el alma por la copiosa lluvia de los más puros afectos dirigidos á otro sér; porque el amor tiene la virtud de unir dos almas con tal intimidad como se identifican y unen dos trozos de cera derretidos al fuego.

Y cuenta que no hablamos del amor de la materia, del amor grosero, porque este, ni es amor verdadero, ni satisfacer puede las necesidades del alma.

Nada importa que Bacon vea en el amor «el perturbador del mundo.» Más razonable el génio privilegiado de las artes, Miguel Angel le llama «ala veloz que Dios ha dado al alma para que vuele hasta el cielo.»

Este pensamiento es por demás discreto, porque sin

el amor ni existiria el mundo. Él es el autor que ha producido al hombre y que ha obrado cuantas maravillas admiramos en el vasto y bellísimo cuadro de la naturaleza.

Impulsado por el amor emprendió Dios la obra de la creacion: el amor le hizo imprimir á sus obras el sello de su gloria y de su poder; y en el hombre, que es la síntesis de la creacion, quedó grabado con más hondos y distintos caractéres el ósculo del amor divino.

Decíamos que por la mente de Victoria cruzaban pensamientos de amor. Su alma se iba á otra alma, como el rio va al mar por un impulso natural é involuntario.

Por algunos momentos habia permanecido sentada al lado de la fuente como sumida en honda meditacion. De pronto levantó la cabeza y, extendiendo la vista por el horizonte que se presentaba risueño por recibir el baño de la primera luz del dia, exclamó con dulces palabras y afectado acento:

—¡Oh, Dios, que acudís benigno á todas las necesidades de los séres creados! Cuando la paloma ausente de su nido tiene la desgracia de caer bajo las garras del gavilan, los abandonados polluelos pian angustiados y no en vano, porque Vos les enviais una gota del rocío que apague su sed, un rayo de sol que los vivifique y reanime, y haceis caer en el nido algunos granos ó insectos para que se alimenten, hasta tanto que

pueden extender su vuelo y proporcionarse lo que les es necesario para la vida. Oid, Señor, el pio de mi alma, y haced que una desgracia, que para mí seria inmensa, no haya terminado con una vida que es mi vida misma. ¡Quince dias hace que en este mismo sitio veo aparecer la aurora, y trás ella el sol para inflamar con su rojo fuego las campiñas! ¡Quince dias que me alimento de amarguras y que el sueño huye de mis ojos! ¿Habrá de rebozar de penas el cáliz de mi vida?

El ángel bueno de la cándida doncella hubo de recoger su plegaria, que subió en olor de suavidad hasta el trono del que dispone á su arbitrio del corazon y del deseo de las criaturas todas.

De pronto se obró una trasformacion en el alma de Victoria. Como si hubiese escuchado una voz interior que le dijese, «ten paciencia, que pronto se calmarán tus pesares,» disipóse su tristeza, se levantó, dió un paseo por el jardin y se sentó luego bajo la copa de un frondoso árbol. Por aquella parte el jardin carecia de tapia. Victoria podia, sin ser vista, ver á lo largo del camino.

Entónces sintió vivos deseos de cantar.

Y cantó.

Pero no tristes endechas como los hijos de Israel cuando se hallaban ausentes de la amada patria, sino alegres coplas de amor.

Bien pronto un lejano ruido interrumpió su cántico.

Era el galopar de un caballo que levantaba una nube de polvo.

—¡Si será Alberto! exclamó Victoria; y llena de ansiedad fijó su vista en el camino.

En efecto, á los pocos segundos, cabalgando en brioso alazan, se dejó ver el que con tanta impaciencia era esperado por Victoria.

Al llegar delante del jardin desmontó rápidamente.

Victoria corrió hácia él:

—¡Ah, Alberto! exclamó: Dios ha escuchado mis plegarias.

—Y las mias, contestó el jóven cuyo traje y finura revelaban lo distinguido de su clase.

—Quince dias de ansias mortales me has hecho padecer. ¿Por qué tanto tiempo sin venir á verme?

—¿Dudabas de mí?

—¡Dudar! ¡Oh, eso nunca! La duda seria la muerte. Temia que te hubiese acaecido alguna desgracia.

—Gracias, mi bella Victoria. Pruebas tienes de que es entrañable el amor que te profeso. Para mí no hay felicidad más que cuando te veo, cuando te estoy contemplando, cuando tus manos se unen con las mias y platicamos de nuestro amor que es nuestra vida.

—Cuán dulces son tus palabras. Ellas hacen rebosar mi corazon en dulces expansiones. ¿Por qué mis ojos no te vieron en tantos dias? Mi alma desfallece con tu ausencia, como se marchita la rosa y muere faltándole el rocío y el rayo de sol.

—Eres adorable, Victoria mia.

—Pero aun no me has dicho el motivo de tu larga ausencia.

— ¡Victoria!

—¿Temes hablar? ¿En quién mejor puedes depositar tus secretos? Si te pregunto, no es ciertamente porque tema que alguna otra criatura robe mi amor. No, ¡esto no quiero pensarlo, porque moriria! Aunque te halles léjos de mí, siempre estás conmigo, porque tu recuerdo habita en mi alma, porque tú anidas en mi corazon como los pajarillos en su nido.

—¡Y haces bien, Victoria, en no dudar de mí. Tú eres un ángel de candor y de pureza; y el que engaña á un ángel, es un miserable que debe ser borrado del libro de los hombres. Ahora puedo decírtelo porque no hay peligro, porque me encuentro, á Dios gracias, en posesion de una completa salud. Mi ausencia ha reconocido por causa el haber estado ligeramente indispuesto.

—Mi corazon me lo anunciaba, y el corazon pocas veces se engaña. ¡Tú has padecido, y yo no he estado á tu lado para poder participar de tus sufrimientos! ¡Oh, que desgraciada soy!

Y al pronunciar estas palabras Victoria rompió á llorar.

Alberto estrechó su ebúrnea mano y trató de consolarla con las frases más dulces, al mismo tiempo que sus ojos se cubrian de lágrimas á la consideracion de tan intenso amor.



—Pero aun no me has dicho el motivo de tu larga ausencia.

—No hablemos más, dijo, de un accidente ya pasado, y que por suerte no ha tenido consecuencia.

—¡Ay, Alberto! ¿Me amarás siempre?

—Siempre.

—Júramelo.

—Lo juro, contestó Alberto; pero, al pronunciar aquella palabra, se conmovió involuntariamente y su mano, que tenia asida la de Victoria, tembló.

La jóven lo notó, pero no dió á ello ninguna interpretacion.

—Es tarde, Victoria, y debemos separarnos. El alma lo siente, pero es preciso obrar con prudencia. No tardarán en levantarse las personas de la casa, y podrian sorprendernos en nuestro coloquio de amor.

—Pero ¿cuándo hablas á mi madre para que dejen de ser un secreto nuestras relaciones?

—Pronto, muy pronto, dijo Alberto. Confia en mí y nada temas. Mañana vendré más temprano y será por lo tanto más duradera nuestra conversacion.

—Sea como quieras, pero te amo tanto...

En efecto, Victoria amaba tanto cuanto es posible amar: su alma estaba envuelta por esa pasion que cuando es pura nos levanta de la haz de la tierra y nos eleva á la altura de las criaturas del cielo. En este caso el amor es como la luz del alma y la claridad de sus potencias.

Victoria era muy virtuosa, porque el amor sin mezcla de la materia forma los santos.

El sol de Hipona y del mundo describió con su admirable pluma las dos grandes creaciones del amor. El amor divino con exclusion de todo otro amor formó la ciudad de Jerusalem; el amor propio, el amor desordenado, formó la ciudad de Babilonia. Teresa de Ahumada, elevada á los altares con el nombre de Teresa de Jesús, sintió abrasarse su alma en el fuego del amor divino, del amor que formó á Jerusalem. ¡Con qué rica poesía pinta los deliquios de su amor! Safo tambien amó ¡pero de qué diferente manera! Con el amor de Babilonia. Por esto en su despecho se precipitó desde el Léucade al verse abandonada por un hombre.

El amor de Victoria pertenecia á la primera categoría.

Con una sola frase lo explicaremos.

Si Alberto le hubiese hecho una proposicion que se apartase del camino de la pureza, el amor de Victoria se hubiera convertido en ódio.

Los dos amantes se despidieron hasta el siguiente dia.

¿Quedaban ambos corazones impresionados de la misma manera?

Cuando Alberto, caballero sobre su soberbio alazan se retiraba al escape, murmuraba:

—¿No es una infamia el engañar á este ángel de virtudes? ¿Y cómo tendré valor para abrirle una herida en su corazon? Y sin embargo, ello es preciso: la

fatalidad se ha interpuesto en nuestro camino, y más tarde ó más temprano habré de acercar á sus labios la copa del dolor.

Victoria, juntando las manos ante el pecho, exclamaba:

—¡Dios mio! protegedle y libradle de todo peligro!

CAPITULO II.

El corazon de una madre.

Pertenecia Victoria á una ilustre familia. Su abuelo habia militado en las filas de los reyes católicos que se coronaron de gloria, concluyendo con la conquista de Granada la dominacion de los árabes en la Península española.

La fortuna que es caprichosa habia vuelto las espaldas á aquella honrada familia. El padre de Victoria habia muerto, sin dejar á su viuda y á la única hija que habia tenido otro patrimonio que la casa donde vivian, algunas alhajas y una cantidad en metálico, que usada con prudente economía podia proporcionarles el sustento unos cinco años.

Hacia tres que el padre de Victoria habia pasado á mejor vida.

Madre é hija, sin otra compañía que la de una anti-

gua doméstica, vivian en la casa de su propiedad en la que hemos conocido á la segunda en el capítulo anterior.

De las bellas cualidades de Victoria, algo hemos dicho ya. Añadirémos ahora, que una educacion esmerada unida á un carácter dulce, habian hecho de aquella jóven una criatura verdaderamente angelical.

¿Cómo, pues, criada en sanos y rectos principios, sostenia relaciones aunque lícitas con un hombre, y á solas se veian al despuntar el dia? ¿Era esto descuido por parte de la madre, ó tal vez malicia por parte de la hija?

Verdad es que, obrando de aquella manera, se exponia la virtud de Victoria. Pero, en nuestro caso, alguna disculpa merecen tanto la una como la otra.

Toda vigilancia es poca en las madres con respecto á sus hijas. Generalmente hablando, ellas, sin necesidad de estudios, poseen la difícil ciencia de educar á los hijos.

Pero hemos dicho mal al afirmar que no tienen necesidad de estudios. Poseen un libro que se llama naturaleza. Los hijos son pedazos de sus entrañas. ¿Añadirémos que el alma del hijo es un fragmento del alma de la madre?

Y, por regla general, su ciencia la aplican más especialmente á las hembras, porque estas están rodeadas de mayores peligros.

La madre de Victoria habia llegado al exceso en

este punto, si es que puede haberlo en un asunto cuyas consecuencias son inmensas. Tranquila en la virtud de su hija, ni habia pensado en que esta hubiese sido capaz de burlar su vigilancia ó, mejor diremos, su sueño, para bajar al jardin y hablar sin testigo con un hombre.

A Victoria la disculpaba su mismo candor.

Nunca habia creido peligrosa su conducta. Incapaz de hollar voluntariamente una flor, ignoraba que en el mundo existen almas depravadas dispuestas á arrancar de su tallo flores de inocencia y de virtud, para deshojarlas sin compasion y hollarlas inhumanamente. ¡Pobre Victoria! Su jardin era su paraíso. Verdad es que, por fortuna, su alma conservaba toda su pureza. El Adan que con ella habia sostenido bajo frondoso arbusto coloquios de amor, habia respetado su virtud.

Alberto y Victoria se habian visto y sus miradas encerraron un mundo de pensamientos. Para el amor tiene gran elocuencia el lenguaje de los ojos. Desde entónces, de dia, de noche, á toda hora, la imágen de Alberto flotaba siempre á los ojos de Victoria. Veíale cuando con delicada mano regaba el tulipan y la adelfa, cuando sus dedos pulsaban las cuerdas de su arpa, y hasta en los momentos en que, abierto su devocionario, dirigia al cielo el puro incienso de sus oraciones... Entónces, después de por su madre, rogaba por Alberto.

Conviniéronse en verse cada mañana en el jardin.

Alberto era rico y vivia en uno de los pueblos de las inmediaciones de Granada. En su brioso alazan, salvaba en pocos minutos cosa de una legua que le separaba de su amada.

Los primeros dias no faltó á la cita.

Al poco tiempo, dejaba pasar dos ó tres dias pretextando ocupaciones.

Ya hemos visto que llegó el caso de esperarle Victoria quince dias.

Su última disculpa fué una enfermedad.

Victoria le creia como á un oráculo. Jamás la nube de la sospecha habia oscurecido el cielo de sus esperanzas ni el astro de su amor. Si hubiese existido en su tiempo un poeta contemporáneo nuestro que ha dicho

No os fieis de ningun hombre:
La doblez y la traicion
Abriga en el corazon
El de más prez y más nombre,

Victoria no habria comprendido el énfasis que envuelven tales versos, y desdeñosa y desconfiada habria exclamado: ¿Puede ser esto verdad? ¿Es posible que el corazon sienta una cosa y los labios digan otra? ¿Dónde se ha de hallar la verdad sino se encuentra en el hombre?

Así pensaba Victoria; pero bien pronto habian de abrirse sus ojos á la luz de la verdad: bien pronto de-

bia comprender que el mundo es un inmenso teatro en el que reina la ficcion y el engaño.

Hemos visto que Alberto se despidió de su amada hasta el siguiente dia.

Uno, y otro, y muchos más, vió la cándida doncella aparecer la aurora sentada bajo las ramas que tantas veces habian sido testigos de sus coloquios de amor, sin que Alberto se presentase á calmar su ansiedad y á llenar su alma de alegría.

Victoria sufria; pero en silencio.

—¿Si habrá vuelto á enfermar? se preguntaba.

Pero nunca decia: ¿Si me habrá olvidado? ¿Si alguna rival afortunada me habrá robado su amor?

Cada dia que pasaba aumentaba su tristeza.

Una mañana habia madrugado más que las anteriores. La primavera estaba en toda su plenitud: la brisa era fresca y suave; las flores exhalaban embalsamador aroma, y el canto de las aves era sonoro y armónico.

Encerrado en primorosa jaula un ruiseñor del que Victoria cuidaba, saludaba con melodioso trino la venida del nuevo dia. Victoria embelesada le escuchaba, y su tristeza parecia disiparse con la bella armonía que heria sus oidos.

El pájaro calló. La incauta jóven quiso recompensar el buen rato que le habia proporcionado; y, abriendo la puerta de la jaula, introdujo en ella su mano con el objeto de hacer un cariño al ave; pero esta

instantáneamente se hizo paso por entre los hierros y el brazo de su ama, y ganosa de libertad hendió los aires, desapareciendo rápidamente de la vista de Victoria. Esta, sorprendida, observó su marcha hasta que se hizo para ella imperceptible.

Permaneció en la misma actitud algunos momentos; y de pronto, como si la hubiesen herido en el corazon, prorrumpió en copioso llanto.

¿Fué la pérdida del ruiseñor la que hizo llorar á Victoria? Siendo así que la mujer es propensa al llanto por la sensibilidad y delicadeza propia de su sexo, es de inferir que hubo causa suficiente para ello: empero, si una idea horrible no hubiese asaltado su mente, el llanto de Victoria no hubiese sido tan copioso, ni su pena tan duradera como veremos fué la que se apoderó de su corazon.

Al ver desaparecer el ave, recordó la última vez que Alberto habia desaparecido de su vista, y el corazon le dijo, que así como el ruiseñor no volveria á hacerla escuchar sus sonoros cantos, tampoco Alberto acudiria á su reclamo para escuchar de sus labios nuevas protestas de amor.

Esta idea fué el dardo fatal que la hirió en las fibras de su alma.

Desde aquel instante no hubo reposo para Victoria. Las lágrimas no cesaron de humedecer sus mejillas: se conmovia agitada por aquella inquietud que siente el corazon cuando se abre por vez primera á los desengaños de la vida.

La madre de Victoria quiso (cosa muy natural en una madre) averiguar la causa de su dolor.

Era una noche bella y regalada: un lijero viento agitaba blandamente las hojas de los árboles; las flores llenaban el aire de suaves perfumes, y se oian los gemidos de la amorosa paloma que venian á confundirse con el ruido placentero de las aguas de una próxima cascada. Victoria, cubierto el rostro por un velo de melancolía, lloraba amargamente.

En este estado fué sorprendida por su madre, que, acercándose á ella, la besó en la frente.

Un amor que no es el de una madre suele arrancar á los ojos lágrimas de fuego: el amor materno, ha dicho un gran filosófo, produce llanto apacible que refresca el alma, como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

El beso de su madre debió refrescar el ardiente llanto de Victoria.

—¿Qué pena aflige tu corazon? la preguntó su madre con amor.

Victoria no pudo resistir, y el temor y la sorpresa la hicieron caer desmayada en sus brazos.

Los cuidados de la cariñosa madre hicieron que pronto recobrase el uso de sus sentidos.

—¿No quieres á tu madre? la preguntó esta.

—No acabeis de martirizar mi alma, poniendo en duda mi amor filial.

—Al decirme que no acabe de martirizar tu alma,

confiesas que padeces un martirio. ¿No podrá tu madre ser sabedora de la causa que lo motiva?

—¡Madre mia!..

—¿No merezco acaso tu confianza?

—La mereceis; pero os ruego me dejeis padecer sola.

—¡Siempre son ingratos los hijos! ¿Olvidas que tu madre ha sido para tí, como lo son todas las madres para sus hijos, una segunda Providencia? Yo te alimenté en los dias de tu infancia con el néctar de mis pechos; yo velé mil veces tu sueño y te prodigué los más asíduos cuidados: yo te enseñé á alzar las manos al cielo y á rezar al Dios de las bondades; yo te he enseñado los senderos de la virtud; y yo soy la única persona que en el mundo puede compartir tus infortunios y enjugar tus lágrimas. Créelo, hija mia; el amor materno es el más puro y sublime de todos los amores. Nadie mejor que tu madre puede señalarte los precipicios y apartarte de ellos. ¿Y te negarás á hacerme depositaria de tus secretos?

Victoria cayó de rodillas á los piés de su madre, y con acento de dolor exclamó:

—Perdonadme, madre mia. Soy culpable; pero no me retireis vuestro amor.

El semblante de la madre tomó instantáneamente un tinte de severidad.

—¡Que eres culpable has dicho!

—Nó, no penseis mal de mí. Yo no me he separado

ni un solo instante de los caminos de la virtud. A Dios gracias, no tengo que arrepentirme de haber manchado la pureza de mi alma. Si digo que soy culpable, es por no haberos confiado mis penas, y por haber dado cabida en mi corazon á otro amor fuera del de mi madre.

—Pues si es así, si no tienes que bajar la cabeza bajo el peso de un remordimiento, de una falta que pudiera ser irremediable, yo te perdono con todo mi corazon; yo procuraré darte saludables consejos y haré cuanto me sea posible porque vuelva á renacer en tí tu habitual alegría. Háblame ahora con sinceridad. Tu madre es tu mejor amiga.

Victoria, que halló consuelo en las palabras de su madre, la refirió punto por punto la historia de sus amores, sin poder contener sus lágrimas al acabarla.

Conoció la buena señora cuán grande era la pasion de su hija por Alberto y la acompañó en su llanto, previendo tristes consecuencias.

—Deberia empezar, la dijo, por reprenderte, pues sin comprenderlo has puesto en peligro tu virtud teniendo entrevistas secretas con un jóven: pero no quiero afligirte más. Dios te ha preservado y yo te he dicho que te perdono. Espero confiada que en adelante obrarás con mayor prudencia.

Y madre é hija se abrazaron tiernamente.

Aquel abrazo fué un bálsamo consolador que vino á caer sobre el lacerado corazon de Victoria.

A él siguió el siguiente diálogo.

—¿Crees tú, hija mia, que Alberto no te ha olvidado?

—Hasta hace tres dias nunca mi mente habia sido turbada con tan horrible pensamiento. La fuga instantánea del ruiseñor, creo que fué un hecho providencial, pues que abrió mis ojos al conocimiento de lo que tal vez es triste realidad. Las repetidas protestas del amor de Alberto eran recogidas con orgullo por la vírgen aura de nuestro jardin. Me las repetia cada dia cuando los primeros rayos del sol nos sorprendian, haciendo aparecer nuestros retratos en la tranquila y cristalina agua del estanque. Sus frases amorosas eran para mí precioso ramillete de lozanas flores, acariciadas por un céfiro sobrehumano. Mi alma se llenaba de dulces esperanzas; y cuando le veia partir de mi lado, alegre y regocijada, entonaba dulces cantares y bendecia á la Providencia que acercaba á mis labios el cáliz de la dicha... ¡Qué libaré ahora sino pesares y amarguras!..

—No así, hija mia, te entregues al desconsuelo. No seré yo ciertamente quien te haga concebir esperanzas que mañana puedas ver desvanecidas. Tú careces de experiencia, por que esta la traen los años y los desengaños del mundo. Siento en el alma aumentar tus pesares; pero creo que Alberto te ha olvidado.

—Callad, por Dios, madre mia, y no hagais más profunda la herida de mi corazon.

—¡Pobre hija mia!

—Sí, teneis razon, ¡pobre hija vuestra! cuyo mal moral sólo hallará alivio en el sepulcro.

—¡En el sepulcro! ¿Sabes por ventura lo que dices? ¿Ignoras que ofendes á Dios, queriendo destruir esa vida que es obra de sus manos?

—¡Y sé yo siquiera lo que digo!

—Créeme, Victoria. Yo deseo verte unida en matrimonio con un hombre que te haga feliz, y espero que Dios me concederá este consuelo ántes que mis ojos se cierren á la luz del dia. Nuestros bienes son escasos, y á pesar de la modestia de nuestra vida, ántes de dos años será probable que tengamos que deshacernos de esta casa, en la que corrieron felices los años de tu infancia. Con su producto podremos vivir algun tiempo, ¿y después? Mi edad no me permite entregarme á ninguna obra de mano para mejorar nuestra situacion, y tú, criada con tanta delicadeza, no podrias ganar ni aun lo necesario para tu sustento. Por esto pienso en tu destino futuro. Nada se obra por casualidad en el órden de la naturaleza. Lo que el mundo llama casualidad, es las más veces Providencia. Tal vez, léjos de felicidad hubieras encontrado desdichas con ese Alberto, y Dios habrá deshecho este amor. Ten confianza. Tú eres buena, y tu bondad da realce á tus prendas físicas. Un nuevo amor vendrá á borrar en tí el recuerdo del primero.

—Dispensadme, madre mia, si os digo que no lo creo. Yo no puedo amar ya á otro hombre. Alberto

llenaba toda mi alma... y hoy no le veo, y sola, entregada á mi dolor, sólo la muerte es mi acariciada aspiracion.

Mezcláronse las lágrimas de la madre y de la hija, sin que esta pudiese consolarse con las dulces y discretas razones de aquella.

El dolor de Victoria fué en aumento. Los dias pasaban y Alberto no se presentaba. Ni la menor noticia tenian de él.

Temió la afligida viuda por la vida de su hija, y se propuso averiguar qué habia sido del inconstante amador.

CAPITULO III.

En el que se ve que una mujer puede asemejarse à una serpiente de cascabel.

Ignoraban, así Victoria como su madre, que Alberto, cuya ausencia amargamente deploraban, se hallaba hacia muchos dias en Granada. Siempre recogidas en su casa, pues ni recibian visitas ni las hacian, no era fácil que tuviesen conocimiento de la vida del inconstante mancebo.

En cuanto á la señora mayor, ni siquiera le conocia.

Necesario es que investiguemos en qué se ocupaba Alberto, y qué habia motivado su conducta para con Victoria.

Era Alberto el primogénito de una opulenta casa. Tenia en su fisonomía una expresion de bondad que agradaba á primera vista. Ojos negros y penetrantes,

frente despejada, nariz aguileña y una rizada y lustrosa cabellera que se asemejaba á la seda.

Era un hombre de esos que agradan á todas las mujeres, y no podia ser otra cosa si se atiende á sus grandes ventajas, cuales eran figura, riqueza, rango social y educacion esmerada.

Por lo demás, y aunque en el buen sentido de la palabra era lo que llamaríamos hoy un verdadero calavera; era calavera de buen tono.

No hay para que decir que tenia un gran número de amigos, ó, para ser más exactos, de jóvenes que con él se frecuentaban y que le daban aquel título; jóvenes que le hubiesen abandonado, en el momento en que por un capricho de la inconstante fortuna, se hubiese visto privado de sus riquezas.

Decian los Canadienses que la amistad es una deliciosa necesidad del corazon; y Ciceron afirma, que la amistad después de la sabiduria es el don más precioso que Dios ha concedido á los hombres. Pero, por desdicha y con muy contadas excepciones, no es esta la amistad que se encuentra en el mundo, sino una amistad egoista que dura tanto como la fortuna.

Tales eran los amigos de Alberto. Le halagaban, le colmaban de elogios, celebraban sus extravios y no encontraban nunca motivo para contradecirle. De este modo le explotaban en provecho propio.

Por otra parte, Alberto era espléndido y generoso. Como quiera que sus padres, sin cuidarse del empleo

que daria al dinero no se lo escaseaban, él era siempre el que pagaba los crecidos gastos que en su compañía hacian lós que se llamaban sus amigos.

Necesariamente el pueblo de corto vecindario donde radicaban en su mayor parte las posesiones de su familia, y en el cual por conveniencia vivia, era jaula demasiado pequeña para él que era aficionado á extender el vuelo por espacios inmensos.

El sueño acariciado de Alberto era viajar. Para esto aun no habia alcanzado la licencia de sus padres.

Atendidos los medios de locomocion conocidos en aquella época, el visitar las principales capitales de Europa, requeria el empleo de una fortuna y de algunos años.

Si alguno hubiese dicho entónces que llegaria un tiempo en el que por medio de la electricidad se habian de comunicar unos con otros los paises más distantes entre sí; que los más dilatados viajes se habian de convertir en paseos recreativos por medio de esos mónstruos que, alimentándose de fuego y vomitando humo, atraviesan con rapidez extraordinaria distancias inmensas, hubiese sido reputado por demente. Sin embargo, lo que entónces hubiese sido calificado de locura, es hoy bellísimo y muy útil producto de la moderna civilizacion.

Alberto, pues, no pudiendo realizar sus deseos de viajar, pasaba la mayor parte del tiempo en Granada.

donde encontraba mayores proporciones de divertimiento.

Un amor puro le habia llevado á Victoria. Más que de su hermosura física, se habia prendado de su candor é inocencia. Luego que hubo entablado relaciones con ella, pensó que sus padres se opondrian á aquella boda, por la diferencia de fortuna y de rango que habia entre ambas familias.

Siempre han existido estas preocupaciones sociales, que llegaron á su apogeo en la edad media, ó digamos en la dilatada época del feudalismo. La nobleza buscaba nobleza, y la fortuna no se unia con la desgracia. Un matrimonio morganático era muy mal visto, y la parte favorecida no era admitida al trato de la nobleza.

Es verdaderamente una aberracion del entendimiento humano el no comprender que la nobleza del corazon, es decir, la de la honradez y las virtudes, está por encima de la de la sangre, cuando esta es heredada, y á igual altura cuando se ha alcanzado por grandes hechos que pueden ocupar una página de gloria en la historia patria.

El mundo siempre ha estado lleno de preocupaciones, hijas de la soberbia. Así lo hemos encontrado y así lo dejaremos.

Decíamos que Alberto habia pensado en aquella dificultad; pero no fué esta la causa que más contribuyó á alejarle de la virtuosa Victoria.

En una de las más opulentas casas de la ciudad se daba una fiesta de baile, para celebrar el dia del santo de la dueña de la misma.

Era un domingo del mes de mayo.

Los amigos de Alberto le buscaron y le propusieron ir aquella noche á la fiesta.

—Conozco, dijo Alberto, á la señora de la casa, y más de una vez me he quedado como absorto contemplando la rara belleza de su hija, que más parece ángel que mujer. Pero nunca he tenido la feliz ocasion de hablarlas: ¿cómo quereis, pues, que me presente en su casa?

—Ese no es un obstáculo, dijo uno de los amigos. Yo que tengo bastante intimidad con esa familia, te presentaré.

En efecto, una hora después de anochecido, Alberto era presentado á la reunion de la señora de Aguilar.

Allí encontró á muchas personas conocidas.

El salon estaba adornado con brillantez y suntuosidad. La concurrencia, en especial de hermosas damas, era extraordinaria.

La bella Beatriz, que tal era el nombre de la hija de la señora de Aguilar, hacia vibrar con sus experimentados dedos las cuerdas de una preciosa mandolina.

Alberto oyó con complacencia aquellas armonías, sin apartar su vista de los ojos de Beatriz, que brillaban como el fuego del templo de Vesta.

Después se paseó algun rato por el salon principal, del cual salió dirigiéndose al inmediato con el amigo que le habia presentado en la casa.

Alberto estaba serio y no pronunciaba palabra alguna, motivo por el cual le preguntó su amigo:

—¿Estás por ventura pesaroso de haber venido?

—¡Ay, Fernando! ¡Ojalá no hubiese aceptado tu invitacion!

—¿Te encuentras indispuesto?

—Nó.

—Pues no comprendo...

—Es que yo creí que mi corazon estaba ocupado por completo, y veo que aun cabe en él una inmensidad de amor.

—Pues mira, me acabas de hacer dos revelaciones á un tiempo, y tal vez cuando no pensabas hacerme más que una.

—¿Dos revelaciones?

—Justamente. Si creias que tu corazon estaba ocupado por completo, es que disfrutabas de un amor que satisfacia todas tus aspiraciones. Y al añadir que has comprendido que aun cabe en él una inmensidad de amor, me has dado á comprender que el niño ciego y jugueton te ha dirigido otra de sus flechitas. Si en lo primero has guardado conmigo gran reserva hasta ahora, cosa que no debe hacerse entre buenos amigos; te lo perdono en gracia de la prontitud con

que te has confesado envuelto en las redes amorosas de Beatriz.

—¡De Beatriz!... ¿Quién te ha dicho?...

—Tú, hombre, tú. Verdad es que ese salon está lleno de bellezas; convertido en odorífero jardin de preciosas flores: pero entre tantas hermosuras resplandece la que es verdaderamente reina de la fiesta, Beatriz, que destaca entre todas como la alta pirámide entre los edificios de que está rodeada. Por otra parte, miéntras ella tañia la mandolina, estabas como endiosado en su contemplacion. Vé, pues, y dirígele la palabra. Tal vez está destinada á ser tu ángel de la guarda.

Era, en efecto, Beatriz una mujer encantadora. En sus mejillas ardia el carmin más vivo. Atraido Alberto involuntariamente hácia aquel encanto, quiso hablarle del amor que le habia inspirado, pero se detuvo. Entre él y Beatriz le pareció que se alzaba la figura de Victoria, de aquella inocente y encantadora niña, á la que habia hecho libar en el caliz del amor.

—Nó, se dijo; seria un infame. Yo no debo engañar á aquel ángel.

Empero, cuando hacia tan laudable propósito, se encontró frente á frente de Beatriz, que sonreia como un serafin.

La encantadora jóven fijó su vista en Alberto, cuyos ojos aparecian con un pronunciado tinte de melancolía. Su gallardía, su tono cortés y la belleza de su rostro, le recomendaron desde luego á la graciosa beldad.

Alberto le dirigió la palabra.

Ella respondió, y su voz sonora, sus dulces frases, la discrecion con que manifestaba sus pensamientos, fueron nuevos encantos para el inexperto Alberto.

Y decimos inexperto, porque entre Beatriz y Victoria habia una diferencia inmensa.

Victoria era un ángel: Beatriz una mujer.

Ambas eran encantadoras, pero de diversa manera. La belleza del alma de Victoria era un fecundo raudal de tiernísimos y puros afectos.

En Beatriz todo era exterioridad. Su alma no estaba dispuesta para otro amor que el de la materia, si bien tenia el talento del disimulo.

La una era todo amor; la otra estaba destinada para causar tormentos.

Un desaire de Alberto, una manifestacion de indiferencia, hacia enfermar á Victoria. En Beatriz, un hecho semejante hubiese despertado su soberbia y le habria predispuesto á la venganza.

Alberto, ahogando los sentimientos de su corazon y luchando con su propia conciencia, empezó por lisonjear á Beatriz, hablándola de su belleza encantadora, y acabó por requerirla de amores.

El obrar mal siempre produce fatales consecuencias. Así como ninguna obra buena queda sin recompensa, ninguna mala queda sin castigo.

Si Alberto hubiese podido leer en aquellos instantes en el libro del porvenir; si hubiese sabido que

aquella mujer después de robarle la paz del alma le habia de hacer apurar un cáliz de amargura, hubiese huido precipitadamente de sus fastuosos salones, refugiándose en los brazos de su inocente Victoria.

Pero el hombre, cuando no toma otra guia para sus acciones que los caprichos del corazon ó las veleidades de la fantasía, no hace otra cosa que saltar de precipicio en precipicio.

—¿No habeis amado nunca? preguntó Alberto á la encantadora Beatriz.

—¿Teneis gran necesidad de saberlo? respondió ella, dejando asomar á sus labios una sonrisa de ángel.

—Tal vez habré sido indiscreto al haceros la pregunta: pero creo que se puede envidiar la felicidad del hombre que por vos sea amado.

—Sois en verdad muy lisonjero, y, si os he de hablar con franqueza, no son las lisonjas las que más me satisfacen.

—Ni ellas han manchado jamás mis labios. Contemplad, señora, el firmamento, y la magnitud y la hermosura de los astros; extended la vista por el inmenso occeano; escuchad al despuntar la aurora el melodioso trino de las aves y aspirad el embriagador aroma de las flores, y no podreis ménos de exclamar: «¡Cuán bello y encantador es el majestuoso espectáculo de la naturaleza humana!» ¿Y esta natural exclamacion, podrá calificarse de lisonja?

—Veo que sois amante de la poesía.

—Por que en la poesía está la verdad.

—Y tambien la exageracion.

—¡Oh, nó! En el caso que he citado no creo que quepa la exageracion. Pues bien: si vuestra belleza es tan patente á la vista como lo son las galas de que hace ostentacion la naturaleza, ¿por qué ha de parecer lisonja el que yo llame feliz al hombre que tenga la dicha de poseer vuestro amor?

—Me habeis preguntado si no he amado nunca. ¿No es esto?

—Justamente.

—Si no lo tomaseis á mal...

—Palabras pronunciadas por vuestros labios serán á mis oidos como armonías celestiales.

—Pues bien; permitidme que ántes de responder á vuestra pregunta, os suplique que la tomeis como hecha á vos por mis labios.

—Es decir, que me preguntais si yo he amado alguna vez.

—Eso es.

En aquel momento, Alberto sintió un movimiento involuntario. A su imaginacion se presentó la virtuosa Victoria, ángel de sus primeros amores; presentóse á su fantasía llorando amargamente por su ausencia, y confiando aun en que volveria á sus brazos. La conciencia, ese juez invisible, testigo de todos los actos del hombre, hasta de los más ocultos, y que á todas partes

nos acompaña, le avisó que cometia una falta que podia ocasionar la muerte de una criatura inocente que no habia cometido otro crímen que el creer sus protestas de amor.

El carmin del rubor cubrió sus mejillas, y bajando la vista no se atrevió á contestar una sola palabra.

Beatriz comprendió en el momento lo que pasaba en el fondo de su alma, y le dirigió una mirada que lo mismo podia ser de compasion que de despecho.

Era Beatriz lo que se llama una mujer del gran mundo. Muy niña habia perdido á su padre. Vanidosa por temperamento, y soberbia por defecto de educacion, habia adquirido malos sentimientos. Su madre, que habia comprendido su carácter y que se habia considerado impotente para modificar sus ideas, la dejaba obrar. Así es que disfrutaba de una absoluta independencia. Habíase gozado en despreciar pretendientes en los cuales dejaba crecer la llama del amor, fingiendo corresponderles para darles después un desengaño.

Sin embargo, una vez habia amado hasta el delirio; pero se vió obligada á sufrir la pena del Talion.

Ella habia destrozado muchos corazones, y sonó la hora en que el suyo debia ser triturado.

¡La Providencia! ¡Siempre la Providencia resplandeciendo en los actos humanos!

Beatriz, flor ya marchita, se veia despreciada por el que habia hollado y arrastrado por el lodo la corola de su pureza.

Un dia despertó del letargo que la habia envenenado, comprendió que su desgracia era irremediable, y un sólo deseo se agitó en su pensamiento y se apoderó de su corazon. ¡La venganza!

Hemos dicho que Beatriz poseia el talento del disimulo.

A partir desde el dia de su desgracia, procuró que nadie advirtiese en su rostro las huellas de su dolor.

Deseaba vengarse del que la habia ofendido y para ello necesitaba un hombre, pero un hombre al que hiciese todo suyo por medio del amor.

Vió á Alberto y le creyó el hombre necesario. Cuando este empezó á requerirla de amores, creyó ver acercarse el dia para ella tan deseado. Malicia, pues, llevaba al querer saber de sus labios si habia amado alguna vez.

Ella, por su parte, no podia ya sentir verdadero amor, ese amor casto que es un don del cielo con el que el señor regala á las almas que quiere hacer dichosas: su corazon no podia ya latir por el afecto profesado á otro sér. Era la contraposicion de Victoria, de aquella pura doncella que interrogaba ansiosa al aura de los campos que llegaba hasta sus labios, y á las aves que alegres cruzaban por su ventana, que habia sido de aquel por quién su corazon palpitaba. ¡Ah! Alma sensible y privilegiada, el amor puro era la única atmósfera en que podia respirar. ¡Beatriz respiraba con desahogo en una atmósfera envenenada!

Verdad es que el alma de Beatriz se hallaba lacerada; que un hombre con impiedad inaudita la habia embriagado de amor y después habia arrojado á su hermoso rostro la saliba del desprecio. Si hubiese conservado siquiera una idea de la virtud, si su corazon hubiese sido capaz de abrigar sentimientos religiosos, debiera conocer que habia recibido el justo castigo de su pecado, el que reciben las jóvenes que dejan insensatamente marchitar las flores que forman la preciosa corona de la modestia y la virginidad.

Pero en el corazon de Beatriz reinaban sentimientos de odio y de venganza. Otras mujeres cayeron en su misma falta, pero supieron lavarla con lágrimas de dolor y arrepentimiento. Y tan grande, tan extraordinario fué este arrepentimiento en algunas, que hoy son objeto de veneracion en los altares.

El temple del alma de Beatriz era muy diferente.

Hemos dicho que su pregunta dirigida á Alberto habia caido en el corazon de este como una bala, y que por lo pronto no supo que contestar.

Beatriz repitió la pregunta:

—¿Con que, no me direis si habeis amado alguna vez?

Hubo un momento de reaccion en Alberto.

—Yo no sé mentir, la dijo; he amado á un ángel, á una mujer casi divina; pura como el cielo, y que no volverá á amar á otro hombre.

Iba á añadir.—Y aun la amo. Pero la fascinadora

mirada de Beatriz se clavó en su rostro y le faltó el valor para terminar la frase.

La lucha, pero una lucha terrible, se habia levantado en su corazon.

Le dolia faltar á la fé que debia á su Victoria. Pero aquella otra mujer le fascinaba y enloquecia.

—¿Y amais todavía? le preguntó Beatriz.

Alberto se escapó por la tangente contestando:

—¿Y es posible no amar viéndoos, señora? ¡Quién puede ver un ángel sin sentirse atraido á él por la belleza!

A Beatriz no quedó duda alguna de que Alberto tenia otro amor; pero dijo para si.—Serás mio. Y después de breves instantes, queriendo asegurar la presa, ó mejor diremos el instrumento que preparaba para su venganza, sonrió con voluptuosidad, y dijo:

—¿Las galantes frases que habeis pronunciado son una declaracion de amor?

—Es, señora, que me estais enloqueciendo.

—Pues digo que correis mucho. Si sois tan pronto en olvidar como en enamoraros, cambiaréis de amor cada semana.

—Señora...

—Es muy sencillo. Me habeis conocido esta noche, y es extraño que os haya inspirado tan pronto, tan instantáneamente, una vehemente pasion. Vos debeis ser de esos hombres que sienten igual amor por todas las mujeres.

Alberto se sintió herido en su orgullo.

—No os he conocido esta noche, dijo; si bien es la primera vez que he tenido la honra de hablaros. Os he visto mil veces y otras tantas me habeis cegado con vuestros encantos.

—¡Tal vez sea yo maga!

—Yo no sé lo que sois, sino que os amo con toda mi alma.

—Bien, Alberto; es necesario que pongamos punto por esta noche á nuestra conversacion, pues estamos llamando la atencion. Venid mañana y la continuarémos sin testigos.

—¿Pero puedo tener esperanzas?

—No hablemos más.

Y Beatriz se levantó, dejando llena de ansiedad el alma de su amante.

Desde entónces empezó Alberto á dejar de acudir con tanta frecuencia como ántes á ver á Victoria.

El ángel malo triunfaba en la lucha. El inexperto doncel dejaba el rocío del cielo por las auras infernales; el amor de un alma virginal por el de una coqueta airada que habia de ser su tormento.

Así son los hombres: guiados por las veleidades de la fantasía, dejan el bien por el mal, perturbando su razon, esa brillante corona con la que plugo al Hacedor ceñir la frente del sér privilegiado que formara á su imágen y semejanza.

¿Y porqué así?

Es muy sencillo. El hombre conoce sus leyes, su bien y su fin por medio de la razon: puede infringir las primeras, abdicar el segundo y separarse del tercero por el ejercicio de su libertad: pero pesa sobre él una inmensa responsabilidad, pues que el que tal uso hace del don que nos eleva y que demuestra nuestra semejanza con el Creador, desprecia dádiva tan preciosa y se asemeja voluntariamente á los irracionales.

CAPITULO IV.

Donde se ve que alguna vez puede sacarse de una pila de agua bendita la muerte del corazon.

Hemos dicho que el inexperto Alberto dejaba el rocío del cielo por las auras infernales.

La tranquilidad y el sociego habian huido de su corazon.

Ni un momento pudo entregarse al sueño la noche en la que habia tenido su primera entrevista con Beatriz.

La mañana siguiente fué la primera que faltó en acudir al jardin de Victoria.

Deseaba vivamente reanudar su interrumpida conversacion con Beatriz, y las horas se le hacian años. El amor que habia turbado su corazon, no era un amor puro como el que habia sentido por Victoria.

Recordamos ahora estas frases de Napoleon: una

mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazon: la primera es un dije, la segunda es un tesoro.

A estas palabras del gran conquistador, añadiremos otras por cuenta propia: una mujer hermosa, pero sin virtud, puede fascinar al hombre y hacer del sabio un insensato; esta es una produccion satánica, que envenena el corazon siendo imágen anticipada del infierno.

La mujer virtuosa es el ángel custodio del hombre que puede conducirle al paraíso. La mujer degradada es el ángel malo que conduce á los tormentos y á la desesperacion.

Alberto tuvo la desgracia de escoger la peor parte.

Amaneció el dia siguiente por él tan deseado, y abandonó el lecho, nó para correr á ver su ángel bueno, sino para buscar torrentes de inspiracion en los primeros reflejos del sol naciente. Sin dedicar un recuerdo á la criatura que hubiese formado su felicidad y hubiese embriagado su alma con el aura del más casto de los amores, pensaba en el momento de volver á ver á Beatriz, que ya llenaba su corazon por completo.

En las primeras horas de la mañana le encontró el amigo que le habia presentado en mal hora á aquella divinidad satánica.

Alberto habia salido de la ciudad y se hallaba en la campiña.

Estaba parado; paseaba su vista por el vasto firma-

mento, pero nada decia á su alma el bello espectáculo de la naturaleza.

El eco de la campana de una cercana iglesia, esa lengua de bronce que llama á los fieles á la asistencia de los divinos misterios, resonó en su oido.

Alberto salió por un momento de aquella especie de letargo en que se hallaba sumido.

La religion llamó á su corazon. La conciencia se sublevó contra su incalificable conducta.

Involuntariamente le asaltó el recuerdo de Victoria. Una lágrima brotó de sus ojos, y no pudo ménos de exclamar:

—¡Pobre ángel mio! ¿Por qué me has amado cuando soy indigno de tu amor? ¡Si buscaré la muerte cuando puedo poseer la vida!...

Y cruzó sus manos y juntó la barba con el pecho.

Aun habia remedio para él. Con un poco de valor, hubiese corrido precipitadamente á los brazos de Victoria, y su corazon hubiese rebosado en las más dulces expansiones, dando al olvido aquello en lo que nunca debiera haber pensado.

Pero en aquel momento fué sorprendido por su amigo, el que, tocándole en el hombro, le dijo:

—Veo que has madrugado. Pero, ¿qué haces aquí tan meditabundo? Calla, y veo en tus ojos señales de haber llorado.

—¡Yo! dijo Alberto rehaciéndose y procurando aunque en vano disimular su agitacion.

—¿Pues qué, no lo veo? Anoche no me despedí de tí por no interrumpir el animado coloquio que sostenias con la señorita Beatriz, que por cierto no dejó de llamar la atencion de todos los concurrentes.

—¡Y qué me importa! replicó Alberto.

—Es que á mí tampoco!

—Pues entónces...

—Veo que estás de mal humor, y si es cosa que te incomode el que te hable, puedes decirlo y te dejaré sólo.

—¡Ay, Fernando! dijo Alberto con un tono más dulce, ¡cuán desgraciado soy!

—¡Desgraciado! No comprendo...

—Ni es fácil comprender la altura de mi desgracia.

—Tal vez enamorado de Beatriz, le hicíste una declaracion y has recibido una repulsa. Si es esto, consuélate, amigo mio, consuélate, que creo que nada has perdido. Y además, ¡hay en Granada tantas bellezas que se llamarian felices con oir de tus labios unas galantes frases!

—¡Ojalá hubieses acertado en lo que dices! No he recibido ninguna repulsa, y esto es lo que causa mi agitacion, y no sé si te diga la pena que reina en mi corazon.

—Pues te digo que no acierto...

—¿Puedo hacerte depositario de mis secretos? ¿Puedo abrir contigo mi corazon?

—Si para eso no sirve la amistad, no sé en verdad para qué sirva.

—Pues bien, dirijámonos á aquella fuente, y sentados en el poyo de piedra que hay á su lado, te contaré mis cuitas y me darás consejo.

En efecto, ambos amigos dirigieron sus pasos al lugar indicado, se sentaron, y Alberto refirió punto por punto á Fernando la historia de sus amores con Victoria, y cuanto en la noche anterior habia hablado con Beatriz, y terminó su relato con las siguientes frases:

—Yo siento en mi pecho una inmensidad de amor por esa mujer. Te confieso que ha embriagado mi alma, que ha trastornado mis sentidos. Cuando me has encontrado, me reprochaba mi infidelidad para con la pobre Victoria. ¡Es tan buena! ¡Me ama tanto! Pero su amor no es el amor de los sentidos, que exhala fuego, no es el amor que envuelve en sí placeres inmensos. En Beatriz veo una mujer de otro temple de alma. Horas nada más hace que la he hablado, y la pasion que me ha inspirado crece por momentos y traza tiene de convertirse en tormenta moral. ¡Ah! Yo amo á Beatriz y no sé dejar de amar á Victoria. ¿No soy digno de compasion? ¿Puede darse una situacion semejante á la mia? ¿Qué deberé hacer? ¿Qué me aconsejas? Espero que me hables con la sinceridad del amigo.

Fernando era una excepcion entre los amigos de

Alberto. Le profesaba verdadero afecto, y no por explotarle, pues no tenia necesidad de ello, sino por cariño y buena voluntad se reunia con él. Además, aunque vivo y alegre como la mayoría de los jóvenes, estaba dotado de buenos sentimientos y era incapaz de cometer una mala accion.

Con religiosa atencion estuvo escuchando á Alberto, y cuando éste hubo terminado, suplicándole que le aconsejára, le habló de la siguiente manera:

—Si yo hubiese sabido tus amorosas relaciones con esa Victoria, que, á juzgar por el retrato que de ella me has hecho, debe ser un ángel de pureza, es casi seguro que no te hubiese presentado en casa de Beatriz. ¿Tienes alguna queja de Victoria? ¿Has notado en ella alguna variación? ¿No estás persuadido de que te ama, tanto cuanto es posible amar? Además, ¿no es bella, moral y físicamente? Créelo, Alberto, el amor puro tiene la virtud de fundir dos almas en una. Conserva ese amor-sentimiento que puede hacerte dichoso, y huye de ese otro amor-sensacion, que tal vez pueda hacerte desgraciado.

—Pero creo que es imposible el poder extinguir la llama que arde en mi pecho y que va teniendo trazas de volcan. Por otra parte; caeria en el ridículo de no volverme á presentar en casa de Beatriz: ¿qué concepto formaria de mí?

—Bien; obra del modo que creas más prudente. Yo te he dicho lo que haria en tu caso.

—Yo no puedo creer que tú obrases contra lo que dicta el honor.

—Y piensas muy cuerdamente, por que yo, comprometido con una mujer digna como lo es esa Victoria, de la que me has hablado, no hubiese pedido amores á otra.

Alberto quedó como agoviado bajo el peso de aquella acusacion. y no supo que responder.

Conoció Fernando que le habia herido en el alma, y se apresuró á neutralizar en cuanto le era posible el efecto producido por sus palabras.

—No he tratado de ofenderte, le dijo, porque conozco muy bien á lo que puede arrastrar una pasion. Tal vez yo me hubiera cegado como tú y hubiera obrado de la misma manera. Pero sí te diré que mires bien lo que haces. Tal vez la Beatriz no es lo que parece á primera vista.

—¿Qué quieres decir? profirió Alberto.

—¿Sabes si esa mujer ha amado ántes?

—¡Como he de saberlo!

—¿Se lo preguntarás?

—Ya lo he hecho.

—¿Y cual fué su respuesta?

—Ninguna.

—No comprendo...

—Evadió la respuesta, y para evitarla me hizo igual pregunta.

—Y tú...

—Le dije en parte la verdad, que no tuve valor para ocultarla. Le confesé que habia amado á un ángel de pureza que jamás me olvidaria, pero me reservé como era natural el decir que aun la amaba.

—Lo que ella comprenderia y lo que tal vez no le importaria por que confiaba en triunfar de aquel otro amor. ¡Oh! ¡Las mujeres! ¡Las mujeres!....

—¿Y por qué piensas tan desventajosamente de Beatriz?

—Debo ser franco contigo. Es que se cuenta de ella cierta historieta que en verdad no la favorece mucho.

—¿Y no puedes ponerme al corriente de ella?

—¿Y por qué no, si se trata de tu bien? Ántes por el contrario, estoy interesado en que seas sabedor de todo. Esto te servirá para obrar con mayor prudencia.

—Me tienes impaciente.

—Se dice que por espacio de un año ha sostenido relaciones amorosas con el primogénito del conde del Amparo, que estos amores llegaron hasta la deshonra, y que ahora se ve despreciada por el afortunado noble al que otorgó toda clase de favores.

—Eso puede ser una calumnia.

—Ó una verdad.

—Pero ¿no vez que eso es horrible? ¡Ah! No lo creo: no puedo creerlo. Aquel rostro respira virtud; no se ve en él ninguna huella de deshonra.

—Tampoco yo juraré que sea cierta ó deje de serlo la anécdota que corre de boca en boca. Te he dicho

tan solamente lo que he oido, lo que se afirma en la alta sociedad.

—¡La alta sociedad! En la alta sociedad no hay otra cosa que podredumbre. La virtud más austera se arrastra por el lodo, la honra más bien cimentada se destroza, y todo por la envidia. Beatriz es bella y su misma belleza le crea enemigos. Yo, que sólo una vez la he hablado, soy capaz de citar á *juicio de Dios* al que de ella afirme lo que has dicho, con la seguridad de alcanzar la victoria sobre mi adversario. No; Beatriz no es una mujer deshonrada.

Alberto tenia razon en lo que dijo acerca de la alta sociedad. Por lo general reina en ella la murmuracion y la maldad, pero en un *juicio de Dios* llevado á cabo por defender á Beatriz, hubiese quedado vencido, suponiendo que la Divinidad intervenia en estos juicios como se creia en aquella época.

Alberto se habia entusiasmado al hablar de aquella mujer de tal manera, que Fernando no pudo ménos de quedar persuadido de que ya era imposible separarle de ella.

Aquel mismo dia, Alberto hizo su segunda visita á Beatriz.

La encontró más encantadora que en la noche anterior. A los ojos de Alberto se presentó una juventud fresca, pura, una belleza enérgica é irresistible. Sus hermosos ojos dejaban ver una mirada graciosa, poética. Sus sedosos cabellos rubios se agrupaban en

encantador desórden sobre su blanca frente y su mórbida garganta. Vestia una bata blanca ajustada á la cintura por una cinta de seda verde.

En sus dedos delgados y de forma admirable lucia ricos anillos.

Su gallardía, su hermosura, su traje, formando un conjunto indefinible, la hacian aparecer como una belleza de un órden privilegiado.

Todo se veia en ella ménos las huellas del dolor. Y sin embargo, hubiera podido escribir todo un poema de amor, de amarguras y de terribles desengaños.

¡Cuán incomprensible es la mujer!

Desde aquel dia quedaron entabladas las relaciones amorosas entre Alberto y Beatriz.

Aquel no se atrevió á romper de una vez con Victoria, pero fué haciendo ménos frecuentes sus visitas segun vimos á su tiempo.

Por fin dejó de verla.

Victoria cada dia aumentaba en su tristeza. Su madre le habia ofrecido hacer las averiguaciones necesarias, pero pasaban los dias. Léjos de enfriarse su amor por la ausencia del objeto amado, se acrecentaba en su pecho.

En aquella época no se habia compuesto aun una seguidilla que canta nuestro vulgo y que nos la recuerda el estado de la pobre Victoria:

Es el amor, mi vida,
Como la sombra,

Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma.
La ausencia es aire,
Que mata el fuego chico
Y aviva el grande.

Es justamente lo que sucedia á Victoria. Cada dia que pasaba sin ver á su Alberto crecia en su pecho aquella llama de puro afecto que la mataba.

Su corazon se hallaba destrozado.

Su madre se afligia profundamente al contemplarla en aquel estado, y se valia de todos los medios imaginables para consolarla.

—Hija mia, le decia, nosotros miramos todas las cosas de la vida de una manera limitada, porque somos finitos. Muchas veces creemos que el cumplimiento de un deseo nuestro puede hacernos felices. Pero Dios que es infinito, que abarca todas las cosas, que todo lo gobierna con admirable Providencia, suele á veces sacar bien del mal y hacernos felices por los caminos que creíamos nos habian de conducir á la desgracia.

—Lo que es felicidad, creedlo madre mia, no la habrá ya para mí. Alberto, al ausentarse, se ha llevado tras sí mi vida.

—Pues es necesario que procures fortificar tu corazon y que en la escuela de las virtudes cristianas aprendas á sufrir con resignacion las adversidades del mundo. Nuestra vida no es otra cosa que un valle de



Victoria.

lágrimas que nos conduce á la patria de la dicha perdurable.

Empero, todas las reflexiones de su buena madre no servian para enjugar una sola lágrima de Victoria.

Hasta entónces, y segun ya hemos indicado en otro lugar, madre é hija vivian muy recogidas y con muy poco trato. Para cumplir sus deberes religiosos acudian en las primeras horas de la mañana á una iglesia inmediata.

La madre de Victoria, queriendo proporcionar á esta algunas distracciones, la obligó á salir con ella de paseo.

Un domingo la dijo: Hoy iremos á la última misa que es la más concurrida.

Victoria se mostraba á todo indiferente. No presentó objecion alguna.

Serian las once de la mañana cuando salieron de su casa para dirigirse al templo.

La jóven cubria su natural belleza con un pronunciado tinte de melancolía.

Pensaba en Alberto, y el corazon le anunciaba que iba á verle.

El corazon no le engañaba. ¡Mejor hubiere sido para ella que no se hubiese realizado el presentimiento!

Iba á verlo ¡pero en qué ocasion! Victoria iba á necesitar de toda aquella fortaleza que el Señor concede á las almas escogidas para que puedan sobrellevar las adversidades de la vida, que no es otra cosa segun

el más paciente de los mortales que una verdadera milicia.

Victoria, modesta aunque elegantemente vestida, pensaba en Alberto, su amor, su ensueño, que jamás se apartaba de su imaginacion.

Al penetrar con su madre en el templo se acababa una misa. Los que á ella habian asistido se encontraban al salir con los que entraban para la siguiente.

Entre los primeros se hallaba la altiva Beatriz, acompañada de su madre y de Alberto. No habia llevado por objeto el cumplimiento de un deber sagrado. Aquella mujer no tenia idea alguna religiosa. Habia ido tan solamente á llamar la atencion hácia su persona.

Semejantes á Beatriz hay muchas mujeres, que no teniendo suficiente teatro con los paseos, reuniones y espectáculos, invaden tambien los templos con el criminal objeto de robar las adoraciones que son debidas á la Divinidad. Estas mujeres pueden llamarse primogénitas del que conduciendo al Salvador á la cima de un elevado monte y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo:—Todo esto te daré, si cayendo me adorares.

Beatriz estaba encantadora. Vestia un rico traje de color, y lucia en su cabeza dos flores naturales entrelazadas con pequeños diamantes; de su torneada garganta pendia una delgada cadena de oro con una cruz del mismo precioso metal y algun brillante. Habia

lujo y severa elegancia, mas propia para asistir á una reunion de alta sociedad que á un templo cristiano, donde todo debe ser modesto, donde el alma debe elevarse entre celestiales armonías á la contemplacion de los sagrados misterios, donde todo debe convidar al amor divino.

Victoria pasó los umbrales del templo y se dirigió seguida por su madre á la pila del agua bendita.

Al introducir su mano en la fuente, sus dedos tropezaron con otros.

Aquel contacto le hizo estremecer.

Levantó casi involuntariamenle la vista y se encontró con Alberto, en el instante en que este sin haber reparado en ella ofrecia el agua á Beatriz.

Victoria quedó como pasmada. Abarcó de una sola mirada todo el conjunto de aquella hermosa jóven á la que no conocia, y al ver que Alberto salia con ella dió un grito y cayó desmayada.

Afortunadamente pudo ser recogida en el aire por un hombre humildemente vestido de cuyos hombros pendia una especie de morral lleno de libros y estampas.

Armóse la confusion que es natural en tales casos y mucho más en los grandes concursos de gente.

La madre de Victoria asustada secundó el grito de esta, y comprendió en el momento la causa de aquel inesperado accidente. Volvió el rostro y vió á aquel jóven que con la elegante señorita salia del templo,

sin que ni él ni ella se hubiesen detenido como los demás ni aun por curiosidad al escuchar el grito de la jóven.

Pero Alberto la habia visto; y si salia precipitadamente, era más bien por alejarse de su propia conciencia, como si esta no nos acompañase á todas partes.

Victoria fué acompañada á la sacristía, donde se le auxilió caritativamente hasta tanto que habiendo recobrado el uso de los sentidos se encontró en disposicion de andar.

La madre determinó que regresasen á su casa.

Victoria lo deseaba para entregarse al llanto, único consuelo de la mujer afligida.

El hombre que habia tenido la suerte de poder sostener el cuerpo de Victoria cuando cayó desmayada se acercó á ellas, y con un tono dulce les dijo:

—¿Me permitireis que os acompañe á respetuosa distancia? Podria repetir el accidente á esta señorita y en tan desgraciado caso, me tendria por feliz en ofrecerla mi ayuda y servicios.

—Os doy las gracias, dijo la madre.

Victoria no pronunció palabra. Su corazon estaba transido de dolor.

El caritativo hombre las siguió.

Cuando llegaron á la puerta de su casa, aquel se acercó, y saludándolas con la mayor cortesía, sin fijar la vista en el rostro de la madre ni de la hija, dijo á la primera:

—Dios haga que terminen las penas que angustian á esta jóven. Solo en la religion se halla el bálsamo que cura las heridas del corazon.

La señora fijó su vista en aquel hombre. Conoció que era aun jóven, pero su rostro manifestaba las huellas de grandes padecimientos. Las palabras que acababa de pronunciar le habian llamado la atencion.

¿Por qué aquel hombre se explicaba de tal manera? ¿Poseia por ventura el secreto de conocer el corazon humano? ¿Quién le habia dicho que Victoria padecia?

Estas reflexiones se hizo en un momento á sí misma la buena señora, y obligó con corteses frases á aquel hombre á que entrase en la casa.

Él no se hizo de rogar.

Victoria se retiró á sus habitaciones, y su madre quedó con aquel hombre que habia encontrado en ella grandes simpatías.

—Dijísteis cuando os disponiais á marchar, profirió la primera, que deseabais que terminasen las penas que angustian á mi hija. ¿Seré indiscreta si os pregunto cómo sabeis que mi hija sufre? ¿No puede haber sido su desmayo un accidente casual?

—Señora, cuando una persona ha apurado el cáliz del dolor, cuando ha devorado en su corazon amarguras sin cuento, cuando en el mundo no ha encontrado otra cosa que desengaños, comprende con facilidad los dolores ajenos. Entre los que padecen hay una especie de simpatía, mejor diré, de atraccion, y

ninguno compadece más al que sufre que el que ha sufrido.

—¿Luego vos sois desgraciado?

—Lo he sido, señora, lo he sido.

—¿Y al presente?

—Desgraciado es el que comete errores, el que se aparta de las sendas de sus deberes, el que cual yo lo he hecho, abandona á sus padres, causándoles una pena que los conduce al sepulcro. Pero cuando el hombre reconoce sus pecados y los llora, y se impone una expiacion y alcanza la misericordia divina, entónces deja ya de ser desgraciado.

Y al pronunciar estas sentidas frases las lágrimas corrian por sus mejillas.

Después de una breve pausa exhaló un suspiro y continuó de este modo:

—Os he dicho todo esto para que no creais que yo soy un profeta por haber adivinado los pesares que se abrigan en el corazon de vuestra hija. Tal vez ella siente un amor contrariado que no sabiéndolo vencer puede abrirle las puertas del sepulcro. Dios nos ha concedido la razon para que sepamos vencer nuestras pasiones y no seamos esclavos de ellas. Yo no soy más que un hombre pobre, miserable, que nada sé porque nada he estudiado, pero estoy probado en la tribulacion como el oro en el crisol. Aconsejad á vuestra hija, animadla para que de los males presentes pueda sacar la felicidad futura.

Al decir estas palabras, se levantó y se dispuso á partir.

La señora, llena de ansiedad le dijo:

—¿Vos que sois tan bueno, no me otorgaréis un favor?

—Bueno es Dios, señora. Yo os he dicho que no soy más que un gran pecador. Pero estoy dispuesto no á otorgaros un favor sino á serviros en cuanto me creais de alguna utilidad. Yo he hecho voto de dedicarme por completo al bien de mis semejantes, á consolar á los que sufren y padecen.

—Pues en este caso no me negaréis lo que voy á pediros, toda vez que puede ser de gran utilidad á una criatura que padece.

—Hablad.

—Creo que la Providencia os ha conducido hoy á la iglesia, disponiendo que mi desgraciada hija cayese en vuestros brazos.

—Tal vez sea así. Los juicios de Dios son incomprensibles á la menguada razon humana. ¡Quién puede comprender los secretos de la Providencia!

—Deseo que cada dia vengais á esta casa y que procureis con vuestros sanos consejos curar la enfermedad moral que padece mi Victoria. Yo creo que podreis conseguir mucho.

—Vendré, señora, vendré porque me lo ordenais. Grande es mi ignorancia para que yo pueda esperar grandes resultados, pero lo pondremos en manos de

Dios. Ahora me daréis vuestra licencia para poderme retirar.

—¿Y podré saber vuestro nombre?

—Nada importa un nombre; pero, puesto que deseais saber el mio, os lo diré: me llamó Juan Ciudad.

Y sin pronunciar más palabras abandonó aquella casa.

La señora al verle marchar fijó en él su vista, y no pudo ménos de exclamar:

—¡Juan Ciudad! ¡Oh! ¡Este hombre debe ser un enviado de la Providencia!

CAPITULO V.

De quien era Juan Ciudad y por qué se encontraba en Granada.

No podemos pasar adelante en la narracion de los hechos que nos han ocupado, sin dar á conocer al lector quien era el hombre misterioso al que hemos conocido en casa de Victoria y del cual sabemos solamente que se llamaba Juan Ciudad.

Como quiera que este personaje ha de ser el principal en nuestra historia, ó sea el protagonista de los dramas que han de desenvolverse en nuestro libro, no podemos dejar pasar desapercibidos los hechos culminantes de su vida que nos importa mucho conocer.

El lector tendrá la amabilidad de trasladarse con nosotros á Montemayor el Nuevo, una de las principales villas de Portugal.

Estamos en el año de gracia de 1503.

A la puerta de una casa de humilde apariencia un niño como de ocho años de edad se entretiene en juegos infantiles con otros compañeros.

Un viajero se presenta en aquellos momentos, y parándose en el umbral de la puerta demanda hospitalidad.

—El niño deja el juego y penetra tras el viajero en su casa.

Andrés Ciudad que era el dueño ó arrendatario de ella, recibió con la mayor amabilidad á aquel hombre al que ofreció cena y cama.

—No sabeis, dijo este, cuanto os agradezco el buen recibimiento que os merezco. A más de pagaros el gasto que pueda hacer, os quedaré reconocido.

—Mi casa no es posada, amigo mio, y por lo tanto nada teneis que pagar. Yo me llamaré muy honrado con serviros. Mis puertas siempre están abiertas para cualquiera que rico ó pobre quiera abrigarse bajo mi techo.

—Teneis muy nobles sentimientos.

—No hablemos más de esto, dijo Andrés; mi esposa se halla ausente y así voy yo mismo á preparar la cena. Tú, Juan, acompaña entre tanto á este señor.

Era Andrés un hombre como de treinta y cinco años de edad. Tenia un alma de oro, digámoslo así, pero á los ojos de la multitud pasaba por excéntrico y de mal carácter. Esto lo motivaba el ser tan amante

de su familia y de su casa como poco amigo á visitar las de los demás. Era en verdad poco expansivo, pero siempre se hallaba dispuesto á favorecer á cualquiera que de él necesitase. La mano de la experiencia y su privilegiado discernimiento le habian demostrado bien pronto la realidad de las cosas.

Hacia bien, por cumplir con el deber que todo hombre tiene de hacerlo.

Sabia que los hombres pagan con ingratitud los beneficios que reciben, hablando en regla general. Así él no esperaba otra recompensa que la ofrecida por aquel que no deja de tener en cuenta un vaso de agua ofrecida á un pobre en nombre suyo.

El niño Juan en cuyo rostro resplandecia la inocencia de los primeros años, se sentó al lado del viajero.

—¿Como te llamas? le preguntó aquel.

—Juan Ciudad, respondió el niño.

Y añadió:

—¿Vos no sois de este país?

—No, hijo mio; voy á España á donde me llaman asuntos de interés para mi familia.

—¿Y habeis estado ya alguna vez en España?

—Sí por cierto.

—¿Será muy hermoso ese reino?

—Lo es en efecto.

—Y dista mucho de Portugal.

—No; es el reino más vecino á este. Portugal y Es-

paña forman una misma Península. Son dos pueblos hermanos.

—¡Cuanto me gustaria ver á España!

—No será difícil que algun dia consigas satisfacer tus deseos.

La llegada de la madre de Juan interrumpió aquella conversacion.

El forastero pasó la noche en la casa, y al amanecer del siguiente dia se despidió emprendiendo de nuevo su viaje.

Juan estuvo triste por espacio de algunos dias. Habia concebido la idea de viajar por España, y determinó hacerlo sin decir una palabra á sus padres.

Si Juan hubiese estado en edad de reflexionar, si hubiese comprendido el dolor que su ausencia habia de producir á sus buenos padres, no hubiera obrado del modo que lo hizo.

Una mañana abandonó su casa, y después de informarse del camino que debia tomar para dirigirse á España, emprendió su ruta, llevando algunas cortas provisiones que habia podido sacar de la casa paterna.

Sus padres le echaron de ménos, pero no se sorprendieron en las primeras horas. Juzgaron que estaria en el campo ó bien en la casa de alguno de los parientes. Pero las horas pasaban y Juan no comparecia.

A la caida de la tarde empezaron á hacer averiguaciones sin que produjesen el menor resultado.

La noche la pasaron con gran ansiedad.

El dia siguiente un pastor les dió la triste noticia de que le habia visto cerca de la frontera de España.

Esta nueva colmó de angustia á aquel bondadoso matrimonio. No sabian darse cuenta del motivo que le habria impulsado á tomar aquella determinacion.

La madre era la que mayor sentimiento experimentaba:

—¡Hijo de mis entrañas! exclamaba: ¿Qué te faltaba al lado de tus padres? ¿Por qué así nos has abandonado? ¡Y tan jóven! ¡Y sin recursos de ninguna clase! ¡Ay! Que mi hijo morirá por esos caminos de hambre y de fatiga.

Andrés trataba de consolarla, pero él mismo necesitaba de consuelos.

Dejemos á estos buenos padres llorando la ausencia de Juan y sigamos los pasos de este.

No tardó en conocer la poca cordura con que habia obrado. Sus provisiones se concluyeron, y mendigando el sustento llegó á Oropesa, donde consiguió colocarse de mayoral de ganado, ejerciendo el oficio de pastor.

Observó una conducta tan irreprensible, y dió tales pruebas de honradez, que llegó á captarse el amor del amo á quien servia, tanto que llegó á tratarle más como á hijo que como á criado.

Juan no apartaba su pensamiento de la casa paterna. Cada dia lloraba, pensando en la pena que afligi-

ria á sus padres y habia formado propósito de regresar á su casa en cuanto se viese en posibilidad de hacerlo.

Pasados algunos años, su amo le llamó un dia y le habló de este modo:

—Durante el tiempo que llevas á mi servicio he podido observar detenidamente las virtudes de que te hallas adornado. Yo no tengo más familia que mi hija única, que es la heredera de cuanto poseo. He pensado por lo tanto dártela en matrimonio, y de este modo ella tendrá en tí un buen esposo y tú serás el dueño de mis haciendas.

Quedó Juan perplejo y sin saber qué contestar. Comprendia la grandeza del beneficio que se le ofrecia, pero en su mente cruzaban otras ideas, y habia determinado no casarse.

—Yo agradezco mucho, dijo, la honra que me dispensais; pero os suplico me dejeis algunos dias para pensarlo. El matrimonio no debe abrazarse precipitadamente, sino con madurez.

—Pues bien, te concedo quince dias para que formes tu resolucion.

Juan dejó pasar cuatro dias, y al siguiente salió de la casa abandonándola como habia abandonado la de sus padres.

Causábale rubor desairar á su amo que con tanta nobleza habia obrado, y no atreviéndose á decirle que rehusaba la mano de su hija, lo que se hubiese toma-

do por ingratitud por su parte, no encontró otra solucion á su parecer más acertada que huir de aquella casa.

Grande fué la afliccion que esto causó en su amo, que segun hemos dicho le amaba como á un hijo, y no acertaba á comprender el motivo que le habia impulsado á obrar de aquella manera.

Apartemos por un momento la vista de Juan Ciudad, para ver lo que ocurria en la morada de sus buenos padres.

Gemian estos sin consuelo, teniendo por perdido para siempre al hijo á quien tanto amaban.

En vano dirigian fervorosas súplicas al cielo.

El cielo parecia sordo á tantos ruegos.

Un dia, Andrés, dijo á su esposa:

—Yo saldré, recorreré muchos pueblos, y confio en Dios que encontraré á nuestro Juan y volveré con él. El Señor que ve nuestra afliccion se compadecerá de nosotros.

—Anda con Dios, dijo ella; pero temo que la muerte me sorprenda ántes que logres la dicha de encontrarle. Yo no puedo hacerme superior á la pena que me atormenta.

Andrés trató de consolarla, siendo así que él necesitaba de grandes consuelos; y proveyéndose de lo necesario al efecto, abandonó á Montemayor, su patria, de la que nunca se habia alejado, y emprendió su viaje para España.

Corrió muchos pueblos y ciudades, preguntó en todas partes y nunca con buen resultado.

A veces veia un rayo de esperanza.

Más de una vez las señas que daba correspondian perfectamente con las de algun otro jóven tambien portugués, que se habia detenido en alguna posada y que habia seguido tal ó cual camino.

Iba Andrés en su seguimiento, le daba alcance y al fin tenia el desconsuelo de ver desvanecidas aquellas esperanzas.

Un dia estuvo á punto de morir de sobresalto y de dolor.

Parece que Dios queria problarle en la tribulacion como el oro se prueba en el crisol.

Apénas habia entrado en una de las ciudades de Castilla, empezó á inquirir como hacia en todas partes.

Preguntó si por casualidad era allí conocido un jóven portugués llamado Juan Ciudad, y añadió su edad y señas.

Esto acontecia en una posada y en una noche de invierno, y la pregunta fué dirigida á unos hombres que sentados se hallaban al rededor de la lumbre.

Mirándose unos á otros, todos dieron muestras de extrañar la pregunta, pero ninguno contestó a ella.

—¿No teneis nada que responder? dijo Andrés admirado de aquel silencio.

Uno de aquellos hombres, mirándole atentamente le dijo:

—¿Es por ventura pariente vuestro ese jóven por quien preguntais?

—¡Es mi hijo! dijo Andrés.

—¡Vuestro hijo!

—¿Le conoceis por ventura?

—Tal vez.

—Pues, por caridad, poned término al ánsia mortal que me va quitando la vida. Si lo conoceis, decidme dónde se halla. Hace tiempo que desapareció de mi casa, le busco por todas partes, y su pobre madre se alimenta con sus propias lágrimas. ¿Dónde está el que ama mi alma? Yo le perdonaré su ingratitud y le abriré mis brazos.

Y prorumpió en un copioso llanto.

Todos los circunstantes se enternecieron al ver la afliccion de aquel pobre padre, y mucho más por lo triste de las noticias que podian comunicarle.

El que habia sostenido el diálogo con Andrés, tomó de nuevo la palabra.

—Conozco, le dijo, que teneis motivos suficientes para llorar. Los hijos son por lo general ingratos. No recuerdan lo mucho que deben á sus padres, y les pagan todos sus sacrificios con las mayores deslealtades. ¡Ah! ¡Los hijos! ¡Los hijos!...

—Bien, dijo Andrés, ¿pero qué me decís del mio? Hablad, hablad pronto: si sois padre, os lo pido, os lo suplico por la salud y ventura de vuestros hijos.

—Buen hombre. La vida es una milicia sobre la

tierra; y miéntras somos viadores, expuestos estamos á tropezar con peligros á cada paso, y el dolor es el patrimonio del hombre. Desde el más poderoso monarca hasta el hijo del más humilde pastor, todos tenemos las lágrimas por herencia; pero como nada sucede sin un órden especial de la Providencia, debemos sufrir con resignacion y santa conformidad los trabajos y desgracias de la vida.

—¡Ah! Veo que me vais á anunciar tristes nuevas.

—Mensajero de venturas y no de desdichas quisiera ser para vos.

—¿Pero qué desdichas son las que me vais á anunciar? No os detengais en revelármelas, pues podeis comprender que la incertidumbre mata más que la realidad.

—Os diré lo que sé. Pero ante todo no debeis entregaros á la desesperacion, porque será muy fácil que no sea el hijo á quien buscais aquel al que yo me refiero y que se halla hoy en poder de la justicia. Sé que se llama Juan y que es portugués, pero no sé su apellido.

—¡Madre de Dios! exclamó Andrés juntando las manos ante el pecho. ¡Mi hijo bajo la accion de la justicia! Nó, nó, eso no es posible. Mi Juan es bueno, es incapaz de una mala accion. Verdad es que ha sido ingrato con sus padres abandonando el hogar donde corrieron tranquilos los dias de su niñez, pero no es malo. Si una calumnia, si una mala inteligencia le ha

hecho aparecer como criminal, yo me presentaré ante los tribunales... yo le defenderé... yo proclamaré su inocencia. Pero, decidme, ¿de qué se le acusa?

—Al prender á unos bandidos que han hecho grandes fechorías por estos contornos, le encontraron en compañía de ellos.

—¡Mi hijo con bandidos!.. Nó, no es posible. ¿Mas que puede ser ello? Fácil fuera que esos hombres desalmados le encontrasen en los caminos y se apoderasen de él, llevándoselo con ellos; pero él es inocente. Tiene un corazon de oro y es imposible que haya cometido mal alguno. Prefiero que no sea mi hijo ese desgraciado, aunque me prive del consuelo de verle.

Y Andrés cayó en una especie de éxtasis.

El golpe que acababa de recibir era cruel.

La noche la pasó muy agitada, sin poder ni por un momento entregarse al sueño.

A la mañana siguiente y á hora oportuna se presentó al magistrado de la ciudad, al cual refirió el objeto de su viaje y las noticias que le habian sido comunicadas la noche anterior, suplicándole le hiciese ver aquel jóven para cerciorarse de si era su hijo.

El magistrado que comprendió su honradez y su dolor trató de consolarle y le dijo:

—Si el detenido es vuestro hijo, os ofrezco hacer en su favor cuanto esté de mi parte sin faltar á la justicia. De todos modos nunca sufrirá la pena de muerte á la que serán condenados los bandidos, pues siendo

tan jóven se comprende que iria, no por voluntad, sino por la violencia. Ha declarado ser natural de Portugal y llamarse Juan, pero no ha querido hasta el presente declarar ni su apellido ni el pueblo de su naturaleza. Venid, venid conmigo á las prisiones para que de una vez termine vuestra fatigosa incertidumbre.

Y el funcionario público lleno de bondad se dispuso á acompañar á Andrés.

Cuando llegaron á la cárcel, aquel pobre hombre se sintió desfallecer.

Temia lo que toda la noche habia deseado.

El magistrado tuvo que sostenerle y animarle.

—Es la primera vez en mi vida, dijo, que he pisado una cárcel.

Entraron en una habitacion decentemente amueblada que era destinada á tomar las declaraciones á los reos.

El magistrado mandó que fuese conducido á ella el jóven Juan.

Al poco rato este se presentó rodeado de dos soldados.

Al verle, Andrés lanzó un grito.

El magistrado creyó que en efecto habia reconocido á su hijo.

El reo permaneció tranquilo sin comprender nada de lo que pasaba.

Reponiéndose Andrés, pudo decir:

—No es mi hijo, señor magistrado: no conozco á este desgraciado jóven.

—Habia creido lo contrario al oir vuestro grito de sorpresa.

—Dispensadme, señor, dijo Andrés. Mi corazon se hallaba comprimido y esperaba ver al hijo de mi corazon con las ligaduras del criminal. Al ver que no era, no pude contener aquel grito que más bien ha sido de alegría. Compadezco á este desgraciado, pero me felicito de que no sea mi hijo el criminal; prefiero mil veces su ausencia.

El juez mandó que fuese retirado el reo, y después despidió á Andrés, deseándole que sus deseos fuesen satisfechos, concediéndole el Séñor que encontrase aquel hijo buscado con tantos trabajos.

Andrés consolado volvió á la posada, en la que informó á los que le habian comunicado aquella noticia, todo cuanto habia ocurrido.

Todos ellos le felicitaron.

—Mucho siento, dijo el que habia llevado la palabra la noche anterior, el mal rato que os he causado; pero mi intencion como podeis comprender fué la mejor. Dado caso que hubiese sido vuestro hijo, nadie mejor ni con más derecho que vos, podia defenderle y favorecerle. Os suplico, pues, me dispenseis el disgusto que os he causado.

—Antes por el contrario, dijo Andrés, yo agradezco el interés que por mí os habeis tomado.

Desde aquel dia, Andrés perdió toda esperanza de encontrar á su hijo.

Sus recursos se iban agotando.

Determinó, pues, regresar á su país.

¿Pero como se presentaba sin su hijo? El sabia que iba á causar la muerte de su pobre mujer.

—Qué haré? ¡Inspiradme, Dios de bondad! exclamaba el afligido padre.

Hacía siete meses que habia abandonado su casa, y por fin emprendió á pié el viaje de regreso.

Despues de mil trabajos y fatigas llegó por fin á su pueblo.

Su esposa se hallaba postrada en el lecho, pues la enfermedad moral que padecía acabó por debilitar sus fuerzas físicas.

Andrés hizo que la previniesen de su llegada y momentos despues se acercó á ella.

—Bien venido seas, le dijo: no te pregunto si vienes solo, porque al acompañarte el hijo de mis entrañas hubiera venido á arrojarse á mis brazos y á recibir mi perdon. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Andres no la respondió más que con el lenguaje de las lágrimas.

La pobre madre ya no lloraba. Resignada se habia echado en manos de la Providencia, y conociendo que se acercaba el término de su existencia, se consolaba pensando que algun dia veria á su hijo en la otra vida.

¡Qué felices son las almas que conservan la fé religiosa! El incrédulo, el que ha tenido la desgracia de caer en la indiferencia en materias de religion, el que no cree que exista cosa alguna al otro lado de la tumba, se abate á la menor desgracia y cae en la desesperacion. El que tiene fé, conoce que la vida presente no es otra cosa que un tránsito para otra vida mejor que no tiene fin, y en brazos de la religion de amor que el Salvador nos trajo, encuentra alivio en los males, consuelo en toda clase de tribulaciones. ¡Cómo no se ha de conformar con los trabajos de una larga navegacion, el viajero que sabe que al término de su viaje vá á encontrar descanso, riquezas y tranquilidad! ¡Cuán envidiables son las riquezas de la fé cristiana!...

Cinco dias después del regreso de Andrés, su esposa entregaba su espíritu en manos del Criador.

Esta nueva pérdida fué vivamente sentida por el pobre Andrés, que bajo el peso de tantas calamidades se abatió como se abate el corpulento arbusto agitado por los huracanes. Tomó en Lisboa el hábito de San Francisco, pero tardó poco en seguir á su esposa en el camino de la eternidad.

¿Qué hacia entretanto Juan Ciudad? Él habia sido la causa de la prematura muerte de sus padres, á los que sin reflexionar las tristes consecuencias de su modo de obrar habia abandonado.

Ya sabemos que habia huido tambien de la casa

donde por algun tiempo habia servido en clase de pastor, y en la que se habia ganado todas las voluntades por su honradez acrisolada.

En Oropesa una compañía de soldados se ocupaba en la instruccion del manejo de las armas.

Era perteneciente á los tercios del emperador Cárlos V.

Juan se acercó al oficial que mandaba la compañía y con los mejores modos le dijo:

—¿Podríais inscribirme en los tercios del emperador?

Miróle atentamente el oficial, y conociendo que podia hacer con él una buena adquisicion, pues tenia trazas de valiente, le respondió:

—¿Teneis vocacion á la carrera de las armas?

—Me agrada en demasía.

—¿Y habeis considerado las penalidades á que está sujeto el soldado?

—Las sufriré con gusto.

—Pues bien: nosotros vamos al sitio de Fuenterrabia, en la frontera de Francia. Allí podreis ganar en nuestra compañía honra y provecho.

Habia entre aquellos soldados algunos que conocian personalmente á Juan Ciudad, y que sabian lo mucho que era estimado en casa del ganadero á quien servia, por lo que no pudieron ménos de maravillarse al ver que se inscribia, ó que, como decimos ahora, sentaba plaza, para ir á la guerra.

A los pocos momentos, Juan vestia el uniforme del soldado, y tomaba posesion de su pica.

En todos tiempos la vida del soldado ha sido disipada, y mucho más en la época á que nos referimos. Entónces no se conocian las quintas, esa contribucion de sangre que arranca los hijos de los brazos de sus madres para que prodiguen su sangre las ménos veces por la patria, las más por el desarrollo de los planes ambiciosos de un imperante que desea ensanchar sus dominios sin importársele cosa alguna el que se vierta en los campamentos la inocente sangre de miles de jóvenes, que el que ménos vale tanto como el que rodeado de comodidades y favorecido por la fortuna, espera fuera del peligro que se ganen victorias á su favor cueste lo que cueste. ¿No amará tanto al hijo de sus entrañas una pobre aldeana como una reina? ¿Es de diversa condicion ó naturaleza el que se cubrió con miserables harapos, que el hijo del potentado que se meció en dorada cuna? ¿No enseñó y predicó Jesucristo la igualdad evangélica? ¿Por qué, pues, en pueblos que se dicen cristianos, el desgraciado que carece de bienes de fortuna, que hace falta á sus pobres padres, ha de ser arrancado de su hogar para empuñar las armas, y el hijo del poderoso ha de redimir su suerte por un puñado de monedas? Pues esto es lo que hemos venido viendo durante el siglo XIX, que se llama el siglo de la ilustracion y de las luces.

Afortunadamente van desapareciendo estas tristes anomalías, que no se comprenden en el estado de civilizacion en que se encuentra la Europa.

Comprendemos la necesidad de la diversidad de fortunas sin la cual no podria existir el órden social: comprendemos que ha de haber quien mande y quienes obedezcan, porque faltando el principio de autoridad los pueblos caen en el desastroso caos de la anarquía. Es, pues, necesario que haya imperantes y que existan leyes; pero que todos, grandes y pequeños, potentados y menestrales sean iguales ante ellas, que deben estar fundadas no por el despotismo sino por sabios y prudentes legisladores.

Tal vez ántes de terminar el libro tengamos ocasion de extendernos más en estas reflexiones filosófico-sociales.

Decíamos que en tiempo de Juan Ciudad no se conocian las quintas, no existia ese padron de ignominia, esa esclavitud temporal odiada no con ménos razon que la esclavitud perpétua.

Componíanse, pues, los ejercitos de hombres que se vendian por un poco de dinero, voluntarios que generalmente eran vagamundos de oficio, ó bien estudiantes sin recursos ó aventureros que deseaban correr tierras, más que para ser útiles á la patria, para entregarse al pillage y al saqueo cuando para ello habia proporcion.

Juan Ciudad que se habia entregado por completo

á las prácticas religiosas, que se habia propuesto servir á Dios cualquiera que fuese su destino, se vió en medio de aquella soldadesca, resonando á cada momento en sus oidos las inmundas blasfemias con que á cada paso manchaban sus lábios, y presenciando las infames acciones á que se entregaban.

Tenia, pues, necesidad de ocultar á las miradas de sus compañeros de armas sus prácticas devotas. Él procuraba no imitarlos ni tomar parte alguna en sus excesos.

El mal ejemplo puede mucho y principalmente en los jóvenes. Léese en los libros santos esta sentencia: *Con el santo serás santo, y con el fuerte perfecto. Con el escogido serás escogido, y con el torcido te torcerás.* Así Juan Ciudad de seguir mucho tiempo con aquella soldadesca desenfrenada, se hubiera enfriado en su fervor y con facilidad se hubiese convertido en licencioso.

La Providencia le preservó de tal desgracia por uno de esos medios desconocidos á la menguada razon humana.

Encontróse el ejército falto de provisiones en la frontera.

Juan que deseaba acreditarse de valeroso se ofreció á ir á buscarlas á algunos caseríos que se hallaban á bastante distancia.

La oferta fué aceptada.

Al efecto montó una yegua francesa que habia sido

tomada al enemigo, y habiendo andado como dos leguas, reconociendo el bruto desde léjos la tierra donde se habia criado, se arrojó por las faldas de una sierra sin que Juan pudiese detenerle hasta que dió con el jinete sobre los peñascos, dejándole privado de los sentidos y como muerto.

Al poco rato volvió en sí. Hallábase muy cercano á las trincheras de los franceses y con la mayor facilidad podia caer en sus manos.

No se atrevia ni aún á levantarse de aquel sitio por temor de ser visto por los enemigos.

¿Qué hacer en trance tan apurado? Lleno de fé invocó el amparo de la Reina del cielo, por cuya intercesion recuperó las fuerzas necesarias y pudo ir á incorporarse á los suyos.

Empero, si escapó tan felizmente de aquel peligro fué para dar en otro.

Dios que le llamaba á la perfeccion quiso coronarle de grandes tribulaciones.

La buena opinion que disfrutaba hizo que le encargasen de la guardia y custodia de un rico botin cogido al enemigo.

Algunos soldados le robaron una gran parte de la presa.

El capitan, sospechando de Juan y creyendo que él habia sido el ladron, mandó que fuese ahorcado de un árbol.

Un caballero, que providencialmente pasaba cuando

era conducido al suplicio, intercedió en su favor, y la sentencia fué conmutada en arrojarle del servicio de las armas.

Juan determinó volverse á Oropesa donde fué nuevamente muy bien recibido en casa de su antiguo amo, al que refirió todas sus aventuras, suplicándole le admitiese de nuevo á su servicio.

No sólo convino en ello, sino que volvió á hacerle la propuesta de que se casase con su hija.

—Creedlo, contestó Juan: las comodidades de la tierra no se han hecho para mí. Yo no puedo aceptar vuestra proposicion por más que la agradezco con toda mi alma.

Cuatro años permaneció Juan en aquella casa, hasta que habiendo reunido gente de armas el conde don Fernando Alvarez de Toledo para pasar á Hungria en socorro del emperador Cárlos V, contra el gran turco Soliman, que pretendia invadir á Viena, sentó plaza de soldado, pasando á Alemania en servicio del conde.

No tenia en verdad motivos para estar contento del servicio de las armas, pero creyó que se purificaria de sus manchas combatiendo contra los enemigos de la fé. Esta idea le movió á hacerse soldado por segunda vez. Terminada aquella expedicion regresó á España, desembarcando en la Coruña.

CAPITULO VI.

Continuacion de la historia de Juan Ciudad.

Existia en los afueras de Montemayor una pequeña ermita en la que era venerada una preciosa y milagrosa imágen de la Vírgen, ante la que ardia constantemente una lámpara alimentada por la devocion de los habitantes de aquella villa. El resplandor de aquella luz se veia de noche á alguna distancia, por que el pequeño santuario estaba cerrado por una reja de hierro. De suerte que aquella luz venia á ser en las oscuras y eternas noches del invierno, como un faro que avisaba al perdido caminante la senda por donde debia dirigir sus pasos para encontrar el pueblo. Las almas que se alimentaban de la fé cristiana, al divisar desde léjos aquel tenue resplandor, creian escuchar la voz del ángel del Señor que decia: «María

es el camino de la felicidad, porque por ella se encuentra á Dios.»

Al rededor de aquella ermita, testimonio mudo pero elocuente de la piedad de los campesinos que habitaban á sus inmediaciones, la naturaleza sonreia con una paz semejante á la que disfrutaba el alma que no teniendo motivos de remordimientos es asiento de una virtud sólida y verdadera.

Algunos sauces plantados en los cuatro lados de la ermita daban á aquel sitio un tinte de melancolía.

Era una mañana de primavera.

El suave rocío empezaba á abrir los hermosos pétalos de las flores. La naciente aurora hacia desvanecer en la cima de las montañas la ligera niebla de la noche. El cielo aparecia azul, sereno, trasparente. Las puras emanaciones de los árboles, el dulce gorgeo del ruiseñor en la umbria enramada, el trino de los pajarillos que saltaban de rama en rama, todo ofrecia un cuadro hermoso y deslumbrador, capaz de elevar el alma del hombre más indiferente y escéptico hasta la contemplacion del Criador y sus obras admirables.

Algunos labradores que se dirigian á sus cuotidianas tareas de regar la tierra con el sudor de su rostro para proporcionarse por la honrosa via del trabajo el pan de cada dia, interrumpian las canciones propias del país al pasar por la ermita para saludar con un Ave María á la Madre de Dios y de los humanos entre los primeros reflejos de la dulce alborada, enco-

mendándole el que velase por sus hijos y su hogar.

Un hombre de mediana edad, pálido, con un morral á la espalda, y que manifestaba por su vestido haber sido soldado, atravesaba aquel valle risueño y pintoresco.

Los labradores que le encontraban le dirigian un cortés saludo, pero todos manifestaban extrañeza: ninguno le conocia.

Parecia muy fatigado y se comprendia que habia hecho largas jornadas.

Aquel hombre tendió una mirada por el bellísimo paisaje que tenia delante de sí; después dirigió su vista á las casas del pueblo y apoyándose de espaldas sobre el tronco de un árbol, cuyas ramas le cubrian, y lanzando un profundísimo suspiro, brotaron lágrimas sus ojos, y juntando las manos ante el pecho, exclamó con doloroso acento.

—¡Si habrán muerto! ¡Si no tendré ya la dicha de estrecharles entre mis brazos!

Pasados algunos minutos se acercó á la ermita, en ocasion en que el santero abria la reja de hierro, y hacia vibrar la pequeña campana, para anunciar que allí, ante la imágen de María, iba á ofrecerse al Eterno la Hostia pura, santa é inmaculada, el sacrificio incruento de nuestros altares, renovacion del cruento ofrecido en el Ara de la Cruz por el rescate de la humanidad.

El viajero, á pesar de su fatiga, cayó sobre sus rodi-

llas. Durante la celebracion de la Misa, y media hora despues, permaneció inmóvil, en la misma posicion y con los ojos perfectamente cerrados: parecia una de esas estátuas que adornan los sarcófagos de los grandes y que revelan toda la habilidad de un inspirado artista.

Al cabo de aquel tiempo se incorporó, dirigió una última plegaria á la Vírgen, y abandonó la ermita.

Encontrábase muy desfallecido.

Sentóse al pié de un árbol, registró su morral y procuró reponer su desfallecimiento con el resto de sus exiguas provisiones de viaje. Despues refrigeró su sed en una fuente inmediata, que se denunció por el ruido acompasado de sus aguas.

—Es preciso, se dijo: recibamos de una vez el consuelo ó el triste desengaño.

Y enderezó su marcha trabajosa hácia el pueblo que tenia delante.

¿Quién era el misterioso viajero?

Sin duda lo habrá adivinado el lector.

Era Juan Ciudad, el que muy niño habia abandonado su hogar, y con él á sus amantes padres. Desde aquella ópoca, nada habia sabido de los autores de su vida.

Ignoraba si eran vivos ó muertos; si en el primer caso eran felices ó desgraciados.

Apénas desembarcó en España de vuelta de la expedicion á Alemania, determinó ir á su pátria para

arrojarse á los piés de sus padres, lo que efectuó inmediatamente después de haber visitado el sepulcro del apóstol Santiago.

Juan deseaba entrar en el pueblo y lo temia al mismo tiempo. Habian pasado muchos años desde que lo abandonára, tanto que ni se acordaba de los sitios por donde iba pasando, y un presentimiento de su corazon le anunciaba que aquellos ancianos á quienes buscaba dormian ya el sueño eterno.

Al penetrar Juan en la primera calle del pueblo, quedó parado sin saber que direccion tomar para dirigirse á la casa de sus padres.

Por su lado acertó á pasar un anciano de venerable aspecto.

Juan con voz doliente y fatigosa, se dirigió á él, diciéndole:

—¡Eh! ¡buen hombre! ¿quereis hacerme la caridad de decirme donde se halla la calle de la Amargura?

Lo único de que se acordaba era el nombre de la calle.

El anciano le miró y le dijo:

—¿No habeis estado nunca en este pueblo?

—Sí, replicó el viajero; pero hace ya muchos años.

—Yo os guiaré con mucho gusto á donde querais ir, y si me decis á qué persona buscais en la poblacion, os daré razon, porque aquí todos nos conocemos.

El viajero suspiró profundamente y con palabras



Y cayendo de rodillas exclamó : ¡Pobres ancianos! ¡Pobres padres mios!

entrecortadas, como temiendo la respuesta que habia de escuchar, dijo:

—Busco á un hombre que se llama Andrés Ciudad.

—¿Andrés Ciudad, habeis dicho?

—El mismo.

—¿Le conocíais por ventura? Andrés Ciudad está ya gozando de Dios. Hace tiempo que murió en Lisboa donde habia tomado el hábito del seráfico San Francisco, afligido por la pena de haber perdido á su hijo y de haber visto morir á su buena esposa.

Juan dió un grito de dolor y cayendo de rodillas exclamó:

—¡Pobres ancianos! ¡Pobres padres mios! ¡Yo he sido el que he abreviado sus dias! ¡Yo con mi ingratitud les he conducido al sepulcro! ¡Yo debia haber sido el apoyo de su vejez y les arrebaté la dicha y la felicidad! ¡Perdon, Dios mio, perdon!...

Y los sollozos ahogaron las palabras en su garganta.

Admirado el anciano al oir tales exclamaciones, le dijo:

—¿Eres por ventura Juan?

—Juan soy, el hijo ingrato de Andrés.

—Estás en verdad desconocido. Levántate y ven á mis brazos.

—¿Y quién sois vos que así os compadeceis de mi desgracia?

—Soy tu tio Alonso Duarte.

Y ambos se unieron en estrecho abrazo.

—Ven á mi casa, dijo el tio, donde descansarás y repondrás tus fuerzas. No te entregues á la afliccion. Tus padres eran buenos y honrados y ya babrán recibido el premio de sus virtudes. En cuanto á tí, Dios que ve tu arrepentimiento te perdonará. Su misericordia es infinita.

Juan fué recogido por su tio.

En casa de este sostuvieron el siguiente diálogo:

—¿Estás enfermo?

—Lo que estoy es aniquilado de fatigas.

—¿Has guerreado tal vez?

—He sido soldado, como lo podeis conocer por mis vestidos.

—¿En qué guerra has estado?

—Últimamente en Alemania sosteniendo los derechos del emperador Cárlos V contra Solimán, gran turco. Peleando contra los enemigos del nombre cristiano creí purificarme de mis muchas manchas. Allí he recibido honrosas heridas, y concluida la campaña me he dirigido á mi patria, donde pensaba implorar el perdon de mis buenos padres. ¡Dios no ha querido que los vea!

—Los verás en el cielo si sigues los caminos de la virtud.

—Así lo haré con la ayuda de Dios. No quiero que el resto de mi vida se esterilice y se evapore. Quiero que los dias que me restan de permanecer en el

mundo sean como lluvia del cielo que refrigere la vida de mis semejantes. La gloria del egoista es como el fugaz relámpago que cruza en un instante el horizonte. ¡Oh! ¡todo para Dios! ¡Todo para mis semejantes! El ejercicio de la caridad, de la misericordia, purificará mi alma, tranquilizará mi conciencia y me conducirá á Dios.

—Bien, hijo mio, bien: así me agradas: que pienses tan cristianamente. Tal vez el Señor te tenga destinado para que seas en el mundo un héroe de santidad.

—Cúmplase su voluntad soberana.

Y se mezclaron las lágrimas del tio y del sobrino.

Este, luego que se hubo serenado, dijo:

—¿Me haríais la gracia de conducirme á la sepultura de mi madre? Quisiera sobre ella dirigir al Señor una plegaria por el descanso de su alma.

A la media hora Juan se hallaba de rodillas sobre la pobre sepultura que encerraba los restos de la que le llevó en sus entrañas y que estaba señalada por una tosca cruz de madera á cuyos piés habia una tablilla con esta inscripcion: R. I. P. TERESA DE CIUDAD. ROGAD Á DIOS POR SU ALMA. Allí, prorumpió Juan en profundos sollozos que le ahogaban, se golpeó el pecho, y dirigió al cielo fervorosas oraciones.

Después besó aquella tierra y levantándose exclamó:

—¡Yo soy, madre mia, quien ha causado tu muerte! Yo ofrezco una eterna penitencia!

Y cayó desvanecido en brazos de su tio.

Cuatro dias después abandonaba su patria para no volverla á pisar.

Dirigióse á Andalucia, llegó á Ayamonte, y de allí pasó á Sevilla, donde entró al servicio de una señora llamada doña Leonor de Zuñiga. Al poco tiempo determinó pasar á Africa para pelear contra los moros en defensa de la fé.

Del que está destinado para el ejercicio de las armas se dice que ha recibido el bautismo de sangre cuando ha asistido á la primer batalla. Juan estaba destinado á sacrificarse por sus semejantes, y en esta ocasion recibió el bautismo de su misericordia que habia de inmortalizar su nombre.

Halló en Gibraltar á un noble portugués que iba desterrado á Ceuta con su mujer y cuatro hijas doncellas. Le acompañaban soldados del Rey Juan III.

Ciudad le saludó cortesmente y le preguntó si era prisionero.

—Sí, amigo mio, le respondió el caballero: el rey me ha confiscado todos mis bienes condenándome á destierro. Yo tengo ya una edad avanzada y me es indiferente acabar mis dias en Portugal ó en Africa. Si fuese solo, iria bien tranquilo por cierto: pero me causa grande afliccion el pensar lo que podrá ser de mi esposa y de mis inocentes niños. Y lo que más me aflige es el que se me condena no siendo culpable. ¡Dios conoce mi inocencia!

—Pues confiad en Dios, dijo Juan. Si os acompaña

el testimonio de una conciencia tranquila, Dios os sacará á salvo. Sabed que siendo yo soldado fuí acusado de un crímen que ni habia soñado en cometer, y fuí sentenciado á ser ahorcado de un árbol. Yo puse mi confianza en el Señor y, ya lo veis, me libré de aquella horrorosa muerte.

—Vuestras reflexiones, dijo el caballero, me llenan de consuelo.

—¿Quereis que os acompañe y os sirva de criado?

—Ya os he dicho que mis bienes han sido confiscados y nada me resta. No estoy, pues, en disposicion de pagaros vuestro salario.

—Esto nada importa: os serviré gratuitamente y de esta manera vereis que no es el interés el que me mueve á acompañaros.

—Sea como gusteis, dijo el portugués.

Y á poco tiempo salió para Africa el navío que conducia al desterrado, su familia y criado.

Al poco tiempo de estar en Ceuta cayeron enfermas la esposa y las hijas de aquel caballero, el cual se afligió sobremanera al ver que carecia de medios con que hacer frente á su angustiosa situacion y que no tenia ni aún con que atender á las más urgentes necesidades de la vida.

El caballero cayó tambien enfermo.

No sabiendo que hacer ni que determinacion tomar, y conociendo el carácter compasivo de Juan, le llamó

con el objeto de confiarle el triste estado á que ya se hallaba reducido.

—Ya ves, le dijo, el trastorno que la variacion de clima ha hecho en todo la familia. Tú eres el único que te has conservado sano.

—Será que Dios me ha querido reservar para que me dedique á vuestra asistencia.

—Tal vez sea eso.

—Yo así lo creo, puesto que merezco más que todos el padecer y sin embargo no padezco.

—Es necesario que sepas que he agotado todos los recursos, bien escasos por cierto, que pude traer de Portugal, y que ya no tengo ni aún para cubrir las primeras atenciones. Yo, que en otros tiempos más felices para mí, he dado de comer á muchos pobres, no tendré ya mañana un pedazo de pan para alimentar á mi desdichada familia.

—Y por que así lo habeis hecho, Dios dispone que ahora aparezca quien pueda remediar vuestra necesidad. Jesucristo lo ha dicho: *Bienaventurados los misericordiosos por que ellos alcanzarán misericordia.*

—En la vida futura.

—Y tambien en la presente.

—¿Y de donde crees que pueda venir ese socorro?

—De Dios, por medio de este miserable pecador. Desde mañana yo tomaré trabajo de peon en las obras de fortificaciones que se están haciendo en esta plaza, y con el jornal que gane remediará en

parte la necesidad. Yo he sido soldado y estoy acostumbrado á los trabajos. Con unas yerbas cocidas y un poco de pan puedo pasar.

El caballero no pudo ménos de enternecerse al ver cuan compasivo era aquel pobre hombre, que estaba dispuesto á sacrificarse por él y su familia, como pudiera haberlo hecho por sus propios hijos si los tuviera.

Juan cumplió desde entónces lo que con tan buena voluntad habia ofrecido.

De dia trabajaba ejercitándose en las más fatigosas faenas y las noches las pasaba velando al enfermo.

Con su jornal se iba sosteniendo aquella desgraciada familia.

Admirado el caballero de tanta caridad, le dijo un dia:

—En verdad, Juan, que si se perdiese la misericordia se hallaria en tí.

La enfermedad del caballero se agravó en tanto que convalecieron su esposa é hijas.

Conociendo que se acercaba su hora postrera, llamó á su bienhechor, y después de darle las gracias por cuanto habia hecho por él y su familia le dijo:

—He sabido que el rey nos levanta el destierro y nos devuelve parte de nuestros bienes. Yo ya nada necesito porque me hallo á las puertas de la eternidad. Si quieres ir á Portugal con mi familia, nada te faltará al lado de las que han disfrutado tus beneficios.

—De ningun modo haré eso, contestó Juan, por-

que yo no he nacido para las riquezas y el descanso. Si me viese en la fortuna, tal vez dejaria de ser compasivo para con los necesitados. Yo debo de ser pobre, para ser el consuelo de los pobres.

—Y yo oigo en estos momentos una voz interior que me dice que tú serás un glorioso apóstol de España, grande delante de Dios y delante de los hombres. ¡Béndigate el Señor por tu misericordia!

Al cabo de dos dias espiraba el noble desterrado, y su familia regresaba para Portugal después de haber sufrido tan grandes pruebas.

Juan se embarcó para Gibraltar, donde hizo una confesion general de toda su vida, y allí se hizo mercader de libros devotos, con cuyo motivo hablaba á los compradores de la ventaja de las buenas lecturas, convirtiéndose en predicador de la fé cristiana.

Un dia en que vendia sus libros por la comarca de Gibraltar tropezó con un niño hermosísimo, vestido muy pobremente y los piés descalzos. Compadecido de él, se quitó sus alpargatas y se las puso al niño, pero este mostrando que no podia andar con ellas se las devolvió. Entónces Juan le dijo:

—Niño mio, si no podeis andar con mis alpargatas, venid en mis hombros, que yo os llevaré en ellos.

Y se lo cargó sobre sus hombros.

La carga que en un principio era ligera, se fué haciendo cada vez más pesada, tanto que Juan sudaba y se rendia.

Llegando, pues, al lado de una fuente, sentó al niño junto á un árbol y fué á buscar agua para beber él y dar de beber á su compañerito. Entónces oyó una voz á sus espaldas que le dijo:

—Juan de Dios, Granada será tu cruz.

Volvió el rostro y vió que el niño tenia en la mano una granada abierta, y en medio una cruz.

El niño desapareció.

Entendiendo Juan lo que Dios queria de él, partió á Granada, donde empezó por ejercitarse en la venta de estampas y libros devotos como habia hecho en Gibraltar.

Entónces fué cuando tuvo ocasion de socorrer á Victoria, entrar en su casa y dar á su madre los más saludables consejos.

Ya tendremos ocasion de relatar las grandes obras de este héroe del cristianismo que hasta ahora hemos llamado Juan Ciudad, y que en adelante conoceremos por Juan de Dios, nombre que le vino del cielo.

CAPITULO VII.

De cómo una mujer depravada puede causar tanto daño como una lluvia de piedras.

Alberto se hallaba completamente fascinado, padeciendo el delirio de una pasion que no podia dominar.

Sin comprenderlo habia puesto el pié al borde de un precipicio. Ansiaba por libar la copa del amor de los sentidos y coronarse con las rosas de una victoria vergonzosa, é ignoraba que las agudas espinas de aquellas flores habian de causarle profundas y dolorosas heridas.

Así es el hombre. Sér el más privilegiado de la naturaleza, ha recibido de Dios el don precioso de la razon para que pueda discernir el bien y el mal, y rodearse de felicidad temporal preparando la perdurable por el uso recto de aquella noble facultad.

Sobre este punto que se verá desarrollado en nuestro libro, permítanos el lector hagamos una reflexion filosófico-moral de grande enseñanza.

Todo lo existente tiene leyes: la piedra obedece á la ley general de la atraccion, y por eso arrojada al aire busca siempre su centro de gravedad. La planta obedece á las leyes de la vida, y el irracional, siguiendo las de la sensibilidad, realiza su fin, así como el hombre observando las que presiden á su desarrollo. Pero en todo esto se observa una diferencia muy digna de atencion. La piedra ignora la ley en cuya virtud busca su centro: el grano depositado en el centro de la tierra se abre paso á través de la capa que la cubre, y crece y se multiplica maravillosamente, sin tener conciencia de su vida, ni del beneficio que dispensa á otras existencias: el bruto satisface sus necesidades físicas ignorando que lo hace en virtud de una ley, y se somete á la voluntad del hombre sin ser capaz de comprender que de este modo cumple la voluntad del Criador. El hombre, por el contrario, tiene conocimiento de sus leyes, comprende su bien y su fin por medio de la razon: puede infringir las primeras, abdicar el segundo y separarse del tercero por el uso de su libertad. La esfera de la razon humana es muy vasta. El principal objeto suyo es que el hombre se conozca á sí mismo, y todas sus facultades por medio del sentido íntimo ó conciencia, buscando siempre el bien.

El mundo está lleno de hombres que se llaman desgraciados. Séres envilecidos maldicen de la suerte que dicen les ha cabido, y miran con envidia á los favorecidos por la fortuna. ¡Cuántos no pudiendo arrastrar una existencia miserable terminan por el criminal suicidio! Pues bien; si se examinára la vida de la mayor parte de estos hombres, veríamos que no es la fatalidad sino el desbordamiento de sus pasiones, el que los condujo á tan lastimoso estado. Infringieron las leyes que debian observar, abdicaron su bien y se separaron voluntariamente del fin á que debian haber dirigido sus pasos. Si renunciaron al recto uso de su razon ¿por qué se quejan de Dios ó de la suerte?

Un ejemplo de esta verdad tenemos en Alberto. Hijo de una casa ilustre, la fortuna le sonrió desde sus primeros años. Su primer amor fué como una dádiva de la Providencia. Uniéndose en matrimonio con Victoria, sus dias hubieran corrido llenos de verdaderos encantos. Pero le cegó una pasion á la que rindió culto y esta, como veremos, le hizo desgraciado.

Trasladémonos á la casa de Beatriz, y observarémos el espectáculo que se representa en una sala hermosa que respiraba lujo oriental. Las paredes están cubiertas de riquísimas telas, sobre las cuales destacan grandes espejos con anchos marcos al estilo de la época; en el marmóreo y reluciente pavimento se reproducian las figuras, y el ambiente estaba aromatizado por las gayas flores que estaban colocadas



Beatriz.

en riquísimos jarrones de porcelana. Sentada en un divan, con posicion indolente, y con marcadas señales de impaciencia, estaba Beatriz.

Parecia más hermosa que nunca.

El arte del embellecimiento artificial no podia llevarse á mayor perfeccionamiento.

Ya hemos dicho que Beatriz era hermosa por naturaleza. Dos horas de tocador la habian convertido en una mujer encantadora.

De pronto se abrió la puerta, y elegantemente vestido se presentó Alberto, en el que se habia obrado una trasformacion completa. ¡Parece increible que tan mudable sea el corazon del hombre! De su mente y de su corazon se habian borrado los destellos luminosos del primer amor, por más que no pudiese apartar de su imaginacion la idea de la desgracia que iba á caer sobre la inocente niña que habia sido el objeto de sus ensueños.

En ella fijó su vista cuando dió en la iglesia aquel grito de dolor, al que siguió el desmayo. Hubiera querido detenerse, recogerla en sus brazos y prodigarla sus cuidados, pero por una parte temió á Beatriz, y por otra consideró que la sonrisa del verdugo, léjos de consolar, desespera á la víctima, y con mucha más razon á la víctima inocente.

Por esto salió precipitadamente del lugar santo. Ofreció su brazo á Beatriz y la acompañó en silencio hasta su casa.

Beatriz se apercibió de todo y á sus solas celebró su triunfo. Era imposible que se le escapase su presa.

¡Tenia asido el instrumento de su venganza!

Así lo creia aquella altiva mujer, cuyo corazon era ya incapaz de ningun sentimiento noble.

La escena que vamos á describir se verificó al dia siguiente del encuentro con Victoria á la salida del templo.

Beatriz segun hemos indicado, se hallaba muellemente recostada en un divan.

Alberto no tuvo necesidad de hacerse anunciar. Gozaba de entrada libre en las habitaciones de la jóven.

Inmediatamente que la vió, fué á sentarse á su lado.

—¡Estás encantadora! la dijo.

Beatriz dejó asomar á sus labios una sonrisa, y respondió á aquella galantería con esta pregunta:

—¿Te agrado?

—Tú eres la alegría de mi alma.

—¿Hoy?

—Y siempre.

—¿Estás más tranquilo?

—¿Más tranquilo? respondió Alberto, al tiempo mismo que manifestaba sorpresa.

—¡Parece que extrañas la pregunta!

—Ciertamente.

—Pues creo que es bien natural. La escena de ayer

debió hacerte sufrir mucho. Cuando se ha amado con delirio y se encuentra uno frente á frente con la que fué objeto de su amor, y esta exhala un grito y hace la pantomima de desmayarse..... esto llega al corazon. ¿No es verdad, Alberto? Porque es indudable que aquella jóven es la misma de la que ya me has hablado, tu primer amor, ó casi diré mejor, la que todavía amas.

—Más que la escena de ayer, hieren mi corazon las palabras que acabas de pronunciar. Victoria es incapaz de fingimiento, y no es acreedora á tus insultos. Angel de pureza, yo la amaba con todo el fuego de una pasion que nada tenia de material. Te ví un dia, te hablé, cautivaste mi alma, y atraido á tí por un secreto impulso, olvidé á Victoria, portándome con ella del modo más villano. Si yo siguiera en amorosas relaciones con ella, si hubiese dividido mi corazon entre tí y Victoria, la escena de ayer no se habria verificado.

—Conozco que tienes razon y que has hecho mal en romper con esa pobre chiquilla; te daré un consejo. Huye de mí, no me veas más, y vuelve á los brazos de esa inocente tortolilla. Con ella disfrutarás ese amor platónico que tiene para tí tantos encantos.

Y al pronunciar estas frases, Beatriz rió á carcajadas.

Sabia muy bien que no era fácil que Alberto dejase de amarla.

Alberto quedó atónito. Nunca hubiera creido tanto cinismo en una mujer, y mucho ménos en una mujer de la clase de Beatriz. Empezó á devorar en su pecho una amargura que hasta entónces nunca habia sentido. Por un momento estuvo tentado á abandonar aquella casa y observar el consejo que irónicamente acababa de darle aquella mujer satánica por lo abyecta.

Una lucha terrible empezó á sostener consigo mismo, porque el corazon le anunciaba grandes desdichas, si permanecia aspirando el aire envenenado de aquella mansion, pero la pasion que en su pecho sentia por Beatriz, le sujetaba fuertemente.

Beatriz le contemplaba en la actitud de un hombre que se resuelve á tomar una determinacion suprema, y temió que esta podia serle fatal.

—Es menester, se dijo, que yo le embriague de amor. Es necesario poner en juego los sentidos.

—¿Por qué, le preguntó, permaneces en una especie de éxtasis?

Aún habia remedio para Alberto: aún si hubiese escuchado atentamente la voz de su conciencia, ó al ménos la del honor, si hubiese estado dotado de un valor del que carecia, habria roto aquella cadena que le aprisionaba, trocando la esclavitud de un amor que iba á convertirse en criminal, en la libertad del amor puro, de ese amor emanacion del cielo que convierte dos almas en una.

Pero el ángel malo cernia sus negras alas sobre él, y se habia propuesto acercar á sus labios, en vaso de oro, libaciones de ajenjo.

A la pregunta de Beatriz, contestó el veleidoso Alberto de este modo:

—¿Por qué me lo preguntas? Al tiempo que me has hecho objeto de tus burlas ¿no me das en rostro con mi mal proceder?

—Alberto, dijo Beatriz, cogiéndole fuertemente del brazo: vuelve á sentarte á mi lado. Yo no puedo gozarme en tus desdichas, ni puedo achacarte á mal proceder el que me hayas dado preferencia en tu corazon. ¿Puedes creer que haya en el mundo quien te quiera con más frenética pasion que yo? Mira, yo creo que hemos sido criados el uno para el otro, que no la casualidad sino la Providencia ha hecho que nos conozcamos y nos amemos.

—¡Ay Beatriz!

Y ambos se unieron en estrecho abrazo.

Aquel dia fué memorable para los dos amantes: mejor diremos, fué el principio del largo encadenamiento de desdichas que se habian de suceder. ¡Fué el dia del pecado, el dia del primer crímen.... porque crímen es el revolcarse por el fango de las pasiones!

Beatriz habia asegurado su presa.

Alberto entregado por completo al amor de los sentidos se creia feliz.

Estaba ciego, porque ciego es menester estar para

creer que la felicidad puede encontrarse bajo el peso de una conciencia manchada.

La vida no es otra cosa que un tránsito para la eternidad, y feliz es la criatura que no apartándose de la senda de la virtud, evita el herirse con las espinas de que está sembrado este valle de lágrimas y de miserias.

Feliz es el hombre que al entregarse al sueño no experimenta remordimientos de la conciencia: lo es el que siempre está dispuesto para el bien y nunca para el mal.

Alberto era muy desgraciado cuando se creia dichoso, y más desgraciada era su compañera, porque abrigaba en su corazon los más negros sentimientos.

Satisfecha de su triunfo, aquella mujer desenvuelta se propuso torturar el corazon de su amante. Tras las dulzuras de los sentidos, quiso propinarle una regular dósis de hiel.

Así, pues, teniéndole como encadenado á ella le preguntó:

—¿Amas todavía á Victoria?

Alberto se sintió herido en el alma. El recuerdo no podia ser más inoportuno.

—¿Qué dices? preguntó con extrañeza y marcadas señales de disgusto.

—Qué si amas aún á Victoria.

—¿Te has propuesto martirizarme?

—Nada de eso.

—Pues entónces...

—Es sólo una pregunta.

—Pero impertinente.

Alberto calló.

—¿Es decir que no quieres responder á lo que te pregunto?

—Beatriz, te amo cuanto es posible amar.

—Eso es salirse por la tangente. Yo no te he preguntado si me amas; sé muy bien que no me engaño al creerlo así. Lo que te he preguntado es si amas tambien á Victoria.

—No amo en el mundo más que á ti.

Al pronunciar estas frases, Alberto lanzó un suspiro.

—¿Qué tienes? le preguntó Beatriz. ¿Por qué así suspiras? Cuando debieras estar más alegre, veo que te entristeces.

—Es que me asaltan crueles remordimientos.

—¡Remordimientos que acabarán por hacerte olvidar el juramento que me has hecho de amarme siempre!

—Eso, nunca.

—Sin embargo, á otra mujer entregáste tu corazon y luego la olvidáste por mí.

—Beatriz, no me hagas padecer.

—¿Sufres?

—Sí: tu amor es el néctar de mi vida; si este amor me faltára dejaria de existir.

—Lo mismo dirias á Victoria.

—¿Te has propuesto hacerme enloquecer? Diferentes son ya los lazos que á ti me unen de los que me unian con Victoria.

—Sigue, sigue, veo que estás poético y me agradas así.

—¿Quieres que continue? Pues bien: yo creo que Dios me llevó á Victoria y que el demonio me ha traido á tí. Tu amor es fuego que abrasa mi alma, pero fuego sin el cual yo no podría ya vivir. Creo explicarme con claridad.

En los labios de Beatriz se dibujó una sonrisa de satisfaccion.

—Luego somos ya el uno para el otro.

—Sin duda alguna.

—¿Y que estarias dispuesto á hacer por mí?

—Todo, excepto un crímen.

—¿Y si ese crímen fuese necesario para mi reposo, para mi tranquilidad?

—¿Qué estás diciendo? ¿Puede por ventura encontrarse el reposo y la tranquilidad en el crímen?

—¡Ah, Alberto! exclamó Beatriz con un tono de marcado disgusto. Eres un hombre vulgar, un cobarde, un miserable. No eres el hombre que yo habia soñado. Yo quiero á mi lado un hombre dotado de valor, que no tiemble ante ningun peligro, que sea capaz de acometer cualquier empresa por difícil que sea: en una palabra, un hombre que no tenga más Dios, más conciencia, más respetos humanos que yo,

ni más placeres que los que pueda encontrar entre mis brazos.

Y levantándose furiosa, alzó la cortina que cubria la puerta que daba entrada á aquel departamento y le dijo:

—Sal inmediatamente de aquí ó haré que mis criados te arrojen á la calle. Siento en el alma haberte otorgado mis favores.

Alberto quedó perplejo y sin saber qué hacer. Pero de pronto fijó su vista en el rostro de Beatriz y creyó ver en ella una mujer grande, superior á las demás; una mujer semejante á la heróica y valerosa Judith del pueblo de Israel.

¡Comparacion sacrílega! pues no podian darse dos tipos más contrarios. Judith fué verdaderamente acreedora á las aclamaciones de su pueblo, que la llamaba con júbilo *gloria de Jerusalen, alegría de Israel y honra de la patria.* Beatriz era una mujer sin corazon, grande solamente para la maldad y el crímen.

Completamente fascinado, Alberto cual miserable reptil se arrastró á los piés de aquella serpiente, exclamando:

—Nó, Beatriz, no me arrojes de tu presencia. Soy tuyo, todo tuyo: pídeme el mayor sacrificio que imaginar puedas, y tu voluntad será cumplida en el momento. Pídeme que me arranque el corazon, y en el instante abriré mi pecho y moriré pronunciando tu nombre. ¿Qué más quieres?

—Bien, dijo Beatriz volviendo á ocupar su asiento. Las frases que acabas de pronunciar te han redimido. Ahora escúchame con atencion.

—Habla y tranquilizarás mi alma.

—Tú, Alberto, me amas con delirio ¿no es cierto?

—Bien lo sabes.

—¿Estás dispuesto á darme el título de esposa?

—Esa será mi mayor felicidad.

—Pues bien; si un dia me encontrases en los brazos de otro hombre que me prodigaba sus caricias, que me llamaba suya ¿qué harias?

—¿Y me lo preguntas? Me arrojaria sobre él y le daria la muerte.

—¿Y á mí?

—No sé, pero ciego por los celos y viéndote culpable, puede que fueran dos las víctimas: mejor dicho, serian tres, porque en seguida clavaria en mi corazon la daga con que hubiera cometido aquellos crímenes.

—Bien, así me agradas. Eso es lo que haria cualquier hombre que se estimase y no admitiese mancillas á su honor. Ahora ya es tiempo de que te refiera una historia que te importa mucho, que importa sobremanera al hombre que es mi dueño y que está destinado á ser mi esposo.

—¡Una historia!

—Sí, una historia. ¿Y eso te maravilla?

—En efecto, porque no sé que conexion pueda tener esa historia con nuestro amor.

—Vas á saberlo, dijo Beatriz, porque tú has de escribir su último capítulo.

Alberto se dispuso á escucharla.

Beatriz habia ya arrancado de su corazon todo noble sentimiento.

Estaba satisfecha.

Veia en Alberto el hombre que necesitaba para la realizacion de un plan infame que habia concebido.

———

CAPITULO VIII.

En el que se empieza á ver claro en la vida de Beatriz.

Antes de dar comienzo á mi historia, debo advertirte, dijo Beatriz, que he cometido faltas de las que no tienes derecho alguno para acusarme, por la razon de que aún no te conocia en la época á que me refiero. Tú debes saber todos mis secretos; tú debes tener de aquí adelante la llave de mi corazon, de este corazon que es todo tuyo. Por lo demás, tú que tienes talento, que sabes que nadie está en el mundo libre de haber caido en faltas, no tendrás por qué hacer aspavientos por lo que vas á escuchar. Bien que no soy tan culpable, aunque pueda parecerlo á primemera vista.

—No sé, dijo Alberto, á que viene todo ese exordio que creo innecesario. Que tú hayas sido una santa ó un demonio ántes de conocerme, nada me importa.

Para mí basta el que seas fiel al amor que nos hemos jurado, que ningun otro hombre pueda alcanzar de tí una sonrisa de esperanza. Por lo demás, yo te hago gracia de que dejes de contarme nada de cuanto pueda haberte ocurrido en dias anteriores al de nuestro conocimiento. Nada deseo saber sino que me quieras.

—Pues ello es preciso que lo sepas, porque ya te he dicho que tú estás destinado á escribir el último capítulo de esta historia, cuyas líneas serán trazadas con sangre.

Alberto se estremeció.

Ante sus ojos apareció un horizonte encapotado de negros nubarrones.

—¡Con sangre! exclamó.

—Sí, con sangre, y estoy segura que, sin necesidad de excitacion por mi parte, lo harás si no has renunciado á las leyes del honor.

Cada vez se veia Alberto más confundido.

—Habla, la dijo; ya me tienes impaciente.

Beatriz empezó su relacion.

—Una mañana de primavera, hace de esto dos años, hallábame sentada en uno de los bancos de piedra de mi jardin. Las flores ostentaban ufanas las gotas de rocío; el ambiente se hallaba perfumado por ese exquisito aroma que exhalan las flores, en los momentos en que las estrellas parece que se retiran de la azulada bóveda, al aparecer con todos sus en-

cantos la aurora precursora del nuevo dia. Yo habia arrancado una rosa y aspiraba su olor, al mismo tiempo que, contemplando el bello espectáculo de la naturaleza, dirigia al cielo las oraciones de la mañana. ¡Entónces todavía rezaba! ¡Aún tenia fé! Los sinsabores del mundo y el conocimiento de la maldad de los hombres, no habian abierto mis ojos á la luz de los desengaños. Hubo un incidente muy digno de tenerse en cuenta. Un mochuelo colocado en la copa de un álamo, me hizo oir su grito lúgubre é intermitente. Aquello me causó una impresion profunda, porque á aquella hora nunca se oye ni se vé á esta ave nocturna que huye de la claridad del dia. Fué tal la tristeza que se apoderó de mí, que dos arroyos de lágrimas se escaparon de mis ojos.

Yo no podia darme cuenta de aquella variacion que en mí se habia obrado. ¿Qué motivos podia tener para entristecerme? ¿Quién podia turbar la tranquilidad de mi alma vírgen? Poco tiempo hacia que habia perdido á mi padre, el cual dejó bienes suficientes con los cuales puedo vivir con lujo, siendo la envidia de muchas mujeres. Mi madre, por desgracia, era muy descuidada en las cosas que me atañian y me dejaba hacer en todo mi voluntad. Del carácter particular de mi madre y de sus cuidados para conmigo, puedes tú mismo juzgar. ¿No pasas á mi lado la mayor parte de las horas del dia, y aún de la noche? ¿Se presenta ella en mis habitaciones? ¿Ha procurado in-

formarse siquiera de quién eres y de la clase de relaciones que existen entre nosotros? Pues bien, nada tengo que añadirte acerca de esta señora. Yo era ya, como soy en la actualidad, dueña de mis acciones, y la fortuna me sonreia por todos lados. Y hé aquí por qué he dicho, que no sabia darme cuenta de la tristeza que en mí habia producido el grito lúgubre del mochuelo.

Mas tarde pude convencerme de que me anunciaba grandes desdichas. No soy supersticiosa; no pertenezco al número de esas mujeres ignorantes que creen leer el porvenir en el más insignificante acontecimiento, en una gota de aceite vertida, ó en el ahullido de un perro. Casualidad, pues, podria ser el grito monotono del mochuelo á la desusada hora en que yo le oí; pero ello es que formó ó señaló la línea divisoria entre los dias de mi inocencia y felicidad y los de mis desgracias.

Debo informarte de algunos antecedentes.

Mi educacion estaba terminada: hallábame instruida en la música, pues tañia á la perfeccion el arpa y la mandolina; la historia me era familiar, y en cuanto á la de España la sabia desde su orígen, pudiendo referir muy especialmente cuantos hechos de armas tuvieron lugar desde que el conde D. Julian entregó nuestra patria á los bárbaros sarracenos, y D. Pelayo puso los cimientos de la nueva monarquía en las montañas de Asturias, hasta que nuestros católicos

reyes D. Fernando y D.ª Isabel terminaron con la toma de nuestra bella ciudad de Granada, la reconquista de toda la Península.

Estaba dotada de una memoria extraordinaria y no tenia, por lo tanto, que mortificarme para el estudio. No tengo necesidad de añadir que nada me restaba por aprender en cuanto á labores propias de mi sexo.

—Bien, dijo Alberto, interrumpiéndola: veo que haces un perfecto panegírico de tí misma; pero no sé el objeto ni que tenga que ver tu ingenio y tu instruccion, con la peregrina historia que estoy llamado á escuchar.

—Si tuvieses un poco de paciencia, repuso Beatriz, verias que mi objeto no es prodigarme alabanzas. Son detalles que debes conocer.

—Bien, mujer, puedes continuar: no he tenido pensamiento de ofenderte.

—¿Puedo continuar?

—Estoy dispuesto á seguir escuchándote.

—En el mismo dia á que ántes me referia...

—¿El dia del mochuelo?

—¡Parece que lo tomas á burla!

—Nada ménos.

—Tómalo como quieras; pero yo te aseguro que si ahora ries, no lo harás cuando yo haya terminado.

Alberto recordó aquellas fatídicas palabras que Beatriz le habia dirigido al disponerse á referir su

historia: «Tú estás destinado á escribir el último capítulo, cuyas líneas serán trazadas con sangre.»

Este recuerdo le hizo estremecer y le quitó la gana de seguir en sus irónicas preguntas.

En su semblante apareció un tinte de melancolía.

Beatriz lo notó; pero, como si no se hubiese apercibido de ello, continuó su relato de la manera siguiente:

—Aquel dia se verificaba la procesion de la Vírgen. Esa hermosa imágen que el rey llevaba en sus conquistas y que celebramos con el título de la Antigua.

Las calles estaban sembradas de flores, como para servir de tapiz á la Madre de Dios; las fachadas de las casas ostentaban suntuosas colgaduras: acompañada de mi madre, hallábame en una ventana de antepecho de la casa de una familia, con la que estábamos en íntimas relaciones. Multitud de hojas de rosa lanzadas de diferentes puntos, fluctuaban en el espacio perfumado por el incienso sagrado. Entre las diversas hojas que cayeron en el sitio donde yo me encontraba, vino á parar un pimpollo.

Encontrábase allí un jóven elegante, de hermosa figura, pero para mí desconocido. Era la primera vez que le veia.

—¿Su nombre? preguntó Alberto.

—Lo sabrás al terminar mi historia.

—Puedes continuar.

—La mirada ardiente de aquel jóven se fijó en mí. Aquella mirada fué para mí fatal: con ella una serpiente mordió en mi corazon. Se inclinó y recogió el pimpollo que habia caido á mis piés, y, ofreciéndomele, dijo:—Tomad; este pimpollo se abrirá en el agua y será una rosa preciosa. Cuando luego se haya secado, la conservaréis en memoria de... este dia.

Yo le dí las gracias.

Al tomar el pimpollo, mis dedos tropezaron con los suyos, y yo sentí una emocion para mí extraña, un estremecimiento cuya razon no supe explicarme en el momento. No encontraba el modo de formular un nombre al sentimiento que empezó á agitar mi corazon.

¿Qué habia querido significar con las palabras que habia pronunciado? Pronto pude comprenderlo.

Empezó á dirigirme frases lisonjeras, y por último me dirigió las siguientes:—¡Ah! Bien habeis hecho en asistir á esta procesion. Allí donde se aclama á la Madre de Dios, deben estar los ángeles.

Entónces comprendí que la llama del amor habia prendido en su corazon.

Ya te he dicho que habia recibido una educacion brillante; y si bien hasta entónces ignoraba lo que eran las impresiones del amor, supe responderle de una manera delicada:

—¿Sabeis, le dije, que creo una profanacion el celebrar una belleza de la tierra, aunque esta fuera real

y verdadera, en una reunion que tiene por objeto celebrar la mayor belleza celestial, después de la de Dios?

—Veo, me contestó, que sois una jóven muy aventajada, cuyo buen sentido ha germinado y crecido de un modo admirable, por el fecundo riego de una esmerada y cristiana educacion. Creed, y no lo tomeis á lisonja, que me complazco en haber tenido la suerte de conoceros.

Continuóse entre ambos un apasionado diálogo, pues si él se enamoró de mí, he de confesarte que yo me apasioné bien pronto de él.

En mí se obró una extraña revolucion.

Rafael, que tal era el nombre de aquel jóven...

—¿Rafael de qué? interrumpió Alberto.

—Te he dicho, replicó Beatriz, que lo sabrás cuando esté para terminar la historia.

—Pues te suplico que la abrevies y no hagas muchas digresiones. Tal vez, creo que podrias compendiarla en pocas palabras, como por ejemplo:—Me amó, me hizo mil juramentos y luego me olvidó entregándose en cuerpo y alma á otra mujer.—Esta es la historia de la mayor parte de los hombres.

Y Alberto no pudo ménos de estremecerse al pronunciar tales frases, porque la conciencia le puso de frente el recuerdo de Victoria.

—Sí, dijo Beatriz. Esa es verdaderamente la historia de la mayor parte de los hombres, porque todos

sois falsos, inconstantes y caprichosos; pero yo no puedo terminar de esa manera mi historia, ni puedo cerrarla con esas frases, porque Rafael ha pasado de esa regla general, ha llegado á los últimos lindes de la degradacion y del cinismo. Sin embargo, para no serte muy molesto, compendiaré todo cuanto me sea posible, y dejando detalles y pormenores me concretaré á referir lo que sea suficiente al objeto que me he propuesto.

Aquel mismo dia Rafael habló á mi madre y tuvo entrada en esta casa.

Entabláronse nuestras relaciones amorosas, y yo creí haber encontrado en él toda la felicidad de mi vida.

Él por su parte se esmeraba en complacerme en cuanto le era posible, y cada dia me renovaba sus promesas y juramentos de fidelidad.

Pues bien; Rafael, al que yo creia, cuyas palabras eran para mí como oráculos, no era otra cosa que un villano. Lo que sentia por mí no era un amor puro: su deseo no era llevarme al altar para darme allí el título de esposa. Sus pensamientos eran criminales.

Yo era pura como la vírgen aura del desierto: jamás por mi mente habia cruzado un pensamiento que pudiera haberme ruborizado.

Creia en el amor; pero en el amor del alma: los sentidos no obraban para nada en el extraordinario afec-

to que profesaba al que creia destinado á labrar la felicidad de mi existencia.

Él, por el contrario, lo fué preparando todo á fin de conseguir el logro de sus impuros deseos.

¡Ah! no hubiese llegado á su realizacion, si mi indolente madre no hubiese vivido con tanto descuido; si hubiese vigilado y no hubiese permitido que pasáramos horas enteras en completa soledad en mis habitaciones.

En esto tenia razon Beatriz.

Toda vigilancia es poca por parte de las madres cuando se trata del honor de las hijas. Obligadas están á dirigirlas con su ejemplo y enseñanza por el camino de la virtud, á procurar que sean modestas, y que no se aparten de las sendas de la rectitud.

¡Cuán grandes son las obligaciones de la madre! ¡Qué cuenta tan estrecha se les ha de exigir del cumplimiento de sus obligaciones!

Ella debe avisar al hijo y especialmente á la hija de los precipicios que se encuentran en el mundo; debe ser su mejor amiga, impregnarle en su alma tierna los delicados sentimientos de la virtud, velar su sueño y ser un centinela vigilante, á fin de que el lobo de la seduccion ó del vicio no destroce ni toque siquiera aquella inocente oveja.

Estos deberes son olvidados desgraciadamente por muchas madres, y de aquí el que sean no pocas las jóvenes que son víctimas de la más infame seduccion.

Debe huir la madre de dos extremos, que son igualmente exajerados y peligrosos: el demasiado rigorismo y la demasiada condescendencia.

Con el primero de ellos se crian hijas hipócritas: con el segundo hijas inmodestas y desenvueltas. Queremos decir con esto, que la madre no debe condenar á su hija á un aislamiento perpétuo, separándola completamente de los recreos honestos y lícitas diversiones. De este indiscreto rigorismo salen esos casamientos llevados á cabo por el rapto ó por otros medios novelescos.

La demasiada condescendencia es la causa de historias horribles, como la que viene refiriendo Beatriz, que ya ni siente repugnancia en referir á otro hombre su desdoro y su deshonra.

Un abismo llama á otro abismo, un crímen á otro crímen. ¿Quién es el responsable de todos? Quién pudo evitar el primero y no lo evitó.

Continuemos escuchando á Beatriz.

De buena gana suprimiríamos estas páginas, si ellas no fuesen necesarias é indispensables para el desarrollo de la accion de nuestro libro.

La narracion de Beatriz forma el argumento del drama que vamos presentando á la vista del lector.

—Una noche, continuó aquella, el pérfido Rafael me prodigó mayores cariños que los de costumbre; me embriagó de amor; y de tal manera, que yo no sabia darme cuenta de si estaba dormida ó despierta.

Yo no sé, que me decia el corazon; pero ello es que tuve miedo.

Rafael lo notó y quiso disipar mis temores:

—¿Qué tienes me dijo? ¿Estás enferma?

—No sé lo que tengo, le respondí.

—¿Es que dudas de mi amor?

—Nó, no es eso: es que temo tu amor.

—¡Que lo temes! ¿Y por qué?

Y me estrechó entre sus brazos dejando sentir en mi frente el calor de sus labios.

Una hora después se retiró, y yo quedé sumida en la tristeza: temia al dia siguiente ver á mi madre... porque yo no podia erguir á su presencia mi frente pura como lo habia hecho hasta entónces. ¡Ya no era aquella criatura candorosa que podia elevar al cielo el incienso de puras oraciones!...

Rafael me habia jurado que me haria su esposa; pero después me despreció y buscó un nuevo amor. ¡La mujer que habia deshonrado no era ya digna de ser su esposa!

Beatriz calló.

Alberto, que la habia escuchado en silencio, tomó la palabra:

—No me sorprende, dijo, cuanto he oido, por más que lo sienta en el alma. Desde el principio comprendí cual habia de ser el desenlace de la triste historia. Pero te falta ahora darme á conocer el hombre que tan villanamente se portó contigo.

—Ese hombre es Rafael de Céspedes.

—¡Rafael de Céspedes! Le conozco, y en verdad que no le creia capaz de tal infamia.

—Pues ahí ves lo que son los hombres.

—Ahí veo lo que es Céspedes.

—Pues yo creo que la mayoría de los hombres deben asemejársele.

—Estás en un error. Desgraciada seria la sociedad si no hubiese en ella hombres honrados, incapaces de la infamia.

—Y bien: ¿qué dices á cuanto has escuchado?

Alberto recordó en aquel instante las frases de Beatriz, diciéndole que él debia escribir el último capítulo de aquella historia cuyas líneas debian ser trazadas con sangre.

Se estremeció y por toda contestacion, le dijo:

—¿Qué quieres? Si hoy, que eres mia, un hombre se atreviese á faltarte en lo más mínimo; si te hiciese un solo desaire, le arrancaria la existencia. Pero, ¿con qué derecho pediré satisfacciones á un hombre porque ofendió á una mujer á la que yo ni siquiera conocia?

—Es que yo no quiero que exijas satisfacciones de ninguna clase.

—Pues entónces...

Beatriz, como fuera de sí, furiosa cual una leona á la que han arrebatado su cachorrillo, apretó con su mano el brazo de Alberto, y le dijo:

—Lo que no quiero es que exista en el mundo un hombre que me haya hecho objeto de sus desprecios, un hombre que se mofe de mí y de tí... ¿lo entiendes? de tí, cuando contigo me vea en cualquier parte.

—¿Qué quieres decir? preguntó Alberto aturdido.

—Quiero decir que á ese hombre le has de matar.

—¡Beatriz, me horrorizas!

—¡Eres un insensato!

—¿Pero tú quieres que yo manche mis manos en sangre? ¿Deseas que lleve sobre mi frente el sello del asesino? ¡Oh, Beatriz! tú que me amas no puedes querer eso. ¡Tú no podrias, no querrias ser la esposa de un asesino!

—Veo, dijo Beatriz, que eres un cobarde. Asesino es el que arranca la vida á un hombre por apoderarse de sus bienes, ó por el criminal placer de matar; pero nó el que satisface una venganza justa.

—Nunca es justa ni lícita la venganza. Tú eres cristiana, tienes fé, y sabes que Dios nos manda perdonar.

—Tú deliras, Alberto, deliras cuando dices que tengo fé. La tenia; pero la he perdido por completo. Amaba á Dios, amaba la religion; pero ahora nada amo, nada más que á tí, y deseo venganza; pero terrible y pronta.

Las sacrílegas palabras de Beatriz llenaron de horror á Alberto.

Entónces conoció el abismo en que se hallaba.

Hubiera querido poder huir de aquella casa y no haber visto más á aquella mujer que le perdia; pero un impulso involuntario, al que no sabia oponerse, le sujetaba al lado de aquella sirena.

—De una vez, exclamó Beatriz: ¿estás decidido á vengarme?

Alberto, con el sólo objeto de calmar su furia y tranquilizarla, respondió:

—Haré cuanto quieras.

—¿Y cuando?

—Cuando tú lo ordenes.

—¿Me engañas?

—No tienes motivos para dudar de mis palabras.

—Te creo y has hecho bien en acceder á mis deseos, porque de lo contrario, y no teniendo ya que contar con nadie en el mundo, yo me hubiera vengapo por mi propia mano de Céspedes y de tí.

Alberto no sabia darse cuenta de lo que le pasaba. Deseaba salir á la calle, aspirar el aire libre y refrescar su imaginacion.

Beatriz conoció el estado de su alma y trató de tranquilizarlo.

—Dejemos ya por hoy este asunto, que lugar tendremos de arreglar los medios de que te has de valer para desempeñar tu cometido sin exposicion. Ahora hablemos de otra cosa.

—¿De qué quieres que hablemos? ¿No conoces que has torturado mi corazon, y que no estoy en estos-

momentos para hablar de cosa alguna? ¡Ay, Beatriz! Yo estoy destinado á ser en tus manos un instrumento. Te amo, y creo que con el fuego del infierno... ¿Cuál será nuestro porvenir?

—¿Puedes dudarlo?

—¿Y cómo nó? ¿Son por ventura rectos nuestros pasos? ¿No me lanzas en la carrera del crímen á pesar mio?

—Vuelves á la misma conversacion, cuando yo te queria apartar de ella. Estás fatigado, calenturiento, es necesario que reposes. Te dispenso hoy la impresion que te he causado. Espero que mañana no serás el jóven tímido y cobarde de hoy, sino el hombre de valor, digno de una mujer como yo.

—Te he dicho que haré por tí los mayores sacrificios, cuanto quieras ordenarme; pero no me librarás del tormento de mi conciencia.

—Veo que estás muy místico, y por cierto no es eso muy propio en un jóven de la buena sociedad.

—¿Y á qué llamas tú buena sociedad?

—No hablemos más, te lo suplico. Retírate, pasea un rato y vete á tu casa. Dormirás bien y mañana te levantarás tranquilo.

—¡Dormiré! dijo irónicamente Alberto.

Beatriz se levantó, tomó el sombrero de Alberto, se lo dió y le dijo:

—Es tarde, y yo tambien deseo descansar. Hasta mañana.

Alberto se despidió, estrechó la mano de su amada, y á poco rato se encontró en la calle y empezó á andar sin direccion fija.

Tan aturdido se hallaba.

No sabia darse cuenta de lo que le pasaba.

Beatriz le vió marchar, y llena de una feroz alegría exclamó:

—Al fin me vengaré. ¡Pobre chiquillo! Es una máqùina de la que yo dispondré á mi gusto. ¡Creia tal vez que trataba con una simple como esa Victoria que fué su primer amor! Ya se irá convenciendo de lo contrario.

Y reia á carcajadas, saboreando por anticipado el placer de la venganza.

¿Cuál era el verdadero estado de Alberto? Ya hemos dicho que al ofrecer á Beatriz que la vengaria, no se habia propuesto otra cosa que ganar tiempo y tranquilizarla. Pero después, al escuchar sus nuevas palabras, al oir de sus labios que estaba dispuesta, caso de ser desobedecida, á vengarse por sus propias manos de Rafael y de él, temió, y consintió en ser instrumento de su venganza.

Tan cierto es que una mujer depravada que ha perdido el pudor y la vergüenza, arrastra al hombre al abismo de todos los males: pero es porque el hombre, dejándose sujetar por sus pasiones, se rebaja de su dignidad y se convierte en una máquina. Estas son las consecuencias de los amores desordenados,

del olvido de la virtud y de la relajacion de las costumbres.

Ya veremos los caminos por donde se dejó arrastrar este jóven, que pudiera haber hecho un brillante papel en la sociedad, atendido el rango de su familia y la educacion que habia recibido.

CAPITULO IX.

En el que el autor se propone departir con el lector sobre asunto de importancia.

Juan Ciudad, al que en adelante llamarémos Juan de Dios, no era ya el vendedor de estampas y de libros devotos que ántes hemos conocido. Hubo en su vida curiosísimas peripecias dignas de ser referidas.

Por la época en que se verificaron los sucesos que venimos narrando, residia en Granada el padre maestro Juan de Avila, llamado más generalmente *Apóstol de Andalucía,* varon de rectas virtudes y de una singular elocuencia en la predicacion.

Un dia de San Sebastian, predicaba el padre Avila en una ermita del Santo, con su acostumbrado espíritu. Entre su auditorio se encontraba Juan de Dios.

El predicador tenia suspensos de sus labios á los numerosos oyentes que habian acudido á la fiesta.

De las saetas del santo mártir pasó á las del amor divino con que Dios pretende herir los corazones de los hombres.

De tal modo impresionó á Juan de Dios lo que habia oido, que, inflamado en el amor divino y doliéndose profundamente de todos sus pecados, y muy especialmente del que habia cometido abandonando á sus padres y siendo causa de su prematura muerte, salió de la iglesia dando gritos y confesando públicamente las faltas, de las que le argüia la conciencia.

De aquí resultó que una caterva de muchachos y de gente ociosa le fueron siguiendo por las calles gritando trás de él «Al loco, al loco», al tiempo mismo que le arrojaban piedras y lodo.

Juan lo sufria con la mayor paciencia.

En el mismo dia, repartió sus libros devotos entre las personas que los querian, y entregó todo el dinero que poseia á la justicia para libertar presos, habiendo alcanzado para que consiguieran la libertad veinte y dos detenidos.

Juan pasó algun tiempo en su aparente locura, ganoso de ser despreciado de los hombres para purificarse de sus pecados. Después se puso bajo la direccion del maestro Avila, y determinado á pasar el resto de su vida en el ejercicio de la misericordia, puso los cimientos, sin recursos de ninguna clase, á un instituto que llegó á adquirir gran celebridad en Es-

paña, Italia, Francia, Alemania, Polonia, y aún en las Indias Orientales y en Filipinas.

Un dia vió á la puerta de una casa una cédula que decia: «Esta casa se alquila para pobres.»

Inmediatamente, y á pesar de que carecia de recursos, alquiló aquella casa, y con las limosnas que pudo recoger de algunas personas piadosas, estableció en ella cuarenta y seis camas, muy pobres entónces pero muy suficientes para principio de la nueva hospitalidad que se proponia fundar.

Hagamos ahora una reflexion que se desprende naturalmente de estos hechos.

Un dia, en los antiguos tiempos, una barquilla de mimbres fluctuaba empujada por las aguas del Nilo, y se mecia blandamente al son de las endechas que alzaban los cautivos. Una princesa que fija su vista en aquel objeto, disputa con las aguas aquel niño, y las vence. ¡Cuán pobre es la inteligencia humana! ¡Quién hubiera pensado en aquellos supremos instantantes, que aquel niño que entraba en el mundo por las puertas del naufragio, estaba destinado á hacer brillar la aurora de la libertad para los hijos de Israel!

Pues fué así. Aquel tierno infante arrebatado por disposicion de la Providencia á las aguas del caudaloso Nilo, fué Moisés, el que condujo al pueblo de Dios por los desiertos del Egipto: aquel ante cuya presencia se rasgára el mar Rojo para que atravesase

con los suyos por entre dos murallas de agua, cerrándose de nuevo para causar la muerte á los poderosos ejércitos de Faraon. El mismo Moisés fué el que más tarde y sobre la cumbre de un elevado monte, entre el ruido espantoso del trueno y el reflejo de los relámpagos, recibe de manos de Jhowah las tablas donde estaban escritos los preceptos que habian de practicar los hombres. ¿Qué hombre, por privilegiado que hubiese sido su criterio, hubiese comprendido tan sublime destino en el niño recogido en la barquilla de mimbres?

Sin detenernos en otros mil ejemplos históricos que pudiéramos presentar, preguntarémos ahora ¿quién, en el primer tercio del siglo XVI, hubiese visto por las calles de la ciudad de Granada á un pobre hombre, vestido miserablemente, y seguido de una turba de muchachos que reputándole de loco le arrojaban piedras, hubiese imaginado que aquel hombre estaba destinado á ser el fundador de un instituto de los más benéficos para la humanidad, que habia de ser el padre de los pobres, y que su nombre llegaria á ser venerado en el mundo cristiano?

Pues tal fué el ilustre Juan de Dios, cuyos hechos siempre dirigidos al bien de sus hermanos van á verse enlazados con las trágicas escenas de este libro.

Tan cierto es que sólo Dios lee en el libro del porvenir y conoce el destino de las criaturas.

Juan de Dios empezó á impetrar la caridad en fa-

vor de sus pobres, sin servirse más que de estas palabras:

«*Hermanos, dad limosna para vosotros mismos.*»

Desde el dia en que Juan de Dios habia acompañado á su casa á Victoria y á su madre, de resultas del accidente que la primera habia tenido en la iglesia, por la sorpresa que le causára el ver á Alberto con Beatriz, habia hecho varias visitas á las mismas. Allí existia la pobreza, no del hambre ni de la enfermedad, sino la pobreza del corazon, la de las aflicciones de la vida. Aquella, pues, era la casa de Juan de Dios. Sus simpatías estaban con la necesidad en todas sus fases, y bajo cualquier aspecto que se presentase.

Victoria sin un apoyo como el de Juan de Dios debia ser desgraciada, y este hombre se propuso hacerla feliz.

¿Era esto posible?

Cuando una pasion llega á arraigarse en el corazon humano, es muy difícil desprenderse de ella. Decid al jugador de oficio que abandone para siempre el tapete, y nada conseguiréis. Le haréis comprender que la funesta pasion del juego es la causa de todas sus desgracias y de la desventura de su esposa y de sus hijos: le recordaréis que ella le ha privado de su fortuna y que podrá un dia conducirle á la desesperacion y al suicidio. Todo esto lo comprenderá: os dará la razon; pero no apartaréis de su mente la idea de que un rato de buena suerte, puede hacerle recuperar

cuanto ha perdido; y después de vuestras reflexiones volverá al tapete quizás con mayores ánsias.

Así sucede en todas las pasiones, y por cierto no podemos exceptuar la del amor.

A Victoria le faltaba lo que llamarémos el éter de su vida, el amor de Alberto, al que habia entregado su corazon. Ella creia que ya no podia ser feliz en el mundo; que no habia, que no podia haber objeto alguno que sustituyese en los afectos de su alma el hueco que habia dejado el infiel Alberto.

Tal vez se nos tache de inmodestos si nos atrevemos á decir que no pertenecemos al vulgo de los hombres. Pero ello es que no vemos la felicidad en el amor de una persona determinada, como no la vemos en las riquezas, en los honores, ni, en una palabra, en ninguna de las pequeñeces de la vida.

¿Qué dice el autor? exclamará algun lector meticuloso ó demasiado poseido de escrúpulos. ¿Pues qué, son pequeñeces el amor de la familia, el desear lo que se llama un bienestar para sí propio y para los hijos? Poco á poco, amadísimo lector, que tal vez no habeis comprendido bien las palabras que acabamos de escribir; pero, como no acostumbramos á retirar lo una vez escrito, ni á retractarnos en un capítulo de lo que en otro hemos dicho, necesitamos explicarnos en materia como diria un escolástico.

No hay cosa que apreciemos en más alto grado que los vínculos de la familia. A Dios gracias, tene-

mos suficiente buen criterio para no caer en ese estúpido socialismo que tiene por lema *guerra á la propiedad, guerra á la familia,* á lo que alguno de los muchos locos que andan sueltos, ha añadido la sacrílega sandez de *¡guerra á Dios!* Estos lemas, si algo prueban, es que si el siglo XIX es verdaderamente el siglo de las luces, el diablo tiene la palmatoria.

Empero, viniendo á nuestro propósito, dirémos nuestro modo de pensar. Una persona nos ha mostrado un afecto extraordinario y en torno de él ha recibido el nuestro; pero llega un dia en el que aquella persona nos vuelve las espaldas, y sin saber por qué se convierte en enemigo, ¿y qué? No lo extrañamos. En seguida decimos:—¡Pequeñeces del mundo! Tenemos un amigo á cuya felicidad hemos contribuido, cooperando á labrar su fortuna, durante cuyo tiempo nos guardaba las mayores consideraciones; pero llega un dia en que las desgracias ó los azares de la vida nos hacen necesitar á aquella persona, y encontramos cerradas herméticamente sus puertas, que á esto equivale el presentar escusas para no ayudarnos. Y nosotros salimos con la amargura en el corazon, pero con la sonrisa en los labios, diciendo:—¡Pequeñeces del mundo! Lo que hay que extrañar es la fidelidad, la buena correspondencia, porque lo contrario es lo que generalmente se encuentra en la sociedad.

Victoria no creia posible para ella la felicidad sin

el amor de Alberto; pero Victoria era una niña inocente, un ángel de pureza que no conocia el mundo sino por la corteza.

Empero, aún no hemos acabado de explicar nuestro pensamiento, y vamos á hacerlo. Esta corta digresion no la llevará á mal el benévolo lector, por que tal vez puede serle de alguna utilidad. Poco valdrá nuestro libro, pero ménos valdria sino contuviera alguna enseñanza. Queremos que como hija del ingenio humano, nuestra obra, en cuanto nos sea posible, tenga lás cualidades que señala Ciceron á todas las de su clase; esto es, *Imitacion de la vida, Espejo de las costumbres é Imágen de la verdad.*

Digimos más arriba: «No vemos la felicidad en el amor de una persona determinada, como no la vemos en las riquezas, en los honores, ni en ninguna de las pequeñeces de la vida.»

Expliquémonos.

Es indudable que el hombre ha nacido para la felicidad, y que á ella aspira siempre. Esta es la pasion que enjendra y reasume todas las demás pasiones. ¿Y en qué consiste la felicidad? En la posesion de un bien que satisfaga cumplidamente todas las necesidades de la vida.

Ni en la antigüedad pagana, ni en la filosofía moderna, ha habido cuestion más agitada que la de la esencia del Bien sumo, de la felicidad verdadera.

Segun una autoridad muy respetable, el santo y cé-

lebre autor de la *Ciudad de Dios*, en tiempo de Varron, se contaban más de doscientas ochenta sectas entre existentes y posibles sobre la esencia de ese Bien. Sócrates y Zenon colocan la felicidad en una virtud indefinida; Epicuro la cifra en los deleites; Epicteto en una paz inalterable, fruto de una insensibilidad perfecta; Pirron en la exencion de todo deber. Séneca contempla la abnegacion del hombre y dice que sólo puede salir de ella elevándose sobre la humanidad. Por último, Platon, pensando con más cordura que los demás filósofos de las antiguas escuelas, afirmaba que el hombre andaria siempre entre tinieblas, á semejanza de un ciego, en tanto que una luz superior no le descubriera el Soberano Bien, objeto constante de sus aspiraciones y deseos.

Platon estaba en lo cierto.

A haber nacido algunos siglos más tarde, sus ojos hubieran percibido esa luz clara y refulgente que para beneficio de la humanidad apareció en la plenitud de los tiempos en el horizonte de la Judea. Seguramente, si hubiese oido de los labios de Jesús de Nazaret aquel inimitable discurso de la montaña en el que decia: *Bienaventurados los que lloran..... Bienaventurados los mansos y humildes de corazon.....* hubiese exclamado: «Hé aquí la luz superior y divina que necesitaba el mundo.» ¡Cuánto se hubiese regocijado con esta claridad el célebre autor de los Diálogos!

Hemos dicho que el hombre necesita para ser feliz

la posesion de un bien que satisfaga todas sus necesidades.

Un bien que nada le deje por desear.

Por consiguiente, este bien no ha de ser relativo sino absoluto.

Nó particular, sino universal.

Nó temporal, sino eterno.

Nó mudable, sino inmutable.

Nó finito, sino infinito.

Sin tales condiciones, el hombre no encontrará descanso en su posesion.

¿Quién duda que los deseos del hombre son infinitos?

Por esto, cuando encuentra y posee un objeto por el que suspiraba, no queda suficientemente satisfecho, porque el deseo crece y crece sin medida. Necesita el hombre un objeto sin fin que le sacie, que le llene, que le satisfaga, ó mejor dicho, que le estinga, sin dejarle en que poderse ejercitar en adelante.

¿Pueden producir este efecto las riquezas? Nó: porque el hombre no puede poseerlas todas, y porque ha de abandonar las que posee.

¿Y los placeres? Tampoco, porque se acaban.

¿Y los aplausos y honores? Ménos aún, porque, aunque sean justos tributos al mérito, les hacen temer la envidia.

¿Podrá encontrar la felicidad en la cumbre del poder? Este no le priva de sus miserias, le rodea de cui-

dados y de fatigas y le crea enemigos que le hacen vivir con cuidados é inquietudes.

¿Y el amor? ¿Y la amistad? ¡Quién no conoce sus inconstancias!

Y es que todas estas cosas miran al exterior del hombre: no pasan de la materia sin penetrar jamás á la parte superior, al alma, á la parte principal de las dos que constituyen el ser racional.

Siempre el vacío en el corazon.

Siempre el deseo.

Siempre las pasiones, los apetitos desordenados escitando al hombre.

Hambriento de felicidad se hallaba el grande Agustin, y su magnífico libro de las *Confesiones*, nos ofrece el más sublime y elocuente ejemplo.

Su sabiduría le rodeó de honores y de aplausos, al paso que le produjo riquezas. Pero su corazon se encontraba vacío.

Buscó después los aplausos y se entregó al más completo libertinaje. Gozaba breves instantes y se desesperaba después, porque no podia gozar más. La sensualidad dejaba el mismo vacío en su corazon.

Se revolcaba por el lodazal inmundo de las pasiones; se embriagaba por el orgullo, por los aplausos, por el amor de las mujeres; pero, si se cree feliz, es un sólo momento.... luego aparece de nuevo el vacío del corazon. Es que nada terreno puede satisfacerle. Pero llega un dia en que se disipan todas sus vanas ilusio-

nes; conoce que los pobres é ignorantes arrebatan el reino de los cielos, y exclama: *Nos hiciste para tí ¡oh Dios! é inquieto está nuestro corazon hasta que repose en tí.*

Ya Agustin es otro hombre: llega á poseer á Dios, y ya no hay vacío en su corazon. Ama; pero al único que puede satisfacer sus deseos, al que puede calmar sus ánsias.

En la religion se encuentra la calma, la tranquilidad, el reposo de la conciencia, que es el camino de la felicidad perdurable, del Bien absoluto, universal, eterno, inmutable é infinito.

Pequeñez es el afligirse y desesperarse por la pérdida de un bien, si este bien es transitorio, temporal, finito.

De este error, en el que vivia nuestra Victoria, se propuso disuadirla, nó un hombre encanecido en las ciencias, sino el pobre Juan de Dios, constituido padre de los desgraciados.

Juan de Dios era ya un ángel de la Providencia, destinado á ser el amparo de otras existencias.

No podia tener un destino más sublime.

Santificándose, procuraba, y esto con el mayor empeño, la santificacion de sus semejantes.

Por desgracia no abundan estos edificantes ejemplos en medio de la corrupcion social.

El egoismo toma posesion, con la mayor facilidad, del corazon humano, y los hombres trabajando úni-

camente por su propia utilidad, ni paran mientes, por regla general, en los padecimientos, en las aflicciones, en las desgracias de sus semejantes.

¿Y Juan de Dios?

Lo que hizo al objeto indicado lo dirémos en el capítulo siguiente, ya que este lo hemos ocupado en discurrir con el lector sobre la esencia del Bien, y la verdadera felicidad.

CAPITULO X.

En el que se ve que Juan de Dios tenia un gran conocimiento del corazon humano.

La luz del sol poniente se derramaba melancólica sobre los collados y los prados, imprimiendo un tinte de gravedad, por así decirlo, al siempre bellísimo cuadro de la naturaleza.

Hácia un Campo Santo caminaba un entierro, sin aparato de ninguna clase.

Sobre unas angarillas conducidas por dos hombres, iba el cadáver cubierto por un paño negro en el que se veia una cruz sobrepuesta de cinta blanca.

Por único acompañamiento iba tras el modesto ataud un hombre de pálido semblante, vestido de negro, cubierto con un capote del mismo color, y un sombrero de anchas alas en la cabeza.

Con los ojos bajos y en humilde actitud pasaba las

cuentas de un rosario, teniendo todo su pensamiento fijo en Dios, á quien dirigia sus oraciones en favor del alma del finado.

Aquel hombre que habia sido ántes reputado por loco, y que ya era objeto de veneracion y de respeto, no era otro que Juan de Dios.

Aún no vestia el hábito que más tarde, y por disposicion del Prelado de Granada, adoptó para sí y los demás individuos de su instituto.

El difunto era uno de los primeros enfermos recogidos y asistidos por Juan en su primitivo hospital, que llamó *casa de los pobres*.

Este hombre verdaderamente evangélico no se daba por satisfecho con recoger los pobres enfermos, conducirlos á su hospital, pedir limosna para asistirlos y proveerlos de las cosas necesarias, cuidarlos con la mayor asiduidad y esmero por sí mismo, sino que á más, cuando alguno moria, le acompañaba á la última morada, dirigiendo á Dios las oraciones de los muertos, rogando para el que acababa de abandonar este mundo de miserias el premio y el descanso eternos.

Llegado el entierro á la fúnebre morada, el cadáver fué colocado en la fosa.

Juan arrojó sobre él el primer puñado de tierra; siguieron la operacion los sepultureros, y sólo quedó á la vista de los vivos una pequeña cruz de tosca madera, que el hombre de Dios colocó sobre la sepultura.

Pocos momentos después, Juan se volvió por el mismo camino que le habia conducido al fúnebre recinto.

Era la estacion de otoño.

Caíanle encima hojas de los álamos lentas y pausadas, sin violencia alguna, como caen siempre en aquella época del año, precursora del triste invierno.

Una de aquellas hojas vino á posarse casualmente sobre la mano de Juan. Este la contempló, sin dejar de andar, y no pudo ménos de exclamar:

—¡Siempre la muerte! ¡Por todas partes el recuerdo de nuestro fin! ¿Y habrá quién suspire por los deleites del mundo?... ¡Qué corta y qué miserable es la vida!... Estas hojas caen necesariamente porque les falta vida, porque no llega á ellas la sávia que les da vigor y las colora. Así ha caido yerto en el sepulcro ese infeliz; ¡qué he dicho! Infeliz es el que, encerrado en la cárcel del cuerpo, se ve precisado á luchar con las pasiones, el que no viviendo de la fé, que es el alimento del alma, se afana por conseguir un fantasma de felicidad; ¡cómo si alguno pudiera ser feliz en el destierro! ¡Oh! Felices son los que mueren en la fé y en la confesion de Jesucristo: ¡Bienaventurados los que siendo viadores han muerto al mundo y á sus vanidades, y llevan en su cuerpo la mortificacion del Salvador!

Embebido en estas meditaciones iba Juan de Dios, cuando tomando la misma direccion que en sentido

opuesto llevaba un hombre jóven y de gallarda presencia, en el que no se fijó, tropezó con él.

Juan fué el que peor librado salió del choque, pues además de haber sido pisado fuertemente en un pié, vió rodar su sombrero.

Sin embargo, al tiempo mismo que lo recogia del suelo, pidió perdon al caballero con corteses y humildes frases.

—Perdonad, hermano, mi distraccion, dijo.

El soberbio jóven no pudo resistir el oirse llamar hermano por un hombre que tenia trazas de pobre; y no solamente le colmó de injurias, sino que le pegó en el hombro con tanta fuerza que le hizo caer en tierra, al tiempo mismo que le decia:

—Vaya otra vez el mentecato con más cuidado, y no trate con tanta franqueza á un noble caballero. Señor, que no hermano, debiérais haber dicho.

Juan se levantó con rapidez, y cayendo de rodillas delante del que de tal manera le injuriaba, le habló en los siguientes términos:

—Perdonadme, señor, pues creo no haberos hecho injuria al llamaros hermano. Ricos y pobres, todos somos hijos de Dios, todos somos peregrinos en el mundo, todos nacemos desnudos, y á todos nos cubrirá la misma tierra.

—Veo que teneis tambien el vicio de la hipocresía.

Juan, sin parar mientes en este nuevo insulto, le respondió:

—Vengo de dejar en el Campo Santo el cadáver de un pobre, y me restan aún veinte más en mi hospital sin otro recurso que el de Dios y el de las buenas almas.

—Y presentándole su cepillo de laton, añadió:

—Dadme una limosna para mis pobres. Haced bien por vos mismo, haciéndolo por los desgraciados.

Tales palabras penetraron profundamente en el corazon del jóven, que al ver tanta humildad rectificó el juicio que ántes habia hecho; y avergonzado de su comportamiento, le entregó el dinero que llevaba, diciéndole:

—Tomad para vuestros pobres y dispensadme. Soy muy desgraciado; rebosa mi corazon de amargura y á veces no sé lo que hago.

—Confiad en Dios, dijo Juan; la fé os fortificará y endulzará vuestras amarguras.

El jóven no pudo acabar de oir tan breves frases.

Huyó precipitadamente de aquel sitio, exclamando:

—¿Por qué me habré apartado del camino de la virtud? ¿Por qué Satanás se habrá interpuesto entre mi corazon y mis sentidos?...

Aquel jóven no era otro que Alberto. Su corazon no se habia entregado á la corrupcion; pero la funesta pasion que habia concebido por Beatriz, esa Safo del siglo XVI, representacion anticipada de Lucrecia Borgia, ó de Margarita de Borgoña, le habia conducido á ofrecerse para la ejecucion de un crímen horren-

do, para clavar un puñal asesino en el pecho de un hombre indefenso que en nada le habia ofendido.

La Providencia le hizo chocar con Juan de Dios. Le injurió, y aquel acto de soberbia no habia de quedar sin castigo; pero fué generoso para con los pobres, y el que no deja sin recompensa un vaso de agua dado al sediento en su nombre, preparó tambien el premio á aquella obra de misericordia.

¡Qué léjos de pensar estaba Alberto en las relaciones que más tarde le habian de ligar con aquel hombre pobre al que lleno de ira levantó su mano!

Sin embargo, Juan estaba destinado por disposicion de Dios á ser el instrumento de la salvacion de Alberto.

¡Secretos designios de lo alto, incomprensibles á la menguada inteligencia humana!

Al dia siguiente del en que se verificó la escena que queda referida, Juan de Dios, luego que hubo terminado sus ocupaciones del hospital y dadas las disposiciones necesarias para el cuidado de los enfermos, salió á recorrer las calles de Granada en busca de socorros. Segun su costumbre, tocaba á todas las puertas, repitiendo las mismas frases.—*Hermanos, haced bien por vosotros mismos.*

Tenia repartidos los dias de la semana, de suerte que sólo pedia cada ocho dias en una misma casa.

Tocaba recorrer aquel dia la calle donde estaba situada la casa de Victoria.

Ya hemos dicho que de vez en cuando visitaba á aquella desgraciada; pero cuando iba empleado en el ministerio de la limosna no acostumbraba á detenerse.

Así, pues, llegando á la puerta y sin pasar del umbral, exclamó:

—Hermanos, haced bien por vosotros mismos.

Al verle la madre de Victoria, alegróse sobre manera, y le dijo:

—¿No entrais, hermano Juan?

—Lo haria de buena voluntad; pero voy ocupado en mi petitorio para los enfermos.

—Y decidme ¿no hay enfermos más que en vuestro hospital?

—Enfermos hay en todas prtes. ¿Qué es el mundo sino un vasto y extenso hospital? ¿En qué casa no hay llagas? ¿Quién puede gloriarse de no estar enfermo en el cuerpo ó en el alma?

—¿Y no os compadeceis de las enfermedades del corazon?

—Como de todas, señora. Pégueseme la lengua al paladar y séquense mis fauces ántes de que se aparte de mí la compasion hácia los desdichados.

—Pues hacedme el obsequio de entrar. Vos sabeis que aquí hay una enferma hácia la cual habeis mostrado varias veces compasion. Tal vez hoy haceis más falta que nunca. Pasad en el nombre de Dios, que no es perder el tiempo el que se emplea en enjugar las lágrimas del afligido.

Juan de Dios no resistió á aquel argumento y penetró en la casa.

—¡Cuanto deseaba veros! exclamó la atribulada señora. Sabed, hermano Juan, que yo creo que mi Victoria se muere. Todas cuantas reflexiones le hago, son insuficientes para apartar de ella la tristeza que la consume. No come, no duerme ni hace otra cosa que llorar. ¡Pobre hija mia! Y reducida á este estado por la incalificable conducta de ese hombre á quien Dios perdone. ¿Por qué permite la Providencia que padezca de tal modo una niña que en nada puede haber faltado, porque es un ángel de bondad y de pureza?

Y no pudo continuar porque los sollozos ahogaron la voz en su garganta.

—No así murmureis ni os quejeis de la Providencia, dijo Juan. Dios que gobierna el universo en peso, número y medida, dispone los acontecimientos dirigiéndolos siempre al mayor bien de sus criaturas. ¿Es por ventura el mundo el lugar de nuestro descanso? ¿No vivimos para merecer? ¿Y cómo podemos merecer, sin pasar por el crisol de las tribulaciones? ¡Cuan pequeños somos cuando nos encontramos faltos de valor para sobrellevar las incomodidades propias del camino que conduce á la patria!

—¡Sois muy bueno, Juan de Dios!

—Ojalá lo fuera. Yo no soy más que un miserable pecador; pero creo que Dios me inspira las palabras que os dirijo. No tengo instruccion de ninguna clase,

mas aprendo á cumplir los deberes del cristiano y á gozarme en la tribulacion, leyendo cada dia y mucho mejor en el silencio y tranquilidad de la noche en un libro de grande enseñanza escrito por dentro y fuera.

—¿Y qué libro es ese que tales enseñanzas contiene? ¡Oh, si lo leyese mi Victoria! ¿Se lo podriais proporcionar?

Y Juan de Dios sacó de entre sus ropas un pequeño Crucifijo, y mostrándoselo, dijo:

—Hé aquí mi libro. ¿En qué otro podrá hallarse más elocuencia? ¿No os parece que la imágen del Redentor con los brazos extendidos sobre la cruz, llagado por nuestras iniquidades, es suficiente para que se nos hagan agradables las tribulaciones? ¿Quién más digno de ser amado é imitado que el que siendo la santidad por esencia, quiso ser tratado como pecador para rescatar nuestras almas y abrirnos el camino de la felicidad perdurable? Él es la senda, la verdad y la vida. Fuera de su doctrina, de esa doctrina celestial que libró al mundo de la tiranía de sus antiguos señores, que suavizó las leyes, que concluyó con las supersticiones todas y estableció el reinado de la caridad, no puede haber otra cosa que anarquía, confusion y muerte.

—Decís bien, hermano Juan. No sabeis que bálsamo de consuelo derraman vuestras palabras en mi atribulado corazon. Yo creo que vos, hermano Juan, curaréis á mi hija.

—La curará Dios, señora; sólo Dios de quien exclusivamente penden los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas; Dios que dispone á su arbitrio del corazon, deseos y vida de las criaturas, y que es justo en todas sus obras. Confiad en Él y no desmayeis.

—Esperaos, Juan de Dios, esperaos. Voy á llamar á mi hija. Deseo que hableis con ella. ¡Ojalá que vuestras palabras causen en su corazon el efecto que causan en el mio!

—Doctores tiene la Iglesia, señora mia, que, mejor que yo, pueden dirigirla. ¿Qué puede decirle ni enseñarle mi ignorancia?

—¡Vos teneis el espíritu de Dios!

Y la señora se retiró á otras habitaciones en busca de su hija.

Cuando Juan se vió solo se prosternó y exclamó:

—Señor, que cuando es vuestra voluntad soberana os servís de las cosas flacas y enfermas del mundo para confundir las fuertes, que elegísteis pobres é ignorantes pescadores para que en el ministerio apostólico maravillasen y convirtiesen al mundo con la propagacion de la celestial doctrina, poned en mis impuros labios palabras de vida eterna, suficientes á tranquilizar el corazon de esta desgraciada, evitando que el enemigo de la salvacion de los hombres la precipite al abismo de la desesperacion.

En esto se sintieron pasos, y Juan de Dios levan-

tándose se sentó de nuevo, tomando la posicion en que ántes estaba.

Presentáronse Victoria y su madre.

Aquella estaba desconocida.

De su semblante habia desaparecido el brillo y la alegría de la juventud.

Se hallaba pálida y demacrada: la desecacion y hundimiento de sus carnes y el abultamiento de los huesos, la hacian aparecer en verdadero estado de marasmo.

Juan de Dios la saludó afectuosamente y le dirigió una mirada compasiva.

—Veo por vuestro semblante, dijo el varon de Dios, que debeis padecer mucho. ¿Qué mal os aqueja?

—No tengo otra cosa que tristeza, respondió Victoria.

—Esta niña, añadió su madre, hace muchos dias que se resiste á tomar alimento, y casi no come ni aún lo más necesario para el sostenimiento de la vida.

—¿Es así, hija mia? preguntó Juan.

Victoria, sin levantar los ojos del suelo, exclamó:

—Mi madre es incapaz de decir una mentira. Es verdad que ni como ni duermo; pero no está en mí hacer lo contrario. La tristeza me consume y creo que me llevará al sepulcro.

—Y decidme, repuso Juan de Dios: ¿Seriais capaz de matar á un hombre por medio del veneno ó de otro modo cualquiera?

Al oir estas palabras, Victoria alzó los ojos y fijándolos con extrañeza en el rostro de Juan, exclamó:

—¿Por qué me haceis tal pregunta?

—Respondedme á lo que os he preguntado.

—Yo no me atreveria jamás á cometer semejante crímen.

—¿Por qué?

—Me extraña que me lo pregunteis: ya lo he dicho, porque es un crímen.

—Crímen que Dios debe castigar con todo rigor. ¿No es así?

—Ciertamente.

—Habeis dicho muy bien; pero tened entendido que si el quitar la vida á un sér humano siempre es un crímen, el quitársela uno á sí mismo, es además de crímen un ataque á la Divinidad, porque constituye una usurpacion de la más bella de sus atribuciones. ¿Cómo, pues, podrá Dios tener piedad del suicida?

—¿Y qué quereis decir con todo eso? ¿Os he dicho yo que trate de atentar contra mi vida? ¡Dios me libre de semejante delito!

—Dispensadme si por vuestro bien, dijo Juan, me atrevo á contradeciros. Es verdad que no procurais el suicidio por medio del veneno, de un arma cortante, ó bien precipitándoos de alguna altura: pero diversos medios conducen al mismo fin. Dejad de dar cuerda á un reloj, y el reloj se para: dejad de alimen-

taros, y se parará vuestra vida. Habeis tomado el sistema de no comer, pasais las noches en claro sin cerrar vuestros ojos, entregada á tristes reflexiones. En poco tiempo os habeis demacrado y perdido la salud: un paso más y se apoderará de vos una tísis que os conducirá á la tumba. ¿Y decís que no os suicidais? ¿Qué respondereis ante el tribunal de Dios, cuando el soberano Júez os pregunte por qué le arrebatásteis su más bella prerogativa cortando el hilo de vuestra vida, cuando él os queria por más tiempo en el mundo? ¿Podreis decir entónces que no fuísteis suicida? ¿Encontraréis disculpa á vuestro modo de obrar? Y es lo más triste y lamentable que por huir de una desgracia temporal, dareis en una desgracia eterna. ¿No lo comprendeis así?

La señora mayor lloraba al escuchar las juiciosas y cristianas reflexiones de Juan de Dios, y concebia esperanzas de que fuesen fructuosas para la hija á quien tanto amaba y por cuya tranquilidad hubiera dado gustosa los dias que le restaban de vida.

Victoria no supo contestar y las lágrimas corrieron por sus mejillas, ó mejor dicho, asomaban á sus ojos y se *granizaban* sobre su corazon, sirviéndonos de una expresion del Dante, ese gran poeta de todas las amarguras de la vida.

Victoria habia apurado hasta las heces el cáliz del dolor. Para ella no existia el sér en quien habia puesto todas sus ilusiones y toda su esperanza: su triste

corazon se hallaba desgarrado, y solamente habia para ella un remedio. Era necesario que libase en la copa de los consuelos divinos, era necesario que comprendiese que habia otra felicidad superior á la que creia haber perdido; y que lo comprendiese no era difícil, como lo hubiese sido para un excéptico que nada vé, que nada comprende más allá de la descomposicion de la materia.

Felizmente, Victoria habia sido educada en los sanos principios de la religion, y bastaba tan sólo para que se obrase la reaccion de su espíritu, el que su fé, no extinguida sino entibiada, fuese reanimada por el soplo de una palabra vigorosa.

Dios habia dispuesto que esta palabra fuese la de Juan de Dios.

El padre de los pobres debia curar á la que sólo era pobre de espíritu.

Sin el auxilio de este hombre singular, Victoria hubiese muerto, como mueren tantas jóvenes desgraciadas, sumidas en la desesperacion por un amor contrariado, por unas esperanzas desvanecidas.

Juan de Dios hacia falta en su hospital, pero su caridad le retenia en casa de Victoria.

Las lágrimas de la pobre jóven le hicieron comprender que se hallaba en las mejores disposiciones, y no quiso desperdiciar tan oportunos momentos. Empero, recordando á sus enfermos que necesitaban de su asistencia, cerró un momento los ojos, y más

con el corazon que con las palabras, dirigió al cielo esta breve pero fervorosa plegaria:

—«Cuidad, Dios mio, de mis pobres enfermos, miéntras yo me ocupo en esta obra de misericordia, que creo aceptable á vuestros ojos.»

Ya veremos de qué modo esta oracion subió al cielo en olor de suavidad.

Continuemos nuestro relato.

Juan era la estrella de oro destinada á señalar á Victoria el rumbo de su existencia en adelante.

Un pobre iba á llenar su alma de las inmensas riquezas de la virtud: un ignorante iba á brotar los tesoros de la sabiduría del cielo.

Juan sentia en su mente esa inspiracion á lo eterno, á lo infinito con que Dios favorece á las almas escogidas. Estaba como fuera de sí, trasfigurado su rostro parecia bañado de un resplandor sobre humano, y ante aquellas pobres mujeres se sentia animado del mismo fuego que hacia brotar raudales de elocuencia á San Pablo, cuando se hallaba en el Areópago de Atenas.

Juan no era en aquellos momentos el humilde servidor de los pobres enfermos, el que sufria á cada paso con resignacion y con gloria las mayores injurias, dando ejemplo de resignacion cristiana. Era el apóstol de Cristo, era el instrumento de que se valia la Providencia para que en el alma sencilla, pero agitada de Victoria, renaciesen la paz, quedando dis-

puesta para ser benéfica á otras existencias. En aquellos momentos, Juan era superior á sí mismo.

Victoria y su madre continuaban en su llanto, con la diferencia de que esta lo acompañaba con sollozos miéntras que aquella, inmóvil y sin sollozar, parecia una de esas estátuas de mármol que en triste actitud suelen verse á las puertas de los cementerios.

Juan de Dios tomó de nuevo la palabra:

—Nada habeis respondido, Victoria, á lo que ántes os he dicho. ¿No desistireis de ese suicidio, que lentamente vais llevando á cabo? ¿No se subleva vuestra propia conciencia por la conducta que observais? ¿Qué habeis hecho de vuestra fé cristiana? ¿Cómo habeis dejado disipar las ideas religiosas que os inculcó vuestra madre? ¿Dejaréis de amar á Dios, porque os haya dejado de amar un hombre?

—Perdonadme, Juan de Dios, dijo Victoria. Yo no puedo hacerme superior á mí misma. No puedo apartar de mi memoria los dias que para mí corrieron felices. Yo le amaba con delirio, me embriagaba con su aliento que esparcia una fragancia deliciosa. ¡Y él me abandonó! Mis ojos se han secado de llorar; mi memoria es sólo para él, y mi corazon no puede abrirse ya á ningun nuevo sentimiento. ¡Y decís que me suicido! Nó, hermano Juan. Yo no me suicido: me mata mi dolor; me ahogan las amarguras en que rebosa mi alma.

—Lo que os mata, dijo Juan, es vuestra falta de fé.

—Yo creo, creo en Dios.

—¿Y le amais?

—Le he amado siempre.

—¿Más que á Alberto?

—Por Dios, hermano Juan, no mezcleis las cosas del cielo con las de la tierra.

—¿Ignorais que estamos obligados á amar á Dios sobre todas las cosas?

—Lo sé.

—¿Y creeis en la virtud?

—¡Hermano Juan!...

—¿Os admirais de lo que os pregunto?

—Ciertamente, porque no creo que se trate de convertir á un infiel. Yo, á Dios gracias, soy cristiana.

—Pero yo creo que es más fácil convertir á un infiel, que traer á buen camino á un cristiano extraviado.

—Pues que, ¿por qué yo sea cristiana, no puedo tener sentimientos? ¿No puedo llorar mis penas? ¿Estoy por ventura exenta de las tribulaciones de la vida? Mirad, hermano Juan, aquel cuadro, ¿qué representa?

—A nuestra Señora de las Angustias.

—Pues bien, ved cuan grande es su afliccion, porque ha muerto su divino Hijo. Para mí ha muerto Alberto, ¿y no podré yo afligirme?

Juan se levantó rápidamente del asiento que ocupaba, y con tono enérgico exclamó:

—Habeis blasfemado y Dios aborrece al blasfemo. Me retiro de esta casa en la que ya no puede haber ventura, porque no la hay allí donde se blasfema de Dios.

Estas palabras fueron saetas que vinieron á herir á ambas mujeres en lo más hondo del corazon.

Las dos cayeron de rodillas delante del siervo de Dios, y sujetándole por sus ropas le suplicaron que se detuviese.

—No nos abandoneis en este estado, exclamó la madre.

—¡Perdon! ¡perdon! gritaba la hija.

Juan se detuvo.

Veia llegado el momento de la crísis en aquella enfermedad del corazon humano.

—Decidme, exclamó Victoria, en qué he blasfemado: no lo comprendo.

—Habeis comparado vuestra situacion, repuso Juan, con la de la Santísima Vírgen, el amor humano con el amor divino, el afecto que profesais á un hombre ingrato con el que la bendita entre todas las mujeres profesaba á su divino Hijo, que era Dios, y que habia muerto en cuanto hombre, en medio de los mayores tormentos, por rescatar vuestra alma, esa alma que os habeis empeñado en perder por el camino de la desesperacion.

La reaccion se obró.

—Es verdad, es verdad, dijo Victoria: he sido una

loca: me he olvidado de Dios y de la virtud, y todo por un hombre que no merece ni mi recuerdo.

—Bien, hija, bien, dijo Juan. Dios os perdonará si reconoceis vuestro pecado.

—¿Y qué debo hacer?

—Procurar recuperar la salud perdida para vivir.

—¿Para vivir?

—Sí; y para emplear vuestra vida en prácticas de virtud.

—¿Y qué alcanzaré?

—La paz de vuestro corazon, la tranquilidad de vuestra alma. Habeis sido una heroina en el amor terreno; procurad serlo en el amor divino.

—Sí, hermano Juan: vos sois la Providencia: vos habeis abierto mis ojos á la luz de la verdad. ¿Qué obras practicaré para purificarme?

—La caridad: buscad en el seno de los pobres, en el albergue de la indigencia, llevando á ellos los consuelos de la religion, la alegría del espíritu. Sed de los pobres y sereis de Dios,

—Como vos, hermano Juan, como vos: seré toda de los pobres y alcanzaré el perdon de mis pecados.

—El perdon de vuestra única falta que consiste en haberos olvidado de Dios por el hombre, y en haberos puesto en camino de desesperacion.

La pobre madre lloraba, pero sus lágrimas eran ya de consuelo, por creer curada la enfermedad moral que amenazaba abrir el sepulcro á su amada hija.

El semblante de Victoria varió por completo.

Ante su vista se abrió un nuevo horizonte de felicidad. La religion le habia salido al encuentro para dulcificar sus grandes amarguras, y es indudable que la religion es el puerto de salvacion en todas las desdichas que afligen á la desgraciada humanidad.

Los ojos de Juan se habian humedecido.

Habia conseguido una gran victoria y dió gracias á Dios por el triunfo.

Victoria comprendió cuanto habia hecho padecer á su madre con su conducta, y arrojándose á sus brazos le dijo:

—¿Me perdonaréis, madre mia, los muchos disgustos que os he causado?

—¿Y cuando, repuso aquella, una madre se ha resistido á perdonar á su hija?

Juan se despidió, ofreciendo á ruegos de ella volver al dia siguiente, y se dirigió á su hospital.

—¿Qué será de mis pobres enfermos? se preguntaba por el camino. Me he detenido demasiado tiempo y ni siquiera he hecho la limpieza. Dios me ha retenido en esta casa, pero el tiempo no ha sido perdido. Ni aún he acabado de pedir la limosna; pero Dios proveerá.

Haciendo estas reflexiones llegó al hospital, y no pudo ménos de maravillarse al ver que todas las haciendas estaban hechas, barrida la casa, fregados los platos y dispuesto todo lo necesario. Preguntó á los

pobres quien lo habia hecho, y respondieron que para qué lo preguntaba, habiéndolo hecho él mismo.

—¿Cómo puede ser, replicaba, si yo he estado fuera hasta ahora?

Mas como quiera que los pobres porfiasen que él mismo lo habia hecho y no otro, les dijo Juan:

—Mucho os quiere Dios, hermanos, pues os envia sus ángeles para que os sirvan (1).

El haberse divulgado este caso por la ciudad, fué causa de que muchos quisiesen ser compañeros de Juan, el cual admitió á los que creyó mejor dispuestos para el ministerio de asistir á los enfermos, y de pedir limosna para atender á sus medicamentos y demás necesidades.

Con esto empezó á nacer el instituto que más tarde fué aprobado por la Santa Sede.

El obispo de Tuy, don Sebastian Ramirez de Fuen-Real, presidente que era de la audiencia de Granada, habia cobrado gran aficion al siervo de Dios y le daba con frecuencia limosna para sus pobres: un dia observando que usaba un vestido muy pobre y vil, le dijo que aunque era muy conforme con el estado de pobreza que tenia, no lo era á la decencia de las personas con quienes tenia que tratar. Así, pues, el obispo mandó traer un poco de jerga teñida de blanco y negro, é hizo que le cortasen un hábito honesto, semejante al que después han usado siempre sus reli-

(1) Histórico.

giosos, aunque sin escapulario, el cual pidió luego al papa Pio V el hermano mayor de Granada, Rodrigo de Sigüenza, para diferenciarse de otros que usurpaban el mismo hábito de los hijos de San Juan de Dios.

Creciendo la fama de Juan, creció tambien el número de los enfermos y necesitados que venian á esconderse al calor de su caridad, de suerte que no siendo suficiente el primer hospital, tomó otra casa mayor, disponiendo en ella diferentes enfermerías, unas para hombres y otras para mujeres, admitiendo tambien toda clase de peregrinos, á los que atendia con la mayor asiduidad y esmero.

CAPITULO XI.

Un crimen que la sociedad no reputa como tal.

¡Malhaya el hombre cuya vida es completamente estéril é infecunda! ¡Malhaya el egoista que si trabaja es sólo para sí, y que jamás piensa en si hay en el mundo otros séres, otras existencias á las que pudiera ser benéfico! ¿Qué memoria deja en pos de sí, el hombre que nada ha hecho en favor de sus semejantes, y que si bien no ha cometido crímenes que torturen su conciencia, tampoco ha practicado virtud alguna? El hombre, sér privilegiado en la naturaleza, no sólo debe practicar la virtud, sino que esta virtud, á semejanza del rayo del sol, debe hacer brotar virtudes en otros corazones. El que obra de esta manera, el que no cree haber nacido sólo para sí, es el que al término de su carrera, puede exclamar bajo el testimonio de una conciencia tranquila: «Mirad que no solamente

he trabajado para mí, sino para todos los que procuran la enseñanza.»

A este número de hombres que la humanidad bendice, pertenecia Juan de Dios. Su virtud no era ciertamente una virtud egoista. Él podia decir cual otro Pablo: Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo.

Su vida era un sacrificio contínuo, pero sacrificio fundado en la caridad.

El mundo entero hubiese recorrido por salvar á un desgraciado, por remediar una necesidad, por curar una llaga.

Le hemos visto detenerse en casa de Victoria por llevar el consuelo á un corazon afligido.

Y aquí nos será permitido hacer resaltar la notable diferencia que se observa entre los héroes de la caridad y los del mundo.

Un guerrero que ha alcanzado grandes victorias, entra en su patria coronado de laureles y aturdido por los vítores de la multitud que entusiasmada casi le cierra el paso. ¿Pero á costa de cuanta sangre vertida ha alcanzado sus victorias?

Napoleon fué un conquistador afortunado tanto como audaz: él sostuvo con su diestra las riendas de la Europa, humilló las magestades, quitó y dió coronas á su arbitrio, y su sólo nombre hacia temblar á las más poderosas monarquías; pero ¿podrán enumerarse las víctimas que sacrificó? ¿No podria formarse un rio al ser posible reunir las lágrimas de las madres que

perdieron sus hijos en tan gran número de batallas? Las guerras que asolan á la humanidad ¿qué otra cosa son que el producto de la ambicion y de la soberbia? Por ensanchar cuatro palmos sus dominios, por ceñir una corona y dominar un pueblo, importa poco á un príncipe ambicioso sostener una sangrienta guerra, por más que en ella hayan de sacrificarse millares de víctimas inocentes. ¡Y estos hombres azotes de la humanidad se llaman héroes!... Empero, no continuemos en estas reflexiones que sublevan nuestra conciencia cristiana.

Miéntras el mundo aplaude y celebra á los *héroes* que no han sido otra cosa que martillos de la sociedad, y le erige estátuas, ni siquiera fija la atencion en los héroes de misericordia que sacrificaron su salud y su vida en beneficio de sus semejantes.

Hablad á esos pueblos que sueñan con miserables utopias, de ese Juan de Dios cuyo nombre recuerdan esos magníficos y suntuosos hospitales esparcidos en todos los pueblos cristianos, y en los cuales encuentran asistencia y cuidados esquisitos multitud de pobres enfermos, que sin este recurso moririan en el abandono, y quizás en la desesperacion, y se reirán de vosotros.

Habladles de Vicente de Paul, de ese sacerdote ilustre cortado á medida del corazon de Jesucristo, del que instituyó la congregacion de las *Hermanas de la caridad,* esas heroínas de la misericordia que vemos

en los campos de batalla recogiendo los heridos y cuidándolos con el amor con que pudiera hacerlo una madre con su hijo; que en otras partes las vemos prohijando á esos séres desgraciados, hijos del vicio, á quienes madres más desnaturalizadas que las fieras abandonan miserablemente. ¡Cuántos hubieran perecido sin los cuidados de esos ángeles de caridad! Pero nó, no les hableis por que os escucharán con desden. ¡Los bienes morales no son los que busca ciertamente el siglo de la materia!

Vamos á ver un nuevo acto de heroísmo llevado á cabo por Juan de Dios.

Algunos dias después de aquel en que este siervo de Dios tuvo la satisfaccion de poder trocar con sus inspiradas palabras el corazon de la pobre Victoria, disponiéndola para un nuevo genero de vida que habia de producirle la tranquilidad de su alma y la paz que habia perdido por su contrariado amor, se verificaba en los afueras de Granada uno de esos actos sangrientos que de antiguo vienen calificándose con el nombre de *lances de honor,* y á los que con permiso del lector nos atrevemos á llamar lances de cuadra.

Hablamos de los duelos.

Por más que se apuren todos los argumentos posibles, jamás llegarémos á persuadirnos de que puede encontrarse la razon en la punta de una espada.

En estos desdichados lances no vence el ofendido, sino el más fuerte ó el más afortunado.

Al terminar este capítulo haremos algunas reflexiones sobre tan importante asunto.

La rutilante aurora empezaba á asomar su dorada cabellera por entre caprichosos y vistosos celajes.

Oíanse los balidos de las ovejas que en diversos rebaños se extendian por los pintorescos prados y las repetidas voces de los pastores que se confundian con el ruido de los cencerros, produciendo todo esto un conjunto de alegría.

Sin embargo, el otoño era avanzado y la campiña no presentaba el bello aspecto que ofrece en la bella estacion de primavera.

El frio se dejaba sentir de una manera notable.

Un hombre abrigado con un tabardo azul de paño fino, por debajo del cual se veia la contera de una espada, y cubierto por un sombrero de ala tendida, atravesó á paso largo por las inmediaciones de un rebaño. Al ver al pastor que le aguardaba le preguntó:

—Decidme, ¿habeis visto pasar por aquí un caballero jóven y apuesto?

El pastor quedó como embobado, extrañando ver á aquella hora y por tales sitios un caballero que tenia trazas de pertenecer á una clase distinguida.

El interrogante que demostraba en su semblante señales de impaciencia,

—¿Habeis oido lo que os he preguntado? profirió.

—Sí señor.

—Y bien...

—Decíais, que si he visto...

—Sí, á un caballero jóven.

—¿Vestido así como vos?

—Justamente.

—Pues señor...

—¿Qué? Acaba.

—¿Veis ese montecillo que está aquí á la izquierda?

—Sí.

—Y aquel camino que cruza por su falda, donde se vé un rebaño?

—Sí.

—Pues hace cosa de un cuarto de hora se ha dirigido por allí un hombre, pero no caballero, sino villano y muy conocido mio, como que es Gonzalillo, el hijo del tio Pedro el de las yeguadas.

—¡Ira de Dios! exclamó el caballero. ¿Y para eso me habeis entretenido? Agradeced á vuestra simpleza el que no os mida las costillas.

Y al romper de nuevo su marcha, se detuvo por ver aparecer por el mismo camino que él habia traido un hombre en el que reconoció al que buscaba con tanta impaciencia.

Era, en efecto, don Rafael de Céspedes, al que ha conocido el lector por la historia referida á Alberto por su amante Beatriz.

El que le esperaba era el mismo Alberto.

Más adelante sabremos lo que habia dado lugar al lance para el que se habian dado cita.

Ambos se reurieron, cambiaron un ligero saludo, y sin hablar más palabras se alejaron de aquel sitio y se internaron en un bosque de árboles que se hallaba á alguna distancia.

Encontrábase á un cuarto largo de legua de Granada.

Ni uno ni otro llevàba padrinos.

Sólo Dios habia de ser testigo de lo que ocurriese.

Esto era lo convenido.

Al llegar á aquel sitio, dijo Alberto:

—No pasarémos de aquí. Nuestro duelo ha de ser á muerte y la hora es llegada.

—No quiero pasar plaza de cobarde, dijo Céspedes, y hé aquí por qué he asistido con puntualidad; pero ante todo y para tranquilidad de mi conciencia, debo haceros notar que este duelo no tiene razon de ser. Yo creo no haberos ofendido en cosa alguna, y no siendo enemigo personal vuestro sentiria arrebataros la vida si soy el afortunado, así como sobre vos deben caer las lágrimas de mis padres, si vos lo sois y yo quedo tendido en este campo.

Alberto estaba como fuera de sí. A sus naturales sentimientos repugnaba el llevar á cabo el duelo, y comprendia la razon y la justicia que encerraban las expresiones proferidas por Céspedes. Pero habia ofrecido á Beatriz matarle, y esta promesa sofocaba en él los sentimientos de su corazon y las voces de su conciencia.

Céspedes estaba sereno y al parecer tranquilo.

A sus reflexiones respondió Alberto: Veo que de lo que tratais es de rehuir á este lance de honor.

—De ningun modo, y vamos á dar principio á él en seguida; sin embargo de que no creo haberos dado el menor motivo para que lleguemos á este caso.

—Es verdad; pero habeis faltado villanamente á una mujer, que no puede vengarse por la debilidad de su sexo, y hé aquí por qué yo vengo á lavar su honor ultrajado con vuestra sangre.

—¡Ah! Me hablais de Beatriz, de esa mujer aventurera, que más que mujer es un aborto de Satanás. Maldicion sobre ella y sobre todo el que tome su defensa. En guardia.

—En guardia, respondió Alberto.

Y ambos pusieron mano á la espada.

Alberto ciego de furor se arrojó de una manera tal sobre el sereno y valiente Rafael de Céspedes, que le obligó á saltar rápidamente atrás, saliendo de línea, lo que evitó el que su contrario le hubiese alcanzado atravesándole de parte á parte.

Esto habia sido una especie de traicion, pues que al acometerle, desenvainaba Céspedes la espada.

Continuó la lucha que fué terrible.

Alberto aparecia consumado en el arte de manejar la espada.

Era la primera vez que se veia en un duelo; pero cualquier testigo que hubiera presenciado el lance,

hubiese creido que estaba habituado á las sangrientas luchas.

Su juego era cerrado, rápido; pero Céspedes no se descomponia.

Habian pasado cerca de cinco minutos sin que hubiesen podido llegarse con las espadas. Parecia que uno y otro esperaban el momento de poder dar una estocada decisiva.

De pronto Alberto sufrió un desarme, y aprovechándolo Céspedes se le fué encima, alcanzándole en el costado izquierdo.

Alberto titubeó un momento, hizo un violento esfuerzo para permanecer de pié; pero no pudo sostenerse, y cayó desplomado sobre la tierra.

La sangre que rebosaba violentamente de la herida enrojecia sus ropas.

Céspedes lleno de espanto se bajó y le contempló: vió sus ojos abiertos, pero inmóviles, y le creyó muerto.

—Dios me perdone, exclamó; tú lo has querido. Me parece que no vuelves á buscar otro lance; pero lo que conviene es alejarme de este sitio, ya que no hemos tenido testigos. ¡Adivina quien te dió! ¡Ay, Beatriz! me parece que estás destinada á causar muchas desgracias en el mundo; pero lo que es ahora no has conseguido que este pobre diablo me quite la vida. El hombre propone y Dios dispone.

Y diciendo esto, limpió la espada, la envainó y se

retiró con paso rápido, dando un gran rodeo para no entrar en la ciudad por la misma puerta que le habia dado salida.

A Céspedes, á pesar de las frases que le hemos oido pronunciar, le dolia en el alma lo que acababa de hacer, obligado por las bárbaras leyes del honor.

Alberto quedó solo y desangrándose.

Un pastor de las inmediaciones habia oido el ruido de las espadas, y aunque temeroso se habia acercado.

Al llegar al lugar de la catástrofe, quedó horrorizado á la presencia del que creia cadáver.

Alzó la vista y vió á lo léjos un hombre que corria.

No podia verle más que de espaldas, por lo que no hubiese podido precisar sus señas.

Aturdido el pobre pastor, abandonó precipitadamente aquel teatro de sangre, con el objeto de buscar otros compañeros para darles cuenta del suceso.

Pero pocos pasos habia aún andado, cuando vió venir hácia él un hombre de aspecto venerable, cubierto con un túnico oscuro.

El pastor le reconoció.

Era el padre de los pobres.

—Hermano Juan, hermano Juan, exclamó el pastor, venid por caridad. Aquí, entre la espesura del bosque hay un hombre que creo está muerto, y debe haber sido asesinado á juzgar por la sangre que brota de su pecho.

—¿Adónde está ese desgraciado?

—Venid conmigo.

Y el pastor guió a Juan de Dios hasta el lugar donde casi exánime y sin vida se hallaba Alberto.

Juan se inclinó sobre él, le pulsó y exclamó:

—Aún vive, pero pierde mucha sangre, y no hay tiempo que perder. Un sacerdote nos hacia falta para que le prodigase los auxilios espirituales. Entre tanto, prodiguémosle los temporales. Aquí traigo hilas y trapos.

Y sacó dichos objetos de la alforja.

El pastor trajo agua de una fuente inmediata, y Juan con el mayor esmero y el más solícito cuidado lavó la herida, aplicó las hilas y la vendó de modo que al fin pudo contener la sangre.

—Es necesario, dijo, dar parte á la justicia... pero nó, se perderia mucho tiempo, y abrigo esperanzas de que este hombre se ha de salvar. ¡En buen hora me inspiró Dios el venir por estos sitios á pedir limosna para mis pobres por las casas de campo! ¡Pero calla!.. Esta cara no me es desconocida. ¿Dónde he visto yo á este hombre? Y después de un momento de meditacion, dijo:

—Sí, ya recuerdo, es el mismo que me injurió camino del Campo Santo, y que después me dió limosna para mis pobres. Pues nada, me debo á él por completo. Jesucristo ha dicho: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian.» ¡Oh! Él me pidió

perdon de la ofensa; pero, aunque así no fuera, es un desgraciado. Obedezcamos el mandato del Señor. Ó somos cristianos ó no lo somos.

Y como impulsado por una inspiracion de lo alto, salió del bosque á punto que acertaban á pasar dos hombres, mozos de labor.

Juan se llegó á ellos y les dijo:

—Hermanos, haced bien por vosotros mismos.

—Bien quisiéramos, dijo uno de ellos, pero somos muy pobres y no es posible hacer limosna.

—No con sólo el dinero se hace limosna, hermanos mios, respondió Juan. Podeis hacer una obra muy agradable á Dios, tanto como si tuviereis tesoros y los repartiereis entre los pobres, sin necesidad de que deis más que vuestro auxilio.

—Hablad, dijo el mismo que ántes habia tomado la palabra. ¿Qué podemos hacer que tan agradable sea á los ojos de Dios?

—Venid, venid conmigo, dijo Juan de Dios, y los condujo á donde Alberto se hallaba.

Aquellos hombres quedaron pasmados al ver tal espectáculo.

—¿Y qué quereis que hagamos? dijo el que hasta entónces habia callado. ¿Deseais que enterremos este hombre.

—Nó, respondió Juan: este hombre no está cadáver; está herido de gravedad y confio en Dios que podrá curar. Si su estado fuese otro, yo lo cargaria

sobre mis hombros y lo conduciria á mi hospital, pero es necesario conducirlo con mucho cuidado, de modo que se mueva lo ménos posible, y para esto reclamo vuestra ayuda.

—Disponed de nosotros.

Juan dijo al pastor que buscase por los caseríos inmediatos una tabla que seria luego devuelta á su dueño.

—En la choza, dijo el pastor, tenemos una escalera de mano de la que nos servimos para alcanzar los nidos de los árboles. ¿Podrá servir?

—Aún mejor que la tabla. Venga esa escalera.

A los pocos minutos el cuerpo de Alberto estaba colocado sobre ella.

Uno de los hombres tomó la escalera por los piés y el otro por la cabeza, y con el mayor cuidado lo condujeron al hospital.

Juan de Dios agradecido á la buena obra que aquellos hombres habian practicado, les dió de almorzar, despidiéndolos con el mayor agrado.

Después se constituyó á la cabecera del herido, hizo que se le prodigasen los mayores cuidados, y quedó en gran manera complacido cuando registrada la herida pudo convencerse de que no habia interesado ningun órgano principal, y que por consiguiente curaria.

A las pocas horas Alberto abrió los ojos, pero su debilidad por la sangre perdida era mucha, y los volvió á cerrar.

Dejémosle entregado á las piadosas manos de Juan de Dios, en tanto que segun ofrecímos al principio del capítulo, hacemos algunas reflexiones sobre los desafíos, ese cáncer funesto que corroe las entrañas del cuerpo social.

Ni las leyes eclesiásticas ni las consignadas en los códigos penales han bastado para concluir con esa conducta escandalosa de batirse los hombres á muerte á veces por las causas más insignificantes. ¡Que hombre dotado de buen criterio, podrá persuadirse de que las armas estén llamadas á decidir los negocios y que la facilidad en manejarlas, ó tal vez la fortuna, pueda dar al hombre más razon ó mayor derecho! Segun lo que prescriben esas absurdas leyes llamadas del honor, se legitima un desafío, llamando testigos, arreglando las condiciones y fijando dia y hora, y todo esto se practica con el mayor cinismo como si se tratase de un negocio de suma importancia para el bienestar de una familia. ¿Y qué motiva la mayor parte de los desafíos? El que un hombre se crea herido en su susceptibilidad por una frase pronunciada por otro hombre; ó bien porque se hayan tergiversado sus actos ó por otra causa aún más sencilla. Y este veneno social, estos escandalosos ejemplos de los desafíos se presentan las más veces por los mismos que desde las alturas del poder están obligados á hacer respetar las leyes.

A aquellos que llaman *honor* á este acto de barba-

rie, les preguntarémos: ¿Puede haber honor donde no hay virtud? ¿Puede haber honor en cometer un crímen? Porque no habrá quien se atreva á negar que existe un crímen en matar á su semejante, lo que está terminantemente prohibido por las leyes divinas y humanas. No comprender estas verdades es una aberracion producida por la soberbia humana.

Los mismos códigos civiles de las naciones más civilizadas han inhabilitado á los duelistas para obtener cargos públicos, sin perjuicio de otras penas estensivas á los padrinos y testigos.

Solo Dios es árbitro de la vida ó de la muerte, y es una miserable usurpacion de esta prerogativa divina el arrancar la existencia á un hombre. Bajo ningun concepto está el hombre autorizado para herir, maltratar y mucho ménos asesinar á un semejante suyo. De ningun modo es lícito conservar la hacienda ó aumentar la fortuna á costa de la vida de otro hombre.

A pesar de los decantados adelantos de la época presente, existen mil preocupaciones que son otras tantas aberraciones del entendimiento humano. Hoy, como en el tiempo á que se refieren los sucesos que venimos narrando, los hombres se baten y se aniquilan por la más trivial de las causas, y á estos asesinatos que se llaman ¡honrosos! y que llevan el dolor y la afliccion al seno de las familias se les encuentran disculpas, sin tener en cuenta que la vida humana es

un don divino que nos ha sido concedido para servir á Dios, ser útiles á la sociedad y provechosos á nosotros mismos.

Dado un pueblo en el que se observase con exactitud la ley evangélica, esa ley divina fundada en el humano principio y sólido cimiento de la caridad, este pueblo seria un trasunto del cielo. *No desees ni hagas á otro lo que no quieras para tí.* ¡Que principio tan consolador!

En el caso histórico que ha dado principal materia al capítulo que terminamos, el crímen es aún más espantoso.

Alberto no habia necesitado de provocacion de ninguna clase, no habia recibido ninguna injuria, lo que, como hemos dicho, no disculparia el hecho del duelo. Él lo habia promovido ¿y por qué? ¿y con qué objeto? Para satisfacer los deseos de venganza de una mujer aventurera que le habia preso en las redes del amor para hacerle instrumento de su ira.

Hé aquí á lo que conducen las pasiones desordenadas. Alberto cristianamente educado, perteneciendo á una familia distinguida, que ántes por ningun precio hubiese cometido una accion indigna, se dispone á sacrificar un hombre, ó á perecer por sólo complacer á una mujer indigna, poseida por el demonio del orgullo. Verdad es que le repugna asesinar á la manera que lo hacen los bandidos, pero ¿no se dispone al asesinato procurando el desafío!

Ya sabremos los tramites que llevó tan deplorable asunto.

La Providencia ordenó que lejos de matar, se revolcase él en su propia sangre.

CAPITULO XII.

La tela de la araña.

Existen en el mundo ciertos séres, que parecen destinados á ejercer en el cuerpo social el mismo oficio que Satán en el infierno. Si tienen un ideal en la mente, es el de ser dañinos á sus semejantes, y todo lo sacrifican en aras de este ideal. Séres que cruzan por la tierra un momento para derramar ponzoña en los corazones, para ofuscar muchas inteligencias á las que llevan sus mismos sentimientos y que semejantes á los grandes temporales arrastran cuanto al paso encuentran, tronchando los árboles de inocencia y de virtud sin encontrar nada que pueda serles objeto de respeto.

De estos séres, los que pertenecen á las últimas capas sociales viven en la crápula y el crímen: son tiernos infantes y careciendo del fecundo riego de la educacion, no viendo ejemplos de virtud que imitar, des-

trozan las flores, maltratan á los animales domésticos y van manifestando su instinto destructor: son jóvenes y gozan en el hurto y sostienen pendencias, y no salen ya de su morada sin que les acompañe algun instrumento de muerte que acarician de contínuo. Llegan á hombres y á pasos agigantados empiezan á recorrer un camino, al fin del cual se hallan los calabozos desde los cuales se descubren las gradas del fatal patíbulo.

Muchos de estos séres desgraciados nos causan una viva compasion, porque fecundizados por la sávia de una educacion cristiana, tal vez pudieran haber sido miembros útiles de esa sociedad que los mira con horror y á la que ellos deshonran y atormentan.

Por esto hemos creido siempre que el gobierno que abra más escuelas, que con mayor asiduidad se dedique á hacer obligatoria la enseñanza é instruccion de los niños, dedicando á este importantísimo ramo la mayor parte de los ingresos en las arcas del Estado, será el más merecedor de las bendiciones de los pueblos.

Doloroso es el ver que empleándose sumas fabulosas en armas y demás utensilios de guerra para sostener luchas intestinas que aniquilan todas las fuentes de la prosperidad y de la riqueza pública, tan desatendido se halle el ramo de la educacion é instruccion en todos los paises de Europa, en unos más en otros ménos.

Nosotros nos descubrimos respetuosos ante ese

hombre modesto y sin pretensiones que se llama *maestro de escuela,* al par que nos reimos de la fatuidad de ese otro al que llamamos magnate y que va haciendo ostentacion de condecoraciones y cintajos que por regla general son ganados arrastrándose por las antesalas de los ministerios ó alcanzados por un puñado de moneda.

Hemos hablado de los séres desgraciados de las últimas capas sociales: pero ¿no los hay en las grandes alturas? ¿No hay miserables que cubren su villanía con ricas telas? ¿No los hay hasta en las cumbres del poder, más degradados que los mismos que salen á un camino y detienen, y roban, y asesinan al inocente viajero? Materia nos daria este punto para escribir un libro entero. ¿Qué otra cosa es sino un miserable, un hombre degradado, el que abusa del poder para oprimir al débil, el que se hace propios los bienes que administra de un huérfano, el usurero, sanguijuela venenosa que chupa la sangre del desgraciado que á él tiene que acudir en el dia malo de la tribulacion? ¿Y esas mujeres del gran mundo en las que no resplandece el menor sentimiento de compasion hácia la miseria, que gastan en un baile, en una recepcion, como suelen llamar, cantidades fabulosas que bastarian para formar la fortuna de algunas familias desgraciadas? Confesamos que nos repugna hasta el ocuparnos de estas grandes miserias sociales. Afortunadamente y para bien de la sociedad, no forman regla

general estas cosas de las que creemos lamentarnos con razon.

Las dos mujeres que vienen sosteniendo la accion de nuestro libro son dos tipos encontrados.

Victoria es el tipo de la inocencia y de la virtud. Verdad es que su misma bondad, su falta de conocimiento del corazon humano, le habian arrastrado casi á la desesperacion cuando se vió despreciada por Alberto al que habia consagrado todos los afectos de su corazon. Pero poco tuvo que hacer Juan de Dios para abrir sus ojos al conocimiento de la verdad y disponerla para que fuese en adelante una verdadera heroina del amor cristiano, en cuyo concepto tendremos ocasion de admirarla.

Beatriz era, digámoslo así, el reverso de la medalla. Ya la conoce el lector; ya la hemos descrito suficientemente.

Beatriz era una mujer miserable, digna del desprecio de todo hombre honrado.

Bajo sus vestidos de seda y sus ricos adornos, encerraba un corazon de hiena.

¿Merecia alguna disculpa en querer llevar á cabo una terrible venganza contra Rafael de Céspedes?

De ningun modo.

Verdad es que aquel hombre habia abusado de ella, la habia hollado bajo sus plantas, la habia deshonrado y después como consecuencia necesaria habia venido el desprecio.

Y no nos retractamos de haber escrito estas palabras: «como consecuencia necesaria,» pues juzgamos á la humanidad tal cual es.

¿Por qué no guardó Beatriz las leyes de la modestia y del honor?

Por grande, por extraordinario que sea el amor que un hombre profese á una mujer, cuando esta mujer se hace fácil, cuando insensatamente desciende de la altura de la virtud para caer en el abismo del vicio, pierde todo su mérito para los ojos del mismo hombre que tanto deseaba, y que fué favorecido por ella. El atractivo termina, y el amante se encuentra en su derecho al pensar que si fué fácil para él, podrá serlo para otros. ¿Cuántas mujeres se casan con el amante á quien otorgaron sus favores? Y si se casan ¿cuántos de estos matrimonios son felices? ¡Desgraciada la mujer que se aparta de las sendas de la virtud! ¡Desdichada la que pierde la modestia, que forma la preciosa corona de la bella mitad del género humano! Por regla general queda degradada á los ojos de la sociedad, porque el mismo que fué su cómplice contribuye á propagar la fama de su deshonra. ¡Tal es el hombre! ¡Tal es el corazon humano!

No olviden nuestras jóvenes lectoras estas utilísimas reflexiones. ¡Ojalá las graven en su corazon!

Veamos ya de qué manera Beatriz llevó á Alberto al estado en que le dejamos en el anterior capítulo.

Ella soñaba con su venganza, y estaba persuadida

de que Alberto satisfaria su deseo. Ya se lo habia ofrecido en momentos en que se hallaba en los éxtasis del amor.

Dos dias después de aquel fatal ofrecimiento, Alberto se hallaba sentado al lado de Beatriz.

Esta abordó nuevamente la cuestion.

—¿Cuándo piensas, le dijo, que deje de existir el hombre cuya maligna lengua puede deshonrarnos á la faz de la sociedad?

Alberto hizo un movimiento de disgusto.

—¿Es, continuó Beatriz, que te sientes cobarde y no estás dispuesto á cumplir la palabra que me has dado?

—Sí, Beatriz, la cumpliré; pero primero es necesario que nos unamos con eternos lazos. Ante todo, quiero que seas mi esposa. Si nos han de unir los lazos del crímen, que nos unan primero los del matrimonio.

—Estoy conforme, dijo Beatriz.

Alberto estaba al borde de un abismo: fascinado por aquella mujer, ni tenia conciencia de sus propios actos. ¿Amaba á Beatriz ó la temia? Él mismo no sabia explicárselo.

—Prepararémos en seguida nuestra boda, dijo Beatriz.

—Cuanto más ántes, respondió Alberto.

—¿Consentirán tus padres?

—No lo sé.

—¿Y si se opusiesen?

—Hace un mes he entrado en la mayor edad.

—¿Y arrostrarias la oposicion de tus padres si la presentan?

—Todo lo arrostraria.

—¿Por qué?

—¿Me lo preguntas? Porque te amo Beatriz: porque te amo tanto cuanto es posible amar á una mujer.

—¿Tan grande es tu amor?

—No sé qué filtro venenoso has introducido en mi corazon; pero ello es que sin tí, sin tu amor no me seria ya posible vivir.

—Pues si llamas filtro venenoso á mi amor, abandóname y busca en los brazos de otra mujer nuevos encantos.

—¡No me asesines, Beatriz!

—Deseo únicamente tu bien.

—Pondré en conocimiento de mis padres el proyectado casamiento.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y vendrás en seguida?

—Mañana mismo sabrás la resolucion; pero sea cualquiera, no lo dudes, Beatriz, yo seré tu esposo aunque me vea desheredado.

—Eso es lo que ménos importa. Los bienes no dan la felicidad, y sobre todo yo tengo lo suficiente para que vivamos los dos hasta con lujo.

Ambos amantes siguieron departiendo por algun tiempo sobre el mismo tema, y despidiéronse después hasta el siguiente dia.

Alberto no volvió tan pronto como habia ofrecido á Beatriz.

Tardó cinco dias, que para ella fueron mortales.

No temia por perder el amor de Alberto, pues ya sabemos que era incapaz de sentir este puro sentimiento del amor, por más que tan perfectamente supiera fingirlo.

Lo que temia era perder el instrumento de su venganza.

¿Qué habia sido de Alberto durante aquellos dias? ¿En qué se habia ocupado? ¿Cuál habia sido el motivo de su tardanza?

Vamos á oirlo de sus mismos labios.

Cuando se presentó en casa de Beatriz, iba triste y cabizbajo.

Al fijar la vista en su semblante, Beatriz le creyó enfermo.

—Cinco dias mortales hace que te espero, le dijo: ¿podré saber la causa que te ha tenido alejado de mí? Para quien ama como yo te amo, cinco dias son cinco años.

—¡Ay, Beatriz! ¡Cuán triste ha sido el motivo de mi ausencia.

—¿Y qué es ello?

—Tú sabes que mi familia vive fuera de la ciudad,

pues siempre se han negado mis padres á abandonar la tranquilidad del pueblo donde corrieron los dias de mi niñez.

—¡Y bien!

—Yo que siempre he encontrado mayores atractivos en la ciudad, acostumbraba con el beneplácito de mi padre el pasar en Granada la mayor parte del tiempo, pero sin dejar de ir á casa con frecuencia. Las noches principalmente las pasaba bajo el techo paterno. Pero desde que te conocí, varié de conducta; y como para mí no existian delicias sino á tu lado, habia un mes que no parecia por mi casa, cuando me presenté al objeto que sabes; esto es, á manifestar á mis padres mi decision de casarme contigo y pedirles su beneplácito y bendicion.

Pero ¡cuál fué mi sorpresa al encontrarme á mi pobre madre postrada en el lecho por una cruel enfermedad y próxima á la agonía!

Con las lágrimas en los ojos me dirigí á mi padre, preguntándole por qué no me habian avisado hallándose mi madre en tan triste estado. ¿Y sabes cual fué su respuesta?

—No puedo adivinarlo.

—«No te he avisado porque no eres mi hijo. El que abandona la casa de sus padres y sustituye su amor y sus caricias por...»

Alberto se inturrumpió.

—Continúa, dijo Beatriz.

—No quisiera ofenderte.

—No lo temas; amándome tú, todo lo demás me es indiferente.

—Pues bien, continuó Alberto: las palabras de mi padre fueron estas: «El hijo que abandona la casa de sus padres y sustituye su amor y sus caricias, por las caricias y el amor de una mujer aventurera, es un hombre indigno que ha perdido todo derecho al afecto y á la proteccion de los autores de sus dias. Acércate al lecho de tu madre moribunda para que tenga el consuelo de verte; pero luego que haya cerrado los ojos á la luz del mundo, vete de esta casa y no te acuerdes más de que tienes padre. Para nada me necesitas.»

Y Alberto, en el que no se habia estinguido aún por completo el amor de la familia, rompió á llorar como un niño al llegar á este punto de su narracion.

Beatriz, en la que tan desarrollado se hallaba el arte del fingimiento, le acompañó en su llanto, y le dijo:

—Ya vez que no me doy por ofendida, por más que tu padre en su despecho haya proferido contra mí palabras injuriosas. Lo único que siento y me destroza el corazon es tu afliccion.

—Yo corrí, continuó Alberto, al lado de mi madre que ya no estaba en estado de conocerme, y no me separé de ella hasta que á las cuarenta y ocho horas entregó su alma al Criador. Su cadáver fué sepultado

al siguiente dia, y yo he abandonado hoy la casa sin haber conseguido volver á la gracia de mi padre. Se comprende por las palabras que me dirigió y que te he referido, que está enterado de nuestras relaciones, y cuando te calificó de una manera tan dura ¿cómo podia yo hablarle de nuestro casamiento?

Así, pues, Beatriz, por dolorosa que me haya sido la pérdida de mi buena madre y que me haya causado una profunda amargura el mal trato que he recibido de mi padre, me consagro enteramente á tí. No tengo ya familia, he abandonado los amigos, y para mí no hay más mundo que tu casa ni más existencia que me importe que es la tuya. Contigo me salvaré ó me perderé. Nuestras almas han de caminar unidas, ó mejor dicho, no tendremos más que un alma, por que ambas se confunden é identifican en una. Tú serás mi paraíso ó mi infierno, mi ángel de salvacion ó el tormento de mi conciencia.

Beatriz se enterneció. Tuvo uno de aquellos momentos lúcidos que de haber perseverado en ellos hubiesen trocado su corazon por completo, haciendo renacer en ella la virtud.

Abrió sus brazos y recibiendo en ellos á Alberto, le dirigió las más afectuosas frases para derramar en su corazon la copa del consuelo.

—No temas, le dijo, que nuestra vida sea un infierno: ántes al contrario, yo procuraré hacer de ella un paraíso de delicias. ¿Quién podrá oponerse á nuestra

dicha? ¿Quién podrá interponerse en nuestro amor? ¿Quíén no nos mirará con envidia al contemplarnos felices?

Al pronunciar estas últimas palabras terminó repentinamente la crísis que en el sentido de la virtud se habia obrado en el corazon de Beatriz. Recordó á Céspedes, el hombre que la habia deshonrado, el que podia difamarla, y el sentimiento de la venganza renació en su corazon más poderoso que ántes.

—Es necesario, se dijo para sí, que esto termine: es preciso que ese miserable deje de pertenecer al número de los vivientes, y esto quiere decir que debo apresurar mi casamiento. Nó, no debemos perder momento.

Como quiera que Beatriz quedase pensativa miéntras en su interior se hacia tales reflexiones, Alberto le dirigió la palabra:

—¿En qué piensas Beatriz? ¿Por qué te has quedado como en éxtasis? ¿Qué meditas?

—Pienso, respondió ella, que es necesario apresurar el momento de nuestra dicha. Hállome ganosa de poderte dar el dulce título de esposa, de que podamos presentarnos en todas partes como matrimonio.

—Por mí no hay dificultad, y poseo todos los documentos que me son indispensables para ello.

—Pues bien: hablaré á mi madre esta noche y mañana empezarán los preparativos.

—Sea como quieras.

Desde aquel momento, Beatriz no pensó en otra cosa que en las fiestas de su matrimonio que se propuso fuesen espléndidas.

El paso que iba á dar era el más importante y decisivo de la vida; pero ella lo tomaba del modo más liviano.

Beatriz hubiera deseado que toda la ciudad tomase parte en la fiesta. En su cinismo hubiese querido que asistiesen Céspedes y Victoria. La presencia del primero hubiere alimentado su proyectada venganza. Estando Victoria, se hubiese gozado con contemplar sus padecimientos y aún hubiera procurado hacerlos más amargos con sus sátiras punzantes.

Pero no era fácil conseguir lo uno ni lo otro.

Hubo de contentarse con su mal deseo.

Por fin, llegó el dia señalado.

Beatriz y Alberto acompañados de la madre de la novia y de multitud de invitados se dirigieron á la iglesia.

La contrayente vestia un lujosísimo traje é iba cubierta con riquísimas joyas.

Una multitud de curiosos les seguian, celebrando la hermosura de la jóven.

La comitiva penetró en el templo.

Allí esperaba á Alberto una emocion terrible.

Se habia olvidado por completo de Victoria, de aquel ángel de pureza, cuyo corazon habia atormentado.

Ya sabemos que Victoria se habia regenerado; que se habia curado, gracias á los esfuerzos de Juan de

Dios del mal moral que la aquejaba y que amenazaba conducirla al sepulcro.

Ella supo que en aquel dia, Alberto y Beatriz se unian por indisoluble juramento al pié de los altares.

Levantóse muy temprano y dijo á su madre.

—Hoy vamos á la iglesia.

Aquella señora se extremeció, porque sabia tambien la ceremonia que se iba á verificar.

—¿Y con qué objeto, le dijo, quieres ir á la iglesia?

—Deseo presenciar el casamiento de Alberto, respondió con la mayor tranquilidad.

—¿Por qué quieres sufrir ese tormento?

—Es preciso, madre mia; solo una vida de sacrificios puede purificarme.

—Pero tú no has cometido ningun delito del que necesites purificarte.

—Sí, madre mia: ya lo oísteis de labios del hermano Juan de Dios. Entregada á la desesperacion, yo sin saberlo atentaba contra mi vida, lo que es un delito. Entónces me alimentaba con las lágrimas: ahora me alimento con la oracion y en ella encuentro fuerzas suficientes para toda clase de sacrificios.

—Pero yo quisiera que renunciases á ese deseo de ir á la iglesia. Por mucha que sea tu resignacion has de padecer necesariamente.

—Esto es únicamente lo que deseo. Las criaturas aceptables á Dios han de ser probadas como el oro en el crisol.

La madre tuvo que ceder al deseo de Victoria, y ambas se dirigieron al templo.

No era aún la hora designada para la ceremonia.

Ambas en actitud devota y recogida se colocaron en las inmediaciones del altar.

Victoria no queria perder nada de la ceremonia y deseaba oir las palabras sacramentales que para siempre habian de unir á Alberto con Beatriz.

Habia pasado como una media hora, cuando empezó á entrar la comitiva, compuesta de damas riquisimamente ataviadas y de caballeros que las acompañaban.

El altar estaba cubierto con multitud de luces y preciosos adornos.

Alberto y Beatriz se adelantaron, y saludando con la cabeza á las personas que ocupaban el templo, llegaron hasta las gradas del altar.

En el semblante de Beatriz se advertia la satisfaccion y el gozo de que se hallaba inundada.

En el de Alberto se dejaba ver un tinte de melancolía.

Cuando los novios ponian los piés en la primera grada, Alberto miró casualmente á su izquierda y su mirada tropezó con la de una jóven modesta y que revelaba las señales de grandes padecimientos.

Alberto se estremeció y ahogó un grito en su garganta.

Habia reconocido á Victoria.

Victoria era en aquel momento la Providencia visible, la voz de su conciencia, el anuncio del castigo de su criminal conducta.

Quedó parado y como fuera de sí.

No sabia lo que por él pasaba.

Beatriz comprendió que algo superior ocurria. Miró precipitadamente á todos lados, pero nada vió que llamára su atencion.

Victoria habia mudado instantáneamente de posicion, de suerte que su afortunada rival no pudo verla.

—¿Qué te detiene? dijo Beatriz á Alberto.

Éste, como saliendo de un éxtasis, la miró y como fuera de sí, sin conciencia ya de lo que hacia, acabó de subir las gradas del altar.

Presentóse en seguida el sacerdote revestido con los ornamentos sagrados y el ministro del Señor, á presencia de todo aquel concurso, unió en matrimonio á los novios.

Alberto contestó maquinalmente á las preguntas del Sacerdote.

Victoria llena de fortaleza, aunque asomando las lágrimas á sus ojos, pudo oir clara y distintamente las palabras sacramentales.

Un inteligente escultor que la hubiese observado detenidamente, habria podido formar con tal modelo una perfecta estátua que representase «La Resignacion.»

Celebróse la misa, que oyó Victoria, pidiendo á

Dios que hiciese felices á los que se acababan de unir en matrimonio.

Antes que Alberto y su esposa descendiesen del altar, Victoria y su madre abandonaron el templo.

Al salir de él, dijo la primera:

—Madre mia, demos gracias á Dios, porque mi curacion es perfecta. Yo estaba ciega y ya tengo vista; me hallaba paralítica y siento el movimiento de mis nervios.

—¿Y qué quieres decir con todo eso? le preguntó su madre.

—Quiero decir que ántes creia que se podria ser feliz con el amor de un hombre, y ya estoy convencida de que la felicidad se encuentra en el amor de Dios. Vivamos, vivamos para Dios.

Madre é hija se dirigieron tranquilas á su casa.

Los nuevos esposos salieron de la iglesia, y seguidos de los convidados se dirigieron á su morada, que estaba lujosísimamente adornada, y embalsamada por el aroma de las gayas flores. Por todas parte veíanse candelabros destinados á sostener las luces que habian de lucir en el baile con que por la noche se habia de poner fin á la fiesta.

El dia fué completo.

El banquete suntuosísimo.

Brillaba la alegría en todos los semblantes.

Solo el desposado no podia á pesar de sus esfuerzos ocultar su tristeza. La mirada de Victoria habia

sido para él una reconvencion que tenia gravada en su alma; fué semejante á la mirada dirigida por Jésús á Pedro, cuando este, impulsado por la cobardía, le negaba á la voz de una miserable sirvienta de la casa de Caifás.

Por la noche, el compás de una alegre música animaba las danzas que eran al estilo de la época á que nos referimos.

Allí se habia dado cita lo más escogido de la sociedad granadina.

¡Si Beatriz hubiese sido conocida tal como era, su fiesta de familia no hubiese sido honrada por tan brillante concurrencia!

La fiesta terminó pasada la media noche.

A la mañana siguiente, Alberto parecia más tranquilo.

El contacto de la que ya era su esposa, borraba en él todos los bellos sentimientos de su alma.

Beatriz le dirigió estas palabras:

—Ya soy tu esposa. Está cumplida la condicion que me impusiste. Dentro de ocho dias no ha de existir Rafael de Céspedes.

—Pero...

—Ni una palabra más. ¡Ay de tí si faltas á tu palabra como un miserable!

Y al pronunciar tales frases apareció á los ojos de su esposo con una furia reconcentrada, que le hizo estremecer.

—Quedarás satisfecha, dijo.

Al dia siguiente, como Alberto encontrára una gran repugnancia en cometer un asesinato, creyó lo más prudente buscar á Rafael, trabarse con él de palabras y provocar un desafío.

Así lo hizo, y el resultado lo hemos visto en el capítulo anterior.

La araña habia formado bien su tela.

Beatriz era la araña.

La tela, el modo como preparó su venganza. Mas ¡ay! que la tela de araña tiene muy poca consistencia.

CAPITULO XIII.

Alberto en el hospital de Juan de Dios.

Juan de Dios sentia una satisfaccion extraordinaria; la satisfaccion que acompaña siempre al hombre honrado y virtuoso, cuando ha tenido la suerte de poder dispensar algun beneficio á un semejante suyo.

Nada hay que con mayor motivo haga rebosar el corazon humano en más dulces espansiones.

El que lleva el consuelo á la morada del dolor, el que abriga al desnudo, ó remedia el hambre de un indigente, ó prodiga sus cuidados á un enfermo, ó, en suma, libra de un peligro inminente al que en él se encuentra, experimenta una alegría interior á ninguna otra comparable.

¿Por qué?

Es muy sencillo: porque una voz interior dice al hombre que no vive solo para sí, que no debe ser una

planta parásita en el campo social, que debe procurar hacerse benéfico á otras existencias. Y esta ley puede decirse que se extiende á todos los séres creados. Si contemplamos atentamente los astros, los mares, los árboles, las flores, los animales acuáticos, volátiles y terrestres, veremos que todos, cumpliendo leyes para ellos desconocidas, se hacen benéficos, siéndolo hasta aquello que á nuestra limitada inteligencia aparece como dañino.

¡Cuánto más el hombre, imágen de Dios sobre la tierra, debe ser benéfico á sus semejantes!

Y si este hombre es cristiano, si conoce el Evangelio de Cristo, donde se halla consignado aquel precepto propio y peculiar del Salvador: *Amaos los unos á los otros,* no puede dejar de experimentar nobles sensaciones, expansiones de gozo, cuando ha acercado la copa del consuelo á los labios de un hermano afligido.

Así era Juan de Dios, que habia tomado por modelo de su conducta al divino Nazareno, del que dice el Evangelio: *Por todas partes iba haciendo bien.*

¡Cómo no habia de encontrarse lleno de gozo, al considerar que sin su pronto auxilio, sin haber pasado providencialmente por el sitio donde se verificó el desafío, aquel hombre, aquel hermano suyo, al que él habia recogido y conducido á su hospital, hubiese sucumbido desangrado, y sin ningun auxilio temporal ni espiritual!

Por esto se hallaba radiante de alegría!

Al fin Alberto recobró el uso de sus sentidos, gracias á los esquisitos cuidados que le fueron prodigados.

—¡Yo muero! pudo exclamar aunque con trabajo, comprimiéndose el costado con su mano izquierda.

—No temais, le dijo Juan de Dios, que se hallaba á su cabecera; confiad en Dios. El que confia en Dios tiene la seguridad de obtener su gracia, y la gracia de Dios es la paz, es la tranquilídad, es la salud del alma y tambien la del cuerpo si conviene.

—Me siento morir!

—No moriréis, caballero; no moriréis. Si bíen habeis perdido mucha sangre, vuestra herida no es mortal..... Nada os faltará..... Pero podeis decirme quien sois, y cual es vuestra morada para avisar á vuestra familia.

—¡Pues no decíais que estaba en mi casa!

—Sí, es verdad: porque estais en un hospital, y un hospital es la casa de todos.

—¡Un hospital!... Un...

Y Alberto no pudo pronunciar más palabras. Por una parte su estado era muy delicado y le habia perjudicado el hablar; y por otra le habia acongojado el saber el lugar en que se hallaba.

Habia caido en un síncope que le produjo una palidez mortal.

Juan de Dios se sorprendió, temiendo por la vida del herido.

Acercó á su nariz un pomito de sales, y después frotó con vinagre sus sienes.

El síncope pasó, pero Alberto quedó muy abatido.

Pocos momentos después, el cirujano se presentó.

Ya le habia hecho la primera cura. Sin embargo, como aquella operacion habia sido practicada con la precipitacion que el caso requeria, quiso reconocer nuevamente la herida.

La lavó, y vió que por un milagro no habia alcanzado el corazon, pues que tenia tres pulgadas de profundidad; pero habia roto una arteria y esto habia producido la abundancia de sangre que emanaba de la herida.

El cirujano procedió á coser los extremos de la arteria, lo que hizo con una delicadeza y prontitud admirables.

Alberto quedó completamente desvanecido por el dolor que la operacion le produjo.

La hemorragia quedó cortada.

Quedaba por decidir si debia ó nó coserse los bordes de la herida.

Se decidió afirmativamente en vista de que la herida no era recta, y á más tenia forma estrellada, por lo que parecia que le faltaba carne.

Se comprendia que el autor al tirar de la espada la habia vuelto para más destrozarle con el filo.

Juan de Dios queria evitarle aquel nuevo dolor; pero como estaba sin sentido se determinó aprovechar aquella ocasion oportuna.

La operacion quedó terminada en breves instantes, no sin que el paciente se extremeciese al sentirse atravesar las carnes por la aguja.

Juan de Dios derramó un poco de bálsamo sobre la herida, y después aplicó á la misma un lienzo de hilo, y se procedió al vendaje.

Terminadas todas estas operaciones, Juan de Dios preparó un antiespasmódico para que lo tomase cuando volviese en sí, y postrándose ante la sagrada imágen de un Crucifijo que se hallaba sobre la mesa, exclamó:

—¡Gracias os doy, Señor, porque me habeis concedido vuestros auxilios, con los cuales he podido practicar esta obra de misericordia! ¡Sea aceptable á vuestros divinos ojos!

Y uno de los enfermos albergados en aquel pobre hospital, que habia presenciado cuanto hemos narrado, sintió humedecerse los ojos, y fijando su vista en el siervo de Dios, exclamó:

—¡Bendita sea la caridad!

—Hijo mio, le dijo Juan: hacer bien por nuestros semejantes, es hacerlo por nosotros mismos.

Y en tanto que uno de los compañeros que ya se habian agregado á Juan quedaba al cuidado del herido, aquel se dedicó á pasar su visita á los enfermos,

sirviéndoles á unos la caridad y á otros los medicamentos que necesitaban.

Después lavó los platos y vacijas, é hizo por sí mismo la limpieza del hospital.

Terminadas estas haciendas, tomó una corta refaccion, lo absolutamente necesario para el sustento de la vida y la conservacion de las fuerzas que empleaba en beneficio de los pobres, y en vez de buscar un poco de reposo, se dirigió al herido.

Deseaba que estuviese en disposicion de poder hablar, primero para exhortarle á recibir los auxilios espirituales, y después para poder informarse del mismo acerca de la familia á que pertenecia, para dar el oportuno aviso á su casa.

Vió con pena que aunque el herido habia recobrado el uso de los sentidos, no podia hablar á causa de su gran desfallecimiento. Su postracion era completa.

Esto no obstante, comprendiendo que podia oirle, le dirigió las más afectuosas palabras, exhortándole á que confiase en Dios, cuya misericordia es infinita, y á que le pidiera perdon por lo que le habia ofendido.

Por señas manifestó Alberto que le oia y aceptaba sus consejos.

Algunos momentos después una mujer jóven cubierta con un manto negro se presentó en la sala del hospital.

Aquella mujer era Victoria.

¿Qué iba á hacer en la morada del dolor?

Ya lo sabremos.

Aún no habia venido al mundo aquel sacerdote ilustre, aquel apóstol de la caridad que fué la admiracion y la honra de la Francia, y el pasmo del mundo cristiano.

Hablamos de Vicente de Paul, que nació en Ranquines, perteneciente á la diócesis de Dax, en Francia, en 1576, y que llevó á cabo entre otras muchas fundaciones utilísimas la que es conocida con el nombre de las *Hermanas de la Caridad.*

Victoria desde el momento en que Juan de Dios le hizo conocer la superioridad del amor divino, sobre todo otro amor de la tierra, parece que habia adivinado el espíritu de Vicente de Paul, impreso en esa multitud de hijas suyas respetadas por su vida de sacrificio hasta por los hombres más indiferentes en materia de religion.

A haber nacido Victoria cuarenta años más tarde, hubiese pertenecido al número de esas heroinas de la caridad cristiana.

—No me casaré, habia exclamado; no seré de ningun hombre: mi vida entera será consagrada al amor de Dios y de mis semejantes.

Esta especie de juramento hizo el dia en que Juan de Dios abrió los ojos de su alma, y tomando el ejemplo de aquel siervo de Dios, se dedicó á visitar las casas de los necesitados y principalmente aquellas en

las que habia alguna pobre enferma á la que pudiese prodigarle sus cuidados.

Dos dias habia empleado en hacer hilas y vendajes y pensó que podian ser bien empleadas en el hospital de Juan de Dios.

—No puedo disponer, se dijo, de grandes cantidades para socorrer aquellos pobres enfermos: todo es limosna, vamos allá.

Y saliendo de su casa se dirigió al hospital.

Hé aquí por qué la hemos visto entrar en aquel santo establecimiento.

—Hermano Juan, dijo, tomad estos vendajes y estas hilas para vuestros enfermos que acabamos de confeccionar con mi madre.

—Os doy las gracias, Victoria: Vienen perfectamente: como que las últimas que teníamos se acaban de emplear en un caballero herido que tenemos en casa, y que aún no sabemos quién pueda ser.

—¡Un caballero herido! dijo Victoria. ¿Y como le ha acaecido esa desgracia?

—Miserias, hija, miserias de la vida humana. Pero ¿quién está libre de ellas? ¿Quién podrá presentarse sin mancha ante el tribunal de Dios? La herida de ese caballero, debe reconocer por causa un desafío, á lo que infiero; pero espero en Dios que se salvará: sí, se salvará. El corazon me lo dice.

—¿Y dónde está?

—Allí, en el número 21.

Victoria, como movida por un impulso interior, se dirigió al lecho señalado con aquel número.

Fijó su vista en el rostro del enfermo, y sin poder contenerse prorumpió en un ¡ay! que llamó la atencion de Juan de Dios y de cuantos se hallaban en la sala.

Habia reconocido á Alberto.

Estuvo á punto de caer desvanecida.

La naturaleza habia hecho su oficio, pero aquel impulso fué momentáneo. El espíritu triunfó de la carne.

Juan de Dios se acercó á Victoria.

—¿Por qué, la dijo, habeis prorumpido en esa exclamacion?

—Ha sido de sorpresa.

—¿Conoceis á este caballero?

—Sí.

—¿Y cuál es su nombre?

—Alberto.

—¡Tal vez...!

—El mismo.

Juan levantó los ojos al cielo, y exclamó:

—¡La Providencia! ¡Siempre la Providencia!

En aquel momento, el herido abrió los ojos, y fijó su vista en aquella mujer: quiso incorporarse pero no le fué posible, y haciendo un supremo esfuerzo, articuló estas palabras;

—Victoria... bendita seas.

—Pensad en vos y en vuestra esposa, repuso Victoria con dignidad. Para vos no debe existir ya otra mujer que aquella con la que os habeis unido al pié de los altares.

De los ojos de Alberto se desprendieron dos gruesas lágrimas.

Victoria se apartó de aquel lugar, satisfecha de sí misma.

Habia sido fuerte.

Tras ella salió Juan de Dios.

Ambos penetraron en otra sala y tomaron asiento.

—Habeis sufrido con valor un nuevo sacrificio, dijo Juan. Ahora os digo que vuestro corazon está completamente curado.

—Sí, pero la primera impresion me ha hecho daño.

—No importa: habeis triunfado de vos misma. Ya ireis comprendiendo, en cuanto es posible, cuan grande es la Providencia del Señor. Ese hombre os habia agraviado llenando de dolor vuestro corazon. Más tarde me ofendió á mí....

—¡A vos!...

—Sí, y hoy sumido en su dolor abre sus ojos y nos vé á los dos á su lado. Pero vos, no debeis permanecer aquí por mas tiempo. Vuestra presencia podria serle fatal para la salvacion de su alma y tambien para la de su cuerpo.

—Sí, es verdad. Yo no debo estar al lado de ese hombre, y me retiro. A pesar de su comportamiento

conmigo, siento haberle visto en tan triste estado. Cuidadle mucho, hermano Juan, cuidadle mucho.

—Haré con él lo que con todos; yo me sacrificaria gustoso por el último de mis enfermos. Pero decidme, ya que tenemos la suerte de saber quien es ese desgraciado, donde vive su familia para darle aviso.

—Alberto, respondió Victoria, está recien casado. Podeis avisar á su esposa.

Y le hizo saber cual era su morada.

Juan de Dios le dió las gracias y se dispuso á partir para la casa de Alberto.

Victoria se dirigió á la suya.

La vista de Alberto habia despertado en ella el recuerdo de su amor: adornada de un corazon sensible, experimentó una grande amargura al contemplar su desgracia. Ella le hubiera asistido con el amor de una hermana, pero se retiró, porque Alberto pertenecia á otra mujer, y esta habia de venir en su socorro.

Sin embargo, se retiró tranquila del hospital.

Victoria era ya una verdadera heroina.

Entre tanto, Beatriz estaba llena de ansiedad. Su esposo habia salido muy de mañana, y era ya la caida de la tarde y no habia regresado.

Ignoraba el lance del desafío.

Alberto le habia ofrecido matar á Céspedes, pero no le habia dicho que resistiéndose su corazon á cometer un asesinato, habia provocado aquel lance.

Pensaba, pues, Beatriz, si habria ido á matar á

Céspedes, y lo habria hecho con tan mala suerte, que habria caido en manos de la justicia.

Temblaba á este solo pensamiento por la deshonra de su marido, que vendria de rechazo sobre ella, y tambien por si él descubria que ella le habia impulsado á cometer el crímen.

Tenia valor, pero tan solamente para la maldad. Así son todos los criminales.

Ni aún se habia atrevido á hacerle buscar, por el temor de recibir una mala noticia.

Embebida en estos pensamientos se hallaba, cuando se presentó en su gabinete una doméstica, la cual la dijo:

—Señora, ha llegado un hombre que desea hablaros.

Beatriz se estremeció.

—¿No ha dicho quien es?

—No, pero es bastante conocido.

—¿Le conozco yo?

—Seguramente. Es el religioso que acostumbra venir cada semana á pedir para los pobres enfermos.

—¡Ah! El hermano Juan de Dios.

—El mismo.

—No sé que querrá conmigo. Pero házle entrar.

A los pocos momentos, Juan de Dios se hallaba en presencia de Beatriz.

—Y bien, dijo esta, que se le ofrece al hermano Juan de Dios.

—Mensajero soy de malas nuevas, respondió el religioso.

—¿De malas nuevas? Hablad, que ya estoy impaciente y confusa.

—A Dios gracias el peligro está alejado, pero vuestro esposo se encuentra herido y ocupando un lecho en mi hospital.

—¡Mi esposo herido!

Y aquella mujer incapaz de sentir dolor, fingió una afliccion que no pudo menos de enternecer al buen religioso.

—¿Y cómo está en el hospital? añadió. ¿No tiene su casa en la que hubiese sido asistido con el mayor esmero?

Entónces Juan de Dios le hizo una detallada relacion de todo lo que habia acontecido desde el momento en que le encontró herido, pero sin decirle por qué conducto habia sabido quien era. Obró en esto con su acostumbrada prudencia.

—No sé como agradeceros lo que habeis hecho en favor de mi esposo, dijo Beatriz; sin vuestro auxilio hubiese muerto en aquel desamparo. Pero, ¿cómo habrá sido esto? ¿Quién le habrá herido? Gracias, hermano Juan, gracias.

—A Dios habeis de darlas, señora, que no á mí. Yo no he sido otra cosa que un instrumento del que se ha servido la Providencia.

—Vamos inmediatamente á donde está mi esposo.

No quiero separarme de su lado hasta que esté en disposicion de traerlo á su casa.

—Lo que creo que tardará algunos dias.

—Sea lo que Dios quiera.

Beatriz se retiró para mudarse de ropa, y á los pocos momentos seguia á Juan de Dios, camino del hospital.

CAPITULO XIV.

En el que se vé á que grado de fingimiento puede llegar una mujer depravada.

Beatriz llegó al hospital y se instaló inmediatamente al lado de su esposo.

Al verle se abrazó á él imprimiendo en su rostro tiernos ósculos, al tiempo mismo que demostraba experimentar un vivo dolor.

Alberto abrió los ojos.

No se habia apartado de su mente el recuerdo de Victoria.

Creyó que era ella misma la mujer que tenia al lado, y exclamó:

—¡Bendita seas! Vienes á consolar á quien tanto te ha hecho padecer. ¡Cuán buena eres!

Comprendió Juan de Dios el *quid pro quó*, y de-

seando evitar caritativamente un disgusto á Beatriz, se dirigió al herido, hablándole de esta manera:

—Vuestra esposa ha tenido una sorpresa extraordinaria al ser sabedora de la desgracia que os ha conducido aquí, y se ha propuesto asistiros y no separarse de vuestro cabecera hasta tanto que esteis en disposicion de ser trasladado á vuestra casa.

Beatriz por su parte, añadió:

—¡Cuán grande ha sido mi amargura al saber que te hallabas herido, no tengo palabras con que poder explicarlo! Pero aquí me tienes á tu lado para prodigarte mis cuidados. Dios querrá que pronto te encuentres aliviado, y entónces, juntos irémos á casa. Nada me digas ahora, que no te convendrá hablar. Lugar habrá para que me refieras porque causa te hallas herido.

Alberto que se habia manifestado en su semblante sorprendido desde que conoció que era Beatriz la que le hablaba, fijó en ella una mirada de indiferencia, y volviendo la cabeza al lado contrario, cerró los ojos.

Beatriz era tan perspicaz como maliciosa.

No habian pasado para ella desapercibidas las primeras palabras de su esposo, si bien no demostró de ninguna manera extrañeza.

Tampoco dejó de advertir la prontitud con que el hermano Juan le habia interrumpido para darle á comprender que era ella la que allí se hallaba.

Sospechó que ántes que por ella, Alberto habia si-

do visitado por otra mujer; y esta mujer no podia serle indiferente, cuando la colmaba de bendiciones.

Tambien habia confesado que la habia hecho padecer.

¿Quién podia ser?

A Beatriz no quedó duda de que era Victoria la mujer que allí habia estado.

Dudaba en si interrogaria á Juan de Dios sobre este particular, pero era demasiado orgullosa para demostrar celos ni despecho.

Sin embargo, la curiosidad la tenia impaciente, y al fin se determinó á preguntar al hermano Juan, pero de una manera la más prudente.

—¡Qué desgracia, hermano Juan! le dijo. ¿Cómo habrá sido esto? Es incomprensible. Yo creo que lo más probable es que le hayan herido por robarle.

—No lo creo, señora, repuso Juan, puesto que en su ropa hay dinero y una cartera, á nada de lo cual hemos tocado. Todo está aquí á vuestra disposicion y del paciente.

—¿Y nada sabe, nada ha dicho esa mujer que le ha prodigado los primeros consuelos, y á la que ha llamado ángel por gratitud? Porque eso sí, mi Alberto es muy agradecido.

Juan de Dios se vió en apuros para contestar satisfactoriamente. Ni queria cometer un pecado contra el octavo mandamiento, ni tampoco hacer saber á Beatriz que allí habia estado Victoria.

Pero la caridad es ingeniosa, á la imaginación del buen religioso se presentó el medio de salir del compromiso:

—Os puedo asegurar, señora, dijo, que aquí no ha venido ninguna mujer con el objeto de ver ni de consolar á vuestro esposo.

Juan decia la verdad. Ya sabemos que Victoria no habia llevado aquellos objetos, pues cuando entró en el hospital lo que ménos pensaba era que allí podia encontrar á Alberto.

Beatriz no quedó enteramente satisfecha, pero no se atrevió á insistir. Conocia que en boca de Juan de Dios no podia hallarse la mentira, pero no podia apartar de su mente las palabras de Alberto, ni su indiferencia al reconocerla á ella.

—Aquí hay un misterio, se dijo para sí; no importa: yo lo sabré, y si es preciso sabré aniquilar á esa miserable Victoria, en cuanto me convenza de que sostiene relaciones con mi esposo.

¡Bastardos pensamientos!

La persona que es capaz de cometer una maldad, está siempre dispuesta á juzgar de los demás corazones por el suyo. Si algo le cuesta trabajo es el pensar bien de alguien.

A este número pertenecía Beatriz.

Borrado de su corazon todo sentimiento y de su mente toda idea religiosa, no creia en la virtud, ni en las buenas acciones. Cuando veia practicar una buena

obra, decia con la sonrisa en los labios: «Por algo habrá sido hecho.»

La conducta que con ella habia observado Rafael de Céspedes la habia hecho caer en el más absurdo escépticismo. ¡Como si un ejemplo, ni mil, sirvieran para juzgar á toda la humanidad! La sociedad dejaría de existir si en ella no hubiese más que miembros corrompidos. La lucha del bien y del mal empezó en el génesis de la humanidad bajo los frondosos arbustos del Eden y se ha perpetuado en el mundo donde librarán batalla hasta el termino de los tiempos. Si abundan los ejemplos de maldad, siempre se presentan á la vista los de virtudes dignas de imitacion.

El escépticismo es las más veces efecto de una vida relajada. Al traidor no le conviene que haya leales, como al impio no le conviene que haya Dios.

Todo es cuestion del estado de la conciencia.

Empero volvamos á aquellos miserables de alto rango que á su pesar se hallan en una casa de caridad, y al lado de pobres enfermos pertenecientes á las clases más humildes de la sociedad, pero todos ellos más dignos y más merecedores de compasion que Alberto y Beatriz.

Aquellos otros eran pobres, eran desgraciados, pero no habian subido la escala del crímen.

¿Quienes eran más recomendables?

La sociedad tiene ojos y no vé.

¡Aparta la vista de la honradez, si esta se cubre con

miseros harapos, y respeta el crímen cuando se envuelve en sedas ó terciopelo!

¡Pobre humanidad!

A Beatriz le repugnaba aquel asilo erigido por el amor cristiano. Allí no existía el lujo de sus salones, si bien se notaba una limpieza extraordinaria. Pero aquella era la morada de la pobreza, y ella poseia bienes de fortuna.

Le era, pues, repugnante.

Hubiese querido poder trasladar en el momento á su esposo, pero esto no era posible. Se le habia hecho comprender que cualquier movimiento le reproduciria la hemorragia y podria ser causa de su muerte.

Tuvo, pues, necesidad de conformarse.

Su ansia era tambien grande, porque deseaba informarse de lo que aun era para ella un misterio, esto es, de la causa de la herida de Alberto, y de si Céspedes habia dejado de existir.

Beatriz hizo colocar una especie de biombo al rededor del lecho que ocupaba Alberto para que estuviese separado de los demás enfermos.

Tambien hizo llevar de su casa ropas de cama para reemplazar las toscas del hospital.

Para esto fué á su casa, en la que dió parte á su madre de cuanto ocurria, conviniendo con ella en que se diria que el matrimonio habia salido de Granada por algunos dias.

Convenia que no se diera publicidad al asunto.

Al dia siguiente, Alberto se hallaba algo más despejado.

Esto no obstante, pocas fueron las palabras que se cruzaron entre él y su esposa.

Estaba muy recomendado por el médico el más profundo silencio.

Cuando le sobrevenia el recargo, que era entrada la noche, Alberto deliraba, sin que Beatriz pudiera entender una sola palabra.

Esto la desesperaba.

Asi continuó por espacio de tres dias.

Beatriz tenia un gran cuidado en que nadie más que ella estuviese á su lado cuando estaba en el delirio de la fiebre ó dormia, por si pronunciaba alguna palabra que pudiese comprometerle.

Asi pudiera haber sido. La tercera noche pudo comprenderse lo que hablaba.

En el delirio se les escaparon estas frases:

—Yo no he sido nunca asesino... Beatriz me obligó á que le matara... Clavarle un puñal... nunca... nunca... El desafio es más noble... afortunado... mi crímen... ¡justicia de Dios!...

Beatriz asustada trató de sofocarle la voz aplicando un pañuelo á su boca.

No podia contener las lágrimas, pero no eran lágrimas de arrepentimiento que pudiesen purificarla; eran si de despecho, de rabia, de desesperacion, porque todo lo habia comprendido. Sabia que Alberto se

habia batido con Céspedes y que este vivía, miéntras aquel se habia hallado á las puertas de la muerte.

—¡Cobarde! exclamó entre dientes. Si le hubieses clavado un puñal en el corazon, no te verias en este estado, ni se reiria ahora aquel infame, pero yo juro que morirá como merece.

A los pocos momentos Alberto volvió á su delirio, pero fué para pronunciar otras palabras que habian de herir más profundamente el corazon de aquella mujer infernal.

—Perdóname... Victoria... Me he unido á ella con los lazos de Satanás... Es temible... Me he dejado arrastrar... ¡Que cadenas!...

Beatriz al escuchar aquellas palabras hizo un movimiento como para ahogarle, pero se contuvo.

De sus labios salió una sonrisa infernal, y en un tono muy bajo, dijo con reconcentrada ira:

—Sueña, sueña con tu primer amor, pero yo me valdré de tí para exterminar á Rafael; tú serás quieras ó no, el instrumento de mi venganza, y despues yo misma exterminaré á esa mujer que tanto amas y que me estorba en el mundo. ¡Oh! ¡Venganza de todos, venganza! Esa mujer, no hay duda ha estado aquí y Juan de Dios me lo ha negado ¡En todas partes la perfidia, el engaño! ¡La virtud de ese hombre es hipocresía!

Dos dias despues, Alberto se habia mejorado.

Beatriz llevando el disimulo hasta donde le es posi-

ble llevarlo á una mujer, se mostraba con él muy complaciente.

Viéndole aliviado, dispuso que por la noche para no llamar la atencion fuese trasladado el herido á su casa.

Él tambien lo deseaba, como era natural.

Los médicos se oponian, porque temian aún, pero al fin tuvieron que ceder.

A altas horas de la noche, fué trasladado con el mayor cuidado en un colchon colocado en unas angarillas.

Beatriz dejó á Juan de Dios una cantidad para su hospital, y le dió las gracias por lo que habia hecho en favor de su esposo. Este hizo lo mismo.

Cuando hubieron partido, Juan de Dios oró delante de un Crucifijo:

—Concededles, Señor, exclamó, vuestra divina gracia, pues creo que este matrimonio será muy desgraciado. ¡Amparadlos, Dios mio, y abrid sus ojos á la luz de la verdad!

Juan de Dios habia visto claro. Lo poco que habia hablado con Alberto y las observaciones que hizo de Beatriz, fué suficiente para que comprendiese que él era docil y estaba adornado de buenos sentimientos, y que ella era la que le conducia por el camino de la perdicion.

Por esto oró fervorosamente por ellos.

Beatriz era el ángel malo de Alberto. Ella le inducia como Eva indujo á Adan.

Se dice que Diógenes al ver el cadáver de una mujer pendiente de un árbol, exclamó:—Pluguiera á los dioses que todos los árboles llevaran siempre ese fruto.

¡Horror! No diremos nosotros otro tanto, y más bien repetiriamos los elogios que á la mujer han sido tributados desde los tiempos más remotos.

Mujeres buenas han existido siempre y las sagradas páginas del libro de oro que conocemos con el nombre de Biblia, están llenas de preciosas apologías de mujeres que se hicieron célebres por sus virtudes y grandeza de alma.

¿Quién ignora que si hubo una Eva en el Paraíso, hubo una María en Nazareth? ¿Quién no sabe que si han existido las Cleopatras é Isabeles de Inglaterra, han existido tambien las Juana de Arco y las Isabeles de Castilla?

Pero dicho esto en pró de la mujer, debemos añadir que si esta compañera del hombre está *educada,* si ha sido bien dirigida desde la niñez, es la gloria, el consuelo, y la guia de su familia. Empero si está *mal educada,* entónces ella puede ser y es muchas veces la perdicion y la ruina del hombre con quien comparte su lecho y de los séres que ha producido.

Un profundo pensador y erudito cuanto elegante escritor, el malogrado Severo Catalina, se expresaba de este modo en su precioso libro *La Mujer:*

«Entre una mujer *sin educar* y una mujer *mal edu-*

cada, la primera no puede hacer *el bien;* la segunda hará irremisiblemente *el mal.*

«La mujer que el mundo llama despreocupada, y el diccionario incrédula, se nos figura un sér inverosímil, absurdo; la negacion de si mismo.

«Este tipo no debe existir; si existe, que lo dudamos, será solo una manifestacion lamentable, una fórmula en cuerpo y alma de la *mala educacion.*»

Pues este tipo era Beatriz. Estaba mal educada, porque solo habia oido de su madre que era hermosa: no le habia enseñado á ser modesta, ni á practicar ninguna virtud, ni nada de lo que debe aprender la que está destinada á ser madre de familia.

¿Hay que extrañar que siguiese el camino del mal?

Afortunadamente el autor de esta obra ni tiene que consignar agravios de la mujer ni apuntar elogios. Su estado le permite y aun le obliga á ser imparcial.

No es la experiencia, sino la observacion la que dicta estas líneas.

Creemos estar acordes con los verdaderos pensadores.

Solo hemos amado á una mujer á la cual sin ruborizarnos colmabamos de caricias y besabamos en su rostro, porque esta mujer nos dió el calor de la vida; y nos durmió sobre su regazo y veló nuestro sueño. Su nombre era *madre.* ¡Ojalá respirara en el mundo de los vivientes y pudiesemos cuidarla en su ancianidad, como ella nos cuidó en la infancia!..

Concluimos de lo dicho, que una mujer de buenos sentimientos y bien educada (no se confunda la educacion con la instruccion) puede dirigir á su esposo y á sus hijos por el camino del bien, de malos puede trocarlos en buenos; pero la mujer mal educada, la que ha dejado pervertir sus sentimientos, de un marido bueno y honrado forma un criminal.

Un libro entero pudieramos escribir sobre este tema y todo él lleno de pruebas.

Tal vez diga el lector que somos importunos al hacer estas digresiones. ¡Ojalá no cometiesemos otras inoportunidades más fuera de camino en el curso de nuestra obra!

Continuemos nuestra historia para satisfacer la natural curiosidad del lector, ganoso de que le informemos de los acontecimientos que se fueron sucediendo.

Cuando Alberto se encontró en disposicion de poder hablar, sostuvo con su esposa el siguiente dialogo:

—Ya ves, Beatriz, el estado á que me has conducido.

—¡Yo! respondió aquella!

—¿Pues quien es causante de que yo me encuentre con una herida de la que creo no me veré nunca completamente curado y que haya estado en peligro de morir? Si no hubiese sido por el hermano Juan, que con tanta caridad me recogió y asistió, serias á estas horas viuda, y lo peor es que yo hubiese muerto como

un miserable, como un bandido en medio de un bosque.

Beatriz quiso protestar con sus lágrimas el dolor que experimentaba.

A la mujer le es muy fácil llorar cuando le conviene.

Pero al fin, dijo, aun no me has explicado la causa de tu herida ni quien te la ha causado.

Alberto la refirió minuciosamente todo lo ocurrido, dandola por razon de la provocacion al desafio el que no habia tenido ánimo para asesinar á Céspedes por que el asesinato repugnaba á sus sentimientos y educion.

—Pero si lo hubieses hecho no te verias ahora en este estado, dijo Beatriz, ni él se estaria riendo de tí y de mí. Antes tenia para con él un motivo de venganza: ahora tengo dos.

—¡Beatriz!

—No te agites, esposo mio, es necesario atender ahora únicamente á tu restablecimiento. Tu eres lo único que me importa en este mundo. Cuando estés completamente restablecido, entónces pensaremos lo que hemos de hacer.

—¡Pensarás aun!..

—Ahora no pienso nada: sólo quiero ocuparme de tí.

—Mi corazon me dice que nos esperan grandes desdichas. ¡Tú serás mi perdicion!

—Nó, Alberto, no me juzgues de esa manera: yo

sólo deseo tu felicidad: quiero que vivas para mí, como yo deseo vivir para tí.

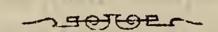
Y besándole en la frente,

—Descansa, le dijo, que tu esposa vela por tí.

Y saliendo de la habitacion entró en otra inmediata, donde mudando de semblante y con todo el furor de la ira que habia tenido reconcentrada, exclamó:

—¡Me vengaré! ¡Sembraré la destruccion y la muerte al rededor mio!

Y cayó con la cabeza entre las manos sobre una otomana, llorando de rabia y desesperacion.



CAPITULO XV.

Tres retratos de cuerpo entero.

Alberto convaleció, y pudo al cabo de algunos dias salir á pasear.

Se habia procurado ocultar cuidadosamente la causa que le habia retenido en cama por espacio de tantos dias.

Sin embargo, las embozadas frases que sus amigos le dirigian, le hicieron comprender, que sabian cuanto habia pasado.

¿Quién podia haberlo dicho?

Es claro que Rafael de Céspedes, gloriándose del resultado que para él habia tenido el lance.

—Ahora bien, se preguntaba Alberto. El pretexto de que me serví para provocar el duelo, fué insignificante. Una vez sobre el terreno y creido yo de que uno de los dos habia de sucumbir, le manifesté el verda-

dero motivo que me habia impulsado á llevar á cabo aquel acto sangriento. Tal vez, él guardaria secreto miéntras me creyó muerto, por evitar las consecuencias que para él podia tener el lance. Pero luego que ha sabido que estoy curado, lo habrá divulgado, y es claro que al referirlo no habrá ocultado la causa principal ú ocasional del hecho. Los hombres en su cinismo tratando de mujeres, se glorian de lo que no ha existido, y traducen en favor suyo hasta una inocente sonrisa. ¿Qué no serán capaz de hacer cuando pueden fundarse en un hecho real y verdadero? Nada, yo estoy deshonrado á los ojos del mundo, y las palabras de doble sentido que algunos de los que me llaman amigo me dirigen, me hacen comprender que estoy en espectáculo, siendo objeto de sátiras y de burlas.

Esto, continuó, no puede seguir así. Casi veo ya la necesidad de dar gusto á Beatriz quitando de enmedio á ese Céspedes, que es el verdadero autor de todos estos males. Así como así, ha faltado poco para que él me envie al otro mundo. ¡Pero que digo! Yo no debo culparle, porque él trató en cuanto le fué posible de evitar el lance. El único culpable soy yo, ó mejor fué esa mujer que en mal hora conocí y en peor me uní á ella. ¡Oh! No sé, no sé en verdad lo que debo hacer. Yo no quiero, no puedo ser asesino, y ello es que debo tomar una resolucion. ¡Cuánto me pesa, me está bien merecido! Si yo no hubiera aban-

donado á Victoria, si me hubiese desposado con ella, otra seria mi suerte. Al lado de aquel ángel de pureza hubiera sido feliz

Y ahora que recuerdo, ¿no la ví al lado de mi lecho, cuando me hallaba en el hospital? ¿Seria aquello una realidad ó un delirio? Lo cierto es que el bien no se conoce hasta que se ha perdido, ¡Y el caso es que ya no hay remedio posible!

Hallábase Alberto sólo, sentado en un banco de piedra en los afueras de Granada, cuando se entregó á las anteriores reflexiones que produjeron en él una gran melancolía.

Entregado á sus meditaciones se hallaba, cuando acertó á pasar por allí un amigo suyo de la infancia, al que Alberto profesaba singular cariño, y del que siempre habia recibido pruebas de fina correspondencia, no obstante que pasaban largas temporadas sin verse, porque aquel servia en las filas del emperador Cárlos V de Alemania y I de España.

Hacia tres dias tan sólo que habia llegado á la antigua córte de Muhamad Abu Abdallah, conquistada para Cristo y la España por los reyes católicos de imperecedera memoria.

El uniforme que vestia llamó la atencion de Alberto, el cual saliendo de su ensimismamiento fijó su vista en el soldado y reconociéndole, se levantó y dirigiéndose á él con los brazos abiertos

—¡Agustin, le dijo, qué sorpresa tan agradable!

El amigo correspondió á aquel saludo, estrechándole entre sus brazos.

—Sentémonos, dijo. Tres dias hace que llegué á Granada, é ignoraba que te podria encontrar en ella. Cuéntame, ¿qué es de tu vida? Te veo pálido: ¿Has estado enfermo?

De los ojos de Alberto se desprendieron dos lágrimas.

Agustin quedó sorprendido, no sabiendo comprender el motivo de la tristeza de su amigo.

—Te ha ocurrido alguna desgracia? le preguntó: ¿has perdido á tus padres tal vez?

—Ay, amigo mio. Son tales las desgracias que me ocurren, que sólo á tí pudiera manifestarlas. Voy á abrirte mi pecho, depositando en el tuyo todos mis secretos.

—Habla, que impaciente estoy para saber las causas de las penas que te afligen. ¡Ojalá estuviera en mis manos el proporcionarte alivio!

—Creo que solo Dios pudiera ponerles término; pero al ménos sinó otra cosa, encontraré un consuelo en tí y aún podrás aconsejarme. ¡Cuán necesitado estoy de consuelos y mucho más de consejos!

Y Alberto, refirió punto por punto á su amigo, cuanto le habia sucedido desde el momento en que conoció á Victoria, sin excluir la muerte de su madre, á la que habia contribuido con su desarreglada conducta.

En cuanto al carácter de su esposa Beatriz, y su empeño en que asesinára á Céspedes, no ocultó ningun detalle.

Así que hubo terminado su narracion, añadió:

—Ahora, pues, en vista de cuanto te he referido, ¿qué me aconsejas? ¿Cómo me libraré de este infierno anticipado en que me encuentro? ¿Qué harias tú en mi caso?

Agustin que le habia escuchado atentamente sin interrumpirle, le dijo:

—Difícil es en verdad la situacion en que te encuentras, y yo en tu caso, abandonaria á Beatriz y me marcharia á buscar reposo á un país lejano, de modo que no pudiese ella saber nunca de mí. ¡Qué mujer tan indigna! ¡Qué hiena! ¡Qué corazon! Cómo has dicho muy bien, tu tienes la culpa de cuanto te pasa. Hubieras permanecido fiel á esa Victoria á la que has tributado tantos elogios, y hoy en vez de alimentarte con lágrimas vivieras embriagado de delicias, gozando de las dulzuras de la paz doméstica. Pero ya no tiene remedio, y lo único que debes pensar es en los medios de hacer más llevadera tu desgracia ó poner á ella término aunque sea sirviéndote de medios supremos; y ya que debes á Dios el beneficio de no haber muerto de la herida, no vuelvas á dar oidos á los satánicos consejos de tu esposa. Antes de manchar tus manos con sangre, es preferible el destierro voluntario.

—¡Ah! Dios me hubiera hecho un beneficio si hubiese quedado muerto en el campo.

—No blasfemes, Alberto, ni seas tan ingrato á los beneficios del Señor, que sabe lo que nos conviene y usa siempre de misericordia con nosotros.

—No es tal mi ánimo, pero te confieso que no sé lo que digo ni lo que hago. ¡Tan trastornado me tiene el dolor!

—Lo principal es que no te acobardes ni te abatas. El hombre ha de tener valor para luchar frente á frente con la adversidad. ¿Qué es la vida del hombre sino una lucha continua? Ya nos reuniremos cada dia los pocos que he de permanecer aquí, porque mis banderas me llaman, y discurriremos despacio hasta encontrar el mejor medio de que te salves.

Y levantándose, tomaron el camino de la casa de Alberto.

Al llegar á esta, Agustin se despidió, pero su amigo le invitó á que pasase.

—Bien, entraré, dijo Agustin: preséntame á tu señora y conoceré esa mujer singular.

Alberto penetró en su morada, y dirigiéndose á su esposa le dijo:

—Tengo el gusto de presentarte á un amigo de la infancia, que he tenido la grata sorpresa de encontrar después de algunos años de ausencia.

—Seais muy bien venido, caballero, dijo Beatriz haciendo alarde de una fina coquetería. Los amigos

de mi esposo lo son mios, y yo me llamaré honrada en que frecuenteis esta casa que es muy vuestra.

Agustin correspondió á aquella galantería con las frases más corteses y todos tomaron asiento, platicando de asuntos indiferentes por espacio de media hora.

No cesaba Agustin de contemplar aquella mujer, en la que no hubiese sospechado nada de lo que Alberto le acababa de revelar. Su belleza extraordinaria, lo fino de su conversacion, pues que era muy instruida por más que fuese mal educada, y todas sus maneras, eran otras tantas máscaras con que sabia encubrir los pérfidos instintos que abrigaba.

Agustin hubiese quedado prendado de aquella mujer, al haberla visto y hablado ántes que á su esposo.

La visita terminó despidiéndose Agustin hasta el dia siguiente, en el que ofreció volver para acompañar á Alberto á dar un paseo.

Al abandonar aquella casa, no pudo menos de exclamar:

—¡Las mujeres! ¡Las mujeres! ¡Si me habré equivocado al creer que podia haber una buena!

Al siguiente dia por la mañana, Beatriz salió de casa, y Alberto respondiendo á un pensamiento que asaltó su mente, aprovechó aquella ocasion para escribir una carta á Victoria; tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Victoria: Cuando hace algunos dias me hallaba al

borde de la tumba y veia abrirse ante mis ojos las puertas de la eternidad, Dios en su infinita misericordia me envió un ángel para que con una mirada derramase sobre mi corazon el bálsamo del consuelo. ¡Ese ángel fuisteis vos! Yo os ví en mi agonia, el eco de vuestra vos hirió mis oidos y yo creí que habia ya entrado en el Paraiso. ¡Pero ay! el Paraiso no se ha hecho para el que se aparta de las sendas de la rectitud, para el hombre que villanamente falta á sus juramentos. ¡Por eso la visita del ángel bueno á la cabecera de mi lecho fué tan breve! ¡Por eso después de dirigirme palabras que quedaron grabadas en mi corazon, os retirasteis con la velocidad del rayo! Hicisteis bien Victoria, ¡por que yo soy indigno hasta que empleis en mí el sentimiento de la compasion!

«Creedlo, y os lo juro por la salvacion de mi alma, aunque no me asiste el derecho de que creais en mis juramentos; si lazos indisolubles no me unieran por fatalidad á Beatriz, yo que conozco mi error, que siento abrasarse mi corazon por las lágrimas que os he hecho verter, correria á vos como el hijo pródigo corrió á casa de sus padres, me confesaria culpable, y alcanzaria vuestro perdon por mi arrepentimiento. ¡Oh! ¡Si pudiesen volver aquellos dias de nuestros amorosos deliquios!

«No trato Victoria de ofenderos exigiendo que me volvais vuestro amor, nó. Sois virtuosa y de mis labios no puede salir tal propuesta. ¡Seria un amor cri-

minal! Pero que me sea lícito al ménos implorar vuestra compasion y vuestros consejos. ¡Soy muy desgraciado, amiga mia! Yo os amaba, sí, os amaba con todo mi corazon: mi bello ideal era el que llegase el dia en que el ministro de Dios nos uniese al pié de los altares. ¡Y qué felices hubiéramos sido! ¡Pero esto era un bien que yo no merecia y el ángel malo cernió sus negras alas en el Paraiso de nuestros amores! ¡Densas nubes aparecieron en el horizonte de nuestra dicha, y aquellas nubes produjeron la tormenta que viene destrozando mi pobre corazon, que creo me sepultará en el profundo abismo de la muerte! ¡En ella encontraré mi reposo!

«¿Os acordais, Victoria, cuando sentados en vuestro jardin, en las plácidas mañanas de la primavera, unidas nuestras manos, contemplábamos la dorada cabellera que la naciente aurora extendia sobre la naturaleza, y nos decíamos amores que eran acompañados por el murmullo de la cascada, y por el canto de las aves y embalsamados por el perfume aromático de las gayas flores? ¡Ah! Conozco que estos recuerdos martirizarán vuestra alma, pero pensad que llegan á vos desde el mundo de los muertos, porque los remordimientos, el dolor de mi corazon son los instrumentos que vienen labrando mi sepulcro. Pero yo no puedo morir sin llevar á la otra vida el consuelo de vuestro perdon. ¿Podré alcanzarlo? ¡Y cómo no, si sois un modelo de virtudes!

«Antes de terminar esta carta, debo daros algunas explicaciones de mi conducta, por más que ellas no sirvan para aminorar mi culpabilidad que soy el primero en reconocer.

«Yo os abandoné insensatamente por Beatriz, por esa mujer que hoy es mi esposa. Culebra de cascabel, me atrajo á sí por silvos envenenados: me aturdió, me enloqueció, embriagó mi alma con un amor que en nada se parecia á aquel purísimo que á nosotros nos unia.

«Un dia, me llamó Dios al camino del bien, por medio del remordimiento. Fué el dia en que aun mismo tiempo tomabamos el agua bendita en la iglesia, lo que os hizo exhalar un ¡ay! doloroso y caer sin sentido en los brazos de vuestra madre. ¡Aun habia remedio para mí! ¡Aun podia haber volado á vuestros brazos y se hubiese abierto el cielo ante nosotros! Pero resistí á la voz de mi conciencia: tuve la fortaleza del infierno, y el infierno venció. A los pocos dias subia con Beatriz las gradas del altar, y os presentasteis ante mi vista. ¡Era el último aviso de la Providencia! ¡Era el postrero que se me concedía! Temblé de espanto, me asusté de mi mismo, pero salí del templo casado con Beatriz. El sacerdote nos bendijo, pero aquella bendicion no fué sancionada por Dios, porque aquel matrimonio era un crímen.

«Beatriz desde el momento en que pudo llamarme suyo, me dejó ver toda la deformidad de su alma.

Ella ha procurado arrancar de mi pecho todo sentimiento religioso, y me ha conducido por la escala del mal. Os lo puedo decir todo, porque os conozco; me ha querido hacer instrumento de sus venganzas con otro hombre al que habia otorgado criminales favores y ha puesto en mi mano el puñal del asesino... Nó, no he caido en tal crímen porque he sabido resistir, pero por ella he tenido necesidad de provocar un duelo, habiendo sido herido y no habiendo quedado muerto por especial favor de la Providencia. ¿No os parece que estoy suficientemente castigado?.. ¡Arcanos de la Providencia!

«Termino, Victoria, rogandoos de nuevo que me perdoneis y suplicándoos que me deis algunos consejos, vos que sois buena, que felizmente no os habeis apartado de las sendas de la virtud. Asi os lo suplica el desgraciado Alberto.»

Asi terminaba el escrito.

Victoria recibió y leyó esta carta en la que tan fielmente se hallaba retratado el corazon y los sentimientos del que la firmaba, asi como en breves líneas está bosquejado el retrato de Beatriz, de esa mujer altiva cuyo corazon era un deposito de maldad.

No pudo menos de verter lágrimas durante el tiempo que empleó en la lectura, pero no eran ya lágrimas de amor, sino de compasion hácia el que un tiempo habia sido el más tierno objeto de sus afectos. Ningun rencor conservaba en su alma por la conducta

de Alberto, pero sintió sobremanera el saber que era desgraciado.

¡Tal era el alma de Victoria!

Determinó contestar á aquella carta y lo hizo en estos términos:

«Alberto: vuestra carta que he leido detenidamente me ha hecho sabedora de todas vuestras desgracias. Os compadezco. Bien haceis en reconocer que entre nosotros no puede ya existir amor. Ni aun nos es licito recordar aquellos dias de los cuales me hablais. Por vuestra voluntad, la religion os ha unido á una mujer y á ella debeis consagrar todos vuestros afectos. Me hablais de grandes faltas de vuestra esposa y habeis hecho mal. Si debemos cubrir con el manto de la caridad cristiana los defectos de nuestros projimos ¿cuanto más obligará este deber cuando se trata de una persona con la que se está unida por vinculos indisolubles? Vuestro deber es hacer en cuanto os sea posible la dicha de vuestra compañera, cuyas faltas creo que habreis abultado. Pero sea como quiera, vos que sois hombre debeis compadeceros de su debilidad y guiarla con vuestros consejos: que ella vea en vos ejemplos de virtudes y llegará á ser virtuosa. Si la abandonaseis la hariais más infeliz porque sin más guia que sus pasiones saltaria de precipicio en precipicio. Dadle la manc para ayudarla á subir la escala de las buenas obras, y si obrais con prudencia y energia al mismo tiempo, no lo dudeis, regenerareis á esa

pobre señora, cuyos estravios no serán hijos del corazon sino de la cabeza.

«Y con esto os he dado el consejo que pedís á mi inexperiencia. Amad mucho á la que está destinada á ser madre de vuestros hijos, y no penseis en ninguna otra mujer del mundo.

«Yo os perdono de todo corazon cuanto me habeis hecho sufrir. Pediré siempre á Dios en mis tibias oraciones que os colme de felicidad: pero debo advertiros que si he creido un deber el responder á esta carta, no recibiré ninguna otra. Yo he muerto para vos, y creeria cometer un crímen si aún en el más lícito terreno sostuviese correspondencia con el hombre que amé un dia y que hoy pertenece á otra mujer. A Dios: sed feliz.—Victoria.»

Sobre esta carta derramó Alberto un raudal de tiernas lágrimas.

En las dos que acaban de leerse tiene el lector tres retratos de cuerpo entero, pues que en el contenido de la primera se revela el alma de Alberto que, aunque estraviado por su consorte, no habia llegado á la corrupcion, y la de Beatriz trazada por la mano de aquel.

¿Y qué revela la carta de Victoria? ¡Que el cielo era para ella más digna morada que la tierra!

En sus sentidas frases se retrata toda la sencillez, y toda la grandeza de su alma.

Era ya una verdadera heroina.

Porque el verdadero heroismo, el mas digno de admiracion es el de saberse vencer á sí mismo, y este alcanzó Victoria, aunque débil y tierna doncella.

Otra mujer que no hubiese sido ella habria llegado á la desesperacion.

Tal es la diferencia que se observa entre la mujer verdaderamente cristiana y la mundana.

Juan de Dios con sus sanos consejos, hizo de Victoria una santa.

CAPITULO XVI.

En el que Alberto toma una resolucion heróica.

Hemos dado á conocer un nuevo personaje que más adelante habrá de aparecer nuevamente en el curso de nuestro libro, y nos cumple averiguar su procedencia y el objeto que á Granada le habia llevado, después de una larga ausencia.

Agustin Vargas era descendiente por línea recta del célebre Vargas Machuca, llamado así por que habiéndosele roto la lanza en una batalla contra los moros, tomó un palo con el que machucó gran número de aquellos sectarios, contribuyendo en gran manera al triunfo que alcanzaron los cristianos.

Durante su infancia habíase unido con los lazos de la más tierna amistad con Alberto, segun ya hemos manifestado.

Inclinado á las armas, se habia puesto al servicio

del emperador; y tanto por su nobleza, como por haber equipado una compañía á su costa, le fué conferido el mando de ella con el empleo de capitan.

Habíase encontrado en diversos hechos de armas, distinguiéndose por su valor y pericia.

Hallábase en una de las principales ciudades de Andalucía, cuando recibió la órden de trasladarse con su compañía á Granada para recibir el cadáver de la emperatriz Isabel, que habia muerto en Toledo al dar á luz un infante que nació muerto el 1.° de mayo de 1539.

Tal fué el motivo por el cual pudo ver á su amigo Alberto y estrecharle en sus brazos, si bien experimentó un pesar profundo al saber por sus mismos labios todas sus desgracias.

No se parecia Agustin á la generalidad de los amigos, que lo son tan sólo en los dias de la prosperidad, y vuelven las espaldas en el de la desgracia, justificando lo dicho por Caton en este dístico: *Donec eris felix, multos munerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y dispénsenos la cita aquel de nuestros lectores que ignore el idioma de Tácito. Quiere decir, que el hombre en el tiempo de la prosperidad tiene muchos amigos, y en el de la adversidad se queda solo.

Agustin era la excepcion de esta regla, y por eso empezó á discurrir los medios de mejorar la suerte de su antiguo amigo.

A los tres dias de haberle encontrado, llegaron á Granada los restos de la emperatriz para ser depositados en la capilla real, donde aún se conservan.

Agustin debia asistir á aquel triste y solemne acto, y pudo conseguir el llevar consigo á su amigo Alberto.

Sabido es que en aquel dia y á vista del cadáver de la emperatriz se convirtió Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, y marqués de Lombay, que más tarde, renunciando todos sus títulos y honores, tomó la sotana en la Compañía de Jesús, mereciendo por sus heróicas virtudes el haber sido elevado por el Papa Clemente X al honor de los altares.

Era la emperatriz Isabel la dama más hermosa de la corte: la naturaleza la habia prodigado todos sus encantos y todas sus gracias, de suerte que sus vasallos no cesaban de admirarla. Como quiera que á la hermosura de rostro juntase la de un alma no ménos bella, su prematuro fallecimiento fué generalmente llorado, habiendo vestido luto no sólo los personajes que por su posicion oficial á ello estaban obligados, sino hasta las personas más alejadas de las esferas oficiales.

El marqués de Lombay fué el encargado por el emperador de acompañar el cadáver hasta dejarlo depositado en la capilla real de Granada.

Hízose la jornada con grande acompañamiento, siendo recibido el cadáver de la augusta señora con

la pompa que correspondia á la grandeza y dignidad que habia tenido en el mundo.

Cuando se abrió la caja de plomo en la que iba el cuerpo de la emperatriz, apareció su rostro tan feo y desfigurado, que causó horror á todos los que se hallaban presentes. De cuantos la habian conocido, no habia uno que pudiese afirmar que aquel era el rostro de la emperatriz.

El marqués de Lombay se sintió tan conmovido que, pidiéndole juramento de ser aquel el cuerpo de Isabel, dijo que no se atrevia á jurarlo, aunque no podia ser otro por la mucha diligencia y cuidado que habia puesto en custodiarla hasta aquella ciudad.

Terminada la ceremonia, quedó Francisco de Borja abismado en la contemplacion del fin de la belleza humana y de todas las cosas que tanto arrebatan nuestras atenciones en el mundo. Entónces fué cuando determinó dar un eterno á Dios á las grandezas del siglo, y dedicarse enteramente á trabajar en la obra de la santificacion de su alma, lo que le llevó al entónces naciente instituto de San Ignacio de Loyola.

Aunque sea á costa de una breve digresion, el amor patrio nos lleva á dejar consignado en este lugar que el siglo XVI no sólo fué para nuestra España el siglo de los santos, sino la edad de oro de su literatura. Cuando la revolucion Luterana de marcado carácter demagógico destrozaba la Alemania y trabajaba por

hundir en el abismo de la herejia la Gran Bretaña, llamada con justicia el pais de los santos, España producia un Ignacio de Loyola que, siendo la contraposicion de Martin Lutero, establecia su célebre Compañía, imponiendo á sus individuos un nuevo voto de obediencia al romano Pontífice; un José de Calasanz, instituidor de las Escuelas Pias cuyo objeto es dirigir al bien los tiernos corazones de la infancia; Francisco de Borja, Pedro de Alcántara y otros muchos, ocupando un lugar preferente la simpática y mística doctora Teresa de Jesús, en la que resplandecieron con los dones de la naturaleza los de la gracia, que llevó á feliz termino la grandiosa obra de la reforma del Carmelo.

Las letras resplandecieron tambien de un modo admirable. No podia ser por ménos en una época en que nuestra patria llegó al mayor grado de esplendor, de grandeza y de poder.

Antonio Nebrija, Fernan Perez de Oliva, Saavedra y Morales, fueron notables en la Elocuencia latina y castellana; Juan de Mariana en la Historia: la Natural tuvo un Monardes, un Acosta y un Hernandez: en la Química se distinguió Alfonso Barba; no siendo ménos notables, Pereira en Filosofía, Pedro Monzon en Matemáticas, en poesía Garcilaso de la Vega, Fr. Luis de Leon, y el príncipe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra; y en la difícil ciencia de curar, Laguna, Heredia, Luis Mercado y

Francisco Valles de Covarrubias, apellidado *el divino*, médico del rey don Felipe II.

Aún pudiéramos continuar este catálago de nombres ilustres que la historia de las ciencias conservará siempre con honra en sus páginas.

Este fué tambien el siglo en el que Juan de Dios llevó á cabo la obra que inmortalizó su nombre de reglamentar la caridad cristiana, haciéndose digno de las bendiciones de cien generaciones.

Reanudemos ya el hilo de nuestra interrumpida historia.

Agustin de Vargas y su amigo Alberto presenciaron la apertura de la caja de plomo que contenia el cuerpo de la difunta emperatriz, y no experimentaron menor sensacion que el marqués de Lombay y las demás personas que fueron testigos del hecho.

¿Quién no se habia de estremecer á la vista de aquel espectáculo? El hombre en quien ménos resplandecieran los sentimientos religiosos, el más indiferente, el más dado á las grandezas de la tierra, habia de estremecerse á la contemplacion de la podredumbre á que viene á reducirse la hermosura y la belleza que tanto arrebatan las atenciones del hombre.

Cuando en la tarde de aquel mismo dia Agustin y Alberto se reunieron de nuevo, hablaron naturalmente del asunto.

—No puedo olvidar, dijo el segundo, el espectáculo de esta mañana.

—Y eso, respondió Agustin que tú no conocias personalmente á la emperatriz.

—Nó, pero sé que estaba adornada de una hermosura angelical.

—Y tal, que no es fácil describirla.

—Pues nadie lo diria al contemplar aquel rostro tan horroroso.

—Ahí ves lo que son todas las cosas del mundo.

—¡Que ignorantes somos los hombres!

—¿Por qué dices eso?

—Porque sino lo fuéramos no perderíamos nuestro reposo y felicidad dejándonos seducir por una pasajera hermosura.

Agustin comprendió á donde iba á parar su amigo y se alegró, porque era justamente el terreno á donde queria llevarle.

—Buena experiencia tienes tú de ello, le dijo.

—Es verdad: si yo no me hubiese dejado arrastrar de la hermosura de la que hoy es por desdicha mi esposa, si yo hubiese comprendido que la hermosura del alma vale infinitamente más que la del cuerpo porque es la única permanente, yo viviria hoy feliz, desposado con Victoria que hubiese sido para mí el ángel de mi salvacion. ¿Y por qué la abandoné? ¿Por qué busqué mi propia ruina? Ella es hermosa y, sobre hermosa, está dotada de un alma angelical: pero no me satisfacia un amor tan puro, y la pasion me arrastró hácia esa víbora en forma de mujer, con la que no

pasaré jamás un dia de tranquilidad ni disfrutaré las delicias de la paz doméstica.

Para que de una vez comprendas, mi querido Agustin, la diferencia que existe entre ambas, quiero que leas una carta que conservaré toda mi vida como preciosa reliquia, que he recibido de Victoria, en contestacion á una que yo la he dirigido pidiéndole perdon por mi conducta para con ella y suplicándola que me diese un consejo.

Y Alberto sacó del pecho una cartera y de ella la carta que ya conoce el lector, y la entregó á Agustin.

Este la leyó muy detenidamente, y después devolviéndosela, dijo:

—Verdaderamente que esta mujer hubiera hecho tu felicidad. Si yo encontrase una semejante, me llamaria más dichoso que si conquistase un reino. ¡Con ella tu vida hubiera sido un paraiso de delicias!

—Y bien, ya que esto es imposible, ¿qué me aconsejas con respecto á Beatriz?

—Muy delicado es el asunto, y en esto de dar consejos debe obrarse con prudencia. Victoria te ha aconsejado con mucha discrecion. Si Beatriz conservára un resto de buenos sentimientos, si fuese capaz de resignacion, debias permanecer á su lado á fin de conseguir el regenerarla con tus sanos consejos y buenos ejemplos.

—Pero esto no es posible.

—Así lo creo.

—Su corazon está muerto para el bien.

—Pues muere túpara ella.

—Un divorcio, habia de ser justificado.

—Y no puedes justificarlo?

—Nó: porque habria de deshonrarla.

—Y eso no es noble.

—Ni digno.

—No ha sido mi objeto el aconsejarte que pidas un divorcio, exponiendo el que ha querido arrastrarte al asesinato.

—Pues no siendo eso, que nunca lo haria, no sé que causa exponer. Además, seria dar una campanada en la ciudad, y cada uno lo comentaria á su manera.

—Pero es que no nos entendemos.

—Explícate, pues.

—Puedes separarte de Beatriz, sin necesidad de entablar demanda de divorcio.

—De qué manera?

—Pon tierra de por medio. Abandona á Granada y procura que ella no sepa nunca el lugar de tu retiro.

—Dices bien. Veo que este es el único medio que me resta de salvacion.

—Un pensamiento se me ocurre, que creo será de tu aprobacion.

—Veamos cual.

—El emperador, á pesar de los consejos que le ha dado Paulo III, para que lo retarde, por ser su pre-

sencia tan necesaria para el mejor resultado del problema religioso-político que hoy agita á la Europa, ha determinado verificar una expedicion á Argel, punto desde el cual los piratas berberiscos hacen contínuas invasiones por el continente. La guerra, pues, con aquellos infieles es ya un hecho resuelto. Yo debo ir con mi gente en una de las naves que se reunirán en las Baleares. Vente conmigo, alístate secretamente en las banderas reales; y al paso que te verás libre de Beatriz, tal vez te corones de gloria, luchando contra los enemigos de Cristo.

—Aceptado, dijo Alberto. Desde este momento cuéntame por tu compañero de armas. ¡Oh! ¡La guerra! Te aseguro que buscaré los peligros para alcanzar con una honrosa muerte la paz del sepulcro. Nunca me hubiera atrevido á atentar contra mi vida, pues la idea del suicidio me horroriza, porque es una cobardía: pero la muerte en el campo de batalla, es honrosa. Sí, Agustin, sí: irémos á Argel; yo seré el último soldado de tu compañía.

—Nó, tu serás siempre mi compañero inseparable, y partiremos gustosos las fatigas y las glorias.

Y ambos amigos se estrecharon en fraternal abrazo, al tiempo que de sus ojos se desprendian tiernas lágrimas.

Despidiéronse hasta el dia siguiente, y Alberto se dirigió á su casa, nó triste y abatido como habia salido, sino radiante de alegría, y bendiciendo á Dios

que le habia concedido un buen amigo, que es un tesoro inapreciable.

—Sí, se decia á sí mismo, al dirigirse á su casa: al fin me veré libre de esta mujer que me hubiera conducido seguramente á la muerte de los criminales. Yo no debo permanecer á su lado: el hombre está obligado por derecho natural á apartarse de los peligros, y Beatriz es para mí un verdadero peligro. Estrechos lazos me unen á ella; pero estos lazos deben romperse cuando así lo exije el honor y la salvacion del alma.

Llegó á su casa.

Beatriz le recibió con semblante placentero.

No dejó de observar la variacion que se habia obrado en él.

—Veo, le dijo, que has convalecido completamente, y te felicito. Ya se vé asomar la alegría á tu rostro lo que es un indicio de buena salud.

—Sí, le respondió Alberto con tono serio. Ya estoy bastante mejorado, y pronto, si Dios así lo quiere, estaré bueno del todo.

Beatriz extrañó aquellas palabras y comprendió que en Alberto habia algo más que el mejoramiento de su salud.

Fingiendo, pues, una tranquilidad que estaba muy léjos de tener, le preguntó:

—Has tenido alguna buena noticia? ¿Te ha ocurrido algun suceso afortunado durante tu ausencia?

—¿Por qué lo preguntas?

—Francamente, como que desde el momento en que abandonaste el lecho después de la desgracia de tu herida, no has tenido un momento de alegría, sin que hayas podido desechar la melancolía que de tí se habia apoderado, y de repente veo que has cambiado, he creido que pudiera haber alguna causa extraordinaria para ello.

—Pues no hay ninguna.

—No insistiré para no disgustarte.

—Y harás perfectamente.

—Eso es que ya no me amas.

—¿Qué no te amo?

—Nó, porque donde hay amor, no existen secretos, y tú los tienes para mí.

Habíase propuesto Alberto que no sospechase su esposa nada de los proyectos que habia formado con Agustin, y queriendo disimular, aunque teniendo que violentarse, le respondió:

—No tienes motivos para dudar de mi amor; pero si abrigas dudas, yo te ofrezco que muy pronto las disiparé.

—¿De qué manera?

—Con mis hechos. No contradiciéndote en nada, y procurando complacerte hasta en tus pensamientos. ¿Estarás contenta?

—Pues que otra felicidad mayor pudiera yo apetecer, que ser siempre fielmente amada por tí?

De esta manera se engañaban el uno al otro. Alberto le ofrecia perpétuo amor, cuando estaba resuelto á abandonarla; y ella, cuyo corazon rebosaba veneno, lo hacia aparecer como perfumado por el aroma de las flores.

CAPITULO XVII.

De qué medios se vale Beatriz para sondear el corazon de su esposo.

Beatriz no cerró sus ojos en toda la noche. Las sospechas que habia concebido de que Alberto hubiese entablado relaciones amorosas con Victoria, turbaban su mente y le hacian concebir los más negros proyectos de venganza.

Entretanto, Alberto dormia tranquilo, soñando que buscaba la felicidad léjos de aquella mujer, que habia acibarado los dias hermosos de su juventud.

Al dia siguiente se advertia un extraño contraste en los rostros de ambos cónyuges.

Él parecia tranquilo y alegre.

Ella no podia disimular, por más que para ello hiciera grandes esfuerzos, la ira que tenia reconcentrada en su corazon.

Beatriz se propuso sondear aun más el corazon de Alberto: quiso descubrir sus secretos.

Con este objeto se presentó en las habitaciones de su esposo.

—Buenos dias, Alberto, dijo, dejando asomar una fingida sonrisa á sus labios.

—Buenos dias, dijo con indiferencia Alberto.

—Vuelvo á mi tema de ayer. ¿Podré saber que feliz suceso te ha trocado de melancólico en alegre?

—¿Te importa saberlo?

—¡Alberto!

—¡Beatriz!

—Mucho llama mi atencion tal pregunta. ¿De cuando acá una mujer puede ser indiferente á las alegrías ó tristezas de su esposo?

—Desde que la mujer se casa, no impulsada por el amor, sino para hacer de un hombre un instrumento, bien de planes ambiciosos, bien de venganzas.

—Veo que te vas volviendo insufrible, y en verdad no te conozco. No quiero llamarme agraviada por las frases que acabas de pronunciar, pues han salido precisamente sólo de tus labios; pero nó, de tu corazon. Sabes muy bien que el amor y sólo el amor me llevó á tus brazos. Si después he querido tomar por tus manos una venganza, ha sido tan solamente por exigirlo así tu honor y el mio; porque no exista en el mundo un hombre que pueda disfamarnos.

—Lo comprendo.

—Pero yo lo que deseo es tu felicidad y la mia. Si es tu voluntad, estoy pronta á desistir de que se realicen mis deseos. Nó, no me vengaré de Céspedes, por más que su lengua sea el instrumento de mi suplicio.

Al pronunciar estas palabras, el semblante de Beatriz se demudó por completo. Sus ojos se inyectaron de sangre, y se asemejaba á una fiera que, encerrada en su jaula de hierro, se ve imposibilitada de acometer y despedazar al hombre que desde fuera procura impacientarla.

Alberto la observaba y temió, porque aquella mujer era capaz de todo.

Comprendió que al decir: —«No me vengaré de Céspedes», habia añadido en su interior: —«Pero me vengaré de tí».

En los tres ó cuatro dias que aún habia de permanecer en Granada, Beatriz podia envenenarle ó clavarle un puñal en el corazon, cuando estuviese dormido.

Alberto, que comprendió esto, procuró tranquilizarla y engañarla para librarse de sus iras.

—No sé, la dijo, por qué te has de incomodar de esa manera. ¿No comprendes que he querido bromearte?

—Pues son en verdad unas bromas poco gratas.

—Ven Beatriz, sentémonos y hablemos como buenos amigos.

—Mejor dijeras como buenos esposos.

—¿Y dónde existe la verdadera amistad mejor que en el matrimonio? Deseo satisfacerte y hacer lo posible porque depongas tu enojo contra mí. Deseabas saber el motivo del cambio que has notado en mí. ¿No es esto?

—Justamente.

—Pues no sé como en tu claro talento no lo has comprendido sin necesidad de interrogarme.

—Será que no tengo tanto como tú quieres suponerme.

—Yo no supongo nada, sino que reconozco los dones con que te ha enriquecido la naturaleza. Verdad es que me has hecho pasar disgustos arrastrándome á donde yo no queria ir, y que me has conducido á un duelo que me proporcionó el haber estado á las puertas de la eternidad; pero, en fin, aquello ya ha pasado, y no hay que recordarlo. He recibido por tí el bautismo de sangre, y ya soy hombre dispuesto para todo aquello que necesario sea. Dime ahora, mata, y mataré; haz este ó el otro sacrificio, y verás satisfechos tus deseos. Mi anhelo es sólo complacerte.

—Bien, te lo agradezco, pero no involucremos las cosas.

—No te entiendo.

—Después de cuanto acabamos de decir, aún no me has dicho lo que deseo saber.

—¡Ah! El motivo...

—Sí, de tu repentino cambio.

—¿Pero en verdad no lo has comprendido?

—¿Tienes ganas de seguir en tus bromas?

—Nó, ciertamente.

—Pues explícate.

—Es muy sencillo, mujer. Segun te dije ayer, al presentarte ese jóven capitan del ejército del señor don Cárlos I, emperador y rey, que Dios guarde, experimenté una muy agradable sorpresa al encontrarme con él después de algunos años de ausencia, pues que desde la mas tierna edad me unieron con él los lazos de la más estrecha amistad. Como es natural, recordamos muchos acontecimientos de tiempos que pasaron, y su grata conversacion, las aventuras que me refirió del servicio de las armas, todo contribuyó á disipar la tristeza que se habia apoderado de mí desde que fuí herido, y haciéndome olvidar todos mis disgustos, renació en mí la habitual alegría que siempre me habia acompañado.

—¿Y no es más que eso?

—Nada más.

—¿Y tanto os amais?

—Como dos hermanos!

—Entónces....

—¿Qué?

—Temo que hayas sido indiscreto.

—No te comprendo.

—Qué le hayas hablado de mí, de un modo poco conveniente.

—¡Beatriz!

—Es que los hombres...

—Los hombres sabemos tener dignidad.

—Pero eso no obsta, para que cuando son amigos íntimos se comuniquen todos sus secretos. Precisamente le habrás dádo cuenta de tu desafío; y como quiera que es muy natural te preguntára la causa que lo habia motivado, se la habrás explicado punto por punto.

—No soy tan indiscreto como me juzgas. Verdad es que no pude ocultarle que estaba herido de un desafío, como tambien lo es que me preguntó la causa; pero yo me contenté con responderle:—Cuestion de faldas.—Y de este modo terminó el incidente.

Beatriz le creyó.

Poco á poco se fué disipando su ira.

Alberto conseguia su objeto.

¿Pero duró mucho la tranquilidad de Beatriz?

Bien pronto vino á descargar una nueva tormenta.

No habia olvidado aquella mujer perversa, las palabras pronunciadas por Alberto, diciéndole que estaba dispuesto á complacerla. De ellas tomó pié para el siguiente diálogo:

—Pues bien, le dijo: perdóname el que haya dudado un momento de tí. El cariño es el que hace á la mujer recelosa. Pero he oido de tus labios frases que han penetrado hasta el fondo de mi alma, y que me hacen conocer que eres muy digno del grande amor

que te profeso. ¿Qué más puedo apetecer que verte dispuesto á hacer en todo mi voluntad?

—Creo que es lo que debe hacer un buen esposo.

—Hablemos entónces como personas de razon y de juicio.

—Hablemos.

—Yo no puedo expresarte, mi querido Alberto, cuán grande ha sido la pena que he devorado desde el momento en que supe por el hermano Juan de Dios que estabas herido, hasta que he tenido la dicha de verte restablecido.

—¡Es natural!

—Con Céspedes tenia un agravio que reclamaba toda mi venganza; pero ahora tengo uno nuevo porque ha herido y ha estado á punto de matar á la persona que más amo en el mundo.

—¿Y qué?

—¿Te parece que debo renunciar ahora á mis deseos de venganza?

Como quiera que Alberto tenia ya hecha su determinacion, se propuso dejarla hablar y concederle la razon á todo cuanto dijere. Así, pues, adoptando el tono conveniente, le respondió:

—Mirado el asunto con detenimiento, es menester confesar que tienes razon. ¿Quién nos asegura que él no atentará cualquier dia contra mi vida?

—¿Y te atreverias ahora?...

—¿A matarle?

—Sí.

—Pues ya lo creo.

—Sin desafío, por supuesto.

—¡Qué desafío! Un golpe bien dado, y adivina quien te dió.

—¿Y cómo es que te hallas ahora tan decidido, siendo así que ántes te causaba horror el pensar en ello?

—Es muy sencillo: porque cuando se empieza á bajar la escala del crímen, lo único que cuesta trabajo es poner los pies en los primeros peldaños: después se sigue bajando con la mayor facilidad.

—Es que tú no has empezado á bajar.

—¿Quién te lo ha dicho? Pues á fe que es grano de anís. El duelo por cualquier lado que lo mires es un crímen; si uno de los adversarios queda en el campo, su contrario es un asesino.

—¡Qué teorías!

—Cristianas, hija, cristianas. Yo creo que uno de los Mandamientos de la ley de Dios, dice terminantemente—No matar.—Y no exceptua á los que matan en duelo. Y como yo aunque no he matado he ido al lugar convenido con la intencion de matar ó de que me maten, hé aquí por qué digo que ya he andado los primeros pasos ó que he bajado los primeros escalones de la escala del crímen. Con que así, hija mia, no tienes más que ordenar, que dispuesto me tienes á obedecerte. Soy tu más fiel esclavo.

—¿Sabes que se me figura que estás algo sarcástico?

—¿Sarcástico? De ningun modo. Todo esto lo hace el amor que te profeso. Entre marido y mujer debe haber identidad de sentimientos. Era muy natural que yo te trajese á mi modo de pensar, ó que tú me lleváras al tuyo, y el triunfo ha estado de tu parte. Esto es todo. Pensando y obrando de la misma manera se evitarán disgustos entre nosotros. ¡Oh! Yo te aseguro que vivirémos en una paz admirable y digna de envidia. No lo dudes, Beatriz, ¡el amor hace prodigios!

—¡El amor! ¡el amor!

—¿Dudas tal vez del mio, después que he vertido parte de mi sangre por tí?

—¡Ya me lo echas en cara!

—Es sólo recordártelo para disipar tus dudas.

Beatriz se decidió á tocar el punto que más le interesaba. El que habia despertado sus sospechas.

—Me hablas de amor, le dijo: y permíteme que te pregunte:—¿Soy yo el sólo objeto de tu amor?

—¡Qué pregunta! ¿A quién he de amar más que á mi esposa?

—Pero como ántes de conocerte tuvíste otro amor, este pudiera haber resucitado.

Alberto palideció. Su conciencia se revelaba y le recordaba su criminal conducta, en cuanto su pensamiento se fijaba en Victoria.

Beatriz lo advirtió y esto le hizo insistir en su propósito.

—Parece que has palidecido.

—Lo que á mí me parece es que gustas de mortificarme. ¿No es suficiente para tu tranquilidad cuanto ántes te he dicho?

—Sí, pero no veo porque te ha de mortificar el que te hable de Victoria. Si ya no la amas ¿qué te importa?

Apesar de que Alberto se habia propuesto usar en todo con su esposa una complacencia aparente durante el brevísimo tiempo que pensaba permanecer á su lado, no pudo ménos de manifestar su disgusto al oir á Beatriz hablarle de Victoria.

—Es, dijo, que no quiero que hables de esa mujer que en nada te ha ofendido. Yo la abandoné, hice mal, no obré como debe obrar un caballero: me uní contigo y ninguna clase de relaciones me unen á ella, que ni de palabra ni por escrito me ha dado la menor queja. Yo la he hecho apurar hasta las heces el caliz de la amargura, la he hecho pasar un martirio continuado. Ella me amaba con todo el delirio que es posible amar; pero es buena, es virtuosa, y estoy cierto, lo juro por la salvacion de mi alma, que si hoy, casado contigo, cayese á sus piés y le pidiese un amor que seria críminal, me volveria las espaldas y aún me despreciaria. Su vida hoy es la caridad.

—Veo que te entusiasmas demasiado hablando de

esa criatura que debe ser de una naturaleza superior á las demás, á juzgar por el brillante panegírico que de ella has hecho.

—Es que la virtud debe ser respetada: ya que no exista en nosotros, no la insultemos en los que saben practicarla.

—¿Pero si no la ves ni la tratas, como estás tan informado de su vida y costumbres? ¿Cómo sabes que su vida hoy es la caridad?

—Beatriz, no es necesario tratar á una persona para saber sus costumbres y mucho ménos cuando esta persona se hace notable, bien sea por sus vicios ó por sus virtudes. ¿Cuantas personas habrá en Granada y en los pueblos circunvecinos que no habrán hablado una sola vez con el hermano Juan de Dios? Y sin embargo, pregúntale á cualquiera de ellas por ese hombre extraordinario, y te dirá que es un héroe de caridad, que la misericordia es su norte, y en todas partes te referirán hechos concernientes á su vida.

Pues bien; se sabe tambien en Granada que una jóven, bella como la aurora al despuntar del dia, abandonada miserablemente por un hombre que la habia jurado un amor eterno, ha consagrado su corazon á Dios por completo, y no tiene otra ocupacion que el orar y el asistir á las casas donde se hospeda la desgraciada. La cabecera de los enfermos es su altar. La jóven modesta que así se sacrifica por sus semejantes se llama Victoria: el hombre que villana-

mente la engañó soy yo. ¿Tengo, pues, razon en no querer que la ultrajen en mi presencia?

—Ya se conoce que la ocupacion de esa jóven es visitar enfermos y consolarlos; por eso te visitó y consoló cuando te hallabas herido en el hospital del hermano Juan de Dios.

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Tú, hombre, tú. Cuando yo supe tu desgracia, volé como era mi deber á tu lado, y tú al verme creíste que era Victoria que repetia su visita y la colmáste de bendiciones.

—Si es cierto que Victoria estuvo en el hospital, no lo es ménos que ignoraba que yo estuviese allí. De saberlo es más que probable que no hubiese ido.

—¡Fué, pues, una visita casual!

—Y tan casual.

—Pues no deja de ser extraño.

—Podrá serlo para tí; pero ello es que se sorprendió al verme en aquel estado. Yo apénas podia articular palabra. Quise darle muestras de mi gratitud, y las palabras que me dirigió para mi consuelo fueron estas: «Vivid Alberto, pero vivid para vuestra esposa, para hacerla feliz.» Y desapareció, y no he vuelto á verla desde aquel dia. ¿Y no quieres que diga que esta mujer es un ángel? ¿Y no quieres que me oponga á que se ofenda en mi presencia? Beatriz, no seas cruel y cesa para siempre de hablarme de Victoria. No tuve con ella más que un amor puro y aún no te conocia,

y me mortificas. Tu sostuvíste relaciones vergonzosas con Céspedes; y sin embargo, no te doy en rostro con ello. Compara, pues, tu modo de obrar con el mio, y dime cual es mas noble.

Beatriz no tuvo que contestar por el pronto, porque el argumento presentado por Alberto era irrefutable. Recurrió, pues, al medio que con tanto arte sabia practicar, cual era el fingimiento.

Rompió á llorar.

Alberlo permaneció indiferente á aquellas lágrimas. Conocia suficientemente á su esposa para no comprender su fingimiento.

—No soy yo, exclamó por fin Beatriz, tan culpable como parezco serlo á primera vista. Yo era todo inocencia, no conocia toda la perfidia que se abriga en el corazon del hombre, y Céspedes abusó de la inocencia usando conmigo de la mayor perfidia. Por esto yo he procurado vengarme, porque la mancha que echó sobre mi honra sólo con sangre puede lavarse. Y yo que podria habértelo ocultado, que podia haber escondido el secreto en lo más recóndito de mi corazon, te lo he dicho todo, te he confesado mi falta... de prevision y me he arrojado á tus brazos, diciéndote. «Alberto, lava mi honra.» Y todavía me escarneces y me injurias y quieres que ante tí baje los ojos avergonzada.

Y nuevamente lloró, al parecer con grande amargura.

Ni las palabras, ni las lágrimas hicieron efecto alguno en Alberto, que en su imaginacion hacia un paralelo entre aquella mujer cuyo corazon rebosaba odio y espíritu de venganza, y Victoria, todo sencillez, todo amor, todo pureza.

¡Que contraposicion tan evidente!

Al hacer esta comparacion, sentia rebosar de amargura su corazon.

Y entre sí maldecia la insensatez que le habia apartado de su ángel para hacerle compañera de un aborto del infierno, que no otra cosa era Beatriz.

Alberto sin pronunciar una sola palabra empezó á vestirse de calle.

—¿Te vas? le dijo Beatriz. ¿Te vas y no tienes para mí una sola palabra de consuelo?

—¿Y qué quieres que te diga? Esto ha sido un paréntesis en la tranquilidad de nuestra vida conyugal.

—¿Te burlas aún?

—Nada de eso; pero ya te he dicho que me hallo ganoso de tranquilidad. A Dios y hasta luego.

—A Dios.

Alberto salió para buscar á su amigo Agustin.

Salió como el que escapa de un tormento, ó recobra la libertad perdida.

Beatriz, al verle partir, exclamó impulsada por la ira:

—No hay duda, ama aún á Victoria: pues bien, venganza y venganza terrible. ¡Esterminaré á todos mis enemigos!

—¿Hemos estado desascertados al calificar á esta mujer como aborto del infierno?

Con dificultad podria encontrarse un corazon más corrompido.

Ya su deseo de venganza no se concreta á Céspedes.

Se extiende á la inocente Victoria de la que ninguna ofensa habia recibido y á su mismo esposo.

CAPITULO XVIII.

El diablo á las puertas del cielo.

Inspirada Beatriz por la ira, se quedó meditando un plan de venganza que pudiese llevar á la realizacion.

Su corazon rebosaba odio.

—Sí, exclamaba: venganza sobre todos, ya que todos se conjuran contra mí. Rafael, Victoria, Alberto. ¡Pobres de vosotros!

En esto se oyó llamar á la puerta de la calle.

Beatriz prestó atento oido.

Oyó que, habiendo abierto una de las domésticas de la casa, una voz sonora decia:

—Hermanos, haced bien por vosotros mismos.

Como puede comprender el lector, aquella voz era la de Juan de Dios.

Beatriz se rehizo, trató de componer su semblante y saliendo de su habitacion gritó:

Decid al hermano Juan que pase.

—Tened la bondad de pasar, dijo la comensal al religioso.

Este pasó en efecto guiado por aquella hasta la habitacion de Beatriz.

Aquella mujer que no hubiera tenido precio para el teatro, pues sabia desempeñar á las mil maravillas toda clase de papeles, apareció tranquila á la presencia de Juan de Dios.

—Servios tomar asiento, hermano Juan, le dijo con la mayor amabilidad, pues quiero daros alguna ropa blanca para las camas de vuestros pobres.

—En el cielo hallaréis la recompensa de vuestra caridad, señora. Jesucristo recibe como hecho á su misma Persona cuanto en la tierra hacemos en favor de sus pobres, y no deja sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre. ¿Y cómo está vuestro esposo? ¿Se halla completamente restablecido?

—Así es, á Dios gracias y á vuestra caridad. Sin vuestro auxilio, yo lloraria hoy en la más lamentable viudez.

—A Dios sólo debeis dar las gracias, señora. El hombre por sí sólo nada puede hacer: cuando más es un instrumento de la Providencia que á veces se vale de las cosas flacas y ruines del mundo para confundir las fuertes. Dios guió mis pasos por aquellos lugares,

porque quiso salvarle. A Dios, pues, sean dadas las gracias.

En tanto que Juan de Dios hablaba, Beatriz registraba un mueble, y luego vino á sentarse frente del religioso.

—Aquí teneis, le dijo, media docena de sábanas que están nuevas. Teneis para tres camas.

Juan de Dios se sonrió alegremente porque llevaba á sus pobres enfermos aquella ropa.

Beatriz no conocia la hermosa virtud de la caridad. Antes por el contrario, era egoista. ¿Por qué, pues, aquel donativo?

Aquello era un pretexto para poder hablar con el religioso.

—No os he visto, hermano Juan, desde el dia en que fué trasladado mi esposo. Temia estuvieseis enfermo.

—A Dios gracias no lo he estado, y todas las semanas he tocado á vuestras puertas como toco á todas para implorar la caridad en favor de mis pobrecitos, que no tienen más amparo que el de Dios y las almas piadosas.

—Pues no he advertido vuestra llegada, porque de otro modo os hubiese hecho entrar para daros la limosna por mis propias manos.

Juan de Dios se levantó disponiéndose á marchar.

—Dispensad, dispensad un momento más, le dijo

Beatriz: he de daros aún unos cabezales que debo tener aquí.

Juan volvió á sentarse.

Púsose á buscarlos y de paso le dijo, sin demostrar que tenia el menor interés en hacer averiguaciones:

—¿Y qué es, hermano Juan, de aquella buena jóven, que creo que se llama... ¿cómo se llama? ¡Ah! Victoria, que pienso se ha dedicado tambien á la asistencia de los enfermos?

Juan de Dios comprendió en el momento por quién le preguntaba, y tal vez inspirado de Dios penetró en el fondo del corazon de la que le hacia la pregunta.

Se propuso, pues, dar á aquella mujer saludables consejos, que aceptados la hubiesen salvado.

—¿Victoria, decís? Es un alma de Dios. No piensa en otra cosa que en ejercitarse en obras de misericordia, y por cierto que obra muy cuerdamente, porque no podria haber emprendido un camino que con menos tropiezos la dirigiese al cielo.

—Sí, ya he oido que es muy buena.

—En tal concepto la tengo, aunque sólo á Dios es dado conocer los corazones. ¿Qué seria de la sociedad si sólo reinase en ella el egoismo? Pero afortunadamente hay muchas personas caritativas, dispuestas siempre á enjugar las lágrimas del afligido, á tender una mano generosa al desgraciado, á llevar el consuelo á la morada del enfermo. A esto se debe el que pueda sostenerse mi pobre hospital: yo soy pobre, no

poseo cosa alguna; y sin embargo, mis pobres enfermos no carecen de cuanto les es necesario. ¿Y á qué es debido todo esto? A la caridad. Ya veis, hoy me faltaba ropa para dos camas y vos me acabais de dar para tres. ¡La Providencia, señora! ¡Siempre la Providencia!

—¿Y esa pobre jóven tan caritativa asiste á vuestros enfermos?

—Las mujeres suelen no entrar en el departamento de los hombres, respondió Juan de Dios comprendiendo á donde iba á parar Beatriz.

—Pues mi esposo, repuso esta, me ha dicho que la vió á su cabecera.

—No sé si en otra ocasion os he dicho que Victoria cuando fué al hospital ignoraba absolutamente que allí estuviese vuestro esposo. Pero permitidme, señora, que extrañe vuestras preguntas. Si os he de hablar con franqueza evangélica, creo que vos estais enferma.

—Pues lo que es ahora, dijo Beatriz sonriendo, os habeis equivocado felizmente. A Dios gracias, disfruto de una salud completa.

—Es que yo no hablo de enfermedades físicas.

—No comprendo...

—Si digo que estais enferma, es porque padeceis una enfermedad moral, y las enfermedades morales suelen tener tan funestos resultados como las físicas.

—Pues francamente no sé que padezca ninguna de esas enfermedades.

—Mucho sentiré que me tengais por importuno, pero habeis de estar persuadida de que si yo no creyera poder aconsejaros algo para vuestra curacion, no os hubiera hablado del asunto. No me gusta ocuparme de vidas ajenas: pero los enfermos de cualquier clase que sean merecen todas mis simpatías.

Beatriz empezó á turbarse.

Su primer ímpetu fué el hacer arrojar á la calle al que de tal modo le hablaba.

El demonio de la soberbia la instigaba.

Empero, por esta vez triunfó el ángel bueno.

Se contuvo y se dispuso á escuchar al santo religioso.

Éste, como ya hemos dicho, ignoraba las letras humanas, pero estaba versado en la ciencia de Dios. El mismo que hizo de pobres pescadores de Galilea apostóles de su doctrina, aptos para convertir el mundo y confundir la sabiduría de los hombres, iluminaba á Juan de Dios, cuando impulsado por su caridad se proponia curar alguna de esas enfermedades del alma á las que no llegan las medicinas destinadas á curar las del cuerpo. Así, pues, con grande energía habló de esta manera:

—¿Qué os impulsa, señora, á preguntar con repeticion si Victoria vió ó nó en el hospital á vuestro esposo? Sabeis que esa niña inocente fué el primer amor del que hoy está unido á vos por los indisolubles lazos del matrimonio, y abrigais contra ella una gran dósis de odio.

—Suponeis...

—Permitidme continuar. ¿En qué os ha ofendido esa criatura para que de tal modo la odieis? Ella ha devorado en su corazon, sin exhalar una queja, el dolor y la amargura que necesariamente le produjo la infidelidad á sus juramentos del hombre que la habia ofrecido hacerla su esposa; pero no por eso ha concebido odio contra vos: ántes por el contrario hace votos al cielo por vuestra felicidad. Se ha consagrado por completo á Dios y ha resuelto pasar los dias de su vida en el ejercicio de la misericordia. Sois cristiana y debeis tener presente que dijo Jesucristo: «Ama á tu prójimo como á tí mismo» y que á más hay un deber de justicia basado sobre este principio natural: «No hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo.» La consonancia perfecta que existe entre el principio católico y el principio natural nos hace comprender que debemos usar de tolerancia con el ofensor, perdonar al enemigo y olvidar las injurias. Pero vuestro caso es más sencillo, porque ni teneis que tolerar al ofensor, porque Victoria en nada os ha ofendido, y no teneis que venceros en perdonar ni en olvidar. ¿Quién ha hecho, pues, nacer en vuestro corazon ese odio y deseo de venganza que abrigais en él? Tan solamente el espíritu de soberbia, el amor propio que jamás habeis combatido y que de vos ha llegado á apoderarse. El paganismo inventaba sofismas á cuál más ridículos y vanos para autorizar el odio y la venganza á

nombre de la dignidad humana, pero el Divino mártir del Golgota, el que vino á regenerar el mundo con su salvadora doctrina, nos ha dicho: «Amaos los unos á los otros.» Y la razon ilustrada, la razon purgada de preocupaciones y de errores, no ha estado jamás en oposicion con los altos principios de caridad y de justicia.

Creedme por vuestro bien, señora: deponed ese odio que abrigais en vuestro pecho contra una criatura inofensiva: combatid ese espíritu de soberbia que os impulsa á dirigiros por un camino estraviado, y pensad en los medios que habeis de poner en práctica para que reine la paz y la tranquilidad en el seno de vuestra familia. Por medio de la dulzura, de la modestia, de las virtudes, acrecentad el amor de vuestro esposo para que sea un paraiso vuestra morada conyugal. ¿Qué es un matrimonio en discordia? La imágen anticipada del infierno.

Beatriz no pudo resistir más á las dulces reflexiones de aquel santo varon, y cayendo postrada á sus piés, exclamó, al par que de sus ojos se desprendian lágrimas de dolor:

—Teneis razon, hermano Juan: vuestras palabras me regeneran, y en este momento me siento capaz hasta de un sacrificio. Es verdad; la soberbia me ha cegado y no se á dónde me hubiese conducido. Gracias, gracias os doy por el bálsamo de consuelo que con vuestras palabras habeis vertido en mi corazon.

Yo me dedicaré en adelante á hacer la felicidad de mi esposo.

—Bien; pero levantaos, señora, levantaos, que yo no soy un ministro de Dios para que esteis á mis piés: no soy más que un pobre hombre cargado de faltas y de miserias.

Beatriz se alzó, y Juan se dispuso á marchar para continuar en su colecta para los pobres enfermos.

—A Dios, hermano Juan, dijo aquella, y trató de besarle la mano, lo que evitó rápidamente aquel humildísimo y santo religioso.

El diablo quedaba á las puertas del cielo.

CAPITULO XIX.

Donde se vé cuán fatales resultados puede producir el juzgar por las apariencias.

Miéntras que Juan de Dios trabajaba cerca de Beatriz con el noble y santo objeto de apartarla de las torcidas sendas por las que se dirigia, Alberto corria en busca del amigo del alma, que era su único consuelo en las grandes tribulaciones que le rodeaban.

Éste le recibió con los brazos abiertos.

—No sabes, le dijo, cuanto deseaba verte.

—¿Pues qué ocurre? replicó Alberto.

—Hace dos horas acaba de llegar la órden, en virtud de la cual debo salir con mi gente para las Baleares.

—¿Y cuándo es la partida?

—Mañana á primera hora.

—¡Mañana!

—¿Te sorprende la noticia?

—Al contrario, me regocija.

—Lo que significa que estás resuelto á ser mi compañero de armas.

—Sin que haya nada que sea capaz de apartarme de este propósito.

—Pues en este caso puedes ir disponiendo lo necesario. De mi cuenta corre el dejarte hoy alistado y el preparar tu uniforme.

—¡Oh! Mañana será para mí el primer dia feliz, después de muchos de amarguras.

—Vas á pelear con los enemigos de la fé, y yo espero que harás prodigios de valor. Vas á coronarte de gloria.

—Ó á encontrar la muerte defendiendo mi patria y mi religion. Esto es más honroso que morirse de tédio y de tristeza, como me sucederia de permanecer por más tiempo al lado de esa mujer que es mi ángel malo.

—Y supongo que no le habrás dejado entrever tu pensamiento.

—Pues seria necesario haber perdido la razon. Te contaré cual ha sido nuestra última conferencia.

Y en efecto, Alberto refirió punto por punto á su amigo la postrera conversacion que habia tenido con su esposa, que ya es conocida del lector.

Cuando hubo terminado, Agustin exclamó:

—¡Hasta hipócrita, para que nada le falte!

—Ya ves si tiene razon de ser mi resolucion de marchar á la guerra.

Convinieron, pues, en que con el objeto de que no fuese reconocido con el traje militar por alguna persona, que pudiera ponerlo en conocimiento de Beatriz, Alberto saldria de Granada dos horas ántes que la tropa y esperaria en un punto determinado, en el cual encontraria el uniforme y las armas que habia de usar en adelante.

Despidiéronse ambos amigos hasta el siguiente dia, y Alberto volvió á su casa para hacer sin ser notado algunos preparativos.

Su esposa le recibió con la mayor amabilidad.

No hacia aún mucho tiempo que habia salido de allí el hermano Juan de Dios.

Beatriz conservaba aquellas ideas que el siervo de Dios habia conseguido infundir en su mente.

Tocada de arrepentimiento, se hallaba dispuesta á seguir el buen camino.

Es muy probable que aún no habiendo ocurrido los sucesos de que vamos á dar cuenta, no hubiese perseverado mucho tiempo en sus buenos propósitos, porque su mal se habia hecho crónico.

Alberto habia concebido una idea que le honraba; cual era la de escribir á su padre, con el que tenia cortada toda clase de relaciones, pidiéndole perdon de sus pasadas faltas y suplicándole le bendigese.

No habia, pues, tiempo que perder.

Deseando estar solo para escribir, dijo á su esposa:

—Te suplico que me dejes por algun tiempo: tengo que redactar un escrito por encargo de mi amigo Agustin, que debe ser enviado al emperador.

—No tenias necesidad de suplicar, sino de mandar. Soy tu esposa, y mi deber es obedecerte. Queda con Dios.

—Él te acompañe.

Beatriz salió.

Alberto cerró por dentro, al tiempo mismo que decia:

—¡Es original! Mi esposa ha variado completamente. Pero no nos fiemos del agua mansa: tal vez medita algun proyecto infernal.

Sentóse y se preparó á escribir.

Por algun tiempo permaneció con la pluma suspendida en los dedos de la mano derecha, y la cabeza apoyada en la izquierda, cuyo codo descansaba sobre la mesa.

Tiernas lágrimas empezaron á desprenderse de sus ojos.

Recordó á su buena madre, cuya muerte habia él anticipado con su reprensible conducta. Contemplaba asímismo su mal comportamiento para con el autor de sus dias, y no pudo ménos de estremecerse.

Por último empezó á trazar las líneas siguientes:

«Padre mio y señor: En el Evangelio de Cristo, en ese libro de oro cuyo aroma embalsama el mundo

entero, en esa carta de Dios á la pobre humanidad, que encierra los más preciosos documentos, se lee una historia de lágrimas que no puede ménos de impresionar el corazon ménos sensible.

«Un hombre tuvo dos hijos, y el menor de ellos dijo á su padre: Entregadme la parte de la hacienda que me corresponde. Y él les repartió la hacienda.

«Algunos dias después, el hijo menor reuniendo cuanto le pertenecia, se fué á un país muy distante, y allí disipó todo su haber viviendo en la mayor disolucion.

«Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó á padecer necesidad.

«Y se llegó á uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le dió el encargo de guardar sus puercos. Y deseaba henchir su vientre de las mondaduras que los puercos comian, sin haber quien se las diese.

«Mas volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros tienen el pan de sobra en la casa de mi padre, y yo me estoy aquí muriendo de hambre!

«Me levantaré, é iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: házme como á uno de tus jornaleros.

«Y levantándose, se fué para su padre. Y como aún estuviese léjos, le vió su padre, y se movió á mi-

sericordia: y corriendo á él, le echó los brazos al cuello, y le besó.

«Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo, y delante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.

«Mas el padre dijo á sus criados: Traed aquí al instante la ropa más preciosa, y vestidle y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus piés.

«Y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos y celebremos un banquete.

«Porque este mi hijo era muerto, y ha revivido: se habia perdido y ha sido hallado. Y comenzaron á celebrar el banquete.»

«En mí teneis, padre mio, á ese hijo desnaturalizado que insensatamente abandonó el hogar paterno para dar rienda suelta á sus apetitos desordenados. ¡Yo he sido un miserable! He pecado contra el cielo y delante de vos. Yo aceleré la muerte de mi buena madre por los grandes pesares que le causé con mi desarreglada conducta, y vos, padre mio, justamente indignado contra mí, me arrojásteis de vuestra casa.

«Sin vuestro consentimiento, contraje un matrimonio que ha robado la paz á mi alma y que á ser yo más débil me hubiese conducido paso á paso tal vez hasta hacerme subir las gradas de un patíbulo.

«Para evitar todo esto, pues que mi mujer parece ser un enjendro de Satanás, he resuelto abandonarla secretamente, y cuando esta carta llegue á vuestras

manos ya estaré fuera de Granada. Parto con las tropas del emperador que se dirigen sobre Argel. Voy á buscar el descanso de una muerte gloriosa luchando por mi patria contra los enemigos de la fé de Jesucristo. Pero ántes, arrepentido y confuso, llego á vos como el hijo pródigo á su padre, suplicándoos que me concedais vuestro perdon y con él la bendicion paternal. ¿Me lo negaréis? ¡Pero, cuando un padre ha negado el perdon á un hijo arrepentido! Esto seria fenomenal en el órden de la naturaleza. Si Dios dispone en sus altos juicios sacarme ileso de los combates, volveré después á arrojarme en los brazos de mi padre, ya purificado de mis anteriores faltas. Espero, confiado, que no dejaréis de corresponder á las súplicas que os dirige vuestro ingrato hijo, que pide al cielo os colme de felicidades—Alberto.»

. . . .

Treinta y cinco galeras, bajo el mando de Doria, habian salido de Luni, yendo en una de ellas el gran emperador Cárlos V: dirigiéronse á las costas de Mallorca, donde eran esperadas por otra escuadra compuesta de ciento cincuenta naves, seis mil españoles y cuatrocientos caballos á las órdenes del virey de Nápoles y de Sicilia y Bona, don Fernando de Gonzaga, seis mil alemanes bajo el mando de Jorge Frondesbery; cinco mil italianos mandados por Camilo Colonna y Agustin Spinola, todos estos en más de cien naves. Acompañaban además cuatro galeras de Mal-

ta, otras tantas de Sicilia, seis de Antonio Doria, y otras muchas de diferentes señores de diversos puntos. Y esto, sin enumerar la multitud de naves que se armaron y dispusieron por mandado del César en todas las costas de España, bien provistas de gente y artillería, aunque no tanto como la escuadra principal reunida en Mallorca.

La fé cristiana que en el siglo XVI llegó en España á su mayor altura, hizo que un gran número de nobles y caballeros, así como de labradores y obreros acudiesen llenos de entusiasmo á combatir con los sectarios del falso profeta de la Meca. Entre todas aquellas fuerzas se componia su total de sesenta y cuatro galeras, doscientas naves de gavia y cien navios pequeños: veinte mil soldados, de los cuales, seis mil eran españoles; seis mil alemanes; cinco mil italianos; tres mil de diversas naciones y dos mil de á caballo, con el número correspondiente de pajes y soldados de galera que llegaria á unos tres mil.

Escuadras tan formidables sólo podian formarse en España en aquellos tiempos, llamados por los modernos de *oscurantismo*. En la época de *ilustracion*, que felizmente hemos alcanzado, importa mucho más que el engrandecimiento de la nacion, la cuestion política reducida á cuestion de destinos, bajo todas las formas de gobierno.

El espíritu ha dejado su puesto á la materia.

El amor patrio se ha convertido en amor propio.

Luis XIV dijo un dia: «El Estado soy yo.»

Nuestros hombres políticos dicen: La patria es nuestro bienestar.

Es que el egoismo ha invadido todas las capas sociales, desde las más altas á las más humildes.

Apartemos la vista de nuestras miserias sociales, de la raquítica España del siglo XIX, y fijémosla de nuevo en la poderosa España del emperador Cárlos V.

A bordo de una de aquellas poderosas naves, que formaban tan imponente escuadra, dos militares departian amigablemente en tanto que la tripulacion y soldadesca comian en silencio el rancho de la mañana.

Escuchemos su conversacion.

—En buen hora, decia el uno, fuí enviado á Granada.

—En verdad, repuso su compañero, que has sido mi ángel de salvacion.

Ya comprenderá el lector que estos dos soldados eran Agustin de Vargas y Machuca y su amigo Alberto.

—Ahora sí que se ha cumplido al pié de la letra, decia el primero, aquello de «no hay mal que por bien no venga.»

—¿Por qué dices eso?

—Es muy sencillo.

—Pues no lo comprendo.

—¿Qué motivó mi ida á Granada?

—La muerte de la emperatriz Isabel.

—Luego si esta no hubiese muerto, yo no hubiese ido á Granada, ni te hubiese visto, ni tú hubieses salido del abismo en que ya te veias sumido.

—Es verdad; pero el bien que á mí me ha reportado, no compensa la irreparable pérdida que hemos sufrido con la muerte de la emperatriz.

—¡Era muy buena!

—¡Una santa!

—Bien; pero como á los santos lo mismo que á los réprobos les llega su hora de pagar el tributo á la madre tierra, á ella le llegó la suya, y para tí ha sido un bien.

—Lo que me ha favorecido es su disposicion de ser trasladada después de su muerte á Granada. Te aseguro que fué una idea feliz: porque de otro modo la hubiesen erigido el sepulcro en la suntuosa iglesia de Toledo, y tu viaje no se hubiese verificado.

—Y como quiera que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, es necesario convenir en que Dios ha querido favorecerte de un modo visible.

—Es verdad.

—Y tambien lo es que hasta ahora no hemos hablado nada concerniente á tu esposa. ¿No le darias lugar á sospechar nada de tu partida?

—Absolutamente. La encontré mucho más agradable y comunicativa que de ordinario, lo que no dejó

de llamar mi atencion. Cuando fué la hora de partir recogí el dinero que tenia, y salí de casa con la misma serenidad que de costumbre. Ella quedó tranquila.

—Pues lo que es á estas horas no lo estará mucho, que digamos.

—Si no está contenta, que me eche un galgo.

Y ambos amigos rieron, si bien en el semblante de Alberto se advertia un tinte de tristeza. El abandonar la patria siempre la produce, y mucho más cuando este abandono es motivado por causas tan graves como las que habian concurrido para la determinacion de Alberto.

Veamos ahora lo que pasaba en su casa.

Cuando pasó la hora en que Alberto acostumbraba ir á comer, empezó Beatriz á estar con cuidado; pero su desasosiego subió de punto cuando llegaron las altas horas de la noche.

Convirtió en atalaya una de las ojivales ventanas de su casa, y en ella esperó toda la noche la vuelta de su esposo.

—¿Qué será, Dios mio? exclamaba llena de angustia. ¡Si se encontraria con Céspedes y al proponerse matarle, habrá caido en manos de la justicia! ¡Ay! ¿Por qué me habré detenido en decirle que ya habia desistido de mi venganza? ¿Por qué no le habré dicho con tiempo que su esposa se ha regenerado por completo, qué ya no tiene otra aspiracion que la de ha-

cerle feliz? ¡Traédmelo, Dios mio; que yo pueda verle, arrojarme á sus piés y pedirle perdon por lo mucho que le hecho padecer!

Y acompañaba estas súplicas con ardientes lágrimas.

En el mismo sitio en que habia permanecido toda la noche, vino á sorprenderla la ténue claridad de la aurora.

Sintió frio y se recogió; pero no pudo dormir. Le hablaba la voz de su conciencia, y le decia que Alberto habia partido á lejanas tierras huyendo de su tiranía; y en vano trataba de desechar aquel fatídico pensamiento.

Pasó todo el dia sin tener la menor noticia de su esposo.

Al siguiente, determinó salir y recorrer la ciudad, por si encontraba á alguno de los amigos de Alberto á quienes ella conocia.

—Tal vez, se decia, encontraré á ese don Agustin.

Ignoraba que este y su gente no se hallaban ya en Granada.

Andando á la ventura, pasó por la casa de Victoria, la que conocia no sabemos por quién. Miró hácia ella y no pudo ménos de admirarse al verla completamente cerrada de puertas y ventanas.

Parecia que allí no viviese nadie.

—Se habrá mudado, se dijo.

Pero de pronto una idea diabólica cruzó por su mente.

Pensó si Victoria habria huido de la ciudad con Alberto.

Sin pararse á reflexionar, penetró en una tienda de comestibles que frente á la casa habia, y saludando, preguntó al dueño de ella:

—¿Sabríais decirme qué ha sido de la familia que ocupaba esa casa de enfrente, una señora mayor y su hija?

—¡Ah! respondió aquel. ¿Preguntais por la señorita Victoria y su madre?

—En efecto: necesitaba verlas y me ha extrañado encontrar la casa cerrada.

—Pues os diré: hace dos dias que se hallan ausentes.

—¿Y no sabeis dónde se encuentran?

—Lo ignoro, señora.

—¡Qué beneficio me haríais con darme alguna luz!

—Pero servios tomar asiento, señora, estais muy agitada.

—Es que vengo de muy léjos y he venido de prisa. Con vuestro permiso descansaré un momento.

—Podeis descansar todo el tiempo que gusteis, dijo el tendero, acercando una silla á Beatriz.

—Con que decís que hace dos dias que se fueron, añadió aquella, sin poder disimular su angustia.

—Yo os diré. Serian las ocho de la mañana cuando un caballero de buen porte llamó á la puerta. Le abrieron y subió. Permaneció en la casa como cosa

de media hora y salió. Al cabo de poco tiempo observé que cerraban las ventanas y después salieron la madre y la hija, y siguieron la misma direccion que habia tomado el caballero. Pero apropósito, aquí entra Lucía que es la criada de la casa, la cual podrá mejor que yo informaros.

—Oye tú, sanguijuela, dijo el tendero á una moza de servicio que acababa de entrar en la tienda: ¿sabes tú que ha sido de tus amas?

—Oiga el chupa alcuzas ¿no sabeis como yo me llamo? Pues tengo un nombre muy hermoso, sabedlo: me llamo Lucía, que no sanguijuela. ¡Vaya con el hombre!

—Es que ni yo tampoco me llamo chupa alcuzas ¿estamos? me llamo Andrés aquí y en Valladolid.

—Pues bien, no pongais motes y no os los pondrán.

—Vaya mujer, no te enfades y responde á lo que te he preguntado, pues esta señora espera tu respuesta.

—Lo que puedo decir es que nada sé: mi señora y su hija se han ausentado, y miéntras estén fuera ó yo encuentro otro acomodo estoy en mi casa. Por cierto que lo siento porque no encontraré una casa como esa. Han tenido una criada infinidad de años, tanto que vió nacer á la señorita Victoria y hace tres meses que la pobre anciana viéndose muy achacosa se fué á un pueblecito cerca de aquí, cuyo nombre no recuerdo y donde tiene algunos parientes. Entónces entré yo

en la casa, y me han tratado como si fuera de la familia.

—¿Pero en suma, dijo Beatriz, no podrás decirnos donde se han marchado? No es ciertamente curiosidad, sino necesidad que tengo de saberlo por tener que comunicarles un asunto que les interesa en gran manera.

Miéntras Beatriz hablaba, Lucía la estuvo contemplando despacio y la conoció, pero no hizo ningun movimiento de sorpresa.

Los criados saben por lo comun todos los secretos de los amos, y Lucía sabia el de su señorita: ántes de servir en su casa lo habia hecho en una que estaba inmediata á la de Beatriz, y no ignoraba que era esta la que se habia casado con el antiguo novio de Victoria.

Al reconocerla formó el pensamiento de mortificarla, y la misma Beatriz le dió pié para ello.

Ésta le preguntó:

—¿No las acompañaba nadie?

Lucía con el objeto dicho, respondió:

—Sí, en verdad. Les acompañaba un hidalgo, y por cierto que era un real mozo.

—¡Me lo presumia! exclamó Beatriz en un arranque de ira que no supo contener.

Lucía comprendió suficientemente el pensamiento de aquella mujer, y no pudiendo sufrir que se juzgase tan ligeramente de su buena señorita, exclamó:

—¿Qué significa el haberos puesto de ese modo? ¿Qué teneis que ver, ni qué os importa á vos nada de lo que concierne á la señorita Victoria? ¡Habráse visto cosa semejante! Esos son celos. ¿Por qué no empapelais á don Alberto para que no le toquen las moscas?

Estas impremeditadas palabras de Lucía levantaron una tempestad en el corazon de Beatriz.

Ella ignoraba que pudiese ser conocida en aquel barrio, y mucho ménos por la criada de Victoria.

Formó, pues, en su viva imaginacion este argumento: Cuando esta muchacha me conoce á mí y conoce á Alberto, es que de nosotros se ocupan en esa casa, es que á ella viene Alberto, es que juntos se han marchado.

Y cayeron por tierra todos sus buenos propósitos.

Los celos la pusieron furiosa.

Despertóse en ella su amortiguado deseo de venganza.

El diablo habia caido desde las puertas del cielo, y esta caida fué tan rápida que con dificultad habia de poder levantarse de ella.

Al escuchar las palabras de Lucía que tal efecto produjeron en su corazon, quedó como aplanada bajo de un enorme peso, pero después de algunos momentos de silencio, se irguió, y levantándose del asiento que ocupaba, como fuera de sí por la ira que casi no la dejaba hablar, dijo dirigiéndose á la muchacha y sujetándola por un brazo:

—¡Ay de la infame, de la hipócrita que me ha robado mi esposo! ¡Que tiemble!... sí, ¡que tiemble! ¡Oh! Todos infames...

Y soltándola, salió de la tienda como una loca, repitiendo:

—¡Infames! ¡Infames! ¡No os libraréis de mi ira!...

Quedaron estupefactos el tendero y Lucía, y juzgaron que aquella mujer habia perdido la razon.

Lucía comprendió que habia obrado mal y que tal vez habia expuesto á Victoria á algun peligro.

Este pensamiento la hizo llorar.

Tales son los resultados que produce de ordinario el juzgar por las apariencias.

CAPITULO XX.

¡A cuán más malas!

Encendido el rostro, poseida de rabia llegó Béatriz á su casa.

Arrojóse sobre una otomana y retorciéndose las manos, prorumpió en violentas exclamaciones, que manifestaban el efecto que en ella habian causado las imprudentes palabras de la doncella de Victoria.

Al poco tiempo se levantó.

Dió varios paseos por su gabinete pronunciando palabras incoherentes.

Por último, salió y se dirigió á las habitaciones de su madre.

Ya sabemos que la altiva Beatriz se trataba muy poco con su madre y esto superficialmente.

Así, pues, no la guardaba el menor respeto ni consideracion de ninguna clase.

Aquella señora no podia quejarse de ello, por que era la sóla culpable.

La habia educado muy mal, no habia formado su corazon, y desde muy niña la habia dejado obrar con arreglo á los caprichos de su corazon, y á las veleidades de su fantasía.

¡Como habia de poder reprenderla más tarde!

Habia perdido todos sus derechos.

El que siembra vientos cosecha tempestades.

Dias y hasta semanas se pasaban sin que Beatriz entrase en las habitaciones de su madre, ni se cuidase de preguntar por su salud.

Beatriz era una mujer sin corazon.

En aquellos momentos que tuvo de arrepentimiento, gracias á las dulces amonestaciones y cristianas reflexiones que le habia dirigido Juan de Dios, habia pensado arrojarse á los piés de su madre, pidiéndole perdon por sus anteriores faltas. Pero ya hemos dícho que acababan de quedar desvanecidos todos sus buenos propósitos.

¿Con qué objeto, pues, se dirigia ahora á las habitaciones de su madre?

Vamos á asistir á la conferencia de las dos mujeres, y de este modo descubrirémos el carácter y cualidades de la que tan descuidada fué en la educacion de su hija.

Ante ella se presentó Beatriz, y al detenerse para saludar á su madre, esta no pudo ménos de estreme-

cerse porque vió pintada en su semblante la ira y el despecho.

Quedó como aterrada ante las miradas de aquella hija desnaturalizada, y comprendió que de algun suceso grave venia á hablarla.

—Vengo á veros, señora, dijo Beatriz, por que tengo necesidad de hablaros.

La madre lanzó hácia ella una mirada escudriñadora, fué á ocupar su sillon, mandó á Beatriz que se sentase á su lado, y la dijo:

—Puedes hablar.

—Soy muy desgraciada, madre mia, dijo Beatriz.

—Y no creo, replicó la madre, que vengas á culparme de tus desgracias.

—Tal vez podria hacerlo, aunque no es ese ciertamente el objeto que me acerca á vos.

—¿Dices que podrias culparme? ¿Pues por ventura no te he dejado siempre obrar segun tu voluntad? ¿Me he opuesto á ninguno de tus caprichos? ¿No has sido siempre libre de hacer cuanto has querido?

Beatriz tuvo en aquel momento uno de lucidez.

Fijando su vista en el rostro de su madre, exclamó:

—Todo lo que habeis dicho es verdad, y justamente esos son los motivos que podrian hacerme el culparos de todas mis desgracias. Si hubíerais sido una madre celosa de mi educacion, si hubieseis tenido sobre mi la vigilancia que toda buena madre debe ejercer sobre sus hijas, si hubieseis velado por mi inocencia y me

hubieseis advertido de los peligros que podia encontrar en el mundo, yo hubiese obrado con más cordura y de seguro no habria tenido ocasion de pervertirme hasta el punto á que he llegado, de no concebir mas pensamiento que de odio y de venganza. Si hay un Dios que toma á todos estrecha cuenta de sus acciones, vos la dareis de todas las mias, porque con vuestro descuido me habeis empujado por el camino del mal.

¡Justa y merecida leccion que era un principio de castigo para la madre de Beatriz!

Esta á falta de razones, se contentó con decirle:

—Eres insufrible y no hay quien pueda comprenderte. Pero en fin ¿podré saber el objeto principal de tu venida?

—Teneis razon, he hablado más de lo que debiera y me he apartado del objeto que á vos me condujo. Sabed que mi esposo hace tres dias que ha desaparecido.

—¿Y esto te tiene con cuidado? Él volverá.

—No volverá porque ha huido con su querida.

—¡Con su querida! ¿Y es posible que tenga querida á los pocos dias de casado?

—¡Así son los hombres! No se encuentra en ellos otra cosa que doblez y traicion.

—Comprendo ahora tu inquietud y tu desesperacion. Los celos son la tempestad del alma.

—¡Los celos! ¿Creeis que yo los tengo?

—Al ménos manifiestas tenerlos.

—Os engañais. Yo creo que es necesario gran dosis de estupidez ó de perversidad para tener celos.

—Pues mira, yo siempre he vivido creida en que los celos son hijos del amor y que mientras más violenta es la pasion del amor, es mayor el peligro de los celos. Pero habré vivido engañada, puesto que tu que eres mujer de talento, ves la cosa de otro modo.

—Podrá ser lo que decís, pero aún siendo asi, yo no puedo abrigar la pasion de los celos, porque en mi no existe la del amor.

—Me extraña lo que dices. Pues qué, ¿no amas á tu esposo?

—¿Me habeis visto amar algo en el mundo? Si yo fuese capaz de amar ¿no os amaria á vos que sois mi madre?

Estas palabras revelaban todo el cinismo de aquella alma depravada. Su madre no pudo ménos de estremecerse al escuchar tal confesion.

Beatriz comprendió el mal efecto que sus palabras la habian causado, y se apresuró á añadir:

—No se porque os han sorprendido mis frases. ¿Por ventura me habeis enseñado á amar? ¿He visto en vos ni en ninguna de las personas que me han rodeado desde mi infancia el puro y desinteresado afecto que engendra el amor?

—Tienes razon, respondió su madre con acento de amargura.

—¡Ah! Lo conoceis.

—Por desdicha.

—¿Y vos habeis amado?

—Yo nunca te he contado la historia de mí vida. Si la supieses te compadecerias de mi y no volverias á dirigirme esa pregunta. Tienes razon, tú no amas porque corre mi sangre por tus venas: no amas porque nosotros no podemos amar.

Y aquella mujer, ya casi anciana, pareció recobrar todo su primitivo vigor y levantándose rápidamente del sillon empezó á pasear por la habitacion, exhalando grandes exclamaciones y repitiendo.—«¡Oh recuerdos de tiempos que pasaron! ¿Porqué venís á agitar mi mente? ¿Porqué turbais mi tranquilidad? No... no podemos amar.... nuestro corazon solo puede abrigar odio y sentimientos de venganza!

Beatriz que hasta entonces no habia sabido nada respecto á la vida de su madre, que siempre la habia visto recogida y apartada en cuanto le era posible de todo trato con la sociedad, quedó parada y perpleja al oir el tono con que aquella hablaba; pero al escuchar sus últimas palabras, «nuestro corazon solo puede abrigar ódio y sentimientos de venganza,» se arrojó á los brazos de su madre, exclamando como fuera de sí:

—Bien, madre mia, bien: ahora os conozco, ahora os amo, porque os presentais á mi vista como un gigante, cuando yo os creia un pigmeo. Esos son mis propios sentimientos. Hállome ganosa de venganza y

por eso he acudido á vos. Pero sentémonos, madre mia, sentémonos, y meditemos tranquilamente sobre nuestros planes ó mejor dicho, sobre los planes que yo he formado para el logro de mis deseos.

Madre é hija se sentaron.

—Vamos, dijo aquella, al tiempo que se pasaba la mano por la frente: explícame la historia de tus desgracias. Más que tu madre, soy yo tu amiga, y á pesar de tu constante deseo para conmigo, te ayudaré en cuanto me sea posible.

—Bien: pero habeis despertado mi curiosidad, y á mi vez deseo conocer la historia de vuestra vida, porque muy desgraciada debeis haber sido cuando os habeis expresado del modo que lo habeis hecho.

—Habia resuelto que algun dia supieses la dramática historia de mi vida, pero queria que fuese despues de mi muerte, y como quiera que solo yo podia informarte de ello, hace tiempo que me he venido ocupando en formar una reseña, que tu encontrarias entre mis papeles, despues de mi salida del mundo. Pero va á adelantarse el plazo.

Y levantándose, fué á un mueble, le abrió y sacó de él un rollo de papeles que puso en manos de su hija, diciéndole:

—Toma; sóla en tus habitaciones podrás leer esas Memorias. Despues que hayas terminado la lectura, si me quieres maldecir, maldíceme: si me quieres compadecer, compadéceme. Ahora ocupémonos de tí.

—Sí, ocupémonos de mí, pues cada hora que tarda se me figura un siglo. Creo que no va á llegar nunca el instante de mi venganza, el momento de ver reducidos á cenizas á mis enemigos.

—Eso quiere decir que preparas más de una víctima.

—Sí, más de una y más de dos.

—Segun veo, será necesario preparar un cementerio para tu uso particular.

—No tanto, señora, no tanto. No he pensado poner fuego á la ciudad ni envenenar un ejército.

—Pues explícate.

—Voy á hacerlo.

—Os dije antes que nunca he amado.

—Lo recuerdo.

—¿Y lo habeis creido?

—Me has dado una prueba concluyente.

—Sin embargo, no dije toda la verdad.

—¡Luego has amado!

—Muy brevemente.

—¿A tu madre?

—No puede llamarse amor el afecto que los niños demuestran á los autores de sus dias: esto mas bien es una especie de instinto. Los niños quieren á las personas de quienes están rodeados, que les cuidan y alimentan. Por esto lo que yo os he tenido en mi niñez más que de amor puede calificarse de simpatía ó de infantil afecto. Despues vuestro desvio, vuestra

sequedad fué causa de que pudiese nacer en mí ese amor que generalmente se siente por las madres, y como debia amar algo, porque el corazon nos lleva al amor, amé las flores, los adornos, los vestidos lujosos y todo eso que halaga la vanidad de la mujer. Bien pronto empecé á verme rodeada de adoradores, pero á ninguno preferia, por ninguno sentia amor: coqueteaba con todos, escuchaba complacida las lisonjas que me dirigian, y cuando me miraba al espejo y me veia hermosa, decia: «tienen razon los que tanto me celebran.» Entre aquellos satélites que me rodeaban como á planeta primario, hubo uno cuyas contínuas frases amorosas alcanzaron de mí algo más que las de los otros. Él conoció que me era simpatico, me requirió de amores y yo le correspondí. ¿Le amaba? No puedo decirlo. Yo no sabia lo que era amor, pero ello es que el afecto que le profesaba fué creciendo en mí. ¿Recordais, madre mia, á Rafael de Céspedes?

—Y tanto como le recuerdo.

—Pues bien: la libertad en que yo vivia, gracias al descuido que conmigo teniais, porque yo creo que nada os importaba que me perdiese ó me ganase, hizo que él me visitára cada dia á solas, hasta que llegó uno en el que embriagándome de amor abusó de mi inocencia, dejándome despues á solas con mi deshonra.

—Pues nada de esto me has dicho nunca.

—¿Y para qué? ¿Podiais remediar lo que ya era irremediable?

—Continua, dijo la madre con la misma impasibilidad que si hubiesen tratado de una persona extraña para ellos.

—Cuándo volví en mí, cuándo comprendí la gravedad de mi falta, me horroricé de mí misma y me entregué á la desesperacion. No queria presentarme delante de persona alguna, creyendo que habian de leer en mi frente la señal de mi afrenta y de mi deshonra. Despues me serené. Juzgué que siendo Céspedes honrado, se uniria á mí en matrimonio. Continuó sus visitas, pero sin encontrarme fácil. ¡No era el amor puro el que á mí le habiá atraido! Tan solamente habia buscado el aumentar sus conquistas, el añadir á su lista el nombre de una nueva víctima. De esto pude convencerme á los pocos dias. Como yo me negase á admitir sus caricias, me preguntó:

—¿Es que ya no me amas?

—¿Y sabes tú, le contesté, en lo que el amor consiste?

—Yo no lo veo sino en el placer de los sentidos.

Aquel fué el momento en que mis ojos se abrieron á la clara luz de la verdad: entónces leí en el fondo de su alma y comprendí toda su villanía.

Disimulé la turbacion que me habian causado sus cínicas frases, y tomando un tono dulce, le dije:

—El estado á que han llegado nuestras relaciones, me permiten hacerte una pregunta.

—A la que yo responderé inmediatamente, me dijo, para satisfacer tus deseos.

—¡Ojalá los satisfaga! le dije.

—Veamos que es ello.

—Rafael, ¿piensas en nuestro casamiento?

Él me miró de un modo extraño, y me respondió:

—No creí que siendo tan jóven pensáras ahora en matrimonio. Este es un paso muy delicado que debe meditarse con despacio.

Yo quedé helada de espanto, y le repuse:

—No creí oirte hablar de ese modo. Si no piensas hacerme tu esposa ¿por qué has hollado mi virtud? ¿Por qué me has conducido á la deshonra?

A lo que él, con la mayor sangre fria, me contestó:

—¿Crees tú que he cometido yo algun pecado tan grave que merezca tan dura penitencia, cual es la del matrimonio? Pues á fé que no es poco pesada la tal cruz.

Al oir estas frases, no pude menos de romper en un amargo llanto, conociendo todo el peso de mi desgracia y llegué á perder el sentido. Cuando volvi en mí, el infame habia desaparecido.

Me encontré sola.

Entónces juré vengarme tarde ó temprano del que de tal modo habia jugado con mi inocencia. Dije, «no

amaré más á ningun hombre», y en efecto no he vuelto á amar.

—¡Pues entónces, dijo su madre, no ha sido el amor el que con Alberto te ha conducido al altar!

—De Alberto he querido tan solo hacer un instrumento para mi venganza.

—No te comprendo.

—Pues es muy fácil.

—Si no te explicas...

—Voy á hacerlo. Alberto me fué presentado por un amigo de los que concurrian á casa. En su primera visita quedó tan prendado de mí, que me declaró su amor. Yo le contemplé, conocí que era hombre de corazon y me dije:—«Este es el que yo necesito.» Como comprendeis, yo no podia por mí misma tomar venganza de Céspedes. Necesitaba un hombre que, apasionado por mí, estuviese dispuesto á hacer en todo mi voluntad: al que yo dijese, hiere, y que hiriese, mata y que matase.

Alberto, despues lo supe, estaba en relaciones amorosas con una muchacha casi simple, cuyo amor era ideal. Yo le deslumbré con un amor más positivo, con el amor de los sentidos, y abandonó aquellas platónicas relaciones, para caer en mis brazos, libre y desembarazado de todo compromiso. Ya sabeis, madre mia, que al poco tiempo me dió el título de esposa. Para mortificar su amor propio, para disponerle á que no tuviese repugnancia en ser el instrumento de mi

venganza, le referí cuanto me habia ocurrido con Céspedes, añadiendo que era necesario le matase por que no debia existir sobre la tierra, el único hombre que podia disfamarme y hacerle á él objeto de sus sátiras y burlas.

Me equivoqué en el concepto que de Alberto habia formado. ¿Sabeis qué me respondió?

—¡Cómo lo he de saber!

—Que cuando Céspedes tuvo sus relaciones conmigo, él no me conocia, y de consiguiente no tenia ofensa que vengar.

—¡Eso es indigno!

—¡Es cruel!

—¡Incalificable!

—Contemplad cual seria mi sorpresa.

—¿Y desististe?

—Bajo ningun concepto.

—Y entónces...

—Tanto insistí con él, que al fin me ofreció hacer lo que le decia.

—¿Y le mató?

—Aún se pasea bueno y sano.

—¿Y la promesa que te hizo Alberto?

—Quiso cumplirla, pero no queriendo que recayese sobre él la nota de asesino, si por desgracia llegaba á descubrirse el caso, determinó buscarle y con cualquier pretexto desafiarle.

—¿Y lo hizo?

—En efecto; sin decirme una palabra le buscó, trabó con él una cuestion y quedaron citados para el dia siguiente. Ya en el terreno, Alberto le dijo la verdadera causa que le habia impulsado y, sin testigos, porque así estaba convenido, empezaron la lucha. Alberto tuvo la desgracia de ser vencido. Céspedes, le dejó revolcándose en su sangre, creido de que no volveria á levantarse por sí mismo.

En tal estado fué encontrado por ese fraile hospitalario que le llaman Juan de Dios, el cual, ignorando su casa, y no pudiendo preguntárselo, porque no estaba en el uso de sus sentidos, lo condujo al hospital, del que yo le trasladé á casa cuando estuvo en disposicion de ello.

Para abreviar, os diré que Alberto no solo ha desaparecido de Granada, sino que como os dije al principio, tengo vehementes sospechas de que le acompaña esa Victoria, esa mujer hipócrita, que habia hecho creer á todo el mundo que habia vuelto las espaldas á la sociedad, para dedicarse al ejercicio de la misericordia cerca de los enfermos. Ved aquí lo que es la virtud de muchas mujeres.

—¿Pero tienes pruebas para afirmar lo que dices de ella?

—¿Qué más pruebas que el saber que ella y su madre han desaparecido de la ciudad en el mismo dia y á la misma hora que Alberto?

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué pienso hacer? Es muy sencillo. En primer lugar, vengarme por mi propia mano de Céspedes, después del hermano Juan de Dios, y cuando me sea posible de Alberto y de Victoria. Por esto os decia que habian de ser más de dos las víctimas que he de sacrificar.

—Pero no comprendo el porqué incluyes en ellas al hermano Juan de Dios. ¿Qué daño puede haberte causado ese pobre religioso?

—Ese pobre religioso es un hipócrita, un malvado. Yo tenia mis motivos para creer que favorecia los amores de Alberto con Victoria, y ahora he acabado de persuadirme de ello. El dia anterior al de la desaparicion de mi esposo, estuvo en mis habitaciones, y me hizo de ella un completo panegírico, celebrando sus grandes virtudes, y como estos frailes tienen tantas camándulas, comprendió, á pesar del disimulo en que yo encerraba mis palabras, que la odiaba de muerte y que tenia proyectos de vengarme de ella. De aquí tomó pié para dirigirme una larga amonestacion, exhortándome á la práctica de la virtud y á deponer todo sentimiento de ódio, y de tal modo se expresó, que ¿lo creereis madre mia? llegó á enternecerme, y tanto, que mudé de propósitos, formando intencion de vivir en adelante de un modo distinto que hasta entónces lo habia hecho. A no haber ocurrido al dia siguiente la desaparicion de Alberto y haberme convencido de que se habia ido con Victo-

ria, hasta hubiese venido á pediros perdon y os hubiese amado en adelante. Vamos, os digo que me puso el hombre en camino de ser santa.

Pero ¿en quién podrá ya creerse? Porque á mí no hay quien me quite de la cabeza que Juan de Dios es sabedor y quizá cómplice de lo que ha pasado. Yo sé que se conocen y aun que estuvo en el hospital á ver á Alberto cuando este se hallaba allí herido.

—¿Pues no estabas tú asistiéndole?

—Sí, en verdad, pero Victoria estuvo allí, ántes que yo fuese sabedora del suceso.

—Yo convengo en todo cuanto me has dicho, ménos en lo del fraile, y ya ves que no será porque yo sea aficionada á esos moscardones negros, ni á nada de iglesia, pero ese hombre se me figura un infeliz que solo tiene el vicio de andar en busca de enfermos para conducirlos á su casa, y servirles de médico, asistente y despues de sepulturero.

De este modo califican las grandes obras de misericordia, esas personas egoistas, incapaces de hacer el bien más insignificante á sus semejantes y que viven sólo para ellos. ¿Podia darse una vida de sacrificios más heróica que la de Juan de Dios? Él se privaba de toda clase de comodidades y ni aún el necesario descanso daba á su cansado cuerpo, por proporcionar un alivio á la humanidad enferma. Miéntras sus pobres estaban tranquilos en el lecho, él recorria la ciudad y los pueblos comarcanos, pidiendo limosnas pa-

ra ellos y, con una caridad inagotable, curaba sus llagas, les daba el alimento y procuraba conseguir su alivio. Y á èstas obras heróicas llamaba aquella mujer no ménos abyecta que su hija, el vicio de recoger enfermos.

El egoista no comprende los grandes timbres de la caridad cristiana.

—En cuanto á Juan de Dios, dijo Beatriz, no procuraré su muerte, porque no tengo más que sospechas, pero le haré tal desastre que le causará un tèrror que podrá costarle la vida.

—Pues es lo mismo. ¿A eso llamas no procurar su muerte?

—Y bien, ¿qué me decís? ¿Qué me aconsejais? ¿Para que he venido yo á manifestaros las llagas de mi corazon?

—No creo que haya nadie que pueda estorbar el cumplimiento de tus propósitos. Sal de la situacion violenta en que te han colocado los sucesos y tus propias pasiones. Céspedes te robó el honor; pues bien, róbale tú la vida y sales gananciosa. Alberto te ha burlado: tal vez no sea fácil que le vuelvas á ver, pero si algun dia te se pone delante, acaba con él y lo mísmo con esa miserable Victoria que tanto daño te ha causado.

—Veo en verdad que adivinais mis pensamientos, lo cual celebro infinito.

Veia la madre que su hija era un mónstruo de ini-

dad, pero recordaba los antecedentes de su vida, y decia para sí: «¡Es mi hija! ¡es mi hija!»

—Lo único que te advierto, es que obres con tal prudencia y discresion, que no tengas que arreglártelas con la justicia, que es muy delicada en esto de ajustar cuentas.

—Mio será el cuidado.

Beatriz se dispuso á marchar.

—¡Ah! le dijo su madre. No dejes de leer el manuscrito, que algo te enseñará. Despues lo quemas, porque una vez enterada tú de su contenido, no tiene objeto y nadie más debe verlo.

—Bien, hasta despues.

Beatriz se retiró.

La madre era digna de la hija y esta de su madre.

Ambas no pueden ménos de causar horror.

Son repulsivas.

Parece imposible que la naturaleza aborte tales mónstruos de maldad.

Mas ello es que, tipos de este género han existido en todo tiempo, para deshonra de la familia humana.

Afortunadamente son escasas en número.

Si así no fuera, si se encontrasen á cada paso mujeres tan abyectas como Beatriz y su madre, la sociedad se convertiria en un verdadero infierno.

El resto del dia, Beatriz lo pasó retirada en sus habitaciones, formando proyectos de destruccion.

Llegó la tarde, el sol se sumergió en su ocaso, ex-

tendiéronse las tinieblas, y Beatriz rechazó la luz que á sus habitaciones conducia una doméstica.

Quiso estar á oscuras para madurar sus perversos y diabólicos planes.

Su imaginacion exaltada concibió un proyecto terrible.

De pronto entró por la ventana un rayo de la luna que extendia su plateada luz sobre la ciudad rica en recuerdos, sobre la hermosa Granada.

Beatriz contempló el bello astro de la noche y exclamó:

—Tú eres testigo de mi juramento: ¡me vengaré del modo más terrible!

CAPITULO XXI.

El incendio.

«Juan de Dios, Granada será tu cruz», habia dicho Jesucristo, en forma de hermoso niño, al que con aquel nombre habia de ser admirado y venerado en todo el mundo cristiano por haber sacrificado la mayor parte de su vida en beneficio de sus semejantes. En efecto, Granada fue su cruz y su Calvario. Allí padeció las mayores injurias y afrentas y allí arrastró su vida de sacrificio, hasta que fue llamado por Dios para recibir en el cielo la corona de la inmortalidad.

Amaneció para Juan de Dios un dia en que debia sufrir muchas tribulaciones.

Pasaba por una calle de la ciudad llamada de los Gomeles, y derribó la capa á un caballero forastero con la alforja en que recojia la limosna. Incomodóse el

caballero y trató muy mal al siervo de Dios, el cual con gran mansedumbre, le dijo:

— Hermano, perdonadme que no hice con malicia.

No le agradó oirse llamar hermano y tomándolo por desprecio á su persona, le dió una bofetada.

Queriendo Juan cumplir con el consejo evangélico, le ofreció la otra mejilla, diciéndole:

—Hermano, yo he errado: dadme otra bofetada.

Irritado de nuevo el caballero mandó á sus criados que le maltratasen.

Iban á hacerlo, cuando acertó á pasar otro caballero de Granada llamado Juan de la Torre, el cual viendo aquello, dijo al humilde religioso:

—¿Qué es esto, hermano Juan de Dios?

Apénas el forastero oyó el nombre, conoció quien era aquel al que tanto habia agraviado, y arrepentido y avergonzado se arrojó á sus piés, pidiéndole perdon con una humildad que edificó á sus mismos criados.

Juan le abrazó, risueño como si nada hubiese sucedido, y el caballero le mandó aquel mismo dia cincuenta ducados para su hospital.

En la noche de aquel dia, Juan que tanto hacia por sus pobres, expuso por ellos su vida, dando asi un nuevo testimonio de su caridad.

Aquella noche habia sido la destinada por Beatriz para tomar venganza de Juan de Dios, que léjos de haberla ofendido en lo más mínimo le habia dado los

más saludables consejos, ganoso de la salvacion de su alma.

De pronto se declaró un voraz incendio en el hospital.

Las campanas hicieron la señal que avisa al pueblo en tal accidente, y en el momento se llenó el campo de gente.

Todos lloraban y gritaban movidos de compasion, y temerosos por la vida de los pobres enfermos.

La puerta estaba ocupada de humo y de fuego.

Nadie se atrevia á arrostrar tan inminente peligro.

Empero lo que no se atrevieron á hacer los hombres más esforzados, lo hizo Jua nde Dios impulsado de su caridad.

Llegó corriendo é iba á entrar por medio de las llamas.

Los circunstantes creyeron que obraba con temeridad y trataron de detenerle. Era su vida muy preciosa para que no la defendiesen.

—Deteneos, hermano Juan, dijo uno de los que le sujetaban.

—Dejadme, dejadme, gritaba Juan.

—Que vais á perder la vida.

—No importa.

—Nos importa á nosotros.

—Mis pobres, mis pobres, dejadme salvarlos. No se puede perder un momento.

Y desprendiéndose de los que trataban de detenerle

atravesó por la puerta, corrió á los departamentos de los enfermos, cuyos lamentos partian los corazones, abrió las puertas y ventanas, y fué sacando cuantos enfermos habia en el local que más peligro amenazaba, llevándolos á cuestas á veces de dos en dos, dándole la caridad las fuerzas que le quitaban los ayunos y las penitencias, y de esta manera los libró á todos. Despues arrojó por las ventanas las camas y toda la ropa.

Remediado lo más importante, no hallándose aún satisfecho con haber librado la vida á tantos pobres que sin su auxilio hubieran perecido, tomó una hacha y se subió á lo más alto, donde el fuego tenia su mayor fuerza, y procurando atajarlo por una parte, reventó por la otra y el héroe de la caridad quedó en medio de las llamas.

El númeroso pueblo que observaba en religioso silencio, prorumpió en un grito de espanto, creyendo que el hombre de Dios iba á ser reducido á cenizas en aquel instante.

Todos creyeron al fin que en efecto habia perecido porque no le vieron en el espacio de media hora.

Hombres y mujeres le lloraban por muerto y exhalaban grandes gemidos.

—¡Ya ha muerto, decian, el padre de los pobres!

—¿Quién cuidará ahora de los desgraciados? añadian otros.

Y todos hablaban de sus virtudes y de la caridad

que le habia hecho buscar la muerte por librar de ella á los pobres enfermos.

Pero de pronto aquellos gritos de dolor se convirtieron en voces de alegria.

Juan de Dios salió del hospital cuando ménos se esperaba, llenando á todos de admiracion, como si le vieran resucitado, lo que motivó el que en adelante fuese tenido en mayor veneracion.

Dios quiso por entónces conservar aquella preciosa vida que tan necesaria era á la humanidad doliente.

Desde entónces no le llamaron mas que el *santo*.

Años atrás le habian llamado *el loco*.

En un extremo de aquel campo y á alguna distancia del resto de las gentes, un hombre al parecer, pues que era Beatriz que envuelta en un negro manto y con horrible sonrisa, contemplaba con semblante tranquilo el resplandor de las llamas y parecia complacerse al oir el estruendo de las paredes que se derrumbaban.

Una mujer de más edad cubierta por un manto negro se acercó á ella, la tocó en el hombre y la dijo:

—¡Oh mónstruo! ¿Qué has hecho?

Aquella era la madre de Beatriz.

Esta se volvió y dejando entrever una feroz sonrisa, le contestó:

—¿Qué que he hecho? ¿No lo veis? He dado principio á mis venganzas. Juan de Dios creo que ha perecido. De poco le ha valido su santidad.

—¡No blasfemes! ¿Y los pobres enfermos en que te habian ofendido?

—Los ha ido sacando Juan y despues no ha podido salir él.

Beatriz ignoraba que Juan de Dios se habia salvado.

—Pero aunque hubiesen perecido los enfermos ¿que me importa? ¿No estamos todos destinados á morir? Más tarde ó mas temprano hubiesen muerto.

—¡Me horrorizas, Beatriz!

—No sé, madre, porque os horrorizais, despues de lo que hemos hablado, despues que me habeis descubierto que he heredado de vos mis sentimientos.

—No he llegado á lo que tú.

—Ya lo veremos en las Memorias que me habeis dado á leer, si están escritas con imparcialidad.

—Lanzó sobre ella su madre una mirada de horror y volviéndola las espaldas se dirigió hácia su casa.

Beatriz la siguió, pero á poco se paró y volvió la cabeza para recrearse nuevamente en su obra. Aún se veia la brillante claridad que habia sustituido al primer resplandor rojizo.

Impulsadas las llamas por el fuerte viento no tenian trazas de dejar piedra sobre piedra en aquel benéfico asilo de la caridad cristiana.

Despues de algunos momentos de tan horrible contemplacion, Beatriz continuó su camino hasta que llegó á su casa.

Habia perdido el último resto de sentimiento.

En aquella noche hubiera sido capaz de pegar fuego á Granada y verla arder como Neron hizo con Roma.

¿De qué no es capaz una mujer cuando ha perdido los buenos sentimientos y se ha arrastrado por el fango asqueroso de los vicios?

Arrojóse sobre un sillon, y sin mudarse de traje, exclamó:

—He empezado y con toda felicidad. Ahora continuaré mi obra, hasta dejar saciada por completo mi sed de venganza. Rafael, Alberto, Victoria, yo os aplastaré bajo mis plantas como se aplasta al miserable reptil. Os habeis burlado de mi, me habeis escarnecido sin piedad: pues bien, yo no la tendré con vosotros.

¿De qué medios se habia servido esta mujer infame para llevar á cabo su obra? Esto es lo que ignoramos.

Lo que sabemos es que instigada por sus malos instintos, habia dado principio á sus venganzas.

Un abismo conduce á otro abismo, nos dicen los Libros santos.

Dado el primer paso en el camino de la maldad, nada puede detener á la criatura, como no sea la gracia de lo alto.

Y esta gracia se va alejando á medida de la falta de correspondencia á don tan estimable, á auxilio tan poderoso.

¡Infeliz Beatriz!

Guiada por los caprichos del corazon, no comprendia, que una vez determinada á tomar venganza, debia empezar por ella misma.

¿Quién era la persona más culpable?

Ella, que faltando á sus deberes, al respeto que á sí misma se debia, al decoro y á la modestia que debe resplandecer en una doncella, cayó en los brazos de Céspedes, dejándose embriagar por un amor impuro, que produjo sus necesarias consecuencias.

¡Las pasiones hacen del corazon humano un depósito de iniquidad!

CAPITULO XXII.

Delirio.

Rayó el alba en el horizonte disipando las tinieblas de la noche de la maldad y del crímen. A duras penas pudieron los dorados rayos del monarca de los astros penetrar por entre los espesos nubarrones, que ocultaban á la vista del mísero mortal la azulada bóveda del firmamento.

Parecia que la naturaleza se asociaba al duelo de los justos por la catástrofe ocurrida en el asilo de la caridad y de la misericordia, pues que la mañana se presentó triste y tormentosa.

Beatriz, de la cual en las últimas horas de la noche se habia apoderado la fiebre de los remordimientos, abrió la ventana, porque parecia que le faltaba aire para respirar dentro de su habitacion. A su vista apareció la campiña, nó en la plenitud de su belleza, sino

triste, opaca, aunque levemente iluminada por el crepúsculo. La campana de una iglesia cercana llamaba á los fieles para la celebracion del primer sacrificio que en el nuevo dia debia ofrecerse á la Divinidad.

Beatriz quedó como petrificada á vista del triste espectáculo que á su vista ofrecia la naturaleza.

Por espacio de diez minutos permaneció en la misma posicion, como si la hubiesen clavado en el pavimento.

De pronto, la luz de un relámpago la deslumbró. Al relámpago sucedió un horrísono trueno cuya duracion fué de más de un minuto.

Aquella mujer fenomenal se estremeció.

Siempre es imponente la tormenta, pero lo es mucho más en sitios determinados y para las conciencias intranquilas.

Hasta los hombres más incrédulos han creido oir la voz de Dios ó el eco de sus amenazas, en ese pavoroso ruido producido por los fenómenos de la naturaleza. Una tormenta en medio del Océano y entre las tinieblas de la noche, hace estremecer y elevar el corazon al cielo hasta á los mismos que por costumbre hacen gala de despreocupados.

Y es que en ninguna parte se manifiesta más patente la omnipotencia del sabio Autor de la naturaleza que en medio de esos mundos de agua que, sin embargo de su inmensidad, se contienen en los límites que les están señalados.

Tambien la tempestad presenta un aspecto aterrador al malvado, porque, sublevada su conciencia, le hace temer una muerte instantánea y desastroza, tras la cual vé un juicio terrible de sus crimenes.

Hé aquí lo que pasó á Beatriz, cuando resonó en sus oidos el ruido espantable del horrísono trueno. Creyó que era el anuncio de las venganzas del cielo, que para ella se abrian las puertas de la eternidad, y no vió otro porvenir que los suplicios eternos.

Se aterró. Todo el valor de aquella mujer corrompida se desvaneció como el humo, reapareciendo la debilidad propia de su sexo.

Gruesas lágrimas brotando de sus ojos rodaban por sus mejillas.

Sin abandonar su posicion volvió la cabeza al centro de la habitacion y todo lo en ella contenido habia desaparecido.

Encontróse en una sala de grandes dimensiones, á cuyos lados se veian dos hileras de camas ocupadas por enfermos.

Por una puerta colateral penetraba un hombre vestido de negro: su semblante era triste y macilento: llevaba en su mano una taza.

Beatriz fijó en él su mirada y reconoció á Juan de Dios.

Aquella mujer presa de un delirio se cubría de sudor frio. Pasose la mano por la frente y por sus sedosos cabellos.

De pronto vió que Juan de Dios la miraba y la señalaba con su dedo.

Quiso apartar de él su mirada y vió que todos los enfermos se habian incorporado en sus respectivos lechos, imitando la accion del religioso; esto es, la miraban y la señalaban con el dedo.

Beatriz se hallaba poseida de un estremecimiento espantoso.

De pronto se sintió sujeta por ambos lados.

Dos jóvenes vestidos de blanco la habian asido por los brazos.

—Anda, dijo uno de ellos.

Ella se dejó conducir y al poco tiempo se encontró en el campo.

Pasaron por el lado de una fuente.

Ante ella se detuvieron.

—Tengo sed, se aventuró á decir Beatriz.

—Tu sed será eterna, dijo uno de los jóvenes.

El otro le preguntó:

—¿Qué vés?

—Una fuente, respondió Beatriz.

—¿Qué vés? repitió aquel.

—Un caño de agua cristalina y pura.

—¿Y dónde cae esa agua?

—Sobre una piedra.

—Mírala con atencion.

—Ya la miro.

—¿Y qué?

—Está horadada.

—¡Infeliz! prorrumpió el jóven: ¡hasta una piedra es más blanda que tu corazon!

—¡Mi corazon! exclamó Beatriz.

—Sí; tu corazon, dijo el otro jóven que hasta entónces habia callado: tu corazon es más duro que las peñas. En tu sed de venganza ni aun te compadeciste de los infelices que yacian postrados en el lecho del dolor.

—¡Todo está escrito! ¡Todo está escrito! dijo el primero de los jóvenes de la túnica blanca. ¡La justicia de Dios se aproxima!

Y sin dar lugar á que pronunciase ni una sola palabra más, huyeron precipitadamente de la fuente y sin soltarla, subieron á una pequeña colina.

Era tal la ligereza con que la conducian, que Beatriz creyó que no tocaba con su pié en tierra.

No hacia otra cosa que llorar.

—¿Lloras? le preguntó uno de los jóvenes.

—Si, si, dijo Beatriz.

—Tambien han llorado los pobres enfermos: tambien ha llorado el justo al verlos en peligro de ser devorados por las llamas.

—Lo siento... Mi arrepentimiento es grande.

—¿Vés? Y tambien nosotros lloramos.

En efecto, los ojos de aquellos jóvenes aparecieron cubiertos por el llanto.

—¿Y porqué llorais? murmuró Beatriz.

—Lloramos por tí; lloramos por tu suerte, porque te has abierto las puertas de una eternidad desgraciada.

—¡Ay de mí! exclamó Beatriz, cuyo corazon parecia quererle saltar del pecho.

Vamos, vamos, dijeron los jóvenes y desplegando dos grandes alas, la suspendieron de la tierra, y conduciéndola por los aires, fueron á descansar sobre la cresta de un elevado monte.

—Mira hácia tu derecha ¿Qué vés?

—Veo, dijo Beatriz, allá abajo, una gran llanura.

—Esa es la llanura de los desengaños.

—Vamos á ella, dijo el otro jóven.

En el instante descendieron.

—Mira ahora por este lado, y dinos lo que ves.

—Veo un camino muy estrecho, lleno de malezas, erizado de piedras puntiagudas. Debe ser muy difícil andar por él.

—Pues bien; ese es el camino del cielo. Esas piedras puntiagudas son las pasiones que es necesario vencer para llegar al fin. Esas malezas son los frutos que producen la corrupcion del corazon. Es menester destruir esas piedras y arrancar esas malezas para llegar al fin del camino, donde se encuentran delicias eternas.

Y la volvieron de espaldas á aquel sitio.

—¿Qué ves en esta otra parte?

—Un bellísimo camino cubierto de flores; es ancho y se puede ir por él con toda comodidad.

—Pues ese es el camino de la perdicion eterna. Has dicho bien. Aquí todas son comodidades, dulzura, placeres, pero se recorre con facilidad y presteza y al fin está la muerte eterna, esto es, los suplicios del infierno. ¿Por cuál quieres dirigir tus pasos?

—¡Quiero la vida! ¡quiero la vida! exclamó Beatriz.

—Pero la vida no se alcanza por el camino de las venganzas, y necesitas hacer mucha penitencia si has de vivir.

—La haré, dijo Beatriz, y cayó al suelo juntando su frente con el polvo de la tierra.

Tal habia sido su terror, que no pudo resistir más y le acometió un desmayo.

Pasado algun tiempo volvió en sí, y haciendo un esfuerzo consiguió levantarse.

Los jóvenes habian desaparecido.

Miró á todos lados y se encontró en su gabinete.

Todo aquello habia sido un delirio.

El peso de los remordimientos habia extraviado su razon: indudablemente habia sido la voz de Dios que la llamaba al arrepentimiento de sus gravísimas culpas.

Su turbacion vino á aumentarse por una ínmensa é indefinible desgracia.

En los momentos en que meditaba en lo que le acababa de ocurrir, llegaron á sus oidos grandes lamentos. Quiso informarse de lo que aquello era y su-

po con sorpresa que su madre habia sido encontrada muerta en su lecho.

Decimos que Beatriz oyó con sorpresa la desgracia acaecida á su madre, porque aunque prescindia de ella para todo y se gobernaba por su sola voluntad, la amaba; era la única persona que amaba en el mundo, por mas que ella hubiese manifestado lo contrario en su última conversacion con ella.

El dolor que experimentaba por el remordimiento que le habia producido cuanto viera en su delirio, se acrecentó tomando esa triste aridez, que lo hace aún más horrible de lo que es por naturaleza. Y los dolores morales destruyen el alma y trituran el corazon, mucho más que los físicos. El que padece físicamente tiene momentos de tranquilidad y de reposo. El enfermo del corazon, y con mucha más razon si la enfermedad procede de las pasiones, no encuentra momento de calma, el sueño huye de sus ojos, y todo cuanto no es el objeto de su pasion le fastidia.

A este dolor que experimentaba Beatriz, producido por su pasion de venganza, que la arrastró á cometer un crímen espantoso, se añadia ahora el de la instantánea muerte de su madre.

Esta señora habia descuidado el más grave deber de una madre, que consiste en formar el corazon de sus hijos y dirigirlos al bien por medio del ejemplo y de la enseñanza. Ella era la primera culpable, porque habia puesto á Beatriz en camino de perdicion. Por

esto, la Providencia que es justa, la llamó á juicio ántes que amaneciese el dia siguiente, á aquel en el que su hija cometiera el primer crímen.

Luego que se hubo dado sepultura al cadáver, Beatriz permaneció por algunos dias sola y abstraida.

Los dos acontecimientos de que hemos dado cuenta, adormecieron por de pronto en su corazon los deseos de nuevas venganzas.

Confiaba en que Alberto volveria y esta esperanza la animaba.

Una noche en la que su habitual tristeza era mas profunda que de ordinario, recordó las Memorias que su madre le habia entregado.

—Empezaré á leerlas, dijo, y se levantó con el objeto de buscarlas.

De pronto se detuvo y volvió á ocupar su asiento.

—¿Deberé leerlas? dijo. Tal vez me haga daño esta lectura en el estado de abatimiento en que me encuentro. Estas Memorias deben encerrar grandes secretos acerca de la vida de mi madre. ¿Y qué me importa todo esto? Mejor será arrojarlas al fuego.

Quedó callada por algunos momentos, y despues continuó hablando con ella misma:

—Pero nó; algo debe haber en ellas que me interese, cuando mi madre me las entregó, encargándome que las leyera.

Y tomando una determinacion decisiva, volvió á

levantarse, abrió un mueble y sacó un legajo de papeles.

—Hay para rato, dijo, pero empezaremos la tarea, y la adelantaremos ó atrasaremos segun lo que me vaya interesando la lectura.

Veamos lo que contiene el manuscrito.

CAPITULO XXIII.

En el que se dá á conocer al conde del Aguila.

I.

Las Memorias decian de este modo:

Era el conde del Aguila, un hombre como de treinta años de edad, de arrogante figura, fino en su trato, galante con el bello sexo, simpático á todas las personas que le trataban, y poseia una gran fortuna, lo que le hacia estar siempre rodeado de amigos, ó mejor de explotadores, que nunca faltan á los que son espléndidos y generosos, y en este punto nadie aventajaba á aquel noble.

II.

Pero como quiera que nadie es perfecto en el mun-

do, el conde tenia su lado flaco. No habia querido casarse, porque profesaba una máxima tan egoista como antireligiosa, que le hacia ser temible; esto es: «no tener mujer propia y conquistar las ajenas.» Jactábase en sus amistosas reuniones de no haber nunca tropezado con dificultades que no hubiese vencido, y tales historias referia, que sus amigos vinieron á darle el nombre de Alejandro. Creyeron que no otro convenia al que tales conquistas conseguia. Debe tenerse presente que el conde del Aguila, como todos los que piensan como él, tergiversaba cualquíer frase galante, traducia á su favor aunque no fuese sino una sonrisa de benevolencia ó buena educacion, y lo que es peor que todo esto, no solo divulgaba cualquier favor recibido de una mujer, sino que se jactaba de lo que no habia hecho, hiriendo despiadadamente el honor de señoras que lo conservaban puro é inmaculado. Esto le habia dado ocasion á más de un desafío en los que la fortuna habia estado siempre de su parte, en lo que se vé que no es compañera inseparable del justo.

III.

Yo tuve la desgracia de conocerle en un baile.

Ignoraba completamente sus cualidades. Educada con rigidez por mi madre, nunca me habia separado

de su lado, no tenia amigas y conocia muy poco del mundo.

El baile á que me refiero fué el primero á que asistí, y esto porque mi madre, enemiga de toda clase de espectáculos, no pudo rehuir el compromiso en que la puso, la única señora con quien conservaba amistad desde hacia muchos años, la cual daba aquella fiesta con ocasion de contraer matrimonio una de sus hijas.

Mi madre que no gustaba hacer mal papel en ninguna parte, ni queria que yo lo hiciese, me hizo adornar con todo esmero, y colocó en mi peinado y en mi pecho las mejores alhajas que poseia, que por cierto eran de un valor considerable. «No quiero, me dijo, que haya en la reunion una jóven más hermosa ni mejor ataviada que tú: quiero que seas la reina de la fiesta.» «Eso no puede ser, le contesté, porque siempre lo será la desposada, cuya belleza no es comun.» Mi madre sonrió y me dijo: «Verdad es que Elisa es hermosa, pero su hermosura es inferior á la tuya: además, tiene veinte y dos años y tu solo cuentas diez y seis: ¿y sabes tú lo que son seis años de diferencia en esta época de la vida? Aún tengo otra razon para creer que serás tú la reina de la fiesta: ella ya está casada y nada puede llamar la atencion á los jóvenes que asistan, miéntras tú puedes ser una esperanza para cada uno de ellos.»

IV.

Mucho me admiré de oir hablar de aquella manera á mi madre. ¿Qué habia sucedido? ¿En qué consistia aquella variacion tan repentina en su carácter y en sus hábitos? No me lo sabia explicar. Hasta entónces habia huido de toda clase de espectáculos y de reuniones, y no me habia permitido asistir á ellas ni aún acompañada de las personas de su mayor confianza. Vestia y me habia vestido con modestia, y sólo salíamos para ir á alguna funcion de Iglesia, ó á dar algun paseo, y esto no por los sitios más concurridos, sín la más pequeña modificacion, tanto que yo me fastidiaba y á veces lloraba cuando me hallaba sola. A la edad que yo tenia, era muy natural que me agradase una vida más alegre y comunicativa, pero nunca me habia atrevido á preguntarle la razon de su modo de obrar. La temia demasiado para que pudiese determinarme á hacerle pregunta alguna.

Por esta causa no pude ménos de maravillarme al ver, no solamente la facilidad con que accedió á llevarme al baile que se daba en casa de su amiga, sino su empeño en adornarme y el procurar por todos los medios posibles el que yo fuese objeto de conversaciones en aquella reunion. Viéndola, pues, tan complaciente, me aventuré á decirla:—«Parece que voy á buscar novio, mamá.»—«Y fácil será que lo encuen-

tres,» me respondió. Y añadió:—«Así como así, ya has cumplido los diez y seis años, y es menester aprovechar esta edad de los encantos. Si yo muriese mañana y quedases sola en el mundo, sin un brazo fuerte que te diese apoyo, podrias ser desgraciada. Tú no conoces el mundo, hija mia: en la sociedad no reina otra cosa que el engaño y la perfidia.

—¿Y conociéndolo así, me quereis poner, madre mia, en contacto con esa sociedad? la contesté.

—Es que para saber preservarse en un mal, es necesario conocerlo, me dijo.

—¿Pues como hasta ahora me habeis tenido retraida?

—Porque eras muy niña y carecias de reflexion. Ahora ya es otra cosa: vas siendo una mujer, y es necesario que vayas conociendo ese mundo, esa sociedad en la cual precisamente has de vivir.

Nada repliqué á mi madre.

Al anocher nos dirijimos á la casa para la que habíamos sido invitadas con gran contentamiento mio, y sin sospechar que iba á dar el primer paso en la escala de mis desdichas.

V.

Los salones destinados á la fiesta presentaban un aspecto encantador, y se hallaban embalsamados por el aroma de las flores que formando guirnaldas unas

y colocadas en ricos jarrones de porcelana otras, se veian por todas partes. Las paredes estaban cubiertas de ricas telas sobre las cuales resaltaban magníficas lunas que reproducian las parejas que se paseaban alegres. Preciosas arañas de cristal y lujosos candelabros, contenian multitud de luces. El pavimento estaba cubierto de riquísimas alfombras. En suma, aquello parecia una habitacion oriental. Verdad es que el desposado era rico como un Creso, y no era menor la fortuna de la jóven que con él se habia unido en el estrecho lazo del matrimonio.

Cuando los salones contenian ya la mayor parte de los convidados, abrióse una puerta y se presentaron los novios, los cuales tendieron la mano á todas aquellas personas que habian acudido á tomar parte en la fiesta y que les felicitaban, deseándoles muchos años de vida y de dicha en su nuevo estado. Ellos correspondieron á aquellas demostraciones de cariño, verdadero en los ménos, fingido en los más. Aquella noche recibí la primera leccion en el conocimiento del mundo. Una de las señoras que más elogios tributaron á la novia, diciéndola que estaba radiante de hermosura, decia una hora después á otras dos ó tres que la rodeaban:

—¿No veis que lánguida está la novia?

—¡Y que poca gracia tiene! contestó otra.

Y siguieron hablando de esta manera:

—Muy pronto se ha arreglado esta boda.

—Habrá sido preciso.

—Eso no es posible, dijo una tercera.

—Ello es que le hablaba á aquel jóven de Sevilla con el que se iba á casar, y de pronto se rompieron aquellas relaciones y en dos meses se ha arreglado este casamiento.

—No se comprende esto.

—¡Misterios!

—Si, es verdad: misterios.

—Que no se nos olvide el dia en que se ha verificado la boda.

—¿Por qué?

—Yo me entiendo.

Las interlocutoras se pusieron á reir celebrando la ocurrencia.

Después se disolvió el grupo.

Yo quedé maravillada, y empecé á comprender que en las reuniones de la alta sociedad habia mucho lodo por el que se arrastraba la honra de todo el mundo.

Aquello me produjo asco, y fuí á sentarme al lado de mi madre.

VI.

La fiesta terminó á una hora avanzada de la noche.

Cuando bajamos la escalera y llegábamos á pisar la calle, nos encontramos con el conde del Aguila.

Sin duda nos habia adelantado con aquel objeto.

—Señora, dijo á mi madre, la noche está muy avanzada, y es bastante lúgubre. ¿Podré tener la dicha de que me permitais acompañaros? Mi brazo y mi espada os ponen á salvo de cualquier peligro que pudiera amenazaros.

—Os doy las gracias, caballero, respondió mi madre, por vuestra generosidad. Vivimos bien cerca de aquí; pero, esto no obstante, no me atreveria á rehusar vuestro ofrecimiento.

El conde hizo aparecer la luz de una linterna sorda, y ofreciendo uno de sus brazos á mi madre y el otro á mí, nos dirigimos hácia mi casa.

Durante aquel corto tránsito yo no desplegué los labios.

Érame el conde simpático á pesar de que habia oido hablar de él aquella noche de un modo bastante desventajoso.

Entre él y mi madre se entabló el siguiente diálogo.

—¿Qué tal os ha parecido la fiesta?

—Confieso, dijo mi madre, que sólo he asistido para proporcionar esta distraccion á mi hija, que nunca habia asistido á reuniones de esta clase. Lo que es á mí me cansan. Esto es muy bueno para la gente jóven.

—Pues por mi parte no puedo ménos de decir, que si bien por mi posicion me son frecuentes esta clase de recepciones, me felicito de haber asistido á la de

esta noche, que me ha proporcionado encantos extraordinarios.

—Los mismos seguramente que encontraréis en todas las reuniones.

—¡Oh! No señora, nó: porque en el paraiso de donde hemos salido se presentó un astro de belleza que no me he cansado de admirar. ¡Dichoso el mortal que llegue á poseerlo!

—No sé por quien lo direis, pues que allí habia muchas bellezas.

—¡Ah! Pero ninguna podia compararse con el astro que aún no me ha abandonado.

Al pronunciar estas frases, el conde oprimió el brazo en el cual yo me apoyaba.

Mi madre le dió las gracias por su galantería, yo me estremecí sin saber darme cuenta de lo que experimenté en aquellos momentos, y en aquel instante llegamos á la puerta de nuestra casa.

Nos despedimos del conde, al cual mi madre ofreció la casa, y él manifestó que tendria mucho placer en hacernos una visita, si en ello no encontrábamos inconveniente.

—Nos llamarémos muy honradas con recibiros, señor conde, respondió mi madre, y desearia poseer un palacio para recibiros como mereceis.

—En vuestra casa, replicó el conde, que es muy suficiente, teneis un tesoro cuya posesion envidiarian algunos monarcas.

VII.

Mi madre parecia que se iba á volver loca de alegría. Habia comprendido que el conde se habia enamorado de mí, y la idea de verme elevada á la categoría de condesa la fascinaba.

—En buen hora, me dijo, fuimos á la recepcion. Ya sabia yo que en cuanto te presentase al gran mundo, encontrarias un buen partido. ¡Condesa! ¡condesa! ¡Hija de mi alma!

Y me colmó de besos y de caricias.

—Muy pronto, la dije, os entregais á la alegría. Lo que el señor conde ha dicho puede no pasar de galantería. Lo mismo dirá á todas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he oido hablar de él en el baile de un modo bastante desventajoso.

—¡La murmuracion! hija mia: ¡siempre la murmuracion! ¡Quién se vé libre de su aguijon terrible!

—Cierto es que puede ser muy bien murmuracion y calumnia lo que he oido del conde; pero tambien puede ser verdad.

—¿Y qué es lo que has oido?

—Que pasaba la vida engañando mujeres.

—¡Jesús, que horror! Eso lo diria alguna envidiosa á la que el conde no habrá dirigido jamás la palabra, y que se daria por muy contenta si lograse inspirarle

amor. Aún no conoces, hija mia, el mundo y mucho ménos á las mujeres. En fin, veremos de qué manera se explica cuando venga á visitarnos.

Con esto me dió las buenas noches, y yo me retiré á mi aposento.

Mi madre quedó murmurando:

—¡Condesa! ¡condesa! ¡Qué felicidad!

VIII.

Yo pasé la noche intranquila, pensando en el asunto que tanto habia preocupado á mi madre. No era que el amor hubiese aprisionado mi corazon. Aún no conocia esta pasion, y lo que es el conde no podia inspirármela, porque me doblaba la edad, no obstanque su hermosa figura y sus cuidados hacian que no representase sus treinta años.

Sin embargo, confieso que me halagaba la idea de llevar un título nobiliario y de participar de la inmensa fortuna que el conde poseia. Estas ideas fueron las que me quitaron el sueño.

Sin embargo, cuando más entregada estaba á ellas y formaba castillos en el aire, sentia como un presentimiento interior que me decia que el amor del conde habia de labrar mi desgracia. Yo procuraba desechar este pensamiento como una tentacion del demonio. Por fin, cerca del amanecer pude quedarme dormida.

Apénas me levanté, mi madre, que tampoco habia dormido pensando en la felicidad de su hija, volvió á reanudar su conversacion sobre el mismo tema.

No obstante los pensamientos que asaltaban mi mente, yo la escuchaba con complacencia.

¡Se me figuraba una cosa tan bella el ser condesa!

CAPITULO XXIV.

De cómo un conde puede ser digno de arrastrar una cadena.

I.

¿Qué debia yo pensar acerca de las frases pronunciadas por el conde del Aguila? Lo mismo que hubiese pensado cualquiera otra jóven de mi edad y de mis circunstancias.

Carecia absolutamente de experiencia, porque esta la producen los desengaños y yo no habia experimentado ninguno. Creia, pues, que el conde se habia enamorado ciegamente de mí.

Después de esto no veia otra cosa.

Acababa de cumplir los diez y seis años, pero mi inocencia y sencillez me hacian representar muchos ménos. Mi rostro y mis facciones eran como de una

niña de doce años á lo sumo. Era poco conocida, porque como ya dejo manifestado, mi madre me habia sacado de casa muy contadas veces. Así es, que la noche en que asistí á la mencionada reunion, todos los concurrentes me observaban, y el conde del Aguila concibió el criminal proyecto de agregarme al número de sus víctimas.

Aquel hombre benéfico por una parte, que gozaba en remediar una desgracia, que apartaba el pié por no matar una hormiga, que era, en una palabra, incapaz de hacer el menor daño á nadie, no sentia remordimientos de conciencia en ajar las flores de la inocencia que encontraba á su paso, llevando el dolor y la afliccion al seno de las familias. Así es la mayoría de los hombres: reputan como criminales las acciones que ven en otros y que verdaderamente merecen el nombre de tales, y se ciegan para no comprender las maldades que ellos cometen con tal que sean fruto de la pasion que les domina.

El conde del Aguila, ni creia digno de represion su cínico é inmoral modo de obrar en órden á las mujeres.

Apénas concibió su proyecto, trató de ponerlo en práctica, y esta fué la causa de habernos acompañado y haber proferido las frases que quedan consignadas.

Dos dias después se presentó en nuestra casa, y ya sin rodeos de ninguna clase manifestó el amor que

yo le habia inspirado, y su deseo de elevarme á su clase, ofreciéndome la mano de esposo.

Mi madre accedió gustosa; yo no se lo hice repetir, y desde aquel dia quedaron entabladas nuestras relaciones amorosas.

Sólo un año debíamos esperar para efectuar el matrimonio, durante cuyo tiempo, dijo el conde, nos trataríamos y adquiriria yo el amor que aún no podia inspirarme.

Era más que suficiente tiempo para que pudiese llevar á término sus planes criminales, porque lo que ménos pensaba era en hacerme su esposa.

Precisamente el trato diario con el conde, sus repetidos obsequios y las continuas protestas de su amor, hicieron que yo le fuese poniendo cariño.

A los tres meses le amaba verdaderamente.

No habian pasado cuatro, cuando yo advertí en él conatos de tomarse algunas libertades que no decian bien con el decoro de un hombre y la modestia de una doncella.

A pesar de mi natural sencillez, comprendí toda la profundidad del abismo á que me queria arrastrar.

Por vergüenza nada dije á mi madre, pero manifesté al conde una gran severidad en mi semblante, y como por encanto se convirtió en ódio el amor que ya le profesaba. ¿Cómo habia de amar al que pretendia robarme la prenda más estimable que poseia, cual era el honor?

Él comprendió que la fortaleza era inexpugnable, y concibiendo un plan más diabólico, trató de neutralizar el mal efecto que me habia producido su modo de obrar, no volviéndose á permitir ni la menor palabra que pudiera ofenderme.

Desgraciadamente las circunstancias se empeñaron en favorecerle.

II.

Cuando Beatriz llegó á este punto en la lectura de las Memorias de su madre, arrojó el manuscrito sobre la mesa, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Todos los hombres son iguales, exclamó: ese pérfido conde era otro Rafael. ¡Pues nada me habia contado mi madre de estas aventuras! Voy temiendo si seré yo hija de ese malvado, por más que otra cosa aparezca de mi fe de pila. Y por cierto que no sé el objeto que se llevaria mi madre al escribir estas Memorias y después al entregármelas. Si lo hubiera hecho algunos años ántes, tal vez me hubieran servido de algo, porque creo que han de contener grandes revelaciones. Ahora no sé de qué me servirán. Pero en fin, mañana continuarémos la lectura.

En efecto, al dia siguiente la reanudó en donde la habia dejado y vió que continuaba de esta manera.

III.

Un dia mi madre, al bajar las escaleras, tuvo la desgracia de resbalar, y cayendo de espaldas recibió un golpe en la cabeza tan fuerte que quedó sin sentido. Se llamó inmediatamente al médico, el cual declaró que aquel accidente era muy fácil que le costase la vida, sin embargo de que á la media hora de haber sucedido, se habia conseguido que recobrase el uso de la razon, pero no debia volverse á levantar del lecho. Las caidas en las personas de edad madura producen generalmente funestos resultados, y á mi madre se le agregaba el golpe recibido en la cabeza.

El conde manifestó sentir mucho aquella desgracia y apénas salia de casa. Siempre colocado á la cabecera de la enferma, la prodigaba los mayores cuidados con tanta asiduidad como pudiera hacerlo el más diligente y caritativo enfermero.

Yo que amaba extraordinariamente á mi madre, agradecia aquellos cuidados, en términos que en gracia de ellos llegué á olvidar las ofensas que del conde habia recibido y empecé á mostrarme con él más franca y comunicativa.

El peligro desapareció, pero mi pobre madre quedó en un estado de imbecilidad completa: perdió la memoria, y sus palabras eran incoherentes y sin el menor órden.

Todo esto debia producir en el conde una viva satisfaccion, por que no teniendo yo quien vigilase por mi, pues en casa no habia sino una antigua sirvienta á la que podia ser fácil cohechar, veia que se allanaba el camino que debia conducirle al término de sus planes. Pero sabia fingir de tal modo y disimular sus intenciones, que yo no pude concebir ni aún la más leve sospecha.

IV.

Susana, que así se llamaba la antigua criada de nuestra casa, habia entrado en ella muy jóven, de suerte que conoció el casamiento de mis padres, y me vió nacer. Su comportamiento habia hecho que le tomasen mucho cariño, y ella que me habia tenido en sus brazos desde mi más tierna infancia, me queria como si fuese su hija. En casa se la trataba como de familia, como sucede generalmente con los antiguos criados que han sabido cumplir exactamente con sus deberes. Su corazon era sensible y su carácter muy firme. ¿Podia concebirse que aquella mujer, que era para mí una segunda madre, se dejase corromper hasta el extremo de vender mi honra y mi inocencia? Pues así fué por desgracia.

V.

Un domingo la ví ataviada con un rico vestido muy

superior á lo que permitia su clase. La hice alguna pregunta sobre su procedencia y me dijo que lo habia comprado con sus ahorros.

Yo la creí de buena fe, sin embargo que no dejé de hacerle algunas observaciones que no fueron muy de su agrado, porque no he dicho todavía que Susana tenia entre sus buenas cualidades el defecto de la vanidad.

Era el único que le conocia.

Al domingo siguiente, al despedirse para ir al paseo, noté que además del vestido nuevo llevaba un rico pañuelo de la China, y no dejé de ver en uno de los dedos de su mano derecha una sortija que me pareció de valor, por más que ella trató de ocultarla á mi vista.

Nada la dije, pero me quedé pensativa sin saber que juicio formar de todo aquello. Mil diversos pensamientos asaltaron mi mente, pero nunca el verdadero. Susana era una mujer de cincuenta años, aunque no los representaba, pues se hallaba muy bien conservada. Aquella vanidad era ridícula en su edad. Esto sin embargo no podia preocuparme. Lo que me preocupaba era la procedencia de aquellas prendas. ¿Sabria esta mujer, me decia á mí misma, en que lugar tendria mi madre algun dinero y lo habrá robado al ver el estado de su cabeza? Pero esto no puede ser, me decia en seguida: Susana ha sido siempre honrada y no la creo capaz de semejante villanía. Por

otra parte no quiero hacerle más preguntas; el tiempo se encargará de descubrir este misterio.

VI.

Una noche se agravó el estado de mi pobre madre, y todo hacia creer que su fin estaba próximo. Con aquel motivo desplegó el conde toda su solicitud. Serian las once, cuando gracias á un medicamento recetado por el facultativo se calmó y quedó dormida. El conde dijo que bajo ningun concepto la abandonaba, y me suplicó que me fuese á recoger, que él con Susana permaneceria al cuidado de la enferma, y que caso que ocurriese algo, Susana me avisaria.

Yo me resistí cuanto me fué posible, pero tales fueron sus ruegos que al fin accedí á ello.

Estaba escrito que aquella fuese la noche de mi desgracia.

Ni el dolor que necesariamente experimentaba por el estado en que se hallaba mi madre, respetó aquel malvado.

VII.

Tan preparado estaba todo para mi ruina, que nada podia evitar la desdicha que me aguardaba.

El estado de intranquilidad en que me hallaba, una vaga inquietud que sentia y que no sabia explicarme,

fueron causa de que no pudiese cerrar los ojos.

Haria cosa de dos horas que estaba acostada cuando oí que habrian poco á poco mi puerta. Creí que mi madre se habria puesto peor y pregunté:—¿Eres tú, Susana?—Sí, señorita, me respondió: os he oido suspirar y calculo que no podreis dormir á causa de las sensaciones que habeis experimentado. La noche está fria y vengo á preguntaros si quereis que os ponga más ropa en la cama.

No era aquel ciertamente el objeto de Susana. Diariamente dejaba sobre la mesa de noche un vaso con agua azucarada, que yo acostumbraba á beber cuando me despertaba

Venia, pues, á ver si habia bebido aquella noche.

No le habia tocado, pero cuando para hablarle abrí el mosquitero de gasa, ví la bebida, y entrando en ganas de beber, la dije:

—Dame el vaso.

—Tomad, señorita, me respondió, poniéndolo en mi mano.

Al entregárselo de nuevo para que lo colocase en su sitio,

—Que os aproveche, me dijo.

Pero acompañó sus palabras con una sonrisa sardónica, que me dejó pasmada.

Colocó bien el mosquitero y se retiró.

Una terrible sospecha me asaltó y quise arrojarme fuera de la cama, pero no pude.

Sentí una especie de paralizacion en todos mis miembros, un peso insoportable en la cabeza, y al poco tiempo quedé profundamente dormida.

Habia bebido un narcótico.

El conde que lo habia preparado en confidencia con Susana, abusó miserablemente de mi anonadamiento, y me arrebató el honor sin que yo hubiese perdido mi inocencia ni mi pudor.

VIII.

¡Ah infame! exclamó Beatriz al acabar de leer este relato. El conde del Aguila fué aún más vil que Rafael, pues al fin si este abusó de mi inocencia fué valiéndose de otros medios ménos indignos. Me embriagó de amor, y yo me dejé seducir en un momento de alucinacion. ¡Y no hay castigos para estos bandidos de levita! Va un hombre, un desgraciado á arrastrar una cadena, porque el hambre le hizo robar un pan para alimentarse, y se pasean y son considerados en la sociedad estos ladrones que arrebatan el honor de las mujeres y la tranquilidad de las familias. Los sucesos que por mí han pasado me habian hecho odiar á la sociedad, pero ahora la declaro guerra á muerte. Si no me es posible vengar al que ultrajó á mi madre, al ménos aplastaré á los que á mí me han ultrajado. Nó, no me arrepiento ya de lo que he hecho: continuaré por el camino emprendido. ¡Guerra á

los hombres! ¡Guerra á esa sociedad que no encierra más que miseria y podredumbre!!

Y descomponiéndose los cabellos con sus dedos, empezó á pasearse por su habitacion, sin que salieran de sus labios otras palabras que maldiciones horrendas.

Se habia apoderado la fiebre de aquella cabeza volcánica, y estaba como fuera de sí. Al fin se rindió y cayó postrada en el lecho. Las últimas frases que pudo pronunciar fueron estas:

—Si el conde del Aguila fué mi padre ¡maldito sea! Si no lo fué ¡maldito sea tambien!

Tales fueron las sensaciones que habia experimentado que al dia siguiente no pudo abandonar la cama, dejando apesar suyo interrumpida la lectura de las Memorias de su madre. Pero no por esto dejó de pensar en la infamia cometida por el conde del Aguila.

—Una mala estrella, se dijo, pesa sobre nuestra familia. ¿Habremos nacido todos en ella destinados á ser víctimas? Yo lo fuí de Rafael y ahora lo soy de mi mismo esposo que me ha abandonado, y que tal vez pasa una vida alegre y divertida en compañía de Victoria. Pero aunque se hayan ido al fin del mundo, allí les alcanzará mi venganza. Los infames deben extirparse del mundo: los malvados no deben formar parte de la sociedad porque la contaminan.

Cuando estuvo en estado de poderlo hacer, reanudó

el hilo de la lectura. Tenia ansia y curiosidad por saber el desenlace de aquellos sucesos.

IX.

De este modo continuaba el manuscrito.

Cuando me desperté era ya entrado el dia. Sentia un desfallecimiento que me impedia el levantarme, y un malestar desconocido para mí.

Recordaba la risa sardónica de Susana al tomar de mis manos el vaso de agua azucarada, pero nada más.

Mi razon se hallaba turbada, y Susana hizo entrar para que me viese al médico que asistia á mi madre. Este me hizo varias preguntas, pero mi turbacion crecia y no sabia que contestaba á ellas.

Ocho dias permanecí en la cama. Durante este tiempo la enfermedad de mi madre continuaba en el mismo estado, y como aquella señora no sé por qué causa, vivia retirada del trato social, eran muy contadas las personas que se acercaban á nuestra casa para visitarnos.

Recobré al fin la salud, y supe que el conde del Aguila no habia parecido por casa desde el dia siguiente á la noche en que se quedó velando á mi madre. Susana me dijo que un asunto de mucha urgencia le habia hecho abandonar la ciudad, y que segun lo que le habia manifestado tardaria algun tiempo en volver.

Yo me alegré, porque si bien le habia devuelto parte de mi afecto, cuando observé su mentida solicitud por mi madre, ello es que en el fondo de mi corazon le odiaba, desde el dia que comprendí sus perversas ideas para conmigo.

Tres meses después comprendí todo el peso de mi desgracia. ¡Iba á ser madre! ¡Yo, ni pensaba en que pudiese estar deshonrada!

CAPITULO XXV.

Un orígen desgraciado y un remedio para esta desgracia.

I.

Cuando me convencí de la triste realidad, comprendí no solamente toda la infamia del conde del Aguila, sino la villanía de Susana, que me habia puesto en sus manos tal vez por un puñado de oro. ¿Podia darse una desdicha semejante á la mia? El conde habia abusado villanamente de mi inocencia. Era por lo tanto un miserable. Y que no habia entrado en su ánimo reparar la injuria que me habia hecho, lo probaba suficientemente su precipitada marcha sin haberse despedido de mí. ¡Cómo habia de atreverse á ponerse en mi presencia! ¡Cómo habia

de tener valor para levantar los ojos ante su desgraciada víctima!

Cuando adquirí evidencia de mi desgracia, comprendí que era irremediable, y tuve el valor de callar, tomándome algunos dias de tiempo para reflexionar lo que debia hacer.

Como quiera que á nadie podia comunicar el terrible secreto, tenia que consultar conmigo misma y luchar por consiguiente con mi falta de experiencia. Pensaba entre mí, quien era más culpable, si el conde ó Susana. El primero habia obrado de un modo el más infame, arrastrado por su brutal pasion: ella habia proporcionado los medios, seducida por el interés. Y después de reflexionar detenidamente, concluia por creer que el uno y la otra eran acreedores á una cadena.

Noté que Susana hacia algunos dias estaba triste, que apénas comia, y la sorprendí más de una vez llorando. Me hablaba con timidez y casi no se atrevia á levantar los ojos en mi presencia. No le pregunté la causa, pero comprendí que los remordimientos la habian conducido á aquel estado.

En aquellos dias ocurrió la muerte de mi madre. Yo experimenté un gran sentimiento por esta pérdida. Hasta tanto que se turbó su razon con motivo de la caida, y quedó postrada en cama, habia sido para mí, lo que debe ser una buena madre; esto es, el ángel custodio de mi inocencia. A no haber sobrevenido

aquel desgraciado accidente, el conde no hubiese podido llevar á la realizacion sus criminales planes, porque no era fácil burlar la vigilancia de aquella madre solícita, que si le habia admitido en casa, fué porque creyó que su fin era el más honesto, y que en efecto se casaria conmigo, lo que le halagaba sobremanera, pues no deseaba otra cosa que el bienestar y la felicidad de su hija única.

Como yo no habia llegado á la mayor edad, dejóme por tutor y administrador de sus bienes todos á un pariente lejano, hombre de bien y que estaba dedicado al comercio. Yo pude recoger y guardar una respetable cantidad que tenia mi madre en monedas de oro, sin que el tutor se pudiese apercibir de ello, y aunque quiso que me trasladase á su casa luego que se hicieron los funerales de mi madre, yo me resistí á ello y permanecí en la mia, sin más sirvientes que Susana. Odiábala, como es natural, pero no queria que otra persona se enterase de lo que tanto me importaba tener secreto.

II.

Bajo el pretexto del luto que guardaba por el fallecimiento de mi madre, pero con el verdadero objeto de ocultar mi estado, que cada dia se hacia más notable, dejé de salir de casa y de recibir visitas.

Ya se hacia necesario que hablase á Susana del asunto, y una mañana la llamé á mi habitacion:

—Siéntate, la dije, que tenemos que hablar.

La pobre mujer temblaba de los piés á la cabeza. Habia perdido en poco tiempo las carnes y el color, estando tan pálida y demacrada, que me causó lástima el contemplarla, á pesar de los motivos que tenia para odiarla.

Susana estaba con las manos cruzadas ante el pecho y la vista baja.

Yo procuré sonreirme y la dije:

—¿Sabes que tienes el aspecto de un reo que se halla en la presencia de sus jueces?

—Señorita... balbuceó.

—Dime, la pregunté: ¿sabes tú en cuanto dinero vendió Judas á Nuestro Señor?

—No comprendo...

—¿Lo que quiero significar?

—Ciertamente.

—Es que iba á preguntarte después en que precio vendíste mi inocencia al infame conde del Aguila.

Al escuchar estas palabras, Susana cayó de rodillas á mis piés vertiendo un torrente de amargas lágrimas.

Los sollozos le impedian articular palabra; pero al fin, después de tres ó cuatro minutos pudo pronunciar las siguientes:

—¡Maldecidme! señorita. ¡Maldecidme! No soy dig-

na de vuestro perdon. ¡Oh, si yo pudiese á costa de toda mi sangre lavar tan negra mancha! ¡Oh, si me fuera posible reparar vuestra desgracia con el sacrificio de mi vida! ¡Con cuanto placer la perderia!

Su dolor me causaba compasion.

El arrepentimiento de Susana era verdadero, sus lágrimas eran fruto del dolor de su corazon. Al ver su estado, yo no me atrevia á dirigirle sino palabras dulces y consoladoras.

Procuré tranquilizarla cuanto me fué posible, y después que hube conseguido que dejase su humilde posicion y se sentase de nuevo, la dije.

—Grande es en verdad, Susana, el crímen que cometíste, preparando los medios para que el conde hollase bajo sus piés la flor de mi inocencia; pero sin embargo, tus lágrimas te purifican á mis ojos, y yo te perdono. Ahora lo que hemos de pensar es lo que debemos hacer.

—¡Cuán buena sois, señorita! Me perdonais con generosidad, cuando debíais arrojarme de vuestra casa como arrojaríais á un ladron. Dios sabe que mi arrepentimiento, que no es de hoy, nace de lo profundo de mi corazon. Los remordimientos de mi conciencia, que no me abandonan ni de dia ni de noche, me van lentamente quitando la vida y me conducen al sepulcro. Yo espero que Dios me perdonará como vos me habeis perdonado, porque nunca desprecia el corazon contrito y humillado.

—¿Y sabes tú, la pregunté, el verdadero estadoen que me encuentro?

—Porque lo he notado hace ya más de un mes, no encuentro consuelo á mi quebranto.

—Bien: veo que estás fatigada: retírate y procura tranquilizarte. Mañana quiero que me lo cuentes todo. Deseo saber cuantas conversaciones sostuvíste con el conde, y todo cuanto conduzca al esclarecimiento del asunto. Esto me es de mucha importancia. Ahora déjame sola.

III.

Al dia siguiente, luego que hubieron pasado dos horas de la comida volví á llamar á Susana.

Estaba más tranquila.

El perdon que yo la habia concedido fué un bálsamo de consuelo que cayó gota á gota sobre su corazon.

—Vamos, la dije, cuéntame de que medios se valió el conde para vencer tu virtud y arrastrarte á cometer una accion indigna, siendo así que siempre me habias profesado un cariño extraordinario.

—El conde, señorita, es el más malvado de todos los hombres. Tal es su astucia, que conseguirá engañar á cuantas mujeres se atraviesen en su camino, si son de su agrado.

—Déjate de exordios y refiéreme punto por punto cuanto deseo saber.

—Recordaréis, señorita, que muchas veces cuando veníais de la calle con vuestra difunta madre, que de Dios goce, le encontrabais esperándoos en casa.

—Es verdad. Esto ocurrió varias veces.

—¿Y creeis que era casual?

—Así debia creerlo.

—Pues, no era así. Atisbaba cuando salíais, y en seguida llamaba. Le abria, y como le dijese «estoy sola» me contestaba, «pues bien, las esperaré.» Entraba en el gabinete, y aunque yo queria retirarme me retenia hablándome siempre de la belleza de la señorita y de sus estimables cualidades.—No sabeis, me decia, cuanto deseo que llegue el dia de conducirla al altar para que nos unamos en eterno juramento y en indisolubles lazos. Este será el dia más feliz de mi existencia. Cuando la señora cayó enferma, ya sabeis lo asíduamente que la asistia y cuán solícitos fueron los cuidados que la prodigaba.

Un dia, en el que vos dormiais, me dijo:

—No sabeis, Susana, cuan grande es mi alegría. He acortado el plazo señalado, y de aquí á un mes me caso con la señorita.

Yo, como es natural, me alegré mucho.

Desde aquel dia empezó á hacerme regalos, y ahora os diré que el fuego ha consumido hace quince dias el vestido y el pañuelo de China que me visteis

lucir en la tarde de un domingo. El anillo y un par de aretes que poseo y que son de igual procedencia, os lo entregaré para que hagais de ello lo que mejor os parezca. Nada quiero conservar que me recuerde aquellos momentos de extravío, que tan terribles consecuencias ha tenido para vos.

Después, ¿qué os diré? me hizo la proposicion de que le facilitára los medios de llevar á cabo el proyecto que desgraciadamente llegó á realizarse. Al principio me horroricé y le rechacé indignada; pero él insistió una y otra vez haciéndome grandes ofrecimientos y diciéndome que en aquello no hacia ninguna villanía, mediante á que pasados dos meses ibais á ser su esposa, y que de consiguiente sólo podia ser acusado de impaciente porque se adelantaba al cobro de un derecho. Usó de tales frases, que yo al fin le dije:—Bien, pero ¿no veis que aunque yo os facilitára el que pudierais introduciros una noche en su dormitorio, ella os arrojaria de él indignada, llamaria en su favor todas sus fuerzas, y lo único que se conseguiria es que fueseis para ella objeto de odio y que á mí me despidiesen ignominiosamente de esta casa? —Todo eso está previsto, me respondió, y si son esos solos vuestros temores, yo os haré comprender que no existen.

Al decir esto, sacó de su bolsillo una redomita, y entregándomela me dijo:—Guardad eso, y cuando se haya de llevar á cabo el plan no teneis más que echar

cinco gotas de ese líquido en la última bebida que tome. Pasada una hora quedará tan profundamente dormida, que al dia siguiente ni aun sospechará nada de cuanto haya ocurrido en su habitacion.

Confieso, señorita, continuó Susana, vertiendo lágrimas, que yo debí haberos dado cuenta de todo y á esto me llevaba el amor que siempre os he profesado, pero por desdicha, me dejé seducir y le ofrecí complacerle, mediante á que como aseguraba se habia de celebrar muy en breve la boda.

Al dia siguiente ocurrió el haberse agravado la enfermedad de vuestra señora madre y el ofrecimiento del señor conde de quedarse á cuidarla. Yo temblaba de piés á cabeza, porque veia llegar la hora terrible y no me atrevia á dejar de cumplir la palabra que me habia arrancado.

En un momento que pudo hablarme me dijo:—Administradle las gotas.

Vos os recogisteis y yo le dije que las habia echado en el agua azucarada.

Más tarde me hizo entrar nuevamente para que viese si habiais bebido.

El agua estaba en el vaso, pero me le pedísteis

—Y yo, le dije interrumpiéndola, noté en tí una risa sardónica que me hizo estremecer.

—Pues habeis de creer que aquella risa fué nerviosa, porque sostenia en mi interior una lucha terrible.

A la hora dormiais profundamente y el conde penetró en el dormitorio.

Es cuanto puedo deciros. Cuando salió, pasado algun tiempo, me dijo que le abriese la puerta de la calle. Yo lo hice y esta es la hora en que no le hemos visto más. Si yo hubiese sabido que despues de tantas promesas de casamiento se habia de llamar andana ¡cómo era posible que me hubiese dejado vencer!

—Bien, la dije; quedo enterada de todo: vete y déjame sola para que pueda entregarme á mis reflexiones.

IV.

Apénas hubo salido Susana, me entregué al llanto más desconsolador. Los detalles que me habia referido nó pudieron ménos de horrorizarme. ¿Podia darse villanía comparable con la del conde del Aguila? ¿Podia haber mayor desgracia que la que sobre mí habia caido? Al llanto siguieron sollozos tan profundos que Susana que me estaba escuchando, abrió la puerta y se acercó á mí.

Yo quise reprenderla, pero no me fué posible. ¡No podia articular palabra.

Susana no pudo ménos de afligirse y dirigiéndome la palabra me dijo:

—Por mi causa padeceis, ama mia. ¡Que no pueda con mi vida curar todos vuestros dolores!

—¡Ay! pude al fin contestarle: tú habias sido siempre buena para mí; tú debias amarme porque me tuviste entre tus brazos apénas abrí los ojos á la luz del dia. ¿Por qué quiso la mala ventura arrastrarte á clavar un puñal en mi corazon? ¿Por qué te olvidaste de lo que debia á tí misma? ¡Qué vida tan funesta se me prepara á mí y al desgraciado fruto de mis entrañas! ¡Qué destino más cruel!

Susana repetia sus protestas de arrepentimiento.

—Es verdad, decia, que os cuesta muy cara mi imprudencia, mejor diré; mi iniquidad, porque una iniquidad fué lo que hice, pero ya que es imposible deshacer lo hecho, procurad consolaros y veamos el medio de hacer más llevadera vuestra desgracia. ¡Oh, conde! ¡maldito seas mil veces! ¡Quiera Dios que la calamidad te persiga por todas partes, que no encuentres reposo sobre la tierra, que te acompañe en todo tiempo el recuerdo de tu crímen, y que llegada la hora de tu muerte, salgas del mundo en el estado de reprobacion, para que te hundas en el infierno por toda la eternidad!

—Calla, calla, la dije: me horrorizan esas imprecaciones.

Pero Susana estaba con el rostro desencajado, encendida de cólera, y no me fué posible contenerla.

Por fin se sosegó.

Entónces la dije:

—Decias que debíamos buscar el medio de hacer

más llevadera mi desgracia. ¿Qué es lo que has pensado? ¿Crees, por ventura, que hay algo que pueda mitigar mi mal?

—Creo que puede ocultarse el secreto y salvar vuestra reputacion.

—¿De qué manera?

—Yo encuentro dos medios de los cuales puede adoptarse uno.

—Explícate.

—Es que quiero que comprendais que solo vuestro bien, vuestra reputacion me mueve á proponeros...

—Acaba de una vez, la dije con impaciencia.

—Primer medio. Podeis permanecer como hasta aquí oculta á todas las miradas, y cuando llegue la hora del alumbramiento, siendo este felíz como esperamos en Dios, sereis asistida únicamente por mí, y después, yo me encargo de hacer desaparecer la criatura.

No pude ménos de horrorizarme al escuchar semejante proposicion.

—¿Qué palabras, la dije, acaban de proferir tus labios? ¿Quieres hacerme de peor condicion que las bestias? ¿Quieres que yo contemple el fruto de mis entrañas, que le colme de caricias, que imprima en sus labios y en su rostro ósculos de amor, y que después lo entregue á la muerte? ¡Qué atrocidad! ¡Qué madre puede obrar de tal manera!

—No era tal mi ánimo, señorita: yo soy incapaz de

quitar la vida á ningun ser racional ni de hacer que otro se la quite. Si yo dije que la haria desaparecer, es porque pensaba introducirla en alguna casa de personas pudientes y caritativas, que movidas de compasion la recogerian y adoptarian.

—De ningun modo, Susana. La madre que abandona el fruto de sus entrañas, es un mónstruo que no deberia existir en la sociedad: es peor que una fiera. Arrebátale á una leona su tierno cachorrillo y te despedazará con sus garras. Ya sé que esto sucede con bastante frecuencia: ya sé que existen esas madres criminales que para ocultar su afrenta se convierten en verdugos del fruto de sus entrañas; pero estas mujeres tienen el alma completamente corrompida. Nó; primero la afrenta y la deshonra. Verdad que soy inocente, por más que no podré probarlo á la faz del mundo; pero mejor quiero que esa sociedad que no se fija más que en la corteza de las cosas, me escupa á la frente, que el caer en semejante crímen. Mi hijo vivirá siempre conmigo; yo le alimentaré á mis pechos, y lo que sea de mí será de él. Si necesario fuera, pediria limosna por él.

—Teneis razon, dijo Susana, y obrais como buena.

—Bien. ¿Cuál es el otro medio que me querias proponer?

—¡Oh! No lo diré.

—¿Por qué?

—Porque lo aceptariais ménos que el otro.

—Sin embrgo, deseo saberlo.

—Os suplico que no me obligueis á decirlo: conozco vuestros buenos sentimientos y las ideas que abrigais acerca del hijo que teneis en vuestras entrañas, y esto me basta para desistir del proyecto.

Seria tan infame como el otro.

—Creo que no.

—Pues bien, explícalo.

—Era simplemente, por medio de una bebida deshacer la criatura.

—¿Procurar un aborto?

—Justamente.

—Apártate, la dije más encolerizada que al principio. ¿Eres tú la que estás arrepentida de tu primer crímen? ¿Eres la que tanto has llorado por haberme entregado en manos del conde? ¡Y quieres borrar tu crímen con otro crímen! ¿Ignoras por ventura que lo que me propones es un asesinato? ¿Con qué derecho vamos á disponer de la vida de una criatura? ¿Cómo es posible que yo cometiera un parricidio? ¡Oh! ¡Jamás! ¡jamás!

V.

Cuando llegó el tiempo natural, se me presentó un parto facilísimo, y sin más asistencia que la de Susana, dí á luz una hermosa niña, la cual recibió el nombre de Beatriz.

Nota marginal en esta página de las Memorias. Escribo estas memorias sólo y exclusivamente para mi hija. Si no omito detalles ni circunstancias, es porque deseo hacer para su uso y enseñanza un libro que sea como un espejo, que le enseñe á conocer el mundo y á preservarse de los hombres.

VI.

Beatriz se vió precisada á interrumpir la lectura: arrojó el manuscrito, y cubriéndose la cara con las manos, exclamó como fuera de sí:—«No hay duda; soy hija de la infamia, y yo ignoraba este baldon de mi nacimiento. Sin embargo, en mi fe de pila aparezco como hija legítima de un hombre que dejó memoria por su honradez. ¿Cómo puede ser esto? Tal vez se explique más adelante en el manuscrito. ¿Pero es posible, Dios mio, que en el mundo no reine más que la maldad y la perfidia? Mi padre fué un malvado; tambien lo es Rafael, el hombre á quien habia entregado mi corazon por completo. Alberto me ha abandonado sustituyendo mi amor por el de una miserable aventurera. ¡Me duele mi momentáneo arrepentimiento! ¡Guerra á los hombres! ¡Guerra á la humanidad entera! Es quimera el pretender que existe la verdadera virtud sobre la tierra.»

Asi se expresaba aquella mujer de cabeza volcánica, juzgando del mundo por un prisma erróneo. Ha-

bia tropezado con la maldad en medio de su camino, y esto le hizo concebir la idea de que no podia existir la virtud en el mundo. ¡Desgraciada sociedad si así fuese! Verdad es que en todo tiempo ha existido la maldad; pero su lucha con la virtud que empezó bajo los frondosos arbustos del Eden, se ha perpetuado á través de los siglos y continuará hasta el fin de las edades. Si hay Caines fratricidas, no faltan Josées que se complazcan en favorecer y ensalzar á sus hermanos. Si existen Absalones capaces de conspirar contra un padre, tambien hay muchos Isaacs, dispuestos á inclinar siempre la cabeza ante los mandatos y órdenes del autor de sus dias. Raro es tropezar con la virtud; pero existe, y en todas las edades de la humanidad ha habido héroes de virtud y de fortaleza, que no han dudado sacrificarse por el cumplimiento de sus deberes, y por el amor de sus semejantes. Si el pueblo de Israel nos ofrece el ejemplo de un Eleazar, muriendo por no comer de las carnes prohibidas por la ley, en las edades modernas tenemos multitud de casos semejantes que registran con gloria los anales de la humanidad.

Pero nada de esto se presentaba á la acalorada imaginacion de Beatriz, que como sabe el lector, se habia lanzado hacia muchos años á la carrera del crímen. Por su corazon juzgaba el ajeno, y así ha sucedido y sucede siempre á las almas depravadas.

Entregada á melancólicas meditaciones, formaba

los más negros proyectos para el porvenir. El que hubiese penetrado los secretos de su corazon, el que hubiese podido leer en el libro cerrado de su conciencia, hubiese dicho:—Esta mujer está completamente abandonada de Dios.—Pero esto no puede decirse en absoluto. Dios jamás abandona á sus criaturas, y por criminales que sean las llama á sí por el poderoso auxilio de la gracia. Si corresponde á este don precioso, se la va aumentando progresivamente, de modo que puedan llegar hasta á la santidad heróica. Así una Magdalena pecadora pudo llegar á los más altos lindes de la santidad, y una Pelagia, escándalo de su pueblo, pudo luego servir de modelo y más tarde ser elevada al honor de los altares. Ya veremos en el curso de nuestra historia, porque medios tan maravillosos sacó Dios á Beatriz del lodazal de sus vicios y delitos, para que saliera del mundo con la muerte de los justos.

Un hombre pobre, sin otra ciencia que la que se aprende en la oracion y en el ejercicio de la caridad, estaba destinado para esta obra en los consejos eternos. Juan de Dios, el héroe de la misericordia, era el señalado para tender su mano á esta paralítica y arrojarla en las limpias y saludables aguas de la penitencia.

Empero, no adelantemos la narracion de los sucesos.

Beatriz deseaba terminar la lectura del manuscrito

y así, después que se hubo tranquilizado, lo cogió de nuevo y vió que seguia de esta manera:

VII.

Aún no eran pasados dos meses, cuando Susana me entregó una carta que habian echado por una ventana. Titubeé en abrirla: pensaba si seria del conde y habia jurado no concederle mi perdon aunque cayera de rodillas en mi presencia, ofreciéndome la mano de esposo. Ni aún por mi hija hubiera faltado á este juramento.

Por fin, en la duda de quién podria proceder, la abrí, y cual seria mi sorpresa al leer su contenido. Decia así:

«Señora: de consecuencia en consecuencia he venido á deducir todo el peso de vuestra desgracia. Habeis sido víctima del desdichado conde del Aguila, que ha hecho en vos el juguete de sus pasiones. Soy soltero, no tengo ningun atractivo personal y nací algunos años ántes que vos. Sin embargo, poseo una regular fortuna y os la ofrezco junto con mi mano. Mi único objeto es salvar vuestra reputacion, hacerme aparecer oficialmente como padre de la criatura que hoy alimentais con vuestros pechos, y que mañana no tenga que bajar la cara avergonzada al deber que manifestar su orígen. Yo no puedo pretender que me ameis como esposa: una jóven que está en la pri-

mavera de su vida, no puede enamorarse de un hombre que le dobla la edad. Así, pues, si aceptais mi ofrecimiento, no seré para vos otra cosa que un padre y un protector, sin exigencias de ninguna clase. Tal vez extrañaréis esta conducta y por lo tanto debo explicarla.

«Hace algunos años me ví en peligro de muerte. Un hombre, al que no conocia, expuso su vida por salvarme y lo consiguió. No permitió ni aún decirme su nombre, y cuando más le instaba para que me lo dijese, me respondió estas palabras:—«La caridad no tiene nombre.»—Y añadió estas otras:—«¿Quereis pagarme el beneficio que os he dispensado?»—Respondíle que no deseaba otra cosa.—«Pues bien, dijo; pagádmelo en la misma moneda. Cuando algun dia observeis que una persona es desgraciada, que pesa sobre ella la mano de una tribulacion, tendedle la vuestra, y cuando la hayais librado de la desgracia, de la afrenta ó de la muerte, podreis decir: ya he pagado el beneficio que un dia recibí.»—Y sin decir más desapareció de mi vista, sin que haya vuelto á verle más. Esto ocurrió hace algunos años en Córdoba. Estoy en deuda y ganoso de pagarla. Desde aquella época vengo observando por todas partes, y creo haber encontrado la ocasion de satisfacer el débito. Si no me he equivocado en cuanto he pensado acerca de vuestras desgracias y quereis un nombre para vuestra hija, mañana al ocaso del sol tened abierta la misma

ventana por la que esta carta se haya introducido en vuestra casa. Si no aceptais, perdonad mi atrevimiento y creed que he sido guiado por el más puro de los deseos. En el primer caso, al dia siguiente pasará á ponerse á vuestros piés, vuestro vecino

Daniel Martinez.»

VIII.

Por espacio de cinco minutos estuve reconcentrada en mí misma, sin saber darme cuenta de lo que me pasaba. En primer lugar, lo que yo creia un secreto para todo el mundo, era perfectamente conocido del hombre que me escribia. ¡Tal vez lo seria de otros! Por otra parte, yo dudaba que sólo un impulso de caridad pudiera mover á un hombre á obrar de la manera que queria hacerlo Martinez. Sin embargo, la historia que refiere puede ser verdadera. De todos modos, es sabedor de mi desgracia: bueno será recibirle y hacerle conocer la verdad del hecho para que conozca tambien mi inocencia. No conozco á este Martinez ni quisiera volver á conocer á ningun hombre. Pero ¡mi hija! ¡Pobre hija mia! ¿Por qué ha de recaer en ella la mancha de un crímen que es sólo peculiar de su padre? ¿Por qué la sociedad no habia de ser más justa? Por ella, por mi hija haré cualquier sacrificio.

Llamé á Susana y le pregunté si conocia al sujeto que firmaba la carta.

—No le conozco, me dijo; pero tal vez sea, una vez que indica que es vecino, un señor como de treinta y cinco á cuarenta años, que vive en la casa de enfrente, y que sale muy poco. Es soltero, segun he oido, y no tiene familia. Únicamente viven con él sus criados.

Leíle la carta, pues que en vista de su arrepentimiento la habia perdonado y concedido de nuevo mi confianza y mi cariño, y la dí órden de que á la caida de la tarde del siguiente dia tuviese abierta la ventana, por la cual habia arrojado la carta.

Aquella noche no pude cerrar los ojos pensando en el asunto, y deseando que llegára la hora de conocer á aquel hombre, porque juzgaba que si era tal como se desprendia de su escrito, no debia parecerse en nada al resto de los hombres.

Lloré.

¿Y cómo no habia de llorar?

Para mí nada queria en el mundo.

El ódio estaba concentrado en mi corazon.

No podia amar á nadie y los hombres habian llegado á horrorizarme.

Pero tenia una hija, que carecia de culpa alguna en mis desdichas.

Y si podia evitar su infamia: si podia hacer que más tarde no se avergonzase de su orígen, y que pudiese

ostentar un apellido, ¿por qué no habia de aceptar la generosa propuesta que se me hacia?

No tuve necesidad de meditar por mucho tiempo.

Ante toda consideracion estaba la hija de mi alma, único objeto de mi más acendrado cariño.

Veia el medio de librarla de la infamia, de darla un nombre.

¿Debia titubear?

Hé aquí porque ordené á Susana que abriese á tiempo la ventana.

No esperaba dicha para mí.

Pero debia entrar la dicha para mi hija.

CAPITULO XXVI.

Más pormenores.

I.

Como quiera que Martinez viese que la ventana estaba abierta á la hora convenida, quedó complacido por esta prueba, de que no habia sido despreciado su ofrecimiento, y al dia siguiente se presentó á hacer su primera visita.

Yo le recibí con afabilidad, aunque no pude ménos de ruborizarme á la presencia de un hombre qué podia juzgarme de un modo que yo estaba muy léjos de merecer.

Era D. Daniel Martinez un hombre como de cuarenta años de edad, enjuto de carnes, de aspecto sombrío, y en su rostro se advertian las huellas de grandes sinsabores. Nada, pues, tenia de simpático

especialmente para una jóven de las circunstancias que entónces me acompañaban. Pero en cambio, era persona muy distinguida, de una conversacion muy agradable y sobre todo muy limpio.

Saludóme con la mayor cortesía y yo le hice tomar asiento.

—Excuso, me dijo, explicar á V. el objeto de mi visita, toda vez que tuve el honor de manifestarle en mi carta cuales eran mis ideas con respecto á V.

—Soy muy desgraciada caballero, le respondí, y habia creido que mi desgracia seria un secreto para todo el mundo, al ménos que el que me la ha causado no haya tenido el cinismo de divulgar mi afrenta.

—Os aseguro bajo mi palabra de honor que no he tenido jamás trato de ninguna clase con el conde del Aguila, ni á ninguna otra persona he oido hablar de vos.

—Pues no comprendo...

—Ya os decia en la carta que eran deducciones mias.

—Ahora lo comprendo ménos.

—Pues nada más fácil de comprender.

—Veamos.

—Si me permitís...

—Podeis hablar con entera libertad,

—Siendo así, os diré que el conde del Aguila goza de una malísima reputacion en la sociedad, y es temido por su audacia en seducir.

Yo vivo en la casa que da frente á esta, y como salgo muy poco, pues desgracias que no son del caso referir ahora me han hecho aislarme del trato social, paso las horas leyendo al lado del balcon ó bien viendo transitar la gente sin ser yo visto de nadie. Llamóme la atencion ver entrar en esta casa con repeticion al conde del Aguila, y como yo os conocia como se conocen á los vecinos, dije para mi. Esa pobre jóven es perdida. Su nombre pasará al catálogo de sus víctimas.—Y que no me habia engañado me lo comprueba el que él ha dejado de venir hace algunos meses y vos habeis cesado de dejaros ver en público. No sé si habré deducido bien: ¡ojalá me hubiese equivocado!

Yo no pude contener las lágrimas al oir al señor de Martinez expresarse de aquella manera, y le respondí de este modo:

—Por desdicha mia no os habeis equivocado, caballero; pero cumple á mi decoro haceros una explicacion por la cual comprenderéis que estoy libre de toda culpa y de que, apesar de que las apariencias demuestran otra cosa, soy completamente inocente.

—No teneis que justificaros á mis ojos, pues que si yo os creyera culpable más que desgraciada, tal vez no hubiere dado el paso de escribiros en los términos que lo he hecho.

—Sin embargo, está tan fuera del órden comun de

las cosas lo que me ha ocurrido, que os suplico os digneis escucharme.

—Siendo así, tendré el mayor gusto en ello.

Obtenida la venia del señor de Martinez, yo le hice una minuciosa relacion de cuanto me habia sucedido con el conde, segun más arriba dejo apuntado en estas Memorias.

Cuando llegué á la escena de la noche fatal en la que en virtud del narcótico el conde abusó villanamente de mi inocencia, Martinez se levantó y sujetándose la cabeza con las manos empezó á pasear por la habitacion, exclamando:

—¡Jesús! ¡Qué infamia! ¡Y hombres semejantes se pasean libremente y gozan de buen nombre en la sociedad! ¿Para cuando guarda Dios los castigos? ¡No he oido en mi vida cosa semejante!

Estas exclamaciones hicieron que yo me afligiese más y más por el recuerdo de aquellos sucesos, y que derramase abundantes lágrimas.

Tambien se agolparon á los ojos de Martinez, y todo me hizo conocer sus bellísimos sentimientos, y que sólo la bondad de su corazon le acercaba á mí.

II.

Luego que ambos nos hubimos calmado algun tanto, entablamos el siguiente diálogo:

—Es necesario, señorita, dijo Martinez, remediar en

cuanto sea posible vuestra desgracia. Deseo repetiros de palabra lo que os he dicho en mi carta. No me atrae á vos ni vuestra belleza, que es encantadora, ni ninguna otra circunstancia particular, y si sólo vuestra desdicha. Casándome con vos y prohijando el fruto del crímen del desdichado conde del Aguila, creo cumplir la voluntad del que en el dia de la adversidad me tendió una mano generosa. Una série de disgustos han impreso á mi semblante señales de una vejez prematura, sin embargo que sólo cuento cuarenta y dos años de edad. Si soy para vos repulsivo, ya os lo he indicado, seré para el mundo vuestro esposo... para vos vuestro hermano.

Era menester haber tenido una gran dureza de corazon para no entristecerse al escuchar aquellas frases generosas: así es que yo no pude ménos de decirle:

—Os agradezco en el alma vuestros buenos sentimientos hácia mí, y estoy dispuesta á daros la mano de esposa, sin necesidad de las salvedades que habeis puesto. Si sois mi esposo fuera de casa, lo seréis tambien en ella.

En el semblante de Martinez brilló un rayo de alegría.

En aquellos momentos parece que habia rejuvenecido.

—Pero creo, añadí, que no debemos precipitar el asunto, y me parece conveniente que nos tratemos ántes por algun tiempo á fin de que vayamos cono-

ciendo nuestro carácter y genialidad, pues se trata de un lazo que sólo la muerte puede desatar, de un vínculo indisoluble. ¿No sois de mi misma opinion?

Martinez convino en ello, y aquel dia empezaron nuestras relaciones amorosas, aunque por mi parte, mejor pudiera decir relaciones de amistad. El amor lo habia de traer el tiempo.

III.

A la segunda visita, como Martinez celebrase el buen gusto con que estaba adornado el gabinete en el que le habia recibido, quise enseñarle toda la casa y se fué enterando de todo minuciosamente.

En el testero de la sala habia un retrato de medio cuerpo que era del autor de mis dias.

Martinez le miraba atentamente y fruncia las cejas, como queriendo decir.—Yo conozco á este personaje.

De pronto dió un grito de alegría, y dirigiéndose á mí, exclamó:

—¿De quién es, señora, este retrato?

—De mi padre, le respondí.

—¡Oh! ¡Bendita sea la Providencia! ¡Que inescrutables son sus juicios!

Yo no comprendí el significado de aquellas palabras.

—No os comprendo, dije.

—¿Sabeis lo que para mí significa ese retrato? Pues

es del que me salvó la vida... representa á mi generoso protector, al que no he visto en tantos años y cuyo nombre ignoré siempre. ¿Vivió vuestro padre en Córdoba?

Permaneció en aquella ciudad por espacio de algunos años. Allí corrieron tambien los primeros de mi vida.

—¿Y creeis ahora que no tengo motivos para bendecir á la Providencia? Para mí, señora, no existe la casualidad; lo que con este nombre es apellidado por el mundo, para mí es efecto de la Providencia. Vuestro padre ignoraba de todo punto que el beneficio que me dispensaba iba á recaer un dia en su hija. Su obra fué meritoria á los ojos de Dios, subió hasta el cielo en olor de suavidad y su efecto ha venido á descender sobre vos que sois su hija.

Mis sentimientos estuvieron de acuerdo con los de Martinez, y no pude ménos de ver el dedo de Dios en lo que sucedia.

Desde aquel instante mi suerte no me pareció tan desgraciada.

Mi corazon parece que recibió un bálsamo de consuelo.

Tendí mi mano á Martinez, al cual le dije con acento conmovido:

—Toda vez que nuestra union está decretada en el cielo, tened por no dicho lo de la espera que os habia suplicado. Cuando sea vuestra voluntad, estoy pronta

á honrarme con el título de esposa del más honrado de los hombres.

IV.

Martinez no pudo disimular su alegría. Como luego de casados me lo explicó varias veces, él no habia mentido. Vino á mí, impulsado por sólo el deseo de protegerme, viendo en esto el medio de cumplir la promesa hecha á mi padre. Empero, desde el momento en que me vió de cerca y me oyó hablar, se habia enamorado ciegamente de mí. Y este su amor creció de punto desde que habiendo oido de mis labios la verídica historia de mis desdichas, se convenció de mi inocencia. ¿Como, pues, podia ocultar el regocijo que le produjeran mis palabras?

En el colmo de su alegría me dijo:

—Dentro de ocho dias seréis mi esposa.

—Quiera el cielo, le respondí, que sea para nuestra mútua felicidad.

—Yo os aseguro, replicó, que podiais haber encontrado un esposo más jóven, adornado de mejores prendas físicas y aún tambien poseedor de mayor fortuna que la mia; pero nó que fuese más constante que yo en su cariño y que trabajase con más asiduidad por haceros feliz. Un jóven se cansa y con facilidad se distrae y sustituye con un amor venal el que sólo pertenece á su compañera. Yo no estoy en ese

caso. Los desengaños del mundo me han hecho huir de la sociedad y del trato de las gentes. He encontrado un ángel á mi paso, y este ángel, que sois vos, será mi guia y único compañero.

—Aún no habeis visto, le dije desentendiéndome de sus últimas frases, el fruto del crímen del infame conde del Aguila: y como os constituireis en su segundo padre y protector, vais á conocerle.

Tiré del cordon de la campanilla, y se presentó Susana:

—Trae, la dije, la niña.

Susana obedeció.

A los pocos instantes se presentó conduciendo en sus brazos á mi pequeña Beatriz.

Martinez la recibió en los suyos y la colmó de caricias.

—Es preciosa, exclamó: verdad es que es desgraciada; pero la mancha de su orígen quedará borrada de suerte que ni aún rastro quede de ella. Ya tiene un padre que le dará su apellido y la hará heredera de cuanto posee.

—¡Ah! exclamé: lo que un padre criminal y desnaturalizado abandona, la caridad lo recoge. ¡Bendita sea mil veces la caridad!

Mandé á Susana que se retirase con Beatriz y volvimos á quedar solos.

V.

Entónces dije á Martinez.

—Tal vez me tacharéis de importuna...

—Nunca, señora, me atreveré á calificaros de tal modo, sea cualquiera la pregunta que me dirijais. ¿No vais á ser mi esposa? Pues ya no deben existir secretos entre los que estamos destinados á ser dos almas y un cuerpo.

—Es que me mueve la curiosidad á haceros una pregunta, y al mismo tiempo conozco que el hacerla es imprudente.

—Pues deponed todo temor, que yo os ofrezco satisfacer vuestra curiosidad.

—Con una condicion.

—Podeis imponerla.

—Que si creeis que no debe ser conocido por mí el asunto de que trato de informarme, me lo manifesteis con claridad.

—Lo ofrezco.

—No quiero que os violenteis en manera alguna.

—Os he empeñado mi palabra.

—Pues bien, deseo saber que desgracia fué esa de la que os libró mi difunto padre.

—Nada más justo, y sin necesidad de que me lo preguntaseis, yo os lo hubiera referido después de nuestro casamiento; pero, ya que tanta impaciencia

demostrais por saberlo, voy en este instante á satisfacer vuestra curiosidad, muy natural, cuando se trata de una accion benéfica del autor de vuestros dias.

VI.

Martinez empezó su relacion de este modo:

Yo fuí, señora, el primogénito de una casa opulenta dedicada al comercio. Tuve otros dos hermanos que murieron muy jóvenes.

Habiendo quedado solo, yo formaba las delicias de mis buenos padres, los cuales me dedicaron desde mis más tiernos años á su mismo ejercicio del comercio.

No me negaban nada de cuanto pedia, y ántes por el contrario, satisfacian hasta mis menores caprichos. Así, pues, nunca supe lo que eran contradicciones.

Tenia quince años cuando la muerte arrebató á mi madre.

Esta pérdida fué para mí un golpe cruel, que me causó una profunda tristeza. Era mi madre una señora de grandes virtudes, muy compasiva para con los pobres y en extremo cariñosa para con su familia. Cuando estaba para morir, yo me arrodillé al lado de su cama, y vertiendo un raudal de lágrimas le pedí su bendicion. Me la otorgó de buena voluntad, y me dirigió estas palabras que jamás he podido olvidar:

—Yo te bendigo, hijo mio, y ojalá que esta bendi-

cion que dejo caer sobre tu cabeza al partir para la eternidad, sea preludio y prenda de las bendiciones de Dios que te acompañen durante el tiempo de tu peregrinacion sobre la tierra. No te apartes un momento del cumplimiento de tus deberes. Honra mucho á tu padre y no le causes el menor sentimiento, no olvidando que Dios proteje y concede larga y próspera vida al que honra á sus padres. Sé siempre temeroso de Dios, y en las grandes adversidades de la vida verás resplandecer sobre tí los efectos de su misericordia. Sé compasivo para con los pobres y desgraciados, y huye del orgullo y de la vanidad mundana, teniendo siempre presente que todo termina con la muerte. A Dios, hijo mio; ruega á Dios por el alma de tu pobre madre. Dichas estas palabras, dirigió otras á mi padre que se hallaba presente, y como si esperase tan sólo despedirse de nosotros, entró en la agonía, y una hora después subió al cielo á recibir el premio de sus virtudes.

Yo procuré siempre cumplir como preceptos sus postreros consejos, y no me aparté en lo más mínimo de las sendas de la rectitud y del cumplimiento de mis deberes.

Al poco tiempo mi padre experimentó una pérdida de consideracion en el comercio, lo que sufrió con la mayor resignacion. En los años sucesivos, la casa léjos de adelantar siguió experimentando pérdidas, lo que hizo que mi padre á fuerza de calçular y de ver-

se tan contrariado cayese enfermo, habiéndosele encontrado una mañana muerto en su lecho.

Yo acababa de cumplir la edad legal y me puse al frente de la casa. Trabajé cuanto me fué posible por mejorar el estado de mis intereses, y creí que lo iba consiguiendo, cuando un dia se me presentó el cajero diciéndome que de una casa de Sevilla reclamaban treinta mil duros que tenia en depósito en mis arcas, y que á duras penas podian reunirse veinte mil, y eso quedándose sin dinero para atender á cualquier otro pago.

Quedé petrificado al escuchar tal nueva, y casi sin poder articular palabra le pregunté:

—¿Cuando han de venir á retirar esa suma?

—Pasado maña, me contestó.

—Bien; marchaos, le dije, yo proveeré.

Por algun tiempo estuve sin saber que partido tomar. Por mí mismo examiné los libros por si habia fondos de que disponer en otras casas, y pude convencerme de que no habia remedio para mí. Si me declaraba en quiebra padecia mi honor, porque nunca se piensa bien del comerciante que se presenta en este estado, por más que á él le haya conducido la desgracia.

El trastorno que experimenté fué tal, que casi llegué á perder la razon, y olvidando por un momento las máximas de la religion que mi buena madre habia gravado en mi corazon, pensé en el suicidio como

único medio de librarme de la deshonra que creia iba á caer sobre mí, y sobre el nombre de mi padre y su memoria.

Concebir el pensamiento y tratar de realizarlo, fué todo una cosa.

Entre los medios de que podia servirme para ello, escogí el de la extrangulacion.

Busqué para ello una cuerda de cáñamo, la lié de modo que formára el ménos volúmen posible, y cubriéndola con un pañuelo, salí de casa á la mañana siguiente al rayar el dia, sin ser notado de nadie, y me dirigí al campo en busca de un árbol donde consumar mi crímen.

Anduve cosa de una legua y me encontré en un espeso pinar.

Inmediatamente me despojé de la mayor parte de mi ropa, y trepando por un pino me puse á colocar la cuerda.

Afortunadamente y sin que yo me hubiese apercibido de ello, por el trastorno de mi imaginacion, habian sido observadas mis primeras operaciones por un caballero que sobre soberbio alazan se dirigia desde Córdoba á un pueblo inmediato. Comprendió lo que iba á hacer, se apeó y á pasos lentos se acercó hasta colocarse detrás de mí.

Cuando todo lo tenia preparado, me arrodillé y elevando los ojos al cielo,

—«Perdonadme, Dios mio, exclamé: bien sé que no

debo atentar contra una vida que os pertenece, pero bien sabeis que jamás ha caido una mancha en mi honradez, y que la fatalidad me ha conducido á un estado que no puedo soportar sin deshonra. Mirad mi inocencia y perdonadme, ya que sé que en vano recurriria á los amigos que podrian salvarme, porque todos huyen en el dia de la desgracia.»

Me levanté, fuí á formar el fatal lazo, cuando una mano robusta sujetó mi brazo.

Yo quedé aterrado.

El que venia á salvarme me dirigió estas palabras:

—Ya veis como Dios no os abandona á vuestros criminales proyectos, pues que os proporciona en estos momentos un amigo que os tienda una mano generosa. Soy rico y mi fortuna está á vuestra disposicion. Abandonad, pues, este sitio, venios conmigo, contadme vuestra afliccion y estad seguro que haré cuanto esté en mi mano por aliviaros.

Yo le dí las gracias lo mejor que me fué posible y me dejé llevar por aquel hombre. Las palabras de mi madre moribunda.—«Sé siempre temeroso de Dios, y en las grandes adversidades de la vida verás resplandecer sobre tí los efectos de su misericordia»—parece que resonaban en mis oidos en aquellos momentos supremos.

Informé al caballero de cuanto me ocurria y me preguntó:

—¿Cuando deben presentarse á recoger esos fondos?

—Mañana, le respondí.

—¿Y qué cantidad os falta?

—Unos diez mil duros.

—Bien; idos tranquilo. A las doce del dia de hoy estaré en vuestra casa y os entregaré quince mil, para que con el resto podais ir adelante en vuestro comercio. Dirigid bien en lo sucesivo vuestras operaciones: haced que todo pase por vuestra mano, y procurad prosperar. Me firmaréis un documento y cada año en tal dia como hoy se presentará un dependiente mio al que entregaréis la cantidad que os sea posible que se anotará en el documento. Si teneis la desgracia de arruinaros nuevamente, nada os exigiré, y lo que os doy hoy prestado, es como si os lo hubiese regalado.

Diciendo esto se separó de mí cerca de las puertas de Córdoba, dejando su imágen grabada en mi corazon.

A las doce del dia se presentó en mi despacho nó el mismo caballero, sino uno más jóven, el cual me entregó los quince mil duros y un documento para que lo firmase, notando que en él estaba en blanco el nombre del que me dejaba aquella suma.

Preguntéle como se llamaba y tan sólo me contestó:

—He recibido órden de no decir á V. una palabra y por nada del mundo hablaré.

No quise instar más.

Firmé y entregué el pagaré.

Al dia siguiente satisfice mi compromiso, y con aquel beneficio recibido, cayó sobre mi casa la bendicion de Dios.

Fueron tan prosperamente los negocios, que al presentarse al año siguiente el mismo sujeto tuve la satisfaccion de poderle entregar toda la cantidad.

El que así me salvó la vida fué vuestro padre, el cual cuando se despidió de mi á las puertas de Córdoba, la única vez que le ví, me impuso la obligacion de que os hablé en mi carta. Creo haber satisfecho vuestra curiosidad.

—Y yo os doy las gracias por ello, felicitándome de que fuese mi padre el que os salvó de una muerte desgraciada, y os puso en camino de volver á la prosperidad.

—Cuando yo hube redondeado mis negocios, continuó Martinez, y me encontré dueño de una regular fortuna, me retiré del comercio, y desde entónces vivo solo y aislado, empleándome únicamente en hacer el bien que puedo. No habia entrado nunca en mis planes el tomar estado; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, y me felicito á mi vez de que la hija de mi bienhechor, al que jamás he olvidado ni podré olvidar miéntras viva, sea la destinada para compañera mia y esposa.

VII.

Ocho dias después se celebró nuestro matrimonio. Convinimos en hacerlo sin ostentacion de ninguna clase, y aún en secreto. La generosidad de Martinez llegó al extremo, pues manifestó á la autoridad de la Iglesia, que Beatriz era su hija, y fué legitimada por subsiguiente matrimonio.

Yo que tanto habia sufrido, pasaba los dias felices entregada por completo al cariño de mi esposo y al amor de mi hijo.

CAPITULO XXVII.

En el que Beatriz termina la lectura del manuscrito

I.

Conocido ya el carácter fogoso de Beatriz, sus perversos instintos y lo propenso que era á la ira, puede comprender el lector, el efecto que en ella causaria el saber que era hija de un miserable titulado, de un hombre que no obstante ser poseedor de un título nobiliario, habia descendido hasta los últimos lindes de la depravacion.

Experimentó un profundo sentimiento de ódio hácia aquel á quien debia el sér, y le maldijo. Natural parece que en aquellos momentos experimentase al mismo tiempo sentimientos de gratitud hácia el honradísimo Martinez, que le habia dado su nombre, purificándola, digámoslo así, á los ojos de la sociedad.

Pero Beatriz era una mujer singular. Ninguna de las dotes que vienen á ser como patrimonio de la más bella mitad del género humano, resplandecia en ella.

Está observado que cuando una mujer llega á perder el pudor y la vergüenza; cuando empieza á dirigir sus pasos por la escala del crímen, llega á donde con dificultad llega el hombre por depravado que sea en su conducta.

Beatriz estaba entregada en cuerpo y alma al diablo de la soberbia.

Sus ideas eran todas de exterminio y de destruccion.

El ódio al género humano se reconcentraba en su corazon.

Ya veremos á su tiempo el efecto que en ella causó la completa lectura de las *Memorias* de su madre.

Ganosa se hallaba de llegar al final de ella, y así á la noche siguiente, sola en su gabinete, se recostó muellemente sobre una otomana, y á la luz de una bujía colocada en un precioso candelero arabesco, abrió el manuscrito por el lugar donde habia quedado la noche anterior, y siguió leyendo lo siguiente.

II.

Una paz envidiable reinaba en nuestra sociedad conyugal.

Martinez procuraba complacerme en todo, y pare-

cia no vivir más que para mí y para Beatriz, á la que se aficionó de tal manera, que llegó á amarla como si fuese su hija.

Yo llegué á olvidar completamente al infame conde del Aguila, y me creia feliz en mi nuevo estado.

Verdad es que Martinez contaba casi doble edad que yo; pero su buen comportamiento, la delicadeza de sus sentimientos, y el aprecio que hacia de mi hija, todo contribuyó á que yo llegase á amarle de tal modo, que para mí no habia en el mundo un hombre más digno de ser amado.

Dos meses de matrimonio llevábamos, cuando un dia me dijo:

—Desde el momento en que se verificó nuestro desposorio, no hago más que pensar en tu suerte futura y en la de esa inocente niña. Fácil será que el dia ménos pensado me sorprenda la muerte....

—No me hables de eso, le dije: la sola idea de que pudiera perderte me espanta. Dios, que me ha concedido el mejor de los esposos, y que en él ha dado á mi inocente y desgraciada hija un padre tierno y cariñoso, no querrá hacernos tan poco duradera nuestra dicha. Además, tu edad no es tan avanzada que no nos haga esperar algunos años de vida conyugal.

—No seré yo, me replicó, el que trate de escudriñar los juicios de Dios; pero hace mucho tiempo que le suplicaba me proporcionase los medios de cumplimentar la voluntad de mi bienhechor que fué tu pa-

dre, aunque enseguida me enviára la muerte, pues que en este caso, yo la recibiria tranquilo y aún contento.

Mis ruegos, continuó, han sido escuchados, y tan providencial ha sido el caso, que el beneficio ha venido á recaer justamente en la misma hija del que con su generosidad me libró de una muerte cierta. Tengo presentimiento de que pronto moriré, y creélo, esposa mia, saldré contento de este mundo, por haber cumplido con lo que me dictaba la conciencia. Ahora bien, dijo sacando unos papeles de su bolsillo y entregándomelos:—Aqui tienes mi última voluntad ó sea mi testamento, por el cual instituyo por únicas herederas de todos mis bienes á mi esposa y á nuestra hija.

Yo no pude ménos de besar su mano que la regué con lágrimas de gratitud.

III.

Pasaron algunos dias.

Un domingo, Martinez se levantó más temprano de lo que acostumbraba, y me advirtió que no vendria hasta entrada la noche, porque estaba invitado á pasar la fiesta en una propiedad de un amigo suyo á una legua de distancia de la ciudad.

Yo le despedí, y quedé sola con mi criada Susana y con mi hija.

Lo que ménos podia pensar era que en aquel dia

me aguardaba una sorpresa y un gran disgusto. El ángel malo trabajaba por turbar la paz de nuestro matrimonio.

Serian como las cuatro de la tarde, cuando llamaron á la puerta.

Susana se acercó á la misma y miró por un ventanillo que en ella habia.

—¡Vírgen de las Angustias!—exclamó reconociendo á Tomás, que era un antiguo ayuda de cámara del conde del Aguila, y se metió hácia dentro más que de prisa, asustada como si hubiese visto al diablo.

Yo que la ví llegar haciendo aspavimentos, la pregunté:

—¿Qué sucede, Susana?

—Nada que digamos, respondió, que ha llamado á la puerta un embajador de Lucifer.

No pudiendo preveer de quien hablaba, no pude ménos de sonreirme al escuchar aquellas frases.

—Sí, pues para reirse es el asunto, exclamó, al mismo tiempo que se santiguaba.

Segunda vez volvieron á llamar, y entónces con más fuerza que la vez primera.

—Pero, ¿quién es el que llama? la pregunté.

—¡Quién ha de ser! ¿No os he dicho que un embajador de Lucifer?

—¿Acabarás de una vez?

—Pues es ni más ni ménos, que el tunante de Tomás.

—¿Qué Tomás?

—Toma, el que era y es ayuda de cámara de aquel infame, que tantas lágrimas os hizo derramar y tantos disgustos me proporcionó.

—¡Del Conde!!

—Sí, señora, del conde, del pérfido conde del Aguila.

Por tercera vez llamaron á la puerta.

—Vé, Susana, la dije casi sin poder articular palabra: vé, pregunta á ese hombre que se le ofrece, pero sin abrirle la puerta. ¿Entiendes?

—¡Abrirle la puerta! ¡Qué si quieres! Sólo por que vos me lo ordenais, cambiaré mi palabra con la suya, que sinó...

Y refunfuñando se dirigió á la puerta, y acercando la boca al ventanillo, preguntó:

—¿Qué es lo que quereis?

—¿No me conoces, cara de vinagre? ¿Es prudente detener á uno tanto tiempo en la puerta, sin abrirle ni siquiera contestar? Vaya, abre, que no vengo para perder aquí las horas.

—Es, le replicó Susana, que esta puerta no se abre más que para la gente honrada. ¿Estais? Y no hay para que echarla de guapo, porque me asomo al balcon y empiezo á gritar ¡ladrones! Y que lo haré de la misma manera que lo digo.

—Pues si hicieras eso, bien podias ántes ponerte bien con Dios, porque donde quiera que te encontra-

se te daba un *viaje* que ibas á cenar con el Padre Eterno.

—Vamos, diga de una vez que se le ofrece.

—Que abras la puerta.

—Perdone por Dios, hermano.

—No tengo ganas de camorra; con que así tén esa carta que echo por debajo de la puerta y dala á tu ama...

—¿Y de quién es? preguntó Susana.

—¿Qué te importa? Del demonio, respondió.

Y desapareció.

—¡Ave María Purísima! exclamó la pobre sirvienta.

Nada tuve que preguntar á esta, porque todo lo habia escuchado, ni nada hubiese podido preguntar por el pronto, porque la sorpresa embargó mi lengua.

Estuve á punto de caer desvanecida.

Susana que me vió en aquel estado, y comprendió lo que pasaba por mí, me ayudó á sentar y me prestó sus consuelos.

—Ya comprendo, señora, me dijo, el efecto que puede haberos causado este suceso, y en verdad que no acierto á comprender á que viene ahora el escribiros el conde, porque seguramente de él procede la carta.

—¡Y qué me importa! exclamé luego que me hube sosegado. Yo sabré cumplir con mis deberes.

—¿Quereis abrirla? dijo Susana.

—De ninguna manera. Ni aun tocarla quiero con mis manos. Creo que con solo esto haria una ofensa á mi esposo. Cuando este venga, le diré lo que ha pasado, y él que la lea si es su voluntad, ó que la arroje al fuego. Creo que así debo obrar y así obraré.

—¿Pero no veis que causareis un disgusto al señor de Martinez, lo que podeis evitar quemando vos misma ese papel?

—No te he pedido consejos, Susana, la dije, y así te suplico que no te molestes en dármelos. Yo se bien como debo obrar en este asunto.

Susana no pronunció una palabra más.

Yo dejé la carta sobre el velador, en que la habiá colocado aquella sin dirigir ni una mirada al sobre.

IV.

Bien entrada la noche regresó Martinez.

Yo me apresuré á referirle cuanto habia pasado durante su ausencia.

Escuchóme en silencio, después exhaló un suspiro y me dijo:

—Dame la carta.

—Te suplico, le dije, que la tomes por tu mano. Su contacto produciria en mi mano el efecto del fuego.

Martinez la tomó, pasó su vista por el sobre, arrancó la nema y se dispuso á leer.

Yo me levanté para retirarme á otra habitacion.

—No, me dijo Martinez, hazme el favor de permanecer aquí: ambos debemos enterarnos del contenido de esta carta. Sea lo que quiera, tú no eres culpable en nada, y así ni en un ápice podrá aminorarse el amor que te profeso.

Obedecí y me senté.

Martinez empezó la lectura de la carta que decia de este modo:

«Señora: Sin duda os causará extrañeza encontraros con una carta mia, pero á escribirla me obliga un deber. Al conoceros y sentir por vos el fuego de una pasion que me hizo ir más allá de lo conveniente, no tuve en cuenta las tristes consecuencias que podia tener mi locura, y mucho más cuando me era de todo punto imposible el ofreceros mi mano, único medio de reparacion que habia para el daño que os causé.

«Esto motivó mi conducta de aquellos dias.

«Temí presentarme ante la mujer que sin detrimento de su virtud, la habia hecho juguete de mis pasiones desordenadas.

«Por esta causa me retiré de su casa con ánimo de no volver más á ella.

«Quise poner tierra por medio y me ausenté de la ciudad.

«Fuera de ella he contraido matrimonio con una mujer perteneciente á una casa ilustre, y al regresar á la mia he tratado de informarme de las cosas que

os conciernen, y he sabido que sois esposa de un honradísimo caballero, que no ha tenido reparo en aceptaros, convencido seguramente de vuestra virtud.

«Pero de mis averiguaciones secretas he sacado tambien el resultado de saber, que mi falta os hizo madre, y que el caballero vuestro esposo se ha constituido generosamente en padre de mi hija.

«La mayor expiacion de mi falta es la de estar condenado á no conocer á mi hija. Así, pues, y como quiera que á mi lado nada puede faltarle, y en atencion á que mi esposa está dispuesta á recibirla en sus brazos, me atrevo á suplicaros me entregueis á mi Beatriz. Ya comprendereis cuán diferente será su posicion social y su porvenir, cuando sea reconocido su verdadero padre. Comprendo que os costará alguna afliccion el separaros de ella, pero os advierto que estoy resuelto á llevar á cabo mi proyecto, que consiste en hacerme cargo de mi hija. La saluda con la mayor consideracion y espera su contestacion

El Conde del Aguila.»

Yo no pude ménos de llorar amargamente al escuchar la lectura de la carta.

Martinez inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció algunos momentos en silencio.

V.

Mi marido fué el primero en romperlo.

—¿Qué te parece de lo que has oido? me preguntó.

—¿Qué me ha de parecer? respondí: que el conde es digno de arrastrar una cadena. Es imposible que se encuentre un cinismo semejante al suyo. Por nada del mundo me desprenderé de la hija de mis entrañas. ¿Con qué derecho me exije este sacrificio? Yo estaba tranquila porque creia no volver á oir hablar más de ese infame, y ahora...

—Y no pude contener las lágrimas que se agolparon á mis ojos.

—No te aflijas, me dijo Martinez, ni pierdas la paz y la tranquilidad de tu alma. No pienses más en este asunto, que no hay poder humano que nos quite la niña. Está reconocida como hija mia y él no puede probar lo contrario. Sin embargo, yo seré el que le veré y contestaré verbalmente á su carta.

—¿Tú? ¡ah! No quisiera que tu honrada palabra se juntara con la de ese pillo titulado.

—Nada temas: verdad es que para mí es un verdadero sacrificio el haber de hablar con el conde, pero es preciso que pase este trago de amargura, y lo pasaré.

VI.

Al dia siguiente, Martinez cumplió su palabra. Buscó al conde y tuvo con él una conferencia.

¿Qué pasó en ella?

Siempre lo he ignorado.

Lo pregunté á mi esposo, y solo me dió esta breve contestacion:

—Te suplico que nada me preguntes de ese hombre.

Sus insinuaciones eran para mí preceptos y no volví á interrogarle.

Pero ello es que se apoderó una gran tristeza de mi esposo, y que al mes de estos sucesos quedó muerto repentinamente una tarde, media hora despues que habíamos terminado la comida.

Imposible me seria el querer pintar con vivos colores lo sensible que me fué aquella desgracia. Verdad es que yo quedaba con bienes de fortuna suficientes para mi sostenimiento y el de mi hija; pero quedaba privada de la compañía y amparo de aquel hombre generoso, dotado de alma grande, que habia sido para mí un ángel de consuelo que la Providencia me habia enviado para calmar mis amarguras.

¿Por qué Dios volvia á dejarme en el desamparo? ¿Por qué la suerte me era tan adversa?

Pero lo que más me afligió fué el pensar, primero, que la tristeza que le habia conducido al sepulcro, habia nacido en el dia mismo en que tuvo la conferencia con el conde; y segundo: que éste, viéndome sola y desamparada, me haria arrebatar mi hija, ¿Y quién me ampararia en este caso? ¿Dónde encontraria quien me defendiese?

Estos tristes pensamientos dieron al traste con mi virtud. En vez de confiar en Dios, rogándole su amparo, llegué á blasfemar de su Providencia, y en el deseo de conservar mi hija, pensé en los medios de tomar una venganza terrible del conde, quitándole la vida.

¿Pero cómo podia llegar á la realizacion del plan que me habia propuesto?

Esto es lo que más me hacia pensar.

Temia á la justicia de la tierra.

Pero como quiera que habia perdido como por encanto todo sentimiento religioso, toda idea del bien, ni paraba mientes en la justicia del cielo.

El infierno se encargó de ayudarme en mi empresa, proporcionándome los medios, mejor de lo que yo pudiese esperar.

VII.

Pocos dias hacia que mi esposo habia pasado á mejor vida, cuando recibí una nueva carta del conde, en la cual me daba el pésame por la pérdida que habia experimentado y volvia á insistir en el asunto de la entrega de mi hija.

Por el contenido de esta nueva carta y el lenguaje que en ella usaba, pude venir en conocimiento de que se hallaba animado de las más pérfidas ideas. Desea-

ba tener entrada en mi casa, y alcanzar no solamente mi perdon, si no tambien mis favores.

Yo le profesaba un ódio implacable.

La ídea de que queria hacerme nuevamente juguete de sus pasiones vino á aumentar este ódio y á hacerme desear una pronta venganza.

VIII.

Existia por aquellos dias en Granada un morisco, que á pesar de haber abrazado el cristianismo, tal vez para asegurar su permanencia en la ciudad, creia tanto en nuestra religion como yo en Mahoma.

Era mercader de drogas, muy avaro, y de él se decia que, teniendo su alma vendida al demonio, confeccionaba ciertos brevajes con los que se mandaba á un prójimo con la mayor facilidad por el camino de la eternidad.

Aúnque á su ingreso en el cristianismo habia tomado el nombre de Alejandro, nadie le conocia sino por su primitivo de Abucker.

Sabíase que era poseedor de grandes caudales, y sin embargo vivia en un miserable cuchitril, lleno de frascos, botijos y porcion de cachibaches que empleaba en la confeccion de sus drogas.

Contábanse varias anécdotas del morisco, cualquiera de las cuales le daban méritos suficientes para ser

ahorcado, lo que se verificó pocos meses despues del hecho que voy á referir.

Yo averigué la habitacion de Abucker y una noche me dirigí á ella cubierta con un velo.

Llamé á la puerta, pero nadie respondió.

Volví á llamar, segunda y tercera vez, hasta que al fin pude escuchar una voz ronca que preguntó:

—¿Quién llama?

—Abucker, dije: bien podeis abrir sin temor. Soy una señora que ha menester de vos.

—¡Una señora!

—Sí.

—¿Y venís sola?

—No traigo compañía alguna.

—Pues cualquiera cosa que necesiteis, si está en mis manos la obtendréis mañana, que lo que es á estas horas no abro la puerta ¿Quién me asegura que detrás de vos no pueden venir otras personas? Pobre soy y no tengo que me puedan robar: con todo mi caudal y eso vendiendo mis pobres trastos no habria para comprar tres caices de trigo.

Al hablar de este modo habia abierto un ventanillo por el cual me veia.

Yo le hice grandes súplicas, diciéndole que necesitaba de su ciencia, y ofreciéndole una buena recompensa.

Al oir esto, Abucker se mostró más propicio y por fin se determinó á abrir.

—Vamos, entrad, me dijo.

Y en seguida volvió á cerrar la puerta con todas las precauciones imaginables, y tomando una vieja y sucia lámpara encendida, me ordenó que le siguiese á una especie de trastienda, cuya falta de aseo hacia que la atmósfera que allí se respiraba fuese en estremo cargada y hedionda.

—Tomad asiento, señora, me dijo Abucker, aproximándome un taburete.

Él permaneció de pié.

—Podeis decirme, continuó, en que puedo complaceros.

—Yo sé, le dije, que raya á grande altura vuestra habilidad en la composicion de ciertas drogas, y si me preparais la que necesito, os ofrezco una muy buena recompensa.

Los ojos de Abucker brillaron de repente cual si hubiesen puesto á su vista una gran cantidad de monedas de oro.

Ya he dicho que Abucker era muy avaro, y sabido es que el avaro se estremece cuando rastrea el oro y no puede disimular su alegria como el gato cuando rastrea el raton.

Abucker creyó que se abria delante de él una mina de dinero.

—Es decir, exclamó, que hay en el mundo un hombre que os estorba. ¿No es esto?

Yo temblé á pesar mio.

Deseaba un arma con que librarme del conde del Aguila y evitar el que me fuese robada mi hija, y no me atrevia á manifestar sin embargo el uso que queria hacer de aquel arma.

—No os he dicho, respondí al morisco que desee en absoluto deshacerme de ningun hombre.

—Bien, pero será una cosa parecida.

—Vos teneis mucho talento y yo no dudo que sabreis preparar algun licor que no privando de la vida, prive.....

—De la razon; exclamó acabando la frase.

Le miré fijamente y dije:

—Veo que me habeis comprendido.

Cuando entré en la casa del morisco, mi intencion era proporcionarme un activo veneno, con que en caso necesario poderme librar de las perfidias del conde. Pero de pronto comprendí que no era suficiente para que expiase sus crímenes el que perdiese la vida instantaneamente, y que era mucho mejor el que viviese muriendo.

—Y bien, dije al morisco: ¿me podeis proporcionar una bebida que trastorne de tal modo á una persona que le haga olvidarse de todo lo pasado?

—Sé, dijo el morisco, preparar un licor deliciosísimo, cuyos efectos pueden graduarse por tiempos, quiero decir, que la persona que le gusta puede permanecer insensible, sin alegrias ni dolores, sin memoria ni voluntad por tiempo de medio año, de uno,

de dos ó de lo que se quiera, muriendo al cabo del tiempo prefijado.

—Veo que sois un hombre de gran ingénio.

—Y sin embargo, casi me muero de hambre.

—Es, le dije, lo que está reservado á todos los génios. ¿Y en cuanto estimais tan preciosa bebida?

—En su composicion, dijo el avaro morisco, entran diversos productos químicos cuya adquisicion cuesta mucho dinero.

—Bien: ¿qué cantidad necesitais para proveeros de esos grandes productos químicos?

—No costarán ménos de doscientos ducados.

—¡Doscientos ducados! exclamé.

—¿Os parece mucho? me preguntó el avaro.

—Excesiva es la cantidad, le dije, pero podeis contar con ella.

—Pero eso es para los productos químicos. Ahora..

—Ahora falta vuestro trabajo! ¿no es así?

—Justamente.

—¿En cuanto lo estimais?

—Debeis considerar...

—Al asunto, le interrumpí. Se vá haciendo tarde y no me es muy grato por otra parte permanecer mucho tiempo en vuestra compañía.

El morisco hizo una muy profunda reverencia.

—Señora, dijo; yo creo que la vida de un hombre, vale algo.

—Acabemos de una vez, le repliqué, ya poseida de

temor de hallarme en la presencia de aquel pícaro que podia apoderandose de mi secreto perderme ó arruinarme. ¿Qué es lo qué quereis por entregarme ese licor que no mata sino que...

—Que hace dichoso al que lo prueba.

Las palabras del morisco me helaron la sangre en las venas. Verdad es que yo odiaba de muerte al conde; que deseaba estar prevenida contra él; que deseaba vengarme, pero sin embargo, sostenia una lucha en mi corazon porque el crimen me horrorizaba. Y tanto era así, que en aquellos momentos miraba con horror al mismo que yo habia ido á buscar para que me proporcionase el instrumento de mi venganza.

La lucha que sostenia me produjo un desvanecimiento.

El morisco acudió en mi socorro y gracias á una esencia que acercó á mi nariz volví prontamente á la razon.

—¿Qué ha sido eso, señora, me preguntó?

—No lo sé: se respira en esta habitacion una atmósfera que me ahoga.

IX.

Apénas me vi repuesta de mi desmayo, deseando abandonar cuanto ántes aquella inmunda pocilga, dije al morisco.

—No perdamos más tiempo. ¿Cuanto quereis por ese licor y cuando me lo podreis entregar?

Conoció aquel asesino que lo pagaria á cualquier precio y dejando entrever en su mirada un rayo de codiciosa alegria, me dijo:

—Por precio no quedaremos mal. Con cuatrocientos ducados me contento. Ya veis que por complaceros hasta os vendo mi conciencia.

Yo no pude ménos de exclamar:

—¡Vuestra conciencia! ¡Creo que hace tiempo la teneis vendida al diablo!

El morisco hizo caso omiso de aquellas palabras.

Se volvió de espaldas, rebuscó en un armario, y sacando de él un botecillo de cristal me lo mostró, diciéndome;

—¿Veis? ¡Parece oro! Pues con solo dos gotas de este precioso elíxir, teneis lo suficiente para conseguir vuestro objeto.

Yo miré horrorizada aquel bote. Efectivamente, tenia un hermoso color de oro.

—¿Traeis con vos el dinero? me preguntó.

—No venia prevenida, pues creí que tendrias que prepararos.

—Pues bien: si quereis que yo lo lleve mañana á vuestra casa...

—De ningun modo, le respondí. Yo vendré á recogerlo y pagaros mañana al anochecer.

—Sea como gusteis.

—Abridme, pues, la puerta, y hasta mañana.

El morisco guardó el frasco, y tomando en su sucia mano la lámpara, se dirigió hacia la puerta y yo le seguí.

—Os encargo, me dijo ántes de despedirme, que las monedas sean de buena ley.

Me dió repugnancia el oirle, y sin contestarle una palabra salí á la calle apénas ví la puerta franqueada.

Tuve miedo.

La noche estaba oscura y no se veia transitar alma viviente.

Sin embargo, en un rincon de la misma calle donde vivia el morisco, me pareció observar un bulto.

Creció mi miedo y apreté el paso, pero sentí los de otra persona que me seguia ó que al ménos llevaba el mismo camino.

Llegué hasta mi casa sin dejar de sentir aquellos pasos.

Apénas estuve dentro me dejé caer en un sillon.

—¿Quién será, me preguntaba, ese hombre que me ha seguido? No es seguramente un ladron, porque á haberlo sido, la ocasion no se le podia presentar más oportuna: pero ello es que me ha visto salir de casa del alquimista, que me ha seguido, y que probablemente sabrá quien soy.

Mil ideas vinieron á perturbar mi razon.

—Veia el crímen hecho y descubierto..... Aquella noche soñé con cadenas y con cadalsos. No la he pa-

sado peor en mi vida. Por una parte queria desistir de mi propósito, y por otra deseaba realizarlo.

—El morisco, me decia, ni me conoce ni sabe donde vivo. Ningun mal puede causarme. Por otra parte, él es el primer criminal y no podria acusarme sin acusarse; no podria perderme sin perderse. Por esta parte puedo estar tranquila. Pero esa persona que me há visto salir del cuchitril de aquel infame, que ha seguido mis pasos, que se ha informado de mi habitacion ¿quién será? A esta persona sí que tengo que temer: esto es lo que puede perderme, y esto es lo que me desconsuela.

X.

Al dia siguiente experimenté una sorpresa muy poco grata.

Serian las tres de la tarde, cuando llamaron á la puerta.

Yo misma salí á abrir y me quedé como petrificada al encontrarme con Abucker.

Él conoció mi turbacion y se apresuró á decirme:

—Vengo con el sólo objeto de evitaros una nueva molestia.

—¿Pero quien os ha dicho?....

—Mi hada, señora; yo tengo una hada protectora que me descubre todos los secretos.

—Entrad, entrad, le dije, temerosa de que alguien pudiera enterarse.

Abucker cometia una imprudencia.

No habia en la ciudad quien no le conociese: no habia quien ignorase que era un pícaro de la peor ley, capaz de contribuir á cualquier crímen, con sus endiabladas drogas.

La presencia, pues, de Abucker en una casa, no podia dejar de ser sospechosa.

De aquí mis temores de que pudiese ser visto al entrar ó salir. Si cualquiera me preguntase con que objeto habia ido á mi casa, no hubiese sabido que contestar.

—Bien, dije al morisco cuando estuvo en mi gabinete. ¿Quién os ha dicho mi habitacion, y porque habeis venido á ella?

—Yo lo sé todo, señora, me dijo, y he venido con el solo objeto de evitaros una molestia. De noche no es muy conveniente que una señora ande por las calles: puede suceder cualquier percance, y sobre todo nunca falta algun impertinente curioso que siga los pasos.

—Efectivamente, le respondí; y sin ir más léjos, anoche tuve un susto más que regular. Figuraos que al salir de vuestra casa, ví que un hombre estaba parado á las inmediaciones. Pues bien, este hombre me siguió, pues yo siempre escuchaba sus pasos, hasta tanto que hube entrado en casa.

Abucker se sonrió ligeramente, lo que yo no dejé pasar desapercibido.

Sin embargo, creí deber disimular.

—¿Y no sospechais?...

—¿Olvidais que era de noche y que yo ni siquiera fijé en él la atencion?

—Eso no debe poneros en cuidado. Seria casual.

—Casual ó intencionalmente ello es que me vió salir de vuestra casa y supo la mia.

—¿Y qué?

—Que yo creo que nadie puede pensar que en vuestra casa se busque nada lícito.

—Podria pensar que era cuestion de amores, dijo el morisco.

No puedo consignar aquí el asco y la repugnancia que me produjeron aquellas frases; me levanté movida por un secreto impulso y le dije con energía:

—Nadie que conozca á la viuda de Martinez, sospechará que pudiese tener amores con un hombre como vos, tan...

No me atreví á acabar la frase. Aquel miserable poseia ya un secreto mio y temí su venganza.

Él quedó tan tranquilo como si nada le hubiese dicho, y muy sumiso, haciendome una reverencia profunda, como pidiéndome perdon de su falta, me dijo:

—Yo, señora, no he hecho más que una suposicion: soy un pobre, un miserable morisco que no merezco ni aun el saludo de una señora como vos lo

sois. Si fuese un conde, por ejemplo, entónces seria otra cosa.

—¡Un conde¡ ¡Habeis dicho un cónde! ¿Qué habeis querido significar con esas frases? Decídmelo.

—Nada, señora; he dicho un conde, como hubiera podido decir un duque ó un marqués.

Yo caí como desplomada en el sillon.

No habia duda que aquel miserable estaba informado de mi secreto, pero ¿quién habia podido informarle? ¿Cómo sabia mi historia secreta? ¿Conoceria tal vez al conde? ¿Habria en este caso comprendido en quien queria hacer uso de su droga? A haber sido hombre, á haberme encontrado con valor para ello, hubiese estrangulado á aquel miserable. Pero de pronto se me ocurrió una idea. Este hombre, me dije, no me ha visto hasta anoche. No es posible que en tan poco tiempo haya hecho tales averiguaciones, pero ¿cómo habia sabido mi casa, cuando yo no le habia dado las señas de ella?

Procuré, pues, serenarme, y le pregunté:

—¿Me diriais, Abucker, como habeis encontrado mi habitacion ó por que medios la habeis sabido?

—El hada, señora; el hada que me proteje.

—Malhaya vuestra hada, le dije.

—Nó, malhaya no; al contrario, ella es mi protectora benéfica que me sirve con la mayor fidelidad. Con que si os parece, aquí teneis vuestro precioso licor y espero que me entregareis la recompensa ofrecida.

Y presentó ante mi vista el frasco maldito.

Yo lo tomé de sus manos y lo guardé inmediatamente.

—¡El dinero! señora, ¡el dinero! exclamó con un acento de codicia, creyendo tal vez que lo iba á perder.

—Voy á ponerlo inmediatamente en vuestro poder.

Y en efecto, conté la cantidad estipulada y se la entregué.

—Tomad le dije, y os suplico que no os acordeis más de mí.

Abucker, fué examinando una por una las monedas de oro en que le habia pagado su servicio y despues que las hubo contado, se las guardó en una bolsa.

—El cielo os guarde, señora, me dijo.

—Vé con Dios, le contesté.

Y Abucker se dirigió hácia la puerta.

XI.

Al poner la mano en el pestillo de la puerta, Abucker pareció titubear, y volviendo atrás me dirigió nuevamente la palabra.

—Señora, dijo, si me permitierais proponeros la compra de una joya de inestimable valor...

—No estoy para joyas, Abucker, le respondí.

—Estoy seguro que si supieseis de que joya hablo, no dejariais que me fuese con ella, por ningun precio.

—Es que si fuese tan cara que nó tuviese para pagarla, no podria hacerme con ella.

—Nunca yo exigiria más de lo que pudieseis dar.

—Bien, otro dia hablaremos de esto.

—Luego quereis que vuelva.

—Nó: Abucker, no sé lo que digo. No quiero que vuelvas ni quiero joya de ninguna clase.

—Dispensadme, señora: si no quereis comprar mi joya, tanto mejor para el conde del Aguila y tanto mejor para mí, porque el conde ¡ah! el conde es muy rico y paga muy bien.

Yo no sé lo que pasó por mí en aquellos momentos. Por el pronto ni aun acertaba á pronunciar palabra.

Abucker conoció mi turbacion, y parecia gozarse en el efecto que en mí habian producido sus frases.

Por fin, despues de unos momentos, pude exclamar:

—¿Qué trama es esa? Dime Abucker, ¿por qué has nombrado aquí al infame conde del Aguila, y que es lo que pretendes?

—Señora, he nombrado al padre de vuestra hija...

—Al padre sin mi voluntad, al padre por la infamia, y ahora que pienso en ello, tu serias el que le proporcionaste el narcótico de que se valió para abusar miserablemente de mi inocencia.

—Es verdad, señora, pero yo no soy culpable. Le serví á él como ahora os sirvo á vos, con la diferencia de que vos me habeis pedido un licor que priva para

siempre de la razon y el conde tan solo exigió la privacion del uso de los sentidos por algunas horas.

—Es cierto; el tiempo suficiente para cometer la mayor de las villanías.

—Yo soy mercader de drogas y no me entremeto nunca en saber el uso que de ellas hacen los compradores. Soy un industrial como otro cualquiera.

—Bien, os exijo que os expliqueis.

—Lo único que os diré, es que me tomo un grande interés por vos y he aquí la causa de haberos propuesto la compra de una joya.

—Pero ¿qué tiene que ver la joya?...

—Mucho, señora, mucho; porque la joya no es ninguna piedra preciosa, ningun brillante deslumbrador. Es más que todo esto; la joya que os ofrezco es ni más ni ménos que la vida.

—¡La vida! Pues que ¿se halla amenazada mi vida?

—Sí, y en gran manera. Tanto que si yo no la salvo, no teneis salvacion posible.

—Pues bien, hablad. Yo os agradeceré en el alma el bien que me dispenseis.

—Poco á poco, señora: para serviros es necesario que yo cometa una infidelidad, y que pierda lo que habia de producirme la generosidad del conde del Aguila. Esto como comprendeis...

—Si; comprendo que quereis haceros pagar vuestros servicio. Pedid, pues, que si está en mi posibilidad no seré escasa en la recompensa.

—Yo, señora, dijo Abucker, no soy interesado. Verdad es que mi pobreza y no mi egoismo me pone en el caso de exigir precio á los servicios que presto á la humanidad; pero hoy siento un deseo más que de dinero, de prestaros uno que tanto os interesa, pero debeis tener en consideracion, la pérdida que voy á experimentar, con respecto al conde del Aguila.

—Todo lo que sobre este particular podais decirme está de más. ¿Qué exigis por vuestro secreto?

—Ya comprendereis lo que se puede dar por la vida.

—Por la vida puede darse cuanto se posee, pero tengo una hija.

—Bien, señora, dijo Abucker, con codiciosa palabra. Yo me daria por contento con cuatro mil ducados.

Por demás conocia yo que trataba con un infame, que se habia propuesto abusar de mi y robarme miserablemente.

Yo podia disponer muy desahogadamente de aquella suma, porque mi esposo me habia dejada suficientes bienes de fortuna, pero traté de sacar el mejor partido posible, toda vez que sentia vivisimos deseos de estar al corriente de la conspiracion que se tramaba contra mí, tal vez con el único objeto de arrebatarme la hija de mis entrañas.

Asi, pues, me apresuré á decir:

—La cantidad que me exigis es muy exorbitante

para que pueda disponer de ella, pero si os contentais con la mitad, esto es, con dos mil ducados, os los entregaré en el momento en que me hagais las revelaciones que tanto me interesan.

—Perdonadme, señora, y dadme permiso para retirarme. Veo que no podemos entendernos.

Y diciendo esto se dirigió nuevamente á la puerta.

Yo le detuve y creyendo que en efecto se iba exclamé:

—Deteneos, por piedad: hablad, dispuesta estoy á entregaros lo que me habeis pedido.

En los labios del morisco se dibujó una sonrisa de ambicion.

—¿Y me pagareis en seguida?

—No saldreis de aqui sin el importe de...

—De mi trabajo.

—Bien, podeis hablar.

El morisco empezó de esta manera:

—Años hace, señora, que conozco al conde del Aguila, que no es otra cosa que un malvado, y tengo en verdad pruebas suficientes de lo que digo. Sé, punto por punto toda su historia, y aún pudiera presentaros una lista exacta de las mujeres que ha hecho desgraciadas.

—¿Pero qué hay de comun entre vos y el conde, le pregunté, para que tan informado podais estar hasta de sus mismos secretos?

—Señora, lo que hay de comun entre nosotros no es más que...

Y no se atrevió á continuar.

—¿Por qué os deteneis? le pregunté.

—Si estais convencida de que aquí, sólo me ha traido el deseo de seros benéfico, en este caso...

—Hablad, os lo suplico.

—Pues bien, solo el crímen es lo que hay de comun entre el conde del Aguila y yo.

—¡El crímen!

—Asi es, y el señor conde no podria perderme sin perderse á si mismo.

—Pero yo podria perderos á los dos. ¿No es verdad?

—Estais en un error, señora, me dijo, al tiempo que dejaba asomar á sus labios una risa sardónica: estais en un error. Tal vez podriais perder al conde, pero no á mi. Yo nada os he dicho que pueda comprometerme, y de lo poco que he hablado no hay testigos.

—Es verdad, le dije, y os suplico que no hagais caso de las palabras que han salido de mis labios. Solo el despecho me ha hecho pronunciarlas. Yo os suplico que me conteis cuanto sepais de ese infame conde, y que acabeis de una vez de indicarme que tesoro es ese que quereis venderme. Ya os he dicho que dispuesta estoy á daros por el cuanto me sea posible.

Y las lágrimas asomaron á mis ojos.

Abucker que tenia el corazon duro como una piedra

y que era incapaz de todo noble sentimiento, como sucede á todo avaro, porque la avaricia ahoga insensiblemente en el hombre hasta los sentimientos de humanidad, fingió que se compadecia de mí, cuando no tenia otro verdadero objeto que explotarme, y me dijo:

—Si he dicho antes que el crímen me ha unido al conde del Aguila, es porque yo le he proporcionado drogas y venenos, con las que ha podido efectuar grandes maldades; pero creo haber dicho más de lo conveniente, toda vez que á mí no alcanza á lo que creo, responsabilidad alguna de los hechos criminales de ese hombre.

—¡Que no os alcanza responsabilidad alguna! le dije admirada.

—Nó, señora: yo profeso la química y he de vivir de mi ciencia. Y como quiera que no soy sólo en el mundo para confeccionar drogas, es evidente que si yo me negase á proporcionarlas al que á mi acude en su busca, iría á otro del que la obtendria en el momento y yo perderia aquel producto.

Permítase al autor de la obra, interrumpir por cortos momentos el diálogo de Abucker y de la madre de Beatriz para hacer algunas reflexiones sobre lo que se acaba de leer.

XII.

Cuando encontramos en los libros que nos sirven

de distraccion ó de recreo un tipo parecido al del morisco Abucker, se nos hace repugnante en alto grado. ¿Por qué? Porque los sentimientos naturales que abrigamos nos hacen repulsivo al hombre que no teniendo más Dios ni más ley que el dinero, todo lo sacrifica á este principio, y se halla dispuesto á cometer toda clase de injusticias, con tal de aumentar sus caudales. El que asi obra puede decirse que excede en avaricia al lobo rapaz, porque este por lo comun no lleva su voracidad más allá de sus necesidades, miéntras que el hombre dado al vicio de la avaricia no pone límites á su afan de poseer, deseo funesto que ahoga en él todos los sentimientos de humanidad que la misma naturaleza inspira á todo ser racional.

Tipos semejantes á Abucker, los vemos cada dia, por que han existido desde el génesis de la humanidad, viven entre nosotros y existirán hasta el fin de los tiempos. Y sin embargo, los tratamos, á veces los respetamos y no nos son repulsivos.

Y esto consiste en que no nos fijamos sino en la corteza de las cosas, sin profundizarlas jamás, en lo que en parte obramos con prudencia, porque son muy fáciles de equivocacion los juicios humanos.

¿No vemos cada dia fortunas improvisadas? ¿No vemos á cada paso, hombres que ayer estaban confundidos con el vulgo, figurar hoy entre la opulenta aristocracia? ¿No vemos hombres que apenas poseian

lo absolutamente necesario para vivir con economía, pasearse en lujosas carretelas y ostentar un lujo escandaloso? ¿No los vemos hoy insultando con su desden á los mismos que ayer le conocieron en la miseria? ¿Y cómo es posible que estos se hayan elevado sin menoscabar los derechos de la justicia, sin haber arrastrado por el lodo su propia conciencia? Para un hombre que debe su opulencia á la constancia en el trabajo, á su aplicacion á las ciencias, á negocios afortunados en los que nada de ilícito se ha mezclado, hay noventa y nueve que deben su opulencia á malas artes empleadas por su desmedida avaricia. ¡Cuántos infelices, ó mejor dicho, cuantos desgraciados comen el pan de la caridad en un asilo piadoso, miéntras otros con los bienes que á ellos pertenecen, dan opíparos banquetes y lucen ricos vestidos y trenes elegantes! La avaricia es la reina de las sociedades. Esos bienes que se hallan acumulados en manos de unos pocos que medraron á la sombra de la injusticia, ó de las revoluciones, y que sirven tan sólo para satisfacer caprichosas exigencias, repartidos en muchas manos, calmarian los gritos razonables de la indigencia y labrarian la fortuna de muchos séres que parece no pertecen á la humanidad, que les olvida y tal vez les desprecia.

Y no se crea, que vamos á abogar por el socialismo, ó sea esa reparticion de bienes predicada por los que huyen del trabajo, y generalmente por aquellos que

si poseyesen algunos bienes de fortuna, no apagarian la sed de un mendigo con un jarro de agua. Nuestra idea es otra, y estamos en el deber de desarrollarla.

Sabemos que cuantos bienes encierra el universo han sido criados por Dios, para el uso comun del hombre; por lo que el Hacedor supremo dió á todos idénticos derechos á las producciones de la naturaleza, sin mostrarse ménos justo con el hijo del monarca que con el de cualquier otro hombre. Y este derecho, lo disfrutan hasta los mismos séres irracionales: por esto vemos el ave que apénas puede abandonar el nido donde fué criada, acude al campo á proveerse de lo que le es necesario para su sustento; pero solo de lo necesario, sin cuidarse de que sus compañeras obren ó dejen de obrar de la misma manera. Luego que ha satisfecho su necesidad del momento entona alegres trinos, miéntras salta de rama en rama, sin conocer la avaricia. Su instinto le dice que la pródiga naturaleza le proveerá del sustento al dia siguiente como le proveyó en aquel.

El órden natural, el órden primitivo fué turbado en la sociedad humana por la avaricia, que hizo que el hombre, fundándose en temores imaginarios y en injustificadas previsiones, se diese á sí mismo un derecho especial sobre lo que estaba destinado á la subsistencia pública, lo que dió lugar á esas leyes restrictivas, inventadas para poner coto á la desenfrenada codicia, mediante la division de bienes, como decia ya

en el siglo IV de nuestra Era un muy santo y sabio Doctor de la Iglesia. La avaricia, al mismo tiempo que produjo la opulencia hizo nacer la indigencia, porque la justicia rara vez se encuentra entre los hombres.

Comprendemos la diversidad de fortuna y, aún atendida la marcha de las sociedades, vemos que es muy necesaria. Si todos poseyésemos igual cantidad de bienes, vendria el desquiciamiento social y la miseria seria la ruina de los pueblos. ¿Quiénes se dedicarian al cultivo de los campos? ¿Quiénes pasarian penosas vigilias para investigar los profundos arcanos de las ciencias y los secretos de la naturaleza? ¿Quiénes hermosearian nuestras ciudades y darian poderoso impulso á las obras públicas? ¿Nos conformaríamos todos á compartir por igual tales trabajos, faenas tan penosas?

Lo que quisiéramos ver destruidas no son las fortunas adquiridas con el sudor que produce el trabajo, fortuna que por lo comun es provechosa á otras existencias; sino esas fortunas improvisadas por hombres llenos de avaricia que, para llegar al colmo de sus deseos, han tenido necesariamente que subir por gradas cubiertas de sangre: quisiéramos que la riqueza bien adquirida fuese siempre administrada con verdadera justicia, lo que seria suficiente para que dejase de existir la indigencia. ¿Por qué los gobiernos que de justos se precian, no habian de dedicar parte de

sus cuidados á examinar la procedencia de esas riquezas formadas en cuatro dias, cuando nadie ignora el mucho tiempo y los grandes trabajos y sinsabores que es necesario atravesar para formarse un porvenir? ¿No seria esto justo? ¡Cuántos crímenes se evitarian en el mundo! ¡Cuántas injusticias se repararían! Y á más de esto ¡cuántas revoluciones, de esas que dejan en pos de sí lagos de sangre, se evitarian! Por que no hay quien pueda ignorar que el móvil de los que llevan á cabo esos trastornos públicos, que dan por resultado la caida de los tronos, la mudanza de las leyes, y á veces las guerras civiles con todas sus horribles consecuencias, no son impulsados por ese amor patrio que predican, sino por labrar sus fortunas al abrigo de las revoluciones. Y los que de tal modo obran, los que tantas desventuras atraen sobre la patria, se ven colmados de honores, en tanto que se quita la vida á un pobre soldado que tuvo la desgracia de abandonar sus banderas... Pero es en vano el querer buscar justicia sobre la tierra.

Muy léjos iríamos en estas reflexiones y preferimos terminarlas. El erudito lector puede explanarlas segun su criterio.

No nos admiremos, pues del Abucker de nuestra obra, porque vendia su alma al demonio impulsado por la avaricia. No mataba, pero abria el camino con sus drogas para que otros lo hiciesen. ¡Hay tantos Abuckers en la sociedad humana!

Y no se nos diga que son exageraciones de nuestra fantasía.

¿Quién en su transito por la tierra no ha tropezado con uno de esos hombres perversos que son la deshonra de la humanidad?

¿Quién no ha conocido á algun Abucker, capaz de vender su alma al diablo por el deseo de la riqueza?

¡Ojalá exageraramos al hacer estas reflexiones!

CAPITULO XXVIII.

En el que Beatriz termina la lectura de las «Memorias» de su madre.

Hechas las anteriores reflexiones que no creemos dejen de ser importantes, continuaremos prestando atencion á las Memorias, en cuya lectura se halla empleada Beatriz. Esta continuó su tarea y vió que el manuscrito continuaba de la manera siguiente.

I.

Yo no pude menos de horrorizarme al oir hablar de aquella manera al morisco, porque en la tranquilidad con que hablaba, pude comprender que era uno de esos hombres que en tratándose de ganar dinero, están dispuestos para cualquier crímen. Sin embargo, no pude ménos de replicarle:

—¿Con qué es decir que vos, Abucker no os creeis culpable con proporcionar un puñal para que con el se cometa un asesinato?

—¿Puñal? Nó, señora: yo, ni fabrico ni manejo armas. Productos químicos, querreis decir.

—Bien: venenos.

—El nombre es lo de ménos.

—Pues yo creo que el mismo mal hay en dar un veneno que un puñal.

—Yo no lo veo así, dijo.

—Ello es, repliqué, que ambas cosas producen la muerte, es decir, causan los mismos efectos.

—Yo entrego los productos de una ciencia y creo haber dado mis razones; pero sea como quiera, veo que perdemos el tiempo inútilmente en vanas discusiones. Y si no lo llevais á mal nos ocuparemos del asunto principal que á vuestra presencia me hà traido.

—Vamos al asunto, dije.

—Cuando fuisteis á honrar mi pobre habitacion, no fuisteis para mi desconocida, por más que aparenté lo contrario. Yo, que por suerte ó por fatalidad estoy al corriente en todos los asuntos del conde, os conocia, y nunca he olvidado, que sin saber entónces que vos erais la víctima destinada á saciar los impuros deseos de aquel hombre, le preparé el narcótico de que se sirvió y que dió por resultado el que fueseis madre.

Al recordarme aquella infamia se renovó en mí la

antigua herida, y no pude ménos de mirar con horror al vil asesino que tenia en mi presencia.

Las lágrimas se agolparon á mis ojos, pero traté de comprimirme, porque comprendí que no me convenia manifestar odio á aquel hombre.

Haciéndome superior á mí misma, le dije:

—¡Con que fuisteis vos!...

—¡Yo; si señora! La fatalidad lo dispuso de este modo.

—Adelante.

—Pues bien: si aquello fué un crímen, segun lo creeis, ha llegado el dia de que yo pueda expiar ese crímen con una buena accion.

Demasiado comprendia que aquel villano pretendia lavar su crímen con otro, ó por mejor decir, que venia á continuar la série de sus crímenes, pero le dejé continuar, y lo hizo de este modo:

—Una casualidad hizo que el conde os viese salir de mi casa: él fué, el que os siguió. Despues vino á verme y mostró grande empeño en que le dijese el motivo de vuestra visita. Yo, sin titubear un momento le manifesté que habiais ido en busca de unas yerbas medicinales para vuestra hija, y pareció creerlo. Pero en seguida me encargó que le preparase un pomito de una bebida que quitase la vida paulatinamente, esto es, que no produjese la muerte instantánea, sino en el término de un mes. ¿Me ofreceis no comprometerme con el conde, si os digo toda la verdad?

—Podeis contar con mi discrecion, le dije.

—Siendo así, os añadiré, que me manifestó que estaba resuelto á todo trance á recoger á su hija, y que como estaba persuadido de que no se la entregariais, y que él no tenia derecho á pedirla por justicia, habia determinado por sí ó por medio de otra persona enviaros á dormir el sueño de la eternidad, á mandaros á hacer compañía á vuestro difunto esposo (estas fueron sus palabras) para luego satisfacer sus deseos de llevarse la niña.

—¡Ah infame, y más que infame! exclamé en el colmo de la ira. ¡Es posible que Dios sostenga tales mónstruos en el mundo! ¡Es posible que no vengan los mayores castigos sobre esas almas que han llegado á los últimos lindes de la depravacion!

Y como fuera de mí empecé á mesarme los cabellos de rabia y desesperacion.

—¿Y que habeis hecho? pregunté al morisco.

—He compuesto el brebaje, me dijo, pero no para entregárselo á él.

Y sacando de su bolsillo un frasco de cristal, me lo mostró y ví que estaba lleno de un líquido amarillento.

—Mirad, dijo: con sólo cuatro ó cinco gotas de este liquido arrojadas dentro de una copa de agua ó en el alimento, es suficiente para destruir las fuerzas de un hombre por robusto que sea, y hacerle emprender el camino del cementerio, que lo anda seguramente en

el preciso término de treinta á trienta y cinco dias. ¿Qué os parece?

—Entregádmelo, dije, y extendí la mano para apoderarme del frasco. Pero el morisco lo retiró tan á tiempo que me cortó la accion.

—Para vos es, me dijo, y por eso os advertí que traia un tesoro; pero debeis conocer el gran servicio que os dispenso, entregándoos esta deliciosa bebida, y engañando al conde, al que daré, y esto en subido precio, otro frasquito con agua comun y unas gotas inofensivas que sirvan tan solamente para darle color.

Yo no sabia lo que hacia: estaba casi falta de razon: abrí un cajon donde tenia el dinero, saqué, sin contarla, una cantidad que no bajaria de trescientos ducados, y poniéndola sobre una mesa, le dije:

—Tomad, guardaos eso, y entregadme el frasco.

Los ojos del morisco se fijaron en el oro y parecia que querian saltar de sus órbitas. Era en aquellos instantes la verdadera imágen de la avaricia.

Titubeó un momento; pero al fin exclamó:

—Tomad.

Y puso en mis manos el fatal líquido, que abrasaba mis dedos.

En el momento sepultó en sus bolsillos el oro que habia sobre la mesa.

—Que el cielo os guarde, dijo; y se dirigió hácia la puerta.

Parecia que tenia temor de que yo le quitase el dinero que acababa de recibir.

Yo le detuve, y le dije:

—¿No me engañareis? ¿Será esto en efecto lo que decís? ¿Producirá esto el efecto que me habeis indicado?

—Señora, me respondió: no soy ladron, ni al venir aquí he tenido el objeto de engañaros, sino el de haceros un beneficio. Os juro que he dicho la verdad en todo, y que mi único deseo es salvaros y que os vengueis del conde.

—Bien, podeis marcharos, le dije.

El morisco hizo una reverencia y se retiró.

II.

Cuando me ví sola guardé el fatal frasco que tan caro me habia costado, y me arrojé en el lecho. Me sobrevino una fiebre que me duró todo el dia, y de la cual no me ví libre hasta el siguiente.

Susana no se habia enterado de lo que habia pasado entre Abucker y yo, pero se enteró de todo á causa del delirio que me produjo la calentura, durante el cual yo hablé mucho sobre el asunto.

Así, pues, cuando, gracias á sus cuidados, me encontré despejada, me dijo:

—¡En que mala hora vino á esta casa ese hombre! Valiera más que no hubiese venido.

—¿Pues que culpa tiene ese hombre, la dije, de que yo haya enfermado?

—Todo lo sé, señora, me dijo.

—¡Qué lo sabes todo!

—Así es.

—¿Luego estuviste escuchando?

—Dios me libre de cometer semejante imprudencia. Ya sabeis que no soy curiosa.

—Pues entónces...

—Es que la calentura es muy habladora.

—¿He delirado?

—Mucho, señora, mucho.

—¿Y puedo confiar en tu discrecion?

—No deseo, me dijo con energia, no deseo otra cosa sino que os vengueis de ese miserable conde, que tanto daño os ha causado y que aún quiere atentar contra vuestra vida. ¿Qué compasion se debe sentir hácia un mónstruo de tal naturaleza? ¿Merece algo ménos que la muerte? Y sobre todo, ya que él se ha propuesto mataros, justo es que sea él el que muera.

—Luego puedo contar contigo?

—Con toda seguridad.

—Pues bien: falta solo que convinemos el plan.

—Lo que siento es que ese asesino que os ha proporcionado el elíxir, os haya sacado una cantidad crecida, pues yo creo que le habeis dado mucho dinero á juzgar por las palabras que habeis pronunciado en vuestro delirio.

—No lo sé á punto fijo, le dije. Estaba muy sobre-escitada, no sabia lo que me hacia y le entregué un puñado de oro.

—Que no bajaria de cuatro mil ducados.

—No tanto, pero pasarian de dos mil.

—¡Ah bribon! Tal vez no haya empleado en la composicion dos reales de plata.

—Es muy posible.

—En lo del plan no hay nada que combinar, dijo Susana. Él ha de venir á veros. Dejadme cuando haya de recibirle, ese frasquito y lo demás corre de mi cuenta. Yo sabré lo que he de hacer. Lo que habeis de procurar es recibirle de tal manera, que ni le dejeis concebir esperanzas, ni se las hagais perder por completo.

—No sé como he de poder resistir la presencia de un hombre al que tanto aborrezco.

—Para eso sabemos fingir las mujeres.

Yo me fuí serenando poco á poco, y meditando ya á mis solas, ya en mis conversaciones con Susana, el plan de mi venganza.

Si algun tiempo ántes me hubiesen dicho que yo habia de estar dispuesta para cometer un crímen de homicidio, me hubiera horrorizado; mis sentimientos siempre habian sido buenos y jamás habia pasado por mi imaginacion el causar el menor daño á persona alguna, pero desde el momento en que Abucker me refirió las pérfidas intenciones del conde, se apoderó

de mi corazon el deseo de venganza. No diré el uso del veneno, sino hasta un puñal hubiese manejado á serme necesario, y no hubiese titubeado al clavarlo en el corazon del conde.

Tan terrible fué el efecto que en mi produjo la revelacion del avaro morisco.

¡Oh! Si Martinez, mi buen esposo, se hubiese levantado de la tumba no me hubiera conocido. Ya no era aquella mujer resignada con su suerte, y modesta, que habia sido su compañera, aúnque por poco tiempo: era sí la imágen, en la fiereza, de la leona á quien han sido arrebatados sus hijos. De mi alma habian huido todos los bellos y nobles sentimientos y no aspiraba más que á la venganza, pero á una venganza la más cruel.

Yo deseaba el instante de llevarla á cabo, porque así me libraba de las asechanzas y cruel persecucion del que tanto daño me habia causado, y libraba tambien á mi hija de ir á parar al poder de un padre tan infame como era el suyo, pero la muerte me parecia poco, y hubiese preferido un licor que le hubiese hecho padecer, por lo ménos, un tiempo igual al que habia trascurrido desde que me despojó traidoramente de mi inocencia, hasta aquel dia; pero al fin tenia que conformarme con los rápidos efectos que segun lo que me habia asegurado Abucker, habia de producir su composicion.

III.

Trascurrieron seis dias, durante los cuales no tuve la menor noticia del conde.

Al séptimo, recibí una afectuosísima carta en la cual me pedia mil perdones por todas las ofensas que me habia hecho, y me juraba que si el estar ya casado no se lo impidiese, me ofreceria su mano de esposo con el mayor placer. ¡Jamás habia visto mas hipocresía! La carta que siempre he conservado y que tengo presente al escribir estas Memorias, decia así:

«Señora mia: De hombres frágiles y miserables es el pecar, pero solo de demonios el permanecer siempre en el pecado sin experimentar el arrepentimiento. Cuando las pasiones de la juventud nos ciegan, obramos con precipitacion sin dar lugar á reflexiones de ninguna clase ni parar mientes en las advertencias de la conciencia; pero llega un momento en el que se piensa en el mal que se cometió, aparece ante la vista en toda su magnitud, y entonces quisiera uno á costa de su misma sangre poder borrar la mancha que voluntariamente dejamos, en un momento de vértigo, caer sobre nuestra conciencia.

«Tal es, señora, el caso en que yo me encuentro. No tengo para que recordar la falta, la enorme falta que con vos cometí. Continuamente está delante de mis ojos, y la conciencia no me deja un momento de

reposo. Sé muy bien, que Dios os concedió benignamente un apoyo en vuestra desgracia en el hombre honrado que os hizo su esposa y que tan prematuramente ha bajado al sepulcro. ¡Sois muy desgraciada! Conozco que no soy digno de presentarme ante vos; sin embargo, os escribo por segunda vez, y me atrevo á suplicaros que me dejeis ver y contemplar de cerca á... Beatriz. No sabrá seguramente que soy su padre: yo os ofrezco no revelárselo, pues no es justo que conozca su desgraciado orígen y mucho menos cuando se cree hija del honrado señor Martinez. Pero yo, con el sólo objeto de satisfacer mi natural deseo, iré como un amigo de la casa, aúnque no con frecuencia. En el corazon de una mujer buena como vos lo sois no puede abrigarse el deseo de la venganza. ¿Cómo, pues, no he de esperar confiado obtener la gracia que solicito?

«Impaciente espero vuestra resolucion, que podeis comunicarme, bien por escrito, bien por medio de vuestra sirviente Susana, pues á este fin la esperaré mañana á las once á la puerta de la Iglesia que está inmediata á vuestra casa.

«El cielo os haga venturosa y feliz como lo desea el que humildemente os pide perdon: *El Conde del Aguila.*»

Tal era la carta del malvado. Quien no le hubiese conocido á fondo, ó no hubiese escuchado lo que de él habia hablado Abucker, podria creer que verdade-

ramente era un hombre arrepentido que detestaba su pasado y habia entrado en el camino de la honradez y del arrepentimiento. A mí no podia engañarme, pues sabia que su objeto era el cometer un crímen más espantoso que el primero. ¿No parece increible que pueda existir en el mundo un ser tan degradado? Yo por mi parte no lo hubiese creido á no verlo, pues no se comprende que el hombre renuncie tan fácilmente al uso recto de su razon y que dejándose de tal modo dominar de sus pasiones se ponga por debajo de las mismas fieras.

Yo no tenia con quién consultar ni podia hablar del asunto más que con Susana, pobre mujer que carecia de toda clase de instruccion, dotada de buen corazon, pero que estaba de mi parte, y se hallaba animada de los mismos deseos de venganza que me acompañaban.

—¿Qué te parece, la dije, de todo esto?

—Que el conde viene él mismo á caer en la trampa. ¡La Providencia, señora, la Providencia!

—¿Y que debo contestarle, segun tu parecer?

—Nada.

—Pues entonces...

—Como el conde ha de dejar pronto esta vida mortal, para ir derechito al infierno donde es esperado, conviene que no encuentren en su casa ninguna carta vuestra, pues de deduccion en deduccion, pudiera ser...

Aquella pobre mujer discurria bien. Debiamos evitar todo aquello que pudiera comprometerme.

—Mañana temprano, añadió, salís de casa y vais á cualquier parte, ó bien os retirais á una de las habitaciones interiores. Cuando sea la hora señalada por el conde, salgo, y le manifiesto que habeis accedido á sus súplicas y que puede venir á ver la niña, pero que vos no estareis en casa. Se encontrará contrariado con esta noticia, pero yo le haré creer que á la segunda ó tercera visita le recibireis y con esta esperanza vendrá.

El tiempo es muy apropósito para nuestro plan. A la hora en que ha de venir, el calor es ya insoportable.

Yo tendré preparada sobre el velador una botella de agua fresca, y en uno de los vasos estarán ya depositadas las gotas de ese frasco que tanto os ha costado, y como es muy probable que me pida de beber...

—Bien, comprendo, la dije: no es necesario que te expliques más.

Confieso que me horrorizaba la idea del asesinato.

Convine en que todo se hiciese segun el plan concebido por Susana, pero opté por estar en casa aunque encerrada en las habitaciones interiores.

No me era posible determinarme á que mi palabra se cruzase con la de aquel infame.

IV.

Al siguiente dia, poco despues de las once de la mañana, el conde del Aguila, pisaba, probablemente sin el menor remordimiento, la morada que tan villanamente habia profanado y envilecido en una noche memorable.

Sentado en mi gabinete, conversaba con Susana, la cual le decia que yo me habia ausentado por no verle, pero que ella se encargaba de vencer mi repugnancia, y que otro dia podria ya hablar conmigo.

—Hacedme el obsequio, dijo él, de traerme la niña.

Susana lo hizo; el conde la tomó en sus brazos y la colmó de caricias.

Pasados algunos momentos la soltó.

Su frente estaba cubierta de sudor.

Susana esperaba el momento favorable, y por cierto que este no se hizo esperar.

—¿Podeis, dijo el conde, servirme un vaso de agua?

—Con mucho gusto, dijo Susana: y por cierto que está muy fresca.

É inmediatamente llenó una gran copa que preparada tenia al efecto, y puso dentro azúcar. Despues tomó una cuchara y batió el líquido para que el dulce se deshiciese.

—Tomad, señor, dijo acercándose con la copa.

—Parece que temblais, exclamó el conde.

—La emocion; señor, respondió ella. Hay recuerdos que duran toda la vida, y como yo fuí la culpable, pues...

El conde se rió, y sin abrigar la más remota sospecha tomó la copa y bebió hasta concluir su contenido. . . . .

. . . .

V.

Abucker no me habia engañado.

Un mes despues de aquel suceso, un lujosísimo cortejo fúnebre atravesaba las calles de la ciudad.

El opulento conde del Aguila era llevado en hombros de sus criados á una iglesia en cuyo panteon iba á ser depositado despues que hubiesen terminado los oficios fúnebres.

A aquel acto concurrió una multitud de gente.

Si hubiese sido un pobre, seguramente no habria tenido acompañamiento, aunque hubiese sido en vida un modelo de honradez. La sociedad no para mientes en estas cosas; honra el dinero y las posiciones: por lo demás los vicios les son tan indiferentes como las virtudes. ¡Quien hace caso de estas cosas!

Yo habia quedado completamente satisfecha, una vez cumplida mi venganza, en la que seguramente no hubiese pensado, si el conde no se hubiese atravesado nuevamente en mi camino.

Desde entónces he huido cuanto me ha sido posible del trato de las gentes. Si en la sociedad no se encuentra otra cosa que falsedad y engaño ¿qué mal hay en huir de ella?

VI.

Tengo una hija, que lo es de la desgracia, y para ella, solo para ella me he ocupado en escribir estas Memorias. Quiero que sean su libro de enseñanza. ¿Sacará algun fruto de su lectura? Asi lo creo.

VII.

Beatriz: cuando este escrito leas, yo habré abandonado el mundo ó estaré proxima á abandonarle.

No me maldigas.

He querido que sepas tu orígen.

La infamia te concibió, sin que tu pobre madre tuviese parte en el crímen: porque como has podido ver por lo que queda consignado, tu madre era la semejanza de un cadaver.

Esto quiere decir que la desgracia te persiguió desde el instante mismo de tu concepcion. Te veo agitada por los vientos de la tribulacion. No te acobardes, y ya que no puedas acercar á tus labios la copa de lo que el mundo llama felicidad, liba las de las venganzas, en cuyo fondo encontrarás dulzuras.

Si el mundo te hace la guerra, hacela tu al mundo.

En nada he coartado tu libertad, porque siempre he estado persuadida de que lo que ha de suceder, sucede. Sin embargo, te observo y veo que ya has sido juguete de un hombre. ¿Qué conducta deberás seguir?

Ya sabes mi historia. Estudiala y obra despues segun te dicte tu corazon.

Aqui terminaban las *Memorias* de la madre de Beatriz.

Esta, al acabar de leerlas, dejó caer el manuscrito de sus manos, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

En esta posicion permaneció por espacio de media hora, durante cuyo tiempo las lágrimas bañaron sus mejillas. ¿Qué pensaba?

CAPITULO XXIX.

Conferencia de un ángel y un diablo.

El lector puede calcular, conocido el temple de alma de Beatriz, el efecto que en ella produciria la lectura de las *Memorias* de su madre.

Despues que hubo meditado un corto espacio de tiempo sobre ellas, se levantó, enjugó sus lágrimas, irguió la cabeza y viendose reproducida en un gran espejo que habia en su gabinete, exclamó, mirando alli su figura.

—Ea Beatriz: se acabaron las lágrimas y los sinsabores. El mundo es malo, completamente malo y los séres racionales que en el habitan, són pérfidos. La doblez y la traicion se abrigan en todos los corazones. Así has encontrado el mundo, y así le dejarás. ¿Debes tú ir contra la corriente? ¿Debes ser una excepcion de la regla general? El mundo se burlaria de tí; las gen-

tes te harian objeto de su mofa, y esto no debes consentirlo en manera alguna. Tu has causado ya mucho mal: has manejado la tea incendiaria. Tal vez el hermano Juan del que quisiste vengarte, sea inocente del crímen de que le acusas; tal vez no te haya hecho mal alguno. ¿Pero no lo habrá causado á otras personas? Si: es indudable, porque no existe ni puede existir un hombre bueno en el mundo. Tal vez los infelices enfermos que en el hospital se hallaban, y que tuvieron que ser sacados de allí... ¡Pero qué quimera! Entre ellos tampoco habria uno bueno. ¿Porque se ven precisados á buscar aquel asilo en sus enfermedades? Porque la suerte no les ha favorecido, dicen ellos. ¡Mentira! ¡Siempre la mentira por todas partes! Unos, porque dilapidaron lo que poseian en vicios y orgías: otros, porque en vez de seguir la carrera del bien, la senda de la honradez, siguieron la del crímen. Esta es la verdad. Pues bien, que sufran, que padezcan. Tú, no habias nacido, no habias visto la primera luz del dia y ya empezaste á ser juguete de los hombres. ¿A qué debes tu orígen? A un crímen. Bien muerto estuvo el que te dió la vida, haciéndote al mismo tiempo desgraciada: bien muerto estuvo.

Dicho esto, volvió á sentarse, y despues de unos momentos de silencio, siguió su monólogo de este modo:

—Ratifico mís juramentos de venganza. Alberto me ha abandonado y descansa en los brazos de esa

miserable que lo robó á mi amor. Yo frecuentaré los salones, tendré amores, gozaré cuanto sea posible gozar, pero no amaré por que no hay en el mundo quien sea digno de mi amor. Buscaré á esos infames y los aplastaré bajo mis piés, y como hacen todos, cuando sea necesario, me cubriré con el velo de la hipocresia, por que la hipocresia tiene el imperio del mundo. ¿Es necesario aparentar lo que no se siente? Pues lo aparentaré. ¿Es necesario engañar al mundo? Lo engañaré.

Asi discurria en su despecho aquella mujer violenta y satánica, que creia que la virtud no podia existir en el mundo. ¡Desgraciada sociedad humana si asi fuese! Verdad es que la corrupcion de las costumbres, la maldad, siempre han existido, pero en medio del cieno producido por las pasiones desordenadas, se elevan grandes virtudes que neutralizan en parte los males que aquellas producen. Si hay corazones metalizados que todo lo sacrifican en su afan de poseer riquezas, vemos hombres llenos de caridad que acuden presurosos á enjugar las lágrimas del que llora, á proveer de pan al menesteroso, y de abrigo al que sufre el rigor del invierno sin tener con que cubrir sus carnes. ¡Héroes admirables de caridad que como Juan de Dios, nada quieren para si y se desvelan por favorecer á sus semejantes. Y no ha habido siglo en el que no hayan resplandecido estas almas nobles, estos hombres tan benéficos á la humanidad.

Beatriz estaba loca.

Pero la locura de aquella mujer era la que produce las pasiones, era la locura del orgullo y de la vanidad, locura que sólo puede asaltar á los que como ella, han perdido todo noble sentimiento, han dejado sofocar en su corazon hasta los últimos rayos de la fe cristiana, y no ven más mundo que el presente.

¡Oh! ¡Cuan desgraciado es el esceptico!

Como nada espera, como no cree otra cosa, que aquello que tiene presente, no encuentran goces de ninguna clase en el mundo y siempre les acompaña el hastio, el fastidio, aún en medio de las bacanales á que asisten.

Y no puede ser de otra manera.

Si no esperan recompensa alguna por el bien que practiquen ¿como han de estar dispuestos á dispensarlo? La razon suprema de estos hombres es vivir y estar rodeados de comodidades. Mañana moriremos, exclaman, y nada hay despues de la muerte: comamos y bebamos, procurando pasarlo lo mejor posible.

¡Que diferente modo de pensar tienen los hombres de fe, los que no han dejado perder las ideas religiosas. Estos discurren mejor. La vida presente, dicen, es un transito para otra vida que no se ha de acabar como la presente, vida en la cual seremos felices ó desgraciados, segun sean nuestras obras en el tiempo.

Y estos hombres viven llenos de fundadas esperanzas, y gozan en los beneficios que dispensan á otras

existencias. Remedian una necesidad y resuena al mismo tiempo en sus oidos esta sentencia de Jesucristo: «En verdad os digo, que el que da un vaso de agua á un pobre en mi nombre, no quedará sin recompensa.» Y descansan tranquilos bajo el testimonio de una conciencia que no les reprocha cosa alguna que sea reprensible.

Beatriz que parecia abandonada de todo el mundo, no lo estaba completamente de Dios. Ya la hemos visto una vez á las puertas de los cielos, gracias á las exhortaciones de un varon justo.

La Providencia queria salvarla y le proporcionaba todos los medios para ello.

Con haber puesto un poco de su parte, Beatriz hubiese sido una santa.

La lucha que con ella sostenia la gracia era contínua.

Pero era tenaz su resistencia.

Iba llegando á aquel grado en el que Dios deja ya entregada á la criatura á sus propios consejos, pues si aumenta su gracia progresivamente á los que saben corresponder á ella fielmente, la va retirando del mismo modo á los que desprecian aquel bien que la mayor parte de las veces no sabemos comprender ni apreciar en lo que vale.

Veamos un nuevo llamamiento y una nueva resistencia.

La Providencia condujo á casa de Beatriz á aquel

varon justo que el lector conoce, al padre de los pobres, á Juan de Dios, al héroe de la misericordia, que sacrificaba su reposo, su salud y aún su vida por los pobres enfermos.

Para él hubiera sido suficiente un pedazo de pan y algunas yerbas, pero para atender al gran número de enfermos que en su hospital se hallaban albergados, se necesitaban grandes recursos.

Y estos recursos los proporcionaba la Providencia.

Cualquiera que hubiese entrado en el hospital de Juan de Dios y hubiese observado el órden y la limpieza que allí habia, las medicinas que se consumian, los sanos alimentos que se repartian entre los convalecientes, hubiese dicho: «Esta casa tiene pingües rentas con que atender á tantos gastos.»

Pues no es así.

Tan solamente habia el fruto de la caridad.

Juan de Dios, sólo primero y luego acompañado de los que abrazaron su hospitalaria órden, pedian de puerta en puerta, y en las calles y en los caminos, y aquellas frases de: «Haced bien por vosotros mismos» tenian la eficacia de ablandar los más endurecidos corazones, y nada faltaba en aquel asilo de misericordia erigido en Granada, que sirvió de norma para los muchos que despues se establecieron, no solamente en diversos pueblos de España, sino en diversas naciones.

Juan de Dios practicando su caritativo oficio, llegó

á las puertas de la casa de Beatriz, y pronunció su frase sacramental: «Hermanos, haced bien por vosotros mismos.»

Beatriz le oyó, y le hizo entrar.

No podia haber olvidado el siervo de Dios las escecenas en que involuntariamente habia tomado parte; pero no se hizo rogar. Tal vez su presencia podia ser útil en aquel lugar, le decia su corazon.

Y penetró.

Beatriz le rogó que tomase asiento.

—Señora, exclamó el religioso: ya comprendeis, que no puedo perder el tiempo: son muchos los desgraciados enfermos que reclaman mi presencia, y yo debo continuar mi cuestacion de hoy. Si vais á darme alguna limosna para mis pobres, Dios os dará la recompensa.

—¡Dios!.... exclamó Beatriz con risa sarcástica.

Juan tal vez por primera vez en su vida, mostró un rostro muy severo.

Se levantó, empujado por un impulso secreto, y por un momento desapareció en él aquella mansedumbre que respiraban sus palabras, para convertirse en el profeta que anuncia los castigos del cielo.

Instantáneamente se trasformó en un Jonás, dirigiéndose á los habitantes de Ninive.

—¡Quién sois vos, señora, para dudar de Dios! ¡Ni como permanezco yo un sólo instante bajo la techumbre de una casa donde se blasfema de la Divinidad!

Adios, señora, y quiera el cielo abrir los ojos de vuestra alma, para que no os perdais por una eternidad.

Y el santo religioso se dirigió hácia la puerta.

—Esperaos, esperaos un momento, exclamó Beatriz, á cuyo corazon llegaron las palabras de Juan de Dios, y colocándose entre él y la puerta, añadió:

—¿Por qué así me abandonais? Si me creeis enferma del alma, deber vuestro es el asistirme y el procurarme los medios de conseguir la salud perdida. ¿No estais dedicado á la asistencia de los enfermos?

—Ya recuerdo, la respondió Juan de Dios, que en otra ocasion dispuso el Señor que ejerciese tal oficio con vos. Yo creí que la gracia triunfaba en aquel dia, pero por desgracia triunfó el ángel malo. ¡Ah! Si entónces hubieseis dado oido á la voz del cielo, hoy viviriais tranquila, sin remordimientos, y sin haber caido en nuevas y graves faltas.

—Pero, vos sabeis....

—Nada sé.

—¡Cómo me acusais!

—No he pensado en acusaros.

—¿Cómo decís entónces que he caido en nuevas faltas? ¿Quién os lo ha dicho?

—Vos misma.

—¡Yo!

—Sí, vos, que si no hubieseis caido en faltas gra-

ves después de aquel dia, no os hubieseis burlado de Dios en este.

—Es que estais en un error, hermano Juan, yo no me he burlado de Dios, pero si os repito que creo cumplireis con un deber de conciencia, si acertais á curarme de la enfermedad moral que me aqueja.

—¿Y qué puedo yo hacer, pobre de mí? Acudid á un sabio y virtuoso sacerdote que os dirigirá por el camino del bien.

—Pero deseo haceros una pregunta.

—Hablad.

—Vos creeis en la justicia de Dios, ¿no es verdad?

—La justicia, dijo el religioso, es un atributo de la Divinidad, y tanto, que Dios no seria Dios si le faltase la justicia.

—Pues entónces, replicó Beatriz, ¿cómo permite que la injusticia triunfe en el mundo? ¿Cómo vemos hombres infames cuyo empleo es únicamente hacer mal á sus semejantes, que viven halagados por la fortuna, sin que la adversidad llame jamás á sus puertas? ¿Cómo vemos muchas veces al hombre honrado, abatido y careciendo hasta de lo más necesario para su sustento? ¿Por qué le niega Dios lo que pródigamente concede á las aves que surcan los aires, y á los peces que habitan en los mares? ¿Podriais explicarme estos fenómenos, que habreis observado lo mismo que yo?

Juan de Dios, que habia escuchado con paciencia á Beatriz, le respondió de este modo:

—No es á mí, señora, á quien debiais haberos dirigido con tales preguntas sino á uno de los muchos teólogos que tenemos entre nosotros, entre ellos el padre maestro Avila, que tantas almas gana diariamente para el cielo, y estoy cierto que quedariais convencida con sus razonamientos. Sin embargo, es tan sencilla la solucion á esas preguntas que habeis hecho, que no es necesario haber manejado muchos libros para contestarlas, ni se necesita un caudal de ciencia.

Es indudable que Dios ha impuesto leyes á todo cuanto existe. Aquellos objetos creados que carecen de raciocinio, cumplen exactamente las que les han sido impuestas, sin conocer que de este modo cumplen la voluntad del Creador. Arrojad una piedra al aire y la vereis en el momento obedecer á la ley de la gravedad: depositad un grano en la tierra y vereis como se desarrolla, se abre paso por la pesada capa que le cubre y se reproduce admirablemente en cumplimiento de su deber.

—Obedecen á leyes físicas, replicó Beatriz.

—Obedecen á una ley eterna dada por el sabio autor de la naturaleza. Los mismos irracionales satisfacen sus necesidades físicas, aúnque sin conocer en virtud de que ley obran.

En el hombre, continuó el religioso, hay que ob-

servar otra cosa. Dios que le formó á su imágen y semejanza, ciñó á sus sienes la preciosa diadema de la razon, don que le separa y distingue de los irracionales, y á diferencia de los demás séres creados, conoce sus leyes, su bien y su fin, y en virtud de la libertad que le ha sido concedida, puede infringir las leyes, abdicar el bien y separarse de su fin. El Criador le ha impuesto reglas y preceptos, y dejándole en libertad de obrar, le ha ofrecido bienes eternos en recompensa de su fidelidad á tales mandatos, y castigos eternos si de ellos se aparta y en el mal perseveran. Y justamente en eso que vos quereis ver una injusticia en Dios, veo yo resplandecer su infinita justicia de un modo maravilloso. Nada prueba más la existencia de la vida futura que la prosperidad de los malos y la adversidad que suelen experimentar los justos. Como Dios no deja sin recompensa ninguna obra buena y no hay por lo general ningun hombre por malo que sea que no haya practicado algun bien, como quiera que ninguna obra buena sea meritoria de eterna rècompensa cuando se hace en estado de reprobacion, el Señor la premia con bienes temporales. Al justo lo purifica con trabajos para que se encuentre más colmado de méritos al entrar en la vida eterna. Otras muchas razones podria aducir, pero creo que son suficientes las expuestas. Si vos practicarais el bien, encontrarias la mèjor recompensa en la tranquilidad de vuestra conciencia. Dejad, pues, de dudar

de la justicia de Dios, y antes por el contrario reconoced, os ruego, que estais en mal camino.

—Es tanta la maldad que vèo en el mundo, què casi dudo de todo, dijo Beatriz.

—Y esa duda, rèplicó Juan, es la que os hace desgraciada y os coloca en camino de reprobacion, que ès la mayor dèsdicha que podeis experimentar en el mundo.

La altivèz de Beatriz no le pèrmitia èscuchar reflexiones de nadie; y si tal diálogo sostuvo con Juan de Dios, no fue movida por un dèseo de encontrar la vèrdad, sino para descubrir la hipocresía que creia en el santo religioso.

Así, puès, con un cinismo incomprensible, dijo á aquel varon que todo el mundo respètaba por sus virtudes:

—¿Lo crèeréis? Puès hasta dudo de vos. Dispènsadme la franqueza, pero no os creo adornado de esas virtudes que todos os atribuyen.

—En cuanto á eso, señora, teneis razon, porque yo, por desgracia mia, estoy muy léjos de ser un santo. No soy más que un miserable pecador. Algunas personas me creen muy bueno porque me ven dedicado á la asistencia de los enfermos. ¿Y hago por ventura en esto más que cumplir con mi deber? ¿No nos manda el Señor amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos? ¿Qué mérito, pues, hay en el cumplimiento de los deberes? ¡ Ojalá que esto me sirva

siquiera para purificarme de mis muchas miserias ante los ojos de Dios!

Y los suyos se humedecieron.

Beatriz creyó que aquella humildad era fingida, y trató de ver si le exasperaba.

—Vos pedís siempre para vuestros enfermos. ¿No podria ser que empleaseis una parte de las limosnas en el hospital y otra en alguna otra cosa que no fuese tan santa?

—A eso, dijo Juan sin alterarse en lo más mínimo, debo contestaros de otra manera. Dios nos manda cuidar de nuestro buen nombre, y así os digo que, si ántes no fuísteis equivocada al creer que yo soy una miserable criatura, más quizá que las demás, en vuestra segunda suposicion estais completamente equivocada. Gracias al cielo, no soy ladron, y ladron seria si aplicase á otros usos ó á regalarme lo que se me entrega para los pobres enfermos. Por otra parte, mis necesidades son muy cortas, y un poco de pan me es suficiente para alimentarme todo el dia, y para esto me sobra con algo de lo que dejan mis enfermos. Ahora bien; si no se os ocurre otra cosa, marcharé á continuar mi cuestacion. ¿Quereis hacer bien por vos misma? Dadme alguna limosna para aquellos séres desgraciados que no tienen otros recursos que los que les proporciona la caridad cristiana.

En estos momentos Beatriz demostró á donde es capaz de llegar una mujer cuando ha perdido por

completo toda idea religiosa, y prescinde del honor y de la modestia que es propia de su sexo.

—Podeis marcharos, hermano Juan, dijo, que no tengo yo el dinero para mantener la vagancia: mejor estaríais trabajando que importunando á todo el mundo con vuestros petitorios. Si en otra ocasion os he dado limosna, ha sido porque me importaba hablaros. Ahora ya es otra cosa. Apadrinad los criminales amores de mi esposo con la infame Victoria al tiempo que cuidais de vuestros enfermos. No me direis donde se hallan; pero yo os aseguro á todos, que quedará para mucho tiempo memoria de mí. Sí; yo me vengaré.

—Os compadezco, señora, dijo el religioso. Me juzgais muy mal cuando sospechais que yo proteja amores criminales. A más: yo ignoro por completo el paradero de vuestro esposo; y en cuanto á Victoria, os puedo asegurar que tampoco lo sabe. Victoria es una santa en cuyo corazon no existe más amor que el amor divino. ¡Ojalá tuviese muchas imitadoras!

—¿Pero está en Granada esa mujer?

Juan temió decir la verdad á fin de evitar que le acaeciese alguna desgracia á la virtuosa doncella; y no queriendo tampoco manchar sus labios con una mentira, se contentó con responder:

—Dios lo sabe.

—Pero tambien lo sabeis vos y me lo habeis de decir.

—Os aseguro que no sé donde se halla en estos momentos.

Decia bien Juan y no mentia. Sabia muy bien que Victoria se hallaba en Granada, pero no sabia donde podria encontrarse en el momento en que hablaba.

¡Medio ingenioso para salir del asunto!

Los ojos de Juan de Dios se humedecieron.

La compasion produjo aquel efecto.

No le importaba nada el que Beatriz le hubiera injuriado. Sabido es que las almas justas gozan en las tribulaciones.

Lo que le afligió fué el estado de aquella alma empedernida en el mal. Él, cuyo corazon rebosaba caridad, hubiese dado parte de su sangre por salvarla.

—¡Marchaos! dijo Beatriz con imperio al tiempo que le volvia las espaldas.

Juan de Dios, juntó las manos ante al pecho y esclamó:

—¡Oh, Dios, que de las piedras sabeis hacer hijos de Abraham, iluminad con un rayo de vuestra luz divina á esta alma que se halla ciega en el pecado!

Y abandonó aquella casa, para continuar el petitorio á favor de sus pobres enfermos.

Beatriz estaba como loca.

Habia dejado sofocar todos los buenos sentimientos del corazon.

Para ella no habia virtud posible.

¿Estaba dejada de la mano de Dios?

Entregada á sí misma, sin dar lugar á reflexiones de ninguna clase, guiada tan solamente por el ímpetu de sus vehementes pasiones, no era posible que diese un paso con tino, y necesariamente habia de rodar de precipicio en precipicio.

No hay peores consejeros que las pasiones.

Ya veremos á donde llevaron las suyas á Beatriz.

CAPITULO XXX.

Dios las cria....

Antes de investigar que se ha hecho de Alberto, del cual no nos hemos ocupado desde que le dejamos camino de Argel en compañía de su amigo Agustin, es necesario que el lector haga conocimiento con otros personajes que han de hacer un papel importante en nuestra historia.

En la lejana época en que tuvieron lugar los acontecimientos que venimos narrando, las tertulias se diferenciaban en mucho de las de la actualidad.

La moda, esa tirana de la sociedad, no habia tomado grandes desarrollos.

En los tiempos que alcanzamos, una recepcion no es otra cosa que una exposicion de trajes.

Al asistir á ellas, las señoras y señoritas no tienen por objeto pasar unas horas de distraccion y honesto

recreo, sino el lucir sus galas, el ver si pueden causar envidia á otras ménos favorecidas por la naturaleza y por la fortuna, y sobre todo, ver si *pueden pescar* un marido las que de él carecen. Y como quiera que miéntras más lujo ostentan, con más facilidad pueden conseguir su objeto, de aquí nace esa pasion que muestran las señoritas por vestir las más ricas y preciosas telas y adornarse con joyas de valor.

En los tiempos de Cárlos V, las reuniones eran de confianza, y á cada persona que á ellas concurria se le apreciaba por lo que valia y nó por el traje que ostentaba.

En una cosa, sin embargo, se parecian aquellas tertulias á las de la época presente.

Suponemos que el lector habrá ya adivinado la semejanza. Pero, por si acaso no es así, se lo diremos en reserva, no sea que alguna señorita lo escuche y truene contra el inocente autor de este libro.

Pues esta semejanza consiste en la murmuracion.

Desde que existen mujeres en el mundo, con dificultad se han reunido dos ó tres sin que la conversacion por ellas sostenida ruede sobre la vida y costumbres de algunas otras. Les faltaria lo principal, lo más necesario de sus pláticas sino se mezclase en ellas algo de vidas ajenas.

Mas, como quiera que no hay regla sin excepcion, suplicamos á las lectoras de este libro que no se den por aludidas, pues desde este momento las exceptua-

mos de buena voluntad, creyéndolas muy prudentes y calladas, y no se dirá ciertamente que somos dificiles en conceder.

Habia en Granada una señora viuda, y muy rica por añadidura, que en las noches de los dias de fiesta reunia en su casa á todas sus amigas, que ya se comprende que tendria muchas, habiéndose dicho que era muy rica.

Hubiese perdido toda su fortuna y no hubiese tardado en verse aislada por completo.

En esto, por más que cada siglo tenga su carácter particular que le distinga de los demás, todos se parecen.

La fisonomía de los tiempos pasados, de los presentes y de los que han de venir, está delineada con dos solas frases: *egoismo* y *falsía*. No hay, pues, que echar nada en cara á los tiempos que corremos.

El esposo de doña Vicenta, que así se llamaba la ilustre dama, habia sido militar de alta graduacion y habia muerto gloriosamente en una campaña, defendiendo al gran emperador que llenó el mundo con su fama y que acabó su vida, después de renunciar las grandezas de la tierra, en el monasterio de Yuste.

Sabia doña Vicenta de memoria toda la historia militar de su difunto esposo, y no dejaba pasar una sola noche de tertulia sin que refiriese algun hecho glorioso, que todas sus amigas sabian ya de memoria á fuerza de oirlo repetir.

En el estio obsequiaba á sus contertulianas con dulces y refrescos y en invierno con alguna bebida caliente.

Cuando no contaba hechos de su difunto, se ocupaba por regla general de vidas ajenas.

Tenia el vicio de la murmuracion.

Fuera de esto era muy instruida contra la costumbre de las señoras de aquellos tiempos, y su conversacion era muy amena.

A su tertulia asistian tambien algunos señores y varios jóvenes de su confianza.

Ya hemos dicho que Beatriz habia determinado tener mucho trato, disfrutar de todos los encantos sociales, y adquirir en cuanto le fuese posible noticias de Alberto y de Victoria, á los que se habia propuesto perseguir sin tregua ni descanso.

Tenia conocimientos con algunas de las contertulianas de doña Vicenta, y rogó á una de ellas que la presentase en su casa.

—¿Cómo es esto? le preguntó aquella. ¿Quereis abandonar ahora esa vida aislada que llevais? ¿Os habeis decidido por el trato social?

—Quiero hacer una variacion en mi manera de vida, dijo Beatriz. He considerado que me moriria de fastidio si permaneciese siempre encerrada dentro de mi casa donde no tengo distracciones de ninguna clase. Mi esposo se halla ausente, y creo que tardará algun tiempo en regresar. Justo es que yo busque al-

guna distraccion lícita, donde matar algunas horas. ¿Qué dias, continuó, recibe esa señora?

—Domingos y jueves, respondió su conocida.

—Pues bien: mañana es domingo. ¿Tendreis dificultad en presentarme?

—Ninguna.

Ignoraba de todo punto la conocida de Beatriz las agedias de su vida, pues de otro modo no se hubiese aventurado á hacerle aquel obsequio.

Beatriz sabia fingir á las mil maravillas y parecia la misma modestia, cuando le convenia.

Era una excelente comedianta.

Al dia siguiente fué muy bien recibida en la tertulia de doña Vicenta.

Simpatizó á primera vista con la dueña dela casa, y quedó admitida desde aquella noche por una de las tertuliantas.

Era en extremo comunicativa doña Vicenta, por lo cual se alegró en el alma de aquel nuevo conocimiento que hacia.

Y no estamos muy exactos al decir nuevo conocimiento, porque doña Vicenta sabia quién era Beatriz y algo de su vida, como se verá más adelante.

Cuatro palabras más acerca de doña Vicenta.

Segun ya hemos indicado, era una de esas mujeres que las hay en todas las esferas sociales, que pasan la vida refiriendo vidas ajenas, abultando los defectos de todo el mundo, inventándolos cuando no existen, y

que, sirviéndonos de una frase vulgar, no pueden callar lo suyo ni lo ajeno.

Pero á pesar de esto, no era mujer de esas que repugnan á primera vista, porque traen grabada en el rostro la marca de la hipocresía, con que revisten y tratan de ocultar su falta de caridad, su afan de averiguacion y su desordenado apetito de disfamar: en una palabra, no era una mujer vulgar y sin instruccion.

Era de mediana edad, de una distinguida familia, y habia quedado viuda y sin hijos, cuando apénas frisaba en los cinco lustros. Su estado le quitaba toda clase de trabas, y así pasaba la mayor parte del tiempo en hacer visitas y sabia la historia de todas las personas visibles de Granada. Doña Vicenta no hubiese tenido precio para agente de policía secreta, si es que entónces existian esos funcionarios que en nuestros dias sostienen los gobiernos, desde el más absoluto al más democrático, y que por regla general se equivocan con facilidad haciendo viajar para mudar de aires á personas inofensivas, y dejando tranquilos, paseándose entre los hombres honrados, á séres envilecidos por el crímen, á quienes tambien estaria una cadena como á un Crucifijo un par de luces.

Empero, volviendo á nuestro asunto, doña Vicenta, que era la verdadera gaceta de Granada, se hacia simpática, aún á los mismos que conocian sus defectos. Era hermosa como son hermosas las andaluzas,

que se hacen notables por su belleza, aún allí donde abunda la belleza. Sus ojos negros, candorosos, ardientes, inflamados por el fuego de su corazon aún juvenil, no podian mirarse sin estremecimiento.

Sin embargo, doña Vicenta no tenia novio.

Varios jóvenes de posicion habian solicitado su mano, pero ella los habia rehusado, sin entretenerlos, ni haber alimentado un sólo momento la esperanza de ninguno.

Esto era verdaderamente incomprensible.

Doña Vicenta parecia resuelta á no abrazarse de nuevo á la cruz del matrimonio.

¿Tenia motivos especiales para observar esta conducta?

No es de nuestra incumbencia el investigarlo. Bástanos consignar el hecho, que por otra parte no se presta á filosofar sobre él.

El caso es que Beatriz y doña Vicenta simpatizaron desde que se conocieron y hablaron la primera vez, segun ya hemos consignado.

Queda tambien apuntado que si bien Beatriz no habia conocido hasta aquella noche á doña Vicenta, esta la conocia á ella aunque nunca la hubiese hablado. Ya hemos dicho que doña Vicenta conocia á todo el mundo y sabia las historias de todas las familias. ¿Cómo habia de ignorar la de Beatriz? ¿Cómo habia de ser para ella un misterio, la ausencia de su marido ni tal vez las causas que lo habian motivado? La

vió en la tertulia y se alegró infinito de encontrar medios de estrechar con ella, y poder de este modo unir algunos cabos sueltos; esto es, satisfacer su curiosidad, porque habia algunos puntos en la historia de Beatriz, que hasta entónces eran para ella incomprensibles.

Y como doña Vicenta era mujer de suerte, de aquí que todo le saliese á pedir de boca, porque Beatriz la cobró aficion, quitándole con esto la mitad del trabajo.

Hicieron amistad, y al dia siguiente doña Vicenta visitó á su nueva amiga.

A fuer de novelista y con la omnímoda facultad que nos da el oficio, penetrarémos en el gabinete de Beatriz, y aunque sea escondidos tras de los tapices, escucharémos atentamente la conversacion que sostienen las nuevas amigas. Es un diálogo curioso por demás.

—¿Y cómo no habeis vuelto á casaros? preguntó Beatriz á su amiga.

—El suicidio, contestó esta, es una cosa terrible, es una verdadera locura: sin embargo, cada dia vemos desgraciados que cometen este crímen, pero lo que no se vé con facilidad es que una persona á la que los prontos auxilios ó la intervencion de la ciencia médica arrancan de las puertas de la muerte, después de haber atentado contra su vida, vuelvan segunda vez á intentar un suicidio.

—¡Ja, ja! exclamó Beatriz, riéndose; ¿Pues, qué comparais el matrimonio con el suicidio? ¡Vaya una teoría!

—¿Os parece mala?

—Es que si se siguiese por todas las mujeres, llegaria el dia del juicio mucho más pronto de lo que está decretado por Dios: porque se concluiria el mundo.

—Es que yo no he hablado en absoluto. No es suicidio cuando se unen dos personas de igual carácter, de idénticos pensamientos, y aún de los mismos gustos. En este caso, la sociedad conyugal será un paraiso: pero como yo no he gustado tantas delicias en mi primer matrimonio, que fué para mí un infierno anticipado, un verdadero suicidio, no me encuentro en deseos de cometer otro atentado semejante, que por lo ménos me privaria de la libertad que hoy disfruto y que por nada del mundo quisiera perder. ¡Es tan hermoso, tan higiénico, eso de hacer una su voluntad, sin necesidad de estar sujeta al capricho de un hombre, de un marido que rara vez deja de ser un tirano!

—En cuanto á eso no puedo ménos de daros la razon.

—Si no me tacharais de importuna...

—Podeis decir lo que gusteis.

—Queria decir, si aprobais mi modo de discurrir, por experiencia propia.

Beatriz, que no se atrevia aún á franquearse dema-

siado, y que en caso de hacerlo, hubiese tenido buen cuidado de ocultar todo aquello que pudiese perjudicarla, se apresuró á contestar:

—Felizmente no puedo hablar por experiencia, pues mi esposo es digno de mí. No diré que sea un ejemplar de virtudes, pero tampoco tengo grandes motivos de queja.

—¿Y hace mucho tiempo que está ausente?

—Sí: y aún creo que tardará sù regreso:

—Lo que seguramente...

Doña Vicenta no se atrevió á concluir la frase: pero lo hizo Beatriz con seguridad.

—Lo que á mi me disgusta bastante, porque amo á mi esposo y su amor es mi vida.

Aunque jóven, tenia doña Vicenta mucho conocimiento del corazon hùmano, y comprendió que su amiga no hablaba lo que sentia, y con mucho más motivo, cuando, segun ántes dejamos apuntado, no ignoraba algunos episodios de la vida de Beatriz: conocia la historia de los amores de Alberto con Victoria y la repentina desaparicion de aquel.

No por esto cejó en sus propósitos y trató de poner á Beatriz en la precision de ser más franca con ella.

El medio más prudente y seguro era empezar por darle ejemplo de franqueza.

Suspiró, entristeció artísticamente su semblante, y exclamó:

—Dichosa sois, cuando así podeis hablar. Yo fuí

muy desgraciada en mi matrimonio. Cuando me casé ¡oh si lo hubiera sabido! mi esposo sostenia relaciones ocultas con otra mujer... relaciones que continuó hasta su muerte. Ya veis que vida de matrimonio habré pasado: siempre muerta de celos; sí, de celos los más desesperantes que pueden desgarrar el corazon de una mujer. Una mujer infame me arrebataba lo que á mí sola pertenecia, y sin embargo, yo sufria y ni aún tenia medios de venganza.

—¿Sabeis, dijo Beatriz, que me parece muy extraño cuanto me estais relatando?

—No os comprendo.

—Me dispensaréis si os replico, que yo soy quien no os comprendo.

—Quiero decir que á mí me extraña vuestra extrañeza. ¿Por ventura es inverosímil lo que en el seno de la confianza os he manifestado? ¿Creeis por ventura que no existe maldad en el mundo?

—Léjos de eso, yo creo, replicó Beatriz, que el retrato que habeis hecho de vuestro difunto, es el verdadero retrato de la mayoría de los maridos. ¡Falsos! ¡Traidores! Abusan de la mujer y la engañan: la miran, nó como la compañera de su vida, sino como un vaso débil que manejan con la misma indiferencia que el alfarero los objetos que fabrica. Pero es que anoche, en presencia de cuantas personas habia en vuestra casa, referísteis gloriosos hechos militares de vuestro esposo, y colmásteis de bendiciones su me-

moria. Tal es la causa de haber mostrado extrañeza por lo que acabais de decirme.

—Es que yo, dijo doña Vicenta, considero que la honra de mi esposo se refleja y se confunde con mi honra. Delante de las gentes jamás difamaré su memoria. Con vos es diferente; me habeis inspirado completa confianza; creo que hemos de ser muy amigas, y por esto hago una excepcion en vos, que quiero que me conozcais tal cual soy, porque..... no sé si me equivoco..... Hay entre nosotras una cosa que no sé explicar, una semejanza... En fin, yo creo que tambien vos sois desgraciada. ¿Por qué, pues, no hemos de comunicarnos nuestras penas? ¿No sabeis que las penas comunicadas se alivian?

Debemos advertir que doña Vicenta calumniaba miserablemente á su marido, que habia sido un militar pundonoroso, hombre de una honradez intachable y que no habia dado á su esposa el menor motivo de queja.

¿Por qué, pues, preguntará el lector, difamaba de aquel modo su memoria?

Es muy sencillo. Quiso por tal medio ganarse la confianza de Beatriz, para saber de sus labios toda su historia. ¿Qué le importaba la honra de su marido, á ella que hubiese dado la mitad de lo que poseia por saber cualquiera historia secreta?

Pero por el pronto no salió bien la cuenta á doña Vicenta, porque Beatriz, á pesar de las simpatías que

para ella tenia su nueva amiga, no queria aún descubrirle los secretos de su corazon.

Deseaba sondearla, conocerla más á fondo; en una palabra, experimentarla, para convencerse de si podia ó nó tener en ella una aliada, porque el caso es que se hallaba ganosa de una amiga íntima, con la que poder desahogar sus sentimientos y aliarse para el mal.

¿Podria ser doña Vicenta esta mujer?

Beatriz estaba dudosa, y lo que la detenia era el ver el diferente modo con que habia hablado de su difunto esposo, primero en la tertulia y luego á ella.

Esta mujer, decia Beatriz, tiene sentimientos: yo necesito para amiga una mujer que los haya perdido por completo... En fin, verémos.

Bien podia haberse decidido, porque doña Vicenta era tan mala como ella. Tal para cual. ¿De dónde sinó habia de haber nacido la mútua simpatía?

Ya verémos como llegaron á comprenderse.

CAPITULO XXXI.

Una visita bien aprovechada:

Tiempo hace que no nos ocupamos de dos personajes importantes de nuestra obra, y que sin embargo juegan el principal papel en la historia que venimos refiriendo.

Ya comprenderá el lector que hablamos de Juan de Dios y de la virtuosa Victoria; de aquel hombre que era todo misericordia, cuyo corazon estaba cortado á medida del corazon de Jesucristo, que sólo gozaba haciendo bien, que todas las cosas de la tierra las miraba como basura, como otro San Pablo, en su deseo de ganar al Salvador, al que buscaba por el ameno camino de la caridad; y de aquella jóven llena de virtudes, en cuya alma como en un espejo se traslucian las virtudes del que haciéndole mirar el mun-

do tal cual es, podia decir como el apóstol que hemos citado: «vivo yo, más vive Cristo en mí.»

Victoria era el ángel de los pobres; miéntras que Juan de Dios, parecia multiplicarse, y trabajaba de contínuo, ora asistiendo y medicinando á sus enfermos albergados en su hospital, ora buscando recursos con que poder sostener aquel piadoso establecimiento, hijo de la caridad que se animaba en su alma, Victoria asistia y cuidaba en sus propios domicilios á los que postrados en el lecho del dolor, no se hallaban en la absoluta necesidad de ser conducidos al santo hospital, ó no podian ser admitidos en él á causa de estar ocupadas todas las camas.

Estos sacrificios del amor á la humanidad no son conocidos ni apreciados en su justo valor por el egoismo del mundo. ¿Cómo los han de apreciar esos hombres que nadan en la abundancia, que se ven sonreidos por la fortuna, que gastan en un capricho ó en proporcionarse un dia de placeres cantidades con las cuales podian alimentarse algunas familias desgraciadas? ¿Cómo los han de apreciar esas mujeres del gran mundo, enamoradas de ellas mismas, llenas de orgullo y de vanidad, que ostentando un lujo escandaloso insultan con su conducta anticristiana la pobreza? Bajo las doradas techumbres de los palacios, en los que todo respira grandeza, ni se conoce que hay necesidades en el mundo, ni se sabe cuanta satisfaccion produce al corazon el remediarlas.

¡Que miserable es la sociedad! Escribimos en un siglo en el que la materia ha pretendido ganar el imperio de los corazones sobreponiéndose al espíritu: desde que una escuela filosófica proclamó en Francia á fines del siglo XVIII el imperio de la razon, que representó bajo la forma de una cortesana impura, para hacer mofa de esa misma razon que deificaba, resuenan por todas partes ciertas voces que parece quieren ser las regeneradoras del mundo, y que sin embargo, no han hecho otra cosa que encarnar en los corazones el más refinado egoismo. ¡Cuantos infructuosos ensayos se han hecho!

Libertad, igualdad, fraternidad, tal es lema de esa bandera levantada para hacer guerra á la moral del Evangelio y enzalzar la moral universal, sin tener en cuenta que la primera tiene por base y fundamento la palabra del que sostiene la grandiosidad del mundo sobre ejes de diamantes, y la segunda conoce por fundadores á los que, semejantes al ángel rebelde, han llegado en su insensatez á declarar la guerra al mismo Dios.

La moral del Evangelio; la moral predicada por el Dios-Hombre que vertió su sangre en la cima del Golgota por el rescate de la humanidad, que abrió sus brazos en la cruz para ofrecer su corazon á todos los hombres, pues desde aquella cátedra sangrienta enseñaba al mundo y abrazaba á todos los que habia venido á salvar, fundó esos grandes asilos de caridad

que para honra del cristianismo se elevan magestuosos en nuestros pueblos y ciudades.

¿Dónde sino en esos centros del dolor se encuentra la verdadera fraternidad? ¿Puede compararse ninguno de los grandes filósofos, fundadores de eso que llaman *moral universal,* con una hija de la caridad? ¿Hay punto de comparacion entre uno de esos grandes hombres que tanto llaman la atencion en el mundo, que, muy especialmente en las épocas de agitaciones políticas, predican una libertad, una igualdad, una fraternidad, de las que forman peldaños para escalar los destinos públicos y subir al poder, sin importarles nada que las calles queden salpicadas con la sangre de víctimas inocentes por ellos seducidas para que sean instrumentos de su desenfrenada ambicion, y un humilde hijo de Juan de Dios, pobre tal vez, sin conocimiento de las ciencias del mundo, pero lleno de paciencia y revestido de misericordia, que pasa los dias y las noches á la cabecera de los enfermos, que proporciona alivio y descanso al que sufre, que enjuga las lágrimas del que llora, que corre presuroso por todas partes en busca de alimentos y medicinas para aquellos hermanos suyos que de todo carecen en el mundo, y hasta de parientes que puedan consolarles?

Haga el mundo insensato la corte á esos hombres, cuya elocuencia es el fuelle que agita el incendio de las pasiones; erija monumentos para perpetuar la me-

moria de los conquistadores que marcharon sobre lagos de sangre y montones de cadáveres para conseguir una victoria, para añadir un palmo más de terreno á sus dominios.

Napoleon fué un grande hombre: él hizo pasear triunfantes las águilas imperiales por la Europa: humilló á dos emperadores y muchos reyes: soñó con el imperio de Occidente, y no le faltó mucho para que el sueño se convirtiese en una realidad.

¿A quién debe más la sociedad, á Bonaparte ó á Juan de Dios?

¿Quién ha dispensado más beneficios á los pueblos?

Si pudieran numerarse las víctimas de las guerras sostenidas por el primero, presentarian un guarismo horroroso. La sangre derramada en los campos de batalla formaria un rio navegable. ¿Y para qué? ¿Qué utilidad reportó de ello la humanidad? Él mismo, después de tantos triunfos, vió eclipsada su fortuna; luego de manejar con su diestra las riendas de la Europa, de repartir á su arbitrio los tronos como si fuesen patrimonio de su familia, todo lo perdió en un momento, y sus grandes dominios quedaron reducidos á cuatro palmos de terreno en la isla de Santa Elena. El mundo nada ganó, y Bonaparte podia contemplar desde su destierro las lágrimas de mil y mil madres á cuyos hijos habia hecho perder la vida en los campos de batalla.

¿Y Juan de Dios? ¡Ah! Que este en vez de hacer

verter lágrimas las enjugó: en vez de dar batallas ni procurar la muerte de sus prójimos, hacia cuanto le fué posible por remediarles y favorecerles.

Contemple el mundo entusiasmado al afortunado y audaz conquistador, dirigiendo impávido y con serena frente la jornada de Austerlitz: nosotros fijamos la vista con placer en el humilde Juan de Dios, en ese héroe de la misericordia, dirigiendo las salas de su hospital y gobernando, no compañías de aguerridos soldados, sino de hombres pobres abatidos por la enfermedad, que sin sus cuidados fraternales ya hubiesen perecido.

A Napoleon nada le importaba dejar su camino cubierto de cadáveres: á Juan de Dios le importaba mucho salvar á un hombre. Napoleon veia en sus soldados, súbditos de cuya vida podia disponer: Juan de Dios veia en sus enfermos, hermanos cuya vida debia de salvar.

¿Cuál de los dos merece estátuas?

¿Cuál se ha hecho más acreedor al amor de la humanidad y á que su memoria pase en bendicion á través de las generaciones?

No necesitamos decirlo. El lector lo comprende suficientemente, y sólo puede desconocerlo un hombre privado de la facultad de discurrir.

Ahora bien; siguiendo el relato de nuestra historia, dirémos que Victoria veneraba profundamente á Juan de Dios, porque veia en él un hombre providencial:

observaba sus virtudes y trataba de imitarlas en cuanto le era posible.

Por su parte, Juan de Dios, dirigia aquella alma inocente y pura con sus consejos; con ellos y la direccion de su confesor, que era un sacerdote tan sabio como prudente, Victoria hacia grandes adelantos en la carrera de la perfeccion.

¡Qué diferencia tan notable entre ella y Beatriz!

En la una resplandecia el espíritu de Dios: en la otra el espíritu del mundo.

La una habia sido colocada sobre la tierra para hacer bien: la otra parecia encargada de la terrible mision de practicar el mal.

Fijemos ahora la atencion en Victoria.

¿Se habia olvidado completamente de Alberto, de aquel hombre al que hàbia amado en otro tiempo, y con el que habia pensado unir su suerte?

¿Recordaba á Beatriz que tantas injurias la habia prodigado?

Sí; los recordaba: pero ni amaba al uno con amor profano ni sentia ódio en su corazon por aquella mujer que tanto daño le habia causado.

Los recordaba, pero era en sus oraciones. Pedia al Señor les perdonára y dirigiese sus pasos por las sendas de la virtud.

Las almas justas no conocen el ódio.

Victoria habia pasado por el dolor de perder á su madre, y no conservaba en el mundo otro afecto que

por aquel santo religioso que habia abierto sus ojos al conocimtento del bien.

Juan de Dios la visitaba, pero como visitan los santos.

Jamás la miraba fijamente al rostro.

Sus conversaciones eran siempre las más edificantes.

Y tanta expansion rebosaba en el corazon de la virtuosa doncella, cuando platicaba con Juan de Dios, que siempre queria prolongar el tiempo que en ello gastaba.

Ella habia leido que alguna vez habia permitido Dios que los elementos obedeciesen la oracion de sus siervos.

Una mañana, el santo hospitalario entró en la morada de Victoria.

Llevaba por objeto entregarle una parte de las limosnas que habia recogido el dia anterior, para que atendiese al socorro de algunos enfermos que estaban al cuidado de la virtuosa enfermera.

Juan le habló de la Providencia y bendecia á Dios que tan á manos llenas le proporcionaba recursos para los pobres.

Victoria se estasiaba al escucharle.

La visita debia ser muy corta.

A Juan le llamaban las atenciones de su hospital.

Victoria quiso detenerle.

—Permaneced, le dijo, permaneced algun tiempo

más. Seguid hablándome de Dios. ¡Oh! ¡Cuánto goza mi alma al escucharos.

—No es posible, respondió Juan. Me debo todo á aquellos desgraciados.

Y se levantó para marcharse.

En aquel instante recordó Victoria que, cuando Santa Escolástica, quiso detener una noche cerca de su celda á su hermano San Benito, que habia pasado á visitarla, y el santo no accedia á sus súplicas, ella fijó los codos sobre la mesa, oró, y el cielo tranquilo se convirtió instantáneamente en tempestuoso, logrando asi del Señor, lo que por no faltar á la observancia monástica le habia negado su hermano.

Victoria no se consideraba ni con mucho con las virtudes de Escolástica, pero impulsada por su fé, imitó el ejemplo: cerró los ojos, oró, y las nubes empezaron á despedir una lluvia abundante, que arreció tanto, que parecia se habian abierto las cataratas del cielo.

Juan lo comprendió todo.

Aquellas dos almas aparecian como trasfiguradas.

—Esperemos, dijo Juan, puesto que Dios lo quiere.

Y tomó asiento nuevamente.

Desde aquel instante, Juan de Dios, veneró á Victoria como á una alma privilegiada, digna de los favores del cielo.

Hablaron de cosas espirituales.

La conversacion vino á recaer insensiblemente en

la desgracia de los que viven apartados de Dios.

—¿No habeis vuelto á saber, hermano Juan, preguntó Victoria, de la desgraciada Beatriz?

—Se que continua en Granada.

—Cada dia ruego al Señor por ella.

—Haceis vuestro deber. Dios lo dice: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á aquellos que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian.»

—Yo la amo, hermano Juan, y no recuerdo para nada sus ofensas. Lo que deseo es su regeneracion. ¡Pobrecita! Vivia engañada, pero tengo confianza de que Dios habrá abierto á estas horas los ojos de su alma y la habrá ayudado para que dirija sus pasos por el camino del bien.

Yo tambien, dijo Juan, espero que Beatriz entre por el buen camino: Dios sabe hacer de las piedras hijos de Abraham, cuando es su voluntad, pero me temo, que ántes os cause nuevos disgustos.

—¿Y en qué fundais vuestros temores?

—¿No lo sé: mi corazon me lo dice, y mi corazon pocas veces se engaña. ¡Ojalá se engañase en la ocasion presente!

—Cúmplase la voluntad de Dios, replicó Victoria.

Por mí no sentiré cualquier daño que quisiera hacerme: únicamente por ella me será sensible, porque me duele el verla extraviada del buen camino.

—Lo que os encargo mucho, es la resignacion y la

paciencia, si mis temores se realizacen. Para nuestros enemigos no debemos abrigar otros sentimientos que los de la compasion. ¿Qué diríamos de un hombre que se irritase contra un pobre demente, del que recibiese un insulto ? Pues bien : dementes son los que dejando sofocar en su corazon todo sentimiento de caridad, se constituyen en martillo de sus hermanos. Por esto son acreedores al amor y á la compasion hasta de sus mismas víctimas.

Al decir esto, Juan miró por una ventana y vió que la lluvia habia terminado.

—A Dios, exclamó : el deber me llama al hospital, y el Señor me presenta expedito el camino.

Y aquellas dos almas justas se despidieron. Juan se dirigió al hospital.

Victoria quedó sumida en la más profunda meditacion sobre lo que habian hablado.

CAPITULO XXXII.

Rosa la gitana.

Ya veremos hasta que punto tenia razon Juan de Dios al manifestar á Victoria, que si bien esperaba que Beatriz viniese á buen acuerdo y á una conversion verdadera, temia que antes causase nuevos disgustos á la pobre y virtuosísima Victoria.

Doña Vicenta que no cedía un ápice en sus propositos con respecto á Beatriz; que sentia una necesidad de sondear su corazon, se vió contrariada por la reserva de aquella, sin que hubiese servido para sacarla de ella, la relacion calumniosa que la habia hecho sobre la mala conducta de su difunto esposo.

Una mujer mala discurre para practicar el mal y conseguir el objeto que se propone, más que el hombre de mejor criterio.

Veremos el ardid de que se sirvió para llegar al fin que se proponia.

Despechada quedó, como puede comprenderse, por la reserva de Beatriz.

Cuando se halló sola en su casa, se dijo, hablando consigo misma:—«¿Es posible que Beatriz haya dicho verdad? No: yo sé que Alberto tuvo relaciones secretas con una jóven que se llama Victoria. Yo sé que el dia del casamiento de Alberto, la Victoria tuvo en la iglesia un trastorno que casi la hizo perder el sentido: yo se que Alberto se ausentó de Granada sin haberse despedido de nadie. Lo que ignoro es el motivo de esta ausencia, y yo debo saber los misterios que en todo esto se encierra. Beatriz se ha encerrado en una absoluta reserva y es necesario que hable. Discurre, Vicenta; discurre, que de mayores atolladeros has sabido salir.»

Reflexionó unos momentos y despues dandose un golpe en la frente, exclamó con semblante alegre:

—«Ya está aquí.»

Al dia siguiente salió muy de mañana y entró en una casa de pobre apariencia en uno de los barrios más apartados de la ciudad.

¿Qué objeto la llevaba á aquella casa?

No lo diremos ahora por no prevenir al lector, que más tarde sabrá adivinarlo.

Aquella tarde volvió á reunirse con Beatriz.

Ambas determinaron dar un paseo por los afueras.

Doña Vicenta, cuando lo creyó oportuno, y haciendo venir á su asunto la conversacion, dijo á Beatriz:

—Conozco una mujer que es un prodigio: está dotada de una habilidad extraordinaria, de un don particular de la naturaleza, para la adivinacion. No creo que haya quien la aventaje en el arte de echar las cartas.

—¿Y creeis en esas brujerias? dijo Beatriz: esas son patrañas.

—Así lo habia creido siempre, pero hija, á la evidencia, nada hay que oponer.

—Segun eso os ha echado las cartas alguna vez.

—Y no solamente me ha acertado lo pasado, sino que me ha pronosticado el porvenir. Al pié de la letra se ha cumplido cuanto me ha dicho. Se halla ausente una persona, que nos interesa: pues bien, ella dice donde se halla, en que se ocupa, si nos ha olvidado, y el tiempo que tardaremos en volverla á ver. ¡Hija, infalible! Nunca se equivoca.

—¿Y esa mujer?...

—Se llama Rosa: pertenece á esa raza vagamunda, conocida con el nombre de gitanos ó bohemios, que segun algunos escritores trae su origen de la casta impura del Malabar, y que hace un siglo aparecieron en Europa, y que tan repugnante se nos hace. Yo los he detestado siempre, pero Rosa es una especialidad: en ella hay algo de misterioso.

Doña Vicenta que de propósito habia dirigido el paseo hacia el lugar donde vivia la Rosa, añadió:

—Mirad; en aquella casa de tan mal aspecto vive. Vamos á entrar, y ya que no otra cosa, al ménos pasaremos un rato divertido oyendo sus chistes.

—Pero si nos ven...

—No es fácil, y además va anocheciendo y cuando salgamos ya habrá entrado bien la noche. Deseo que admireis á esta mujer singular.

—Bien, vamos, dijo Beatriz. Pero sabeis lo que digo, que si es verdad que esta mujer posee el arte de adivinar tan admirablemente como suponeis, deberia estar rica y no viviria en esa casa tan miserable. Sus ganancias serian fabulosas.

—¡Qué poco conoceis á los gitanos! respondió doña Vicenta. Sacad á un canario de su jaula, dadle libertad, y el canario morirá! Pues bien: sacad al gitano de su vida errante, de sus costumbres y tradiciones, y el gitano dejará de ser. Pero ya hemos llegado: subamos.

Lo hicieron.

La habitacion de Rosa era un chiribitil expuesto á todos los rigores del invierno y del estio, y por todo mueblaje habia un arcon de madera, sostenido por dos banquillos de lo mismo, un tablado de cama con un jergon doblado que no se conocia el color de que habia sido, tres ó cuatro sillas, algunas de las cuales no se podia sostener sino arrimada á la pared por fal-

tarle un pié, y una mesa pequeña sobre la cual habia un enorme velon de cuatro mecheros.

Las paredes estaban adornadas con una estampa de San Antonio, otra que representaba la Virgen de las Angustias, pegadas con engrudo, y dos pliegos grande á manera de *Mapa-mundi*, con líneas y jeroglíficos ininteligibles para todo el mundo, incluso para su propietaria.

A Beatriz causó repugnancia la habitacion y su moradora.

Las visitantas encontraron abierta la puerta y penetraron.

—Guárdete Dios, Rosa, dijo doña Vicenta.

—¿Quién viene á favorecer á la pobre gitanilla? exclamó Rosa.

—Soy yo, mujer. ¿No me has conocido?

—¡Ah señora! Por este *puñao* de cruces que no la habia conocido.

Y cruzando todos los dedos de la mano los besó.

Y prosiguió:

—Me sorprende el verla después de tanto tiempo que mis *acais* (ojos) no habian visto esa carita é cielo. Vaya, tomen asiento y digan en que puede servirles la gitanilla.

Lo hicieron lo mejor que pudieron, y doña Vicenta, la dijo:

—Vengo con esta señora, que es muy amiga mia, porque tiene deseos de conocerte.

—¡Y que es hermosa como un sol! dijo la gitana. Se *paece* á la Vírgen del Cármen, aunque sus ojos me dicen que es muy desgraciada.

—Te equivocas en eso, dijo Beatriz: no tengo porque quejarme de la fortuna.

Beatriz quiso probar qué habia de cierto en lo que su amiga le habia dicho acerca de la adivinacion de Rosa, y para probarlo, empezó por mentir. Así, pues, añadió:

—Yo no puedo ser desgraciada, porque si bien mi esposo murió hace pocos meses, me han quedado dos hijos que forman mi delicia, y bienes con que atender á su subsistencia. Añádase á esto que disfruto completa salud, y dime si de este modo puedo llamarme desgraciada.

La Rosa sonrió maliciosamente.

—¿Es que no me crees? dijo Beatriz.

—Yo, replicó Rosa, no he dicho que deje de creer lo que afirmais con vuestra palabra honrada.

—¡Cómo te has sonreido!

—Eso nada significa.

—El mejor medio, dijo doña Vicenta, para que conozcas que esta señora te ha dicho verdad, es que le eches las cartas.

—Sí échalas, dijo Beatriz á la que ya le habia picado la curiosidad.

La gitana que frisaba ya en los cuarenta años, abrió el arca de madera y sacó un hule negro y una bara-

ja, y después una cosa redonda grande con unos aros que más tarde pudo verse que era una pantalla.

—Me permitirán que encienda el velon, dijo Rosa, y tomando los avios de encender que entónces se conocian, esto es, la yesca, el pedernal y el eslabon, sacó chispas que prendieron en la yesca en la cual encendió una pajuela, que produjo un olor de azufre insufrible, y con ella dos de los mecheros del vetusto velon, aunque dejando poca luz. Después colocó en el velon la pantalla redonda que habia sacado del arca, y en la cual habia pintadas extrañas figuras de diablos y brujas.

Rosa puso la mesita en el cetro de la habitacion, á la que podrémos llamar laboratorio mágico, hizo sentar á uno de sus frentes á las dos señoras, y

—Ahora, silencio, dijo; las cartas van á revelarnos cuanto deseemos saber.

Beatriz casi no podia contener la risa ante aquella escena fantástica.

Ignoraba la preparacion que habia tenido por la mañana, y que bien pronto habia de sorprenderla.

Doña Vicenta, maestra en el arte del fingimiento, parecia muy atenta á los preparativos que entretenian á Rosa.

—Señora, dijo esta: voy á hacer trabajar las cartas con todas las reglas del arte, y como es debido, cuando se trata de una persona distinguida, que debe ser al mismo tiempo generosa y espléndida.

Beatriz comprendió lo que queria decir la gitana.

—Empieza, pues, que si estas en todo acertada, te recompensaré como es debido, pero nada recibirás, sino veo más que una supercheria.

—Estoy conforme, dijo la Rosa. Las cartas jamás me han hecho quedar mal.

Y diciendo esto extendió la baraja sobre la mesa.

—Hacedme el favor, añadió, dirigiéndose á Beatriz, de un pañuelo ó de cualquier otra prenda de vuestro uso.

Beatriz sacó un rico pañuelo de seda y lo entregó á la gitana.

—Bueno es, dijo esta, echando sobre la prenda una mirada codiciosa.

Cubrió con el pañuelo las cartas.

Pronunció media docena de palabras ininteligibles, al tiempo que con una varita que tenia en su mano derecha, dió varios golpes sobre las cartas.

Quitó el pañuelo, lo dobló y lo colocó á su izquierda.

Después juntó las cartas, las barajó, y presentándolas á Beatriz colocadas sobre el pañuelo,

—Cortad, le dijo.

Beatriz lo hizo.

—Volved á cortar este monton de la derecha.

—El monton fué cortado.

—Bien, dijo la hechicera. Veamos que carta es la de abajo.

Levantó aquel trozo de baraja y apareció el as de espadas.

—Guerra tenemos, dijo la gitana. Vos deseais saber donde se encuenta un hombre.

Y alzando la carta siguiente apareció la sota de oros.

—Me engañasteis ó quisisteis bromearme, dijo la vieja, al decirme que érais viuda. Lás cartas rezan que el hombre cuyo paradero deseais saber, es vuestro esposo y está en la guerra.

Si hubiese sido de dia, ó no hubiesen estado tan opacas las luces, se hubiera podido ver el color pálido que presentaron las mejillas de Beatriz.

En aquel instante empezó á creer en la ciencia de la hechicera.

—Bien, exclamó: supongamos que sea como dices. Siga el juego que ya me va interesando.

La hechicera tomó el primer monton de cartas, y sacándolas por debajo fue colocando hasta doce en hilera, una al lado de otra.

Estaban boca abajo.

Levantó la primera.

Era el caballo de bastos.

—¡Qué infamia! exclamó Rosa: vamos que esto parece imposible. Este caballo manifiesta que huyó de vuestro lado.

Beatriz se estremeció.

—¿Ypor qué? Las cartas lo dirán, continuó la vieja.

Fué contando las cartas, y al llegar á la que hacia séptima, la volvió.

Era el dos de copas.

—Estaba embriagado....

Y levantó la inmediata.

—En el amor de una jóven con la que tenia antiguas relaciones.

Una leona á la que hubiesen arrebatado su cria, no habria demostrado más irritacion que Beatriz.

No pudo dominarse y exclamó como fuera de sí:

—¡Infame! ¡Infame! ¡Pérfido!

Rosa estaba satisfecha. Un elocuente orador no se hubiese mostrado tanto como ella al escuchar la exclamacion de Beatriz.

Sin embargo, trató de disimular.

—Siento señora que las cartas hayan podido causaros un disgusto. Si os parece daremos el acto por terminado y así escusaremos el que os aflijais.

—No, no: quiero saberlo todo: lo entiendes, todo, exclamó Beatriz que ya no podia contener la explosion de su cólera.

—¡Vírgen de las Angustias! exclamó hipócritamente doña Vicenta. Ahora me arrepiento de haberos traido aquí.

—Nó: no os arrepintais, yo me alegro sobremanera. Vamos continua, Rosa, continua y cuidado con ocultarme la más mínima circunstancia. Todo lo quiero saber.

—Sea como gusteis, dijo la hechicera.

Con gravedad recogió todas las cartas, y las envolvió en el pañuelo que habia recibido de Beatriz.

Cuando así estuvieron colocadas las golpeó hasta cinco veces con la varita pronunciando las palabras desconocidas de la vez primera.

Despues sacó las cartas del pañuelo y se preparó para hacer un juego de manos muy conocido en nuestros tiempos y muy poco en el siglo XVI, pero que la Rosa sabia hacerlo con tanta limpieza como pudiera efectuarlo el mejor prestigiador de nuestros dias.

Barajó las cartas, hizo que las cortase Beatriz esta vez con la mano izquierda, y volviendo la que estaba debajo con una ligereza admirable la atravesó con un clavito muy delgado.

—Mirad, dijo, á las maderas de esa ventana.

Cuando esto hacia, tiró Rosa con fuerza la baraja á aquel sitio, y como las cartas restantes servian de martillo quedó clavada en la madera la que habia sido atravesada.

No solamente Beatriz sino hasta la misma doña Vicenta que habia preparado toda aquella farsa quedaron sorprendidas.

Ver caer al suelo todas las cartas miéntras una quedaba sujeta á la madera era una cosa maravillosa en aquellos tiempos en los que todavia se creia en brujas y duendes.

No se atrevieron á articular palabra.

Rosa arrancó la carta haciendo desaparecer el clavo con ligereza y tapando con sus dedos el agujero que se habia hecho en la carta, la mostró á las señoras diciendo:

—¿Veis? La sota de bastos.

—¿Y qué indica? preguntó Beatriz.

—Aún no puedo decirlo: falta la conclusion del juego.

Recogió todas las cartas esparcidas por el suelo, las juntó y sin barajarlas esta vez las iba contando y de cada cuatro dejaba una descubierta sobre la mesa.

Hizo con aquellas cartas un semicírculo y en el centro colocó la sota de bastos que habia quedado clavada, ó mejor dicho, otra carta igual con que la habia sustituido.

—Esta sota de bastos, significa que una jóven es la causa de vuestra desgracia.

—¿Y cómo se llama?

—La carta indica una jóven de bellas facciones, pero no su nombre: esto nunca lo revelan las cartas ó al ménos no llega á tanto mi ciencia.

—Bien, continua.

Rosa fué tocando con la vara una por una las cartas descubiertas, explicándose de este modo:

—Tres de oro: candidez.

Siete de espadas: hipocresía.

Tenemos que es una jóven de candidez aparente: una mujer hipócrita.

—Si, Victoria, es verdad, exclamó Beatriz sin poderse contener.

Doña Vicenta se frotaba las manos llena de regocijo.

Su objeto estaba conseguido.

Ya era indudable que Beatriz en el caso en que se hallaba le haria una revelacion completa de toda su historia.

Rosa continuó:

—Rey de bastos.

No está en su compañía.

As de espadas.

Lo ha impedido la dificultad de estar él en la guerra.

—Basta dijo Beatriz. Sé cuanto deseaba. Confieso que has acertado en todo. No será esta probablemente la última vez que me valga de tus servicios utilizándolos.

Y se levantó.

Lo mismo hizo doña Vicenta.

La primera dejó caer sobre la mesa unas cuantas monedas de plata.

Y ambas salieron de aquel chiribitil, completamente satisfechas, si bien Beatriz llevaba una serpiente en el corazon. Habian resucitado sus antiguos odios en toda su fatídica grandeza, y se acababa de despertar su constante deseo, su vehemente anhelo de venganza.

Doña Vicenta acompañó á su casa á Beatriz, la

cual cayó como desplomada en una otomana prorumpiendo en un llanto amargo, pero llanto de ira, de despecho, de desesperacion. Si en aquel momento se hubiese presentado ante su vista la inocente Victoria, aquel ángel en carne mortal que en nada la habia ofendido, la hubiese seguramente despedazado con sus uñas.

Estaba frenética, loca.

Doña Vicenta trató de consolarla y aún temiendo que perdiese la razon, se atrevió á decirla:

—No hay para que desesperarse. ¡Quién sabe! Puede que esa gitana haya mentido: estas mujeres...

—¿No me habiais antes ponderado su habilidad, su ciencia adivinatoria? Pues bien: cuanto me ha dicho es verdad. Yo lo sabia, y aún he tratado de vengarme... Mañana me habré tranquilizado y hablaremos despacio: si, doña Vicenta, todo lo sabreis y aun me ayudareis en mis pesquizas. ¿No es verdad que me ayudareis? ¿No es cierto que puedo contar con vos?

—Sí, como con una hermana, exclamó doña Vicenta. Pero ahora tranquilizaos: nada adelantariais con entregaros á la desesperacion. Ya discurriremos los medios de que nos hemos de valer para que tomeis venganza de los infames.

No hay para que decir al lector que la casa de pobre apariencia en la que por la mañana habia entrado doña Vicenta era la de Rosa, la gitana á la que ella

habia informado de todo y la habia prevenido suficientemente para que las cartas tuviesen razon en lo que hablasen.

En estas supercherias consiste la ciencia de las cartas.

Y aún hay en pleno siglo XIX quien acuda á esas vagamundas para saber si son amadas y descubrir otros secretos. ¡A cuántas aberraciones está sujeta la pobre inteligencia humana!

CAPITULO XXXIII.

De la alianza que hicieron Beatriz y doña Vicenta.

Aunque ya conoce el lector á doña Vicenta, vamos á acabar su retrato. Hase dicho siempre que la cara es el espejo del alma, y son en verdad en escaso número las excepciones de esta regla. Un fisonomista suele leer en el rostro los sentimientos del alma, si á su primera cualidad añade la de profundo observador.

Era doña Vicenta una hermosura extraordinaria, provocativa, si se nos permite la expresion: en su rostro sobraba belleza y armonía: sus ojos grandes y rasgados brillaban como dos estrellas: su nariz y su boca eran proporcionadas, sus labios rojos y delgados y sus cabellos parecian madejas de oro. Un escultor se hubiese tenido por dichoso al poderla tener por modelo.

Si á lo expuesto se junta que era de una presencia

gallarda, y muy elegante en su vestir, se comprenderá que la viudita era una beldad que semejante á la hija de Faraon era capaz de dar al traste con la virtud del más fuerte Salomon,

Esto no obstante, si se la observaba detenidamente se advertian sobre la belleza de su rostro ciertas líneas que revelaban que bajo aquel exterior lleno de encantos se abrigaba un alma mezquina, unos sentimientos perversos.

En una palabra, doña Vicenta que poseia á la perfeccion el arte del disimulo, era una mujer capaz de hacer mal por la satisfaccion de hacerlo.

Existen personas, y por fortuna no en escaso número, que encuentran su mejor satisfaccion en practicar el bien, y nunca ha faltado quien lleve esta santa pasion hasta el heroismo.

La historia del cristianismo nos presenta muchos ejemplos de la verdad que acabamos de consignar, y entre ellos resplandece el protagonista de este libro, el bienaventurado Juan de Dios, padre de los pobres, amparo de la indigencia, al que veremos hacer prodigios de caridad, debiendosele la redencion de los principales personajes que entran en nuestra narracion.

Se comprende suficientemente que existan almas de este temple y mucho más en el seno de una religion hija del cielo, que está fundada en el amor y que une al precepto del amor á Dios el amor al projimo,

y una de cuyas máximas es: *Amaos los unos á los otros*. Lo que es incomprensible que existan otras almas que gocen en hacer mal, que encuentren satisfaccion en perjudicar á otras existencias; pero ello es que existen para deshonra de la humanidad.

A esta clase de séres abyectos pertenecía doña Vicenta.

Era rica, y esta cualidad hacia que la sociedad en vez de repelerla de su seno la estimase.

¡Cuan miserable es la humanidad! El menor defecto, la más mínima falta de un pobre, salta á la superficie social, y el que tuvo la desgracia de caer en ella es mirado con desprecio aunque la haya expiado con sus lágrimas.

Los defectos ¡y que decimos defectos! los crimenes llevados á cabo por los que están halagados por la fortuna, pasan desapercibidos ó se olvidan con facilidad.

Si la caridad no detuviese nuestra pluma citariamos personajes de nuestra época que habiendo cometido pérfidas traiciones y robos escandalosos, han gozado despues el aprecio social y han ocupado puestos distinguidos. Por mucho ménos arrastran algunos desgraciados la cadena del presidiario.

Doña Vicenta, como hemos dicho, pertenecia á la clase favorecida por la fortuna; esto y su belleza natural la ponian al abrigo de una ficticia reputacion.

Algunos de los mismos que habian llegado á com-

prender sus malos instintos se hubiesen creido felices con obtener su mano.

¡Tan cierto es que no se busca generalmente para contraer matrimonio la belleza del alma, sino la del cuerpo! ¡No las cualidades morales sino tan solo las físicas!

Al dia siguiente á aquel en que presentó á su amiga Beatriz en casa de Rosa la gitana, la alegria brillaba en su rostro; todo daba á comprender en ella la satisfaccion en que rebozaba su alma.

¿Y porqué?

Ya lo hemos dicho.

Habia conseguido sorprender los secretos de su amiga y esto le bastaba.

¿Pero no habria otra causa oculta que contribuyese á su alegría?

La habia, pero ni entónces ni despues la manifestó á Beatriz.

Este era su secreto.

Sin embargo, nosotros estamos en el deber de manifestarlo, para la inteligencia del lector.

Alberto habia concurrido algunas veces á las reuniones de la viuda, pero tan solamente por distraerse.

Habiale llamado la atencion la belleza y la discresion de doña Vicenta, pero le habia sido indiferente, pues no habia conocido otros amores que el puro de Victoria y el desgraciado de Beatriz.

Pero doña Vicenta que desde su viudez habia es-

cuchado con indiferencia los galanteos de sus adoradores, que deseaba vivir sin yugo de ninguna clase por suave que fuese, habia sentido vivas simpatías por Alberto, simpatías que se convirtieron en amor, y amor que creció por lo mismo que tan indiferente se mostraba con ella el objeto por quien lo sentia.

De pronto, Alberto dejó de asistir á las reuniones de doña Vicenta.

A partir desde el dia en que empezó sus relaciones con Beatriz, habia abandonado sus amigos y aún sus visitas.

Ya sabemos que Beatriz le dominaba por completo.

A nadie habia comunicado doña Vicenta su secreto, pero se sabe que lloró tal vez de despecho el dia que tuvo conocimiento de que Alberto se habia casado.

Supo despues algunas de las peripecias de su vida y ahora mediante el ardid de que se habia servido estaba en camino de saber hasta los más insignificantes detalles.

Su alegria, pues, la motivaba el pensamiento de que exitando á Beatriz á la venganza se vengaba ella misma.

¿Pero de qué? ¿La habia ofendido Alberto?

Ni siquiera se habia apercibido de que la pudiese haber inspirado amor.

Esto hace comprender cuales eran los sentimientos de aquella mujer.

¡Ignoraba que Beatriz no necesitaba ser exitada por nadie á la venganza!

Y véase de que modo se unian por los lazos del mal dos mujeres de las que Satanás se hallaba apoderado por completo.

Como puede suponerse, en la primera entrevista que tuvieron hubo toda suerte de explicaciones sobre lo acaecido el dia anterior.

Doña Vicenta se presentó á su amiga, disimulando la alegria que reinaba en su corazon.

Parecia más bien cubierta de un tinte de tristeza.

—¡Cuánto deseaba veros, amiga mia! la dijo: en toda la noche os habeis apartado de mi imaginacion. No me perdono la imprudencia que cometí llevandoos á la casa de la gitana.

—Antes por el contrario, respondió Beatriz, yo me alegro tanto como á vos os pesa.

—Pero habeis sufrido.

—En los primeros momentos, pero ya estoy tranquila. ¿No lo veis cuanta es mi tranquilidad?

Ambas mentian.

El modo como Beatriz habia pronunciado sus últimas frases y la palidez de su semblante la denunciaban.

Comprendió sin embargo, que era inutil de todo punto toda ocultacion, habida consideracion á lo acaecido la noche anterior y se dispuso á referir á su amiga la historia de sus desventuras, pero no la his-

toria verdadera ni aquellos hechos en qué pudiése aparecer criminal.

Empezó por celebrar la habilidad de Rosa la gitana en el arte de la adivinacion.

A pesar de su perspicacia no comprendió la comedia representada por doña Vicenta.

Bien que en aquellos tiempos era muy comun el creer en supersticiones y las personas que parecian más instruidas se preocupaban con facilidad de fantasmas y brujas en las que se creia y á las que se temian.

—Verdaderamente, dijo Beatriz, Rosa no es una farsanta.

—Ya os lo habia dicho, respondió doña Vicenta.

—Al principio yo creí que todo eso de las cartas era pura supercheria.

—¿Y ahora?

—Ahora ya es otra cosa: á la evidencia no hay objeciones posibles que oponer.

—¿Luego acertó en todo?

—Cumplidamente, amiga mia, cumplidamente.

—No creí que fueseis tan desgraciada.

—Y tanto que no puedo serlo más.

En esto tenia razon Beatriz. ¿Cabe mayor desgracia que la de ser fácil á dejarse dominar por las malas pasiones? ¿La hay comparable con la de no abrigar sentimientos de honradez?

Beatriz era por lo tanto una mujer verdaderamente desgraciada.

No amaba á Dios ni á sus semejantes: no podia experimentar los consuelos de la religion porque carecia de ideas religiosas, ni acudia á su mente un pensamiento recto, porque su corazon estaba avezado al mal.

¡Triste porvenir el que la esperaba!

Para el que carece de ideas religiosas; para el que todo lo quiere someter al imperio de la razon humana, de esa potencia ciega que está tan dispuesta á dejarse arrastrar al error, no hay reposo ni tranquilidad en el mundo: la emancipacion del espíritu humano de toda autoridad religiosa, la independencia del entendimiento, la libertad de pensar, cuestiones hoy más agitadas que nunca, pues se pretende con afan entronizar la razon filosófica sobre los escombros de la razon cristiana, no han producido ni pueden producir nunca otra cosa que desastres y ruinas. Nosotros vemos no sin dolor, que se ha tratado de divinizar la razon hasta el punto de admitirla como una fuerza *á priori* de todas las cosas, y de no considerar las creencias religiosas sino como móviles trasformaciones del entendimiento humano. Lherminier que en su *Filosofía del derecho* presenta esta teoría, es sin embargo contado en el número de los grandes filósofos. A la filosofía, se pide exclusivamente la solucion de todos los grandes problemas que tanto interesan á la marcha de la sociedad.

Y la incredulidad y sus funestas consecuencias que

tienen su orígen en el estudio constante de esa filosofía producto del extravío de la razon humana, en las personas dedicadas al estudio de las ciencias, es en las personas iliteratas fruto de la ignorancia.

Así, pues, podemos concluir que lo mismo las ciencias que la ignorancia conducen al mal cuando el corazon no está preparado para el bien, cuando no se quiere otro guia que la débil razon humana.

Beatriz pertenecia en este punto á la clase subalterna, digámoslo así; esto es, no á los que se dejan alucinar por las tendencias de una falsa filosofía, de esa filosofía que algun escritor ha llamado autoridad de las autoridades, sino á esa clase ignorante que rechazando toda clase de sólida instruccion, no ven nada despues de la vida presente, ni reconocen por lo tanto otra ley que los caprichos del corazon.

Por eso le era dulce la venganza, aún de ofensas que solo existian en su calenturienta imaginacion.

Si hubiese estado adornada de sentimientos religiosos, muy otra hubiese sido su conducta.

Su coloquio con doña Vicenta continuó de esta manera:

—Yo soy una víctima inocente sacrificada por el hombre al que entregué mi corazon con mi mano.

—No sé en verdad, dijo doña Vicenta, como puede haber caido en la infidelidad el hombre que era amado por vos, siendo como sois tan bella y resplandeciendo en vos relevantes cualidades. ¡Ah! Los hom-

bres son en general perversos: nos adoran miéntras son nuestros amantes y acaban por ser nuestros tiranos, cuando se han hecho nuestros dueños. Y sin embargo, no tenemos medio de librarnos de su tiranía; carecemos de armas con que luchar contra esos tiranos domésticos.

—¿Así lo creeis sin duda? exclamó Beatriz.

—Apesar nuestro hemos de reconocer nuestra inferioridad.

—Pero habeis dicho que carecemos de armas con que poder vengarnos.

—Justamente.

—Y eso no pasa de ser un error.

—Explicaos.

—Si carecemos de fuerzas físicas, si por nuestro sexo no podemos competir con el hombre ni servirnos de sus recursos, estamos en cambio dotadas de una imaginacion más viva y pronta que la de nuestro comun enemigo y yo creo que podemos entrar en guerra con él con buenas condiciones, y mucho más si dos de las agraviadas nos unimos á este objeto. La union hace la fuerza.

A esto siguió una mútua confianza.

Beatriz refirió á doña Vicenta cuanto le habia ocurrido, pero arreglando su narracion de manera que ella no apareciese criminal á sus ojos.

No hay para que decir que no habló para nada del incendio del hospital de Juan de Dios, pero sí mani-

festó sus deseos de tomar una terrible venganza de Alberto, de Victoria y del santo religioso al que en su insensatez creia cómplice en los supuestos crímenes que deseaba vengar.

Doña Vicenta la escuchó con la mayor atencion, y luego que hubo terminado, se expresó de esta manera.

—Debemos felicitarnos mútuamente por la amistad que ya reina entre nosotras. Con dificultad hubieran podido reunirse dos mujeres cuyos pensamientos fuesen tan idénticos. Yo tengo como vos agravios que vengar, pero mi esposo yace en la tumba, y la cruel mujer causa de mis sinsabores, no se halla al alcance de mis manos. Desapareció de Granada, sin que se haya vuelto á saber nada de ella. Y esto ha sido para la misma una fortuna, porque de permanecer en la ciudad hubiese sido víctima de la sangrienta venganza que la tenia preparada. Vos estais en mejor condicion que yo y podeis contar conmigo para todo. ¡Guerra, y guerra sin cuartel á vuestros enemigos!

Los ojos de Beatriz aparecieron centelleantes, y su rostro satánicamente trasfigurado.

Contaba con una aliada para llevar á cabo negros proyectos, y se consideraba feliz.

—Bien, exclamó : no sabeis cuanto os agradezco las pruebas de verdadera amistad que me habeis dado y las que estais dispuesta à darme. Pensaremos el modo como hemos de obrar y no nos detendremos. Deseo ser el tormento de la infame Victoria, de esa mu-

jer que tantas lágrimas me ha hecho derramar y que me ha arrebatado á mi Alberto, que de los brazos de su legítima esposa ha pasado á los de una mujer sin pudor y sin vergüenza.

La conferencia habia durado bastante tiempo, y doña Vicenta la terminó, levantàndose y disponiéndose á marchar.

Ambas amigas se besaron y se despidieron hasta el siguiente dia.

CAPITULO XXXIV.

La herencia del diablo.

Los sucesos se enredaban de manera que los criminales pudiesen llevar á cabo sus designios, como vamos á ver.

Pero ántes haremos una reflexion: ¿Cómo permite la Providencia que los malvados encuentren generalmente expedito el camino de sus crímenes, al tiempo que sobre el hombre honrado llueven por lo comun tribulaciones y angustías?

Este pensamiento que á alguno ha llevado á la incredulidad, á nosotros nos acerca á Dios, porque en eso mismo que nos admira vemos la existencia del sabio Autor de la naturaleza y de la vida futura.

El malo, el criminal, prescinde del bien, abdica del recto uso de su razon y sube sin freno por la escala de las maldades. Al fin paga en esta vida el mal que

practicó, y si no es así, lo paga en la vida que empieza al otro lado de la tumba. La justicia podrá faltar en los tribunales de los hombres, pero no en el tribunal de Dios.

Vemos por el contrario al justo rodeado de tribulaciones y muchas veces víctima de los malvados. ¿Es qué Dios se complace en hacerle desgraciado? ¿Puede recompensar de esta suerte su fidelidad y sus virtudes? Es que quiere probarle, porque el justo, dice la Escritura, ha de ser probado en la tribulacion como el oro en el crisol, y es constante que no hiere sino para sanar. El malo no puede evitar jamás la presencia del juez invisible de su conciencia, miéntras que el justo vive tranquilo en sus tribulaciones porque descubre más allá de la brevedad de la vida humana, una dicha perdurable.

¿Era el infierno quien favorecia á Beatriz para facilitarle los medios de ser cada dia más perversa?

Tenia esta mujer un tio materno, que ausente de Granada desde muy jóven, habia roto toda comunicacion con su familia, y dedicado al comercio en una de las capitales de Francia, habia llegado á ser poseedor de una inmensa fortuna.

Beatriz ni recordaba que tal pariente tuviese en el mundo. En muchos años ni habia oido hablar de él à sus padres.

Don Alfonso, que así se llamaba, habia permanecido soltero, y carecia por lo tanto de herederos legítimos.

Una enfermedad le postró en el lecho, y comprendiendo que se acercaba su última hora, declaró su postrera voluntad, nombrando herederos á los parientes que de él existiesen en Granada.

Se hicieron informaciones y resultando que solo Beatriz se hallaba en este caso, fué llamada por los tribunales, y declarada heredera de la fabulosa fortuna de su tio don Alfonso.

Beatriz pensó enloquecer de alegría.

Aunque hasta entónces nada le habia faltado, iba á verse en el colmo de la fortuna, y comprendió que todo le seria posible siendo tan inmensamente rica.

Desgraciadamente tenia razon: el dinero allana todos los caminos, ménos el de la última morada, y todo lo alcanza ménos la tranquilidad de la conciencia.

La noticia se cundió por Granada, y la casa de Beatriz se vió inundada de personas que acudian á felicitarla.

Si en vez de haber sido favorecida por la suerte, se hubiese visto reducida á la miseria por una desgracia imprevista, seguramente, su casa hubiese permanecido desierta.

El mundo hace la córte á las riquezas, pero huye de las desgracias.

En cuanto á Beatriz más le hubiese valido el caer en la miseria, que el llegar á ser tan inmensamente rica. Tal vez las desgracias la hubiesen regenerado, ó al ménos la hubiesen privado de cometer nuevos crí-

menes. Ya veremos á donde la llevaron las riquezas.

Dos meses duraron las diligencias que fueron necesario practicar para que la justicia declarase por heredera del difunto don Alfonso á Beatriz, corto tiempo en verdad si se atiende al estado de las comunicaciones en aquella época.

Pero tardó mucho más tiempo en tomar posesion de sus bienes.

Acompañada de su amiga doña Vicenta, que á ello se habia ofrecido, y de un famoso letrado, pasó á Francia, donde redujo á metálico los bienes que ya le pertenecian, y despues de pasados cerca de cuatro meses, que se emplearon en tales diligencias, regresó á Granada, acompañada de las mismas personas que habian ido en su compañía.

Cuando se encontró en su casa de nuevo y se vió poseedora de tantas riquezas, abrazó á su única amiga doña Vicenta, á la que dijo:

—Ya no puedo ser pobre aunque Dios quiera.

Palabras tan sacrílegas solo podian ser pronunciadas por unos labios tan impuros como los suyos.

¡Pobre demente! ¡Ignoraba que Dios es el autor de la vida y de la muerte, de las riquezas y de la pobreza, y que con un soplo puede reducir á la nada las más colosales fortunas!

Los que de tal modo obran son verdaderamente dignos de compasion.

—¿Se escaparán ahora de mis manos esos infames? dijo á doña Vicenta, con gozo infernal.

—Ahora discurriremos con despacio, le respondió su amiga, el como hemos de obrar.

. . . .

Era la caida de la tarde: el sol tocaba á su ocaso, y por frente de la casa de Beatriz pasaban dos caballeros elegantemente vestidos. En direccion opuesta iba un pobre fraile que llevaba al hombro unas alforjas.

Los caballeros fijaron la vista en la cara de Beatriz.

Uno de ellos exclamó:

—Esta mujer ha sido afortunada, con su rica herencia.

El religioso levantó los ojos al cielo y juntando las manos ante el pecho exclamó:

—Si: la herencia del diablo.

Los caballeros pudieron oirle y volvieron la cara hácia el que habia pronunciado tales frases.

Pero Juan de Dios que no otro era el religioso, desapareció precipitadamente de su vista.

CAPITULO XXXV.

En el que se vé las consecuencias que tuvo la expedicion á Argel para Alberto.

No hemos vuelto á ocuparnos de Alberto desde que en el capítulo XIX le dejamos en camino de Argel en compañía de su amigo Agustin.

Historiemos.

Para la expedicion proyectada por el emperador Cárlos V, fué grande el armamento preparado en Génova, en Nápoles y en Málaga.

Existian grandes sospechas de que la expedicion de Cárlos era más contra la Francia que contra los moros.

No fué cierto, pero no faltaron motivos que justificasen estas sospechas.

Francisco I se hallaba resentido por haber sido juguete del emperador; asi es que durante el tránsito

del último por la Francia, el rey de aquella nacion escribió á los príncipes protestantes ofreciéndoles su apoyo en todo y para todo.

Aceptaron con regocijo los protestantes tales ofertas y abierta dieta en Ratisbona, se mostraron aquellos príncipes muy orgullosos. Creian que el apoyo de Francisco I, les hacia suficientemente fuertes para resistir cuanta oposicion se les pudiese presentar.

Este orgullo les hizo manifestar que ni el Papa ni los católicos podian ser jueces contra ellos.

Viendo Cárlos el mal sesgo que aquel asunto tomaba, se dió prisa en preparar la expedicion que ya tènia proyectada. De Ratisbona se trasladó á Italia por Trento, escribió al Papa, manifestándole su deseo de avistarse con él en Luca y entró en Milan el dia veinte y dos de agosto.

Entre tanto Fracisco I habia despachado embajadores á Venecia, con objeto de separarla de la alianza con Cárlos. Los embajadores se embarcaron en el Pó, más les salieron en una barca unos enmascarados que les asesinaron.

Irritóse sobremanera el frances, que llamó traidor al emperador, creyendo que por su órden se habian verificado aquellos asesinatos, y no pudiendo llevar en paciencia el que el tal modo se atropellase el derecho de gentes, no respetando ni á los embajadores, envió un ministro para que formulase su queja ante el papa Paulo III que á la sazon gobernaba la Iglesia.

Sabido es que en aquella época los príncipes cristianos acudian siempre á la cabeza de la Iglesia, y el Papa era el que decidia todas las cuestiones. Cuando un monarca se apartaba de sus deberes, la Santa Sede absolvia del juramento de fidelidad á sus vasallos y le privaba de su reino.

Muchos casos de esto nos presentan las historias.

Cárlos se habia trasladado de Milan á Génova y luego pasó á Luca, á donde dos dias antes habia llegado Paulo III.

Ante el Santo Padre y el emperador expuso el ministro frances sus quejas.

Cárlos negó que hubiese tenido parte alguna en los asesinatos de los embajadores y hasta ofreció que si descubria á los asesinos los entregaria al rey Francisco para que ejerciese en ellos la justicia.

Los asesinos no fueron descubiertos.

Instaba el Pontifice al emperador á fin de que se aviniese con el francés entregando el Milanesado á uno de sus hijos; pero Cárlos dijo que en vez del Milanesado daria las provincias de Flandes en dote á su hija casándola con un hijo de Francisco I. De suerte que lo único en que se convino fué en no interrumpir las treguas con Francia.

Disgustadísimo Francisco hizo prender á don Jorge de Austria, obispo de Lieja, que era tio del emperador, y se encaminaba á Flandes.

Si pues durante estos sucesos, Cárlos preparaba su

expedicion verdaderamente formidable, no hay que extrañar que se pensase que contra la Francia más que contra los moros iba dirigida.

Ya hemos dicho que no fué esta la idea del emperador.

En su ánimo no entraba entónces la venganza.

Del puerto de Málaga salieron doscientos buques, con mucha gente armada, entre ella mil y cien ginetes.

En uno de estos buques iban Alberto y Agustin.

Jóvenes y valerosos, ansiaban por conquistar gloria, y ante aquel pensamiento Alberto pareció olvidar sus anteriores disgustos y hasta la mujer de quien habia sido juguete y le habia destinado para instrumento de sus infernales proyectos.

La escuadra hizo rumbo hácia Mallorca, pero tuvo que arribar á Cartagena, desde donde directamente pasaron á Argel.

El emperador no era hombre que se dejase llevar de consejos, y una vez formado un proyecto no desistia con facilidad de él ni lo retardaba más que el tiempo preciso para las necesarias preparaciones.

Dejó al Papa en Luca, y como los marinos experimentados le hiciesen ver que era muy expuesta la expedicion á Argel, por estar muy adelantado el otoño (principio de octubre de 1641), contestó que le dejasen obrar segun su voluntad, y que no le diesen consejos cuando no los pedia.

Generalmente los reyes y conquistadores no tienen en cuenta en sus grandes expediciones y guerras, las más veces injustas y emprendidas por ambicion personal, las existencias que han de sacrificarse, ni los grandes peligros á que arrastran á sus soldados.

Cárlos V no era una excepcion á esta regla general.

Embarcóse en Porto-Venetto, tocó por el mal tiempo en Córcega y en Cerdeña, tomó tierra en Alcudia y llegó á Palma el 13 de Octubre, donde fué recibido con grandes aclamaciones, pasando por debajo de muchos arcos de triunfo.

Sabiendo á poco que la armada española se habia hecho á la vela, desde Cartagena, á donde, como ántes dijímos, habia arribado poco después de haber salido de Málaga, se embarcó con la otra armada venida de Génova y de Nápoles.

Formaron entre las dos un armamento de más de cuatrocientas velas y setenta galeras, en que iban ocho mil alemanes, seis mil españoles, cinco mil italianos, tres mil aventureros voluntarios y dos mil caballos, y además la marinería podia armarse caso de ser necesario.

Entre los españoles notables que formaron parte de esta expedicion, se cuentan Hernan Cortés y el historiador Francisco Lopez de Gomara.

Creia Cárlos V, y no dejaba de creer su numeroso ejército, que el triunfo era seguro.

A la mayoría les animaba no sólo el número extra-

ordinario de los expedicionarios, sino tambien la idea de que el llevar la civilizacion cristiana á aquel país de infieles, era una obra que debia por su bondad ser favorecida por la Providencia.

Empero, los altos juicios de Dios son incomprensibles á la menguada razon humana.

Jamás ejército alguno experimentó más contrariedades que el de Cárlos en su expedicion á Argel.

La historia nos hace comprender que los monarcas que han pretendido, guiados por su ambicion, extender su dominio hasta hacerse dueños de medio mundo, han caido de la altura de su gloria hasta el abismo de la desgracia.

Un ejemplo más moderno tenemos de Napoleon Bonaparte, en ese génio privilegiado que fué el rayo de la guerra, y al que su desmedida ambicion llevó á acabar sus dias en la pobre roca de Santa Elena.

Cárlos no fué tan desgraciado, porque conoció con tiempo á donde podia conducirle su deseo de dominacion, y llegó á cambiar la cota de guerrero por el sayal del monje, después de renunciar á todas las grandezas de la tierra.

Concluyamos el punto histórico que venimos tratando.

Llegó Cárlos V. con sus naves á las playas argelinas y situó la armada en Metafuz para tenerla más al abrigo de los vientos. Sabido es que la mar de Argel es muy brava, especialmente en otoño y en invierno.

Los más experimentados marinos la temen con razon, por lo frecuentes que son los naufragios en aquellas aguas.

Intimó el emperador á Hascen Agá que era gobernador de Argel, el que se rindiera sin condiciones, amenazándole que, de no hacerlo, le trataria con todo el rigor de la guerra.

Era Hascen, sardo, que muy niño habia sido adoptado por Barbarroja, y habia dado pruebas de ser un soldado muy valeroso.

Inmediatamente contestó al emperador que él seria fiel á sus deberes, que sabia tenia á la vista un muy poderoso enemigo, pero que defenderia la ciudad á todo trance ó se sepultaria en sus ruinas.

Tenia Hascen á sus órdenes cinco mil berberiscos, ochocientos turcos y muchas compañías de alabares, pero todo esto era poca cosa para contrarrestar las grandes fuerzas del emperador.

Cárlos que nunca conoció el temor, se adelantó hácia Argel llevando á vanguardia los españoles, que era en quienes tenia más confianza por su valor indomable, en el centro los alemanes, y los italianos á retaguardia.

El desembarco se habia hecho con felicidad, aunque no sin ser hostilizados, y fueron tan contínuas las escaramuzas y arremetidas con los alabares, que en todo un dia sólo pudo adelantar el ejército cosa de una hora.

Por la noche ganaron una colina, donde levantaron tiendas.

Los elementos parecian conjurados contra los expedicionarios. Una copiosa lluvia acompañada de un viento huracanado destruyó las tiendas, rindiendo completamente á los soldados que morian de fatiga sin poder resistir aquel contratiempo.

El mar se alborotó con tanta violencia, que los navios, rotas las amarras, empezaron á ser juguetes del viento, estrellándose algunos contra las rocas y hundiéndose otros, lo que produjo muchas víctimas de los hombres de mar que habian quedado en ellos.

No podia darse espectáculo más horroroso. Miéntras unos encontraban su sepultura en el fondo del mar, los que lograban alcanzar tierra eran inmediatamente sacrificados por los alabares.

¡Por todas partes la muerte!

Léjos de acobardarse los sitiados, que no temen al granizo, á la lluvia, al lodo que materialmente no deja dar un paso, caen sobre los sitiados y hacen un terrible destrozo en los sitiadores, principalmente en los italianos.

El emperador monta á caballo, recorre las filas y procura animar á los soldados. Una lluvia de balas cae en torno suyo arrebatando la vida á sus mejores capitanes, y al fin Hascen es rechazado. Empero, las olas aumentan su furor, y en aquel dia para siempre memorable y de tristísimo recuerdo, se tragaron cien-

to cincuenta navios y catorce galeras con todo cuanto contenian de riquezas y de vivientes.

Doria salvó lo restante en Metafuz, adonde se dirigió en retirada el resto del ejército. En el rostro de los soldados se hallaba retratado el desaliento, la fatiga, el hambre y aún la ira.

Tal vez de haberse escuchado á Hernan Cortés, que con sólo los españoles ofrecia tomar á Argel, se hubiera evitado la última vergüenza al ejército. Pero hemos dicho que Cárlos no escuchaba á nadie, y lo que hizo fué decretar la vuelta á España.

La tempestad no habia terminado, y sin embargo los buques que habian quedado se pusieron en movimiento. Esta fué otra de las grandes imprudencias cometidas por el emperador. Unos buques fueron arrojados á Oran, otros á las costas de Italia y algunos pudieron ganar puertos españoles.

El huracan llevó á Cárlos á Bugia, en las galeras de Doria, y allí estuvo detenido veinte dias, al cabo de los cuales pudo trasladarse á Mallorca y de allí á Cartagena, de donde se dirigió á Murcia, y por Ocaña á Toledo, donde entró el 30 de Diciembre.

Los argelinos se hallaban contentos con su triunfo, y satisfechos por la derrota de un tan poderoso monarca, como lo era Cárlos V, y de un ejército tan formidable como el que le acompañaba.

Entre la multitud de cadáveres que habian quedado por los campos y muy especialmente en la colina

donde el ejército habia levantado las tiendas, se hallaba el del valiente amigo de Alberto, aquel Agustin que le habia escitado á formar parte de la expedicion, como medio de huir de aquella mujer infame á la cual se habia unido por los lazos del matrimonio.

Agustin fué sepultado con sus desgraciados compañeros en las inhospitalarias costas argelinas.

¿Y Alberto? ¿Qué habia sido de aquel jóven voluntario en las filas del emperador?

Fué de los más afortunados en la comun desgracia, si fortuna quiere llamarse el conservar la vida para caer en la humillacion del cautiverio.

Alberto se hallaba herido, y fué uno de lso pocos, entre los muchos que se hallaban en su caso, que no fueron rematados por los argelinos, ó arrojados con vida en las grandes fosas abiertas para recoger los cadáveres.

Barbarroja quedó prendado de él al ver su fisonomía dulce y agradable, y más que todo su serenidad y la tranquilidad que demostraba. sin manifestar el menor temor por hallarse en presencia de quien podia hacerle cortar la cabeza.

No quiso, pues, hacerle mal.

Alberto no podia darse cuenta de lo que le habia ocurrido, ni cómo se encontraba en la morada de Barbarroja.

Habia quedado sin sentido en el campo y no sabia más.

Para él fué un misterio el que no le hubiesen sepultado.

—Tu semblante me revela, le dijo Barbarroja, que eres un valiente y tienes para mí la mejor de las cualidades: yo amo mucho á los hombres de valor sin fijarme en su procedencia. Cristiano, tú quedarás á mi servicio inmediato, y no sufrirás las humillaciones de los demás cautivos. ¿Estás contento de tu suerte?

—¡Contento! replicó Alberto: ¿Cómo he de estarlo viendo la desgraciada suerte de mis compañeros? ¿Cómo no he de llorar la derrota del ejército cristiano? ¿Cabe mayor desventura que la que hemos experimentado? Y si mi corazon no se hallase de contínuo atormentado por grandes sinsabores de la vida, bastaríame lo que aquí han visto mis ojos, para que la muerte me sea indiferente; ¡qué digo indiferente! ¡Ojalá la hubiese encontrado con mis compañeros en esos campos regados con su generosa sangre! Así hubieran para siempre terminado mis males.

—Muy jóven eres, y á pesar de esto te hastia la vida.

—Porque la vida no es más que una cadena de sinsabores.

—¿Pero estás contento de quedar á mi servicio?

—Contento nó, pero sí resignado.

—¿Y serias capaz de asesinarme si te se presentase para ello ocasion oportuna?

—Eso jamás. El soldado español no es asesino.

Mata en la guerra, porque matar es su oficio; pero, si queda vencedor, es generoso para con el vencido, y si él es el vencido se resigna con su suerte y no comete infamias.

—¿Y si pudieses huir de nosotros?

—¡Oh! Eso sí: si se me presentase ocasion para ello volaria á mi patria. ¿Quién no desea ver rotas sus cadenas? ¿Qué ave al ver abierta la puerta de la jaula que le aprisiona no extiende el vuelo, y al posarse sobre la rama de un árbol no canta para felicitarse por su libertad?

—Bien, jóven: exclamó Barbarroja: me agrada sobremanera tu discurso. En tu corazon no hay doblez, y tienes el valor de hablar la verdad, lo que no suele hacerse delante de los poderosos. Yo te ofrezco, y jamás ofrecí lo que no he estado en ánimo de cumplir, que te daré la libertad dentro de poco tiempo y podrás descansar en los brazos de tu esposa si la tienes, en el amor de tus padres, si Dios te los conserva.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Alberto.

El cautiverio que le habia hecho sufrir su esposa era peor que el que le aguardaba en poder de Barbarroja.

Este determinó desde aquel momento tratar á Alberto más como amigo que como á cautivo.

Llamó á su siervo y mandó que al cristiano le fuese preparado un blando lecho donde pudiese reponerse

de sus fatigas pasadas, y que se le alimentase y cuidase con toda delicadeza hasta que estuviese perfectamente restablecido.

Alberto se retiró de la presencia de su señor, y al verse solo en el departamento que se le habia destinado, se entregó á las más tristes reflexiones.

—¿Qué necesidad tenia yo, se dijo, de haberme mezclado en estas aventuras? ¿Quién me ha conducido á tantos peligros? ¿Quién ha arrebatado inhumanamente la tranquilidad de mi alma, el reposo de mi corazon? ¡Ay Beatriz! No te tome Dios en cuenta todo el mal que me has causado.

Después hizo memoria de su amigo Agustin.

—Pobre amigo mio, exclamó: tu quisíste librarme de aquella pérfida mujer que era mi contínuo martirio y me hicíste alistarme en las filas del emperador. ¡Si siquiera hubiese alcanzado gloria! ¡Si hubiésemos sido vencedores! ¿Pero, qué digo? Tú, desgraciado amigo, has sacrificado la vida: yo te he visto caer en tierra, sin serme dado el poder cerrar tus ojos y darte el postrimer adios. ¡Cuán terribles son las guerras! ¡Y todas ellas producidas por la ambicion humana, por el deseo de dominacion!... Tenia en tí un amigo del alma con quien encontraba consuelo en mis penas y aflixiones: ya no me queda nadie en el mundo: tenia una esposa, pero esta ya no existe para mí. Tenia un amigo y ha parado en el polvo que es el fin de todas las cosas humanas. Y mi corazon no puede ya

encontrar expansiones, porque no me será fácil encontrar un amigo como el que he perdido, un *alter ego,* en quien poder depositar los secretos del corazon. ¡Ay de mí! Yo te ofrezco, compañero mio, que mi amistad para contigo se extenderá más allá del sepulcro, porque no pasará un dia sin que me acuerde de tí, sin que hable contigo como si te tuviera presente: tú me escucharás desde el cielo á donde tus virtudes te habrán conducido.

Y una lágrima se desprendió de sus ojos.

¡Pobre Alberto! Y en tanto que él se veia reducido á un ominoso cautiverio, sin parientes, sin amigos, sin conocidos, alejado de su patria, y reducido á la triste condicion de siervo, su esposa nadaba en la abundancia, y premeditaba hacer un uso perverso de los inmensos bienes que habia heredado.

Alberto habia cometido una sola falta, cual era la de haber destrozado el corazon de la inocente Victoria, de aquella criatura sencilla que le habia dedicado un amor puro como el de los ángeles del cielo, creyendo que tal era el que por ella habia mostrado Alberto. De un ángel habia hecho una mártir. ¿Cómo no habia de expiar aquella falta? ¿Por ventura duerme la Providencia? ¿Hay en el mundo tranquilidad para el que obra mal? La conciencia le decia á Alberto que lo que le pasaba era una expiacion, y acabó por sufrirla con resignacion, porque en verdad deseaba purificarse.

Empero le restaban aún grandes trabajos que pasar. Él habia destrozado un corazon, habia amargado una existencia, habia hollado bajo sus pies la flor de una inocencia, y necesariamente su mismo corazon habia de ser triturado devorando grandes y terribles amarguras. ¡Quién no vé el dedo de Dios en todos los acontecimientos humanos!

CAPITULO XXXVI.

Dos picaros.

Dejemos por ahora á Alberto en su cautiverio entregado á sus tristes reflexiones y expiando providencialmente su falta, y traslademonos de nuevo á Granada.

Vamos á penetrar en un lugar donde no veremos ricos mueblajes, ni trataremos con elegantes damas, diosas de la hermosura.

Los personajes que vamos á conocer y á cuya entrevista vamos á asistir, son de aquellos que, si no han adquirido amistad con el verdugo, esperan adquirirla de un momento á otro.

Y como tal vez parecerá extraño á algunos de nuestros lectores el que nos encontremos en la época en que tienen lugar los sucesos que venimos narrando, con un hijo del pueblo hebreo, que es uno

de los personajes que vamos á tratar, y esto en Granada, nos cumple dar una explicacion á guisa de prólogo.

Sabido es que en 1492 los reyes católicos Isabel y Fernando llevaron á cabo la expulsion de los árabes, hecho que hace memorable aquel reinado y que á nosotros en nuestra calidad de novelista no nos toca calificar ni èxaminar.

Crecido era tambien el número de judíos que habia en España, y como quiera que los reyes católicos, después de haber expulsado á los árabes, se propusieron arrancar de sus pueblos todo aquello que pudiera ser contrario ó nocivo á la religion cristiana, fijaron su atencion en los judíos, y después de pensar en ello determinaron tomar con los hebreos la misma determinacion que habian tomado con los árabes.

A los dos meses de haber conquistado á Granada, decretaron en aquella misma ciudad la proscripcion de los hebreos, y en Marzo de 1492, publicaron un decreto por el cual se mandaba que todos ellos saliesen de sus Estados y dominios en el improrogable término de cuatro meses, dándoles permiso para que pudiesen llevar consigo los bienes muebles y vender los raices durante el tiempo que se les concedia.

El inquisidor general Torquemada, deseando evitar que naciese en los corazones cristianos sentimientos de compasion hacia los desgraciados descendientes de Jacob, publicó en Abril un edicto por el cual prohi-

bia bajo muy graves penas á todos los cristianos que trascurrido aquel plazo que habia sido señalado por los reyes, tuviesen el menor trato con los judíos ni les proporcionasen ninguna clase de auxilios.

En vano hubiese sido esperar que se revocase el mandato, visto el rigorismo de los edictos; y aquel pueblo, el más desgraciado del mundo, cuya patria dejó de existir para ellos, cuando el año 73 de la Era cristiana las legiones romanas la invadieron, haciéndose Tito dueño de Jerusalen, destruyéndola y acabando con la vida de un gran número de judíos, pagando de este modo en la realizacion de un vaticinio, el crímen del deicidio; aquel pueblo que quedó esclavo en Judea y fué dispersado por todo el imperio romano, tuvo que salir de España que habia constituido una parte de aquel vasto y poderoso imperio, y donde muchos de ellos habian conseguido reunir grandes riquezas, si bien habian hecho grandes adelantos en las ciencias naturales y exactas.

No están de acuerdo los autores acerca del número de judíos que tuvieron que ausentarse de España, con motivo del decreto de los reyes católicos: unos suponen que fueron medio millon de personas y otros que llegaron á ochocientas mil.

Como quiera que en el edicto de expulsion se concedia el que pudiesen permanecer en España los que recibiesen el bautismo, algunos, aunque en escaso número, ó poco firmes en su fe, ó prefiriendo la con-

servacion de los intereses, resolvieron bautizarse. Casi en su totalidad fueron impulsados por la última de las dos causas que quedan indicadas. El amor á las comodidades de la vida, y el temor de no poder vender bien, en el plazo que se les habia otorgado, los bienes raices que poseian, y nó la conviccion, les hicieron abrazar la religion católica.

Los que de tal manera obraron, no por esto alcanzaron el aprecio de los cristianos. Tres siglos han pasado de aquel acontecimiento, y poco hace eran aún miradas con prevencion en algunas localidades las familias descendientes de los judíos. Esto supuesto, no hay para que decir la consideracion que se les guardaria en aquella época.

Entre estos hijos del pueblo hebreo que permanecieron en Granada, habia uno hijo de una familia que habia gozado de una regular fortuna. Era muy niño al tíempo de la expulsion y sus padres que habian recibido el bautismo se lo hicieron recibir á él, pero en la oscuridad de su hogar le instruyeron en la ley de Moisés.

Habian trascurrido cuarenta y nueve años de la expulsion, y Tobias, que así se llamaba el personaje á que nos referimos, contaba cerca de sesenta de edad, si bien conservaba las fuerzas y el vigor de un hombre de cuarenta. Habia perdido hacia años á todos los individuos de su familia y vivia completamente solo.

En el bautismo habia conservado su antiguo nom-

bre de Tobias, al que habian añadido el de Rafael.

De cristiano tenia sólo el nombre: por lo demás era un verdadero israelita, y no sabemos si habremos estado exactos, porque Tobias no conocia otra religion que el dinero, si bien, como sucede á todos los avaros, no lo disfrutaba, y vivia lo mas económicamente posible.

Un tipo semejante hemos visto, aunque en un morisco, en las Memorias de la madre de Beatriz.

Tobias, sin embargo, se diferenciaba algo de aquel. Era aún de más malicia, y estaba revestido de mayor hipocresía.

Habitaba un tenducho tan lóbrego como húmedo en un callejon del barrio más pobre de Granada.

Era fama que poseia mucho dinero, pero no lo daba á comprender ni en el adorno de su morada, ni en su traje ni en su aseo.

Para justificar su aparente pobreza, imploraba la caridad pública, lo que no dejaba de serle productivo. Su ancianidad, su luenga barba blanca como el ampo de la nieve, su cuerpo encorvado más que por el peso de los años, pues ya hemos hecho notar que era muy robusto, sino por artificio, y la simpatía que encontraba en las personas pudientes, por haber venido del judaismo á la religion verdadera, eran circunstancias que contribuian en gran manera á que le fuese productivo su oficio de pordiosero.

¿Pero no tenia otros medios productivos para saciar su codicia?

Ya lo veremos claramente en este mismo capítulo.

Penetremos ante todo en la habitacion de Tobias.

Pero digamos por adelantado que la gente jóven especialmente, no le daba su nombre propio, sino que le distinguian por el de *tio Camándula.*

Conocido el genio vivo, bromista y oportuno de los andaluces, no se extrañará esto.

Tobias se impacientaba cuando le daban aquel apodo, y si bien debia conocer lo mucho que le cuadraba, parecia no entenderlo, pues que muchas veces decia, hablando consigo mismo.

—¡No sé por qué me han de llamar tio Camándula! ¡No sé por qué ciertas gentes se han de sonreir maliciosamente al verme, y por qué algunos me miran con cierta extrañeza! Pero, bah; yo hago mi negocio y lo demás nada me importa.

Hemos dicho que su habitacion era lóbrega, y húmeda. Sus paredes chorreaban agua. Una mesa de regulares dimensiones, dos bancos de madera y otras tantas sillas, una de ellas coja, que necesitaba estar apoyada en la pared para sostenerse en su posicion natural, y la otra tambien medio desvencijada, una sarten y otros utensilios de cocina colgados en las húmedas paredes, constituian todo el adorno de la habitacion, por la que se entraba á otra más reducida donde habia un lecho, cuyas sábanas no se sabia su

color, pues parecian reñidas con el agua. En aquella pequeña habitacion habia algunos trastos viejos y diferentes cachivaches.

Esto es lo que podia ver el que penetrase en la morada del tio Camándula, que este nombre le seguiremos dando, ya que por él era conocido.

Pero nuestro hombre que era propietario de aquel casucho, herencia que le habia quedado de sus padres, tenia otra habitacion reservada á los ojos mundanos.

Esta habitacion que era un subterráneo, al cual se entraba por una trampa cubierta por su cama, era un verdadero laboratorio,

No sabemos como podia permanecer allí horas enteras sin morir por asfixia; pero ello es que en el subterráneo se dedicaba á operaciones que, de saberse, le hubieran costado muy caras, y allí tenia el escondite donde guardaba su tesoro.

Porque el tio Camándula poseia un verdadero tesoro, que para él eran piedras, toda vez que primero se hubiese dejado morir de hambre que sacar de él una sola moneda.

Reservadamente, y esto á ciertas personas de cuyo silencio tenia entera seguridad, prestaba alguna cantidad con un ciento por ciento de ganancia, pero quedándose en prenda con algun objeto de oro ó plata, cuyo valor en sólo su peso excediese á la cantidad del préstamo é intereses.

Muy contadas eran las personas que entraban en aquella casa.

Sin embargo, algunos vecinos no habian dejado de observar que de vez en cuando, y siempre á altas horas de la noche, penetraba alguna persona, pero siempre de importancia á juzgar por el traje.

¿Qué iban á hacer en la casa de aquel viejo misterioso?

Esto es lo que no sabia nadie comprender, y vecina habia que por saciar su curiosidad en este punto hubiese sido capaz de dar un dedo de la mano.

Ya sabemos que la curiosidad es el vicio de las mujeres, y el lector puede considerar los cabildeos que tendrian las vecinas.

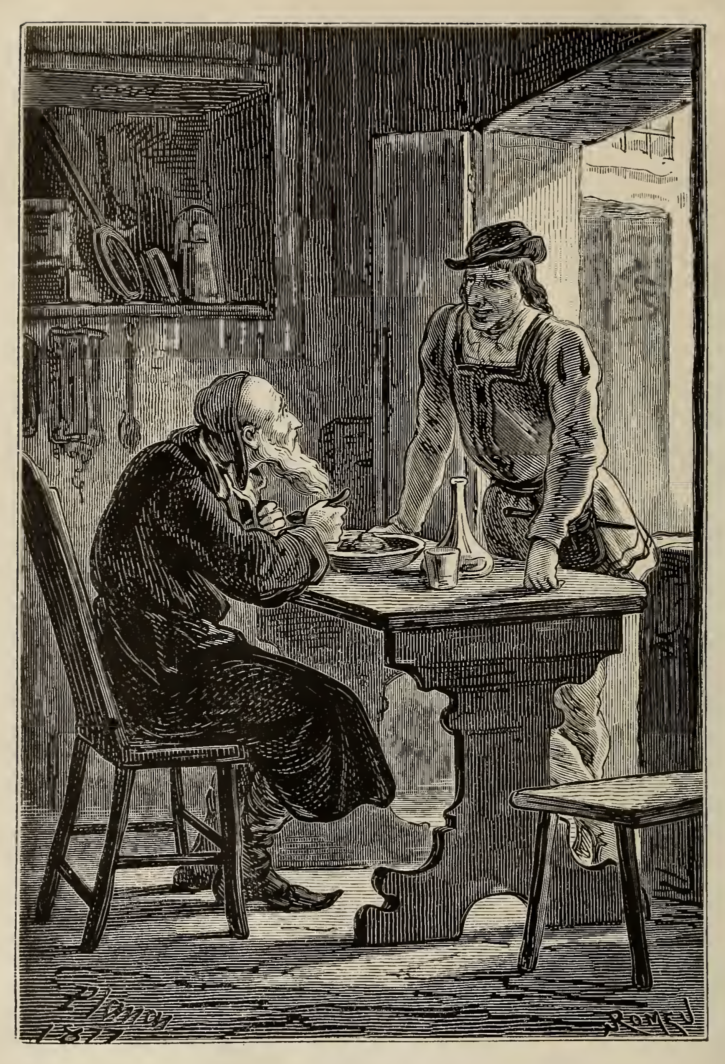
No faltaban entre ellas quienes pensaban si deberian dar parte al Santo Oficio para que entendiese en el asunto.

Por fortuna para Tobias, no llegó este caso, pues, de otro modo, es seguro que lo hubiese pasado bastante mal.

Una tarde, el viejo se hallaba sentado á la mesa de que hemos hablado, teniendo delante de sí una cazuela con un frugal alimento que comia, ó mejor diremos engullia.

La puerta estaba abierta. De lo contrario hubiese necesitado luz para comer, lo que suponia un gasto para él insoportable.

De pronto levantó la cabeza y se encontró con un



—¡ Bien lo haces, tio Camándula ! dijo el recien llegado.

individuo que habia entrado sin hacer el menor ruido.

No se sorprendió.

Tobias era hombre que no se sorprendia con facilidad, y en esto se diferenciaba de todos los avaros.

—¡Bien lo haces, tio Camándula! dijo el recien llegado.

—Tobias, para servir á Dios, contestó aquel.

—Bien: Tobias ó Camándula ės lo mismo. Me parece más bonito este último nombre.

—¿Y que viento te ha echado por mi casa? Digo, porque cuando tú vienes por aquí no será á humo de paja. Digo, al menos que no vengas á traer algun socorro á este pobre viejo.

—¡Socorro! ¡Cuando te digo que te bautizó admirablemente el que te puso tio Camándula! Ya podrias tú, si no fueses avaro, socorrer muchas necesidades. ¿Para qué quieres lo que guardas?

—¡Lo que guardo! Así sois todos los hombres: muy fáciles en juzgar. Si yo tuviese dinero, no viviria en tanta pobreza.

—Lo menos te has creido que voy á pedirte algo ¿no es verdad? Pues mira, te equivocas de medio á medio, porque lo que es hoy estoy sobrado de dinero.

Y diciendo agitó su bolsillo.

El tio Camándula que era muy inteligente en el asunto conoció enseguida que el ruido era de oro.

Brillaron sus ojos y su fisonomía apareció alegre.

—¡Hombre! exclamó: ¿Por donde te ha venido esa fortuna?

Y Ramiro, que así se llamaba el interlocutor, le contestó con calma:

—¿Fortuna? Veo que eres un miserable: á cualquier cosa llamas fortuna. Aquí no tendré arriba de doscientos ducados, y esto no es más que un principio de lo que podemos tener.

—¡Que podemos... has dicho, preguntó el viejo cuyos dedos se crisparon. Espérate, hijo, espérate y cerrarémos la puerta. No faltaba más sino que entrase alguien y nos sorprendiese nuestros secretos.

Se levantó, fué á la puerta, la cerró, y tomando yesca, piedra y eslabon, encendió la primera y con ella una pajuela que le dió llama para encender después su viejo candil que pendia de un clavo.

En tanto Ramiro, que era más pillo que el viejo, se sonreia maliciosamente y dijo para sí:

—Ya eres mio.

El viejo tomó el candil y dirigiendo nuevamente la palabra á su visitante, le dijo:

—Ven, hijo mio, ven adentro, á la otra habitacion donde estarémos mejor y podrémos hablar, sin temor de que algun impertinente nos escuche por el agujero de la llave.

Y ambos entraron en la habitacion contígua, donde el viejo tenia la cama.

Colgó el candil, é invitó á Ramiro á que se sentase en un trasto de los que allí habia y él lo hizo al lado de la cama.

—Bien, dijo Ramiro: ¿Qué es lo qué quieres? Para que te rodeas de tanto misterio? ¿Qué objeto te ha movido á cerrar la puerta y conducirme á este cuartucho?

—Porque tú tienes algo que decirme.

—¡Yo!

—Sí, tú. ¿Piensas que no te he comprendido? Vamos, hijo, desembucha: pero ántes enséñame esas monedas. ¡Hace tanto tiempo que no he visto oro!

Y suspiró.

—Veo que estás hoy muy cariñoso, tio Camándula, y esto es contra tu costumbre. Si tanto puede el sonido del oro, ¿qué no podrá su posesion?

Y diciendo estó, sacó dos monedas del bolsillo, y tomando una con cada mano se las colocó delante de los ojos.

—¿Qué te parece? dijo.

—¡Oh! Son hermosas. Déjamelas tocar.

—Sí, ya voy, dijo Ramiro al tiempo mismo que las volvia á su bolsillo.

—Ya veo, dijo el viejo que vienes dispuesto á divertirte conmigo, á insultar á la pobreza. Esto es una mala accion.

El tio Camándula al pronunciar tales expresiones volvió la vista tal vez casualmente hacia un rincon

del cuarto, y Ramiro al que aquella mirada no pasó desapercibida, le dijo:

—Cuidado, Camándula, con lo que proyectas, pues te advierto que vengo prevenido, y si intentas algo contra mí, te puede salir caro. Soy más jóven que tú y te aventajo en fuerzas.

—¡Válgame Abraham, que pensamiento! ¡Que habia yo de intentar contra tí, y mucho ménos cuando me imagino que me traes un buen negocio! Y aunque así no fuera, ¿no comprendes que si yo matase á un hombre ¡Dios me libre! dentro de mi casa, seria descubierto y me ahorcarian? ¿Dónde habia de sepultar su cadáver?

La casualidad hizo que Ramiro, que estaba sentado al lado de la cama, extendiese los piés y diese con ellos en las tablas que cubrian la entrada del sótano.

Comprendió lo que aquello era, y contestó inmediatamente al viejo:

—¿Qué dónde lo enterrarias? Es muy fácil: en el subterráneo. ¿Tenias más que desviar la cama, levantar la trampa, bajar al muerto, hacer un hoyo y sepultar en él al prójimo á quien hubieses despachado al otro barrio?

Tobias frunció las cejas, contrajo los labios y no supo por el pronto que contestar.

Él creia que nadie tenia noticia de su escondite y veia que se habia equivocado.

A serle fácil hubiese hecho en aquel momento con Ramiro lo que este le decia podia hacerse:

Pero esto no le era posible.

Conocia muy bien á aquel hombre y sabia de lo que era capaz.

En más de un negocio de esos que abren con facilidad el camino de presidio habian estado unidos.

Asi, pues, tomó el mejor partido que podia tomar.

—¡Tienes, le dijo, unas cosas originales! Verdad es que aquí hay un sótano al que bajo, y en el que tengo algunos trastos inútiles, pero no he pensado nunca en darle el uso que has indicado.

—Bien, esto nada me importa, dijo Ramiro, porque ni tú me has de hacer mal á mí, ni yo te lo he de causar á tí. Nos necesitamos el uno al otro.

—Entónces no sé cuales son tus temores. Vamos, no perdamos tiempo y dime que he de hacer para tener parte en tu fortuna.

—¿A qué te atreves para ganar un puñado de oro?

—A todo.

—Así me gusta. Es decir, que hasta te expondrias á caer en manos del verdugo.

—No tanto, hombre, no tanto. Se hará cuanto sea necesario hacer, pero con las precauciones necesarias á fin de evitar todo encuentro con ese maldito hombre que has nombrado. Ya sabes que tengo alguna experiencia.

—Lo sé, y por eso acudo á tí. Necesito de tus con-

sejos y tal vez de tu ayuda. ¿Puedo contar contigo?

—Para todo siempre que haya dinero. Ya sabes que á Tobias nada le arredra.

—Pues bien: vamos al caso que la cosa apremia y no hay tiempo que perder. Pero ante todo, debo advertirte dos cosas.

—¿Cuales son?

—Que si me sirves con fidelidad tendrás una magnífica recompensa, pero si tratas de engañarme vas de un salto á los infiernos á donde creo que hace tiempo nos esperan á los dos, y á donde al fin estaremos juntos.

Ramiro, al que sólo por el nombre conocemos hasta ahora, era un andaluz capaz de dar una puñalada por un quítame allá esas pajas, un verdadero *maton,* muy temido en toda la comarca, y que tenia hechos varios *milagros,* por alguno de los cuales habia estado á punto de ser ahorcado.

Era el más apropósito para desempeñar cualquiera comision *non sancta,* y estaba siempre dispuesto á prestar sus servicios toda vez que se les retribuyese á costa de oro.

Tobias, ó sea el tio Camándula, le ofreció solemnemènte y aún juró que le serviria con fidelidad, pero que esperaba de su buen corazon fuese con él espléndido y generoso, remediando de este modo su pobreza.

—Pues es el caso, dijo Ramiro, que hace tres dias

recibí una carta en la cual se me daba una cita para la noche siguente, pero encargándoseme en ella la mayor reserva.

—¿Y quién firmaba esa carta?

—Una dama.

—¿Su nombre?

—No decia más que, *una dama.*

—¡Bah! Cuestion de amores.

—¡Qué, hombre! Yo no me ocupo de esas bagatelas.

—¿Y que hicíste? ¿Acudíste á la cita?

—Ya lo creo: no era cosa de desairar á una dama: fuí puntual y ya era esperado. Una señora, cuyo rostro no pude ver por entónces por llevarlo oculto bajo un velo, pasó por mi lado y cambió conmigo estas frases:

—¿Eres Ramiro?

—Lo soy, respondí.

—Pues sígueme.

—¿Adónde? pregunté.

—Sigue y no preguntes más, dijo la dama con un acento que manifestaba impaciencia.

Tú sabes, Camándula, que no soy hombre que se asuste con facilidad. Dije para mí: ¿Y qué puede ser esto? En fin, corramos la aventura; y seguí á la dama. ¿Has visto un magnífico palacio que hay..... Pero vaya si soy tonto: ya te iba á dar pelos y señales ántes de tiempo, lo que no me parece conveniente.

Camándula escuchaba con atencion la relacion de Ramiro.

El cual continuó de este modo:

—La señora entró en una casa y yo hice lo mismo siguiendo sus pasos. Sin saber cómo, me encontré en un gabinete magníficamente adornado, tanto que yo no habia visto cosa igual en el mundo.

La señora se levantó el velo y se presentó á mi vista una divinidad. ¡Ay, Camándula! ¡Qué ojos! ¡Qué boca! En fin, te digo que aquello era la gloria.

—¿Y qué?

—Que yo quedé tamañito, pero dije: Esto no está para tí, Ramiro: eres tú muy poca *presona* para una señora como esta, y lo mejor es que te aguantes por la buena.

La señora se sentó y me mandó que hiciese lo mismo.

Me miró atentamente, y me dijo:

—¿De qué vives tú, Ramiro?

—Señora, dije: de los negocillos que caen.

—Te comprendo muy bien, añadió la dama. ¿Te atreverias á dedicarte exclusivamente al servicio de una persona, que te colmára de beneficios?

—¿Sois vos por ventura....?

—Responde á lo que te he preguntado.

—Pues, sí señora, y si sois vos, desde este momento podeis contar conmigo.

—Bien: yo soy; y ahora voy á hablarte con fran-

queza, dijo la dama. Yo he oido hablar de tí, y por cierto no son cosas que te favorecen mucho, pero al fin he deducido que eres hombre de corazon, y he pensado que me convienes. Quiero que seas el mayordomo de mi casa, el jefe de todos mis criados, mi administrador y por último el ejecutor de mis órdedenes. Nada te faltará en mi casa; tendrás cuanto desees, y si al principio se murmurára de mí, porque he puesto mi confianza en un hombre mal reputado, tu buena conducta acallará las murmuraciones y te volverá la estimacion de los hombres honrados. ¿Aceptas el partido?

—Sin vacilar un momento, la respondí: os juro que seré tan fiel como un perro de presa.

—Pues has hecho tu fortuna.

Y diciendo esto, se levantó, sacó de un cajon un saquito lleno de monedas de oro, metió en él la mano y sacó unas cuantas que me entregó, y son estas.

Y Ramiro volvió á agitar el bolsillo, para despertar de nuevo la avaricia del tio Camándula.

—¿No me darás ninguna de esas preciosas monedas? exclamó el viejo.

Ramiro puso dos en su mano, diciéndole:

—Toma esas, para que las entierres con las otras.

Camándula las apretó en sus manos como si temiese que se las quitase de nuevo su interlocutor, y contestando á lo que le habia dicho aquel,

—¡Con las otras! dijo: bien sabe Dios que hace mu-

cho tiempo no veo monedas de esta clase. Si no fuese por la caridad de los granadinos, ya estaria enterrado hace mucho tiempo. Pero me tienes con ansia de saber el fin de tu aventura, y en lo que yo pueda servirte. ¿Que exigencias te ha hecho la dama en cambio de ese precioso donativo? Porque, digo, no creo que haya dado todo ese dinero así de bóbilis, bóbilis. ¿Me explico?

—Sí, mejor que un libro.

—Pues habla.

—Es el caso que yo he echado por esta boca más de lo que debia, pero ya no tiene remedio. Lo dicho, dicho se está. Ahora escúchame atentamente. Hay dos personas en Granada que estorban á mi señora, porque no te he dicho que desde ayer estoy instalado en la casa de la dama de quien he hablado, y esas dos personas es necesario que desaparezcan.

—Pues si no se quiere usar del puñal, yo poseo una pócima que hará el mismo efecto que el puñal, y no dejará huella del hecho.

—Eres muy infame, Camándula. ¿Quién te ha hablado de asesinar?

—Perdona, hombre, yo creí.....

—La muerte seria poco castigo para expiar grandes maldades.

—Pues entónces.....

—Es necesario apoderarnos de esas dos personas é introducirlas de noche y por una puerta secreta á

cierta casa, donde serán encerradas en los subterráneos.

—¿Y es eso sólo?

—¿Te parece poco?

Verdaderamente me parece más difícil que darles muerte, y mucho más si se trata de personas robustas.

—Se trata de una mujer, en primer lugar.

—¿Y en segundo?

—En segundo de un fraile.

—¿Y para que quiere tu señora aprisionar á esa mujer y á ese fraile?

—Eso es lo que ni á tí ni á mí nos importa. Nosotros somos instrumentos, y lo que nos cumple es obrar, y...

—Y cobrar. ¿No es eso?

—Justamente, dijo Ramiro, acabando la frase.

—Yo no me atrevo á llevar sólo á cabo esta empresa, y por esto he venido á solicitar tu ayuda.

—¿Y quién es el fraile?

—Conoces, dijo Ramiro, ese fraile pedigüeño que con el achaque de recoger los enfermos no suelta la alforja del hombro, aunque le maten, y que no hace otra cosa que pedir?

—Sí, te referirás á Fr. Juan de Dios.

—El mismo.

El tio Camándula quedó un momento pensativo. Verdad es que era un bribon, pero reconocia como

todo el mundo que Juan de Dios era una alma angelical, un varon inofensivo, y el amparo de los desgraciados.

A pesar de su desmedida avaricia le repugnaba hacer mal á aquel santo hombre, por más que fuese á cambio de una gran recompensa.

—¿Qué me dices? preguntó Ramiro. Necesito que me aconsejes como complaceré á mi ama: tú eres hombre de recursos y puedes asegurar mi suerte futura y la tuya.

—¿Y la mujer, quién es?

—Una jóven llamada Victoria. Este secuestro, llamémosle así, es más fácil que el otro.

—Esto necesita pensarse con algun detenimiento. Mañana por la noche te esperaré y quedará arreglado el negocio.

—Estamos convenidos. Verémos si me das una prueba de talento.

—Ya verémos, Ramiro; ya verémos; pero entretanto déjame algunas otras monedas de esas á cuenta de mi trabajo.

—¿No te he dado ya dos sin haber hecho nada? Perro judio, conténtate por ahora y procura merecer la proteccion de un caballero.

—¡De un caballero! ¿Pues no decias que era una dama?

—Una dama es quien me protege á mí; pero á tí te ha de venir el bien de un caballero que soy yo.

El viejo no pudo ménos de sonreirse.

—¿De que te ries, estúpido? dijo Ramiro: ¿Tal vez porque me he titulado caballero? Yo creo que la caballerosidad consiste en el dinero, y juzgo que estoy llamado á ser un Creso, y aún llegaré á ocupar una posicion elevada. El dinero lo hace todo. ¿No es así?

—En efecto, y dichoso mil veces el que lo posee.

—Así como tú.

—Te has ėmpeñado en ello, y eso que debe constarte que soy un desgraciado, que nada poseo: ahora tengo esperanza de remediarme, pues solamente podré salir de miseria, ayudado por una mano generosa.

—Pues bien, ya ves por qué te he dicho que procures merecer la proteccion de un caballero.

—¿Qué será generoso en la paga?

—Hasta el exceso. Con que nos veremos mañana, y mucho sigilo.

—Puedes descuidar, hombre.

Ramiro se levantó, el viejo le alumbró hasta abrirle la puerta, y salió de aquel casucho cuando ya habia entrado la noche.

—A este pillo judio lo mataré después que me sirva, decia Ramiro al alejarse.

—Este es un truhan muy largo y se presenta la ocasion de explotarlo. ¡Si pudiera perderle!

Esto murmuraba Tobias luego de haber cerrado la puerta.

Y las exclamaciones de ambos, nos hacen comprender que eran acreedores á un grillete.

Se jugaba de pillo á pillo.

Ramiro queria hacer su negocio, porque esto le llenaba de oro, pero á pesar de sus ofrecimientos, no estaba en ánimos de hacer medrar al tio Camándula.

Los malos se unen para el mal, y practicado este, si pueden, se perjudican mútuamente.

No deben extrañarnos por lo tanto, ni las viles frases de Tobias ni la exclamacion de Ramiro.

CAPITULO XXXVII.

En el que se dan explicaciones sobre el asunto tratado en el anterior.

Aúnque el lector puede haber comprendido por la conversacion habida entre Ramiro y el tio Camándula, que hemos sorprendido de lo que se trataba, estamos en el caso de dar algunas explicaciones.

La amistad entre Beatriz y doña Vicenta se habia estrechado hasta el punto, que ninguna de ellas daba un paso sin consultarlo con la otra.

Eran lo que se llama dos cuerpos y un alma.

Existian en ambas iguales sentimientos, identidad de ideas.

Necesariamente las simpatias habian de ser recíprocas.

Y de tal modo supo manejarse doña Vicenta que llegó á ser depositaria de todos los secretos de Bea-

triz, inclusos aquellos que más podian comprometarla.

Ya no sentia Beatriz odio contra Céspedes, y casi ni se acordaba de èl.

Todo su odio lo habia reconcentrado en su esposo, en la inocente Victoria, y en el santo religioso Juan de Dios que tan querido y venerado era hasta de los hombres más protervos, que no podian dejar de conocer sus grandes virtudes y el espíritu de caridad y de misericordia que en él residia.

Beatriz unicamente estaba ciega en este punto.

Pocas veces las almas justas que deben ser purificadas como el oro en el crisol han dejado de tener enemigos.

El justo por excelencia, el impecable por naturaleza, el Dios-Hombre que pasó por entre la humanidad dispensando á manos llenas beneficios sin cuento, tropezó con el odio de los hombres, de aquellos mismos hombres que habian presenciado sus prodigios y maravillas y habian sído participantes de sus beneficios, los cuales le martirizaron y condujeron al Golgota donde le sacrificaron enmedio de dos ladrones.

Juan de Dios no fue una excepcion á esta regla general.

Necesariamente habia de tropezar en su camino con los abrojos de que está sembrada la senda del Paraiso.

Pero Juan de Dios no tenia ya más que un enemigo.

Este enemigo era Beatriz.

Cuando empezó á desempeñar el ministerio de misericordia para el que habia sido llamado, no faltaron quienes quisiesen ver en él un hipocrita disfrazado que, con el pretexto de los pobres enfermos, queria explotar la caridad pública, pero pronto se desvanecieron las dudas, y todos reconocieron en el antiguo vendedor de estampas á un hombre de Dios, á un varon que enseñaba y predicaba con su ejemplo.

Muchas pruebas se habian hecho con él, de las cuales citaremos una.

Como hubiese ido á Granada don Pedro Enriquez de Rivera, conde de Tarifa, el santo religioso que lo supo fué á su alojamiento á pedirle limosna para sus pobres enfermos.

Encontró al conde jugando á naipes con otros amigos suyos, y atendiendo todos á las suplicas del religioso, le reunieron una abundante limosna.

Sin embargo, el conde que no era de los que menos habia dado, queriendo probarle, salió de la posada, le atajó el camino y fingiendo la voz, se llegó á él manifestándole que era un pobre caballero con muchas obligaciones. Le pidió que le socorriera, y añadió:

—Tal es mi situacion que si no me amparais me veré obligado á cometer alguna accion indigna de un caballero de mi linaje.

Apenas oyó el santo religioso estas frases, sin dejarle hablar más, le dijo:

—No por Dios: no hagais nada que sea ofensa de Dios: tomad y socorreros.

Y le entregó la bolsa con toda la limosna que habia recogido.

Admirado el conde de tanta virtud, volvió á su alojamiento donde le esperaban sus compañeros, á los cuales, dijo:

—Señores: verdaderamente Juan de Dios es un santo.

Y refirió cuanto le habia ocurrido.

Al dia siguiente fué el conde al hospital, y llegándose á Juan de Dios, le dijo:

—Hermano Juan; sé que anoche os hurtaron la bolsa con todo el dinero.

—Nó; dijo Juan: no me la hurtaron: yo la entregué y con muy buena voluntad. La entregué para socorrer á una persona desgraciada.

Entónces el conde, restituyó á Juan todo el dinero, añadiendo ciento cincuenta ducados y ordenó á su mayordomo que miéntras permaneciese en Granada, entregase al santo cada dia ciento cincuenta panes, cuatro carneros y ocho gallinas, para el socorro de los pobres de su hospital.

Como el anterior, podiamos referir otros muchos hechos semejantes, consignados en los anales de su vida.

Por esto no habia quien pusiese en tela de juicio la conducta del ejemplar religioso.

Beatriz era la excepcion de la regla.

Esta mujer de imaginacion volcánica seguia creyendo que Victoria era la manceba de Alberto y que estos criminales amores eran protegidos por el hermano Juan de Dios.

Solo las almas corrompidas pueden abrigar pensamientos de tal naturaleza.

Beatriz por su corazon juzgaba de los demás.

Creia que otros podrian hacer lo que ella era capaz de ejecutar.

Una tarde estaba sentada en compañia de su amiga doña Vicenta en un poyo de piedra en los afueras de Granada, cuando acertó á pasar el santo religioso.

—Señoras, dijo presentando el cepillo de las limosnas: *Haced bien por vosotros mismos.*

Juan no levantaba los ojos de la tierra cuando hablaba con alguna mujer.

Así, pues, no conoció á Beatriz.

Doña Vicenta hizo actitud de echar mano al bolsillo para dar una limosna al religioso, pero Beatriz, sujetándole el brazo, le dijo:

—No deis dinero para sostener vagamundos.

El hermano Juan no se inmutó.

Por el contrario la alegria se retrató en su semblante.

Una injuria es una corona para los siervos de Dios.

Conoció la voz de Beatriz, y pronunció estas frases:

—Yo soy un pobre pecador y en verdad no soy acree-

dor á nada: pero pido para los pobres de Jesucristo, que postrados en el lecho del dolor se ven imposibilitados de ganarse el sustento.

—Basta de hipocritas palabras, replicó Beatriz: seguid vuestro camino.

Doña Vicenta calló.

En aquel instante el pobre religioso se convirtió en profeta.

Dios puso palabras en sus labios.

—Sois rica, señora; hoy inmensamente rica, y despreciais á los pobres. Dios sabe convertir en humo las riquezas; aún sin perderlas ocupareis un dia una cama de mi hospital: más tarde cuando os encontreis sin recursos, aislada en el mundo, presa de los remordimientos, unicamente en el santo hospital encontrareis un albergue. ¡Quiera Dios que tambien encontreis allí la salvacion de vuestra alma!

Y sin esperar respuesta desapareció à grandes pasos de aquel lugar, haciendo la señal de la Cruz como si huyese del demonio.

Las palabras de Juan de Dios no penetraron en el corazon de aquella mujer corrompida, de aquella belleza satánica.

Por el contrario produjeron un efecto completamente contrario.

—¿Qué merecia ese hombre? dijo, dirigiéndose á su amiga. De buena gana le hubiere ahogado entre mis manos.

—Verdaderamente, dijo doña Vicenta, ha estado imprudente y desvergonzado.

—¡Y le ibais á dar limosna! ¿No recordais que ese fraile hipocrita, es, como os he referido, mi mayor enemigo? ¿A quién sino á él debo todas mis desgracias? Él ha sido y será todavia el protector de los infames amores de mi esposo.

—Ya lo recordé en cuanto le ví, pero le iba á dar una corta limosna, no por él sino por los pobres; pero ahora me alegro de que me lo impidieseis.

Entónces formó Beatriz el más inicuo y horrible de los proyectos.

Luego que hubo recibido la herencia con la que se habia enriquecido, compró un palacio antiquísimo, que habia pertenecido á unos ricos descendientes del antiguo rey de Granada Alí-Abu-Hassan.

Aquel palacio tenia trazas de fortaleza, pues estaba almenado, y por la parte posterior tenia puerta falsa que daba al campo.

Beatriz hacia en aquel edificio grandes obras pero en su mayoria interiores.

Deseaba emplear sus riquezas en ostentar el lujo de una princesa.

Por lo demás como era público en Granada que habia heredado legitimamente, á nadie llamaba la atencion esta variacion en el modo de vivir de aquella señora, á la que poquísimas personas trataban y solo doña Vicenta con intimidad.

Ya sabemos que esta era viuda.

Beatriz que deseaba no vivir aislada la invitó á que fuese á vivir con ella.

Doña Vicenta aceptó, tomó posesion de un departamento de la nueva casa de Beatriz, y desde aquel dia dió por terminadas sus reuniones de confianza.

Beatriz tomó para su servicio diversos criados de ambos sexos.

Se manejaba como si fuese viuda. Ignoraba si volveria á ver á su marido, y como por otra parte á ella sola pertenecian las riquezas dábalas el uso que le parecia más conveniente.

La casa tenia unos cuartos subterraneos que parecia haber servido alguna vez de cárcel.

Esto habia agradado sobremanera á Beatriz.

La noche que siguió al dia en que acompañada de su amiga, habia ocurrido el incidente con el hermano Juan de Dios, que queda relatado, ambas mujeres se hallaban muellemente recostadas en un divan, de un bien halajado gabinete.

He aqui la edificante conversacion que sostuvieron.

—Voy á hacerte una observacion dijo Beatriz á su amiga.

Desde que hacian vida comun usaban del tuteo en el trato.

—¿Y cuál es? preguntó doña Vicenta.

—¿No crees que los subterráneos de esta casa habrán servido de cárcel alguna vez?

—Ya he pensado en eso, pero lo dificulto.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo: por que carecen de ventilacion y moriria por asfixia cualquiera que en ellos quedase encerrado.

Esta observacion, hizo á Beatriz fruncir el seño. Se veia contrariada.

—Pero si nosotras quisieremos hacerlos servir á tal objeto ¿no habria medio de hacer penetrar en ellos el aire?

—Lo creo fácil.

—¿Y de qué manera?

—Haciendo unas ventanas pequeñas en lo más alto, y en la parte que da al campo. Pero esto presentaria inconvenientes.

—¿Cuales son?

—Que si la persona que allí estuviese cautiva gritaba, podria ser oida por cualquiera que pasase por delante de las ventanas que necesariamente habian de dar al piso.

—Pues ya no existe ese inconveniente. Ese terreno es de propiedad particular y está de venta. Mañana lo compro, levanto tapias y queda por mio. Lo demás ya lo arreglaremos.

—¿Pero á quien quieres prender?

—¡A quien! A la infame Victoria, á esa rival odiada y al fraile.

—Eso se dice muy pronto.

—Y no se tarda mucho más en hacerlo.

—En primer lugar necesitas valerte de un hombre de toda tu confianza y que no tengan conocimiento de ello los criados, por que si se supiese no creo que escapabamos de las manos de Torquemada. En segundo lugar, tendrás el pensamiento de que mueran dentro de la prision, porque si salen algun dia, ellos mismos te delatarian y la Inquisicion se encargaria de terminar el asunto,

—El dinero todo lo arregla.

—No todo, que lo que es Torquemada es hombre muy entero que en el cumplimiento de su mision no seria capaz de perdonar ni aún al mismo emperador si cayese en sus manos.

—Bien: no hablemos por ahora más de este asunto. Dejame obrar que ya volveremos á ocuparnos de lo mismo.

A los ocho dias, Beatriz era dueña del terreno colindante á su casa por la parte del campo, las tapias se hallaban levantadas, y los subterráneos recibian la luz por medio de tres ventanas abiertas cerca de sus bovedas.

Entretanto iba madurando su proyecto.

Se recreaba en sus pensamientos de venganza.

Pero le preocupaba la idea de poder encontrar un hombre de esos que venden su alma por dinero, y que fuese á propósito para secundar sus planes.

Habia oido hablar más de una vez de Ramiro, que

gozaba una fama no muy envidiable por cierto y al que conocia de vista. Sabia que era hombre de armas tomar y al que le seria fácil ganar para instrumento de sus venganzas.

Pensar en él y llenarse de satánico regocijo, todo fué una cosa.

—Este es, se dijo, el hombre que yo necesito. El oro le hará mio. ¡Oh! Si llego á hacer mi prisionera á esa mujer que ha amargado mis dias, y al fraile, me gozaré en verles padecer y contemplar su agonía. ¡Cuanto tarda el momento de la dulce venganza!

Aquella noche comunicó á doña Vicenta todo su plan.

Esta lo aprobó con respecto á Victoria, pero no así en cuanto al hermano Juan de Dios.

Debia comprender que ambos eran inocentes. ¿Por qué, pues, sentia de diversa manera con respecto á ellos?

Esto es lo que no puede explicarse.

Doña Vicenta, á cuyos planes convenia vivir en compañía de Beatriz, no se atrevia á contradecirla, y con mucho más motivo cuando, segun hemos ya dicho, no le aventajaba en buenos sentimientos.

Esto no obstante, se atrevió á presentarle objeciones en cuanto al secuestro de Juan de Dios.

—Que Victoria desaparezca, dijo á Beatriz, no causará admiracion á nadie, ni aún siquiera se parará en ello la atencion. Lo que pensarán las personas que la

conocen, es que ha huido con algun amante: pero si desaparece el hermano Juan, será en seguida notada su falta y no habrá quien deje de atribuirlo á un crímen.

—Pero no me lo atribuirán á mí, replicó Beatriz.

—Ello es que se harán averiguaciones, que el Santo Oficio penetra por todas partes, que pueden hacerse registros, y ¡pobres de nosotras si fuese descubierto! Sólo de pensarlo me creo ya sentir el fuego de la hoguera.

No era Beatriz mujer que desistiese fácilmente de sus propósitos. Hizo sus argumentos para rebatir las objeciones presentadas por su amiga, y añadió:

—Bien, ahora lo que necesito es atraerme á Ramiro, y lo demás ya se arreglará.

—¿Y no temes el tener en tu casa un hombre de tan malos antecedentes?

—Por el contrario, dijo Beatriz: este es el hombre que me conviene. Ya lo verás: podrá ser tan malo como se quiera, pero á mi servicio será un cordero.

Doña Vicenta no se atrevió á hacer sobre este punto nuevas observaciones.

Pero tenia ménos valor que su amiga, y experimentó algun temor de que todo aquello acabase en mal.

Cuando se recogia no pudo ménos de exclamar, poseida de miedo:

—Esta mujer vá muy léjos, y Dios quiera que no

me cueste á mí caro el haber venido á vivir cen ella. Cree que las riquezas todo lo pueden y á veces son impotentes. Ministros de justicia hay que dejan torcer su vara con el peso del oro, pero hay otros incorruptibles y á este número pertenecen los jueces del Santo Oficio. En fin, veremos.

Mucho pensaba doña Vicenta en la Inquisicion, lo que probaba que motivos suficientes habia hecho para caer en sus manos.

Nadie piensa más en la justicia que los criminales.

El hombre honrado ni se acuerda que existan los tribunales de justicia.

Ni Beatriz ni Doña Vicenta pudieron dormir aquella noche.

El sueño no suele ser compañero de los malvados. La primera saboreaba su venganza futura.

La segunda no podia apartar de su imaginacion el tribunal del Santo Oficio. En la oscuridad misma creia ver la sombra del terrible Torquemada.

Al dia siguiente tuvo efecto lo que Ramíro refirió al tio Camándula, segun vimos en el capítulo anterior.

Hizo Beatriz llegar á sus manos una carta anónima dándole la cita, á la que aquel acudió.

Cuando le hubo llevado á su casa y le tuvo en su presencia á solas en su gabinete, tuvo con él el siguiente diálogo, que no refirió al tio Camándula.

—Ignorarás, le dijo, el motivo de haberte citado, y debo manifestártelo, dijo Beatriz.

—Verdad es que lo ignoro, señora, respondió Ramiro, pero sea cual fuere me tengo por dichoso por haber merecido tal distincion de una divinidad.

—Cuidado, dijo Beatriz con rostro adusto: te suplico que no te excedas y que no pierdas de vista la distancia que nos separa. Te he llamado para hacer tu suerte, dado caso que te convenga. ¿En qué te ocupas?

—Señora.....

—No es menester que me lo digas. ¿Quieres entrar á mi servicio, ser el mayordomo de mi casa, el jefe de todos mis domésticos, renunciando á todo lo que no sea servirme?

Ramiro guardó silencio por unos breves momentos, y despues dijo:

—No lo habeis dicho todo.

—Te comprendo, dijo la señora. Quieres saber lo que ganarás en mi casa. A esto te digo que no te señalo mesada alguna. Segun tus servicios y fidelidad así será tu recompensa. Lo que te aseguro es que por mucho que sea tu ambicion, no tendrás motivo de arrepentirte.

—Pues estamos convenidos.

—¿De qué eres capaz?

—Por vos, de todo.

—Aunque sea.....

Beatriz no se atrevió á acabar la frase, pero lo hizo Ramiro.

—Si me decís mata, mataré: si me decis hiere, heriré.

—¿Y guardarás secreto en todo?

—Callaré como un muerto, aunque me diesen tormento.

Beatriz no esperó más: llena de satisfaccion, se levantó, sacó de un cajon un saquito lleno de monedas de oro, tomó unas cuantas y las entregó á Ramiro, diciendo:

—Ten eso como primèra muestra de mi generosidad hácia tí.

Mañana entrarás en el ejercicio de tus funciones, y ve pensando el medio de que nos apoderemos de dos personas cuyo secuestro me importa demasiado.

—¿Son hombres? preguntó Ramiro.

—Un hombre y una mujer. El hombre es el fraile que llaman el hermano Juan de Dios, al que debes conocer.

—¿El del hospital?

—El mismo. Ahora, adios y hasta mañana.

Ramiro se despidió confuso, y como el asunto que se le proponia era árduo, determinó consultarlo con el tio Camándula, como lo hizo, no sin concebir el pensamiento de matarle después que le hubiera servido, porque, decia, los muertos son los que no hablan.

Aquel mal hombre capaz de cometer cualquier crímen, siempre que le reportare algun interés, creyó haber hecho su fortuna, con entrar al servicio de Beatriz. ¿Qué le importaba ejecutar sus órdenes por infames que fueran? Además de que esto habia de serle productivo, él comprendió que siendo cómplice de su señora llegaria á dominarla, siendo el verdadero señor de la casa.

Y en esto se vé que tambien saben discurrir los malvados.

CAPITULO XXXVIII.

La voz del remordimiento.

En tanto que en la morada de Beatriz se preparan crímenes horribles, fijemos de nuevo la vista en Argel, donde dejamos cautivo á uno de los más importantes personajes de nuestra obra.

Servia Argel, en el siglo xv, de asilo á los moros arrojados de España, y tambien le habian escogido como refugio no pocos de los judios que habian corrido igual suerte. Por la época á que nos referimos era asilo de los piratas musulmanes.

Los Barbarrojas llegaron á formar de Argel un principado. Sabido es que los Barbarrojas no eran otra cosa que célebres corsarios.

En aquella ciudad, hoy capital de la colonia francesa, que lleva el mismo nombre, edificada en la costa septentrional de África, á orillas del Mediterráneo,

hallábase Alberto, sólo, sin parientes, sin amigos, sin afecciones de ninguna clase, y sujeto á la voluntad de un amo, que á pesar de ser un verdadero déspota, le trataba con bastante consideracion, y no le aplicaba como á otros cautivos á duras faenas.

Nada le faltaba, y sin embargo, le faltaba todo.

El cariño es como el ambiente, que sostiene nuestra vida.

Este era el vacio que empezaba á experimentar en su corazon.

La primera noche que pasó Alberto en la morada de Barbarroja, fué toda de angustia.

Antes que el monarca de los astros empezase á extender su dorada melena por los espacios, para dar vida á la naturaleza: ántes que los pintados pajarillos abandonasen sus nidos para saludar con sus agradables gorjeos la venida del nuevo dia, Alberto abandonó su lecho, abrió una ventana y asomado á ella á pesar de lo avanzado de la estacion, pues que era el final del otoño, esperó que la aurora asomára por el horizonte.

A poco, la luz del dia comenzó á disipar las sombras.

La tempestad de los dias anteriores que tan fatal habia sido para los ejércitos del emperador, se habia calmado por completo.

La mañana se presentaba hermosa y deliciosa, y ni aun el fresco de la estacion causaba gran molestia.

Desde la ventana, empezó Alberto á contemplar los contornos de cuantos objetos se presentaban á su vista, y el Mediterráneo con sus tranquilas aguas y débil y caprichoso curso de sus olas, ofrecia un aspecto maravilloso, encantador.

Aquel inmenso elemento que ora en su terrible furor, ora en tranquila calma, revela la gloria y poder inmenso del Hacedor Supremo, reflejaba en aquellos momentos los brillantes celajes del firmamento.

Alberto, después de haber contemplado algunos momentos aquel panorama que se presentaba á sus ojos, dirigió la vista á otra parte, y un nuevo espectáculo se le ofreció.

Porcion de casas en su mayor parte viejas, de malísimo aspecto, y algunas en ruina, era lo que por aquella parte podia contemplar.

De pronto llamó su atencion una forma humana, que en una especie de terradillo de una casa situada á corta distancia, se movia.

Fijó con empeño la mirada, y vió una jóven que arrodillándose, sacó de su pecho un pequeño Crucifijo que besó repetidas veces. Después se quedó como en oracion, abrazada con aquella imágen, dando rostro al Mediterráneo.

—¡Ah! exclamó Alberto: será una cautiva que aprovecha la primera hora del dia para dirigir á Dios una súplica, dirigiendo el pensamiento al cielo y á su patria.

Alberto cayó tambien de rodillas junto á la ventana, y exclamó: «¡Dios de bondad! Escuchad benigno la oracion que os dirige esa cautiva, y amparadnos á los que tenemos la desgracia de vivir alejados de la patria.»

Cerró sus ojos y oró.

Cuando los abrió de nuevo, la vision habia desaparecido.

La jóven no estaba ya en el terrado.

Dos gruesas lágrimas asomaron á los ojos de Alberto.

Aquellas lágrimas eran un tributo que consagraba á la patria.

¡Cuán sensible y doloroso es el vivir por fuerza, léjos del suelo que nos vió nacer!

El hombre más fuerte, el más intrépido guerrero, el que por recreo se aleja de su país natal para visitar otros pueblos y conocer otras costumbres, desfallece, se anonada, al saber que pesa sobre él un decreto de proscripcion.

Han existido quienes no pudiendo sobrevivir al recuerdo de la patria, de la que fueron arrojados, bajaron á la tumba, empujados por el despecho de haber perdido el bien querido.

Los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, llevaban impresa en el rostro la huella del desconsuelo, cuando se vieron léjos de su patria, obligados á arrastrar la cadena del cautivo, y en tanto que adobaban

ladrillos y alzaban los diques del gran rio, suspiraban entristecidos y entonaban endechas y otros melancólicos cantares. David, cuando andaba errante por los bosques, huyendo del furor de Saul, era perseguido por todas partes del recuerdo amargo de su inseparable amigo Jonatás.

Así Alberto al verse cautivo en extraña tierra, llora y suspira porque comprende toda la magnitud de su desgracia.

Y como en tropel acuden á su mente recuerdos que hacen más terribles sus angustias.

¡Aquellas horas felices que en otro tiempo disfrutó al lado de Victoria, y al calor de un amor puro como el de los ángeles del cielo! ¡Su falsía y deslealtad que le habian convertido en verdugo de aquella inocente criatura que hubiera formado la ventura de su vida! ¡Qué recuerdo tan amargo! Después le atormentaba la memoria de cuanto habia padecido al lado de aquella hermosura satánica que logró ganar su corazon, y á la que se hallaba unido por vinculos indisolubles.

Entónces se confirmaba más y más en que la Providencia le hacia expiar sus faltas pasadas.

Abatido se hallaba una tarde en el jardin de la casa de su amo, cuando se encontró con éste.

Alberto se levantó del asiento de piedra donde se hallaba sentado, ofreciendo así un tributo de respeto al miserable corsario que podia disponer de su vida.

Barbarroja le dirigió la palabra:

—¿En qué piensas? le preguntó.

—En mi patria, contestó Alberto con palabra segura y frente serena.

—¿Tanto la amas?

—¡Ah! ¡Qué si la amo! Más que el pez las aguas que le dan la vida, más que el pájaro enjaulado la libertad perdida.

—¿Tienes padres?

—No los tengo.

—¿Esposa?

—Ha muerto para mi.

—¿Hijos?

—¡Oh! Si tuviese un hijo, al ménos tendria quien me amase.

—¿Pero tendrás amigos?

—Hé aquí el nombre más prodigado de la sociedad. ¡Amigos! ¿Los hay por ventura en la adversidad? ¿Se encuentran en el dia de la desgracia? Hoy no se acordarán del cautivo los que en mejores dias le acompañaban en los banquetes y festines. Ninguno se preocupará de mi suerte. La amistad, generalmente hablando, no es otra cosa que un acto de comedia humana. Sólo he encontrado un amigo verdadero, y este ha quedado sepultado en vuestros campos.

—Veo que eres incrédulo en demasía.

—La experiencia es el gran libro de los mortales: en este libro he aprendido á conocer el mundo. Des-

graciadamente yo no veo en el horizonte de mi vida más que nubes opacas que me abruman.

—Pero esas nubes se disiparán cuando vuelvas á pisar el suelo de tu patria.

—Cuando tenga esa dicha, se disiparán en parte, por que mi corazon no puede encontrar ya reposo, ni tranquilidad sobre la tierra.

La sinceridad de las palabras de Alberto, que brotaban de su corazon, casi llegarôn á enternecer á Barbarroja, hombre de malos sentimientos que veia sacrificar aunque fuesen cien hombres sin experimentar hacia las víctimas la menor compasion.

Pero su amor al interés, sofocó en él instantaneamente su enternecimiento momentáneo hacia Alberto.

El consuelo que le prestó no pudo ser más egoista.

—No creo que tarden mucho tiempo en llegar á Argel los frailes blancos á rescatar cautivos y yo haré que tu seas el primer redimido. ¡Oh! Por tí, deben darme buena recompensa por que eres un mozo de valor.

Aquel afortunado corsario distinguia con el nombre de *frailes blancos* por el color de su habito á los religiosos de la Merced, á los heróicos hijos de Pedro Nolasco, que en alas de la caridad y en cumplimiento de un voto religioso hacian escursiones á las costas de Africa, cargados con el producto de la limosna de los fieles, que empleaban en redimir cautivos cristianos. Heróes admirables de la Religion de paz, que

sacrificaban su reposo, su tranquilidad y hasta su vida en las preciosas aras del amor á sus semejantes.

Sabido es que treinta años despues del en que tuvieron lugar los acontecimientos que venimos narrando, esto es, en Octubre de 1571, en la memorable batalla de Lepanto, el príncipe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra, despues de perder la mano izquierda cayó en poder de los Berberiscos y estuvo seis años cautivo en Argel. Sabido es tambien que si recobró la libertad, debido fué á los Padres Mercedarios que le redimieron. Sin la caridad de aquellos religiosos, Cervantes hubiese muerto en la esclavitud, y España no se honraria con poseer la obra mas famosa que ha producido el ingénio humano, el *Don Quijote de la Mancha*, obra apreciabilisima, sátira sin segunda que traducida en todos los idiomas, es el recreo de los hombres amantes de las letras en todos los paises civilizados.

¿No nos será perdonada la corta digresion que hemos hecho en honra de esos caritativos religiosos que nos restituyeron al Manco de Lepanto, dispensando un bien inmenso á las letras?

Continuemos nuestro relato.

Alberto se irritó al escuchar las palabras del corsario, pero no se atrevió á contestar.

Aquel, despues de unos momentos de silencio, continuó:

—Ya vez que cumplo mi palabra: no te hago tra-

bajar, te hago alimentar y tengo ordenado que te guarden toda clase de consideraciones. No tienes motivos para quejarte. Compara tu suerte con la de los demás esclavos y comprenderás cuan grande ha sido tu fortuna.

—Os doy las gracias, dijo Alberto.

—Es, repuso Barbarroja, que si bien es verdad que siento simpatias hacia tí, no obro solo en virtud de esta simpatia, sino por propio interes. No sé porque se me figura que tu rescate ha de producir más que el de cuatro de tus compañeros, y los cuidados que por tí se tengan deberán de ser bien pagados.

Barbarroja tenia á falta de otra cualidad el mérito de la franqueza.

Tal como sentia hablaba.

¡Lástima que no hubiese tenido mejores sentimientos, más rectitud de corazon!

Alberto quedó solo: pensó por algunos momentos en cuanto habia hablado con Barbarroja, y exclamó:

—¿Es posible, Dios mio que el mundo ha de estar poblado de fieras? ¿Es posible que los hombres mancillando la preciosa diadema de la razon con que adornasteis su frente, se lleguen á envilecerse, hasta el punto de que sus mayores afecciones sea por los intereses materiales? ¡Oh! ¡Cuantos desengaños y en tan poco tiempo! Una mujer infame deslumbrándome con su hermosura, me hizo faltar á mi palabra, y ha-

cer una mártir de una virgen inocente. He rodado por el lodazal de las pasiones, me he arrastrado por el fango de indignas acciones; yo que siempre he sido inofensivo he sostenido un duelo, del que pude salir muerto ó asesino y todo ¿por quien? Por una mujer que decia amarme con frenesí y que solo me queria para hacerme instrumento de una atroz venganza. ¡Cuan grande es mi desgracia! Me propongo olvidar á aquella mujer que me hubiera conducido á crimenes espantosos que me podian llevar á una muerte afrentosa; huyo de su lado, me alisto en las banderas del emperador, soy conducido á un hecho de armas y hasta los elementos se conjuran contra mí. Despues de sufrir hambre y cansancio, soy herido y hoy me encuentro cautivo por los enemigos de mi Dios y de mi patria. ¿Hasta cuando ¡oh Señor! seré perseguido por la desgracia?

Y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Calló é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Verdaderamente su desgracia era de aquellas que con dificultad encuentran consuelo.

Podia decirse que se hallaba solo en el mundo, pues no contaba con ningun afecto, con ninguna persona que por él se interesase.

¿Cómo era posible que hubiese para él momento de reposo? ¿Cómo no habia de experimentar un profundo desconsuelo? Léjos de su patria, privado de los consuelos que ántes le prodigara su amigo al que llo-

raba muerto, para él no podia haber en su cautiverio otra cosa que amarguras y tristezas.

Por esto, despues de exhalar un suspiro, exclamó de nuevo:

—¿Hasta cuando seré perseguido por la desgracia?

—Hasta que hayas creido de veras y hayas expiado: dijo una voz detras de Alberto.

El cautivo que se creia solo, prorrumpió en un grito de espanto.

—¡Ah! dijo, y cayó sin sentido.



CAPITULO XXXIX.

Donde se vé que un desgraciado, puede encontrarse con otro que lo sea más.

¿De quien procedia la voz que habia privado de los sentidos á Alberto?

¿Habria sido un efecto de su fantasia?

¿Seria la voz de su conciencia, de ese juez invisible que á todas partes nos acompaña y que por consiguiente es testigo de todas nuestras acciones el que le habia hecho creer como realidad, como palabra hablada, la muda, pero elocuente frase dirigida á su corazon?

Todo podia ser.

Es indudable que el hombre que ha cometido una falta grave, no puede por más esfuerzos que hace apartarlo de su imaginacion. El asesino vé por todas partes la sombra de su victima: sin ser asesino con

solo haber obrado el mal, el remordimiento hace que la paz huya del corazon, que rara vez se disfruten momentos de verdadera calma, y que apénas se hable sino para lamentarse de si mismo.

Asi como el hombre que tiene conciencia de haber obrado el bien, goza de hermosa paz ora en la abundancia, ora en la escasez, así en la salud como en la enfermedad, el criminal no hace sueño tranquilo y aun vive temeroso de que su rostro revele el crímen que procura ocultar. Esto hace muchas veces que el criminal se delate á si mismo.

Y no hay duda que el remordimiento es un agente secreto de la Providencia que se insinua á lo más intimo del alma culpable, á fin de que llegue á conocèr y penetrarse de la grandeza que encierra el obrar bien, y la desgracia inconmensurable que envuelve el obrar mal.

Tal es el remordimiento, que pinta al culpable con sus verdaderos colores toda su degradacion é infortunio.

La voz que interrumpió á Alberto en su soliloquio no habia sido de persona humana, por que en realidad no era voz si no solo el eco de la voz de su conciencia.

Resonó en su corazon y en su oido y le produjo un desvanecimiento.

Al poco tiempo volvió en sí, paseó la vista por la habitacion y no vió á nadie. La puerta estaba cerrada

y á excepcion de ella y una ventana que daba á un jardin no habia otro hueco en aquella estancia.

No sabia al principio darse cuenta de lo que aquello habia sido, y permaneció por algun tiempo abismado en sus ideas.

—Pues ello es, dijo pasados algunos minutos, que á mi me han hablado; que me han dicho que no terminarán mis males hasta tanto que haya expiado, como tambien es cierto que aquí no puede haber entrado criatura humana. ¡Ah! Ahora lo comprendo todo: ha sido un delirio de mi fantasía: soñaba despierto, y tomé por realidad lo que tan sólo era un sueño. ¡Bah! No nos preocupemos.

Y Alberto, no pensó más por entónces en aquel incidente.

Es lo que sucede generalmente.

La conciencia no solamente es un juez, que siempre acompaña al hombre, sino un avisador que recuerda de contínuo las faltas cometidas. Pero el hombre trata de desentenderse de estos avisos y con facilidad los olvida.

Lo que no podia olvidar Alberto, lo que le quitaba el sueño y á veces le conducia al borde de la desesperacion, era la pérdida de su libertad, el estar violentamente ausente de su patria. Verdad es que tenia esperanzas de ser rescatado: pero ¿cuándo seria esto? ¿Cuándo llegaria para él la hora de alcanzar la libertad perdida? Cada dia que pasaba era para él un año

de agonía. Verdad es que su amo no le habia dedicado á las rudas faenas á que eran aplicados otros desgraciados cautivos, ni sentia el peso de las cadenas: pero tampoco sabia si aquel estado seria duradero.

Un dia, cuando eran pasados para Alberto cuatro meses de cautiverio, ancló en las aguas de Argel un buque español.

En aquel barco iban cuatro religiosos mercenarios que conducian una conducta de dinero para darlo en cambio de algunos cautivos.

Alberto se regocijó sobremanera al ver los hábitos blancos, y por un impulso interior cayó de rodillas al ver pasar aquellos héroes de misericordia, que guiados por su amor al prójimo, atrevesaban los mares y se exponian á mil peligros, para dar cumplimiento al voto que habian hecho de redimir cautivos.

En aquellos tiempos, cuando beneficios de tal naturaleza dispensaban á los pueblos los humildes religiosos, nadie hubiese creido que llegaria una época en la que los descendientes de aquellos que á su heroicidad debieran la libertad y la vida, los arrojáran de su patria ó clavasen en sus pechos puñales homicidas.

Tal es siempre la gratitud de los pueblos y de los individuos. Pero nada puede extrañarse tratándose de la familia humana, corrompida desde su orígen: nada puede extrañarse del hombre, que, dejándose guiar de los caprichos del corazon y de las veleidades de la fantasía, no da un paso con seguridad y con

acierto. Esto está reservado únicamente para aquellos que, sujetando la razon á la fé, tienen por guia la revelacion divina.

Alberto, como decíamos, cayó de rodillas ante los santos religiosos, y las lágrimas bañaron sus mejillas.

—¡Oh! exclamó: ¡Si seré yo hoy del número de los redimidos!

Y dirigiéndose á uno de aquellos mercenarios, le dijo:

—¿Es verdad, padre mio, que venís en busca de cautivos?

—¿Y qué otra mision podríamos traer á esta tierra de infieles? respondió el fraile.

—¡Cuán grande es vuestra caridad!

—Cumplimos nuestro deber. ¡Desgraciado el sér que no sabe hacerse benéfico á otras existencias!

—Pero no todos los hombres piensan de esta manera.

—Es que el mundo está lleno de egoistas.

—¡Cuánto os agradeceria el que me tocase la suerte de ser uno de los redimidos.

—A todos nos los llevaríamos de buena voluntad; pero no sabemos á cuantos podremos librar de sus cadenas. No es en gran cantidad el dinero que traemos, y cada vez suben más el precio de los rescates. Estos mahometanos son insaciables.

—Pero, ¿podré abrigar esperanzas?

—¿A quién perteneceis?

—A Barbarroja.

—Muchas suelen ser sus exigencias, pero harémos cuanto nos sea posible.

—Es que si no marcho con vosotros.....

Se detuvo sin terminar la frase.

—¿Qué haríais? preguntó el religioso.

—Me quitaria la vida por mi propia mano.

—Jóven, ¿sois cristiano?

—Sí, padre mio.

—Y sin embargo, no hablais como cristiano.

—Si estuvieseis en mi lugar, perdida la libertad, alejado violentamente de la madre patria, sufriendo ominoso cautiverio, ¿qué haríais?

—Sufrir con paciencia.

—Los primeros dias, ¿y luego?

—Luego, reforzaria la paciencia con los auxilios del Señor.

—Eso es muy bueno en teoría.

—Y mucho mejor en la práctica.

—Será, dijo Alberto, bajando la vista ante la gravedad del religioso.

El cual continuó hablando de este modo:

—Jóven; acabais de decir que sois cristiano, y sin embargo careceis de fé. Nunca se ha de mostrar el hombre más animoso que en el tiempo de la tribulacion. Entónces es cuando en vez de desesperarse debe acudir con más fervor á Dios esperando sus socorros. Vos perteneceis tal vez al número de aquellos

que bendicen á Dios en el dia de la prosperidad y le vuelven las espaldas en el de la desgracia. Y esto no obstante no os avergonzais de decir que sois cristiano.

—Perdonadme, padre mio, exclamó Alberto. Son muchas las desgracias que pesan sobre mí, y por esto no sé á veces lo que hablo.

—Estad tranquilo: poned en manos de Dios vuestros asuntos, y yo os aseguro que terminarán vuestras desgracias. Tambien casi puedo aseguraros de que seréis del número de los rescatados en esta expedicion.

—Es que Barbarroja piensa pedir por mí un crecido rescate.

—Nada importa; porque si no hay otro medio yo quedaré ocupando vuestro lugar, hasta tanto que regresen mis hermanos con la cantidad que Barbarroja exija por vuestro rescate.

—¡Es decir que quedaréis en rehenes!

—Justamente.

—Nó; eso de ningun modo.

—¿Por qué?

—Porque no es justo.

—Muy poco entendeis de justicia.

—No la veo en que os quedeis ocupando mi cautiverio.

—Decidme, jóven: ¿cuándo empeñais vuestra palabra de honor de hacer alguna cosa, rehusais luego el practicarla?

—Nó, porque quedaria deshonrado.

—Pues si esto haceis tratándose de hombre, comprended que deberá hacerse tratándose de Dios.

—No os comprendo.

—Nosotros, los religiosos de la militar órden de Nuestra Señora de la Merced, no solamente tenemos hecho un voto solemne (que es más que una palabra de honor) de redimir cautivos, sino de quedarnos en rehenes por ellos cuando fuese necesario.

—¿Y lo es ahora?

—Desde el momento en que habeis dicho que pasa por vuestra mente la idea del suicidio, ya es necesario llegar al último sacrificio, para impedir la pérdida de vuestra alma.

El religioso no pronunció una palabra más, volvió la espalda á Alberto y siguió á reunirse con sus hermanos de religion.

Aquel dia lo ocuparon los mercenarios en arreglar el caritativo asunto de la redencion de cautivos. Mediante gruesas sumas, doce desgraciados dejaron las cadenas y fueron conducidos al buque donde se entregaron á alegres y religiosos cánticos.

Aquellos corazones rebosaban en las más dulces expansiones.

El fraile que habia sostenido con Alberto la conversacion que acabamos de consignar, se presentó en casa de Barbarroja para arreglar la redencion de aquel jóven.

Barbarroja cumplió lo que habia dicho á Alberto.

Pidió una cantidad cuadruplicada á la que por regla general se exigia por un cautivo.

Fray Manuel Albo, que así se llamaba el religioso, le ofreció una mitad de lo que aquel pedia.

—Nada rebajaré de lo pedido, dijo Barbarroja, y así es en vano que empleeis frases para convencerme.

—Siendo así, dijo Fr. Manuel, no insistiré más. Tomad el dinero que me resta, y que ese jóven parta con mis compañeros. Yo me quedaré en su lugar hasta que aquellos regresen trayendo la cantidad que habeis exigido.

El trato quedó hecho.

Comunicóse á Alberto lo que se habia determinado, y no pudo ménos de admirarse al ver que el religioso no desmentia con sus obras las palabras que ántes habia pronunciado.

Presentóse á darle las gracias, y el religioso con la sonrisa en los labios, le dijo:

—Ya veis como Dios no abandona á nadie: felizmente no habeis llegado á la desesperacion. ¡Ojalá que nunca llegueis á tal extremo, porque perderíais la vida del alma con la del cuerpo!

Alberto le escuchó con atencion y le ofreció que siempre procuraria obrar en justicia.

Sus deseos de abandonar el cautiverio no le permitieron insistir en que no era justo que, porque él recobrase su libertad, quedase cautivo el religioso.

A los dos dias se daba á la vela un buque para Barcelona.

Conducia á los religiosos mercenarios y trece de los que habian sido cautivos y que aquellos habian redimido.

Entre ellos venia Alberto.

El viaje fué feliz, y doce dias despues, el buque anclaba en la ciudad de los condes.

Pensó Alberto permanecer allí por algun tiempo, hasta buscar el modo de informarse de lo que era de Beatriz, y casi formó la resolucion de no volver á Granada, y hasta de mudar de nombre, porque temia que ella le buscase para hacerle aún más desgraciado.

¿Quién hubiese pensado que Alberto llegaria á odiar á aquella mujer que habia sido el ídolo de su corazon? ¿Quién creyera en que llegaria un dia en el cual huiria de aquella belleza satánica que le hizo apartarse de Victoria, aquella criatura angelical que hubiese labrado su dicha en la tierra, y le hubiese conducido al cielo?

Pues fué así, y no podia ser de otro modo.

Alberto carecia de recursos y trató de proporcionárselos en una ocupacion decente, que no tardó en encontrar en una casa que sostenia un gran comercio con la América.

¿Pero estaba tranquilo?

Nó. Su sueño era interrumpido, y si se distraia de

dia algunas horas con el trabajo, bien pronto los negros pensamientos que acudian á su mente le robaban la tranquilidad.

¡Pobre Alberto!

Todo parecia conjurarse contra él.

Una tarde de verano, terminadas sus ocupaciones, salió por los afueras de la ciudad, que entónces estaba rodeada de altas y robustas murallas.

Como de costumbre, iba solo.

Porque Alberto no habia intimado con nadie, ni queria ya tener amigos.

Habia aprendido por experiencia propia la gran verdad que encierra este dístico de Caton:

Donec eris felix, multus numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Lo que traducido en romance, quiere decir: «Miéntras seas feliz, contarás con muchos amigos; pero si la suerte es adversa, te encontrarás solo.»

Habia tenido un amigo que era una excepcion de la regla, el desgraciado Agustin, que habia muerto en Argel, y comprendia que no podia reemplazarle.

Las desgracias le habian hecho misántropo.

En la tarde á que nos referimos, sentóse á descansar sobre una piedra á espaldas de un matorral, y se entregó á sus meditaciones.

Creyóse solo y exclamó:

—Yo creia encontrar la felicidad en mi patria, y

veo que no la hallo en ninguna parte. ¡Para mí no existe la dicha! Verdad es que estoy en España, y que España es mi patria: pero no veo la hermosa vega de mi encantadora Granada, de aquella ciudad amada de mi corazon: allí se abrieron mis labios á la primera sonrisa; allí la primera lágrima humedeció mis mejillas; allí me asaltaron las primeras ilusiones del amor; allí la Providencia me envió un ángel para que formase un Eden para mi recreo....; pero allí tambien se interpuso el espíritu del mal para envenenar mi alma, como en el primitivo Eden se presentara en forma de serpiente para robar su dicha, su calma y su tranquilidad á los proto-padres de la humanidad. ¡Oh! Para mí están cerradas las puertas de Granada, y Granada es mi vida. ¡No hay dolor comparable á mi dolor! ¡No existe sobre la tierra un sér más desgraciado que yo!

Y Alberto, de cuyos ojos se desprendieron dos lágrimas, calló é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Pero en el momento oyó detrás del ramaje la voz de un hombre que prorumpió en una carcajada.

Alberto que se creia solo en aquel lugar, quedó sorprendido, y juzgando que aquella risa era una burla á las frases que acababa de pronunciar, se levantó rápidamente con el objeto de pedir satisfaccion á quien de aquel modo y con tanta imprudencia se burlaba de su dolor.

Pero no le dió tiempo la repentina presentacion

de un anciano de luenga y blanca barba, que abriendo el ramaje se presentó ante los ojos del jóven: su vista desarmó á Alberto.

—No tomeis á mal, jóven, dijo el anciano, el que involuntariamente se haya escapado de mis labios una carcajada. Yo descansaba tras esas matas. He oido por lo tanto vuestras exclamaciones, y os aseguro que con interés y compasion: pero terminásteis con decir que no existe sobre la tierra un sér más desgraciado que vos, y hé aquí lo que provocó mi risa.

—Si ignorais, dijo Alberto, la magnitud de mis desdichas, ¿cómo os atreveis á dudar de mis palabras? ¿Por qué en vez de respetar mi dolor, os burlais de él?

—Líbreme Dios, repuso el anciano, que yo deje de respetar los dolores ajenos, y mucho más cuando toda mi vida ha sido un encadenamiento de dolores que aún no han terminado, pero que en breve terminarán en el sepulcro.

—Pues entónces.....

—¿Deseais que os explique el motivo de haberme reido de vuestras postreras frases?

—Justamente, si á mal no lo llevais.

—De ningun modo, y mucho más cuando estais en el derecho de exigirme una satisfaccion.

—Eso pensé en un principio, pero vuestro aspecto venerable desarmó mi momentánea cólera. Sois anciano y mereceis respeto.

—Vamos; empiezo á ver que no sois tan desgraciado como creeis serlo.

—¿Y eso?

—Porque la mayor desgracia del hombre es la pérdida del buen sentimiento, y vos lo conservais toda vez que respetais la ancianidad.

—Yo creo que hay desgracias mayores.

—Estais en un error, jóven. Sentémonos, discurramos, y yo procuraré demostraros que no sois el sér más desgraciado de la tierra.

Jóven y anciano se sentaron en la piedra, y sostuvieron el siguiente diálogo:

—¿Qué edad teneis? preguntó el anciano.

—Unos veinte y siete años, respondió Alberto.

—¿Y datan de muy antiguo vuestras desdichas?

—Hace dos años aún me sonreia la fortuna.

—¡Y sin embargo, os creeis el hombre más desgraciado del mundo!

—Es que no sabeis cuanto he sufrido, cuantas desgracias han llovido sobre mí en el corto término de un año.

—Pues yo cuento cerca de setenta años de edad: mis desgracias datan desde la niñez; no han tenido interrupcion, y á pesar de ello no me creo el sér más desventurado. ¿Creeis que no pueden encontrarse consuelos aún en la misma desgracia? ¿No veis que en un campo cubierto de espinas brota de vez en cuando una flor?

—Para mí todas son espinas.

—En este caso habreis renunciado al recto uso de vuestra razon: despreciais esa preciosa diadema con la que Dios ha querido adornar la frente de la obra maestra de la creacion, que es el hombre.

—Me hablais un lenguaje, que á por cierto....

—Os hablo con el lenguaje de la verdad, con el que ciertamente no os hablarian los que se llaman vuestros amigos.

—Podeis creer que no tengo amigos.

—Eso es otra prueba de buen juicio.

—Ya comprenderéis que, si bien soy aún jóven, no me falta experiencia. En ménos de dos años he aprendido más que algunos hombres aprenden en toda su vida aunque lleguen á viejos.

—Me dispensaréis si os digo que os falta algo que aprender cuando insistís en creeros el sér más desventurado de la tierra. ¿Os molestaria si os refiriese mi historia? Tal vez os convenga el escucharla: tal vez sacaréis de ella alguna leccion que os sea de gran utilidad.

—Bien; os escucharé con el mayor placer, y podeis creerme de que si llegais á convencerme de que hay desgracias mayores que las mias, habreis derramado sobre mi corazon el bálsamo del consuelo.

—Pues yo os ofrezco demostraros que soy más desgraciado que vos, y sin embargo, como ántes os he dicho, no me reputo el sér más desdichado. Pero mi

historia es algo larga y está llena de peripecias, y si ahora empezáre su relato, no podria terminarla, porque va oscureciendo y hay que abandonar este sitio.

—Bien, dijo Alberto: ¿cuando quereis que volvamos á reunirnos?

—Vos lo diréis, que por mi parte tengo todo el dia por mio.

—El domingo próximo á las cinco de la tarde en este mismo sitio.

—Estamos conformes.

Y el anciano se despidió internándose en la ciudad.

A poco le siguió Alberto, que habiendo ya dado crédito á las palabras del anciano, ántes de escuchar su historia, exclamó:

—Este hombre debe tener razon; debe de ser más desdichado que yo.

Ya habia yo oido que un desgraciado puede encontrar otro que lo sea más.

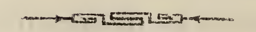
Esta reflexion sirvió ya de algun consuelo al pobre Alberto.

Y así deberian pensar todos los hombres, cuando se ven afligidos por la desgracia.

Generalmente nos abatimos al menor soplo de tribulaciones, y carecemos de valor para sufrir la adversidad. A esto da causa el enfriamiento de la fe, y la falta de confianza en aquel que no abandona jamás á sus criaturas, y que con paternal providencia provee de nido y de sustento á las aves.

La reflexion que hizo Alberto, es la misma que más tarde un célebre escritor español, el inmortal Calderon de la Barca, hizo en los siguientes conocidos versos:

«Cuentan de un sabio, que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.»



CAPITULO XL.

En el que el anciano Ernesto da comienzo á la relacion de sus aventuras.

El anciano no faltó á la cita, y el domingo inmediato, media hora ántes de la señalada, se hallaba en el sitio designado que como sabemos era el mismo en el que con Alberto habia hecho conocimiento.

A los pocos momentos llegó el jóven.

Se saludaron y estrecharon las manos.

El rostro de Alberto no presentaba la palidez y misantropía del dia en que se vieron por vez primera.

—Pareceis más tranquilo que el otro dia, dijo el anciano.

—He pensado mucho en lo que hablamos, y en efecto, os aseguro que habeis ejercido en mí una influencia maravillosa. Me creo ménos desgraciado, sin

embargo de que en nada se hayan disminuido los motivos de mi quebranto.

—¿Y venís dispuesto á escuchar la historia de mis desventuras?

—No deseo otra cosa.

—Yo deberia empezar por exigiros que ántes refirieseis la vuestra; pero he dado una palabra y debo cumplirla. Estadme, pues, atento, que voy á dar comienzo á mi relato.

I.

Me llamo Ernesto Trechant. Mi padre fué un respetable y muy bien reputado comerciante de Toulon, ciudad de Francia en la Provenza. No tenia más hijos que yo, y me amaba extraordinariamente. Contribuia á aumentar este amor la desgraciada circunstancia de haber muerto mi madre al darme á luz. Mi nodriza, la señora Château, luego que yo estuve criado, quedó colocada en casa para cuidar de mi infancia y hacer conmigo los oficios de madre. En verdad, yo no podia quejarme de aquella buena mujer, que procuraba prodigarme todos los cuidados posibles.

Cuando yo contaba ocho años de edad, mi padre abandonó el comercio.

No teniendo, como llevo dicho, más hijo que yo, y contando con una regular fortuna, quiso librarse de los continuos cuidados y disgustos que el comercio

proporciona, y pasar el resto de sus dias con tranquilidad y sosiego.

Habia ejercido su profesion con tanta honradez, que no habia en la ciudad quien dejase de respetarle y aún descubrirse en su presencia.

No queriendo que yo me apartase de él, y ganoso de que no fuese pervertido por compañeros de colegio, tomó maestros que me enseñasen en nuestra propia casa. Yo tomé con aficion el estudio, de suerte que á los once años sabia el latin, y hablaba casi correctamente el español. A este último idioma tenia más aplicacion. Parece que el corazon me decia que en España habia de pasar el último tercio de mi vida. Cuando contaba veinte años de edad, podia hacerme pasar por español.

—En efecto, dijo Alberto; al escucharos no hubiese nunca sospechado que erais extranjero, á no haber empezado vuestra narracion manifestándome que habiais nacido en Toulon.

Mi padre satisfecho de mi aplicacion me daba todos los gustos imaginables, y cuando llegué á la edad de la pubertad, me encontré dueño enteramente de mi voluntad.

Un gran defecto de educacion formó el primer peldaño de la escala de desdichas que debia recorrer durante mi vida.

Creia mi buen padre que me demostraba mejor su amor dejándome obrar segun mis deseos, y yo que

era dócil y sencillo como una paloma, vine en poco tiempo á hacerme astuto como la serpiente.

Adquirí intima amistad con un jóven de mi edad, bastante libertino, llamado Blanc, hijo de un experto marino, al que ya habia acompañado en dos ó tres viajes; mas como quiera que no tenia una grande aficion á la carrera de marino ni á ninguna otra, habia alcanzado de su padre la gracia de que no le hiciese navegar por algun tiempo. Así es que, muy especialmente cuando su padre estaba ausente, vivia entregado á los vicios, sin que las amonestaciones de su madre le sirviesen de enmienda.

Sedújome á fin de que le acompañase en sus locuras. Una noche me separé de él á una hora muy avanzada. Temia llegar á mi casa, pues aunque mi padre era por demás bondadoso, juzgué que me reprenderia duramente por aquella falta y que me obligaria á declararle donde habia pasado el tiempo. Para el caso de que así fuese, yo habia pensado lo que habia de responderle que ménos me acriminase.

Pero me engañé. Una criada me abrió la puerta, y me recogí. Mi padre lo habia hecho algunas horas ántes, sin cuidarse para nada de mi ausencia.

A la mañana siguiente, le ví, me habló con la amabilidad de costumbre, y nada me dijo sobre lo ocurrido la noche anterior.

Esto me dió ánimo para continuar el mal género de vida á que empezaba á entregarme, y llegué al

extremo de pasar algunas noches fuera de casa.

Cuando este caso se habia repetido tres ó cuatro veces, un dia me dijo mi padre, con la sonrisa en los labios:

—Veo, Ernesto, que tu conducta no es muy arreglada, y temo por tu salud.

Yo que ya no esperaba reprension alguna, y que aún conservaba algun respeto al autor de mis dias, sentí que el calor de la vergüenza aparecia en mis mejillas. Conocí que no podria ménos de comprender los lugares no edificantes por cierto donde yo pasaba las noches.

Mi padre comprendió mi turbacion y me dijo procurando dulcificar sus palabras.

—No creas que trato de reprenderte: eres jóven y estás por lo tanto en la edad de divertirte: lo que deseo únicamente es que no perjudiques tu salud: por lo demás, tú tienes buen criterio y sabrás preservarte de todo aquello que pueda perjudicarte. La salud es un tesoro que una vez perdido es muy difícil recobrar. Además, hay muchos criminales, y podria ocurrirte alguna escena desagradable en las altas horas de la noche.

—Si yo estoy fuera de casa, le dije, en horas desusadas, no es que asista á lugares donde peligre mi salud y mi honradez. No es otra cosa sino que me entretengo con mis amigos y muy especialmente con Blanc, que, como siempre tiene dinero, me convida á

cenar en alguna hostería y se nos pasan las horas alegremente, jugando después de la cena á los naipes, pero siempre juegos inocentes.

Mi padre pareció quedar satisfecho.

Yo conocí su bobería y me propuse ser desde aquel dia más libre de lo que ántes habia sido.

No tengo para que explicar los lupanares y las orgías que frecuentaba. Baste decir que no hubo vicio á que no me dejase arrastrar por mi amigo Blanc.

Y como quiera que el sostener los vicios cuesta dinero, y yo no hallase suficiente el que mi padre me daba, me dediqué á robarle todo el que podia.

Al principio me repugnaba el cometer esta accion que no creia digna, y experimentaba remordimientos de conciencia. Mas después me hice este argumento: Todo lo que mi padre posee ha de venir á mí en lejítima herencia, pues soy el único hijo; ¿qué importa que vaya tomando por adelantado algunas cantidades á buena cuenta de lo que mañana ha de ser mio?

Con esta reflexion se acallaron mis escrúpulos, y me hice de una llave para el arca, donde mi padre guardaba sus intereses, porque de este modo podia proporcionarme mayores cantidades que con el registro diario de sus bolsillos.

Una vez poseedor de esta mina, y en la seguridad de que tardaria mucho tiempo mi padre en echar de ver su falta, porque poseia muchos miles de francos, me proveia dos ó tres veces por semana, y con tales

recursos sostenia criminales amores, jugaba aúnque las más veces con adversa fortuna, bebia cerveza y ron en abundancia, y no tenia aún diez y ocho años cuando ya era un completo calavera. Manejaba las armas á las mil maravillas, y buscaba pendencias por la causa más baladí.

Ved, jóven, lo que hizo de mí una mala educacion: á donde me condujo mi padre, por no saber guiar mis pasos por las sendas de la virtud y de la honradez.

II.

Era una noche de invierno.

El cielo estaba encapotado y lloviznaba, y el estado de la atmósfera hacia presagiar que no estaba léjos una de esas tormentas que en tal estacion se presentan, y á veces con funestos resultados.

Mi amigo Blanc y yo asistíamos á una orgía, donde la lasciva Venus y el impúdico Baco tenian la presidencia y recibian los honores.

Allí libábamos la copa de los placeres, y nos creíamos felices entre hermosuras artificiales que nos vendian sus cariños.

¡Ah! ¡Cuán engañada vive la juventud! ¡Sin pensar en el mañana, ni mucho ménos en la eternidad, pierde la salud del alma con la del cuerpo, arrastrándose por el cieno asqueroso de las pasiones! Y tanta he-

diondez, y tanta corrupcion, se acepta y aún se busca, porque en ella se encuentran aparentes delicias. Esta licencia de la vida, este desenfreno trae en pos de sí desgracias y amarguras que nos labramos por nuestra propia mano, y de las que insensatamente culpamos á Dios, en vez de buscar en él y en su religion el consuelo y el arrepentimiento.

¡Quién me hubiese dicho el fin tan triste que para mí habia de tener aquella noche, cuyo recuerdo no se ha apartado jamás de mi memoria!

Escuchad, jóven, y veréis de qué medio se vale la Providencia para hacernos expiar nuestras faltas y abrirnos al mismo tiempo los ojos á la luz de la verdad.

Eran las cuatro de la madrugada cuando mi amigo Blanc y yo abandonamos el lupanar donde habíamos pasado la noche.

Tomamos diversos caminos para dirigirnos á nuestras respectivas casas.

Faltaba poco tiempo para que el crepúsculo de la mañana empezase á disipar las tinieblas de la noche.

La oscuridad era aún muy densa.

Yo caminaba de priesa, cuando tropecé con un bulto con tal violencia, que caí en tierra.

En seguida comprendí que habia caido sobre una persona que se hallaba tendida en el suelo.

Era un hombre, el cual con una voz muy débil exclamó:

—¡Favorecedme!

—¿Estais enfermo? le pregunté, si bien creí que estaba beodo.

Siempre somos propensos á pensar lo peor de nuestros prójimos.

—Nó enfermo, herido, asesinado, me respondió con voz aún más débil.

Me estremecí al escuchar aquellas frases, porque comprendí el caso comprometido en que me hallaba, y mi primer impulso fué huir precipitadamente de aquel lugar. Pero al mismo tiempo me dolia el dejar á aquel hombre en abandono.

Al quererme levantar, mi mano tropezó con un objeto.

Era la empuñadura de un puñal que aquel hombre tenia clavado en el pecho.

Tiré de él para sacarlo, pero en el momento el desgraciado exhaló un ¡ay! y conocí que habia dado el postrer aliento.

Dejé el puñal en el suelo y me retiré de aquel lugar casi corriendo.

Quiso mi adversa fortuna que, al llegar á la primera esquina, me encontrase con una ronda que me detuvo.

Uno de los que la formaban me preguntó de dónde venia y á dónde iba.

Yo estaba tan turbado que no sabia contestar.

El lucero de la mañana, precursor del monarca de

los astros, aparecia en el horizonte con su imperecedera belleza, para alegrar á la naturaleza.

Los pintados pajarillos abandonaban sus nidos, para saltar de rama en rama y saludar con trinos armoniosos la venida del nuevo dia.

—¡Calla! exclamó uno de los individuos. ¿Qué significan esas manchas de sangre que traeis en la mano derecha?

Miré mi mano, y en efecto ví en ellas las manchas de sangre. ¡Estaba perdido!

—Muy bien, dijo otro; tambien traeis sangre en la ropa. Vamos, que á lo que se vé habeis aprovechado la noche.

Todo lo comprendí. Al caer sobre el hombre asesinado me manché la ropa y las manos con la sangre que brotaba de su herida.

Volvimos atrás para dirigirnos á la casa del jefe de policía, y en seguida pudieron todos ver el cadáver.

—¡Un hombre muerto! dijo uno de aquellos esbirros, dirigiéndome una mirada terrible.

—Señores, dije; veo que todas las apariencias me condenan y que me juzgais matador de un hombre. Sin embargo, yo juro por su sangre y por la salvacion de mi alma, que no he tenido la menor parte en este crímen. Yo explicaré el por qué de estas manchas de sangre. La casualidad.....

—¡Basta! me gritó el que hacia de jefe de la ronda. Aquí no necesitamos explicaciones de ninguna clase.

Ya os la compondreis con los jueces. Nuestra obligacion es entregaros á ellos y así lo harémos: pero me temo que con dificultad os libraréis de bailar en el aire.

Calculad, jóven, continuó el anciano, cual seria en aquellos momentos el estado de mi espíritu, ¡siendo inocente se me presentó en lontananza el patíbulo con todos sus horrores! Recogieron el puñal ensangrentado, quedóse uno para vigilar el cadáver, ínterin venian á alzarle, y los demás me acompañaron á casa del juez, el cual, enterado de lo sucedido, me dijo:

—En verdad que habeis empezado bien jóven la carrera del crímen. Creo que bien pronto la acabaréis. Por ahora, dijo á los que me habian conducido á su presencia, reducidle á prision y tenedle completamente incomunicado, de suerte que no hable con persona alguna. Me habeis hecho madrugar, añadió dirigiéndose á mí, pero no importa. Todas las molestias son suaves cuando se trata de apoderarse de un miembro corrompido de la sociedad: el labrador madruga para limpiar el grano arrancando la zizaña que entre él se cria, y el juez debe madrugar de la misma manera cuando se trata de cortar la zizaña de la sociedad que la forman los criminales.

Yo no tuve alientos ni para responder: no estaba en mí: en aquellos momentos ni conciencia tuve de lo que pasaba, y me hubiese dejado conducir á la horca sin exhalar la menor queja.

Poco después me hallaba en un lóbrego calabozo, donde no entraba ni un rayo de luz, y me dejé caer en un monton de paja que arrinconada estaba.

Se apoderó de mí la fiebre que me produjo un delirio que debió durarme muchas horas. El caso fué que en todo aquel dia no dí acuerdo de mi persona, y el carcelero dió cuenta á sus superiores de que me hallaba en un estado al parecer muy grave, por lo que fuí visitado por el médico de aquel establecimiento penal.

Fué la única persona con la que me fué permitido hablar.

Le referí toda la verdad de lo ocurrido y comprendió que habia sinceridad en mis palabras.

—¡Fatal casualidad! exclamó: yo hablaré del asunto con el juez que entiende en la causa; pero, amigo mio, me temo que no escapeis muy bien, porque todas las circunstancias conspiran contra vos. Vuestra turbacion al ser detenido por la ronda, las manchas de sangre que presentaban y aún presentan vuestras ropas, el encontrarse el puñal al lado de la víctima, todo os acusa. Empero, si, como creo, sois inocente, confiad en Dios, que por un medio ú otro hará resaltar vuestra inocencia.

—Ahora, le dije, deseo pediros un favor que os agradeceré en el alma.

—Si está en mi mano el serviros, me dijo, y en ello no falto á mis deberes, podeis manifestarme vuestra

voluntad, en la seguridad de que quedaréis complacido.

—Desearia que pusieseis en conocimiento de mi padre cuanto me ocurre; pero explicándole ante todo cuanto os he revelado. No quiero que ni por un instante mi padre me juzgue asesino. He sido malo, he estada encenagado en los vicios, pero asesino... ¡oh! eso nunca: prefiero ántes la muerte.

Dí el nombre y la direccion para que pudiese ver á mi padre, y el buen facultativo me ofreció bajo su palabra el complacerme.

—Ea, pues, me dijo: me retiro, y mediante á que ya no os es necesaria mi asistencia es probable no volvais á verme á vuestro lado.

—¡Ah! ¿No os volveré á ver? le dije.

—Estais incomunicado y no me seria fácil el visitaros, aunque tal sea mi voluntad. Y me retiro, pues que me he detenido más tiempo del acostumbrado y esto pudiera hacer concebir alguna sospecha.

Y, esto diciendo, salió del calabozo dejándome en mi triste soledad.

El médico cumplió, vió á mi padre que ya estaba impaciente sin saber que habia sido de mí, y no pudo ménos de llorar al tener conocimiento de mi desgracia.

Sin embargo, no creyó ni por un momento que yo fuese culpable del delito de que se me acusaba.

Presentóse al juez, habló ácaloradamente en mi

defensa; pero aquel funcionario era modelo de rectitud, y por todo el oro del mundo no hubiera torcido su vara.

—Sois padre, le dijo, y comprendo vuestro dolor: podeis creer que os compadezco con toda mi alma; pero yo obraré conforme á justicia. Si se prueba la inocencia de ese jóven, saldrá libre prontamente. De lo contrario, nó yo, sino la ley le juzgará y sentenciará.

—Pero ¿no opinais como yo, que un jóven de su edad no puede ser asesino? ¿No conoceis que nada tiene de inverosímil el que haya sido todo de la manera que él lo refiere?

—Yo no puedo opinar, caballero, y á estas horas no se le ha tomado declaracion alguna. De consiguiente ignoro lo que puede referir.

Lo único que pudo conseguir mi padre del inexorable juez, y eso no sin mucho trabajo, fué el permiso para poder entrar en mi prision, y el que se hiciera esta ménos dura, colocando en ella una cama y algun otro utensilio.

Mi padre agradeció sobremanera aquel particular favor, recibió la órden y se dirigió inmediatamente á la prision.

III.

Entregado me hallaba á mis tristes reflexiones,

cuando se abrió la puerta del calabozo, presentándose en él mi padre y el carcelero que llevaba dos banquillos de madera y una linterna que dejó en el suelo.

—Cuando querais salir, dijo á mi padre, servios dar dos golpes en la puerta.

El carcelero se retiró y cerró.

Mi padre sin poder contener las lágrimas se arrojó en mis brazos, estrechándome entre los suyos.

Por más de tres minutos estuvímos en aquella posicion sin poder articular una sola palabra.

No hacíamos otra cosa que gemir y sollozar.

Por último, nos separamos y ocupamos los banquillos que habia llevado el carcelero.

Mi padre me exigió que le refiriese la verdad de cuanto me habia ocurrido, y yo lo hice relatando punto por punto el hecho, tal cual os lo he manifestado.

De pronto me asaltó una idea.

A través de la oscuridad que reinaba en el calabozo, donde sólo habia la ténue luz de la linterna, mi mente fué iluminada, creo que providencialmente.

Se me figuró escuchar una voz que me decia al oido.

—Aquí tienes al causante del infortunio que padeces.

Y en aquel momento leí como en un libro el orígen, el verdadero orígen de mis tribulaciones.

Fijé la vista en el autor de mis dias y le dije:

—¿Qué resultado creeis, padre mio, que podrá tener para mí esta causa?

—Sólo Dios lo sabe, me respondió; pero la luz se hará, y tu inocencia aparecerá clara como la luz del dia.

—No creo que eso sea tan pronto, le respondí. Todas las apariencias se reunen en contra mia. Preveo un triste desenlace.

—No te entregues á la desesperacion y ten confianza en Dios que vela por la inocencia.

—¿Y quién os parece que es la causa de esta desventura. Si soy condenado á algunos años de cadena, ó á perder la vida ¿á quién lo debo?

—¡Oh! ¡Que sino tan desgraciado!

—Perdonadme, padre mio, si os ofendo; pero no al sino, sino á vos debo el encontrarme en tan triste situacion.

—¡A mí! exclamó mi padre.

—Sí, á vos.

—No puedo comprender tus palabras.

—Pues fácilmente debiérais comprenderlas.

—Tal acusacion es terrible.

—Pero creo que merecida.

—Explícate.

—Sí lo haré, dije con resolucion. Cuando yo guiado por mi inexperiencia empecé á extraviarme; cuando veíais que pasaba una vida de disipacion, que me retiraba á altas horas de la noche, lo que era una prue-

ba evidente de que me entregaba á los vicios ¿por qué no me reprendíais? ¿Por qué, cumpliendo con el deber de un buen padre, no me castigabais y procurabais dirigir mis pasos á caminos rectos? ¡Ah! Si así lo hubieseis hecho, yo, en vez de atravesar las calles á las cuatro de la madrugada, hubiese estado recogido en mi casa y no me hubiese ocurrido la desgraciada casualidad que ahora me hace pasar por criminal sin serlo. Os repito, que me perdoneis, padre mio; pero os he manifestado los sentimientos de mi corazon.

Mi padre inclinó la cabeza sobre el pecho, meditó un momento, y dirigiéndose rápidamente á la puerta, llamó. Abrióse inmediatamente y salió de aquella lúgubre morada, exclamando:

Vuestros hijos serán vuestros jueces.

Más tarde supe que aquellas palabras son del Evangelio y forman una amenaza dirigida por Jesucristo á los padres que son descuidados en el cumplimiento de sus sagrados deberes.

Después sentí vivamente el haber dirigido aquella reconvencion al autor de mis dias, por las tristes consecuencias que tuvo.

Dió en pensar en ello, y á las cuarenta y ocho horas habia perdido la razon.

Tres meses después era conducido al sepulcro.

IV.

Al llegar á este punto de su relato, el anciano se detuvo un momento y enjugó una lágrima.

—No extrañeis, dijo á Alberto, que experimente un sentimiento de ternura al recordar aquella escena. Yo acusaba á mi padre por falta de cumplimiento á sus deberes y al mismo tiempo faltaba yo á los mios, porque un hijo jamás debe dirigir increpaciones á aquel á quien debe despues de Dios la vida. Así somos los hombres. Vemos de un tamaño colosal las faltas ajenas y no alcanzamos á conocer las nuestras; ó como dice el libro de los libros, vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro.

Y el anciano calló.

Alberto tenia curiosidad por saber el desenlace que tuvo la prision de aquel hombre inocente del crímen que se le imputaba, y así le dijo:

—Vamos, no os aflijais ahora por cosas pasadas, y continuad el relato de vuestra aventura.

—Parece que os vá interesando, dijo el anciano.

—Así es, y aún añadiré que estoy impaciente por conocer los últimos incidentes.

—Voy á continuar; pero permitidme que os pregunte, si entre todas vuestras desgracias habeis experimentado alguna que tenga punto de comparacion con la que os vengo refiriendo. Decidme si aún persistís

en decir que sois el sér más desgraciado de la naturaleza.

—Cuando termineis el relato de vuestras aventuras, os contestaré. Aún no sé las consecuencias de vuestro tropiezo con un hombre asesinado; pero os diré por adelantado, ya que estoy en el deber de corresponder á vuestra confianza, con la misma, que si vos tropezásteis con un hombre á quien una mano airada habia clavado un puñal homicida en su pecho, yo he tropezado con una mujer viva y llena de salud que me ha hecho gustar el cáliz de las mayores amarguras, y ha estado ha punto de convertirme en asesino. Continuad, pues, y luego que hayais terminado haremos el cotejo.

—En pocas palabras, dijo Ernesto, daré fin á la narracion de esta primera aventura de mi vida. La causa duró pocos dias. Sufrí varios interrogatorios y nunca encontraron en mí los jueces la menor contradiccion. Siempre protesté de mi inocencia, diciendo la verdad.

El homicidio es castigado en mi país con la última pena; pero como yo no estuve convicto ni confeso; como quiera que aunque todas las apariencias me condenaban, advirtieron en mi acento sinceridad, fuí condenado á prision perpétua.

Comprended, jóven, cual seria mi desesperacion al verme condenado á la pérdida de mi libertad por el resto de mis dias, y esto cuando me hallaba aún en

la primavera de mi vida. No creia que pudiera haber en el mundo una desgracia semejante á la mia. Mi primera idea fué apelar al suicidio: creia que esto valia más que el vivir muriendo; pero luego reflexioné que tal vez andando el tiempo podria descubrirse el verdadero criminal, y conseguir yo por este medio la libertad perdida.

¡La esperanza jamás desampara al hombre!

¡Desgraciado el que llega á perderla!

Llegué á resignarme con mi suerte, y acepté por fuerza la triste vida del presidiario.

Por fortuna supe ganarme la volunad de los jefes del establecimiento penal á que fuí destinado, y esto me libraba de los ejercicios y trabajos más penosos.

Habia sufrido once meses de prision, cuando un dia, llamándome el jefe más inmediato, me notició que debia pasar á la sala destinada para la visita de los jueces, donde se hallaba en aquel momento el tribunal que me habia condenado.

Me sorprendí al escuchar aquella órden, pero; como quiera que yo sufria mi condena, que ya no podia recargarse á ménos de quitarme la vida, y habia observado una conducta buena en el establecimiento, nada temí.

Fuí conducido ante el tribunal.

El que presidia, que era el mismo inexorable juez que me habia juzgado, tomó la palabra y me dijo:

—¿Cómo os llamais?

—Ernesto Trenchant, respondí.

—¿Cuánto tiempo hace que sufrís vuestra condena?

—Van cumplidos once meses.

—¿Y por qué fuísteis sentenciado?

—Vos lo sabeis, señor, puesto que pronunciásteis la sentencia.

—Concretaos, dijo, á responder á mis preguntas.

—Fuí sentenciado, dije con resolucion, como autor de un homicidio que no cometí, de un crímen del que estoy inocente en la presencia de Dios.

—Habeis dicho bien, Ernesto Trenchant, dijo el juez, porque vos no habeis sido culpable. La Providencia ha hecho descubrir al verdadero criminal; y yo, en nombre de la ley; yo, que os condené con arreglo al código, porque apareciais criminal, he querido, en cumplimiento de mi deber, venir á romper vuestras cadenas y á rehabilitaros en presencia de todos estos señores.

Dicen que mata la alegría, continuó Ernesto; pero no es cierto. De ser así, yo hubiese muerto en aquel instante. Mi corazon àntes tan oprimido rebosó en dulces expansiones, y estuve á punto de desfallecer: las lágrimas surcaban mis mejillas, y en el fondo de mi corazon bendije á Dios que se apiadaba de mi desgracia.

Sin embargo, no pude pronunciar ni una sola frase. ¡Tan embargado me hallaba!

El juez, continuó hablando de este modo:

—Jóven: yo me inclino ante la desgracia, y os pido perdon por haberos condenado siendo inocente. El hombre no es Dios, y por consiguiente está sujeto á equivocaciones. Sin embargo de lo que os digo, mi conciencia está tranquila, por más que mi sentimiento sea grande. Yo no obré, segun mi capricho, sino en conformidad con el código escrito. La ley, nó yo, fué quien os sentenció. En nombre, pues, de esa misma ley os declaro completamente libre, como lo estais desde este momento. Se os dará un documento por el cual podais hacer constar en todo tiempo vuestra inocencia.

Yo no pude ménos de dar las gracias á aquel magistrado, el cual, bajando del sitio que habia ocupado, se acercó á mí, trató de prestarme consuelo, me exhortó á que fuese siempre honrado, y poniendo en mi mano un bolsillo con oro me dijo:

—No obstante que el curador *ad bona* que se os ha nombrado por fallecimiento de vuestro padre, os proveerá de cuanto os haga falta, yo os suplico que acepteis ese pequeño obsequio, y que inmediatamente os proveais de ropa para que os despojeis de esa que no os pertenece, porque es la de los criminales.

Acepté aquella muestra de la benevolencia del juez, y aquel mismo dia abandoné la prision, empezando de nuevo á disfrutar del inapreciable beneficio de la libertad.

Ahora, continuó Ernesto, deseareis saber de que

modo fué descubierto el verdadero asesino. Aunque esto nada tenga que ver con mis desventuras, os lo diré.

A los once meses ménos dias de haber yo caido en manos de la justicia, otro hombre asesinado apareció en el mismo sitio.

Un vecino que por una casualidad, ó mejor diré por una disposicion providencial, se habia asomado al balcon, vió sacar de una casa inmediata, habitada por mujeres de mal vivir, aquel hombre que colocaron en tierra, entrándose ellas precipitadamente en la casa y cerrando la puerta.

El vecino dió parte al dia siguiente de lo que habia visto á la justicia, y todas aquellas mujeres fueron reducidas á prision. Llamadas á declarar, una desgraciada que apénas habria llegado á los tres lustros, y ya vivia en aquel foco de vicios, temiendo que podia ser condenada, declaró que la muerte habia sido hecha por un hombre amigo de la dueña de la casa, y que era el mismo que once meses ántes habia quitado la vida á otro que tambien habian colocado en la calle.

Fué preso el hombre, y al dia siguiente estaba convicto y confeso, habiendo sido sentenciado á muerte.

De tal modo permitió Dios que fuese manifiesta mi inocencia, y que pudiese recobrar mi libertad que creia perdida para siempre.

—Verdaderamente, dijo Alberto, es horrible cuanto me habeis referido.

—Pues no es más que el prólogo de mis desgracias.

—Siendo así, replicó Alberto, casi me doy por convencido de que hay desgracias que superan á las mias.

—Me alegro que así sea, y como aún es bastante lo que me resta por contar, si os parece suspenderémos por hoy la relacion.

Quedaron convenidos en verse por las noches en el alojamiento de Alberto, y se despidieron hasta el siguiente dia.

—Trazas tienen de ser muy extraordinarias las aventuras de este pobre anciano, decia Alberto al penetrar en la ciudad. En fin, verémos mañana.

CAPITULO XLI.

En el que se continua la materia del anterior.

Reunidos nuevamente al otro dia Alberto y el anciano Ernesto, este reanudó la historia de sus aventuras de la manera siguiente:

—Voy á referir, dijo, lo qué podrian llamar capítulo segundo de la historia de mis desdichas.

—Os seguiré escuchando con gusto, dijo Albèrto, aunque no creo pueda ser tan importante como el primero. Más de una vez he despertado la pasada noche, y siempre pensando en lo que me contásteis. Os confieso que, en vuestro caso, yo no hubiese recobrado la libertad.

—¿Por qué?

—Yo me entiendo.

—Explicaos, por que deseo saber las causas por que no habriais recobrado la libertad.

—Es bien sencillo: porque al verme condenado á prision perpétua, por un delito del que estaba inocente, me hubiese desesperado, y me hubiera dado la muerte por mi misma mano.

—Que es justamente lo que, como dije, pensé yo hacer en los primeros momentos.

—Pero no lo hicísteis, y yo no hubiera desistido de mi propósito. ¿Para que sirve la vida cuando se ha de pasar en la amargura del alma? ¿Puede llamarse vida, la que se pasa arrastrando una cadena, privado del trato de las gentes, y siendo el desprecio de la sociedad? Porque bien sabeis que la sociedad desprecia á los criminales, y á los que como tales se hace aparecer aunque no lo sean.

—Es verdad; y en esto no seré yo el que os dispute la razon. La sociedad es muy miserable, tan miserable como corrompida. Dentro de su seno se abrigan hombres tan criminales por lo ménos como el que con más justo motivo se halla arrastrando la cadena del presidiario. Se conoce generalmente al comerciante que habiendo hecho una quiebra fraudulenta ha arruinado á un gran número de familias, que perecen de hambre, en tanto que él vive rodeado de comodidades, luciendo ricos trenes. Todos sabèn que aquellos bienes que disfruta son robados, que aquel hombre es un miserable; y sin embargo, los mismos que miran con horror á un desgraciado que sufre una condena, tal vez porque no teniendo valor de ver

morir á sus hijos de hambre, se apoderó de un pan para satisfacerles su necesidad, admiten en sus reuniones y guardan toda clase de consideraciones á aquel hombre verdaderamente criminal, que tiene el cinismo de pasear con frente erguida por entre los hombres honrados.

No lo dudeis: hay en la sociedad mayores criminales que en los presidios: hay hombres que son el martillo de sus semejantes, que por enriquecerse cometen toda clase de crímenes, y sin embargo ocupan puestos distinguidos y hasta son á veces jueces llamados á sentenciar á los que caen bajo la mano de la justicia. Y estos hombres sin pudor y sin dignidad, estos miserables, son los que miran con horror y con desprecio al que es declarado delincuente, y hasta se creen deshonrados con saludar al que ocupa un escalon más bajo en la escala social. ¿Pero, quién hace caso de estas grandes miserias de la familia humana? ¿Quién para mientes en ese cúmulo de aberraciones de la razon? Si en esto se fijase la atencion, motivo suficiente seria para aborrecer el trato de las gentes. Pero no á toda la sociedad en general ha de juzgarse con igual criterio. Felizmente y á través de tan grandes miserias existen almas grandes y generosas, corazones varoniles, hombres incorruptibles, dispuestos siempre para el bien y compasivos para los desgraciados. La sociedad no podria existir sin estas necesarias excepciones; y yo que tanto he padecido, yo

que tantas quejas tengo de los hombres, os hablo de la manera que acabais de escuchar.

Empero, volviendo á nuestro asunto, digo que si yo no llegué á la desesperacion; si no atenté contra mi propia existencia, no fué por falta de valor, sino porque confié en la Providencia, reguladora de cuanto acontece en el mundo.

—¡La Providencia! exclamó Alberto: si esa Providencia existe, creo que duerme la mayor parte del tiempo.

—Blasfemais, jóven, blasfemais, y seguramente no comprendeis todo el valor de las frases que acabais de pronunciar. La accion de la Providencia la vemos, la sentimos á cada paso. Negar la Providencia, tanto valdria como negar á Dios, y no os creo tan insensato, que hayais caido en el ateismo, para lo cual seria necesario cerrar los ojos á la luz de la razon; el ateismo es para mí un ramo de locura y no otra cosa; es la renuncia de la razon, porque una razon verdaderamente ilustrada no puede caer en tan rídicula aberracion.

Sobre este tema, no de escasa importancia, siguieron discutiendo Alberto y el anciano, hasta que este dijo:

—Si gustais, comenzaré á relatar lo que os he dicho que podria llamar capítulo segundo de mis desdichas.

—Os escucharé con el mayor placer, dijo Alberto.

—Como podeis comprender, la tristeza quedó apo-

derada de mi corazon. Hice propósito de ser en adelante egoista, puesto que, segun veia, el egoismo es el rey de la sociedad humana. Si en adelante hubiese visto á un semejante mio en un peligro, no hubiese tratado de prestarle auxilio: ántes por el contrario, huiria de aquel hombre como lo hubiese podido hacer de una fiera dañina. ¿Y por qué? Porque yo no podia olvidar un sólo momento que habia sufrido once meses de prision por un delito que yo no habia cometido, que mi inocencia habia estado entre cadenas, y que á poco más hubiese ofrecido al pueblo uno de esos espectáculos que tanta concurrencia atraen y que consisten en ver quitar la vida á un semejante, á un hermano, por mano del verdugo, en tanto que el verdadero criminal, el asesino se pasearia tranquilamente sino tenia el cinismo de acudir á presenciar los gestos que hacia al despedirme de una sociedad donde no existe, donde no ha existido, y donde creo que no existirá jamás la justicia.

—Eso, dijo Alberto, no puede decirse en absoluto.

—¡Lo creeis así!

—Justamente.

—Pues seguramente sois miope. Los tribunales de justicia se dejan corromper con facilidad, y miéntras que los ricos que cometen grandes crímenes ó que roban en grande escala, salen absueltos de sus causas si se las forman, el pobre, el desgraciado que entre suicidarse ó apoderarse de un pedazo de pan para

acallar los lamentos de sus hijos, opta por lo segundo, es conducido á una prision y siente caer sobre su cabeza todo el peso de la justicia humana.

Seguidme escuchando, continuó el anciano, y acabaréis por concederme la razon. ¿No es cierto que existen más ladrones gozando de libertad y de comodidades que en las cárceles?

—Será que la justicia no tendrá conocimiento de sus crímenes.

—No solamente los sabe, sino que los tolera, y si es menester los protege.

—¡Hombre! ¡hombre!

—No hay hombre que valga. Vos los conoceis lo mismo que yo.

—¡Que yo los conozco!

—Justamente.

—Si no os explicais...

—Eso voy á hacer.—Y contínuó:

—No sabeis que en todas las grandes poblaciones existen hombres, dedicados á prestar dinero prévia la garantía de prendas ó alhajas de mucho más valor que la cantidad que entregan?

—Eso es cierto.

—Pues bien; estos hombres que en vez de contentarse con una ganancia arreglada y en conciencia, llevan un ochenta ó un ciento por ciento de intereses, que por lo general no pueden satisfacer los pobres que á ellos acudieron en el dia de la tribulacion,

da por resultado el quedarse propietarios de aquellas prendas, multiplicando de un modo fabuloso sus ganancias, y de este modo vienen en poco tiempo á hacer grandes capitales; pero capitales que manan lágrimas y sangre, capitales formados sobre la ruina de sus semejantes, ¿Y no son estos hombres protegidos? ¿Y no son más criminales que muchos de los que arrastran una cadena?

Y que la verdad que acabo de sentar ha sido reconocida generalmente, lo prueba el que se hayan establecido los Montes de Piedad, que aprobó y extendió el papa Sixto IV, estableciéndolos en las poblaciones de importancia de los Estados de la Iglesia, como medio de evitar á los necesitados la desgracia de caer en manos de los usureros. Estos hombres, polilla de la sociedad, no contentos aún, no satisfechos con este mal que causan en los grandes centros de poblacion, acuden á los pueblos del campo, manifiestan compadecerse de los pobres labradores que carecen de grano con que sembrar sus tierras, les proporcionan cantidades con que pueden hacerlo, y como fijan un precio subido al dinero, vienen al fin á hacerse dueños de aquellos campos y de sus frutos.

No continuaré en mi propósito porque no acabaria nunca, y creo que sea suficiente el ejemplo que acabo de aducir, para convenceros de que la sociedad está plagada de criminales.

Os decia que la tristeza se habia apoderado de mi

corazon ¡Y como nó! Miéntras estuve sufriendo mi injusta condena, ni uno de los que ántes me llamaban amigo, se presentó á prestarme el menor consuelo. ¡Del desgraciado todos huyen como de una enfermedad contagiosa! Luego que fuí puesto en libertad, y que se hizo pública mi inocencia, varió la escena: todos me felicitaban, estrechaban mi mano y manifestaban alegrarse del resultado feliz para mí que habia tenido el asunto ¡Cuanta farsa! Tal vez hablaria con más propiedad diciendo ¡cuanta infamia! La injusticia de los hombres se habia cebado en mí de un modo el más desapiadado. Habia querido socorrer á un semejante mio, y se me habia llamado asesino, y se me habia condenado confundiéndome con los verdaderos criminales. El mundo me rechazó, me repelió la sociedad y me abandonaron los que ántes se llamaban mis amigos. Se hace notoria mi inocencia, y los que ni siquiera se habian compadecido de mi desgracia en el dia malo de la adversidad y del infortunio, vienen de nuevo á estrechar mi mano y á hacerme mil ofertas, cuando creen que vuelve á sonreirme la aurora de la dicha. ¡Esta es ¡oh jóven! la amistad que suele encontrarse en el mundo!

Amargos recuerdos debieron asaltar la imaginacion del anciano, cuando suspendió por unos momentos su relato y se enjugó dos lágrimas que se habian desprendido de sus ojos.

Luego, continuó de esta manera:

—Todo esto me hizo comprender que no debia esperarse del mundo otra cosa que amarguras.

Comprendia que la justicia no debia buscarla en los hombres: ella, la calma, la tranquilidad de mi espíritu, debia buscarlas en otra parte. ¿Y dónde? Esto es lo que yo no sabia.

Hasta entónces, yo no habia remontado el vuelo de mi imaginacion más allá de las cosas del tiempo: mi educacion habia sido descuidada. Mil veces habia levantado mis ojos al cielo y me habia extasiado contemplando esa azulada bóveda, que de noche se presentaba encantadora á mi vista, tachoneada de brillantes estrellas: mil veces habia contemplado la magnitud de los mares y lo habia observado, ora en su espléndida calma, ora en sus imponentes tempestades; pero nunca me habia ocurrido la idea de preguntar al cielo si existia otra vida para el hombre, ni á los mares quien les habia señalado términos, y en virtud de qué poder se encrespaban sus olas ó se aplacaban.

Yo era un hombre-máquina.

El YO era mi ley suprema.

No me habia fijado en que hubiese otra cosa fuera del YO.

Y no es que hubiese hecho profesion de materialista. Nada de esto.

Era que mis ideas no se habian fijado.

No habia pensado, ni habia parado mientes por un

momento en que podia, después de la presente, haber otra vida, en la que el hombre pudiera ser verdaderamente feliz.

Trás la indiferencia vino la duda.

Y esta duda me turbó y me inclinó á reflexionar sériamente.

Hasta entónces yo miraba la muerte como un envidiable descanso: creia que la nada era la sucesion de la vida.

Un dia, ¡oh! no lo olvidaré jamás, huyendo como lo tenia por costumbre de los hombres, salí á respirar el puro ambiente de los campos. Iba ensimismado, pensando en mis pasadas desgracias, y me senté sobre una piedra, á las inmediaciones de la morada de los muertos.

A poco me sacaron de mi arrobamiento unos tristes cánticos que resonaron en mis oidos.

Apliqué al mismo tiempo la vista y los oidos, y ví que un cortejo fúnebre se dirigia hácia el Campo santo.

Los cánticos procedian de algunos sacerdotes que caminaban precediendo al ataud.

Impulsado por un movimiento interior, me levanté é incorporé al cortejo.

Entré en el cementerio.

¡Qué mansion! Allí hablaban hasta las piedras! Allí el hombre reconoce su pequeñez y su miseria!

Al llegar el cortejo fúnebre al lugar destinado para

dar sepultura al cadáver, abrieron el ataud que era blanco.

Presentóse á mi vista y á la de todos, una jóven que, más que muerta, parecia estar entregada á un plácido y dulce sueño.

Estaba cubierta con un vestido blanco, teniendo en la cabeza una corona de flores.

Otras muchas flores estaban esparcidas al rededor del cuerpo.

Se conocia que habia sido hermosa, y parecia que la misma muerte, al apoderarse de ella, la habia respetado, nó queriendo imprimir en su rostro sus fatales huellas.

Parecia sonreirse.

¡Pobre flor, marchita y deshojada, apénas abierta á la vida! Ya no daba perfumes, y pronto exhalaria una fetidez insoportable.

Mis ojos no podian apartarse de aquel rostro virginal.

De pronto me ocurrió una idea.

¿Debia compadecerla porque habia abandonado esta vida ántes de conocer sus amarguras, ó era yo más digno de compasion por quedarme en el mundo de los vivientes?

Hé aquí donde empezaron mis dudas, que más tarde me llevaron al conocimiento de la verdad.

Y tales azares me han ocurrido despues en el curso de mi vida, que á haber permanecido en mi estado

de indiferencia, me hubiese suicidado, en la creencia de que yo era el dueño absoluto de mi vida y que podia disponer de ella.

Os diré ahora de qué manera pasé de la duda á la fé, de esa vida sin goces, sin satisfacciones, á la vida de los consuelos, de la resignacion y de la esperanza.

La Providencia se halla en todas partes.

Dios busca con tanto más empeño al hombre, en cuanto este hace más esfuerzos por separarse de él.

La gracia siempre está en accion.

Pero el hombre, en vez de corresponder á la gracia, con lo que esta se aumentaria á proporcion de aquella correspondencia, la rechaza y cierra sus oidos á las inspiraciones ó llamamientos del cielo.

Conocia yo á un hombre, que era un verdadero héroe; y al llamarle así no creais que me refiero á uno de esos ilustres guerreros á quienes la posteridad levanta estátuas y erige monumentos, y cuyos grandes hechos consisten en sembrar la desolacion y el espanto por todas partes y en dejar su camino sembrado de cadáveres. Estos son héroes formados por la ambicion de un conquistador, que con tal de añadir algunos palmos á sus dominios, nada les importa el ver correr rios de sangre inocente, ni parar mientes en los lamentos de una multitud de madres que, al llorar la temprana muerte de los hijos de sus entrañas, maldicen con razon las guerras y á los soberbios que las provocan.

El héroe á que me refiero no habia hecho verter una sola lágrima, ántes por el contrario, las habia enjugado. Era verdadero héroe, porque habia conseguido una gran victoria, cual es la de triunfar de sí mismo, de sus pasiones, de su propia voluntad.

No os sonriais, jóven, no os sonriais, y creedme lo que os digo; no hay victoria comparable con la que gana el hombre que llega á triunfar de sí mismo.

Aquel héroe se llamaba el hermano Blas.

El mundo no fijaba en él su atencion, ni yo que le conocia, que le saludaba, me habia fijado tampoco en su mérito.

A mi regreso de la morada de los muertos, me encontré con el hermano Blas.

Pertenecia al Órden Franciscano.

Su estado era el de religioso lego.

Su humildad le habia hecho abrazarlo, que por lo demás era un varon de mucha sabiduría, por lo cual le trataban con respeto y las mayores consideraciones, hasta los padres más graves de su comunidad.

Mi corazon se hallaba oprimido.

Ardia mi frente.

Sentia una cosa extraordinaria dentro de mí y no sabia darme cuenta de lo que era.

¿Por qué me alegré al ver al hermano Blas?

¿Por qué mi corazon rebozó en las más dulces expansiones?

Tampoco lo comprendia.

Pero me acerqué al religioso.

—Buenas tardes os dé Dios, le dije saludándole.

—Santas y buenas os las conceda, me contestó con dulzura el religioso.

Como llevábamos la misma direccion, seguí á su lado, y trabamos una conversacion que yo hice recaer en el ásunto que me convenia.

—Vengo, dije, del Campo santo, donde he presenciado la inhumacion del cadáver de una jóven que contaria poco más de tres lustros. Más que muerta, parecia entregada á un dulce sueño, y no he sabido si compadecerla ó llorarla.

—¡Dichosa ella! dijo el hermano Blas. Seria un ángel de pureza, y Dios no ha querido que se contamine con los pútridos miasmas de la sociedad humana. Ahora gozará de Dios, en tanto que nosotros continuamos nuestra penosa peregrinacion por el mundo, donde nos hallamos tan rodeados de peligros, y tan expuestos á perder el alma, que es la única pérdida que debemos evitar.

—Verdaderamente, repliqué, la fé es un consuelo.

—Sí, y además el mejor remedio contra todas las adversidades de la vida.

Debió conocer el hermano Blas el estado de mi alma, las agitaciones de mi espíritu, la especie de lucha que en mi corazon empezaba á reinar, pues que con palabras las más dulces trató de hacerme comprender lo efímero de todas las cosas de la tierra, la

nulidad de sus grandezas que desaparecen como el humo, y la necesidad de buscar en la religion que nos conduce á Dios la felicidad que en vano se trata de buscar en los bienes creados.

Tales fueron sus palabras; tal copia de razones adujo, que quedé enteramente convencido de que hasta entónces habia vivido como una máquina.

Llegamos al convento y el hermano Blas me invitó á que pasase á la iglesia.

Era la caida de la tarde y se debia cantar una Salve á la Vírgen.

Acepté la invitacion.

Era la primera vez que entraba en un templo católico, cristianamente.

Muchas veces habia asistido á fiestas religiosas, pero jamás me habia detenido en la contemplacion de los misterios y ceremonias.

Habia contemplado la valentia de los arcos, la belleza de la arquitectura; habia experimentado el placer de escuchar los instrumentos músicos; en fin, todo aquello que entra por los sentidos, más de la misma manera que fuera de aquellos lugares sagrados podia contemplar cualquier otro espectáculo.

El espíritu en nada se fijaba.

Por esto he dicho que aquella vez fué la primera que entré en un templo cristianamente.

La peroracion del hermano Blas habia penetrado hasta el fondo de mi corazon.

Ya era otro hombre.

Al caer postrado sobre el pavimento del templo me creí trasportado á otro mundo lleno de dulzuras.

Oré con todo el fervor que me fué posible en el estado de agitacion en que me encontraba.

A poco empezó la Salve que cantaron los religiosos.

Cuando escuchaba atentamente aquellas voces que saludaban á la Madre de Dios, llamándola *Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos,* mi corazon rebosaba en las más dulces expansiones.

Yo repetia aquellas frases, y no pude ménos de exclamar:

—¡Cuan dulce es el culto de María!

Una voz que en seguida conocí, dijo á mi oido:

—¡A Dios se llega por María!

No os detendré ni molestaré por más tiempo, refiriéndoos todos los detalles de mi trasformacion, porque deseo acabaros de referir la historia de mis desdichas.

Pero, ante todo, debo enmendar un error que cometí el primer dia en que tuve el placer de conoceros y hablaros.

—¡Un error! dijo Alberto.

—Sí, y no debo dejarlo pasar sin rectificacion.

—Podeis hacerlo.

—Yo me reí al oiros exclamar que erais el hombre más desgraciado de cuantos existen sobre la tierra, y

traté de demostraros que no era así y que yo lo era más.

Nó, amigo mio, nó: yo fuí desgraciado en la primera época de mi vida y muy especialmente durante aquel tiempo en el que por una fatal equivocacion recayó sobre mí la nota de asesino, y me ví por espacio de once meses cargado de cadenas como un criminal.

Después de aquella época no lo he sido, si bien no han dejado de ocurrirme desgracias, como veréis; pero hay la diferencia de que ántes me guiaba por mi cabeza y desde mi conversacion con el hermano Blas, me he guiado por mi corazon: ántes el YO era mi razon suprema, después la fé me abrió los caminos de la resignacion y de la esperanza; ántes no veia más que la vida presente que concluye con la muerte y luego he fijado la atencion en otra vida que empieza al otro lado de la tumba.

¡Hora feliz la en que fuí al Campo Santo á presenciar el sepelio de aquella doncella, y feliz el momento en que la Providencia me hizo poder escuchar las reflexiones del hermano Blas!

Al escuchar estas frases, Alberto se sintió agitado, y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—¿Qué teneis, jóven? le preguntó el anciano. Si el escucharme os ha de causar algun trastorno, desde luego daré por terminado mi relato.

—Antes por el contrario, respondió Alberto, vues-

tras palabras producen en mí un efecto admirable y consolador. Si habeis advertido la mutacion de mi rostro y que mis ojos se han humedecido, es porque un recuerdo ha asaltado mi mente. Al hablar, como lo habeis hecho, de ese virtuoso religioso, no he podido ménos de recordar á otro religioso que existe en Granada y que es un verdadero héroe de misericordia.

Es conocido por el nombre de Juan de Dios.

A él, después del Señor, debo la vida.

Él me recogió en medio del campo, herido y desangrándome y me condujo á su hospital donde me prodigó los mayores cuidados. Sin ellos hubiese muerto. ¡Y que palabras tan consoladoras las suyas! ¡Que consejos tan sanos! ¡Ojalá que yo los hubiese aceptado!

—Ya veis cuan buena es la Providencia; dispone que en medio de una sociedad corrompida existan esos ángeles en carne humana que viven haciendo bien á la humanidad.

—Yo tengo el presentimiento de que el hermano Juan de Dios ha de ser el instrumento de la salvacion de una mujer á la que únicamente llamaré desgraciada, por no llamarla infame. ¡Dios lo haga! Esta feliz idea me ha asaltado mil veces de dia y de noche y ha interrumpido mi sueño.

—¡Quiera el Señor que así sea! replicó el anciano.

—¡Oh! Y lo será: estoy casi persuadido de ello. Es

una voz del corazon y el corazon no engaña: Juan de Dios será la salvacion de una familia desgraciada, de la que yo formo parte.

—Bueno es, dijo el anciano que tengais fé: habeis andado ya la mitad del camino de vuestra felicidad.

Pero veo, continuó, que me he detenido demasiado tiempo, sin haber hecho otra cosa que relataros la trasformacion verificada en mí y que tuvo por causa primordial el haber presenciado el entierro de la jóven de que os hablé al principio. Si á mal no lo llevais, mañana terminaré mi historia.

Quedaron en ello convenidos: el anciano se retiró, y Alberto quedó cabizbajo reflexionando sobre cuanto habia escuchado.

CAPITULO XLII.

En el que el anciano Ernesto termina su historia.

Reuniéronse nuevamente al dia siguiente Ernesto y Alberto, aquel ganoso de terminar su historia y este de escucharla.

Ernesto, reanudando su interrumpida narracion, continuó de la manera siguiente:

—Mi carácter cambió completamente desde que variaron mis ideas.

Dejé de ser misántropo y la alegría renació en mi corazon.

El testimonio de mi conciencia me hacia vivir tranquilo y sin remordimientos.

Verdaderamente nunca habia causado ningun mal á nadie.

No tenia de qué arrepentirme en este punto.

Un dia me hice esta reflexion:

Yo no debo permanecer soltero: el hombre que no se casa es una planta parásita en la sociedad. Además, mañana seré viejo, y si tengo hijos podrán ser el apoyo de mi ancianidad.

No tenia trato íntimo con ninguna familia, y no sabia á donde dirigir mis miradas.

Yo no queria para esposa una mujer casquivana, de esas que sólo piensan en el adorno de sus personas y que son completamente inútiles para el gobierno de la casa.

Yo deseaba que mi lecho nupcial fuese un lecho de flores y no de espinas.

No queria que mi matrimonio fuese la pérdida de mi libertad y mi entrada en la esclavitud.

Antes por el contrario, queria para mí y para la mujer que conmigo compartiese su suerte la verdadera libertad del espíritu.

En suma, mi deseo era no encontrar en el matrimonio un infierno sino un paraiso.

¡Oh! ¡Cuán difícil me parecia poder llegar á la realizacion de mi bello ideal!

Muchos hombres miran el casamiento como un negocio. Generalmente estos hombres encuentran el castigo en las consecuencias del mismo casamiento. ¡Gracias que encuentre la dicha el que se casa con un amor puro y desinteresado!

Empero, la mujer que yo habia imaginado ¿debia buscarla ó habia de encontrarla?

Híceme esta reflexion y me dije:

—Yo no he encontrado nada en el mundo, como no sea un hombre en las agonías de la muerte, que así y todo me condujo á una prision y me cargó de cadenas.

No debo, pues, esperar el encontrar la mujer de mis ensueños.

La buscaré.

Algo debia yo tener que expiar, cuando en el mismo dia en que tales reflexiones hacia, nó busqué, sino que encontré una mujer que en la apariencia era lo que yo deseaba.

Era la caida de la tarde.

Hallábame agitado á causa de mis continuadas reflexiones sobre el mismo asunto, cuando contra mi costumbre, abrí la ventana de mi cuarto que daba á la calle y me asomé á ella, ganoso de respirar libremente.

En un balcon que daba frente á mi ventana estaban dos mujeres: la una tendria como unos cincuenta años de edad: la otra era una jóven bellísima que no contaria veinte, modestamente vestida y cuya fisonomía retrataba candidez.

La saludé como á vecinas.

Contestóme la vieja con un semblante risueño.

La jóven hizo un leve movimiento de cabeza tan solamente, y en seguida dirigió la vista á otra parte sin volver á fijarla en mi ventana.

Esto me agradó sobremanera porque me revelaba, nó á una coqueta, sino á una jóven modesta y virtuosa.

A pesar mio, me estremecí.

¡Si habré encontrado mi bello ideal! me pregunté. En fin, verémos. Esta niña debe tener el corazon libre: si es así, sino tiene algun amor, en este caso verémos de sitiar la plaza. Me parece aceptable esta chica.

Un cuarto de hora después, ambas mujeres se retiraron, no sin saludarme, á cuya muestra de cortesía correspondí como era debido.

Aquella noche soñé con un paraiso de delicias.

Presentábase ante mi vista una vida de color de rosa. ¡La juventud está siempre llena de ilusiones!

Los dias siguientes espié la casa con el objeto de ver si entraba en ella algun hombre.

Y mi espionaje dió resultado.

Un hombre de alguna más èdad que ella iba cada dia á visitarlas; pero este hombre podia muy bien ser un pariente ó algun encargado de negocios de la familia.

Por las tardes acudia á mi ventana, y las mujeres no dejaban de colocarse en el balcon.

Como la calle era estrecha, llegamos á cruzar algunas palabras.

Empero, generalmente era la madre la que hablaba.

Esto me hacia pensar si yo seria completamente indiferente para la jóven.

Una de las tardes, la jóven alcanzó una jaula en la que habia encerrado un canario que cantaba admirablemente, y lo hizo con tan poco cuidado, que la jaula se abrió y el pajarillo de un vuelo vino á parar á mi ventana.

La jóven lanzó un grito.

Yo permanecí inmóvil para que el canario no se espantase, y este penetró dentro de mi habitacion.

Entónces cerré la puerta de la ventana, al tiempo que exclamé:

—¡Quiera Dios que seas mensajero de buenas nuevas!

Me apoderé de él con facilidad, y abriendo de nuevo la ventana, dije con alegría dirigiéndome á la jóven:

—Ya podeis estar tranquila. Voy inmediatamente á llevarles el canario.

A los seis minutos habia atravesado la calle y subido la escalera de la casa de mis vecinas.

Me recibieron con la mayor amabilidad, me dieron las gracias, y la señora mayor me invitó á que pasase para descansar un rato.

Yo no deseaba otra cosa.

Así, pues, no me hice mucho de rogar; entré, tomé asiento y hablamos sobre cosas indiferentes.

—Suerte ha sido, dijo la vieja, de que se haya podido coger el canario, porque si se hubiese perdido,

creo que le hubiese dado algo á mi Rosita. ¡Lo quiere tanto!

—¿Se llama Rosita esta jóven? dije: pues tiene un nombre muy bello y muy adecuado á ella.

Rosita bajó los ojos con modestia.

—¿Cómo muy adecuado? preguntó la que después supe que era su madre.

—No quisiera, repliqué, ofender la modestia de esta jóven; pero digo muy adecuado, porque á una señorita dotada de tan bellas prendas naturales, corresponde un nombre de una flor tan bella como la rosa.

Las mejillas de Rosita se cubrieron de carmin.

—Es favor que me haceis, dijo.

—Sois muy galante, añadió la madre.

—Jamás, dije yo, se han manchado mis labios con la lisonja, ni sé lo que es la adulacion. Cuando digo una cosa es porque la creo tal cual la digo. Puede envidiarse la felicidad del hombre que á Rosita pueda un dia dar el dulce título de esposa.

—Creo que eso tardará, dijo la madre, porque mi niña no tiene amores. Verdad es que todavía es muy jóven, y yo no soy de esas madres que exhiben á sus hijas en todas partes, en los paseos, en los espectáculos, donde quiera que hay reuniones con el objeto de colocarlas. Lo que yo le digo: si Dios te tiene destinada para el estado del matrimonio, sin necesidad de buscarlo, te proporcionará un hombre honrado que te haga feliz. Así es que nosotras no vamos á ningu-

na parte, y no salimos como no sea á misa, ó á dar algun paseito alguna que otra tarde.

Yo comprendí en seguida la idea de aquella mujer, y creo que la hubiese comprendido el más topo.

Quise abordar más de lleno la cuestion, y me atreví á decir:

—Tal vez pareceré indiscreto; pero yo creia que esta niña tenia novio. Me parece haber visto entrar aquí con frecuencia...

La vieja no me dejó concluir.

Interrumpióme, diciendo:

—¿Un jóven alto, de barba rubia?

—En efecto.

—Es mi sobrino Daniel, primo hermano de mi Rosita, al que queremos mucho: huérfano desde edad muy temprana, yo le he servido de madre. Daniel es un individuo de la familia, y como á tal únicamente se le considera. A más, tiene su novia, y si no se ha casado ya es porque no lo ha permitido el estado de su fortuna, pero lo hará ántes de mucho tiempo.

Yo quedé convencido, si bien nunca he sido muy devoto de los primos. Es un parentesco que á estar en mi mano lo suprimiria.

Creo no haberos dicho que por muerte de mi padre yo habia heredado una regular fortuna.

Podia por lo tanto casarme y ofrecer comodidades á mi mujer.

Sin embargo, por aquel dia nada dije, á pesar de

que formé la resolucion de hacerlo con Rosita, si aceptaba mi mano.

Empero quise dejar entrever mi pensamiento, y para ello me concreté á manifestar que era soltero, que estaba aburrido de mi soltería, y que pensaba terminarla cuanto antes.

—¿Tendreis ya novia? preguntó la vieja.

—Hasta hoy no he conocido el amor, la respondí al tiempo que dirigia una mirada á Rosita, pero ya conozco una jóven que me lo ha inspirado. Pienso pedirla y si me es concedida, es asunto terminado.

Ambas me comprendieron.

Yo me levanté y me despedí.

La madre me ofreció la casa y me rogó que si á bien lo tenia repitiese mis visitas pues tendrian mucho placer en recibirme.

Ofrecí hacerlo así y me retiré.

—Pues señor, me decia á mi mismo, he encontrado lo que deseaba, pero ese primo..... mejor quisiera que no lo tuviese. Mas no hago bien en pensar de esa manera. El rostro de Rosita está diciendo que no es capaz de dar abrigo en su corazon á la perfidia. Desechemos esta idea.

Yo no queria perder tiempo y determiné hacer mi declaracion en forma, al dia siguiente.

¿La haria verbalmente ó por escrito?

Maquinalmente tomé la pluma y escribí una carta que os voy á relatar, casi al pié de la letra, porque

jamás he olvidado su contenido. La carta no iba dirigida á la jóven, objeto de mis amores, sino á su madre.

Empero si acaso os molesto con tantos detalles, continuó Ernesto, los pasaré por alto. No quisiera en verdad fastidiaros.

—Léjos de eso, dijo Alberto, os escucho con el mayor placer y deseo enterarme de todos los pormenorés. Tal vez la historia de vuestro casamiento tenga àlguna semejanza con la del mio.

—Siendo así que no os doy enojo, continuaré. Como al despedirme de la primera visita, hecha con motivo de la huida del canario, nos dimos nuestros respectivos nombres, yo sabia ya el de la mamá de Rosita.

Hé aquí ahora en que términos éstaba concebida la carta:

SEÑORA DOÑA GUMERSINDA:

«Respetable señora mia: Entre los dos medios que se me presentaban para manifestaros lo que leerá á contínuacion, cuales eran usar de la palabra ó de la pluma, he optado por el últímo. Este tiene la ventaja de que evita el compromiso de una respuesta inmediata, y dà tiempo para reflexionar.

«Estoy en el convencimiento de que con solo haber leido las anteriores líneas, habréis comprendido á donde voy á parar con este exordio.

«En nuestra conversacion de ayèr tarde, cuando

por primera vez tuve el gusto de visitar su casa, oisteis de mis labios que habia determinado trocar mi estado de soltero por el de casado. ¿Por qué no lo he hecho ántes? Porque no habia encontrado la mujer de mis ensueños: porque no habia vísto más que jóvenes coquetas ó casquivanas muy poco á propósito para el estado del matrimonio, y ménos para la maternidad.

«La mujer que yo habia soñado, reunia á las bellezas del cuerpo las del alma, era virtuosa y digna por todos conceptos de unir su suerte á la de un hombre honrado, que procure hacer su felicidad.

«Ignoraba yo, señora mia, que tan cerca de mí existia ese sér que yo creia ideal y al que ayer pude contemplar de cerca. Se dice vulgarmente que el rostro es el espejo del alma, y el rostro de vuestra hija Rosita revela una alma pura como la dė los ángeles del cielo. Desde el primer dia que la ví la amé y ayer que pude escuchar lo melífluo de su voz, y contemplar su modestia, quedé completamente enamorado de ella.

«He creido lo más oportuno dirigirme á vos que sois su madre, y que por esta calidad estais tan obligada á procurar su bien.

«Si el corazon de Rosita está completamente libre, como ayer me asegurasteis, y no le soy repulsivo, yo le ofrezco mi mano juntamente con mi fortuna, que si no es la de un Creso, basta y sobra para que viva rodeada de comodidades.

«Hasta pasados dos dias no me presentaré á recibir la contestacion, para que tengan tiempo de reflexionar sobre mi peticion. ¡Ojalá que la respuesta sea favorable! ¡Seria uno de los más felices dias de mi vida!

«Si el casamiento fuese para mí un negocio semejante á otro cualquiera, mil ocasiones hubiese ya tenido para efectuarlo; pero yo no pienso como el vulgo de los hombres; yo veo en el matrimonio algo más: yo creo que el casarse es confundirse dos almas en una, unirse dos corazones con una union tan íntima que solo la muerte puede romper. Creo que Dios autor del matrimonio, que entre nosotros los católicos es un sacramento, escucha el sí que se pronuncia al pié de los altares, que es una sentencia, de vida si el matrimonio es paraiso por la conformidad de ideas y de pareceres, por la fusion de ambas almas, y de muerte si el matrimonio viene á ser un infierno anticipado por las discordias ó la infidelidad.

«Yo creo que el sí de Rosita será de vida y que me conducirá al paraiso.»

Tal era el contenido de mi carta: la leí dos veces, la cerré y á la tarde siguiente fuí nuevamente á casa de Rosita.

La visita fué corta, y solo hablé de cosas indiferentes.

Me despedí pretextando un gran dolor de cabeza y á mi salida puse la carta en manos de mi futura suegra.

—¿Qué es esto? me preguntó.

Yo le respondí con estas lacónicas frases:

—Leedla.

Y bajé precipitadamente la escalera.

El paso estaba ya dado

Anduve sin direccion fija y agitado como el reo que espera su sentencia.

Hasta tanto que trascurrieron los dos dias que yo habia señalado para ir por la contestacion, ni aún me asomé á la ventana.

Temia verlas y adivinar en sus rostros, que mi proposicion era rechazada.

¡Pluguiese á Dios que así hubiera sido!

Llegado el término fijado me presenté en casa de Rosita.

Tanto ella como su madre me recibieron con la mayor alegría.

Yo comprendí que habia triunfado.

La señora Gumersinda, me dijo que se habian enterado detenidamente del contenido de mi carta, y que tanto ella como su hija estaban conformes y aceptaban mi propuesta.

—Verdad es, añadió, que os conocemos de cuatro dias y nada sabemos de vuestras cualidades, pero así como vos no habeis tenido necesidad de tratar á la Rosita para comprender su fondo de bondad, nosotras tampoco hemos necesitado mucho para comprenderos. Vuestras palabras y las frases que estampais

en vuestra carta, revelan suficientemente la nobleza de vuestro corazon.

Yo creí prudente dirigirme á la más interesada, y lo hice de este modo:

—Yo os doy las gracias, Rosita, por el sí que en vuestro nombre me acaba de dar vuestra señora madre. Yo sé que el amor no se presenta de momento, pero espero que me ireis amando á proporcion de que me vayais tratando.

—Podeis creedme, dijo Rosita, afectando gran modestia, que hasta el presente sois el primer hombre que ha tenido simpatías para mí. Mamá, de cuyo parecer y consejos nunca me aparto, me ha dicho que esta boda me conviene, y yo os entregaré gustosamente mi mano. Creo que podrémos ser felices.

En esto estábamos cuando llamaron á la puerta.

Era el primo de mi prometida.

Me saludó como á ella afectuosamente.

—Tengo el gusto, le dijo la señora Gumersinda, de presentarte al futuro esposo de tu prima.

—Sea muy enhorabuena, respondió el primo al tiempo que estrechaba mi mano. Creo que sereis feliz con ella, porque mi prima es un ángel.

—Siempre tienes ganas de burlarte, le dijo Rosita.

—No me burlo, y el señor tendrá ocasion de ver por sí mismo, si tengo razon en lo que digo.

Seguí visitando á mi novia dos veces cada dia y por lo ménos una, me encontraba allí con el dichoso primo.

No habia pasado un mes, cuando la madre me manifestó la conveniencia de adelantar cuanto ántes la boda.

Yo no deseaba otra cosa y empezaron los preparativos.

Determinamos que la madre viviese con nosotros.

Yo me temí que esto seria una nube en el cielo de mi felicidad.

Siempre le habia temido á las suegras, no se porqué.

Por fin, verificóse nuestra boda, pero sin lujo ni ostentacion.

Yo habia hecho ricos regalos á mi novia, y como quiera que ni ella ni yo tuviésemos muchas relaciones, solo asistieron á la iglesia con nosotros y luego á la comida, el primo de mi mujer y dos amigos mios que sirvieron de testigos.

Mi nuevo primo era alegre en demasía, y durante la comida amenizó la conversacion con dichos agudos y chispeantes cuentecillos: empero cuando se acercaba la hora en que debíamos quedarnos solos, noté en su rostro un tinte de tristeza y de mal humor.

Sin embargo, nada sospeché.

Ultimamente ví que las lágrimas casi querian brotar de sus ojos.

Preguntéle que tenia, á lo que me respondió:

—¡Qué he de tener! Lo que siempre me sucede cuando hago algun exceso en la mesa: he comido hoy

más de lo regular, he mezclado los licores y ahora siento un dolor de estómago que me mata. Me voy en seguida á mi casa ántes que empeore.

Y sin decir más se despidió deseándonos buena noche, y con las manos en el vientre bajó las escaleras con más prontitud de la que pudiera esperarse en un hombre que iba sufriendo dolores.

La luna de miel la pasamos alegremente.

Yo me creia el hombre más feliz del mundo.

Mi único objeto era complacer á mi cara mitad, y adivinaba sus gustos para satisfacerlos en el momento.

Ella parecia amarme, y no me daba el menor motivo de disgusto.

De mi suegra tampoco tenia la menor queja.

El primo comia con nosotros la mayor parte de los dias.

En una ocasion creí haber descubierto miradas de inteligencia entre él y mi esposa.

Pensé si seria una imaginacion mia, pero me propuse observar. No tenia el menor motivo para sospechar de mi mujer.

Dos meses llevábamos de casados, cuando ella me dijo que sentia síntomas de maternidad.

Mi alegría no tuvo límites.

¡Iba á ser padre! ¿Podia haber dicha mayor?

No hay para que decir que desde entónces procuré que estuviese rodeada de los mayores cuidados.

Temia que se desgraciase por cualquier incidente el fruto de nuestro puro amor.

Otros dos meses y medio habian trascurrido, cuando una noche empezó á quejarse amargamente.

Preguntéle sobresaltado lo que tenia y me dijo:

—No lo sé, pero siento unos dolores que creo van á concluir conmigo.

Inmediatamente me arrojé de la cama, salí á la calle y fuí en busca de un médico, que á duras penas consintió abandonar su lecho.

Llegué con él á casa.

Mi esposa seguia gritando.

El médico se acercó á ella, la pulsó, la examinó y dijo:

—Creo que tenemos para algun tiempo: el parto se presenta laborioso.

—¡Cómo el parto! exclamé, si solo puede estar en cinta de cuatro meses y medio.

—Pues si estais seguro de ello, repuso el médico, será aborto. Es preciso registrarla.

Lo hizo, y mirándome de una manera indefinible, me dijo:

—¿Sois su esposo?

—Servidor vuestro.

—¿Y decís que solo puede estar de cuatro meses poco más?

—Calculad, le dije, que solo hace cuatro y medio que nos casamos: ved si puede estar de más tiempo.

—¡Ah!

—Confiésoos que aquel ¡ah! del médico heló la sangre en mis venas.

El mundo se me vino encima.

Por una parte creia en la virtud de mi esposa, y y por otra casi veia un terrible desengaño.

La imágen del primo se me presentó horrible, hedionda.

Si en aquel instante se presenta ante mi vista, creo que lo mato.

Despues de dos horas se presentó el parto.

Yo esperaba aún que fuese un aborto.

La esperanza es lo último que se pierde.

Pero lo que se presentó fué un robusto niño de tiempo natural.

El médico me lo mostró, diciéndome:

—¡Vamos que para ser de cuatro meses, es hermosa criatura!

Yo quedé abismado bajo el peso de mi deshonra.

Podeis figuraros cual seria el estado de mi alma en aquellos críticos instantes.

Dios, sin embargo, vino en mi auxilio.

Me sobrepuse á mi mismo.

Entré en mi gabinete, saqué unas monedas de oro y las puse en manos del Galeno, sin pronunciar una palabra.

¿Qué debia hacer?

¿Dejarme llevar de la ira?

Este fué mi primer pensamiento.

Cogí un cochillo de punta y dí dos pasos con el objeto de asesinar á mi infame mujer y á su inocente hijo.

Pero en el momento arrojé al suelo aquella arma y tomé instantáneamente otra resolucion que me pareció más prudente.

Acudieron á mi mente los consejos y las reflexiones del hermano Blas, y no quise ser asesino.

Elevé mi corazon á Dios, le pedí sus soberanos auxilios y despues de meditar un rato llevé á cabo la resolucion que he indicado.

Recogí todo el dinero que tenia y papeles que podrian serme de alguna utilidad y abandonando todo lo demás salí de aquella casa sin ver á mi esposa ni á mi suegra, con ánimo de no volver.

¿Os diré que no llevaba el corazon partido de dolor?

Yo amaba tiernamente á mi esposa y este amor á pesar de la injuria recibida no podia extinguirse en una hora.

Pasé la noche en una posada situada á bastante distancia de mi casa.

¡Pero que noche! Lloré amargamente ¿Porqué no lo he de decir? Lloré, y solo las ideas religiosas que el hermano Blas habia sembrado en mi alma pudieron prestarme algun consuelo.

En otro tiempo, yo hubiese cometido un triple ase-

sinato, por que mi esposa, su primo que era seguramente el autor de mi deshonra, el inocente reciennacido que en nada era culpable y tal vez hasta la vieja de Satanás que se llamaba mi suegra hubiesen dejado de existir á mis manos.

¿Y cual hubiese sido entónces mi suerte?

Pero, creedlo; no temí á la justicia de los hombres sino á la de Dios.

Recordé que Jesucristo nos enseñó á perdonar y haciendo un esfuerzo sobre mi mismo, exclamé:— ¡Oh Dios de bondad! Yo los perdono como espero que me perdoneis.

Aquella exclamacion debió llegar en olor de suavidad hasta el trono del Señor, porque en el instante experimenté un consuelo extraordinario.

CAPITULO XLIII.

En el que se dá fin á la materia tratada en los anteriores.

Al llegar á este punto de su narracion, el anciano Ernesto se encontró conmovido y tuvo necesidad de enjugarse una lágrima que se desprendió de sus ojos.

No ménos se conmovió Alberto.

Este comprendia que las desgracias de aquel hombre eran más terribles que las suyas.

Y él que tanta necesidad tenia de consuelos, se propuso consolar á Ernesto.

Pero interrumpió sus reflexiones, diciéndole:

—No creais, amigo mio, que tengo necesidad de ser exhortado, ni aún que desee que por nadie se me manifieste sentimientos de compasion. Nada ménos que eso. Si una lágrima ha brotado de mis ojos, csto no significa otra cosa que una manifestacion de la de-

bilidad de nuestra naturaleza. Por lo demás, yo vivo contento y resignado con mi suerte, y procuro ni recordar tales acontecimientos. Si ahora los he traido á la memoria, es porque creo con ello haceros un bien, pues en el momento en que os persuadais de que existen en el mundo otros séres más deventurados que vos, no tendreis por tan amargas vuestras tribulaciones.

—Y yo os agradezco con toda mi alma, dijo Alberto, la revelacion que me haceis. Podeis creer que á medida que avanzais en vuestra historia, voy experimentando un grande alivio en mis penas.

—Y sin embargo, añadió Ernesto, no por lo que os voy refiriendo, me considero el hombre más desdichado de la tierra. ¡Si pudiéramos saber todas las historias secretas! ¡Si pudiéramos leer en todos los corazones! ¡Si pudiésemos penetrar todas las miserias sociales! Empero las grandes desventuras de la vida pasan desapercibidas á la generalidad. El hombre es por naturaleza egoista: piensa en sí y rara vez, si por ventura vive halagado por la fortuna, fija la vista en las desdichas de sus semejantes.

—No todos, anciano, no todos.

—Es verdad.

—Yo conozco un hombre, un santo religioso del que os hablaré despues, llamado Juan de Dios, que no conoce el egoismo, que todo él es misericordia, que solo ocupa el tiempo en beneficio de sus semejantes,

y que está siempre dispuesto hasta á hacer el sacrificio de su propia existencia por cualquiera que padezca necesidad.

—¡Ah! ¡Cómo el hermano Blas!

—¿Y por qué estos hombres no habian de tener muchos imitadores?

—Porque entónces la familia humana seria un trasunto de la celestial Jerusalen.

—¡Y seríamos felices!

—Así es: pero la felicidad no se encuentra sobre la tierra: su deseo es como innato en el corazon: al infundirnos Dios este deseo no nos ha engañado, porque Dios es la misma verdad, y siendo así que no es posible en la tierra ver satisfecho este deseo, es claro á todas luces que la felicidad se halla al otro lado de la tumba. Hombres como los que acabamos de citar, se encuentran pocos por desdicha. Estos no solamente cumplen los preceptos, sino que tambien observan exactamente los consejos evangélicos y en esto consiste la santidad heróica que practican esas almas privilegiadas. Al paso que no son pocos los que alcanzan la santidad esencial á la que se llega por el cumplimiento exacto de los preceptos, son en muy escaso número los que llegan á la santidad heróica, y á estos los suscita el Señor de vez en cuando para su gloria, para beneficio de la humanidad y para que el mundo conozca y se convenza de que no son impracticables los consejos del Salvador del mundo, consig-

nados en ese libro de oro, que llamamos Evangelio.

—¡Oh! Hablais como un doctor, exclamó Alberto, y me extasio escuchando vuestras palabras.

—No como un doctor me explico, sino como un hombre experimentado. En estos últimos años, he encontrado grandes consuelos dedicándome á la lectura de libros piadosos. Creedme, amigo mio, los buenos libros son los mejores amigos, los más fieles compañeros, los que más desinteresadamente nos amonestan y nos enseñan el camino del bien.

—Es verdad, y yo en adelante cuando esté tranquilo, cuando viva en reposo, si Dios me lo concede, me dedicaré tambien á las buenas lecturas.

—Obrareis en ello muy cuerdamente.

—Y ahora si á bien lo teneis, podeis terminar vuestro relato si algo más teneis que referir.

—Verdaderamente aún no he terminado.

—¿He de escuchar nuevas desdichas?

—Si os soy molesto.....

—Ya os he dicho que ántes por el contrario, me haceis feliz con vuestro relato. Yo creo que la Providencia os ha colocado en la mitad de mi camino por mi bien.

—Tal vez, jóven, tal vez, porque no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.

—Pues continuad.

—Os decia que yo habia perdonado de todo cora-

zon á mi esposa, á su cómplice y á mi suegra, á la que no creia la ménos culpable.

Me oculté con mi deshonra en una casa particular, donde mi naturaleza se encontró abatida.

Los golpes que habia sufrido hicieron su efecto y á los dos dias enfermé.

Tres semanas estuve en cama sin poder apartar de mí la fiebre que me devoraba y consumia.

Durante este tiempo fuí perfectamente asistido por un sábio profesor del arte de curar, y por la señora de la casa en la que me hallaba refugiado, que era una viuda ejemplar, que yo conocia de mucho tiempo, y que se habia compadecido de mis desgracias.

Por fin, encontré alivio y pude abandonar el lecho.

Mas mi cabeza no estaba bien.

El pensamiento no podia apartarse del suceso que me habia privado de mi casa, de mi esposa... de todo cuanto amaba en el mundo.

Yo deseaba abandonar cuanto ántes la ciudad.

Queria estar léjos, muy léjos del terreno de mis desdichas.

Allí no podia permanecer más tiempo.

Sin embargo, el doctor encargado de mi curacion me advirtió que en algunos dias no podia emprender la marcha, sin exponerme á una recaida que podria serme fatal.

El emprender, pues, la marcha, equivalia á suicidarme y yo no queria esto.

Me conformé á permanecer en aquella casa hasta tanto que el doctor me advirtiese que podia partir sin peligro.

Pero era necesario dar algunos paseos, tomar el aire libre, para recuperar las fuerzas perdidas.

Esto me contrariaba.

Temia encontrar alguna persona conocida, y ser objeto de amargas sátiras.

Mas como quiera que el doctor instase sobre este punto, por creerlo muy necesario, tomé la resolucion de salir á dar algunos paseos por el campo á la hora del sol.

En los tres primeros dias no encontré á ninguna persona conocida, y aquellos paseos me sentaban muy bien.

Al cuarto me esperaba otra nueva desdicha.

Salí á la hora de costumbre.

El dia estaba hermoso.

Derramaba el monarca de los astros su espléndida luz sobre los campos, sin que la más ligera nubecilla viniese á enturbiar el precioso azul que campeaba en la majestuosa bóveda del firmamento.

En lugar por el que no transitaba alma viviente, me senté para descansar algunos momentos.

Comprendiendo la rapidez de mi convalescencia me puse á echar planes acerca del dia en que definitivamente habia de abandonar la ciudad, para huir del sér que más habia amado en el mundo, y al que

no queria ver por haberme engañado miserablemente, conduciéndome á la deshonra.

Es preciso, me dije; yo no puedo permanecer por más tiempo en esta ciudad, y así consiéntalo ó nó el doctor, ántes de tres dias me habré ausentado para no volver más. ¡Plegue al cielo, añadí, que pueda olvidarme del acontecimiento que me obliga á tomar esta resolucion extrema! Antes de cometer un crímen, ántes que sacrificar á esa mujer que tan pérfidamente me ha burlado, todo es preferible, hasta la expatriacion... hasta la muerte.

Pasé como cosa de tres cuartos de hora entregado á estas reflexiones.

Todos mis pensamientos eran de paz.

Mi resignacion era notable.

Pero el infierno se propuso levantar en mi alma una nueva tempestad que me agitase.

Vais á escuchar como se presentó.

Un hombre se dirigia hácia el sitio donde me hallaba sentado.

Sentí los pasos, pero como no queria hablar con nadie, y evitaba hasta el saludar, creyendo que habian de leer en mi frente la marca de mi deshonra, cerré los ojos y fingí que dormia.

De este modo, esperaba que el transeunte pasase de largo sin dirigirme un saludo.

Mas sentí que aquel en vez de pasar adelante, se paró á dos pasos de distancia del lugar que yo ocupaba.

—¡Señor de Vivar! exclamó aquel hombre.

Yo no pude ménos de estremecerme porque el eco de aquella voz me fué conocido.

Y no me engañé.

Abrí los ojos y ví delante de mí... ¿A quién diriais?

—¿Al primo de vuestra esposa? dijo Alberto.

—Justamente.

Indignado de tanto cinismo me levanté precipitadamente con ánimo de arrojarme sobre él.

Dió dos pasos atrás y evitó el golpe.

—¿Y os atreveis, le pregunté, á poneros en mi presencia, vos que sois la causa de mi deshonra?

—Si os dignais escucharme, señor D. Cándido, me respondió, creo que al fin nos entenderemos.

—Huid, miserable, huid, le dije, porque no respondo de mí, y soy capaz de estrangularos.

—Así matan los asesinos, me dijo: el hombre de honor se bate y venga de esta manera los agravios.

—Idos, le dije.

—Me retiraré, pero queria sincerarme, queria haceros comprender que estais en un error al formar contra mí un capítulo de culpas.

Yo casi no podia sostenerme de pié.

Me hallaba embargado por la conmocion.

Y llegué al punto de no poder articular más palabra.

Caí de nuevo sobre el asiento que antes ocupaba.

Él, que me vió tan trastornado, me dijo:

—Comprendo que teneis motivos suficientes para huir de vuestra esposa y aborrecerla; no voy, pues, á suplicaros que volvais á su lado: solamente queria haceros saber que no soy yo el culpable en absoluto. Mi prima ha tenido tres amantes uno trás otro, y hacia quince dias que habia reñido con el último cuando la pretendisteis para hacerla vuestra esposa. Su madre quiso celebrar la boda, por la razon del estado en que mi prima se hallaba.

Yo le escuchaba pero no podia hacer uso de la palabra, con cuyo motivo aquel hombre vil y despreciable, empezó á hacerme objeto de sus burlas.

Despues de una carcajada, tuvo el atrevimiento de añadir á lo ya dicho:

—Verdad es, que yo no he despreciado sus favores. Ya se ve, siendo primo..... ¡pues!.... Pero ¿quién puede averiguar el padre de la criatura... ¡Y cuidado que es bonita!

Y pronunció unas palabras, semejantes á las que profirió el doctor que habia asistido á mi esposa, y que en tan gran manera hirieron mi corazon:

—Vamos, que el niño para ser de cuatro meses, ha venido al mundo bien robusto.

La ira me embargaba cada vez más y perdí el sentido, y caí al suelo.

No se el tiempo que pasaria en aquel estado.

Cuando volví en mí, me encontré asistido por dos personas para mí desconocidas, que pasando casual-

mente por aquel sitio me habian prestado socorro.

—¿Qué ha sido esto, caballero? me preguntaron.

—¿Se ha ido ya el asesino? exclamé.

—¡Cómo el asesino! ¿Estais por ventura herido? ¿Habeis sido víctima de alguna agresion?

—No estoy herido más que en el alma, contesté: me han asesinado moralmente y el infame... el infame.....

Y la palabra se negaba de nuevo á salir de mis labios.

—Sosegaos, caballero, me dijeron.

Y uno de de ellos se alejó, presentándose al poco rato con una vaso con agua.

—Bebed, caballero, me dijo.

Yo lo hice.

Pasó una idea por mi imaginacion y me fuí serenando poco á poco.

Di las gracias á aquellos dos buenos hombres por los auxilios que me habian prodigado, y encontrándome ya con algunas fuerzas me levanté para èmprender el camino de la casa donde estaba alojado.

Ellos se brindaron á acompañarme.

Yo les repetí las gracias, pero no lo consentí, alegando que me encontraba con fuerzas suficientes.

En efecto me retiré de aquel sitio.

No tengo necesidad de añadir, que hallándome en estado de convalecencia, recaí á causa de aquel accidente, y esta vez estuve á las puertas de la muerte.

—Atónito me dejais, exclamó Alberto, y á vista de vuestras grandes desdichas casi me olvido de las mias. ¡Oh! No hay comparacion posible.

—¿Lo veis jóven? ¿Os llamareis en adelante el hombre más desdichado de la tierra? ¿Repetireis que no pueden existir calamidades semejantes á las vuestras?

—No lo diré: yo soy un jóven falto de experiencia, y estoy aprendiendo ahora más que habia aprendido desde que empecé á hacer uso de mi razon.

—Pues aún no he concluido, si bien ya estoy en el remate de mi historia. ¿Quereis que la termine?

—No deseo otra cosa.

—Pues oid.

Y el anciano Ernesto, continuó de esta manera:

—Mi recaida, que como os he dicho, me puso á las puertas de la muerte, duró cerca de dos meses, pues cincuenta dias eran pasados cuando el doctor me declaró fuera de peligro.

La nueva convalencia la pasé sin salir de la casa, para no exponerme á otra nueva agresion.

Felizmente en la casa habia un grande terrado y por él daba mis paseos.

Durante mi segunda convalecencia, pensé mucho en lo que debia de hacer. ¿Qué hubierais hecho vos, jóven?

—En vuestro caso, dijo Alberto, busco al primo de mi mujer y clavo un puñal en su corazon.

—Y siempre hubieseis tenido el remordimiento del asesinato que debe ser terrible.

—Pero en ciertas ocasíones no se piensa en eso.

—Es verdad.

—A un agravio semejante...

—Responde el que es falto de experiencia ó de temor de Dios con un puñal. Yo carecia de la primera, y si no hice eso, esto es, sino quise ser asesino, me propuse lavar con sangre la afrenta recibida, pero de un modo á mi parecer más noble, más caballeroso, sin meditar que de tal modo se sale ú homicida ó asesino, lo que no deja de ser criminal, por que no está nunca la razon en la punta de una espada, como quieren los que de caballeros se precian.

—Es decir que os decidisteis por un duelo.

—Justamente.

—¿Y se verificó?

—A eso voy. Llamé á mi casa á un hombre de gran corazon y al cual yo habia favorecido mucho en tiempo para él de desgracia, y naturalmente debia conservarme gratitud.

Cuando me vió me abrazó y me dijo que ya tenia conocimiento de lo que me habia ocurrido con mi esposa, pues que era cosa de la que se habia hablado en todas partes, pero que generalmente se me creia alejado de la ciudad, y añadió, que todo el mundo me compadecia por que era pública mi honradez y que en cambio el primo de mi mujer venia siendo

objeto de desprecios y desaires en todas partes.

—¿Me conservais aprecio? le pregunté.

—¡Y como no! me dijo: ¿Podré yo olvidarme nunca de los beneficios que me habeis dispensado?

Entónces le referí la última escena ocurrida con el primo de mi esposa.

Quedó el hombre espantado.

—¡No se concibe tanta infamia! me dijo.

—Pues ya lo veis.

—¿Y qué pensais hacer?

—¿Quereis servirme de padrino?

Mi amigo meditó un momento y despues me dijo:

—No tengo dificultad, pero se me ocurre una cosa.

—¿Qué es ello?

—Si la suerte os fuese adversa, en este caso la sociedad perderia un hombre honrado, y ese perillan se reiria y aún se gozaria en su triunfo.

—¿Y os parece conveniente que me ausente dejando el asunto en tal estado? En este caso tendria razon en llamarme cobarde, y referiria la aventura pasada á sus amigos, pues es capaz de eso y de mucho más.

Mi amigo meditó un momento, y luego me dijo:

—No soy de opinion de que el asunto quede en tal estado y discurris con mucha madurez.

—Lo que quiere decir que aprobais mi idea.

—No, pero veo un remedio.

—Explicadlo.

—Yo le provocaré y me batiré por vos.

—¡Eso de ningun modo!

—¿Por qué?

—En primer lugar porque no sois la persona agraviada, y en segundo por que esto no me libraria de pasar por cobarbe, lo que quiero evitar á todo trance.

—En este caso disponed de mí, pero yo os estoy muy agradecido y por lo tanto expondria gustoso mi vida por vos.

—Gracias, amigo mio, gracias, le dije.

—Pues podeis ordenar, me replicó, lo que he de hacer.

Dile las señas de la casa donde vivia el que de tal modo me habia injuriado, suplicándole que fuese á entenderse con él.

Aquel mismo dia lo hizo.

Y no quiero privaros de que escucheis lo que pasó en aquella entrevista.

—Veamos, dijo Alberto.

Presentóse mi amígo en su casa.

Él le recibió con la mayor cortesía.

Ignoraba el objeto de la visita.

—Vos direis, caballero, en lo que puedo serviros.

—¿No me conoceis? le preguntó mi amigo.

—No tengo el honor.....

—Soy un amigo íntimo del honrado caballero al que habeis robado su honor y al que villanamente ofendisteis despues con un cinismo incomprensible:

en una palabra, vengo á citaros para un duelo con don Ernesto, el esposo de vuestra prima.

Aquel miserable mudó de color y quedó como petrificado.

No sabia que contestar.

Habia sido valiente para insultarme y demostraba una gran cobardía cuando se trataba de acudir al terreno de las armas.

—¿Qué me contestais? dijo mi amigo.

—Pero D. Ernesto no se halla en la ciudad.

—Don Ernesto está esperando que se señale dia, y hora y no faltará.

—¡Despues de tanto tiempo! Eso no puede ser, porque á sangre fria.... ya veis.... y en fin, yo no me bato con nadie.

—Tened entendido, le dijo mi amigo, que era hombre de mucho genio y de gran valor y sangre fria, que si el duelo no queda arreglado en este momento, ó si arreglado faltais á la cita, os abofeteo do quiera que os encuentre, y esto no una vez sola, sino tantas cuantas con vos tropiece y diré á voz en grito que lo hago así porque sois un miserable y un cobarde.

Sulfurose con esto el jóven y viéndose, como suele decirse entre la espada y la pared, porque el semblante de mi amigo demostraba que era muy hombre para obrar como decia, exclamó:

—Pues bien, arreglemos el asunto, y no seré yo el

que falte. A mi nadie me ha puesto las manos en la cara ni me las pondrá.

El duelo quedó arreglado para dos dias despues al amanecer.

Habia de ser á espada.

La reunion en el mismo sitio donde recibí la última ofensa.

No hay para que decir que apénas amanecia estaba yo acompañado de mi amigo en el sitio indicado.

El primo de mi mujer llegó á los pocos minutos con un amigo suyo que debia servirle de padrino.

Les acompañaba además otro caballero jóven.

Preguntó mi amigo, porque traia dos padrinos á lo que contestó mi agresor:

—Uno de estos señores, el que trae la cajita bajo el brazo, que es un estuche, es un médico-cirujano que prestará sus auxilios á cualquiera de los dos que tenga necesidad de ellos.

Yo no quise ni hablar ni mirar al miserable que me habia puesto en el caso de ser asesino ó de dejarme asesinar.

Los dos padrinos determinaron que nos internáramos á un bosquecillo que estaba inmediato, y donde no era fácil que apareciese ningun testigo de vista que pudiese delatarnos á la justicia.

Para entrar al sitio designado por los padrinos, habíamos necesariamente de pasar por una ermita.

Delante de su puerta habia una cruz grande de piedra que se elevaba sobre un tosco pedestal.

Yo fijé mi vista en aquel signo de la Redencion humana, y recordé al Salvador, perdonando á sus enemigos en el acto mismo de ser inhumanamente sacrificado.

Me estremecí.

Comprendí que con el acto que iba á practicar ofendia al Dios de misericordia, que hecho hombre murió por nosotros, y me abochorné de mi mismo.

Si en aquel momento mi adversario me pide perdon, se lo hubiese concedido á pesar de la gravedad de las ofensas que me habia hecho.

Pero yo por mí no podia retroceder.

Me lo impedia eso que llamamos honor. ¡Cómo si pudiese haber honor en conculcar la ley divina!

Llegamos al sitio.

Los padrinos nos entregaron las espadas.

Dieron una palmada y nos pusimos en guardia.

La repitieron y empezó la lucha.

Yo manejaba bien la espada, pero mi contrario no la manejaba peor.

Sus golpes eran siempre dirigidos al corazon.

Por dos veces pude con la mia apartar su espada.

Sin embargo, yo estaba ciego y no sabia lo que hacia.

Le arremetí con suerte.

Dió mi adversario un grito espantoso, horrible, de-

jó caer la espada de la mano y cayó él desplomado

Acudieron á él el médico y los dos padrinos.

Yo creí que le habia muerto.

Le miré y me horroricé.

Tenia la cara cubierta de sangre.

La punta de mi espada le habia entrado por el ojo derecho y se lo habia vaciado.

El dolor natural le habia hecho perder el sentido.

Pero lo que más me horrorizó fué lo siguiente:

—El padrino del herido, exclamó llevándose las manos á la cabeza:

—¡Que desgracia! ¡Que fatalidad!

—¿Le he muerto por ventura? pregunté.

—Mejor fuera, caballero, mejor fuera.

—No lo comprendo.

—Le habeis vaciado el ojo derecho y tal vez ignorais...

—¿El qué?

—Que hace cuatro años tiene perdida la vista del izquierdo.

—Así, dijo mi amigo, no podrá ver á un hombre honrado para insultarle.

Yo quedé horrorizado en gran manera.

En aquel momento no me acordaba ya de las ofensas recibidas sino de la ceguera en que quedaba aquel hombre.

Me aparté de aquel lugar con el alma partida de dolor, seguido de mi amigo, en tanto que el médico

cirujano ayudado del otro padrino atendia al herido.

¿Qué fué de él?

No lo he sabido nunca.

Al dia siguiente abandoné la ciudad y vine á esta donde fijé mi residencia.

Van pasados muchos años.

Ni he sabido ni he procurado saber nada de aquella familia.

Me consideré desde entónces viudo.

Con lo que pude recoger de lo que me pertenecia, me dediqué á hacer algunos negocios que no dejaron de producirme buenas y legitimas ganancias, con las cuales me voy sosteniendo en mi vejez hasta que llegue el dia de la felicidad, que es aquel en el que abandonamos este valle de lágrimas y de miserias.

Os he referido los acontecimientos principales de mi vida, para que comprendais, jóven, que no sois el hombre más desgraciado de la tierra, como deciais la primera vez que tuve el gusto de veros y escucharos. ¿Quién puede decir en el estado de viador, soy feliz? ¿Existe por ventura la felicidad sobre la tierra? ¿Hay en ella quién no tenga alguna vez motivos para verter lágrimas amargas? La felicidad se encuentra únicamente al otro lado del sarcófago, y la resignacion y las demás virtudes forman el camino que á tanto bien conduce.

Alberto que habia escuchado con la mayor atencion el relato del viejo Ernesto, cuando este llegó á

su terminacion, no pudo ménos de acongojarse.

—¿Porqué os afligís de esa manera? le preguntó Ernesto.

—Poderosos motivos tengo para ello, respondió Alberto.

—Si es así, desahogaos libremente.

Despues de algunos momentos, Alberto, logró serenarse y dijo al anciano:

—Habeis sido conmigo muy bondadoso, refiriéndome los acontecimientos de vuestra vida; pero vuestro relato ha despertado en mi mente amargos recuerdos. Y ya que tal confianza os he merecido, deseo corresponder á ella refiriendoos la historia de mi vida. Es corta, porque como veis soy bastante jóven, pero no es ménos interesante, ni ménos trágica que la vuestra. ¿Me hariais el obsequio de escucharla?

—Con el mayor placer, pero ahora os hallais agitado, y si os parece lo aplazaremos para mañana.

—Estoy conforme.

—Pues á la misma hora de hoy me tendreis aquí.

—Estamos convenidos, dijo Alberto. Así, enterado que esteis de mis desdichas, me dareis algunos sanos consejos con arreglo á los cuales sujetaré mi conducta en adelante.

—No soy en verdad hombre de consejos, replicó el anciano, pero os hablaré con sinceridad y segun lo que me dicte el corazon y la conciencia.

—Los consejos de la ancianidad siempre son utiles,

y la experiencia de las canas debe ser respetable para los que aún se hallan en la primavera de la vida.

Ernesto se retiró, y Alberto quedó sumido en la mayor tristeza.

Después de algunos minutos de meditacion, se levantó del asiento que ocupaba, exclamando:

—¡Verdaderamente no puede decir ningun hombre que es el más desgraciado de la tierra! La historia de Ernesto tiene algunos puntos de contacto con la mia. ¡Quien es feliz en el mundo!

CAPITULO XLIV.

Consejos de Ernesto y resolucion que toma Alberto.

Reunidos en efecto á la tarde siguiente Ernesto y Alberto, este refirió al primero con todos sus detalles su historia, sin ocultar la más mínima circunstancia, y tal cual la conoce ya el lector.

El anciano le escuchó con la mayor atencion y sin interrumpirle.

Cuando Alberto hubo terminado su relato, preguntó á Ernesto:

—¿Cual de las dos mujeres os parece más infame, la vuestra ó la mia?

—Si he de hablaros lo que siento, respondió el anciano, no creo que haya en el mundo una mujer más perversa que esa Beatriz con la que tuvísteis la desgracia de uniros. ¿Pero teneis motivo para quejaros de vuestra suerte? Yo creo que no.

—Pues no lo comprendo, dijo Alberto.

—Es muy sencillo. ¿Quién os arrastró al abismo de los males que habeis sufrido, sino una insensata pasion? ¿No os proporcionó la Providencia una criatura angelical que hubiese sembrado de flores vuestros pasos por la tierra?

—Es verdad.

—¿No os amaba con todo su corazon?

—Es verdad.

—¿No la abandonásteis cruelmente por un capricho de vuestro corazon?

—Es verdad.

—Pues ved lo que somos los hombres: nos quejamos de la Providencia por los males que nosotros mismos nos buscamos. ¿Qué me sucedió á mí? Que encantado por la hermosura y aparentes virtudes de Rosa, me enlace con ella á los pocos dias de conocerla. ¿Y debia haber obrado de esta manera? ¿Podia tenérseme por prudente? De ningun modo: yo debí esperar, debí tratarla algun tiempo, sondear su corazon, observar, y seguramente yo hubiese llegado á comprender el misterio que allí se encerraba, y me hubiese ahorrado tantos sinsabores. Mas los hombres nos dejamos guiar por los caprichos del corazon y las veleidades de la fantasía, obramos por nuestro propio consejo, y así es que vamos saltando de precipicio en precipicio y nos perdemos.

Verdaderamente, continuó, vuestras desgracias son

grandes y vuestra situacion es á no dudarlo bastante crítica.

—¿Y qué me aconsejais? dijo Alberto.

—Difícil es en verdad el daros los consejos que me pedís.

—Pero sois hombre de experiencia y veis más que yo. ¿Rehusaréis el aconsejarme?

—Eso de ningun modo, y lo único que sentiré es el no estar acertado en mis consejos.

—Bien; hablad.

—Yo, en vuestro caso...

—¿Qué hariais?

—No me habeis hablado de un varon lleno de virtudes, de un santo religioso llamado...

—Juan de Dios.

—Pues bien; yo regresaria á Granada, pero disfrazado de manera que no pudiese ser reconocido por nadie. Procuraria verme con el hermano Juan de Dios, el cual se informaria del estado en que hoy se encuentra vuestra esposa, á la que Dios puede haber tocado al corazon, y me pondria en sus manos, haciendo cuanto me dijera. ¿Quién mejor que un varon de Dios puede aconsejar en esos asuntos, y mucho más cuando tan enterado se halla de ellos?

—Lo haré del modo que me lo decís, á pesar de la repugnancia que me cuesta volver á Granada. Veré á Juan de Dios, y desde ahora prometo no tener otra regla de conducta que la que él me dicte. Os agra-

dezco, anciano, vuestro consejo y os ofrezco escribiros noticiándoos cuanto me ocurra.

—Mucho lo estimaré, dijo Ernesto, porque me intereso por vuestro bien, y ¡ojalá que seais dichoso en adelante! pero sea cualquiera vuestra suerte, no os entregueis á la desesperacion y buscad siempre los consuelos de la religion, que endulzarán vuestras amarguras, como á mí me las han endulzado.

—Os ofrezco solemnemente hacerlo así, y pongo á Dios por testigo de este juramento.

Interin Alberto permaneció en Barcelona, no dejó de reunirse diariamente con el anciano Ernesto, que le habia cobrado mucha aficion, en el que habia encontrado un buen amigo, cosa tan estimable y mucho más para un hombre combatido por las tempestades de la tribulacion.

Ya consignamos en un principio que Alberto estaba dotado de un buen corazon: lo único que le habia faltado para ser feliz era una buena direccion. Se dejó guiar por una fatal pasion, y esta fué la causa de todas sus desgracias y sinsabores.

Ahora lo conoce, y por esto quiere seguir los consejos de las personas de virtud y de experiencia.

Nunca es tarde para entrar por el buen camino.

Un dia, habian pasado quince desde aquel en que determinó partir para Granada, dijo á Ernesto:

—Mañana emprendo mi viaje.

—Mucho siento, le contestó el anciano, el que os

separeis de mí, pero me alegro por vuestro bien.

—Con el cuerpo me separo de vos ¡oh buen amigo, que nó con el espíritu! Do quiera que me conduzca el destino, me acordaré de vos y procuraré que tengais noticias mias como yo deseo tenerlas vuestras.

—Así lo deseo, y haré votos contínuos por vuestra felicidad.

—Y yo por la vuestra.

La despedida no pudo ser más tierna.

Alberto abandonó aquella ciudad y emprendió su viaje.

Era ya otro hombre.

Confiaba en la Providencia y tenia resignacion.

Era esto haber adelantado mucho.

Y aquí séanos permitido hacer algunas reflexiones que creemos no están de más en este lugar, sobre todo cuando el objeto que nos hemos propuesto al escribir este libro de honesto recreo, en el que campean, al lado de la verdad histórica, y el recuerdo de las hermosas máximas de la moral cristiana, los recursos y peripecias de la novela que hacen más agradable la lectura, es demostrar las grandes ventajas de practicar las virtudes y hacer adquirir horror á los vicios que ennegrecen el cuadro social, y envilecen á los séres racionales haciéndolos de peor condicion que las bestias.

Es indudable que el hombre en todo tiempo y en cualquier circunstancia de la vida, tiene una absoluta

necesidad de los consuelos de la religion; pero hay épocas especiales, momentos en los que se siente más y más esa necesidad. En las horas de amargura, cuando el hombre se vé rodeado de la adversidad, cuando es perseguido por la desgracia, cuando el infortunio hace pesar su férrea mano, sin poder encontrar verdaderos consuelos en los amigos, en los parientes, en ninguna de las cosas materiales, entónces es cuando se aprecia en su justo valor la influencia de la religion en los actos de la vida humana, y aquella hija del cielo aparece tanto más sublime y divina cuanto más nulos é impotentes son todos los recursos humanos.

Por esto el hombre se vé impulsado á buscar en ella el alivio y el consuelo que no puede encontrarse en un mundo que si algo sabe, es alucinar con engañosas ilusiones, con falsas promesas que no puede realizar.

Y tanto es así, que más de una vez hemos visto á alguno de esos que se llaman á sí mismos espíritus fuertes, de esos que hacen gala de materialismo, elevar sus ojos arrasados de lágrimas al cielo, en las grandes tribulaciones de la vida. Tan cierto es que la idea de Dios está gravada con hondos caractéres en el corazon humano.

La adversidad es la gran ley de la humanidad.

Visita al monarca que sentado en su trono y cubierto de púrpura, gobierna un reino entero.

Se presenta al hombre de la ciencia como á aquel que no conoce la literatura.

Déjase sentir al poderoso como al menestral.

Y no hay hombre sobre la tierra del que no se deje sentir en algun tiempo.

Y tal es la razon, porque la verdadera felicidad es un mito si trata de buscarse en la tierra de los viadores que sólo ofrece afliccion de espíritu.

Porque ¿quién jamás puso vallas al infortunio, para que no entre en su hogar á perturbar la tranquilidad de la familia? ¿Quién pudo impedir á la adversidad, á la desgracia, á la enfermedad ó á la muerte que sembrase el luto y el pesar hasta en las familias más poderosas y de más elevada posicion? Nadie en la tierra se ve libre de pesares, y por más que los hombres traten de precaverse contra los golpes de la adversidad, nunca lo logran, porque sobre los planes mejor combinados de los humanos, está la Providencia vigiladora que sabe desbaratar los proyectos de los hombres, y que lo mismo hace descender á un rey de su trono para que muera en la pobreza y el desamparo, que muda la vestidura del pastor en la régia púrpura de Israel.

Dichoso, pues, el que á través de la adversidad, en vez de dejar á la desesperacion que se apodere de su corazon, se echa en brazos de la religion divina, fuente de todos los consuelos, riquísimo venero y manantial inagotable de santas esperanzas.

Hé aquí lo que hizo nuestro Alberto.

Para él fué una felicidad el haber tratado con el anciano Ernesto, con aquel hombre al que la experiencia habia enseñado más, inmensamente más que cuanto pudiera haber aprendido en los libros de los más renombrados filósofos.

Sus sanos consejos trocaron el corazon de Alberto.

Ya este no estaba como ántes en la persuasion de que era el hombre más desgraciado del mundo.

La historia del anciano le hizo ver que aún habia hombres más desdichados que él en la tierra.

Y al ver su resignacion se abochornó de sí mismo, de su falta de confianza en Dios, y se entregó á la Providencia.

Y como adquirió en un momento la virtud de la resignacion, su corazon experimentó una expansion hasta entónces desconocida para él.

Empezó á disfrutar esos grandes consuelos que de la religion y sólo de la religion emanan.

El noble anciano que habia contribuido tan poderosamente á que se trocase su corazon, sintió su marcha por más que se la hubiese aconsejado, porque ya le profesaba una cordial estimacion, un puro afecto.

Así, pues, rogó á Dios en fervorosa oracion que le amparase y pusiese término é sus desdichas; y como habian quedado en que sostendrian una correspon-

dencia, esperaba confiado que un dia habia de escribirle para noticiarle que su esposa habia entrado en el buén camino y que pasaba á su lado una vida tranquila y sosegada.

CAPITULO XLV.

La ley de las compensaciones.

Deseaba y temia al mismo tiempo Alberto llegar á Granada, lo que se comprende fácilmente.

Lo deseaba, porque como era natural se hallaba ansioso de saber si su esposa se habia separado de la mala senda que siguiera; y tambien por escuchar los consejos que le diese aquel varon santo, Juan de Dios, en cuyas manos habia determinado poner sus asuntos.

Lo temia, porque para él seria un golpe de muerte el saber que Beatriz, en vez de enmendarse seguia siendo criminal, lo que era muy probable para él, pues que discurria de este modo:

—Mi repentina marcha sin despedirme de ella, debió contribuir á aumentar su furor, excitaria en ella el ódio contra mí, y tal vez se haya lanzado de una

vez en la carrera del crímen. El hombre que llega á perder toda idea religiosa y se entrega resueltamente al desenfreno de las pasiones, es terrible; pero la mujer que llega á este caso es mucho peor que el hombre.

Y en discurrir de esta manera, estaba muy acertado el desgraciado Alberto.

Ejemplos de esta verdad vemos en las grandes conmociones populares, en esas revoluciones que los enemigos del órden social, los trastornadores de oficio llevan á cabo para acostumbrar á los pueblos á hollar todo principio de autoridad, á despreciar las leyes divinas y humanas, á no tener más regla de conducta que el capricho... y todo para medrar á costa de los que incautos se dejan arrastrar á ser instrumentos de aquellos enemigos de la sociedad que reciben un tardío desengaño.

Nuestra edad nos ha permitido presenciar algunas de estas revoluciones, y en ellas hemos visto á cierta clase de mujeres, de esas desgraciadas que ni aún nociones tienen de la modestia propia de su sexo, cometer actos vandálicos y horrorosos, que la pluma se resiste á consignarlos, y que no se hubiera atrevido á hacerlo el hombre más protervo.

Por esto decimos que Alberto pensaba muy cuerdamente, al imaginarse el cuadro de horror que habria de presenciar si su esposa no se habia separado del mal camino que desgraciadamente habia emprendido.

Y ya verémos más adelante que por desdicha no se equivocaba.

Porque Beatriz, en vez de enmendarse, se habia endurecido en la maldad y en el crímen.

Era ya una mujer dispuesta para todo.

Y puede decirse que se hallaba ya, en cierta manera, hasta abandonada de Dios.

Decimos en cierta manera, porque en absoluto Dios no abandona jamás á las criaturas, pues no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y que viva.

Empero, cuando la criatura no corresponde á la gracia, cuando desprecia los llamamientos divinos, suspende entónces estos paternales avisos, dejándola entregada á sí misma, en cuyo caso es muy difícil la conversion.

Dejemos por ahora á Beatriz, para no adelantar tristes sucesos que hemos de narrar, y ocupémonos tan solamente del desdichado Alberto, al que la Providencia visitaba con grandes infortunios, tal vez para que expiase la falta cometida cuando abandonó al ángel de pureza que debia hacerle vivir en un paraiso, para volar á los brazos de una mujer de volcánicas pasiones

¡Quién puede leer en el libro de los destinos del hombre!

Los medios de locomocion conocidos en aquella época, fueron causa de que tardase mucho Alberto en llegar á su destino.

El viaje de Barcelona á Granada, que hoy podemos hacer en poco más de dos dias y aún por via de paseo, era entónces cuestion de algunas semanas y de grandes incomodidades.

En cuanto á seguridad, no nos atrevemos á afirmar que hayamos ganado mucho, toda vez que hoy los robos en los ferro-carriles se repiten con una frecuencia que espanta.

Alberto al llegar á Córdoba se encontraba ganoso de reposo.

No podia resistir el cansancio y la fatiga.

Determinó, pues, permanecer allí algunos dias, por más que estuviese ya casi al término de su viaje.

Allí tuvo un encuentro inexperado.

El dia siguiente al en que llegó á aquella ciudad, fué á dar un paseo por los alrededores de la poblacion.

Hallábase parado contemplando una hermosa perspectiva que á su vista se presentaba, cuando se sintió preso por dos brazos que le estrechaban.

—¡Alberto! exclamó el que le daba aquella prueba de cariño.

Fijó Alberto la vista en su rostro, y al reconocerlo dijo con alegría:

—¡Francisco! ¡Qué ajeno estaba yo de encontrarte por aquí! ¿Y qué tal?

—Muy bien á Dios gracias.

Francisco era uno de los antiguos amigos de Al-

berto; se habian conocido desde la niñez y habian sido compañeros de escuela.

Pero no habia pertenecido al número de aquellos amigos explotadores, para los que la amistad es un negocio como otro cualquiera.

En primer lugar, no necesitaba recurrir á tales medios porque era rico; y en segundo lugar, no se lo permitia su génio y carácter particular.

Francisco era hombre de pocas palabras, enemigo de toda clase de adulaciones y de lisonjas, y muy dado á los estudios sérios.

A Alberto habia profesado siempre mucho afecto y hasta cariño; pero ni le buscaba con frecuencia ni le acompañaba en sus aventuras de jóven.

Sin embargo, hubiera por él pasado cualquier peligro.

Cuando supo su desaparicion de Granada, sintiólo vivamente.

Ignoraba como todo el mundo que es lo que habia sido de él, y cuales habian sido las causas de su marcha.

Todo esto contribuyó poderosamente á hacer extraordinaria la alegría cuando le encontró en Córdoba, justamente cuando y donde ménos podia pensar encontrárselo.

Francisco se habia casado con una bellísima jóven, que habia perdido hacia tres meses; y triste por acontecimiento que referirémos, se habia trasladado á

Córdoba y residia en una casita de estilo árabe, con jardines, que era de su propiedad.

Esta traslacion habia tenido por objeto separarse de aquellos sitios que á cada momento podian recordarle sucesos que deseaba olvidar.

Después que se saludaron como hemos visto, Alberto, que notó su vestidura de luto, le preguntó:

—¿Qué significa ese traje? ¿Por quién llevas luto?

Francisco mudó de semblante, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y exclamó:

—¡Ay, amigo mio! Soy viudo.

—¡Viudo!

—Sí.

—¡Te envidio!

—¡Que me envidias!

—Justamente. Sin embargo, tal vez tú tendrias un ángel por mujer, y en este caso te compadezco.

Francisco se sonrió con amargura.

Y en esto conoció Alberto que se habia equivocado en su proposicion.

Por lo que no pudo ménos de exclamar:

—¡Es posible que no haya de encontrarse una mujer buena!

—No hables así, dijo Francisco. Existen mujeres modelos que son la honra de su sexo.

En aquel instante Alberto recordó á Victoria, á aquel ángel de sus primeros amores, y exclamó:

—¡Es verdad, amigo mio, es verdad! Me retracto

de las palabras que acabo de pronunciar. Sobre la tierra existen mujeres tan puras como los serafines que rodean el trono de Dios.

Ambos se comprendieron.

Penetraron el uno el corazon del otro.

Y se compadecieron mútuamente.

—Ven á mi casa, dijo Francisco á Alberto: quiero que estés en mi compañía el tiempo que hayas de permanecer en esta ciudad, que me alegraré sea mucho.

—Dispuesto estoy à complacerte.

—¡Oh! Yo guardo en mi corazon secretos terribles. Yo sufro, amigo mio, sufro mucho y tengo gran necesidad de consuelos. Te he encontrado cuando ménos podia esperar verte. ¿Será que Dios te envia para mi alivio?

Sonrióse Alberto, y le contestó de este modo.

—¿Eres desgraciado?

—Sí.

—¡Cómo yo! ¿Has sufrido desengaños?

—Terribles.

—¡Cómo los mios! Bien; vamos á la posada, recogerémos mi equipaje y me traslado á tu casa. Si tú tienes necesidad de consuelos, más tengo yo: si necesitas un pecho en el que desahogar los sentimientos del tuyo, yo siento igual necesidad.

Media hora más tarde, Alberto se hallaba instalado en la casa de su amigo.

—¿Dónde has pasado el tiempo desde que te ausentástes de Granada? preguntó Francisco.

—Todo lo sabrás, dijo Alberto; pero la historia es larga tanto como lastimosa.

—Pues bien; cuando quieras nos comunicarémos nuestras mútuas desventuras.

—Dejémoslo para mañana, si te parece. Hoy no debemos entristecernos, cuando nos vemos por primera vez despues de tanto tiempo de ausencia.

Así lo hicieron.

Durante el resto de aquel dia recordaron los plácidos dias de la infancia, recuerdo que siempre es grato en la edad madura y hasta en la vejez.

Al dia siguiente ambos madrugaron.

Salieron juntos, luego almorzaron y pasaron la mañana conversando como buenos amigos.

Dos horas despues de la comida y en ocasion en que se hallaban los dos en un precioso y bien halajado gabinete que tenia vistas al campo, dijo Francisco:

—Creo que es ya tiempo de que empecemos á comunicarnos nuestras desdichas. Verémos cuál es el más desgraciado de los dos.

—Si esas palabras me las hubieras dirigido hace un mes, yo te hubiese contestado en el momento que era el hombre más desgraciado de la tierra: que no era posible encontrar desdichas comparables con las desdichas mias.

—¿Y hoy?...

—Hoy es otra cosa: hoy te digo, soy desgraciado, pero hay otros que lo son más: el mundo es un valle de lágrimas y de miserias. ¿Quién no tiene lágrimas que verter? ¿Quién no tiene motivos de afliccion? Y uno se consuela cuando considera que la desdicha es el patrimonio de la familia humana.

—Tienes razon. Yo soy rico, puedo sostener no solamente mis necesidades sino hasta mis más caros caprichos. ¡Cuantos me envidiarán! Y, sin embargo, esos que me envidian, que desearian poseer mis riquezas, ignoran la tormenta que existe dentro de mi alma.

Hablaban al lado de la ventana y desde allí veian un infeliz mendigo, ya anciano, que sentado al sol sobre la tierra, apuraba el contenido de un pucherillo que sostenia con sus trémulas manos.

—Mira, dijo Francisco á su amigo. ¿Ves aquel pobre?

—Sí.

—Tal vez carezca hasta de un miserable colchon donde dar descanso á su fatigado cuerpo. Y, con todo, debe ser más feliz que nosotros, porque no conocerá el egoismo, y vivirá en tranquilidad de espíritu. Bajemos; quiero socorrerle é interrogarle al mismo tiempo.

—Vamos, dijo Alberto.

Y los dos amigos, salieron de la casa y se dirigieron al sitio donde el mendigo se hallaba.

Saludáronle y respondió afectuosamente.

Su rostro era venerable:

Francisco puso una moneda de plata de las de más valor en su mano, diciéndole:

—Tomad ese socorro.

—Mil gracias, caballero, dijo el mendigo: Dios le pague la caridad. Os aseguro que jamás habia recibido tan abundante limosna.

—¿Sois muy desgraciado?

—¡Desgraciado! Nó señor.

—¿Pues no os veis en necesidad de implorar la caridad pública?

—Eso es verdad.

—Luego entónces.....

—Esto no quiere decir que sea desgraciado. Puede carecerse de bienes de fortuna, y sin embargo ser rico al mismo tiempo, y eso es lo que me sucede.

—¿Sabeis que no os comprendo?

—¿Podreis, caballero, decirme cual es, á vuestro modo de entender, el hombre más rico?

—El que posee en más abundancia los bienes de fortuna.

—Veo que estais en un error.

—Decid, pues.

—Es más rico aquel que, contento con su suerte, no mira con envidia lo que otros poseen ni conoce el egoismo, y tiene al mismo tiempo fe en la Providencia.

—Teneis razon, dijo Alberto.

—A más de esto, continuó el mendigo, hay otra riqueza que vale más que el dinero, cual es la salud.

—En eso tambien teneis razon, dijo Francisco.

—Y yo, á Dios gracias, la disfruto tan buena, que jamás he experimentado en ella el menor trastorno. ¿No habeis oido nunca hablar de la ley de las compensaciones?

—Sí, en verdad.

—Pues esta ley es una demostracion de la justicia de ese Dios que todo lo gobierna en peso número y medida.

Los dos amigos se miraron, extrañando aquella filosofía en un hombre cubierto de míseros andrajos.

Comprendiólos el mendigo que se sonrió y dijo:

—Os admirais de oirme hablar de esta manera, y todo porque me veis pobre y desvalido. ¿En el cuerpo de un pobre no puede abrigarse un alma tan grande como en el de un rico? Ved aquí lo que sucede en el mundo: un hombre cubierto de harapos, puede ser honradísimo y virtuoso, puede tener talento natural, y no lo digo por mí, que ninguno tengo, y, sin embargo, á este hombre no se le escucha, se le mira con desden y se le cierran todas las puertas, y estas permanecen abiertas para un bribon, si este bribon viste sedas ú otras ricas telas. Pues mirad; yo soy pobre, de lo que no estoy pesaroso. ¿Qué me importa que una gran señora, por ejemplo, no quiera

acercarse á mí, por no manchar sus ropas rozándolas con mis pobres harapos? Esa señora podrá tener una suntuosa morada. Yo en cambio tengo un palacio que se llama naturaleza. Su techumbre es la hermosa y azulada bóveda del firmamento: el pavimento está tapizado con una alfombra verde de mayor mérito y hermosura que las que se ostentan en los palacios de los monarcas. Miradla y contemplad las bellezas y la magnitud de mi palacio.

Y, esto diciendo, extendió su mano hácia el campo que tenia delante.

Los dos amigos le escuchaban en silencio.

El mendigo continuó:

—Os hablaba ántes de la ley de las compensaciones y decia que es una demostracion de la justicia divina.

Voy á probarlo.

Yo carezco de bienes de fortuna: carezco más, pues no tengo en el mundo una persona amada sobre cuyo pecho poder reclinar mi ya blanca cabeza. Pero en cambio gozo, como ántes decia, de una salud muy completa; vivo no solamente resignado sino aún contento con la suerte que me ha tocado, y el Dios que cuida de las aves del cielo, me proporciona el alimento. Mirad los cuervos, que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa ni granero y Dios los alimenta. ¿Pues, cuanto más valemos nosotros que ellos? Así lo dijo el Salvador del mundo, y ved por qué yo no me ten-

go por desgraciado. Confio en Dios, y es la verdad que Dios no me falta. El buen órden social exije la diversidad de fortunas. ¡Dichoso el que sabe conformarse con la que le ha cabido en suerte!

Muy complacidos y hasta consolados quedaron los dos amigos, escuchando á aquel anciano que hablaba como un doctor.

El cual luego que hubo terminado les dijo:

—Y ahora, con vuestro permiso, voy á dormir un poco sobre la verde yerba. Después de comer acostumbro á descansar un rato.

—Pero aquí en el campo, dijo Francisco, estais mal: hay muchos animales venenosos.....

—Tambien hay Providencia, dijo el pobre.

Y sin más cumplimientos se echó y cerró los ojos.

Parecia uno de los antiguos patriarcas.

Dos minutos después dormia profundamente.

—¡Hé aquí un alma tranquila, dijo Alberto!

—Ese pobre mendigo, respondió Francisco, es más feliz que yo, apesar de mis riquezas. Y en verdad te digo que me alegro el haber tenido ocasion de hablar con él. ¿Podrás creer que sus palabras han sido para mí, un bálsamo de consuelo?

—No puedo dudarlo, cuando experimento iguales sentimientos.

—Ese hombre debe tener historia.

—¡Tal vez!

—Y por cierto terrible.

—Creo que en él hablan los desengaños del mundo.

—Pero no se queja.

—Es una resignacion admirable.

—Sus palabras dan á comprender que no siempre ha sido lo que ahora. Este hombre tiene mucha instruccion.

—Y una filosofía digna de ser estudiada. No es esa filosofía que aparta de Dios y que en casos desgraciados lleva al hombre á la desesperacion; es, sí, la filosofía que fortaleciendo la fe, fortalece al mismo tiempo el corazon.

—¡Dichoso él!

—Sí, muy dichoso porque acepta con la misma voluntad los bienes y los males.

—La razon nos la ha dado el mismo, diciéndonos que comprende la eterna ley de las compensaciones.

Hablando de este modo, llegaron de nuevo al gabinete de Francisco del que habian salido para hablar con el mendigo.

CAPITULO XLVI.

Una historia moderna contada por un amigo antiguo.

Verdaderamente preocupados se hallaban los dos amigos por el razonamiento del mendigo, que habia llevado á sus corazones grandes y utilísimos convencimientos.

—Es necesario convenir, dijo Francisco, en que si existe felicidad en el mundo, consiste en la tranquilidad de la conciencia. Existen muchos séres de ambos sexos, que creen hallarla bajo los artesonados techos de los salones de un palacio, en la posibilidad de poderse rodear de un lujo casi oriental y en ser objetos de envidia por la posicion que ocupan ó las riquezas que poseen. ¡Cuántas miserias hay envueltas en sedas y terciopelos! ¡Cuánta podredumbre se adorna con piedras preciosas! Yo he recorrido los salones de la grandeza, he contemplado las mujeres del gran mun-

do, y de uno de esos centros, que mirados superficialmente parecen un trasunto del primitivo Eden, he sacado la muerte de mi corazon. Yo me incliné para coger un brillante... un brillante que me deslumbró, que excitó mi codicia, y cuando lo tuve entre mis manos, pude convencerme de que en vez de brillante era piedra enlodada, y como la habia guardado junto al corazon, precisamente este corazon se contagió, enfermó... ¡murió!.... Porque has de saber Alberto, y ya te doy á vislumbrar el fondo de la historia de mis desdichas, que mi corazon está muerto para todos los afectos.

Alberto que se habia extremecido al escucharle, porque las palabras de su amigo renovaban la herida de su alma, le contestó:

—No todos, amigo mio, no todos, porque otra cosa contraria á lo que dices, significa mi presencia aquí en estos momentos.

—Es verdad: pero en tí he visto el compañero de la infancia. Nos amábamos como dos hermanos cuando ni tú ni yo comprendíamos la maldad que se encierra en el mundo, cuando nuestras almas eran puras como las de los ángeles del cielo. Por esto cuando yo creia que no podia tener afectos en el mundo, no he podido ménos de demostrártelo. Te he visto cuando ménos pensaba en que esto podia suceder, y he creido ver en tí el verdadero amigo, eso que tan raro es en el mundo y que tanto vale porque es un tesoro.

Y tanto se conmovió al hablar de este modo, que se vió precisado á enjugarse una lágrima que se desprendió de sus ojos.

Alberto se levantó, le abrazó y dijo:

—Yo te juro que sea cualquiera tu suerte y la mia, te profesaré una amistad que sólo romperá el sepulcro. He tenido un amigo, que era para mí un hermano, al que debí grandes favores y saludables consejos en dias verdaderamente amargos. La muerte me lo ha arrebatado y tú ocuparás desde hoy su lugar.

—¿Quién era ese amigo?

—Uno que fué nuestro compañero de infancia.

—¿Su nombre?

—Agustin.

—Le recuerdo: era excelente jóven.

—Y ha muerto en servicio del emperador.

—¿Estabas tú en su compañía?

—Este es uno de los episodios más importantes de mi vida. Permíteme que no lo adelante.

—Sea como quieras.

Alberto no estaba ménos conmovido que su amigo. Este le dijo:

—Bien; ya es necesario que nos comuniquemos nuestros secretos, que empecemos la relacion de nuestras respectivas aventuras.

—¿Quién ha de empezar?

—Me es indiferente.

—No se pueden hacer propósitos.

—¿Por qué dices eso?

—Yo habia pensado no referir á persona humana mis tristes aventuras, que deseaba tener sepultadas en el fondo de mi corazon. Sin embargo, por circunstancias que sabrás á su tiempo, hace pocos dias que me ví precisado á hacer revelacion de todo á un noble anciano, y por cierto que no estoy arrepentido de ello, porque ha derramado sobre mi corazon el bálsamo del consuelo. Ahora, expontáneamente y en cambio de tu revelacion te haré la mia. Y serán dos las personas sabedoras de mis desdichas, porque Agustin, que era ántes el depositario de mis secretos, ya no existe. Si quieres seré el primero en narrar.

—Ya te escucho.

Alberto empezó á referir con todos sus detalles la historia de sus desgracias, desde el momento en que conoció á Victoria, hasta que desembarcó en Barcelona á su regreso de Argel.

Francisco le escuchaba con una atencion profunda.

Cuando llegó el primero al punto indicado, tuvo necesidad de tomar reposo.

Pasado un rato terminó refiriendo su encuentro con el anciano Ernesto, los consejos que este le habia dado, y los propósitos que llevaba de regresar á Granada, para ponerse bajo la direccion del hermano Juan de Dios.

—Triste es en verdad la historia, le dijo Francisco.

—¿Más que la tuya?

—Indudablemente.

—Pues esto puede servirte de consuelo. Has encontrado otro hombre más degraciado que tú.

—Así es.

—Yo tambien lo he encontrado en el anciano Ernesto, y estoy en la seguridad de que no dejará de encontrarlo él si lo busca, y aún tal vez sin buscarlo se le presente delante. ¿No es verdad que esto es un consuelo?

—Lo es en cierta manera, porque uno llega á persuadirse de que la maldad es muy general. Y volviendo á lo que acabas de decirme, esa mujer de la que me has hablado, ese ángel malo con quien estás ligado por los vínculos del matrimonio, más que mujer es un aborto del infierno. ¡Motivos tienes y muy suficientes para llamarte desgraciado!

Alberto exhaló un hondo suspiro.

—Una cosa apruebo, añadió Francisco.

—¿Cuál es?

—La determinacion de volver á Granada, y ponerte bajo la direccion del hermano Juan de Dios.

—¿Le conoces?

—¿Y cómo no conocer al que es un enviado de la Providencia para el remedio de los pobres? ¿Cómo no conocer á ese varon de Dios, célebre ya, no solamente por su espíritu de misericordia para con los desgraciados enfermos, sino hasta por hechos que se juzgan milagrosos? No hay hoy en Granada ni en sus

contornos, quien no se crea honrado con poder besar su hábito. Es al mismo tiempo hombre de consejo. No tiene estudios, y como sin conocer las letras humanas habla siempre como un doctor y mezcla en sus conversaciones, espirituales, las más profundas sentencias de los Santos Padres, de aquí el que hasta los más insignes teólogos le juzguen inspirado de Dios. Por esto te digo que me alegro en el alma de la determinacion que has tomado. Tal vez ese hombre esté destinado por la Providencia para poner término á todas tus amarguras.

—Y bien: oigamos ahora tu historia.

—Mi historia, dijo Francisco, tiene algun punto de contacto con la tuya, si bien no aparecen en ella crímenes de tal naturaleza.

—Pero siempre es una mujer la causa de tus desdichas.

—Ciertamente; y voy á referirte con brevedad lo que deseas saber.

—Veamos.

—Trataba yo con alguna intimidad á un comerciante que tenia su despacho frente la casa de mi residencia, y al cual debias conocer, porque no hay en Granada quien deje de conocerle. Llamábase don Juan Gutierrez.

—En efecto, le conozco, y tengo una idea de haber oido referir el modo poco legal con que formó su caudal, apoderándose de bienes que pertenecieron á los

expulsados judíos, y que adquirió por cantidades insignificantes.

—Pues justamente es el mismo; pero te aseguro que yo ignoraba esas circunstancias como otras muchas cosas pertenecientes á aquella familia.

—Continua.

—A eso voy. Gutierrez, que frisaba en los cincuenta años de edad, tenia una hija que apénas contaba diez y ocho, la cual llamaba la atencion por la rara belleza de su rostro, á la que unia una modestia extraordinaria, una candidez que hermanaba admirablemente con su hermosura.

Varios pretendientes á la mano de la jóven se habian presentado; pero ni por ella ni por su padre habia sido admitido ninguno.

Amábanse extraordinariamente el comerciante y su hija, y esta no salia de casa sino acompañada por él, que en aquella preciosa niña tenia todas sus delicias.

Precisamente y dada la confianza que yo tenia con Gutierrez, sabia perfectamente los pretendientes que habian sido desechados.

A mí no sólo me era simpática la niña, sino que me sentia inclinado á ella.

Pero ¿cómo anunciarlo?

¿No debia temer igual suerte que los anteriores pretendientes?

Temeroso, pues, de un desaire, lo que no me hu-

biese agradado, como puedes suponer, fuí difiriendo de dia en dia mi peticion.

Aconteció entónces la muerte de mi padre, arrebatado en horas por un ataque apoplético.

Y como quiera que algunos años ántes habia perdido á mi buena madre, y que no tenia hermanos, quedé heredero universal de los cuantiosos bienes de los autores de mis dias.

Durante aquellos dias fatales, Gutierrez me demostró una amistad sincera, pasaba la mayor parte del dia á mi lado prodigándome consuelos, y se me ofreció para todo aquello que yo le creyese útil.

Como era para mí el amigo de mayor confianza y yo fiaba mucho en su experiencia y en su práctica, le encargué el examinar todos los papeles y documentos pertenecientes á mi padre, lo que él aceptó con el mayor gusto.

Con estó llegó á saber enseguida á cuanto ascendia mi capital así en bienes rústicos y urbanos como en metálico.

Aquí, continuó Francisco, debo decirte que Gutierrez era un verdadero bribon, que no tenia más Dios que el dinero, y que por aumentar su fortuna era capaz de cometer cualquier crímen.

Yo ignoraba esto.

Le creí un hombre honradísimo.

Y juzgaba que en las atenciones que me prodigaba no habia otro móvil que el afecto y la buena amistad.

Pertenecia yo entónces al número de los que creen son amigos todos aquellos que nos rodean, que nos adulan y que disfrutan de lo que poseemos.

Falto completamente de experiencia, no comprendia esa miserable farsa social, que quiere hacer pasar por blanco lo que verdaderamente es negro, y que tantos recursos tiene para alucinarnos y perdernos.

Gutierrez calculaba de que medios se valdria para aumentar su fortuna uniendo sus bienes á los mios.

Esto no podia efectuarse sin que mediára una infamia.

Pero para él una infamia era cosa baladí.

Lo más extraño del caso, lo que más llamará tu atencion es el que te diga que Gutierrez consultaba sus planes. ¿Con quién dirás?

—¿Con su hija?

—Justamente.

—Lo presumí.

—¿Y no te espanta esto?

—Nó.

—Es verdaderamente extraño.

—Hoy lo único que me extraña, lo que llama poderosamente mi atencion, es el tropezar con una persona que tenga por norte la honradez. Por lo demás, ¡cómo me ha de extrañar una infamia, cuando el mundo está lleno de infames! Cada hombre busca su propio provecho, y cuando se trata de intereses materiales, se rompen las amistades más firmes, se falta

á la palabra empeñada y se cometen acciones que denigran y envilecen. Casi estoy por llamar feliz al hombre que lleno de ilusiones no conoce la sociedad en que vive, porque al ménos no sufre ni padece. Este cree á todo el que le habla, fia en todas las promesas, reputa por verdadero amigo á todo el que le dá este título y estrecha su mano. Así, pues, puedes continuar.

Francisco que habia escuchado el razonamiento de su amigo, exclamó:

—Veo que te has hecho muy filósofo.

—Mejor dirias muy experimentado.

—Sea como quieras.

—Habiendo escuchado mi historia, no sé como te extraña mi modo de discurrir.

—Es que haces la regla general.

—Dejemos esto por ahora y continua tu historia. Has despertado mi curiosidad y me hallo ganoso de que llegues al fin de ella.

—Pues como decia, el tal Gutierrez, de cuya malicia yo estaba distante, consultaba sus planes con Aguedita, que tal era el nombre de la niña; y esta cuyo exterior era tan modesto y tan cándido, como he dicho ántes, le ayudaba á madurarlos.

¡La niña era tan infame como su... como Gutierrez.

—¡Calla! exclamó Alberto. Tú ibas á decir, como supadre, y te has arrepentido, lo que me indica.....

—No me interrumpas ni me hagas adelantar los sucesos. Deseo llevar órden en mi narracion.

—Bien; puedes continuar.

Los favores que desinteresadamente, á mi parecer, me prodigaba Gutierrez, y lo mucho que se interesaba Aguedita por todas mis cosas, hicieron que aquel amor que ántes de la muerte de mi padre yo sentia ya por ella se aumentase, hasta el término de que yo procurase pasar todo el tiempo que me era dable al lado suyo.

Ella por su parte hacia lo posible por ganar mi corazon, y esto hasta tal punto que llegué á persuadirme de que se hallaba enamorada de mí.

Determiné, pues, presentar mi solicitud en toda forma, en la persuasion de que no habia de ser rechazado.

Empecé por darle á comprender á la niña mis intenciones de hablar con su padre sobre el asunto.

Luego, una tarde en la que salí de paseo con Gutierrez abordé mi asunto.

—Yo le dije, he quedado solo en el mundo, y como veis, poseo bienes de fortuna en abundancia: creo que mereceria el calificativo de egoista sino hiciese participante de ello á una mujer, y así he pensado casarme. ¿Qué os parece de este proyecto?

—Me parece muy acertado siempre que lo esteis en la eleccion, pues esto es lo principal.

Demasiado sabia Gutierrez donde yo iba á parar, pero disimuló, porque le convenia hacerlo.

—He pensado, le dije, en una jóven tan bella como

virtuosa que creo me haria feliz; pero se me presenta una dificultad.

—¿Cuál es?

—Que ha tenido varios pretendientes y ninguno ha sido aceptado por ella ni por su padre. Temo, pues, el ser á mi vez desairado.

—No lo creo, dijo Gutierrez, porque vos sois una persona de muy bellas prendas, de buena posicion, y sois un gran partido para cualquier jóven.

—Pues ya que tal confianza me dais, os diré que mi eleccion ha recaido en Aguedita y que de vos espero la aprobacion y el permiso.

Hizo Gutierrez perfectamente su papel frunciendo las cejas y diciendo con extrañeza:

—¡Aguedita!

—Justamente. ¿Tal vez no me creeis digno de ella?

—En cuanto á eso os considero digno de una princesa.

—¡Cómo habeis mostrado tanta extrañeza!

—Es verdad; pero es efecto de que no pensaba ni remotamente el que quisieseis dispensarme el honor de enlazaros con mi familia.

—Lo que quiere decir.....

—Que por mi parte no hay la menor dificultad.

—Luego puedo contar.....

—Os diré: es necesario ante todo contar con la voluntad de la interesada. Yo no pretendo obligarla: si

como creo, ella no pone dificultad, desde luego teneis mi consentimiento.

—Pues me haceis feliz, amigo Gutierrez, porque tengo la confianza de un sí por parte de Aguedita.

En efecto, al dia siguiente la niña pronunció la palabra que yo creí de ventura para mí.

Dieron principio nuestras relaciones.

Ella cada dia se mostraba más apasionada.

Y determinamos de comun acuerdo que se verificase la boda el cinco de febrero, que era el dia y cumpleaños de la novia.

Empero, tuve que acceder á una peticion.

Gutierrez me manifestó que no teniendo más individuos de familia que su hija, deseaba que viviésemos en compañía, á lo que yo no presenté objecion alguna.

Antes por el contrario, la pretension me pareció muy justa y aceptable.

El dia designado se verificó nuestro enlace, sin ostentacion ni grandes fiestas, pues que ni Gutierrez era afecto á ellas, ni yo tampoco.

Pasamos el primer mes en un paraiso.

Habíase hecho cargo mi suegro de la administracion y manejo de mis bienes.

Un dia me dijo.

—He pensado otorgar mi testamento, pues aunque no soy viejo, puedo morir y no quiero que nadie de fuera tenga necesidad de intervenir en los asuntos de la casa.

—No penseis ahora en eso, le dije.

—¡Qué no piense! Mira: ya tengo extendido el borrador que voy á entregar al escribano. Léelo.

Y puso en mis manos dicho borrador.

Lo leí y ví que me declaraba su único albacea, y á su hija y á mí herederos universales.

Nada tuve que decirle, porque en efecto era muy conforme á justicia que su hija le heredase.

No hablemos más de esto.

Cuando estuve á solas con mi esposa, la dije:

—No es mal capricho el que le ha dado á tu padre de hacer testamento.

—¿Qué tiene eso de extraño? me respondió. Yo lo veo muy natural.

—Que segun todas las apariencias tiene trazas de vivir muchos años.

—Pues yo creo que hace bien. La muerte no respeta edades; y, ya ves, si mañana tuviésemos la desgracia de perderle repentinamente, ¿no nos evitaria esto la intervencion de la justicia? Cierto es que siendo hija única, yo seria declarada heredera universal; pero entre tanto intervendria la justicia, que es como el agua, que por donde pasa moja; esto es, que siempre se lleva carne en las uñas. El que algo posee debe tener hechas sus disposiciones porque no sabemos cuando nos llamará el Señor.

Algo más queria decirme, pero yo dí por terminada la conversacion.

Al llegar Francisco á este punto de su relato, dijo á Alberto:

—Hemos hablado mucho, y si te parece dejarémos para mañana la segunda parte de mi historia que es la más dramática.

Alberto convino en ello.

Y el autor tambien ganoso de terminar este capítulo y tomar reposo, deja la conclusion para el siguiente.

CAPITULO XLVII.

Los grandes infames.

Muy de mañana dejaron el lecho los dos amigos y se dispusieron para dar un paseo por los afueras de la ciudad.

Los que por acontecimientos lamentables se hallaban tristes y abatidos, agoviados bajo el peso de sus adversidades, hállanse ahora, sino alegres muy consolados.

No podia ser de otro modo.

La amistad es un dulce consuelo del corazon.

Un amigo, y mucho más un amigo antiguo, probado como leal, es un apoyo en las desdichas de la vida, el más fino pañuelo que puede enjugar nuestras lágrimas, el mas robusto brazo que puede sostenernos al atravesar los grandes derroteros de la vida humana.

Es seguro que si abundasen los buenos amigos, habria ménos desgraciados en el mundo: la desesperacion no se habria hecho como el patrimonio del hombre, y serian muchos los crímenes que se evitarian en la sociedad.

Y por esto se lee en los libros santos esta sentencia de valor inestimable:

¡Dichoso el que encuentra un amigo verdadero!

Y por lo mismo que la amistad es un tesoro, se encuentra muy pocas veces, porque los tesoros son raros y no es dado á todos los hombres el poseerlo. ¡Necio es y muy digno de lástima, el que poseyéndole no le tiene estimacion ó le deja perder!

Así, pues, cuando Alberto y Francisco eran amigos sinceros desde la infancia, por más que en el espacio de algunos años no se hubiesen comunicado con frecuencia, necesariamente se hallaban gozosos con el feliz encuentro que habian tenido; y por grandes que fuesen sus adversidades, encontraban un gran consuelo, comunicándose mútuamente sus penas, revelándose sus respectivos secretos y aconsejándose.

Deseaba Alberto saber el término de la relacion que su amigo habia dejado suspensa el dia anterior, y así le dijo:

—Si no te sirve de molestia, puedes continuar la historia que ayer dejaste interrumpida.

—Con el mayor gusto, dijo Francisco. Habia determinado no hablar con nadie de este asunto, y hacia

estudios por olvidarlo yo mismo; pero en tí he hecho una excepcion, porque lo que referido á otra persona hubiera aumentado mi pena, porque seria una renovacion de la herida profunda de mi corazon, referido á tí, único amigo á quien amo, me parece un gran consuelo.

—Como yo lo he experimentado haciéndote sabedor de mis grandes desventuras.

—Pues voy á continuar mi relato.

—Veamos.

Francisco reanudó su interrumpida narracion hablando con su amigo de la manera siguiente:

—Tres dias después de aquel en el que mi suegro me hizo leer el borrador del testamento que pensaba otorgar, me entregó la copia del documento que se hallaba ya otorgado en toda forma.

—Toma, me dijo: aquí tienes mi testamento. Necesitaba yo esto para mi entera tranquilidad. Ahora si sobreviene cualquier accidente, ya lo recibiré con resignacion, porque nadie tendrá que molestar á mis hijos.

Yo creia todo esto un exceso de ternura paternal, y hasta llegué á enternecerme.

Volví al tema de la vez primera.

—No era necesaria, le dije, esta precaucion, primero porque sois aún un hombre de muy buena edad, robusto y que prometeis vivir muchos años para dicha nuestra, y tambien porque en el caso de ocurrir

una desgracia, pocas podian ser las molestias porque nadie podria disputar la herencia á vuestra hija. Y sobre todo yo soy bastante rico y no tengo para que preocuparme por cuestion de intereses.

—Ya está hecho, me contestó, y lo que tu dices acerca de que eres rico, me hace pensar en otra cosa.

—¿Qué es ello?

—Que si tu llegases á faltar, lo que Dios no permita, pues que lo mismo muere el jóven que el viejo, y no tuvieses hijos, como careces de herederos forzosos, pues la esposa no lo es, tus bienes irian por lo pronto á poder de la justicia, que es como el gato, que presa que coge con dificultad la suelta. La gente de curia es muy afecta á manejar intereses ajenos.

—En eso teneis razon.

—Por lo que no estaria de más que imitáras mi ejemplo, pues nunca estorba el tener hechas estas disposiciones.

Yo que deseaba complacer en todo así á mi bella y cariñosa esposa, como á su padre, y que creí aquel consejo, hijo de la buena fé y del cariño, me apresuré á contestarle:

—Si os parece que debo hacerlo lo haré.

No hablemos más sobre esto.

Y como no tomé la cosa por tan urgente, dejé pasar una semana sin ocuparme del asunto.

El escribano debia estar de acuerdo con mi suegro, toda vez que un dia de la semana siguiente, se pre-

sentó en casa en ocasion en que mi padre político y yo nos hallábamos entregados á una conversacion de familia.

Yo iba á dejarlos solos, pero me suplicó que permaneciese allí, pues que no estorbaba.

Segun pude comprender después, en vez de estorbar hacia falta mi presencia para que pudiesen llevarse á práctica los proyectos de mi suegro.

Hablamos sobre asuntos indiferentes, y el escribano me felicitó de mi enlace, celebrando la buena eleccion que habia hecho, pues que conocia las virtudes y bellísimas cualidades de mi esposa.

Yo le dí las gracias.

Cuando se disponia á retirarse, sacó del bolsillo un papel y lo entregó á mi suegro.

—¿Qué es esto? le preguntó aquel.

—Es la cuenta del otorgamiento del testamento.

—Voy enseguida....

—Nada de eso, dijo el escribano: de ningun modo recibiré ahora el importe, porque mi visita es únicamente de amigo: ya habrá ocasion.

—Como gusteis, dijo mi suegro. Y mejor será pagarlo todo junto, porque creo otorgaréis, señor escribano, otro testamento.

—¿Otro? ¿De quién?

—Mi yerno está decidido á seguir mi ejemplo.

—En lo que obra muy cuerdamente, dijo el escribano, y manifiesta en ello un juicio extraordinario.

La muerte no es patrimonio exclusivo de los viejos, y yo creo que el hombre ha de estar siempre preparado de alma y cuerpo para cuando llega el caso de poner término al viaje de la vida.

Y añadió sobre esto consideraciones que más que de un curial, parecian dignas de un monje.

El escribano era un bribon y mi suegro otro.

Se juntaban dos bribones.

Yo estaba destinado á ser víctima.

Empero, nada habia más léjos de mi imaginacion.

El que obra bien, el que vive bajo el testimonio de una conciencia tranquila, no está dispuesto á pensar mal.

Así es que yo conteste:

—Convencido de todas estas razones, estoy dispuesto á hacer mis disposiciones.

—Bien, dijo el escribano: cualquier dia de la semana próxima pasaré yo por aquí y me daréis la minuta.

—No es necesario, le dije: mi suegro os dará la relacion de los bienes que poseo, pues que él los administra, á lo que solo tengo que añadir, que hago mi heredera universal á mi esposa, dado caso de morir sin dejar sucesion, y por único albacea testamentario á mi señor padre político.

—Bien; pues no necesito más, dijo el escribano.

Pocos dias después firmaba yo el testamento, que quedó archivado en el del mismo escribano.

No se habló más de aquel asunto.

Los dias corrian tranquilos.

Nada interrumpia la hermosa paz que reinaba en mi sociedad conyugal.

Ni la más ligera nube venia á enturbiar el cielo de mis amores.

Pasé hasta cuatro meses verdaderamente felices.

Y lo que más me agradaba era observar el tierno, el afectuosísimo cariño que el padre y la hija se profesaban.

El primero no pensaba más que en rodear de cuidados á la segunda.

Esta parecia enteramente una niña en la manifestacion de su afecto y cariño para con aquel.

Un dia recibí una carta, que conservo y que vas á ver.

Y diciendo esto, sacó del bolsillo del pecho una cartera y de ella una carta y dijo:

—Es esta, que no he apartado de mí un sólo momento. Así, pues, voy á leerla y conocerás enseguida toda la profundidad del abismo que ante mis piés se abrió.

La carta es anónima. Está firmada por *un enemigo de los infames*. Oye su contenido.

«Señor don Francisco.

«Si no lo llevais á mal y deseais pasar un rato útilmente entretenido, leed con atencion la siguiente

historia que os cuenta un amigo leal que conoce y estima en lo que vale vuestra honradez.

«En una gran ciudad del reino de Andalucía, vivia no hace muchos años un hombre dedicado al comercio, cuya avaricia no conocia límites. El nombre no hace al caso. Suponed que se llamaba don Antonio. El Dios de este hombre era el dinero, y todos los caminos le parecian buenos cuando se trataba de aumentar el que poseia. Contrajo matrimonio con una jóven que aportó un buen dote; pèro disfrutó poco tiempo de su compañera á la que él no merecia. Aquella buena jóven murió al año de matrimonio en el acto de dar á luz una niña, que precisamente heredó los bienes de su madre quedando bajo la tutela de su padre.

«Pasaron cinco años.

«Una de esas enfermedades que con tanta frecuencia atacan á los niños, arrebató al sepulcro á la hija del comerciante, en ocasion en que este se hallaba en otra poblacion algo distante de la suya en compañía de la niña.

«Esta fué enterrada en aquella ciudad.

«Fué esta una doble desgracia para aquel hombre.

«Perdió á su hija y con ella perdió tambien los bienes de su madre, que habian de pasar á su familia.

«Esto segundo lo sentia más que lo primero, por más que parezca extraño.

«¿Qué hizo el comerciante?

«Recogió una de esas criaturas desgraciadas abandonadas por padres desnaturalizados, una niña de la misma edad de la que acababa de perder, que era preciosa; se la llevó consigo, y sin dificultad alguna la hizo pasar por su hija, sin que nadie se apercibiese del engaño.

«La niña fué creciendo no solamente en edad sino en belleza.

»Trascurrieron diez años, y la hermosura de la que aparecia hija del comerciante llamaba la atencion.

«No habia jóven que no la desease para esposa.

«El comerciante se vió asaltado por impuros deseos.

«Propúsose el plan, y para ello explicó á la jóven su orígen. Le mostró el testimonio de haber muerto su verdadera hija, y le manifestó el gran beneficio que la habia dispensado recogiéndola y haciéndola pasar por hija suya.

Después añadió.

«Sin esta caridad que yo ejercí contigo, tú serias hoy una desgraciada sin otro porvenir que la servidumbre.

«Como es natural, la muchacha lloró y después colmó de caricias á su bienhechor, dándole las gracias por cuanto en su favor habia hecho.

«Quedaron en que aquello habia de ser un secreto que jamás revelarian á nadie.

«Desde entónces creció el cariño de la jóven hácia su protector, que habia tenido cuidado de no decirla

el motivo que le habia impulsado al adoptarla.

«Y de tales trazas se valió, que el cariño llegó á convertirse en amor.

«Al poco tiempo, para el público, eran padre é hija.

«En el interior del hogar, eran dos amantes que vivian unidos por criminales lazos.

—Ya comprendo todo el abismo de tu desgracia, dijo Alberto interrumpiendo la lectura de la carta.

—No todo, amigo mio; no todo, exclamó Francisco.

—Eso es horroroso.

—Pues aún verás más horrores.

—Continua, pues.

Francisco siguió leyendo.

«El comerciante fué infundiendo en su amante sus mismas ideas de egoismo, pintándole la sociedad con los más negros colores, lo que convenia á nuevos planes que habia formado.

«La jóven tomó muy bien las lecciones, y se hizo tan egoista y tan amante á los bienes materiales como su padre aparente.

«Un dia conocieron á un jóven tan rico como honrado.

«Y procuraron atraerlo, formando proyectos para hacerse dueños de los bienes que aquel poseia.

«Y todo parecia que se arreglaba á medida de sus deseos, porque el jóven perdió á su padre quedando dueño y poseedor de los bienes de aquel.

«Poco después el jóven pidió al comerciante la

mano de la que creia su hija, y al que habia dado la administracion general de sus posesiones.

«No deseaban ellos otra cosa.

«A pesar del amor que se profesaban, consintieron en que se efectuase aquella boda.

«La fortuna del comerciante habia venido á menos.

«Así, pues, veia el medio de rehacerla.

«El plan que concibieron era verdaderamente diabólico.

«Y es lo extraño que la jóven accediera á todo con la mayor sangre fria: pero sabia fingir á las mil maravillas. Nadie se hubiese atrevido á ocultar como ella un alma envilecida bajo un exterior de modestia que encantaba.

«El plan consistia en que después de casados le hiciesen hacer testamento en favor de su esposa y más tarde envenenarle lentamente, para hacerle desaparecer de la escena de los vivientes, heredar todos sus bienes y pasar ambos una vida muy feliz ¡como si el crímen pudiera dar por resultado la felicidad!

«Sirviéndose de buenas mañas iban consiguiendo lo que deseaban.

«Efectuóse la boda.

«Reinaba en aquella casa la más completa tranquilidad, la paz más envidiable.

«El esposo adoraba á su bella mitad á la que creia un ángel, siendo así que era un demonio.

«La esposa manifestaba amar cada dia más á su marido.

«Y el comerciante celebraba su dicha por aquella union tan de su agrado.

«Al poco tiempo el comerciante hizo su testamento y se valió de las mejores maneras para obligar al recien casado á que hiciera lo mismo.

«Cayó en la red, y el jóven otorgó su última voluntad dejando á su esposa heredera universal de todos sus bienes.

—Ya puedes calcular, Alberto, el efecto que iria haciendo en mi alma la lectura de esta carta.

—Verdaderamente; eso es para hacer perder la razon.

—Por lo pronto no pude continuar la lectura, la interrumpí y lloré muy amargamente. Sin embargo, queria hacerme la ilusion de que todo aquello era un cuento, escrito por alguno que queria convertir en un infierno el paraíso de mi vida conyugal. Desgraciadamente no era así.

—Pero, Señor, exclamó Alberto: ¿es posible que tantas infamias se cometan en el mundo? ¿Es posible que por todas partes hemos de tropezar con la vileza y la abyeccion? Eso que estás leyendo es horroroso y mucho más para el que comprende que es el protagonista de la historia que lee. Conozco á Gutierrez, y aunque sé que goza fama de avaro, nunca le creí capaz de las infamias que voy escuchando, pues no me

cabe duda que esa historia es la del miserable Gutierrez. Todos los castigos me parecerian pocos y suaves para ese mónstruo. Sigue, sigue leyendo.

«Hecho el testamento estaba realizada la primera parte del proyecto.

«Faltaba la segunda, que era la más criminal.

«¿Cuàl era esta?

«Buscar los medios de quitar la vida al esposo de la jóven; y para ello trataron de procurarse una pócima venenosa.

«Esto les proporcionaba un porvenir color de rosa.

«Dueños después de los bienes del difunto, los dos amantes se ausentarian de la ciudad donde vivian, y fijarian su residencia en otra á bastante distancia donde pensaban pasar una vida tranquila y llena de delicias.

«No puedo continuar esta historia porque el fin y resultado de ella está envuelto en las sombras del misterio, é ignoro si el destinado á ser víctima de aquellos grandes infames se apercibió á tiempo, si tuvo algun amigo que le aconsejase y supo evitar su desgracia.

«Vos podeis estudiar estas aventuras, pues que tal vez podais á tiempo evitar una catástrofe y evitarme el trabajo de escribir el último acto de la tragedia.

«El contenido de esta carta os demostrará claramente la estimacion que os profesa

Un enemigo de los infames.»

Hasta aquí el texto de la carta que Francisco leyó á Alberto.

—¿Qué te parece de esto? le preguntó luego que hubo terminado la lectura.

—Parece más una novela que una historia.

—Pues es lo segundo por desgracia.

—¿Qué efecto te hizo la lectura de esa carta?

—En su principio me sorprendió: después como sabemos lo que son por lo general los anónimos, creí que alguno que sabia lo del testamento habia querido darme alguna broma pesada. ¿Cómo habia yo de persuadirme sin ningun género de pruebas que mi mujer era la querida de aquel al que llamaba padre? ¿Cómo creer en personas que me demostraban un cariño sincero al parecer, y que procuraban adivinar hasta mis menores deseos para complacerme, proyectos tan infames como los que se me denunciaban en aquella carta? Empero, una duda atroz se apoderó de mí; yo no podia ni debia hacer la menor pregunta; no debia tampoco manifestar la menor sospecha. Así, pues, me determiné á observarles con el mayor cuidado, aunque, temeroso como me hallaba de que me propinasen algun veneno, hice ánimo de no probar nada que ellos antes ó al mismo tiempo que yo no probasen.

—Verdaderamente, dijo Alberto, la situacion en que te encontrabas era grave y angustiosa. Yo en tu caso, apénas hubiera vislumbrado cualquier cosa que

confirmase en parte lo del anónimo, me marcho doscientas leguas léjos de aquella familia.

—¡Amaba tanto á Agueda!

—Tambien amaba yo á Beatriz y huí de ella.

—Es que aún no sabes lo que yo hice.

—Pues dígote que estoy ansioso por saber el resultado de todo eso.

—En cuyo caso te has de preparar á escuchar cosas muy tristes y lastimosas. Sin embargo, voy á complacerte haciéndote saber todo lo ocurrido desde el dia en que recibí el anónimo, hasta el que nos hemos encontrado en Córdoba.

—Te escucho.

Francisco terminó su narracion del modo que vamos á manifestar en el siguiente capítulo.

CAPITULO XLVIII.

En el que se da cuenta de la terminacion de la historia contada por Francisco.

El amigo de Alberto continuó su narracion del modo siguiente:

—Yo leí la carta á solas en mi gabinete y tuve la suerte de que ni mi esposa ni ninguna otra persona viniese á interrumpirme en mi lectura.

Al terminarla, me hallaba muy conmovido, como puedes comprender fácilmente. En mi corazon luchaban diversos sentimientos. Quise dudar y dudé: queria hacerme la ilusion de que aquella carta era obra de algun enemigo de la familia, ó de algun desocupado que quiso por tal medio atormentarme. Sin embargo, ante mi vista se me presentaban escenas de horror, que mi imaginacion me las hacia aparecer como reales y verdaderas. ¡Mi esposa amante del que yo

creia padre suyo! ¿No es verdad, amigo mio, que esto es horroroso!

—Lo es en gran manera, dijo Alberto.

—Yo debia tener prudencia, y ni podia ni queria precipitarme, porque veia la inconveniencia de hacerlo. Y cómo era preciso que conociesen el estado de agitacion en que me hallaba, si me veian, me puse en observacion y pude ganar la puerta.

Una vez en la calle me dirigí al campo, y en sitio donde no pudiera ser observado.... te lo confieso, por por más que sea manifestar mi debilidad, me entregué al llanto.

—¡Oh! No lo extraño, dijo Alberto: ¿qué hombre por fuerte que sea no ha llorado alguna vez en su vida? Hay dolores que sólo en las lágrimas encuentran lenitivos. Yo tambien he llorado, y por cierto no me avergüenzo de confesarlo.

—Pues bien; lloré hasta tanto que hube desahogado mi corazon del peso que le oprimia.

Casualmente habia allí cerca una fuente, la que aproveché para refrescarme el rostro.

Procuré tranquilizarme, y despues de haberme paseado por un largo espacio de tiempo, como se acercase la hora de la comida, me dirigí á mi casa.

Entónces hice esfuerzos extraordinarios para disuadirme de mis pensamientos y poder manifestarme tranquilo.

Comprendia la conveniencia de hacerlo así.

Si todo era una farsa miserable nacida de haber tenido conocimiento el que escribió la carta del testamento otorgado por mí, hubiese sido ridículo y aún injurioso en alto grado el hablar de tal asunto.

Si por el contrario habia verdad, cumplíame guardar el mayor disimulo y observar para cerciorarme por mis propios ojos.

Por grandes que fueron mis esfuerzos, mi esposa conoció en mi semblante que tenia algun disgusto. Me preguntó con el mayor interés y yo la aseguré que nada absolutamente tenia.

Sus frases llegaron á hacerme creer que no habia una palabra de verdad en lo que se me decia en el anónimo.

Casi lloró creyendo que yo no me encontraba bien, y empezó á dirigirme dulces palabras, manifestándome el sentimiento que le causaba el verme pálido y agitado. Me colmó de caricias: yo fijé mi vista en su rostro y ví retratado en él el candor y la inocencia. No es posible, dije para mí, que esta mujer sea una infame: no puede fingir tanta inocencia.

Entónces por un impulso interior la estreché entre mis brazos y correspondí á sus caricias.

Quedé más tranquilo y pasé todo aquel dia al lado de mi esposa.

¿Pero debia abandonar mis averiguaciones?

¿Debia entregarme á una vana confianza?

Pensé que nó, y ya verás como pensé bien.

Desde el siguiente dia me propuse observar con el mayor detenimiento, pero con estudiado disimulo, hasta los menores movimientos de mi esposa y de mi suegro.

Durante los tres primeros dias nada absolutamente advertí.

Al cuarto nos hallábamos comiendo, cuando creí observar una mirada de inteligencia entre ambos.

Me estremecí, pero disimulé.

Hallándonos en la mesa no pude ménos de recordar lo del envenenamiento que se me advertia en la carta.

Sin embargo, de nada habia yo comido que no comiesen ellos, y de la misma botella nos servimos el vino.

Todavía pensé si habria sido aquello una nueva ilusion de mi fantasía.

A pesar de esto, fuera de las horas de las comidas, no me hacia servir ni agua.

Tenia miedo.

Y razon sobrada tenia para ello.

Tan bien preparado estaba el crímen, que se hubiera efectuado á pesar de todas mis precauciones.

Un dia en el que habia salido por la mañana, tuve la suerte de entrar en mi casa media hora ántes de la señalada para la comida, y de que no se apercibiesen de mi llegada.

Indudablemente la Providencia me favorecia y preparaba el castigo del mayor culpable.

Yo entré, no sé por qué en un gabinete que tenia una puerta pequeña que daba paso al comedor.

Sentí movimiento en aquella dependencia y ví que una criada acababa de preparar la mesa.

A un extremo del comedor se hallaba mi suegro con las manos en los bolsillos de una especie de bata muy ancha que usaba en casa.

Me puse en observacion por un lado de la cortina.

Cuando la criada lo dejaba todo arreglado entró mi esposa.

Ambos quedaron solos.

—Ponte en observacion, le dijo mi suegro.

—Despacha en seguida, le contestó ella.

Y con esto tuve ya una gran prueba. Nunca habia oido que le tutease.

Se podian escuchar los latidos de mi corazon.

Mi esposa se fué hácia la puerta por la que habia salido la criada.

En seguida mi suegro, con una ligereza extraordinaria, abrió una cajita que sacó del bolsillo, y sacando en dos dedos unos polvos, los echó en la copa que estaba colocada al lado de mi cubierto.

Volvió mi esposa, á la que dijo:

—Todo está listo: con esto basta.

—Miró ella al fondo de la copa y dijo:

—No se vé nada.

—Pues ahí está el caso, le contestó. Dios tenga piedad de su alma.

—Pues vamos, que ya no tardará: yo estaré á la vista de la criada, pues tengo miedo que pudiera entrar y cambiar el vaso por cualquier incidente.

Salieron.

Al cabo de un momento y cuando me aseguré de que se habian retirado, entré de puntillas y con más rapidez que él habia hecho su operacion, cambié las copas poniéndole á él la mia y colocando á mi lado la suya.

Volví al gabinete, dí la vuelta y pude presentarme á ellos como si acabase de llegar de la calle.

Me recibieron con la amabilidad acostumbrada.

No sé cómo pude disimular la ira que me ahogaba.

De buena gana los hubiera muerto á los dos.

Las dulces frases que Agueda me dirigia, eran para mí como áscuas de fuego que me abrasaban.

La criada se presentó á decir que la sopa estaba en la mesa.

Fuimos al comedor.

Al sentarnos á la mesa, mi esposa que me vió trémulo, me preguntó, fingiendo interés:

—¿Estás malo? ¿Te pasa algo?

Tenia necesidad de justificar el estado de agitacion en que me encontraba, y le respondí:

—He tenido en la calle un disgusto con un amigo.

—¿Y por qué?

—Porque hace tiempo que me pidió una cantidad restada, diciéndome que me la volveria pasados que

fueran veinte dias, y he estado sin verle hasta hoy que le he encontrado, y habiéndole reclamado lo que es mio, ha tenido el atrevimiento de negármelo.

—Pues has hecho muy mal en incomodarte. Primero es tu salud que todos los intereses del mundo, dijo mi Agueda.

Y á continuacion el bribon de Gutierrez, alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Parece increible que haya tantos infames en el mundo!

—Teneis razon, le dije, clavando en él mi mirada.

En esto habíamos terminado la sopa, y el que se lamentaba de que tantos infames hubiera en el mundo, tomó la botella y puso vino en los tres vasos, con la mayor tranquilidad.

—Bebamos, dijo después.

Yo temblaba de los piés á la cabeza. El crímen siempre me ha repugnado: aquel hombre llevó la mano á su vaso, y yo estuve tentado á detenerle; pero tuve fortaleza, consideré que de no haber yo visto lo que ví, hubiese sido la víctima de él y dije para mí:—Si mueres, bien muerto estás.

Tomamos las copas al mismo tiempo.

Él acercó la suya á los labios y la apuró.

Yo, casi sin darme cuenta de lo que me sucedia, me quedé con la copa en la mano y la vista fija en su rostro.

Se me figuraba que lo iba á ver morir en el momento.

La fijeza de mi mirada, mi actitud de espanto, llamó la atencion así de él como de mi esposa.

De pronto Gutierrez dió un grito, porque sin duda comprendió que habia habido cambio de copas y que yo lo sabia.

Y como sintiese un grande ardor en las entrañas, se puso pálido y exclamó:

—¡Soy perdido! ¡Misericordia!

Como fuera de sí, mi esposa acudió en su socorro.

Yo me acerqué á ella y le dije alto para que él lo escuchase.

—Socorre, si puedes, á tu infame amante y á tu cómplice para asesinarme: pero si dices una palabra que pueda comprometerme, te mando á hacerle compañía. Yo he cambiado las copas porque estaba detrás de aquella cortina, observando lo que hicísteis.

Agueda quedó aterrada.

Pero pudo exclamar, al tiempo que sujetaba la cabeza con ambas manos:

—¡Un médico!

—Nó, exclamó Gutierrez con unas ansias mortales. De nada serviria, porque es muy activo el veneno: un sacerdote..... piedad..... perdonadme.....

En esto entró la criada que habia escuchado las voces, y se sorprendió al ver aquel cuadro.

—¿Qué es esto? preguntó.

—Avisa inmediatamente á un médico.

—Sacerdote..... dijo el paciente.

La criada salió con la mayor precipitacion.

Gutierrez con una agonía extraordinaria, se levantó sin duda para dirigirse á la cama, pero le faltaron las fuerzas y cayó desplomado al suelo.

Yo estaba aterrado.

Los contemplaba, pero no volví á abrir los labios para dirigir á Gutierrez ninguna nueva reconvencion.

Estaba suficientemente castigado.

Y en tanto que le contemplaba, consideraba que habia debido á una casualidad el no encontrarme en su lugar.

Aquel hombre, cuando se vió á las puertas de la muerte, temió á la justicia de Dios y se arrepintió.

Estábamos los tres completamente solos, pues no teníamos en casa más que la criada que acababa de salir para buscar al médico.

Así, pues, nadie pudo enterarse á excepcion de Agueda, en las frases que me dirigió.

Al tiempo que su rostro se bañaba de un sudor frio, me dijo cortando mucho las palabras, porque apenas podia hablar:

—Francisco... yo expio mi crímen... Quise matarte... y creo que sabes... los motivos. Dios es justo... perdóname... y no mates á Agueda... yo la he... perdido... es criminal como yo... que haga penitencia... perdon...

Yo llegué á compadecerme y le concedí el perdon que me suplicaba sin decir nada acerca de Agueda.

Esta parecia petrificada.

En esto llegó la criada acompañada del médico y del cura de nuestra parroquia.

Apénas el primero se llegó á él para reconocerle, Gutierrez aprovechó los últimos momentos que le quedaban de vida para decir:

—Sed testigos... declaro que estoy... envenenado, y que no se... culpe... á nadie... Yo mismo me... he... suicidado.

El médico le preguntó de que veneno se habia servido, pero no pudo hablar más, y entró en la agonía.

Inútiles, pues, eran todos los remedios.

El sacerdote entró entonces á ejercer su ministerio.

Manifestó el moribundo más con señas que con palabraras su arrepentimiento, y el ministro de la religion le absolvió y recogió su último suspiro.

Dióse parte al juez el cual se presentó en la casa, y habiendo escuchado la declaracion del párroco y del médico, quedó satisfecho y nada tuvimos que sufrir.

Vengamos ahora á mi esposa.

Esta habia permanecido arrojada sobre un sofá y hacia más de media hora que no se la sentia llorar ni casi respirar.

Acudieron á ella y al llamarla, levantó la cabeza.

Un nuevo horror se apoderó de mi alma.

Aquella jóven ántes tan llena de belleza se presentó completamente trasfigurada.

Su palidez era mortal.

Los ojos parecia que querian saltar de sus órbitas.

Su mirada era estraviada.

Preguntóle el médico que sentia.

Paseó la vista por la habitacion y después de contemplarnos á todos prorumpió en una gran carcajada.

¡Habia perdido la razon!

Y en aquel triste estado se acusó como se habia ántes acusado su cómplice.

—¡Silencio! exclamó: mi esposo ha muerto... ¡silencio!... La justicia... pero nó... nó... Gutierrez... creen que eres mi padre... heredamos todo... todo... y seremos felices.... ¡Silencio!

Y volvió á caer en el sofá, cubriéndose de nuevo el rostro con las manos, después de prorumpir en otra nueva carcajada.

—Aquí, dijo el juez, hay más de lo que yo me figuraba. Aquí se meditaba otro crímen.

Entónces yo me creí en el deber de ser esplícito y con anuencia del juez, dejando á mi esposa acompañada de la criada, me retiré á otra habitacion con el mismo juez, el médico y el sacerdote, y les dije:

—Ya que habeis oido lo que ha hablado esa desgraciada, debo manifestar el verdadero argumento del drama que aquí acaba de representarse y del que sólo habeis podido ver el último acto. Suplico á todos

que ya que es imposible castigar á los culpables porque el uno ha dado ya cuenta á Dios y la otra ha perdido la razon, se eche un velo á lo ocurrido evitando de este modo el escándalo.

Saqué entónces la carta cuya lectura has escuchado y la puse en la mano del juez, suplicándole que se dignase leerla.

Hízolo así en alta voz.

Todos quedaron maravillados.

—Ahora, dije yo, me toca á mí el continuar.

Y referí todo lo ocurrido desde el momento en que recibí la carta.

Y como creí que debia la verdad á aquellos señores, no oculté el cambio de las copas.

La admiracion subió de punto.

El juez, así como el sacerdote, me dijeron que yo habia obrado mal, y que debia haber dado parte á la justicia en vez de tomar la venganza por mi mano, pero comprendieron mi situacion, y el primero añadió:

—Quede este punto reservado en virtud de las circunstancias extraordinarias que han acompañado el suceso; y yo sólo me atengo á la declaracion hecha por Gutierrez ántes de morir, de haberse suicidado por medio del veneno.

Para abreviar, verificóse el entierro de aquel hombre, al que yo habia tenido por suègro.

Mi esposa, léjos de encontrar alivio, llegó á poner-

se furiosa y fué necesario trasladarla á la casa de dementes, donde ha tenido que estar atada con una cadena, muriendo á los cinco meses de su permanencia en aquel establecimiento.

De este suceso hace sólo tres meses.

Los bienes que á ellos pertenecian los repartí entre los pobres: yo dejé un administrador de los mios y me vine á Córdoba; y aquí, en esta casa, léjos del trato social, vivo sin intencion de verificar nuevo casamiento.

Tales son los sucesos que me han ocurrido. Te he complacido refiriéndotelos, segun deseabas. Ahora, compara tu historia con la mia, y verás como no tengo menores motivos que tú para vivir desconsolado y triste.

—Es verdad, Francisco: pero ahora puedes vivir tranquilo, en tanto que yo no sé aún lo que me espera. Y dime: ¿no has llegado á sospechar de quien procedió el anónimo al que debes la vida?

—Ni aún me he ocupado más de ello.

—Porque es cosa muy extraña que hubiese una persona de fuera de tu casa que tan bien enterada estuviese del asunto.

—Así es; pero yo no veo otra cosa que la mano de la Providencia. El castigo que han llevado los criminales es terrible, y esto debe hacernos conocer la necesidad en que estamos de obrar bien. El que mal anda, mal acaba: esto es indudable, y de ello acabas

de tener un elocuente ejemplo en lo que te he narrado.

—Es verdad, amigo amigo.

Estas revelaciones mútuas estrecharon más y más las relaciones amistosas entre Alberto y Francisco, los cuales permanecieron juntos en Córdoba por espacio de un mes, hasta que el primero dispuso marchar á Granada para realizar los proyectos formados.

Vamos ahora á fijar la atencion en antiguos conocidos de los que hace tiempo no nos ocupamos.

Juan de Dios, el héroe de la misericordia, Victoria, el ángel de paz, y Beatriz, la mujer revestida aún del espíritu de Satanás nos esperan. Ocupémonos ya de éstos personajes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

EL ESPÍRITU DEL MUNDO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

